

REVISTA ESPÍRITA

PERIÓDICO DE ESTUDIOS PSICOLÓGICOS

REVISTA ESPÍRITA

PERIÓDICO DE ESTUDIOS PSICOLÓGICOS

CONTIENE

El relato de las manifestaciones materiales e inteligentes de los Espíritus, apariciones, evocaciones, etc., así como las noticias relativas al espiritismo.- La enseñanza de los Espíritus sobre las cuestiones del mundo visible y del mundo invisible; sobre las ciencias, la moral, la inmortalidad del alma, la naturaleza del hombre y su porvenir.- La historia del espiritismo en la antigüedad; sus relaciones con el magnetismo y con el sonambulismo; la explicación de las leyendas y de las creencias populares, de la mitología de todos los pueblos, etc. El resumen de los trabajos de la *Sociedad Parisiense de Estudios Espíritas*, fundada el 1º de abril de 1858.

Publicada bajo la dirección de

Allan Kardec

Todo efecto tiene una causa. Todo efecto inteligente tiene una causa inteligente. El poder de la causa inteligente se corresponde con la grandeza del efecto.

Año VIII - 1865

Traducción de Gustavo N. Martínez



CONFEDERACIÓN ESPIRITISTA ARGENTINA
Buenos Aires

Copyright © 2022 by
CONFEDERACIÓN ESPIRITISTA ARGENTINA (CEA)

Todos los derechos de reproducción, copia, comunicación al público y explotación económica de esta obra están reservados. Prohibida la reproducción parcial o total de la misma, a través de cualquier forma, medio o proceso electrónico, digital, fotocopia, microfilme, internet, CDROM, sin previa y expresa autorización, en los términos de la ley 11.723, que reglamenta los derechos de autor y conexos.

ISBN edición impresa: 978-987-48481-1-6

Título del original francés:
Revue Spirite - Journal d'Études Psychologiques (Allan Kardec; 1865)

Traducción del original francés: Gustavo N. Martínez

Edición de la
CONFEDERACIÓN ESPIRITISTA ARGENTINA (CEA)
Sánchez de Bustamante 463
(1173) Buenos Aires - Argentina
+ 54 11 - 4862 - 6314
www.ceanet.com.ar - ceaespiritista@gmail.com

Kardec, Allan

Revista espírita 1865 : periódico de estudios psicológicos / Allan
Kardec. - 1a edición especial - Ciudad Autónoma de Buenos Aires
: Confederación Espiritista Argentina, 2022.
618 p. ; 21 x 14 cm.

Traducción de: Gustavo Norberto Martínez.
ISBN 978-987-48481-1-6

1. Espiritismo. I. Martínez, Gustavo Norberto, trad. II. Título.
CDD 133.901

Impreso en la Argentina

REVISTA ESPÍRITA

PERIÓDICO DE ESTUDIOS PSICOLÓGICOS

Año VIII

Número 1

Enero de 1865

A los suscriptores de la *Revista Espírita*

La *Revista Espírita* comienza su octavo año. Se trata de un período bastante prolongado para una idea nueva, a la vez que una refutación de los que presagiaban la muerte prematura del espiritismo. Al igual que los años precedentes, el plazo de renovación de las suscripciones constituye, para la mayoría de los lectores que se comunican directamente con nosotros, una ocasión para reiterarnos sus expresiones de gratitud por los beneficios de la doctrina espírita. Como no podemos responder a cada uno en particular, les rogamos que acepten por este medio nuestro sincero agradecimiento por los testimonios de afecto que se han dignado expresarnos en esta circunstancia. Si la doctrina espírita hace bien, si brinda consuelo a los afligidos, si fortalece a los débiles y levanta los ánimos abatidos, es preciso agradecer en primer lugar a Dios, antes que a su servidor, y luego a los grandes Espíritus que son los auténticos iniciadores de la idea, así como los directores del movimiento. Esto no significa que no nos conmuevan profundamente las felicitaciones que recibimos, a fin conservar la fuerza que

necesitamos para cumplir nuestra tarea. Trabajamos para ser merecedores de tales felicitaciones, y no nos faltarán el fervor y la dedicación que nos permitirán entregar la obra, tan avanzada como sea posible, a la persona que deba reemplazarnos algún día, para que complete con mayor fuerza lo que haya quedado inconcluso.

Mirada sobre el espiritismo en 1864

El espiritismo, ¿progresó o se redujo? Esta pregunta interesa tanto a sus partidarios como a sus enemigos. Los primeros afirman que crece; los otros, que decae. ¿Quiénes se equivocan? Ni unos ni otros, puesto que los que proclaman la decadencia del espiritismo saben bien por qué lo hacen, y lo demuestran a cada instante con la preocupación que manifiestan y la importancia que le otorgan. Con todo, algunos de ellos obran de buena fe; confían tanto en sí mismos que, tan solo porque asestaron un duro golpe al aire, afirman seriamente: *¡El espiritismo ha muerto!* O mejor dicho: *¡Debe estar muerto!*

Por su parte, los espíritas se apoyan en datos más positivos, en hechos que pueden constatar. Debido a nuestra posición, estamos en condiciones de evaluar aún mejor el movimiento del conjunto, y nos complace afirmar que la doctrina gana terreno incesantemente en todas las clases sociales. El año 1864 no ha sido menos fecundo que los anteriores en cuanto a buenos resultados. A falta de otros índices, nuestra *Revista* ya constituye una prueba material del estado en que se encuentra la opinión pública respecto de las ideas nuevas. Un periódico

específico, que inicia su octavo año de existencia e incrementa notablemente la cantidad de suscriptores, y que desde su fundación ha visto agotarse en tres oportunidades las colecciones de los años anteriores, no demuestra la decadencia de la doctrina que respalda, como tampoco la indiferencia de sus adeptos. Hasta el mes de diciembre se recibieron nuevas suscripciones por el año finalizado, y la cantidad de abonados el 1.º de enero de 1865 ya era un quinto más considerable que en la misma época del año precedente.

Este es un hecho material que sin duda no resulta concluyente para los extraños, pero que para nosotros es aún más significativo debido a que no solicitamos a nadie que se suscriba, ni se lo imponemos como condición en ninguna circunstancia: *ninguna* suscripción es forzada o el precio de una condescendencia particular. Además, no adulamos a nadie para obtener adhesiones a nuestra causa. Dejamos que las cosas sigan su curso natural, pues pensamos que si nuestro punto de vista y nuestro proceder no son correctos, nada podría hacer que prevalezcan. Sabemos muy bien que, por no haber incensado a determinados individuos, estos se han alejado de nosotros para ponerse del lado de donde procedía el incienso. ¡No nos importa! Para nosotros, las personas serias son las más útiles para la causa, y no nos parecen serias las que son atraídas tan solo por el néctar del amor propio, que más de una libó. No las queremos con nosotros, y lamentamos que hayan dado más valor al humo de las palabras que a la sinceridad. Somos conscientes de que en toda nuestra vida nunca debimos nada a la adulación ni a la intriga. Por eso no hemos acumulado fortuna, y no comenzaríamos a hacerlo con el espiritismo.

Elogiamos con satisfacción los hechos realizados, los servicios prestados, pero nunca elogiamos por anticipado los servicios que se podrían llegar a prestar o cuya realización se nos promete. No lo hacemos, en primer lugar, por una cuestión de principios, y luego porque tenemos muy poca confianza en el auténtico valor de los convenios fundados en el orgullo. Por eso, nunca los suscribimos. Cuando dejamos de aprobar, no censuramos, sino que guardamos silencio, a menos que el interés de la causa nos fuerce a romperlo.

Así pues, los que se acercan a nosotros lo hacen de manera libre y voluntaria, atraídos solamente por la idea, que les resulta conveniente, y no por alguna solicitud o por nuestro mérito personal, que es una cuestión secundaria, puesto que, sea cual fuere ese mérito, no podría darle valor a una idea que no lo tuviera. Por eso decimos que las adhesiones que recibimos van dirigidas a la idea y no a la persona, y sería una necia presunción de nuestra parte envanecernos por ese motivo. Desde el punto de vista de la doctrina, la mayoría de esas adhesiones proceden de personas que nunca hemos visto, a las que por lo general nunca hemos escrito, y a las que sin duda nunca escribimos por iniciativa propia. De tal modo, una vez descartada la idea de captación o de bando, se entiende por qué decimos que la situación de la *Revista* tiene un significado particular, como índice del progreso del espiritismo, y solo por eso nos referimos a ella.

Además, el año 1864 ha visto nacer varios órganos de la idea: *Le Sauveur des peuples* [*El Salvador de los pueblos*], *La Lumière* [*La Luz*], *La voix d'outre-tombe* [*La voz de ultratumba*], en Burdeos; *L'Avenir* [*El porvenir*], en París; *Le médium evangelique* [*El médium evangélico*], en Toulouse; en Bruselas, el *Monde musical* [*Mundo musical*], que sin ser un periódico

específico, trata de manera seria la cuestión del espiritismo. No cabe duda de que, si los fundadores de esos periódicos hubieran pensado que la idea declinaba, no se habrían aventurado con tales empresas.

El progreso, en 1864, también se refleja en el incremento de la cantidad de grupos y sociedades espíritas que se formaron en una infinidad de localidades donde no los había, tanto en Francia como en el extranjero. En todo momento recibimos la noticia de la fundación de un nuevo centro. Ese incremento es mucho mayor de lo que parece, pues hay que sumarle las reuniones privadas y familiares, que no tienen un carácter oficial. Contra esas reuniones, todos los rigores de una oposición sistemática resultan impotentes, incluso los inquisitoriales, como en España, donde a pesar de eso las reuniones tienen lugar en más de treinta ciudades, y están integradas por personalidades del más alto nivel.

Además de esos índices materiales, hay uno que se observa en las relaciones sociales. En la actualidad, es raro encontrarse con personas que no conozcan el espiritismo, al menos de nombre. Cuenta con simpatizantes casi en todas partes. Incluso los que no creen en él, lo mencionan con más respeto, y todos han podido comprobar cuánto ha disminuido la mentalidad burlona, pues suele prestarse a una discusión más racional. Salvo algunos chistes de la prensa, así como algunos sermones más o menos acerbos, los ataques violentos y apasionados son indudablemente más raros. Ocurre que los propios negadores, a pesar de que rechazan la idea, sufren su influencia sin darse cuenta, y comienzan a entender que ha conquistado su lugar en la opinión pública. Por otra parte, la mayoría de ellos encuentra adeptos del espiritismo en su entorno social y entre sus amigos, con los que pueden bromear

en la intimidad, pero no se atreven a despreciarlo públicamente. Además, todos han notado la variedad de formas con que la mayoría de las ideas espíritas se presentan actualmente en la literatura, de una manera seria, pero sin que esa palabra sea pronunciada. Nunca se habían visto tantas producciones de ese género como en los últimos tiempos. Ya se trate de una convicción o una fantasía de los escritores, no deja de ser una señal de la difusión de la idea, puesto que, si la aprovechan, lo hacen porque saben que tendrá repercusión.

No obstante, el progreso del espiritismo está lejos de ser uniforme. En algunas localidades sigue jaqueado por los prejuicios o por una fuerza oculta, pero a menudo surge cuando menos se lo espera. Ocurre que en muchos lugares hay más partidarios de lo que se supone, pero que no se ponen en evidencia. La prueba de eso radica en la venta de las obras espíritas, que supera considerablemente el número de espíritas conocidos. De tal modo, basta con que una persona tenga el valor de dar su opinión, para que el progreso latente se torne ostensible. Así debió de ocurrir en París, que durante mucho tiempo se mantuvo atrasada respecto de algunas ciudades de provincia. Durante los últimos dos años, pero sobre todo en el que acaba de finalizar, el espiritismo se ha desarrollado aquí con una rapidez sorprendente. En la actualidad, los grupos declarados son numerosos; y las reuniones privadas, innumerables. Por cierto, no exageramos al avaluar en cien mil el número de adherentes de un extremo a otro de la escala.

En síntesis, el progreso del espiritismo durante el año que acaba de finalizar es incuestionable si se considera el conjunto y no las localidades de manera aislada. Aunque no se haya manifestado con alguna señal resplandeciente o algún acontecimiento excepcional, es evidente que la idea se infiltra a

diario en el espíritu de las masas, y cada vez con más fuerza. Con todo, no habría que concluir que el período de la lucha ha finalizado. No, nuestros adversarios no se dan por vencidos fácilmente. Disponen en silencio nuevas baterías, razón por la cual debemos mantenernos en guardia. Al respecto, diremos algunas palabras en un próximo artículo.

Nueva curación de una joven obsesa de Marmande

El señor Dombre nos envía el siguiente relato, acerca de una de las más notables curaciones obtenidas recientemente en el círculo espírita de Marmande. A pesar de su extensión, consideramos que debíamos publicarla de una sola vez, por el gran interés que conlleva y para que se capte mejor la concatenación de los hechos. Confiamos en que nuestros lectores no lo tomarán a mal. Solo hemos suprimido algunos detalles cuya importancia no nos pareció fundamental. Las enseñanzas que contiene son numerosas y serias, y arrojan una nueva luz sobre esta cuestión de actualidad y esos fenómenos que tienden a multiplicarse. En vista de la extensión del artículo, dejaremos nuestras consideraciones para el próximo número, a fin de que podamos desarrollarlas convenientemente.

Señor Allan Kardec:

Con nuevas fuerzas y la confianza en Dios corroborada por los hechos, que me entusiasman sin sorprenderme, os relato la cura de una obsesión, notable en muchos aspectos.

¡Oh! ¡Cuán ciego está el que no ve el dedo de Dios! Todos los principios de la sublime doctrina del espiritismo se hallan confirmados en esa curación. La individualidad del alma, la intervención de los Espíritus en el mundo corporal, la expiación, el castigo y la reencarnación, quedan demostrados con los hechos que os voy a describir. Conforme ya os he dicho, lamento verme obligado a hablaros de mí, del rol que cumplí en esa circunstancia como instrumento del que Dios se ha dignado servirse para abrir los ojos. ¿Acaso debía pasar por alto los hechos relacionados conmigo? Consideré que no. Vos estáis encargado de controlar, estudiar, analizar los hechos y difundir la luz, de modo que hasta los menores detalles deben ser puestos en vuestro conocimiento. Dios, que lee en el fondo de los corazones, sabe que mi móvil no ha sido una vana satisfacción del amor propio. Por otra parte, no ignoro que todo aquel que obtiene el privilegio de ser convocado a realizar algún bien, pronto es reducido a la impotencia si desprecia por un instante la intervención divina: ¡y dichoso de él si no es castigado!

Voy al relato de los hechos.

A partir de los primeros días de septiembre de 1864, en uno de los barrios de la ciudad, no se hablaba de otra cosa más que de las crisis convulsivas que experimentaba una jovencita llamada Valentina Laurent, de trece años de edad. Esas crisis, que se repetían varias veces al día, eran tan violentas que hacían falta cinco hombres para mantenerla en su lecho, sosteniéndola de la cabeza, los brazos y las piernas. No obstante, ella contaba con fuerza suficiente para sacudirlos, e incluso a veces podía liberarse de ellos. En ese momento, sus manos se agarraban de lo que fuera. Las camisas, los vestidos y las sábanas de la cama, quedaban rápidamente desgarrados. Sus

dientes también desempeñaban un papel activo en esos furores, asustando con toda razón a quienes la rodeaban. Si no la hubieran sujetado, su cabeza habría dado contra la pared, y a pesar de todos los esfuerzos y las precauciones, no dejaba de sufrir heridas y contusiones.

Los recursos del arte de curar no le faltaron. Cuatro médicos la vieron sucesivamente. Ingería sin repugnancia todo tipo de medicamentos, pociones de éter y píldoras. Le colocaron sanguijuelas detrás de las orejas, y tampoco prescindieron de los vesicantes en los muslos, aunque sin éxito. Durante las crisis, el pulso era totalmente regular; después de las crisis, no conservaba el menor recuerdo de sus padecimientos, de sus convulsiones, pero se horrorizaba al ver la casa llena de gente, y su lecho rodeado de hombres exhaustos, algunos de los cuales se lamentaban porque sus camisas o chaquetas habían quedado deshechas.

El cura de X..., una parroquia situada a dos o tres kilómetros de Marmande, gozaba entre algunas personas de la región de una creciente celebridad como sanador de todo tipo de males, de modo que el padre de la jovencita decidió consultarlo. El cura, sin dar una explicación acerca de la naturaleza del mal, le entregó *gratuitamente* un poco de polvo blanco para que la enferma lo ingiriera, y luego se ofreció para decir una misa. Sin embargo, desgraciadamente, ni el polvo ni la misa preservaron a la joven Valentina de las catorce crisis que sufrió al día siguiente, cosa que nunca le había ocurrido.

Tantos fracasos en los tratamientos de toda clase, necesariamente generaron ideas supersticiosas en el vulgo. En efecto, las comadres hablaban en voz alta de un maleficio, de un hechizo ejercido sobre la niña.

En esa época, en el silencio de nuestra intimidad, consultamos a nuestros guías espirituales acerca de la naturaleza de esa enfermedad, y esto nos respondieron:

“Se trata de una obsesión de las más graves, cuyo carácter cambiará muchas veces de fisonomía. Debéis proceder fríamente, con calma. Observad, estudiad y evocad al Espíritu de Germana”.

Durante la primera evocación, el Espíritu derrochó insultos y mostró una gran repugnancia en contestar nuestras preguntas. Hasta entonces, ninguno de nosotros había ingresado en la casa de la enferma, y antes de intervenir quisimos dejar que la familia agotara todos los recursos que su solicitud pudiera inspirarles. Solo cuando se comprobó la impotencia de la ciencia y de la Iglesia, invitamos al padre desesperado para que asistiera a nuestra reunión, a fin de que conociera la verdadera causa del mal de su hija, así como el remedio moral que debía suministrarle. Esa primera sesión tuvo lugar el 16 de septiembre de 1864. Antes de la evocación de Germana, nuestros guías nos habían impartido la siguiente instrucción:

“Tened mucho cuidado, observad bien y poned mucha dedicación. Os relacionaréis con un Espíritu mistificador, que reúne la astucia, la habilidad hipócrita y un carácter muy malvado. No dejéis de estudiar y de trabajar en la moralización de ese Espíritu, así como de orar a tal efecto. Recomendad a los padres de la niña que eviten, en presencia de ella, la manifestación de cualquier lamento acerca de su estado. Por el contrario, deben hacer que se dedique a sus ocupaciones habituales, y sobre todo no tratarla con brusquedad. Que le digan, más que nada, que no existen los hechiceros: esto es muy importante. El cerebro joven y flexible recibe las impresiones con demasiada facilidad, y su moral podría verse afectada por eso.

Que no la dejen conversar con personas que puedan contarle historias absurdas, pues infunden en los niños ideas falsas y a menudo perniciosas. Que los padres también se convenzan de que la plegaria sincera es el único remedio que liberará a su hija.

”Os hemos dicho, espíritas, que el Espíritu de Germana es hábil. Siempre se valdrá de las creencias ridículas y de los rumores que circulan en torno a la jovencita, y tratará de engañaros. Aprovechad este caso: la obsesión se presentará con nuevas etapas. Fuisteis advertidos. Considerad que tenéis que trabajar con perseverancia, y seguid con inteligencia hasta los mínimos detalles que os permitan rastrear las maniobras del Espíritu. No confiéis en la calma. Si bien las crisis son los efectos más impresionantes de las obsesiones, existen otras consecuencias mucho más peligrosas. Desconfiad de la ingenuidad y la infantilidad de una obsesa que, como en este caso, no sufre físicamente. Las obsesiones son tanto más peligrosas cuanto más ocultas. A menudo son exclusivamente morales. Algunos no razonan; otros pierden el recuerdo de lo que han dicho, de lo que han hecho. Con todo, no hay que juzgar demasiado precipitadamente y atribuir todos los síntomas a la obsesión. Os lo repito: estudiad, discernid, trabajad seriamente. No esperéis todo de nosotros. Os ayudaremos, porque trabajamos de común acuerdo, pero no os relajéis pensando que todo os será revelado”.

Evocación de Germana.

Respuesta: —Aquí estoy.

Pregunta: —¿Tienes algo que decirnos, para dar continuidad a nuestra última conversación?

R. —No; nada, señores.

P. —¿Sabes que fuiste grosera para con nosotros?

R. —Vosotros también me hablasteis bastante mal.

P. —Te dimos consejos. ¿Reflexionaste?

R. —Sí, mucho. Os lo juro. Mis reflexiones han sido prudentes. Reconozco que estaba loca. Deliraba, pero ahora estoy tranquila.

P. —¡Muy bien! ¿Quieres decirnos por qué torturas a esa niña?

R. —Es inútil insistir con ese tema. Sería muy largo de contar. Supongo que aquí no hay un tribunal, de modo que no me obligarán a sentarme en el banquillo de los acusados para responder un cuestionario.

P. —Por supuesto que no. Eres completamente libre. Nuestro interés por ti y por la niña nos lleva a preguntarte cuál es el motivo serio o el capricho por el cual te dedicas a atacarla.

R. —¿Capricho, decís? ¡Ah! Deberíais desear que fuera tan solo un capricho. Porque sabéis bien que el capricho es cambiante y se termina.

P. —¿Estás realmente tranquila?

R. —Ya lo veis.

P. —Sí, en apariencia. ¿No ocultas tus sentimientos?

R. —No vine a tenderos una trampa. Eso no me hace falta.

P. —¿Puedes afirmar tal cosa ante los Espíritus que nos acompañan...?

R. —No interpongamos otras personas entre nosotros. Si vamos a conversar, que sea entre vosotros y yo. No me gusta la intervención de terceros.

P. —¡De acuerdo! Te creemos de buena fe, etc...

R. —Por eso deberíais contentaros con esta garantía. Además, os obligaré a creerme si os resistís. No me faltarán pruebas para convencerlos de mi sinceridad.

GERMANA

Al escuchar el nombre *Germana*, el padre de la obsesa dio un grito, estupefacto:

—¡Oh! ¡Qué curioso! Y al retirarse, repitió varias veces: ¡Qué curioso!

(Esto se explicará más tarde.)

Al día siguiente, 17 de septiembre, me dirigí por primera vez a la casa de esa familia, con la intención de presenciar uno de los ataques del Espíritu. Fui complacido a voluntad, pues Valentina sufría una crisis cuando entré en la casa junto con los vecinos del barrio, que habían acudido presurosos.

Me encontré con una jovencita imponente, robusta para su edad, que yacía en su lecho sostenida por ocho o diez brazos vigorosos, tal como lo describí más arriba. Solo su cabeza estaba libre, de modo que se sacudía y azotaba el aire hacia todos lados con la cabellera suelta. La boca entreabierta dejaba ver dos hileras de dientes blancos y amenazantes. La mirada estaba completamente perdida, y las pupilas, de las que solo se veía una parte, se habían desviado hacia el ángulo del lado de la nariz. Agregad a eso una especie de grito salvaje, y os imaginaréis la escena.

Me detuve un instante a observar la fuerza de las sacudidas, y luego me incliné sobre la niña, para colocar mi mano izquierda sobre su frente y mi mano derecha sobre su pecho.

De inmediato, los movimientos y los esfuerzos convulsivos cesaron, y la cabeza se apoyó con calma sobre la almohada. Dirigí los dedos de mi mano derecha hacia su boca, que se entreabrió, y entonces una sonrisa volvió a sus labios. Las dos grandes pupilas negras volvieron a su lugar, y a la figura satánica le sucedió el más tierno rostro. La niña manifestó su asombro al ver tanta gente alrededor suyo, y afirmó que no estaba enferma. Esas eran siempre sus primeras palabras después de las crisis. Por mi parte, elevé el alma a Dios, y sentí en mis ojos dos lágrimas de entusiasmo y reconocimiento.

Esto ocurrió la mañana del 17. Dado que las crisis más intensas tenían lugar alrededor de las cinco de la tarde, me dirigí a su casa a esa hora, pero habían cesado cuando llegué. A las siete, volví a mi hogar para cenar. No obstante, tan pronto como llegué, me avisaron que la niña sufría una crisis terrible, de modo que fui a verla de inmediato. Tomé con una mano los brazos de la niña, a la altura de las muñecas, y a los hombres que la sujetaban les pedí que la soltaran. Luego coloqué mi otra mano sobre su pecho, y se tranquilizó de inmediato. Con la otra mano, ahora sobre su rostro, logré que sonriera y que sus ojos recuperaran su estado normal. Era el mismo efecto ocurrido durante la mañana. Permanecí cerca de la niña una parte de la noche. Si bien no sufrió ninguna crisis, tuvo un sueño agitado. Su fisonomía reflejaba un aspecto convulsivo. Se le veía el blanco de los ojos y parecía sufrir moralmente. Gesticulaba, hablaba claramente y exclamaba con tono enérgico, conmovida: *¡Vete! ¡Vete...! ¡Oh! ¡Qué villana...! Y el niño... el niño... en las rocas... en las rocas.* A tal agitación le seguía una especie de éxtasis. Lloraba y volvía a exclamar con tono quejumbroso: *¡Ah! ¡Tú sufres los tormentos del Infierno...! Pero yo... ¡Quieres hacerme sufrir siempre...! ¡Siempre...! ¡Siem-*

pre...! Tendía los brazos hacia el aire e intentaba levantarse: Pues bien... ¡Llévame! ¡Llévame...!

Cada tanto, el padre soltaba su exclamación: *¡Oh! ¡Qué curioso!* Y la madre agregaba: *Esto es un misterio.* A partir de la una de la madrugada, la niña durmió apaciblemente hasta el amanecer.

Esa agitación, esos reproches, esos éxtasis, ese llanto, se renovaban cada día tras los ataques violentos del Espíritu, y duraron hasta bien avanzadas las noches del 18, 19 y 20 de septiembre. Día tras día yo visitaba a la enferma y, por decirlo de algún modo, llegué a instalarme en su casa. En mi presencia no ocurría ninguna manifestación, pero tan pronto como me retiraba, surgía una nueva crisis. Yo volvía y ella se tranquilizaba de inmediato, conforme he señalado. Eso duró varios días. No cabe duda de que el hecho de que tales crisis cesaran súbitamente, con la sola imposición de las manos, era un fenómeno digno de atención. Los rumores se extendían por toda la ciudad, y en la niña había material para un estudio serio. No obstante, lamenté no haber visto a ninguno de los cuatro médicos que la habían atendido.

Durante todo ese tiempo, noté en la niña una alegría un tanto exagerada, así como una especie de necedad. El padre y la madre decían que ese modo de ser no era normal, lo cual justificaba las previsiones de nuestros guías.

El 21 de septiembre, el padre y la niña concurrieron conmigo a la sesión. Al comienzo, nuestros guías nos dijeron que llamáramos a Germana, le pidiéramos que se acercara a nosotros y le dijéramos:

“Germana: tú eres nuestra hermana, al igual que esta niña. Ella también es tu hermana. Si en el pasado las vinculó alguna

acción funesta, que hizo caer sobre ambas el peso de la justicia divina, ahora podéis inclinaros ante el Juez supremo. Invocad su misericordia infinita. Rogadle su gracia, como nosotros se la rogamos para vosotras. Conmoved al Señor mediante vuestra plegaria fervorosa y vuestro arrepentimiento. En vano buscarás la calma para tus remordimientos, así como un refugio en la venganza. En vano buscarás tu justificación abrumando a la niña con el peso de tus acusaciones. Escucha nuestra voz. Perdona, y serás perdonada. No intentes engañarnos. No supongas que la apariencia de franqueza podrá seducirnos. Sean cuales fueren los medios que emplees, los conocemos, y te opondremos nuestra fuerza y nuestra voluntad. Que tu corazón, ciego por el dolor y el odio, se abra a la piedad y al perdón. Por nuestra parte, no dejaremos de rogar al Eterno y a los Espíritus buenos, sus mensajeros fieles, para que derramen sobre ti el consuelo y la gracia. Lo que deseamos, Germana, es liberarte del sufrimiento. Siempre serás acogida como una hermana. Te rescataremos. Así pues, no nos consideres tus enemigos. Queremos tu felicidad. No seas sorda a nuestras palabras. Escucha nuestros consejos, y dentro de poco conocerás la paz de la conciencia. El remordimiento se irá lejos de ti, y el arrepentimiento habrá ocupado su lugar. Los Espíritus buenos te recibirán como una oveja perdida a la que encontraron. Los malvados imitarán tu ejemplo. En esta familia, para la cual eres una maldición, solo se hablará bien de ti, con gratitud. Esta niña también rogará por ti, y aunque el odio las separó, el amor habrá de reunir las.

”Siempre somos desdichados cuando la venganza nos domina. No hay paz para el que odia. El que perdona está cerca de amar. La dicha y la tranquilidad reemplazan al sufrimiento y la inquietud. Ven, Germana; únete a nosotros con tus ple-

garias. Deseamos que, a ejemplo de Julio¹ y de otros Espíritus, que al igual que tú vivían en el mal, estés cerca de nosotros y bajo la dichosa protección de nuestros guías. Estás sola. Sé la hija adoptiva de esta familia que ruega al Eterno por los que sufren, y que enseña a todos a amarlo para ser felices. Si te obstinas en tu crueldad para con esta niña, prolongarás y agravarás tus padecimientos, y escucharás las maldiciones de ella y de quienes la rodean.

”Recibe, pues, de tus hermanos, la amistad que te ofrecen de corazón. Renuncia a esas torturas, que te dejan exhausta. Cree en nuestras palabras; cree sobre todo en los consejos de los Espíritus buenos que nos guían, y particularmente en los de *Pequeña Caridad*. No serás indiferente a esta plegaria. Darnos, como prueba de que aceptaste nuestro ofrecimiento, la paz y un sueño sin perturbaciones de la niña durante algunos días. Nosotros oraremos por ti, y no dejaremos de suplicar el término de todos tus males”.

Evocamos a Germana, y le leímos lo que se nos había dictado.

Pregunta. —¿Oíste bien y comprendiste lo que acabamos de decirte?

Respuesta: —Sí; me conmovieron todas esas promesas, pues no merezco tanto. Soy un Espíritu desconfiado, y no me atrevo a creer en ellas. Ya veremos si vuestras plegarias me infunden esa calma que me falta hace tanto tiempo. Es cierto, estoy sola, y apenas conozco a *la que intenta destrozarme*². Ya veremos.

1. El Espíritu obsesor de la joven Teresa B..., de Marmande (Véase la *Revista Espírita* de junio de 1864).

2. Más adelante se comprenderá el significado de estas palabras.

P. —¿No ves cerca de ti a los Espíritus buenos?

R. —Sí, pero no espero nada de ellos. Solo de vosotros.

P. —¡Entonces! A cambio del bien que deseamos para ti, ¿no podrías dejar de hacer el mal, de atormentar...?

R. —¿Acaso soy yo solamente la causa del mal? Ella es tan culpable como yo. ¿Dijisteis *atormentar*? Ambas luchamos, nos enfrentamos. La culpa es compartida. Ella fue mi cómplice. No veo por qué depositáis sobre mí sola la responsabilidad de esos actos violentos de los que también yo fui víctima.

P. —Sin embargo, la niña no te persigue; y si tú la atormentas, es porque así lo quieres: tienes libre albedrío.

R. —¿Quién os dijo eso? Estáis equivocados. Nos ata una fatalidad.

P. —Entonces, cuéntanos todo.

R. —No puedo. Aquí no tengo plena libertad... Soy franca.

P. —¡De acuerdo! Germana, oraremos por ti. ¡Hasta otro momento!

Al finalizar la comunicación, nuestros guías nos dijeron:

“Durante estos días, reuníos tantos como sea posible. Ocupaos más particularmente de ella. Vuestra sinceridad y vuestra dedicación la conmoverán, y confiamos en que los resultados que esperamos se vean pronto, gracias a estas medidas”.

La mañana del 22, la niña no sufrió ninguna crisis, y a la tarde nos reunimos como de costumbre.

Evocación de Germana.

Pregunta. —¡Pues bien! Germana, ¿crees en nuestro compromiso contigo?

Respuesta. —Tengo derecho a dudar. Difícilmente el paria cree en el beso fraternal que le arrojan al pasar. Estoy acos-tumbrada a ver que me persiguen el desdén y el desprecio.

P. —Dios quiere que nos amemos unos a otros.

R. —No sé qué es eso. Aquí, aquel a quien el remordi-miento persigue u oprime es un enemigo, una serpiente de la cual se escapa arrojándole una piedra. ¿Acaso suponéis que esto no es repugnante para el maldito? Instintivamente, se convierte en enemigo de todos. La pasión y el odio lo ence-guecen. Pobre de aquel que cae en las garras de ese buitre.

P. —Nosotros, Germana, queremos amarte, y te tendemos la mano.

R. —¿Por qué no me hablaron antes de ese modo? En el mundo en el que habito hay corazones generosos. ¿Acaso yo los atemorizaba? ¿Por qué nunca me dijeron que soy su her-mana y que puedo llegar a ser como ellos? Aún tengo el alma envenenada, sobre todo cuando pienso en el pasado. Todo crimen merece una pena, pero mi castigo ha sido demasiado grande: es como si todo hubiera caído sobre mí para aplastar-me. En esos momentos, uno desprecia a Dios y lo maldice, lo niega y se rebela contra Él y los suyos, porque se siente abandonado.

Observación: Este último razonamiento del Espíritu es fruto de la sobreexcitación en que se encuentra, pero plan-tea una cuestión importante: “¿Por qué —dice— en el mun-do en el que habito nunca me hablaron como vosotros lo hacéis?” Porque en ese momento la ignorancia del porvenir forma parte del castigo de algunos culpables. Solo cuando su obstinación es vencida por el cansancio, se les permite entrever un reflejo de esperanza como alivio para sus penas.

Es preciso que se dirijan a Dios voluntariamente. No obstante, los Espíritus buenos no los abandonan. Se esfuerzan para inspirarles buenos pensamientos, y aguardan hasta las más pequeñas señales de progreso. Entonces, tan pronto como observan que brota el germen del arrepentimiento, dan lugar a las instrucciones que, al esclarecerlos, los conducen al bien. Esas instrucciones son impartidas por los Espíritus en el momento oportuno, y también por los encarnados, para demostrar la solidaridad que existe entre el mundo visible y el mundo invisible. En este caso, para la rehabilitación de Germana resultaba útil que recibiera el perdón de los que se quejaban de ella, lo cual al mismo tiempo era un mérito para ellos. Por esta razón, a menudo se requiere la intervención de los hombres para el mejoramiento y el alivio de los Espíritus que sufren, sobre todo en los casos de obsesión. La intervención de los Espíritus buenos sin duda podría ser suficiente, pero la caridad de los hombres para con sus hermanos de la erraticidad constituye para ellos mismos un medio de adelanto que Dios les ha reservado.

P. —El Espíritu de Julio, al que veis cerca de nosotros, ¿también era un criminal, sufridor y desdichado...?

R. —Mi posición fue peor para mí. Mencionad todo lo que pueda dañar a un alma. Decid hasta qué punto el veneno quema las entrañas. Yo padecí todo eso. Y lo más cruel para mí era que estaba sola, abandonada y maldita. No inspiré piedad a nadie. ¿Comprendéis la ira que desborda mi corazón? ¡Sufrí mucho! *No podía morir. No podía suicidarme.* Y siempre se presentaba ante mí el futuro más sombrío. Nunca vi que surgiera una claridad. Ninguna voz me dijo: “¡Ten esperanza!” Entonces, grité: “¡Furia! ¡Venganza! ¡Iré por mis

víctimas! Al menos tendré compañeros de sufrimiento”. Esta no es la primera vez que la niña siente mis abrazos.³

Observación: Si nos preguntaran por qué Dios permite que los Espíritus malos descarguen su ira sobre inocentes, diríamos que los padecimientos inmerecidos no existen, y que no cabe duda de que, si un inocente sufre en la actualidad, es porque aún conserva una deuda del pasado que debe pagar. Esos Espíritus malos sirven, en tal caso, de instrumento para la expiación. Además, su malevolencia es una prueba para la paciencia, la resignación y la caridad.

P. —Agradécele a Dios por haberte hecho sufrir tanto. Esos padecimientos son la expiación que te ha purificado.

R. —¿Agradecer a Dios?! Me pedís demasiado. Ya he sufrido mucho. Hubiera preferido el Infierno. Me han enseñado que los condenados sufren, lloran y gritan juntos, y que pueden enfrentarse y luchar entre ellos. En cambio, yo estaba sola. ¡Oh! ¡Es horrible! Al contaros esto, siento que voy a blasfemar y a arrojarme sobre mi presa. No penséis que vais a detenerme colocando entre ambas un ángel sonriente. Lucharé contra cualquiera, sea quien fuere.

P. —Más allá del sentimiento que te domine, nosotros solo te opondremos la calma, la plegaria y el amor.

R. —Lo que más me agrada es que vosotros me habláis sin insultarme, sin despreciarme, y que tratáis de infundirme esperanza. ¡Oh! No confiéis en que habré de rendirme tan rápido. Lamento decepcionaros. ¿Y si después de tan bellas promesas, tan bellas que aún no puedo creer en ellas, me abandonarais? ¡Oh! Entonces, ¿qué sería de mí? He pensado

3. En efecto, los padres nos dijeron que su hija, a los seis años de edad, había sufrido crisis que no pudieron explicar.

en eso. ¿Cuál es la causa de este consuelo tan tardío? ¿Por qué vosotros? ¿No será una trampa oculta? Ya veis que no sé en qué creer, ni qué hacer. ¡En verdad, esto me resulta extraño, sorprendente!

Observación: La experiencia demuestra, en efecto, que las palabras duras y perjudiciales son un recurso muy malo para desembarazarse de los Espíritus obsesores. Esas palabras los irritan y los inducen a empeñarse más aún.

P. —Germana, escúchame. Voy a explicarte eso que te sorprende. Hace algunos años, la inmortalidad, la individualidad y la relación de las almas con los que todavía están en la Tierra, nos han sido demostradas de una manera que no deja lugar a dudas. El espiritismo —tal es el nombre de esta nueva doctrina— impone a sus adeptos el deber de amar y ayudar a sus hermanos. Nosotros somos espíritas y, por amor a dos hermanas que sufren —tú y la niña que es tu víctima—, te hemos llamado para ofrecerte nuestro corazón y el auxilio de nuestras plegarias. ¿Comprendes ahora?

R. —No mucho. Nunca oí a nadie razonar así. ¿De modo que debéis ocuparos de los que viven con vosotros, y también de los Espíritus que sufren como yo? Se trata de una tarea que ha de tener su mérito.

P. —Si tienes a bien creer en nuestra sinceridad, ¿nos prometes que estarás dispuesta a ser buena con la niña?

R. —Buena *porque vosotros habéis sido buenos conmigo*. Creo que sois sinceros. Vuestro lenguaje me induce a creerlos, pero todavía dudo. Quitadme esa duda y seré vuestra. Me esforzaré para realizar lo que voy a prometeros: a medida que la duda desaparezca, el sufrimiento de la niña disminuirá; y cuando la duda ya no exista, el sufrimiento habrá cesado. Pero

si me engaáis, ¡qué desgracia! La niña morirá estrangulada. Una víctima espera, ya sea su salvación —que depende de vosotros—, o bien el golpe que daré sobre su cabeza. No se trata de una amenaza para intimidaros, sino de una advertencia acerca de que el odio y la ira me encegucen. Habéis llegado a tiempo, pues ella tal vez ya estaría muerta. Como no podéis hablar conmigo todo el tiempo, decid a vuestros amigos que viven donde yo vivo, que continúen la conversación. Pedidles que no me rechacen, aunque mis maldades no hayan cesado todavía, porque no me he comprometido totalmente. No podéis exigirme más de lo que he prometido.

Nosotros, entonces, rogamus a nuestros guías que acogieran a Germana, y ellos respondieron:

“Ante todo, ella es nuestra querida hermana, tanto más por el hecho de que sufre. Ven, Germana. Si tu mano nunca estrechó una mano amiga, acércate: te tenderemos la nuestra. Solo nos interesa tu felicidad. Siempre encontrarás hermanos en nosotros, a pesar de la debilidad de que todavía te sientes capaz. Nosotros te compadecemos y no te condenamos. Ven a formar parte de nuestra familia; la dicha nos sonríe. En nosotros no corren lágrimas amargas. La alegría reemplaza al dolor; y el amor, al odio. ¡Hermana, danos tu mano!”

VUESTROS GUÍAS

El día 23 transcurrió sin crisis, como la víspera. A la tarde, la jovencita concurrió con el padre a la sesión, para escuchar a Germana, por la cual ya mostraba sumo interés.

Nuestros guías nos dijeron:

“Comenzad vuestra tarea evocando a Germana, pues ella lo desea mucho. Debéis demostrarle que os interesa especial-

mente. Evitad todo lo que pudiera tener la apariencia del olvido y la indiferencia, para que despeje sus dudas. Tomad en cuenta que sus ataques solo se han suspendido. Sed prudentes. Contentaos sin amor propio y sin orgullo. Sobre todo, sed fervientes en vuestras plegarias. Si ella manifiesta el deseo de conversar largamente, aunque os ocupe toda la reunión, no escatiméis el tiempo”.

VUESTROS GUÍAS

Evocación de Germana.

Respuesta. —Aquí estoy, mucho más tranquila. Quiero ser justa: pues os lo debo a vosotros. También pudisteis ver que obré conforme os lo había dicho. Con las buenas relaciones se hacen buenos amigos. Habladme, pues, ya que vosotros sois voces amigas. Esto es tan extraño y tan nuevo para mí, que me permitiréis disfrutar una conversación en la que el odio será reemplazado por... iba a decir *el amor*, ¡pero no lo conozco! ¡Decidme lo que debo hacer para amar y ser amada; a mí, a la pobre y miserable Germana, envejecida por la desgracia, el oprobio y el crimen...! ¿Aquí se bautiza? Soy una neófito.

—El bautismo que solicitas, Juana⁴, ya lo has recibido —le respondí—. Radica en tu arrepentimiento, en tu decisión de avanzar por un camino nuevo.

El día 24 de septiembre transcurrió tan calmo como el precedente.

En la reunión de la tarde, llamamos a Germana.

P. —Germana, queremos agradecerte...

4. En el original se lee *Jeanne*. Tal vez se trate de un error del tipógrafo. (N. del T.)

R. —No habléis de eso, porque me avergonzáis. Soy yo quien debe inclinarse y pedir gracia. Te debo una gran reparación, ¡pobre niña! La vida de que disfrutaban los Espíritus es eterna. Dios me ofreció los medios y el tiempo para reparar los estragos causados por la ceguera de la pasión. Quédate tranquila. Ora cada tanto por la desdichada Germana, la criminal que hoy está arrepentida y te ruega perdón. Pobre niña, olvida tus dolores y a quien los provocó. Recuerda tan solo a la que ahora desea ser tu amiga. Ya no soy la misma Germana: el rocío de las oraciones que cayó sobre mí aclaró mi alma, y mi sed de venganza se apagó. El recuerdo de mi infame pasado será mi expiación. Mi plegaria, junto a la vuestra, aliviará el remordimiento que me tortura. Gracias a todos vosotros, que me habéis colocado en el sendero de la verdad y del bien, cuando andaba perdida en las profundidades del vicio y la impenitencia.

“Ahora creo en vosotros: la duda desapareció. Os amo y os agradezco por haberme rescatado y sanado. Os agradezco también por esta pobre niña, a la que habéis devuelto la salud y la vida.

”Puedo considerarme dichosa, porque me encuentro junto a Espíritus buenos que me consuelan y me dan fuerza con su grata y persuasiva moral. Ya no estoy sola. A pesar de la oscuridad de mi alma, ellos me aceptaron en su bendita familia. Yo soy la enferma, y ellos son mis cuidadores. No tengo palabras para deciros todo lo que siento.

”Decidme, todos vosotros, pero más que nadie tú, pobre niña, que me perdonáis. Necesito escuchar que esa palabra sale de tu corazón. Te ruego que me brindes ese consuelo.”

La joven Valentina le dijo: —Sí, Germana, te perdono. ¡Es más, te amo!

—Nosotros también —agregué a continuación— te amamos como a una hermana.

Germana prosiguió:

—Yo también comienzo a amar. ¿A quién debo esta transformación? A los que insulté y que, a pesar del horror que les habré inspirado, se apiadaron de mí y me consideraron su hermana, demostrándome que no me engañaban.

“Así es, me señalasteis el camino de la dicha futura. Era pobre y me sentía abandonada, y ahora vivo con los que tienen mucho: ya no me quejo. Los Espíritus buenos me dicen que van a prepararme las pruebas que tendré que sufrir indefectiblemente. Entonces, provista de esa fuerza, descenderé una vez más entre las criaturas terrestres. Ya no lo haré para sembrar la muerte alrededor mío, sino para amar y merecer de ellas su benevolencia y su amistad.

”Tendría mucho que deciros, pero no quiero ser inoportuna. Oremos, pues creo que me hará bien.

”Dios todopoderoso, eterno, misericordioso: escucha mi plegaria. Perdona mis blasfemias, perdona mis extravíos. No conocía el camino que conduce al reino de los justos. Mis hermanos de la Tierra me lo enseñaron, y mis hermanos los Espíritus me llevaron hacia él. Que la justicia infinita siga su curso respecto de la pobre Germana. A partir de ahora, ella sufrirá sin quejarse. Ni siquiera un murmullo saldrá de su boca. Reconozco tu grandeza y tu bondad de Padre para con tus dichosos servidores, que me han alejado del camino del vicio. Que mi plegaria se eleve hacia ti, y que los ángeles que te sirven y rodean tu trono puedan algún día acogerme entre ellos, como lo han hecho los Espíritus buenos. Ahora lo comprendo: solo la virtud conduce a la felicidad. ¡Oh, Dios mío!,

apiádate de aquellos que, como yo, siguen sufriendo. Concédete, a la niña que he torturado, las delicias y las virtudes que constituyen la felicidad en la Tierra.”

GERMANA

“Se os ha dicho: *Ayúdate, y el Cielo te ayudará*. Los Espíritus que os guían no se ocuparán de la tarea que el deber os impone. No obstante, si sois trabajadores, podrán abreviar cuanto sea posible la obra que hayáis emprendido bajo la bandera de la inmortal caridad. Así pues, obrad sin desánimo ni debilidad. Que vuestra fe sea inquebrantable, y tal vez algún día os preguntaréis de dónde procede ese poder. Trabajad en la moralización de vuestros hermanos encarnados, así como en la de los Espíritus atrasados. No os conforméis con predicar los consuelos del espiritismo: mostrad su grandeza y su poder con vuestros actos, pues esa es la mejor refutación que podéis oponer a vuestros adversarios. Las palabras vuelan, pero los actos fortalecen y amparan. Que la dicha que llegará a esta familia, en compañía de la joven doctrina, se deba a los cuidados y a la caridad de los adeptos sinceros. Confíad en lo que hacéis, pero sin orgullo, pues de lo contrario los frutos que habréis de cosechar se perderán por vuestra culpa.”

VUESTROS GUÍAS

Observación: Los Espíritus, como vemos, no permanecen inactivos ni indiferentes respecto de los Espíritus sufridores que deben ser conducidos al bien. No obstante, cuando la intervención de los hombres puede ser útil, les ceden la ini-

ciativa y el mérito, sin dejar de apoyarlos con sus consejos y su estímulo.

A partir del 25 de septiembre, de acuerdo con el consejo de nuestros guías, me ocupé día tras día de que la joven Valentina se adormeciera mediante el sueño magnético, para purgarla completamente de la impresión de los malos fluidos que la habían envuelto, y también para fortalecer su organismo. Luego de su liberación, experimentaba malestares, languidez de estómago y leves tensiones nerviosas, que eran la consecuencia inevitable de la obsesión.

Observación: ¿Para qué habría servido el magnetismo, si la causa hubiera subsistido? Primero había que eliminar la causa, antes de atacar los efectos, o al menos obrar sobre ambos simultáneamente.

La niña se hallaba un poco consentida por los cuidados y las caricias que se le habían prodigado durante la enfermedad. Se había tornado un tanto caprichosa y rebelde, y accedía con reticencia a que yo la adormeciera. Cierta día se rehusó, de modo que opté por retirarme. Cuando llegué a casa, vinieron a avisarme que había sufrido una crisis. “Bien —exclamé—. Es un castigo de Germana.” Volví de inmediato, y encontré a la niña agitándose en su lecho. Esa crisis no era tan violenta como las precedentes, pero tenía los mismos caracteres. La tranquilicé como siempre. Algunas horas después, sufrió una segunda crisis, que también pude detener.

A la tarde, nos reunimos. Germana acudió sin que la llamáramos. Dijo que había querido darle una lección a la niña, y advertirle que, cuando no fuera razonable, le haría sentir su

presencia. También le dio muy buenos consejos, e hizo que los padres sintieran los inconvenientes de ceder a los caprichos de los hijos.

A la etapa de la curación y la conversión del Espíritu, le siguió la de las revelaciones acerca del drama cuyo desenlace había sido la obsesión violenta de la joven Valentina. Por más interesante y conmovedora que sea esta parte del relato, hemos suprimido los detalles que hasta cierto punto nos parecieron ajenos a nuestro asunto, y que tratan acerca de hechos contemporáneos, cuyo penoso recuerdo sigue presente y de los cuales fueron testigos personas que están vivas. La resumimos con miras a las conclusiones que debemos extraer de ella. Por los mismos motivos, hemos ocultado los nombres propios, pues no sumarían nada a la enseñanza que resulta de esta historia.

De esas revelaciones, hechas en la intimidad, fuera del grupo y a través de otro médium, resulta que Germana fue la abuela del señor Laurent, el padre de la joven obsesa Valentina. Germana tenía una hija, que a su vez tuvo dos hijos, uno de los cuales es el señor Laurent. El otro hijo fue asesinado por la abuela, que lo arrojó desde un precipicio, sobre las rocas de... Por ese crimen, Germana fue condenada a diez años de reclusión en la prisión de C... Respecto de esos hechos, ella brindó los más minuciosos detalles, señalando con precisión los nombres, los lugares y las fechas, para que no quedara la menor duda acerca de su identidad. Esos detalles íntimos, que solo Laurent y su esposa conocían, fueron confirmados por ambos. Para que su nieto la reconociera mejor aún, Germana lo llamó por su sobrenombre, que el médium ignoraba, y le habló tan solo en su dialecto, como lo hacía en vida.

Así pues, no era posible engañarse: Germana era la abuela de Laurent, la condenada por infanticidio. Por su parte,

la hija de Germana, madre de Laurent y del niño asesinado, actualmente es la hija de Laurent, la joven Valentina, a la que Germana atormentaba con esa cruel obsesión. Ella explicó la causa del odio que sentía por Valentina. Ambas se habían enfrentado como Espíritus, y esa lucha continuó cuando una de ellas reencarnó. Un hecho confirma esa afirmación: las palabras que la niña pronunciaba durante el sueño. Como es comprensible, sus padres nunca le habían hablado acerca del crimen ocurrido en la familia, y esas palabras: *¡El niño... el niño... en las rocas... en las rocas!* eran evidentemente el resultado del recuerdo que su Espíritu conservaba en estado de desprendimiento.

—¡Pues bien! —dije al padre de Valentina—. ¿Estáis convencido de que se trata del Espíritu de vuestra abuela?

—¡Oh! Señor —me respondió—, ya estaba convencido antes de esta conversación. El nombre de Germana, y las palabras de Valentina durante sus crisis, no me permitían ponerlo en duda. De inmediato se lo comenté a mi esposa. Es más, cuando me hablasteis del espiritismo y de la reencarnación, pensé que mi madre estaba encarnada en Valentina.

Así se explican las exclamaciones que Laurent repetía: *¡Qué curioso!*, como también las de su mujer: *¡Esto es un misterio!*

Evocación de un sordomudo encarnado

El señor Rul, miembro de la Sociedad de París, nos transmite el siguiente hecho:

“En 1862 –nos dice– conocí a un jovencito sordomudo, que tenía unos doce o trece años de edad. Deseoso de realizar un estudio acerca de él, pregunté a mis guías protectores si era posible evocar a su Espíritu mientras dormía. La respuesta fue afirmativa, de modo que invité al niño para que pernoctara en mi casa. Lo instalé en un sofá en mi cuarto, en compañía de un plato de uvas, que comenzó a comer con fruición. Por mi parte, me senté junto a una mesa, oré y realicé la evocación, como de costumbre. Al cabo de unos instantes, mi mano comenzó a temblar, y escribí: *Aquí estoy*.

”Miré al niño: estaba inmóvil, con los ojos cerrados, tranquilo, dormido, con el plato de uvas en las rodillas. Había dejado de comer. Entonces, le hice las siguientes preguntas:

”P. —¿Dónde estás en este momento?

”R. —En tu cuarto, en tu sofá.

”P. —¿Quieres decirme por qué eres sordomudo de nacimiento?

”R. —Es una expiación de mis crímenes pasados.

”P. —¿Qué clase de crímenes cometiste?

”R. —He sido parricida.

”P. —¿Puedes decirme si tu madre, *a la que amas tan tiernamente*, no ha sido, ya sea como tu padre o como tu madre en la existencia de la que hablas, la víctima del crimen que cometiste?

”En vano esperé la respuesta. Mi mano no se movió. Volví a mirar al niño, que acababa de despertarse y devoraba las uvas. Entonces, solicité a mis guías que me explicaran lo que acababa de ocurrir. Me respondieron:

” ‘El niño te ha dado la información que deseabas, y Dios no permite que te diga más’.

”No sé de qué modo los partidarios de la comunicación exclusiva de los demonios nos explicarían este hecho. Por mi parte, extraje la conclusión de que, si Dios nos permite a veces evocar un Espíritu encarnado, también nos permite hacerlo respecto de los desencarnados, toda vez que sea con ánimo de caridad”.

Nota: Por nuestra parte, haremos otra observación acerca de este asunto. La prueba de identidad resulta aquí del sueño provocado por la evocación, así como del cese de la escritura en el momento del despertar. En cuanto al silencio obtenido como respuesta a la última pregunta, constituye la demostración de la utilidad del velo que oculta el pasado. En efecto, supongamos que la madre actual de ese niño haya sido su víctima en otra existencia, y que este pretendiera reparar sus errores mediante el cariño que le profesa, ¿acaso la madre no se vería dolorosamente afectada si supiera que su hijo ha sido su asesino? Y su ternura hacia él, ¿no habría resultado dañada? El niño pudo revelar la causa de su enfermedad con un fin instructivo, como una prueba más de que las aflicciones en la Tierra tienen una causa anterior, toda vez que esa causa no esté en la vida actual. De ese modo, todo resulta conforme a la justicia. Pero el resto era inútil, y habría podido llegar a oídos de la madre, razón por la cual los Espíritus despertaron al niño en el momento en que probablemente este iba a responder. Explicaremos más tarde la diferencia que existe entre la situación de este niño y la de Valentina, relatada en el artículo precedente.

Además, este hecho demuestra un punto fundamental: el Espíritu no solo recupera el recuerdo de su pasado después

de la muerte. Podemos decir que nunca lo pierde, ni siquiera durante la encarnación, porque, durante el sueño del cuerpo, mientras goza de cierta libertad, el Espíritu tiene conciencia de sus actos anteriores; sabe por qué sufre, y que sufre justamente. El recuerdo solo se borra durante la vida exterior de relación. No obstante, a falta de un recuerdo preciso, que podría resultarle penoso y dañar sus relaciones sociales, obtiene nuevas fuerzas durante esos instantes de emancipación del alma, en caso de que sepa aprovecharlos.

A partir de este hecho, ¿debemos concluir que todos los sordomudos han sido parricidas? Esa consecuencia sería absurda, porque la justicia de Dios no se encuentra circunscrita a límites absolutos, como la justicia humana. Otros ejemplos demuestran que esa enfermedad a veces es el resultado del mal uso que el individuo ha hecho de la facultad de hablar. Se nos preguntará: *Pero ¿cómo puede haber justicia en la misma expiación para dos faltas cuya gravedad es tan diferente?* Los que razonan de este modo, ¿acaso ignoran que una misma falta presenta infinitos grados de culpabilidad, y que Dios determina la responsabilidad conforme a las circunstancias? Por otra parte, ¿quién sabe si ese niño, en el supuesto de que su crimen no tuviera atenuantes, no ha sufrido en el mundo de los Espíritus un duro castigo, y si su arrepentimiento y su deseo de reparar no redujeron la expiación terrestre a una simple enfermedad? Admitamos —a título de hipótesis, pues no lo sabemos— que la madre actual del niño ha sido su víctima. En tal caso, si él no hubiera mantenido la decisión de reparar la falta con su ternura, es cierto que un castigo más terrible le habría aguardado, ya sea en el mundo de los Espíritus o bien en una nueva existencia. La justicia de Dios nunca falla, y aunque a veces se retrasa, no pierde

nada por esperar. No obstante, en su infinita bondad, Dios nunca condena de manera irremisible, y siempre deja abierta la puerta del arrepentimiento. Si el culpable se demora en aprovecharlo, sufre durante más tiempo. Por lo tanto, siempre depende de él abreviar sus padecimientos. La duración del castigo es proporcional a la duración del endurecimiento. De tal modo, la justicia de Dios se concilia con su bondad y su amor para con sus criaturas.

VARIEDADES

El periespíritu descrito en 1805

Extraído de la obra alemana
Los fenómenos místicos de la vida humana
por MAXIMILIEN PERTY
Profesor de la Universidad de Berna.
Leipzig y Heidelberg, 1861.

Con el título: *Aparición real de mi mujer después de su muerte* –Chemnitz, 1804–, el doctor Wœtzel publicó un libro que causó una gran sensación durante los primeros años de este siglo. El autor fue atacado en varios escritos. Wieland, sobre todo, lo pone en ridículo en *Euthanasia*. Durante una enfermedad de su mujer, Wœtzel le había pedido que se le apareciera después de su muerte. Ella se lo prometió, pero más tarde se arrepintió, de modo que él la liberó de cumplir dicha promesa. No obstante, algunas semanas después de que la mujer muriera, un fuerte viento pareció soplar en la alcoba,

a pesar de que estaba cerrada. La luz casi se apagó. Una pequeña ventana se abrió, y en medio de la débil claridad reinante, Wœtzel vio la imagen de su mujer, que le dijo con voz suave: “Charles, soy inmortal. Algún día volveremos a vernos”. La aparición y esas palabras consoladoras se reiteraron más tarde, una segunda vez. La mujer se mostró con un vestido blanco, y su aspecto era el que tenía antes de morir. El perro, que no se había inmutado durante la primera aparición, comenzó a mover la cola y a describir un círculo, como si estuviera rodeando a una persona conocida.

En una segunda obra acerca del mismo tema (Leipzig, 1805), el autor se refiere a las invitaciones que habría recibido para que desmintiera lo ocurrido, “porque de lo contrario muchos científicos se verían obligados a renunciar a lo que, hasta ese momento, habían considerado opiniones verdaderas y justas, y porque la superstición se aprovecharía del caso”. No obstante, Wœtzel ya le había solicitado al Consejo de la Universidad de Leipzig que le permitiera presentar un juramento jurídico al respecto. El autor desarrolla su teoría. Según él, “el alma, después de la muerte, está envuelta en un cuerpo etéreo, luminoso, por medio del cual puede hacerse visible, así como ponerse otros vestidos encima de esa envoltura luminosa. Además, la aparición no había actuado sobre mi sentido interior, sino tan solo sobre mis sentidos exteriores”.

Como vemos, a esta explicación solo le falta la palabra *periespíritu*. Sin embargo, Wœtzel se equivoca cuando cree que la aparición obra tan solo sobre los sentidos exteriores, y no sobre el sentido interior, pues actualmente sabemos que ocurre lo contrario. No obstante, tal vez quiso decir que se encontraba por completo despierto, y no en estado de sueño,

lo que probablemente lo indujo a suponer que había percibido la aparición solo con la vista corporal, dado que no conocía las propiedades del fluido periespiritual, como tampoco el mecanismo de la *vida espiritual*.

Por otra parte, al leer la erudita obra del señor Pezzani, acerca de *La pluralidad de las existencias*, se encuentra la prueba de que el conocimiento del *cuerpo espiritual* se remonta a la más lejana antigüedad, y que tan solo la palabra *periespíritu* es moderna. San Pablo lo describió en la *Primera epístola a los Corintios*, capítulo XV. Wœtzel lo reconoció apenas con la sola fuerza de su razonamiento. El espiritismo moderno lo estudió en los numerosos fenómenos que ha observado, de modo que describió sus propiedades y dedujo las leyes que rigen su formación y sus manifestaciones.

En lo que respecta al perro, no hay en eso nada sorprendente. Varios hechos semejantes demuestran que algunos animales sienten la presencia de los Espíritus. En la *Revista Espírita*, de junio de 1860, página 171, citamos un ejemplo que muestra una notable analogía con el de Wœtzel. Incluso no está demostrado positivamente que no puedan verlos. No sería para nada imposible que en determinadas circunstancias, los caballos, por ejemplo, cuando se asustan sin un motivo conocido y se niegan obstinadamente a seguir adelante, estén sufriendo el efecto de una influencia oculta.⁵

* * *

5. Véase la obra de Ernesto Bozzano: *Los animales, ¿tienen alma?* Buenos Aires: CEA, 2018. (N. del T.)

Un nuevo huevo de Saumur

Según parece, Saumur es fecunda en maravillas ovíparas. Recordemos que en el mes de septiembre último, una gallina, nativa de esa ciudad y domiciliada en la calle de la Visitación, puso huevos milagrosos, sobre cuya cáscara se veían, en relieve y claramente diseñados, objetos de santidad e inscripciones. Eso causó una gran sensación en algunos sectores, y también excitó la labia burlona de los incrédulos. El periódico *L'écho saumurois*, entre otros, se explayó bastante al respecto. La multitud acudió al lugar. La autoridad se inquietó, y propusieron que un gendarme vigilara a la gallina, a la espera del acontecimiento. No transcribiremos el ingenioso relato y la no menos juiciosa explicación que ofreció *Le sauveur des peuples*, de Burdeos, del 18 de septiembre de 1864, y al cual remitimos a nuestros lectores para que conozcan los detalles circunstanciados del asunto.

Recientemente, uno de nuestros suscriptores de Saumur nos envió otro huevo fenomenal, originario de la misma ciudad, con la solicitud de que tuviéramos a bien observar su peculiaridad, pues no contiene diseños ni inscripciones. No nos lo envió porque lo considera un prodigio, sino, por el contrario, para conocer nuestra opinión, a fin de oponerla a las personas demasiado crédulas en materia de milagros, pues parece que, para dar continuidad a lo que viene ocurriendo, ese huevo también ha causado alguna sensación en el público. No sabemos si pertenece a la misma gallina. Veamos de qué se trata.

En la punta del huevo se observa una excrecencia con la forma de un hilo grueso enredado sobre sí mismo, de la misma sustancia que la cáscara, y adherido a esta en toda su

extensión, que es de 6 a 7 centímetros. Basta con conocer la formación de los huevos para comprender dicho fenómeno. Sabemos que el huevo se forma a partir de una simple membrana semejante a una vesícula, en la que se desarrolla la yema y la clara, que son el germen y el alimento del futuro pollito. A veces, algunos huevos son puestos en ese estado. Antes de la postura, esa película se cubre con una capa de carbonato de calcio, que constituye la cáscara. En el caso que nos ocupa, el contenido no es suficiente para llenar la membrana vesicular, de modo que la parte vacía forma un cuello vesical y queda contraída. Luego, se pliega, retorciéndose sobre el cuerpo del huevo. El depósito calcáreo, formado después, endurece la totalidad, dando lugar esa excrecencia anormal. Si toda la capacidad se hubiera llenado, el huevo habría resultado gigantesco para ser un huevo de gallina, porque tendría alrededor de 10 centímetros en su diámetro mayor, en tanto que conserva su tamaño normal.

¿Qué relación tiene todo esto con el espiritismo? Absolutamente ninguna. Mencionamos el hecho porque los detractores pretendieron involucrar el nombre de la doctrina en el primer caso, no sabemos bien por qué razón, excepto la de ridiculizarla, como es su costumbre, dado que para eso aprovechan cualquier oportunidad, incluso con las cuestiones que le son más ajenas. Quisimos demostrar, una vez más, que los espíritas no son tan crédulos como se dice. Cada vez que surge un fenómeno insólito, los espíritas buscan su explicación, en primer lugar, en el mundo tangible, y no involucran a los Espíritus en todo lo que es extraordinario, porque conocen los límites de su acción, así como las leyes que la rigen.

NOTICIAS BIBLIOGRÁFICAS

La pluralidad de las existencias del alma

por ANDRÉ PEZZANI,
abogado de la Corte Imperial de Lyon.

Esta obra, anunciada hace algún tiempo, y que se esperaba con impaciencia, acaba de aparecer en Didier y Cia.⁶ Quienes conocen al autor, así como su vasta erudición y su juicioso espíritu de análisis e investigación, no tenían dudas acerca de que esta grave cuestión de la pluralidad de las existencias sería tratada por él conforme a su importancia. Nos complace decir que no ha fracasado en su tarea. De todos modos, se ocupó poco de demostrar esta gran ley de la humanidad mediante su propio razonamiento, pese a que no le falta. Más allá de su erudición, es modesto, demasiado modesto incluso, lo cual no suele ser el corolario del saber. Considera que su opinión personal pesaría poco en la balanza, razón por la cual se apoyó más en la de otros que en la propia. Se propuso demostrar que el principio de la pluralidad de las existencias había sido vislumbrado por los más grandes genios de todos los tiempos; que se lo encuentra en todas las religiones, a veces formulado de manera clara y categórica, y más a menudo oculto tras la alegoría; y que constituye implícitamente la fuente primaria de una infinidad de dogmas. Demuestra, con documentos auténticos, que ese principio, junto con la teoría de la inmortalidad y la progresión del alma, formaba parte de la enseñanza secreta reservada para los iniciados en

6. Un volumen in-8°, en venta. Precio: 6 francos. En prensa: edición in-12°. Precio: 3 francos.

los misterios. En esos tiempos remotos, podía ser de utilidad –conforme lo demuestra– ocultar al vulgo algunas verdades que las masas no estaban maduras para comprender, y que las habrían deslumbrado sin esclarecerlas. Por consiguiente, su obra es rica en citas, desde los libros sagrados de los hindúes, los persas, los judíos, los cristianos; pasando por los filósofos griegos, los neoplatónicos, las doctrinas druídicas, hasta llegar a los escritores modernos, como Charles Bonnet, Ballanche, Fourier, Pierre Leroux, Jean Raynaud, Henri Martin, etc.; y como conclusión y última expresión, los libros espíritas.

En ese vasto panorama, examina con cuidado todas las opiniones, las diversas teorías acerca del origen y los destinos del alma. Trata extensamente y de manera original la doctrina de la metempsicosis animal. Demuestra que esta fue precedida por la doctrina de la pluralidad de las existencias humanas, y que la transmigración en los cuerpos de animales no es más que una derivación alterada y no el principio. Era la creencia reservada para el vulgo, incapaz de comprender las grandes verdades abstractas, y se la utilizaba como freno para las pasiones. La encarnación en los animales era un castigo, una especie de infierno visible, actual, que debía impresionar más que el miedo a una sanción moral en un mundo espiritual. Veamos lo que dice al respecto Timeo de Locres, quien, según lo asegura Cicerón, fue maestro de Platón:

“Si alguien es vicioso y viola las reglas del Estado, es preciso que se lo sancione mediante las leyes y los reproches. También hay que asustarlo con el horror al infierno, con el temor a las penas continuas, y con el miedo a los castigos inevitables que se reservan en la Tierra para los desdichados criminales.

”Alabo mucho al poeta jónico (Homero), porque mediante fábulas antiguas y útiles ha logrado que los hombres se

tornaran religiosos. Pues así como nosotros curamos los cuerpos con remedios nocivos, en caso de que no toleren los más saludables, así también reprimimos las almas con discursos falsos, en caso de que no se dejen conducir por los verdaderos. Por esa misma razón, hay que establecer penas pasajeras, fundadas en la creencia en la transformación de las almas. De modo tal que las almas de los hombres tímidos pasen, después de la muerte, a los cuerpos de mujeres expuestas al desprecio y a los insultos; las almas de los asesinos, a los cuerpos de las bestias feroces, para que ahí reciban su castigo; las almas de los impúdicos, a los cuerpos de los puercos y los jabalíes; las de los inconstantes y los atolondrados, a los de las aves que vuelan en el aire; las de los perezosos, vagos, ignorantes y locos, a las formas de los animales acuáticos. La diosa Némesis es quien juzga todas las cosas en el segundo período, es decir, en el círculo de la segunda región alrededor de la Tierra, con los demonios, vengadores de los crímenes, que son los inquisidores terrenales de las acciones humanas, y a los que el Dios conductor de todas las cosas otorgó la administración del mundo repleto de dioses, de hombres y de otros animales que han sido producidos conforme a la imaginación excelente de la forma *improducida* y eterna”.

De este y otros documentos, resulta que la mayoría de los filósofos que profesaban abiertamente la metempsicosis animal como recurso, no creían en ella, y que contaban con una doctrina secreta más racional acerca de la vida futura. Tal parece haber sido la idea de Pitágoras, que no es, como sabemos, el autor de la metempsicosis, sino su propagador en Grecia, después de haberla aprendido entre los hindúes. Por otra parte, la encarnación en la animalidad era tan solo un castigo temporario de algunos miles de años, más o menos,

según la culpabilidad; era como una prisión, al salir de la cual el alma volvía a la humanidad. La encarnación animal no era, pues, una condición absoluta y, como vemos, se aliaba con la reencarnación humana. Era una especie de espantajo para los simples, antes que un artículo de fe para los filósofos. Así como decimos a los niños: “Si os portáis mal, el lobo os comerá”, de igual modo los antiguos decían a los criminales: “Os convertiréis en lobos”.

Es evidente que la doctrina de la pluralidad de las existencias, liberada de las fábulas y de los errores de los tiempos de ignorancia, en la actualidad tiende a formar parte de la filosofía moderna, independientemente del espiritismo, porque los pensadores serios encuentran en ella la única solución posible para los más grandes problemas de la moral y de la vida humana. Por consiguiente, la obra del señor Pezzani es muy oportuna para proyectar la luz de la historia en esta importante cuestión. Ahorrará investigaciones laboriosas, difíciles y a menudo imposibles para muchas personas. La escribió desde el punto de vista filosófico, para abrirle las puertas que se le habrían cerrado si le hubiera colocado la etiqueta de las nuevas creencias. Es el complemento de la *Pluralidad de los mundos habitados*⁷, del señor Flammarion, quien por su parte ha divulgado otro de los grandes principios de nuestra doctrina, sin mencionarla.

Volveremos a la obra del señor Pezzani, para citar varios pasajes de la misma.

* * *

7. Véase la versión castellana: *La pluralidad de mundos habitados*; Buenos Aires: Constancia, 1960. (N. del T.)

El médium evangélico

Nuevo periódico espírita de Toulouse⁸

El último mes del año que acaba de finalizar presencié el nacimiento de un nuevo órgano del espiritismo, lo cual corrobora nuestras reflexiones acerca del estado del espiritismo en 1864, publicadas más arriba. En vista de su primer número, así como por la carta que su director ha tenido a bien escribirnos antes de publicarlo, contamos con un nuevo campeón para la defensa de los auténticos principios de la doctrina, es decir, de los principios que actualmente son sancionados por el gran control de la concordancia. Así pues, que sea bienvenido.

A la espera de que hayamos podido juzgarlo por sus obras, diremos que, si el refrán *Nobleza obliga* es verdadero, con mayor razón podemos decir que *Título obliga*. El título *El médium evangélico* es de por sí un programa, y un buen programa, que impone grandes obligaciones, pero que sin embargo podría entenderse de dos maneras. Podría significar que el periódico se ocupará principalmente de controversias religiosas desde el punto de vista dogmático, o bien que, al comprender el objetivo esencial del espiritismo, que es la moralización, estará redactado según el espíritu evangélico, que es sinónimo de caridad, tolerancia y moderación. En el primer caso, no lo seguiremos, porque el interés de la doctrina exige una extrema reserva en el desarrollo de sus consecuencias, y porque a menudo se retrocede cuando se pretende avanzar demasiado

8. *El médium evangélico* aparece todos los sábados, desde el 15 de diciembre. Precio: Toulouse, 8 francos por año; por 6 meses: 4 francos y 50 centavos. Departamentos: 9 francos y 50 centavos. Suscripciones: en Toulouse, rue de la Pomme, 34. En París, boulevard Saint Germain, 68.

rápido: “Lento pero seguro”. En el segundo caso, estaremos con él. Por otra parte, veamos un fragmento de su profesión de fe, publicada en el primer número:

“El periódico que hemos fundado con el título *El médium evangélico* se propone recorrer el camino nuevo que actualmente interesa al mundo. Me refiero al camino del espiritismo. Consideramos que este periódico era necesario en Toulouse, en un momento en el que los espíritas no se cuentan tan solo entre nosotros, pues forman numerosos grupos que crecen día a día. En efecto, la publicidad será un medio para dar a conocer mejor el resultado del trabajo de esos diversos grupos, así como para que se tornen más útiles en la gran causa del progreso moral *al que nos invitan nuestros destinos*.”

”No obstante, a fin de no quedar a merced de los vientos de la doctrina en estos senderos aún difíciles, consideramos que nuestro deber era levantar un estandarte, con cuyo auspicio deseamos avanzar sincera y resueltamente, seguros de que el gran principio de la renovación moral se encuentra ahí donde ya no hay griegos ni romanos, es decir, judíos, protestantes, católicos, sino una gran familia que tiende a un objetivo común, unida por los lazos de la fraternidad, en su jadeante carrera a través de las soledades misteriosas de la vida. Vosotros conocéis ese estandarte: no es la cruz de oro, hija del orgullo y de las ideas vanas de los hombres, sino la cruz de madera, hija de la devoción y el sacrificio, es decir, hija de la verdadera caridad”.

Lamentamos que la falta de espacio nos impida citar esta profesión de fe en su totalidad, pero sin duda tendremos la oportunidad de volver a ella.

* * *

Alfabeto espírita

Para aprender a ser feliz.

Con ese título, nuestro muy honorable hermano en espiritismo, el señor Delhez, de Viena, en Austria, cuyo fervor por la causa de la doctrina es inagotable, acaba de publicar un opúsculo en lengua alemana, una de cuyas partes contiene la traducción francesa en paralelo. Se trata de una interesante compilación de comunicaciones mediúmnicas en prosa y en verso, acerca de diversos temas morales, ordenados alfabéticamente. En Viena, se lo consigue en casa del autor: Singerstrasse, 7, y en todas las librerías. Precio: 1 florín. El señor Delhez es el traductor de *El libro de los Espíritus* a la lengua alemana.

Instrucciones de los Espíritus

(Sociedad espírita de Amberes. 1864.)

I

Reconoced la grandeza y la misericordia de Dios para con todos sus hijos. ¡La voz del Altísimo se ha hecho oír! Inclinaos y sed humildes, porque el poder del Señor es grande. La Tierra entera debe someterse a su mano misericordiosa, y los que cumplan sus leyes serán bendecidos, como otrora lo fue Abraham, cuando se dirigía hacia una tierra desconocida, porque la voz del Eterno hablaba en su corazón.

El Altísimo os sostendrá, a vosotros, que avanzáis bajo su mirada paternal, humildes y creyentes. Dejad que os traten como pobres de espíritu, y el Dios fuerte os atraerá hacia Él por su gracia. Manteneos firmes en el trabajo de su viña, e ignorad el desdén de los impíos, porque el Eterno os ha tocado con su mano protectora. Sed valientes, y avanzad sin saber hacia dónde os conduce. Él protege a los que apoyan su debilidad en su fuerza. El Creador es grande; admiradlo en sus obras.

El espiritismo se esparce en la Tierra, semejante al rocío benéfico de la noche, para refrescar una tierra demasiado seca. Esparcirá en vuestras almas el rocío celestial. Vuestros corazones, ungidos por la gracia divina, producirán buenos frutos, y vuestros trabajos publicarán su gloria y su grandeza.

Dios es todopoderoso. Cuando conducía con su fuerza el brazo de Moisés, ¿acaso las tablas de la Ley no conmovieron la Tierra? ¿A qué le teméis? ¿Acaso Dios os abandonaría a vuestra debilidad, toda vez que dio su fuerza a Moisés? ¿Acaso el Altísimo no envió el maná en el desierto? ¿Será para con vosotros menos misericordioso que con los hijos de Israel, dejando que vuestros corazones se resequen en la ignorancia?

¡Dios es tan justo como grande! Apoyaos en Él, y os inundará con su gracia. Vuestros corazones se abrirán para convertirse en asilo de la fe y la caridad, porque la verdad brilló en la Tierra, y el Altísimo os ha tocado con su mano benéfica.

¡Valor, espíritas! El Dios fuerte os mira. Que vuestros corazones sean las tablas donde Él escribe sus leyes, y que nada impuro mancille el templo del Eterno, a fin de que seáis dignos de publicar sus mandamientos. No temáis avanzar en las tinieblas, porque la luz divina os conduce.

Los tiempos señalados por el Todopoderoso han llegado. Las tinieblas desaparecerán de la Tierra para dar lugar a los rayos divinos que llenarán vuestras almas, en caso de que no rechacéis la voz de Dios.

La fuerza del Altísimo se esparcirá sobre su pueblo, y sus hijos lo bendecirán cantando alabanzas con la pureza de sus corazones. Que nada os detenga; que nada os desanime. Afirmaos en la obra de Dios. Sed los hijos de una gran familia, y que la mirada de vuestro Padre celestial os conduzca y haga que vuestros trabajos den fruto.

II

El reino de Cristo se aproxima. Sus precursores lo anuncian. Las guerras sordas van en aumento. Los Espíritus encarnados se agitan bajo el soplo impuro del príncipe de las tinieblas: ese demonio del orgullo que arroja su fuego como el cráter de un volcán en erupción. El mundo invisible se levanta ante la cruz; toda la jerarquía celestial se moviliza para el combate divino. Espíritas, levantaos. Tended la mano a vuestros hermanos, los apóstoles de la fe, para que seáis fuertes ante el ejército tenebroso que pretende devoraros. Inclinaos ante la cruz: vuestra salvaguarda contra el peligro y la garantía de la victoria. La lucha está repleta de peligros, no os lo ocultaremos. Pero los combates son necesarios para que el triunfo de la fe sea más resplandeciente y sólido, a fin de que se cumplan estas palabras de Cristo: Las puertas del Infierno no prevalecerán contra ella.

III

El hombre nunca es tan fuerte como cuando siente su propia debilidad. Bajo la mirada de Dios, puede lograr cualquier cosa. Su fuerza moral crece de acuerdo con su confianza, porque siente la necesidad de dirigirse al Creador para poner su debilidad al abrigo de las caídas hacia las que la imperfección humana lo conduce. El que somete su voluntad a la de Dios, puede enfrentarse impunemente con el Espíritu del mal, sin considerarse temerario. Si el Ser supremo permite la lucha entre el ángel y el demonio, lo hace para darle a la criatura la oportunidad de triunfar y de sacrificarse en los combates. Cuando san Pablo sintió que la voz de Dios vibraba en su interior, exclamó: “Todo lo puedo en Aquel que me fortalece”, de modo que el peor pecador se convirtió en el apóstol más solícito de la fe. San Agustín, abandonado a la debilidad de su naturaleza ardiente y apasionada, sucumbió; pero se hizo fuerte ante la mirada de Dios, que siempre otorga la fuerza a quien se la pide para resistir el mal. No obstante, en su ceguera, el hombre cree que es poderoso de por sí, y al desistir del auxilio de Dios, cae en el abismo que su amor propio le abre. Así pues, tened valor, ya que si os apoyáis en la cruz no tendréis nada que temer, por más fuerte que sea el Espíritu que se interponga en el camino. Por el contrario, ganaréis todo para vuestra alma, que crecerá bajo el rayo divino de la fe. Dejaos conducir a través de las tempestades, y llegaréis al final de vuestro camino, donde Jesús os aguarda.

Todo hombre necesita consejos. Desdichado de aquel que se considera bastante provisto de luces propias, porque sufrirá numerosas decepciones. El espiritismo está repleto de escollos, incluso en los grupos, y con mayor razón en soledad. Vuestro

excesivo temor a ser engañados es un beneficio para vosotros, porque ha sido vuestra salvaguarda en más de una circunstancia. No obstante, vuestras comunicaciones requieren control. No basta con algunas apreciaciones. Por eso vuestros Espíritus protectores os han aconsejado que os dirijáis al jefe espírita, para que reparéis en el valor de tales comunicaciones.

Es necesario demostrar, mediante la unión, que todos los adeptos serios trabajan conjuntamente en la viña del Señor, cuyas ramas se extenderán por el mundo entero. Cuanto más se unan los obreros, más deprisa se formará la gran cadena espírita, y más deprisa también la gran familia humana se llenará con los efluvios divinos de la fe y la caridad, que regenerarán las almas bajo el poder del Creador.

Que cada uno de vosotros aporte su piedra al edificio, en la medida de sus fuerzas. No obstante, si cada uno pretende construir a su antojo, sin tomar en cuenta las instrucciones que os hemos impartido y que constituyen la base; si entre vosotros no hay entendimiento; si no tenéis un punto de encuentro, entonces levantaréis una torre de Babel. Os hemos mostrado ese punto: que cada uno haga de él su único objetivo. Os hemos dado esa señal: que cada uno la inscriba en su bandera. Entonces, todos os reconoceréis y os tenderéis la mano. Pero Dios dispersará a los presuntuosos que no hayan escuchado su voz. Enceguecerá a los orgullosos que se consideran bastante fuertes de por sí; y los que se aparten del camino que Él les ha señalado, se perderán en el desierto.

Espíritas, sed fuertes en valor, perseverancia y firmeza, pero humildes de corazón, conforme a los preceptos del Evangelio, y Jesús os conducirá a través de las tormentas, bendiciendo vuestros trabajos.

Cada lucha soportada con valor bajo la mirada de Dios, constituye una plegaria ferviente que se eleva hacia Él como el incienso puro y de aroma agradable. Si bastara con emitir palabras para dirigirse a Dios, los vagos no tendrían más que tomar un libro de oraciones para cumplir con la obligación de orar. El trabajo, la actividad del alma, son la única buena plegaria que la purifica y la engrandece.

FENELÓN

ALLAN KARDEC



REVISTA ESPÍRITA

PERIÓDICO DE ESTUDIOS PSICOLÓGICOS

Año VIII

Número 2

Febrero de 1865

El miedo a la muerte⁹

El hombre, sea cual fuere el grado de la escala al que pertenezca, desde el estado salvaje tiene el sentimiento innato del porvenir. Su intuición le dice que la muerte no es el fin de la existencia, y que aquellos cuya pérdida lamentamos no están perdidos para siempre. La creencia en el porvenir es intuitiva, y muchísimo más generalizada que la de la nada. Así pues, ¿a qué se debe que, entre quienes creen en la inmortalidad del alma, todavía haya tantos que se encuentran apegados a las cosas de la Tierra y sienten tan grande temor a la muerte?

El miedo a la muerte es un efecto de la sabiduría de la Providencia y una consecuencia del instinto de conservación común a todos los seres vivos. Ese miedo es necesario mientras el hombre no está suficientemente esclarecido acerca de las condiciones de la vida futura, como contrapeso al impulso

9. Véase, de Allan Kardec, el Capítulo II, Primera parte, de *El Cielo y el Infierno o la Justicia divina según el espiritismo*. Buenos Aires: CEA, 2020. (N. del T.)

que, sin ese freno, lo llevaría a dejar prematuramente la vida terrenal, así como a descuidar el trabajo que debe servirle para su propio adelanto.

A eso se debe que, en los pueblos primitivos, el porvenir sea apenas una vaga intuición; con posterioridad se convierte en una simple esperanza y, por último, en una certeza, aunque siga neutralizada por un secreto apego a la vida corporal.

A medida que el hombre comprende mejor la vida futura, el miedo a la muerte disminuye. Asimismo, cuando comprende mejor su misión en la Tierra, aguarda su fin con más calma, con resignación y sin temor. La certeza en la vida futura le da otro curso a sus ideas, otro objetivo a sus actividades. Antes de que tuviera esa certeza, sólo se ocupaba del presente. Luego de haberla adquirido, trabaja con vistas al porvenir, pero sin descuidar el presente, porque sabe que su porvenir depende de la buena o mala dirección que imprima a su vida actual. La certeza de que volverá a encontrar a sus amigos después de la muerte, de que reanudará las relaciones que tuvo en la Tierra, de que no perderá un solo fruto de su trabajo, de que crecerá sin cesar tanto en inteligencia como en perfección, le da paciencia para esperar y valor para soportar las fatigas momentáneas de la vida terrenal. La solidaridad que ve establecerse entre los vivos y los muertos le hace comprender la que debe existir en la Tierra, entre los vivos. A partir de entonces, la fraternidad adquiere una razón de ser, y la caridad encuentra su objetivo, tanto en el presente como en el porvenir.

Para liberarse del miedo a la muerte, es necesario que el hombre la encare desde su verdadero punto de vista, es decir, que haya penetrado con el pensamiento en el mundo invisible y que se haya formado de él una idea tan exacta como le sea posible, lo que denota de parte del Espíritu encarnado

un cierto desarrollo y alguna aptitud para desprenderse de la materia. En quienes no han progresado lo suficiente, la vida material prevalece sobre la espiritual. Dado que el hombre se apega a lo exterior, sólo distingue la vida del cuerpo, mientras que la vida real reside en el alma. Cuando el cuerpo muere, todo le parece perdido, y se desespera. En cambio, si en lugar de concentrar el pensamiento en la vestimenta exterior lo fija en la fuente misma de la vida, en el alma, que es el ser real que sobrevive a todo, lamentaría menos la pérdida del cuerpo, fuente de tantas miserias y dolores. Sin embargo, para eso el Espíritu necesita una fuerza que sólo puede adquirir con la madurez.

El miedo a la muerte proviene, por consiguiente, de una noción incompleta acerca de la vida futura, aunque también pone en evidencia la necesidad de vivir y el temor de que la destrucción del cuerpo constituya el fin de todo. Así, ese miedo es provocado por el secreto deseo de la supervivencia del alma, velado todavía por la incertidumbre.

El miedo decrece a medida que la certeza va en aumento, y desaparece cuando la certeza es absoluta.

Allí encontramos el aspecto providencial de la cuestión. Era prudente no deslumbrar al hombre, cuya razón no estaba todavía bastante firme para afrontar la perspectiva demasiado positiva y seductora de un porvenir que habría hecho que descuidara el presente, necesario para su adelanto material e intelectual.

Ese estado de cosas es alimentado y prolongado por causas puramente humanas, a las que el progreso hará desaparecer. La primera causa reside en el aspecto con el cual se presenta a la vida futura, aspecto que podría contentar a las inteligencias poco desarrolladas, pero que no conseguiría satisfacer las exi-

gencias racionales de los hombres que reflexionan. Así pues, ellos dicen: “Desde el momento en que nos presentan como verdades absolutas principios discutidos por la lógica y por los datos positivos de la ciencia, esos principios no son verdades”. De ahí proviene la incredulidad de algunos y la creencia llena de dudas de muchos otros. Para estos la vida futura es una idea vaga, que constituye más una probabilidad que una certeza absoluta. Creen en ella, desearían que fuese real, pero a pesar suyo exclaman: “¿Y si no fuese así? El presente es lo positivo; ocupémonos de él ante todo, pues el porvenir llegará en su momento”.

Agregan luego: “En fin de cuentas, ¿qué es el alma? ¿Un punto, un átomo, una chispa, una llama? ¿Cómo se siente, cómo se ve, cómo se percibe?” El alma no les parece una realidad concreta, sino una abstracción. Los seres a los que aman, reducidos al estado de átomos según su modo de pensar, están, por decirlo de alguna manera, perdidos para ellos, y ya no tienen las cualidades por las que son amados. Estos hombres no pueden comprender el amor como una chispa, ni lo que por ella se puede sentir, y ellos mismos están relativamente satisfechos de transformarse en mónadas. De ahí el retorno al positivismo de la vida terrenal, que tiene algo más de sustancial. La cantidad de personas dominadas por este pensamiento es considerable.

Otra causa de apego a las cosas de la Tierra, incluso en quienes creen con más firmeza en la vida futura, es la impresión que conservan de las enseñanzas que en relación con ella se les impartieron en la infancia.

Convengamos en que el cuadro que al respecto ofrece la religión es poco seductor y no tiene nada de consolador. Por un lado, nos muestra las contorsiones de los condenados, que

expían en medio de torturas y llamas eternas los errores cometidos en un momento. Para ellos los siglos suceden a los siglos, sin esperanza alguna de una moderación de las penas, sin piedad. Y lo que es más despiadado aún, el arrepentimiento no representa ningún beneficio. Por otro lado, las almas lánguidas y sufridas del purgatorio aguardan su liberación mediante la intercesión de los vivos, que orarán o harán que alguien ore por ellas, y no mediante los esfuerzos que hacen para progresar. Estas dos categorías componen la inmensa mayoría de la población del otro mundo. Por encima de ellas se cierne la reducida clase de los elegidos, que gozan por toda la eternidad de una beatitud contemplativa. Esta inutilidad eterna, preferible sin duda a la nada, no deja de ser de una fastidiosa monotonía. Por eso vemos, en las pinturas que representan a los bienaventurados, figuras angelicales que reflejan más el tedio que la verdadera felicidad.

Este estado no satisface las aspiraciones ni la idea instintiva de progreso: la única que parece compatible con la felicidad plena. Cuesta creer que por el solo hecho de que haya recibido el bautismo, el salvaje ignorante, cuyo sentido moral es tan obtuso, se encuentre en el mismo nivel del hombre que ha alcanzado, luego de largos años de esfuerzo, el más alto grado de ciencia y moralidad práctica. Es menos concebible aún, que un niño muerto a tierna edad, antes de que llegue a tener conciencia de sí mismo y de sus actos, goce de los mismos privilegios por el simple efecto de una ceremonia en la que su voluntad no tuvo ninguna intervención.

Estas ideas no dejan de preocupar a los más fervorosos creyentes, por poco que reflexionen. Puesto que no aceptan que la felicidad futura depende del trabajo progresivo que se realiza en la Tierra, y dado que creen que conquistarán fácil-

mente esa felicidad por medio de algunas prácticas exteriores, incluso con la posibilidad de adquirirla con dinero, sin reformar seriamente su carácter y sus costumbres, los hombres atribuyen a los goces del mundo el valor más alto. Más de un creyente considera, en su fuero interior, que una vez asegurado su porvenir mediante el cumplimiento de ciertas fórmulas, o con donaciones póstumas que de nada lo privan, será superfluo imponerse sacrificios o cualquier molestia en beneficio del prójimo, visto que la salvación se consigue trabajando cada uno para sí mismo.

Seguramente no todos piensan así, pues hay grandes y honrosas excepciones. Sin embargo, no se puede negar que la mayoría piensa de ese modo, sobre todo las masas poco esclarecidas, y que la idea que estas se han formado acerca de las condiciones para ser feliz en el otro mundo no impide su apego a los bienes de la Tierra y, por consiguiente, no atenúa el egoísmo.

Agreguemos a esto el hecho de que las costumbres contribuyen para que se lamente la pérdida de la vida terrenal y se tema el tránsito de la Tierra al Cielo. La muerte está rodeada de ceremonias lúgubres, que infunden más terror que esperanza. Cuando se representa a la muerte, siempre se lo hace desde su aspecto desagradable, y nunca como un sueño de transición. Todos sus emblemas recuerdan la destrucción del cuerpo, lo muestran hediondo y descarnado; ninguno simboliza el alma que se desprende radiante de los lazos terrenales. La partida hacia ese mundo más feliz sólo está acompañada por los lamentos de los sobrevivientes, como si una inmensa desgracia hubiera caído sobre los muertos. Se les dice un eterno adiós, como si no se los volviera a ver nunca más. Lo que se lamenta por ellos es la pérdida de los goces mundanos, como si no fuesen a encontrar mayores gozos al otro lado de la tumba. “¡Qué

desgracia —se dice—, que haya muerto tan joven, rico y feliz, con la perspectiva de un futuro tan brillante!” La idea de una situación más dichosa apenas surge en el pensamiento, porque no tiene raíces en él. Todo contribuye, por consiguiente, a inspirar el terror a la muerte, en vez de brindar esperanza. No cabe duda de que el hombre tardará mucho en despojarse de esos prejuicios, pero lo conseguirá a medida que su fe se afiance y que conciba una idea más sensata de la vida espiritual.

La doctrina espírita modifica por completo la manera de encarar el porvenir. La vida futura ya no es una hipótesis, sino una realidad. El estado de las almas después de la muerte ya no es un sistema, sino el resultado de la observación. El velo se ha descorrido: el mundo invisible se nos aparece en la plenitud de su realidad práctica. No fueron los hombres quienes lo descubrieron mediante el esfuerzo de una concepción ingeniosa, sino los mismos habitantes de ese mundo, que vienen a describirnos su situación. Así es como los vemos en todos los grados de la escala espiritual, en todas las fases de la felicidad o de la desdicha; y asistimos a todas las peripecias de la vida de ultratumba. Por esa causa los espíritas enfrentan la muerte con calma y se muestran serenos en sus últimos momentos sobre la Tierra. Ya no sólo los consuela la esperanza, sino la certeza. Saben que la vida futura no es más que la continuación de la vida presente, aunque en mejores condiciones, y la aguardan con la misma confianza con que aguardan la salida del sol después de una noche tormentosa. Los motivos de esa confianza provienen de los hechos que han presenciado, y de la concordancia de esos hechos con la lógica, con la justicia y la bondad de Dios, así como con las aspiraciones íntimas del hombre.

Por otra parte, la creencia vulgar ubica a las almas en regiones poco accesibles al pensamiento, regiones donde se

vuelven de alguna manera extrañas a los sobrevivientes. La Iglesia misma erige entre unas y otros una barrera infranqueable, al declarar que se han roto los vínculos y que es imposible cualquier tipo de comunicación. Si las almas se hallan en el Infierno, la esperanza de volver a verlas se pierde definitivamente, a menos que se vaya también para allá. Si están entre los elegidos, viven completamente absortas en una beatitud contemplativa. Todo eso interpone entre los vivos y los muertos una distancia tal, que la separación se considera eterna, motivo por el cual muchos prefieren tener cerca de sí incluso a los que sufren en la Tierra, antes que verlos partir, aun cuando vayan al Cielo. Por otra parte, el alma que está en el Cielo, ¿puede ser realmente feliz si, por ejemplo, ve arder eternamente a *su hijo, a su padre, a su madre o a sus amigos?*

Para los espíritas, el alma ya no es una abstracción: tiene un cuerpo etéreo que hace de ella un ser definido, capaz de ser concebido y abarcado con el pensamiento, lo que ya es mucho para fijar las ideas sobre su individualidad, sus aptitudes y sus percepciones. El recuerdo de quienes nos son queridos reposa sobre algo real. Ya no los representamos como llamas fugaces que nada dicen al pensamiento, sino con una forma concreta que nos los muestra como seres vivos. Por otra parte, en vez de hallarse perdidos en las profundidades del espacio, están alrededor nuestro, puesto que el mundo visible y el mundo invisible se relacionan de modo perpetuo y se asisten recíprocamente. Como ya no se admite la duda acerca del porvenir, el miedo a la muerte pierde su razón de ser. El espírita encara la muerte a sangre fría. La ve venir como una liberación, pues se trata de la puerta de la vida, y no de la nada.

Acerca de la perpetuidad del espiritismo

En un artículo anterior, nos referimos a los progresos incesantes del espiritismo. Esos progresos, ¿serán duraderos o efímeros? ¿Se trata de un meteoro, que brilla con un resplandor pasajero, como tantas otras cosas? Eso es lo que vamos a examinar en breves palabras.

Si el espiritismo fuera una simple teoría, una escuela filosófica, que se basara en una opinión personal, nada garantizaría su estabilidad, pues podría agrandar hoy y ya no agrandar mañana. En un momento determinado, podría dejar de mantenerse en armonía con las costumbres y el desarrollo intelectual, y entonces caería como todas las cosas anticuadas, que quedan rezagadas respecto del movimiento. Por último, podría ser reemplazado por algo mejor. Así ha ocurrido con todas las concepciones humanas, con todas las legislaciones y doctrinas puramente especulativas.

El espiritismo se presenta en condiciones completamente diferentes, tal como lo hemos señalado muchas veces. Se basa en un hecho: la comunicación entre el mundo visible y el mundo invisible. Ahora bien, un hecho no puede ser anulado por el tiempo, como si fuera una opinión. Es cierto que el espiritismo todavía no es reconocido por todo el mundo; pero ¿qué importan las negaciones de algunos, toda vez que a diario lo constatan millones de individuos, cuyo número aumenta sin cesar, y que no son ni más necios ni más ciegos que otros? Así pues, llegará un momento en que el espiritismo ya no encontrará negadores, como no los hay ahora para el movimiento de la Tierra.

¡Cuántas oposiciones suscitó este último hecho! Durante mucho tiempo, los incrédulos no carecieron de buenas ra-

zones, aparentes, para refutarlo. “¿Cómo podríamos creer – decían– en la existencia de los antípodas, que andan cabeza abajo? Y si la Tierra gira, conforme se afirma, ¿cómo podríamos creer que nosotros mismos nos encontramos cada veinticuatro horas en esa posición incómoda, sin darnos cuenta? En tal situación, no podríamos mantenernos adheridos a la Tierra, salvo que pretendiéramos caminar por el techo, con los pies para arriba como si fuéramos moscas. Y además, ¿qué ocurriría con los mares? ¿Acaso el agua no se derrama cuando se inclina el recipiente? La cuestión es simplemente *imposible*; por lo tanto, es absurda, y Galileo es un loco”.

No obstante, dado que esa cuestión absurda era un hecho, triunfó sobre todas las razones contrarias y todos los anatemas. ¿Qué faltaba para que se admitiera su posibilidad? El conocimiento de la ley natural en la que se apoya. Si Galileo se hubiera limitado a decir que la Tierra gira, aún en la actualidad no se le creería; pero las negaciones cayeron ante el conocimiento del principio.

Lo mismo ocurrirá con el espiritismo. Como este se basa en un hecho material, que existe en virtud de una ley explicada y demostrada, ley que le quita todo carácter sobrenatural y maravilloso, resulta impercedero. Los que niegan la posibilidad de las manifestaciones de los Espíritus se encuentran en la misma situación de aquellos que negaban el movimiento de la Tierra. La mayoría niega la causa primera, es decir, el alma, su supervivencia o su individualidad. No es sorprendente, pues, que nieguen el efecto. Juzgan a partir del simple enunciado del hecho, y lo declaran absurdo, como antaño se declaraba absurda la creencia en los antípodas. No obstante, ¿qué puede la opinión de ellos contra un fenómeno constatado por la observación y demostrado por una ley de la naturaleza? Dado

que el movimiento de la Tierra es un hecho puramente científico, su constatación no estaba al alcance del vulgo, de modo que fue necesario aceptarlo de acuerdo con la fe de los científicos. En cambio, el espiritismo tiene más a su favor: puede ser constatado por todo el mundo, lo que explica su rápida propagación.

Todo descubrimiento nuevo y de alguna importancia tiene consecuencias graves en mayor o menor grado. Tanto el del movimiento de la Tierra como el de la ley de la gravitación que rige ese movimiento han tenido consecuencias incalculables. La ciencia ha visto abrirse ante sí un nuevo campo de exploración, y no se podría enumerar la totalidad de los descubrimientos, las invenciones y las aplicaciones que le siguieron. El progreso de la ciencia condujo al de la industria, y el de la industria cambió la manera de vivir, las costumbres, en una palabra, todas las condiciones de ser de la humanidad. El conocimiento de las relaciones entre el mundo visible y el mundo invisible tiene consecuencias aún más directas e inmediatamente prácticas, porque está al alcance de todas las individualidades y les interesa a todas. Dado que todos los hombres habrán de morir necesariamente, ninguno puede mantenerse indiferente ante lo que le ocurrirá después de la muerte. El espiritismo, mediante la certeza que ofrece acerca del porvenir, cambia la manera de ver e influye en la moralidad. Al sofocar el egoísmo, modificará profundamente las relaciones sociales entre los individuos y entre los pueblos.

Muchos reformadores con ideas generosas han formulado doctrinas más o menos seductoras. Pero la mayoría de esas doctrinas sólo han triunfado como sectas temporarias y circunscritas. Así fue y así será siempre respecto de las teorías puramente sistemáticas, porque en la Tierra el hombre no puede

concebir nada que sea completo y perfecto. El espiritismo, en cambio, como no se basa en una idea preconcebida, sino en hechos patentes, está a salvo de esas fluctuaciones, y no puede más que crecer a medida que esos hechos se divulgan y resultan mejor conocidos y comprendidos. Ahora bien, ningún poder humano podría impedir la divulgación de hechos que cada uno puede constatar. Hecho esto, nadie puede evitar sus consecuencias. En este caso, tales consecuencias son una revolución completa en las ideas y en la manera de ver las cosas de este mundo y del otro. Antes de que este siglo finalice, esa revolución se habrá consumado.

Sin embargo –nos dirán–, además de los hechos tenéis una teoría, tenéis una doctrina. ¿Quién os dice que esa teoría no sufrirá cambios; que la de hoy será la misma en algunos años?

No cabe duda de que puede sufrir modificaciones en sus detalles, como consecuencia de nuevas observaciones. Sin embargo, una vez adquirido, el principio no puede cambiar, y mucho menos ser anulado. Eso es lo esencial. Desde Copérnico y Galileo, se ha calculado mejor el movimiento de la Tierra y de los astros, pero el hecho del movimiento quedó como principio.

Hemos dicho que el espiritismo es ante todo una ciencia de observación. Esto constituye su fuerza contra los ataques de que es objeto, y brinda a sus adeptos una fe inquebrantable. Todos los razonamientos que se le oponen caen ante los hechos, y tienen aún menos valor para los adeptos, toda vez que estos saben que tales razonamientos son interesados. En vano se les dice que eso no es así, o que es otra cosa, pues ellos responden: “No podemos negar la evidencia”. Si tan solo hubiera un adepto, éste podría considerarse juguete de una ilusión; pero cuando millones de individuos ven lo mismo,

en todos los países, se concluye lógicamente que quienes se engañan son los negadores.

Si el único resultado de los hechos espíritas fuera satisfacer la curiosidad, seguramente causarían tan solo una preocupación momentánea, como todo lo que es inútil. Pero las consecuencias que derivan de ellos tocan el corazón, generan felicidad, satisfacen las aspiraciones, colman el vacío abierto por la duda, arrojan luz sobre la temible cuestión del porvenir. Hacen mucho más, pues son una causa poderosa de moralización para la sociedad. Esas consecuencias resultan, por lo tanto, de gran interés. Ahora bien, no se renuncia fácilmente a lo que constituye una fuente de felicidad. Es indudable que, ni con la perspectiva de la nada, ni con la de las llamas eternas, se separará a los espíritas de su creencia.

El espiritismo no se apartará de la verdad, y no habrá de temer a las opiniones contrarias, en tanto su teoría científica y su doctrina moral sean una deducción de los hechos, escrupulosa y concienzudamente observados, sin prejuicios ni sistemas preconcebidos. Ante una observación más completa, todas las teorías prematuras y aventuradas que aparecieron en el origen de los fenómenos espíritas modernos han caído, y llegaron a fusionarse en la imponente unidad que existe actualmente, contra la cual sólo se obstinan escasos individuos, que disminuyen a diario. Las lagunas que la teoría actual puede todavía contener se llenarán de la misma manera. El espiritismo está lejos de haber dicho su última palabra respecto de sus consecuencias, pero es incommovible en su base, porque esa base se apoya en hechos.

No teman, pues, los espíritas, dado que el futuro es suyo. Dejen que sus adversarios se resistan al abrazo de la verdad que los ofusca, pues toda negación es impotente contra la evi-

dencia, que triunfa de manera inevitable por la fuerza de las circunstancias. Es cuestión de tiempo, y en este siglo el tiempo marcha a pasos agigantados bajo el impulso del progreso.

Los Espíritus instructores de la niñez

Niño afectado de mutismo

Una señora nos comunica el siguiente hecho:

“Una de mis hijas tiene un niño de tres años, que desde su nacimiento le ha causado grandes preocupaciones. Si bien recuperó la salud a fines de agosto último, apenas podía caminar, y solo decía *papá* y *mamá*, pues el resto de su lenguaje era una mezcla de sonidos inarticulados. Hace un mes aproximadamente, luego de los habituales e infructuosos intentos para lograr que el niño pronunciara algunas de las palabras más comunes, intentos reiterados sin el menor éxito, mi hija se acostó muy triste a causa de esa especie de mutismo, y especialmente apenada porque su marido —que es capitán de navío y se hallaba ausente desde hacía más de un año— no encontraría a su regreso cambio alguno en la manera de hablar de su hijo. A las cinco de la mañana, la despertó la voz del niño, que articulaba claramente las letras A, B, C y D, letras que ella nunca había intentado hacerle pronunciar. Pensó que estaba soñando, de modo que se sentó en la cama y se inclinó para observar de cerca al niño, que dormía en su cuna junto a ella. Entonces lo escuchó repetir en voz alta, varias veces, las letras A, B y C, acentuando cada una con un leve movimiento de la cabeza. Tras un breve intervalo, pronunció la letra D.

”A las seis de la mañana, cuando entré en el cuarto, el niño aún dormía, pero la madre seguía despierta, contenta y emocionada, porque su hijo había pronunciado esas letras. Cuando el niño se despertó, y a partir de ese momento, en vano intentamos que las pronunciara (nunca había escuchado tales letras antes de decir las mientras dormía, al menos en esta vida). Incluso actualmente, si bien puede pronunciar la A y la B, nos ha sido imposible obtener, para la C y la D, otra cosa que no sean dos sonidos: uno de ellos de garganta, y el otro de nariz, pero que no coinciden en modo alguno con los de esas dos letras.

”¿Acaso no es esta la prueba de que el niño ha vivido antes? Aquí me detengo, pues no me siento bastante instruida para sacar una conclusión. Necesito aprender más, y leer mucho todo lo que se refiere al espiritismo, aunque no para convencerme, pues el espiritismo tiene respuestas para todo, o al menos para casi todo. Sin embargo, señor, os repito que no sé bastante. Eso ya vendrá, y no me faltan ganas. Dios no me abandonó durante estos diecisiete años de viudez. Dios me ayudó a educar a mis hijos y a dejarlos en una buena posición. Dios, en quien tengo fe, proveerá lo que me falta, porque en Él confío, y le ruego con todo mi corazón que permita a esos Espíritus buenos que me esclarezcan y me guíen hacia el bien. Rogad también por mí, señor, pues me mantengo en comunión de pensamiento con vos, y por sobre todas las cosas deseo avanzar por el camino del bien”.

Sin lugar a duda, este hecho es el resultado de conocimientos adquiridos con anterioridad. Si se trata de una aptitud innata, se reveló espontáneamente durante el sueño del cuerpo, toda vez que ninguna circunstancia había logrado desarrollarla en estado de vigilia. Si las ideas fueran producto

de la materia, ¿por qué razón una idea nueva surgiría cuando la materia se halla entorpecida, mientras que, no solo es nula, sino que le resulta imposible expresarse cuando los órganos se encuentran en plena actividad? Así pues, la causa primera no puede estar en la materia. De tal modo, el materialismo se enfrenta a cada paso con problemas que no puede solucionar. Para que una teoría sea verdadera y completa, hace falta que ningún hecho la desmienta. El espiritismo no formula ninguna teoría prematuramente, salvo que lo haga a título de hipótesis, en cuyo caso evita presentarla como una verdad absoluta, sino tan solo como tema de estudio. Por esa razón, avanza con seguridad.

En el caso que nos ocupa, es evidente que el Espíritu del niño, dado que no aprendió durante la vigilia lo que pronunció durante el sueño, debió aprenderlo en otra parte. Toda vez que no lo hizo en esta vida, debió haberlo hecho en otra, y es más, en una existencia terrestre en la que hablaba francés, puesto que pronunció letras francesas. ¿Cómo explicarán este hecho los que niegan la pluralidad de las existencias o la reencarnación en la Tierra?

No obstante, falta saber por qué ese Espíritu no logra pronunciar, despierto, lo que articula durante el sueño. Veamos la explicación que un Espíritu ha dado al respecto en la Sociedad espírita de París.

(24 de noviembre de 1864. Médiúm: señora Cazemajour.)

“Se trata de una inteligencia que todavía permanecerá velada durante algún tiempo, debido al sufrimiento material de la reencarnación a la que ese Espíritu se ha sometido con mucho esfuerzo, y que aniquiló sus facultades. Con todo, su

guía lo asiste con una tierna solicitud, para que salga de ese estado mediante los consejos, el estímulo y *las lecciones* que le imparte durante el sueño del cuerpo, lecciones que no se pierden y que se *encontrarán vivaces* cuando esa etapa de entorpecimiento finalice, y que será determinada por un choque violento, por una emoción extrema. Para eso se requiere una crisis de tal naturaleza. Cabe esperar que eso ocurra, pero no temer el idiotismo, pues no es el caso.”

Aquí se encuentra una enseñanza importante y hasta cierto punto novedosa: la primera educación que un Espíritu desencarnado imparte a un Espíritu encarnado. No hay duda de que algunos científicos despreciarían ese hecho por considerarlo demasiado pueril y sin importancia. Solo verían en él una aberración de la naturaleza, o lo explicarían como una sobreexcitación cerebral que expande momentáneamente las facultades, porque así es como ellos explican todas las facultades mediúmnicas. Es cierto que en algunos casos una persona adulta podría sufrir una exaltación de la imaginación a partir de algo que vio o que escuchó, pero no está claro qué es lo que podría sobreexcitar el cerebro de un niño de tres años, mientras duerme. Se trata, pues, de un hecho inexplicable mediante esa teoría, en tanto que su solución natural y lógica se encuentra en el espiritismo. El espiritismo no desprecia ningún hecho, por ínfimo que parezca. Los vigila, los observa y los estudia a todos. Así es como progresa la ciencia espírita, a medida que los hechos se presentan, para afirmar o completar su teoría. Si los hechos la contradicen, busca otra explicación.

Una carta, fechada el 30 de diciembre de 1864, y escrita por un amigo de la familia, contiene lo siguiente:

“Los Espíritus dijeron que una crisis, determinada por un choque violento, por una emoción extrema, libraría al niño

del entorpecimiento de sus facultades. Los Espíritus han dicho la verdad, pues la crisis tuvo lugar mediante un choque violento, de la siguiente manera. El niño hizo que su abuela sufriera una caída terrible, en la que por poco no se rompe la cabeza, además de que el propio niño resultó lastimado. Luego de ese golpe, el niño sorprendió a sus padres pronunciando a cada momento frases enteras, como por ejemplo: *¡Cuidado, mamá, no te caigas!*”

La articulación de las letras durante el sueño del niño era, evidentemente, un efecto mediúmnico, dado que resultaba del ejercicio al que el Espíritu lo inducía. En una sesión posterior de la Sociedad, durante la cual no se trató en absoluto el tema en cuestión, se recibió espontáneamente la disertación que sigue, y que confirma y desarrolla el principio de ese tipo de mediumnidad.

Mediumnidad de la niñez

(Sociedad de París, 6 de enero de 1865.

Médium: señor Delanne.)

Después de que ha sido preparado por su ángel de la guarda, cuando el Espíritu va a encarnar, es decir, a sufrir nuevas pruebas con vistas a su mejoramiento, comienzan a estrecharse los lazos misteriosos que lo unen al cuerpo para manifestar su acción terrestre. Eso constituye un estudio completo, acerca del cual no me explayaré, pues tan solo os hablaré del rol y de la disposición del Espíritu durante el período de la primera infancia.

La acción del Espíritu sobre la materia, en esa etapa de vegetación corporal, es poco sensible. De tal modo, los guías espirituales se esfuerzan para aprovechar esos momentos en los que la parte carnal no requiere la participación inteligente del Espíritu, a fin de prepararlo y darle valor para las buenas resoluciones que impregnan su alma.

En esos momentos de desprendimiento, el Espíritu se libera de la turbación que sufre debido a la encarnación presente, y comprende y recuerda los compromisos que contrajo para su adelanto moral. Entonces, los Espíritus protectores os asisten y os ayudan a reconocerlos. Estudiad el rostro del niño que duerme: a menudo veréis que “sonríe a los ángeles”, como se dice vulgarmente, aunque se trata de una expresión más justa de lo que se supone. En efecto, sonríe a los Espíritus que lo acompañan y que deben guiarlo.

Observad a ese pequeñito cuando está despierto: a veces mira fijamente, como si reconociera seres amigos; otras veces balbucea palabras, y sus gestos alegres parecen dirigirse a rostros queridos. Y como Dios nunca abandona a sus criaturas, esos mismos Espíritus le brindan más tarde buenas y saludables instrucciones, ya sea durante el sueño, o bien por inspiración en el estado de vigilia. De ahí podéis inferir que todos los hombres poseen, al menos en germen, el don de la mediumnidad.

La niñez propiamente dicha es una larga serie de efectos mediúmnicos, y si los niños de edad un poco más avanzada, cuando el Espíritu adquirió más fuerza, no temieran a veces las imágenes de la madrugada, podríais constatar esos efectos mucho mejor.

Continuad vuestros estudios, como niños grandes, y de día en día vuestra instrucción crecerá, en caso de que no os obstinéis en cerrar los ojos a lo que os rodea.

UN ESPÍRITU PROTECTOR

PREGUNTAS Y PROBLEMAS

Obras maestras por vía mediúmnica

¿Por qué los Espíritus de los grandes genios que han brillado en la Tierra no producen obras maestras por vía mediúmnica, como lo hicieron cuando estaban vivos, dado que no han perdido su inteligencia?

Este es uno de esos problemas cuya solución interesa a la ciencia espírita, como objeto de estudio, a la vez que una objeción planteada por algunos negadores de la realidad de las manifestaciones de los Espíritus. “Esas obras maestras —dicen esos negadores— serían una prueba de identidad adecuada para convencer a los más recalcitrantes. Sin embargo, las producciones mediúmnicas firmadas con los nombres más ilustres apenas superan la vulgaridad. Hasta ahora, no se conoce ninguna obra importante que pueda siquiera aproximarse a la de los grandes literatos y artistas.” Otros agregan: “Cuando veamos que el Espíritu de Homero escribe una nueva *Ilíada*, el de Virgilio una nueva *Eneida*, el de Corneille un nuevo *Cid*, y el de Beethoven una nueva *Sinfonía en La*; o bien cuando veamos que un sabio como Laplace resuelve uno de esos problemas cuya solución se busca en vano, como el de la

cuadratura del círculo, por ejemplo, entonces creeremos en la realidad de los Espíritus. Pero ¿cómo pretendéis que creamos en ellos, cuando vemos que con el nombre de Racine se dictan seriamente poesías que un estudiante de cuarto grado podría corregir; o cuando se atribuyen a Béranger unos versos que no pasan de frases mal rimadas, sin ingenio ni sal, o a Voltaire o a Chateaubriand un lenguaje de cocinera?”.

Esta objeción contiene un lado serio, expresado en la última parte. No obstante, denota la ignorancia respecto de los principios fundamentales del espiritismo. Si quienes plantean esa objeción no abrieran juicio antes de haber estudiado, se ahorrarían un esfuerzo inútil.

La identidad de los Espíritus es, como sabemos, una de las grandes dificultades del espiritismo práctico. Tan solo puede comprobarse de manera positiva la identidad de los Espíritus contemporáneos, cuyo carácter y costumbres son conocidos. En tal caso, ellos se revelan a través de una infinidad de particularidades, tanto en sus actos como en su lenguaje, a tal punto que no dejan lugar a duda. Son los Espíritus cuya identidad nos interesa especialmente, debido al vínculo que nos une a ellos. Una señal, una palabra, bastan a menudo para constatar su presencia, y esas particularidades son tanto más significativas cuanto mayor es la semejanza presente en la serie de conversaciones familiares que se mantienen con esos Espíritus. Por otra parte, es necesario considerar que, cuanto más reciente es la fecha de la muerte terrestre de los Espíritus, menos despojados se encuentran del carácter, las costumbres y las ideas personales que nos permiten reconocerlos.

No ocurre lo mismo con los Espíritus a los que tan solo se conoce de algún modo a través de la historia. En tal caso, no se dispone de ninguna prueba material de identidad. Pue-

de haber presunción, pero no certeza absoluta respecto de su personalidad. Cuanto más distante sea la época en que los Espíritus vivieron, menor será esa certeza, dado que sus ideas y su carácter pueden cambiar con el tiempo. En segundo lugar, los Espíritus que alcanzaron cierta elevación constituyen familias semejantes por el pensamiento y el grado de adelanto, y estamos lejos de conocer a todos sus miembros. En caso de que uno de ellos se manifieste, lo hará con un nombre que nos resulte conocido, como indicio de su categoría. Si evocamos a Platón, por ejemplo, es posible que él responda a nuestro llamado; pero si no puede hacerlo, otro Espíritu de la misma clase responderá en su lugar: será el pensamiento de Platón, pero no su individualidad. Es importante que esto se comprenda bien.

Por otra parte, los Espíritus superiores acuden a nosotros para instruirnos. Su identidad absoluta es una cuestión secundaria. Todo radica en lo que dicen: bueno o malo, racional o ilógico, digno o indigno de los nombres con que firman. En el primer caso, se los acepta; en el segundo, se los rechaza por apócrifos.

Aquí se presenta el gran escollo de la intromisión de los Espíritus frívolos o ignorantes, que se engalanan con nombres destacados para lograr que se acepten sus disparates o sus utopías. En este caso, la distinción requiere tacto, observación y, casi siempre, conocimientos específicos. Para juzgar un asunto, hay que ser competente. ¿De qué modo una persona que no sea versada en literatura y poesía podría evaluar las cualidades y los defectos de comunicaciones de ese género? La ignorancia, en tal caso, a veces hace que el énfasis, las florituras del lenguaje y las palabras sonoras que ocultan la ausencia de ideas, se confundan con bellezas sublimes. La ignorancia no

puede identificarse con el genio particular del escritor, para juzgar cuáles obras le pertenecen y cuáles no. De tal modo, con frecuencia vemos médiums que se jactan de recibir versos firmados por Racine, Voltaire o Béranger, sin que les cueste considerarlos auténticos, por más desagradables que sean, e incluso están contentos, salvo cuando se enfadan con las personas que se atreven a ponerlos en duda.

Por lo tanto, consideramos que la crítica es totalmente justa toda vez que se refiere a este tipo de cosas, porque suscribe nuestra posición al respecto. El error no es del espiritismo, sino de los que aceptan con demasiada facilidad lo que procede de los Espíritus. Si quienes convierten esto en un arma contra la doctrina la hubieran estudiado, sabrían lo que esta admite, de modo que no le imputarían lo que rechaza, como tampoco las exageraciones de una credulidad ciega e irreflexiva. El error es aún mayor cuando se publican con nombres conocidos las cosas más indignas respecto del origen que se les atribuye, pues de ese modo se da lugar a la crítica fundada y se daña al espiritismo. Es necesario que se sepa que el espiritismo racional no patrocina en absoluto tales producciones, ni asume la responsabilidad de las publicaciones realizadas con más entusiasmo que prudencia.

La falta de certeza respecto de la identidad de los Espíritus en algunos casos, así como la frecuente intromisión de Espíritus frívolos, ¿son acaso una prueba en contra de la realidad de las manifestaciones? De ninguna manera, porque el hecho de las manifestaciones queda demostrado tanto por los Espíritus superiores como por los Espíritus inferiores. La abundancia de estos últimos revela la inferioridad moral de nuestro globo, así como la necesidad de trabajar en nuestro mejoramiento para que salgamos de él lo antes posible.

Ahora nos resta la cuestión principal: ¿Por qué los Espíritus de los hombres de genio no producen obras maestras por vía mediúmnica?

Ante todo, se requiere considerar la utilidad de las cosas. ¿Para qué serviría eso? Para convencer a los incrédulos —nos responderán—. Sin embargo, cuando vemos que estos se resisten a la evidencia más patente, una obra maestra tampoco les demostraría la existencia de los Espíritus, porque en tal caso la atribuirían, como al resto de las producciones mediúmnicas, a la sobrecitación cerebral. Un Espíritu familiar, un padre, una madre, un hijo, un amigo, que acuden a revelar circunstancias que el médium desconoce, con esas palabras que llegan al corazón, demuestran mucho más que una obra maestra, la cual podría salir de su propio cerebro. Un padre, cuyo difunto hijo le pusiera de manifiesto su presencia y su cariño, ¿no se convencería mucho más que si Homero acudiera para escribir una nueva *Iliada*, o Racine una nueva *Fedra*? ¿Por qué, entonces, habría que exigir a los Espíritus proezas que resultarían más asombrosas que convincentes, toda vez que ellos se revelan con miles de hechos íntimos al alcance de todo el mundo? Los Espíritus se proponen convencer a las masas, y no a tal o cual individuo, porque la opinión de las masas dicta la ley, en tanto que los individuos son unidades perdidas en la multitud. Por eso se preocupan tan poco por los obstinados que intentan presionarlos. Saben que tarde o temprano estos se inclinarán ante la fuerza de la opinión. Los Espíritus no se someten al capricho de nadie. Para convencer, emplean los medios que prefieren según los individuos y las circunstancias. Tanto peor para aquellos que no se conforman con lo que se les ofrece. Más tarde tendrán otra oportunidad. Por esta razón también decimos a los adeptos: “Acercaos a los

hombres de buena fe, pues no fracasaréis; pero no perdáis el tiempo con los ciegos que no quieren ver, ni con los sordos que no quieren oír. ¿Acaso será falta de caridad proceder de tal modo? No, pues para ellos será tan solo un retraso. En cambio, si perdierais el tiempo con ellos, dejaríais de brindar consuelo a una infinidad de personas que lo necesitan, y que aceptarían dichas el pan de vida que les ofrecéis. Además, considerad que los refractarios que se resisten a vuestras palabras y a las pruebas que les presentáis, cederán algún día ante la influencia de la opinión que se formará alrededor suyo. Su amor propio sufrirá menos de ese modo”.

La cuestión de las obras maestras también se relaciona con el principio que rige el vínculo entre los encarnados y los desencarnados. Su solución depende del conocimiento de ese principio. Veamos las respuestas que los Espíritus brindaron al respecto en la Sociedad espírita de París.

(6 de enero de 1865. Médiúm: señor d’Ambel.)

Existen médiums que, tanto por sus adquisiciones anteriores como por los estudios específicos que han realizado en su actual existencia, son más aptos e incluso resultan más útiles que otros. La moral no tiene nada que ver con eso, pues se trata simplemente de una cuestión de capacidad intelectual. Con todo, no se debe pasar por alto que la mayoría de esos médiums no son abnegados, y que si reciben comunicaciones de Espíritus de un orden elevado, estas son para su exclusivo beneficio. Muchas obras maestras de la literatura y el arte son producto de una mediumnidad inconsciente. De lo contrario, ¿de dónde procedería la inspiración? Afirmáis resueltamente que las comunicaciones recibidas por Delphine de Girardin,

Auguste Vaquerie y otros, se hallaban a la altura de lo que debía esperarse de los Espíritus que se comunicaban a través de ellos. En tales ocasiones, lamentablemente muy inusuales en el espiritismo, las almas de los que querían comunicarse tenían a disposición excelentes instrumentos, o mejor dicho, médiums cuya capacidad cerebral proporcionaba todos los elementos, tanto en palabras como en pensamientos, necesarios para la manifestación de los Espíritus inspiradores. Ahora bien, en la mayoría de las circunstancias en que los Espíritus se comunican —me refiero a los grandes Espíritus, desde luego—, estos se encuentran lejos de contar con elementos suficientes para emitir sus pensamientos con la forma, con la expresión que les habrían dado cuando vivían. ¿Será ese un motivo para no recibir sus instrucciones? ¿Por cierto que no! Debido a que, si bien a veces la forma deja que desear, el contenido siempre es digno del firmante de las comunicaciones. Además, aquellas son contiendas acerca de palabras. La comunicación, ¿existe o no? Eso es lo fundamental. Si existe, ¿qué importancia tienen el Espíritu y el nombre que él adopta! Si no se cree en la comunicación, importa mucho menos preocuparse por eso. Los Espíritus se proponen convencer; si no lo logran, se trata de un inconveniente sin importancia, pues el motivo radica tan solo en que el encarnado aún no está listo para ser convencido. No obstante, me complace afirmar que, de cien individuos de buena fe, que experimentan por sí mismos o a través de médiums ajenos a ellos, más de dos tercios se convierten en partidarios sinceros de la doctrina espírita, puesto que, en esos períodos excepcionales, la acción de los Espíritus no se circunscribe solamente al acto del médium, sino que se manifiesta a través de mil aspectos materiales o espirituales en el propio evocador.

En suma, nada es absoluto, y siempre llegará una hora más fecunda, más productiva que la precedente. Esta es, en pocas palabras, mi respuesta a la cuestión planteada por vuestro Presidente.

ERASTO

(20 de enero de 1865. Médium: señorita M. C.)

Preguntasteis por qué los Espíritus que en la Tierra brillaron por su genio, no imparten a los médiums comunicaciones que se mantengan a la altura de sus producciones terrestres, más aún porque deberían ser superiores a estas, ya que debido al tiempo transcurrido desde su muerte, sus facultades tuvieron que incrementarse. La razón es la siguiente.

Para que se los escuche, los Espíritus deben obrar sobre instrumentos que se encuentren al nivel de su resonancia fluídica. ¿Qué podría hacer un buen músico con un instrumento defectuoso? Nada. Lamentablemente, muchos médiums, si no la mayoría, son instrumentos muy imperfectos para nosotros. Debéis comprender que en todo se requiere semejanza, tanto entre los fluidos espirituales como entre los fluidos materiales. Para que los Espíritus adelantados puedan manifestarse entre vosotros, necesitan médiums capaces de vibrar al unísono con ellos. Asimismo, para las manifestaciones físicas, hacen falta encarnados que posean fluidos materiales de la misma naturaleza que la de los fluidos de los Espíritus errantes que todavía pueden actuar sobre la materia.

De tal modo, Galileo solo podrá manifestarse realmente ante un astrónomo capaz de comprenderlo y de transmitir sin errores sus datos astronómicos. Alfred de Musset y otros poe-

tas necesitarán un médium que ame y comprenda la poesía. Beethoven, Mozart, buscarán músicos dignos de transcribir sus ideas musicales. Los Espíritus instructores que os revelan los secretos de la naturaleza, secretos poco conocidos o aún ignorados, necesitan médiums que comprendan determinados efectos magnéticos y que hayan estudiado la mediumnidad.

Comprended eso, amigos míos. Reflexionad acerca de que vosotros no encargáis un traje a vuestro sombrerero, ni un sombrero a vuestro sastre. Debéis comprender que necesitamos buenos intérpretes, y que algunos de nosotros, debido a que no encuentran esos intérpretes, se niegan a comunicarse. En tal caso, otros ocupan su lugar. No olvidéis que los Espíritus frívolos son innumerables, y que se valen de vuestras facultades con tanta mayor facilidad cuanto que muchos de vosotros, halagados por las firmas notables, no os preocupáis demasiado por informaros en la fuente verdadera, así como confrontar lo que obtuvisteis con lo que debisteis haber obtenido. Regla general: cuando necesitéis un contador, no busquéis un bailarín.

UN ESPÍRITU PROTECTOR

Observación: Esta comunicación se basa en un principio verdadero, que resuelve perfectamente la cuestión desde el punto de vista científico, aunque no debe tomarse en un sentido demasiado absoluto. A primera vista, dicho principio parece contradecir el hecho de los numerosos médiums que tratan temas ajenos a sus conocimientos; y también parece implicar, respecto de los Espíritus superiores, que ellos solo pueden comunicarse con médiums de su nivel. Ahora bien, esto debe entenderse tan solo respecto de trabajos especiales y

cuya importancia sea extraordinaria. Es comprensible que, si Galileo pretende tratar un tema científico, o si un gran poeta desea dictar una obra poética, cada uno de ellos requiera un instrumento que responda a su pensamiento, pero eso no quiere decir que, para tratar otros temas, como por ejemplo una simple cuestión moral o dar un buen consejo, no puedan hacerlo a través de un médium que no sea científico ni poeta. Cuando un médium trata con facilidad y superioridad temas que son ajenos a él, es un indicio de que su Espíritu posee un desarrollo innato y facultades latentes que van más allá de la educación que ha recibido.

El Ramanenjana

Los *Anales de la propagación de la fe*, de septiembre de 1864, n.º 216, contienen un relato minucioso de los acontecimientos que tuvieron lugar en Antananarivo (Madagascar), durante el año 1863; entre otros, el de la muerte del rey Radama II. Allí encontramos la siguiente historia:

“El acontecimiento más grave ocurrido en Antananarivo, en 1863, es sin lugar a duda la muerte de Radama II. No obstante, antes de relatar el final trágico de ese desdichado príncipe, es necesario recordar otro hecho que tuvo casi la misma repercusión que el primero. Sus testigos fueron más de doscientos mil hombres, y se lo puede considerar el preludio o el precursor del atentado cometido contra la persona real del infortunado Radama. Me refiero al *Ramanenjana*.

¿Qué es el Ramanenjana?

”Esta palabra, que significa *tensión*, se aplica a una extraña enfermedad que se declaró inicialmente en el sur de Imerina. En Antananarivo tuvieron conocimiento de la misma casi un mes antes de que llegara. Al principio, no era más que un vago rumor que circulaba entre el pueblo. Se aseguraba que numerosos grupos de hombres y mujeres, afectados por una enfermedad misteriosa, subían desde el sur hacia la capital para hablar con el Rey, de parte de su madre (la difunta Reina). Esos grupos —se decía— avanzaban durante el día, y en la noche acampaban en los poblados, donde reclutaban cada vez más gente.

”Con todo, nadie se imaginaba que el Ramanenjana estuviera tan cerca de la ciudad real, hasta que de repente hizo su primera aparición algunos días antes del domingo de Ramos.

”Al respecto, nos escriben lo siguiente:

” ‘En el momento en que pensábamos que aún se encontraba lejos, el Ramanenjana o Raména-bé, como otros también lo denominan, llegó y estalló como una bomba. En la ciudad no se habla de otra cosa más que de convulsiones y convulsionarios. Están en todas partes, y se calcula que son más de dos mil. En este momento acampan en Machamasina, el campo de Marte situado al pie de la capital. El ruido que causan es tan intenso que nos impide dormir. ¡Imaginaos cuán fuerte será, que a una legua de distancia llega hasta aquí y perturba el sueño!

” ‘El martes santo tuvo lugar en Soanierana una gran formación de tropas para su revista. Cuando redoblaron los tambores, más de mil soldados rompieron filas y comenzaron a

danzar el Ramanenjana. Pese a que los jefes gritaron, maldijeron y amenazaron, debieron renunciar a la inspección’.

Carácter del Ramanenjana

“Esta enfermedad ataca especialmente los nervios, y su presión llega a tal punto que de inmediato provoca convulsiones y alucinaciones, cuya explicación es compleja desde el punto de vista de la ciencia.

”Los afectados sufren al principio violentos dolores de cabeza, en la nuca y luego en el estómago. Al cabo de algún tiempo, comienzan los accidentes convulsivos. En ese momento, los vivos entran en comunicación con los muertos: ven a la reina Ranavalona, a Radama I, a Adrián Ampoinemerrina y otros, quienes les hablan y les asignan tareas. La mayor parte de esos mensajes son para Radama II.

”Al parecer, los Ramanenjana son enviados especialmente por la anciana Ranavalona, para indicarle a su hijo Radama que debe volver al antiguo régimen, poner fin a la plegaria, expulsar a los blancos, prohibir los cerdos en la ciudad santa, etc., etc; pues de lo contrario lo acecharán grandes males, y ella renegará de él.

”Otro efecto de esas alucinaciones consiste en que la mayoría de quienes las padecen se imaginan que van detrás de los muertos cargando pesados fardos: suponen que llevan en la cabeza una caja de jabón, un cofre, un colchón, fusiles, llaves, cubiertos de plata, etc.

“Esos fantasmas deben de andar a un ritmo infernal, porque los desdichados que están a sus órdenes hacen todo el esfuerzo del mundo para seguirlos, a pesar de que siempre están corriendo. Tan pronto como se les asigna una misión desde

ultratumba, comienzan a temblar, y gritan y piden gracia, a la vez que agitan la cabeza y los brazos, mientras sacuden los extremos de su lamba, la prenda rectangular con que se cubren el cuerpo. Se los ve inquietos. Gritan, saltan, bailan y se agitan convulsivamente. Su grito habitual es: *¡Ekala!* Y también: *¡Izahay maikia!*, que significa *¡Tenemos prisa!* La mayoría de las veces, una multitud los acompaña con cánticos, mientras baten palmas y tocan tambores. Según dicen, eso sirve para sobreexcitarlos más aún y apresurar el término de la crisis, como hace el jinete habilidoso cuando afloja las riendas de su fogoso corcel y, lejos de detenerlo, lo estimula con la voz y las espuelas, hasta que este, temblando bajo la mano que lo conduce, jadeante, sudoroso y exhausto, se detiene por sí mismo.

”Si bien esa enfermedad afecta especialmente a los esclavos, también es cierto que nadie se libra de ella. Tanto es así, que un hijo de Radama y de María, su concubina, de repente fue presa de las alucinaciones del Ramanenjana. Y se lo vio agitarse, gritar, danzar y correr como los demás. En un primer momento, en medio del pánico, el propio Rey intentó detenerlo, pero en esa carrera precipitada se lastimó levemente una pierna, por lo cual dio la orden de que siempre hubiera un caballo ensillado, para el caso de que ocurriera un nuevo accidente.

”Las corridas de esos energúmenos no están bien determinadas: una vez poseídos por no se sabe qué fuerza irresistible, salen por los campos en todas direcciones. Antes de Semana Santa, se dirigieron hacia las tumbas, donde danzaron y ofrendaron una moneda.

”No obstante, el mismo Día de Ramos (extraña coincidencia), optaron por una nueva modalidad: corrieron hacia la parte baja de la ciudad, donde cortaron una caña de azú-

car y la llevaron triunfalmente en andas hasta colocarla sobre la piedra sagrada de Machamasina, en honor a Ranavalona. Allí danzaron con las contorsiones y convulsiones habituales. Después, depositaron la caña junto a la moneda, y volvieron corriendo, danzando y saltando tal como habían ido.

”Algunos de ellos llevan una botella de agua en la cabeza, para beberla y mojarse con ella. Pero lo más sorprendente es que, a pesar de tantos movimientos convulsivos, la botella se mantiene en equilibrio. Se diría que está clavada y sellada en el cráneo.

”También nos escriben para contarnos que una nueva fantasía se apoderó de ellos recientemente: a su paso, todos deben quitarse el sombrero.

”¡Ay de aquellos que se nieguen a obedecer dicha orden, por más absurda que sea! Ya se produjo más de un enfrentamiento, que el pobre Radama intentó prevenir con una multa de 150 francos impuesta a los recalcitrantes. Para no infringir el decreto real, la mayoría de los blancos optaron por salir sin sombrero. Uno de nuestros sacerdotes se vio expuesto a un caso mucho más grave: intentaron nada menos que obligarlo a quitarse la sotana, porque el *Ramanenjana* afirmaba que el color negro lo ofendía. Afortunadamente, el sacerdote logró escaparse y volver a su casa, sin tener que quedarse en camisa.

”Los accesos de los convulsionarios no son permanentes. Muchos de ellos, después de haber realizado sus aspavientos ante la piedra sagrada (sobre esa piedra se coloca al heredero del trono para presentarlo ante el pueblo), acuden a arrojar al agua, para luego salir y descansar tranquilamente hasta una nueva crisis.

”Otros caen víctimas del agotamiento, en el camino o en la vía pública, donde se duermen y luego se levantan curados. Los hay que permanecen enfermos dos o tres veces antes de liberarse por completo. En muchos, el mal es más tenaz y suele durar unos quince días.

”Durante los accesos, el individuo afectado por el Ramanenjana no reconoce a nadie. Casi nunca responde las preguntas que se le formulan. Después del acceso, si recuerda algo, lo hace vagamente y como si se tratara de un sueño.

”Una particularidad bastante notable consiste en que, en medio de los movimientos más intensos, sus manos y sus pies se ponen fríos como el hielo, mientras que el resto del cuerpo transpira y la cabeza parece en ebullición.

”Ahora bien, ¿cuál puede ser la causa de esa extraña enfermedad? Aquí todos están de acuerdo. Varios la atribuyen pura y simplemente al demonio, que se manifiesta como lo ha hecho a través de las mesas giratorias, pensantes, etc. Por esa razón, sin mayor interés en saludar a esa diabólica majestad, muchos se han resignado a salir sin sombrero”.

Estudio acerca del fenómeno del Ramanenjana

Habría sido muy extraño que el nombre del espiritismo no hubiera sido involucrado en este caso; y afortunadamente sus adeptos no fueron acusados de ser los causantes. ¡Qué no se habría dicho si esos pobres malgaches hubieran leído *El libro de los Espíritus*! No se habría dudado en afirmar que esa obra los había vuelto locos. ¿Quién, pues, fuera del espiritismo, les enseñó a creer en los Espíritus y en la comunicación de los

vivos con las almas de los muertos? Sucede que lo que está en la naturaleza se produce en el salvaje tanto como en el hombre civilizado, en el ignorante tanto como en el científico, en la aldea tanto como en la ciudad. Dado que hay Espíritus en todas partes, las manifestaciones ocurren en todas partes, con la diferencia de que, en los hombres cercanos a la naturaleza, el orgullo del saber todavía no debilitó las ideas intuitivas, que se mantienen vivaces y con toda su ingenuidad. Por esa razón, en ellos no se encuentra la incredulidad erigida en sistema. Es posible que se equivoquen respecto de las cosas, debido a la estrechez de su inteligencia, pero la creencia en el mundo invisible es innata en ellos, y conservada por los hechos de que son testigos.

Por consiguiente, todo demuestra que en Madagascar, al igual que en Morzine¹⁰, esos fenómenos constituyen el resultado de una obsesión o posesión colectiva, una auténtica epidemia de Espíritus malos, como las que se produjeron en tiempos de Cristo y en muchas otras épocas. Cada población suministra, al mundo invisible que la rodea, Espíritus semejantes, que desde el espacio reaccionan sobre esas mismas poblaciones, de las cuales, debido a su inferioridad, conservaron los hábitos, las inclinaciones y los prejuicios. Así pues, los pueblos salvajes y bárbaros se hallan rodeados por una masa de Espíritus que también serán salvajes y bárbaros, hasta que el progreso los induzca a encarnar en un medio más adelantado. Eso es lo que se desprende de la siguiente comunicación.

10. Véase *Viaje espírita en 1862*, de Allan Kardec, y la *Revista Espírita* de diciembre de 1862, y de enero, febrero, abril y mayo de 1863. (N. del T.)

Después de leer el relato precedente en una reunión íntima, uno de los guías espirituales de la familia dictó espontáneamente lo que sigue:

(París, 12 de enero de 1865. Médium: señora Delanne.)

Esta noche escuché vuestra lectura acerca de los fenómenos de obsesión ocurridos en Madagascar. Si me lo permitís, os daré mi opinión al respecto.

Observación: este Espíritu no había sido evocado. Se hallaba presente en la reunión, escuchando lo que se decía, y sin ser visto. De tal modo, sin darnos cuenta, todo el tiempo contamos con testigos invisibles de nuestras acciones.

Esas alucinaciones, según las denomina el corresponsal del periódico, no son otra cosa más que una obsesión; pero una obsesión cuyo carácter difiere del de las que vosotros conocéis. En este caso, se trata de una obsesión colectiva producida por una pléyade de Espíritus atrasados, que han conservado sus viejas opiniones políticas, y que se manifiestan con la intención de perturbar a sus compatriotas, a fin de que estos, presas del pánico, no se atrevan a apoyar las ideas civilizadoras que comienzan a implantarse en ese país, donde surge el progreso.

Los Espíritus obsesores que inducen a esa pobre gente a tantas manifestaciones ridículas, son los de los antiguos malgaches, que están furiosos –os lo repito– porque los habitantes de ese país aceptan las ideas civilizadoras que algunos Espíritus adelantados, encarnados, tienen la misión de implantar entre ellos. Por eso escucháis que a menudo repiten: “¡Basta de plegarias! ¡Fuera los blancos!, etc.” Lo cual os permite com-

prender que rechazan todo lo que sea europeo, es decir, del centro intelectual.

¿Acaso no es una gran confirmación de vuestros principios el hecho de que esas manifestaciones ocurran a la vista de todo un pueblo? No se producen tanto con miras a esas tribus semisalvajes, sino para la sanción de vuestros trabajos.

Las posesiones de Morzine tienen un carácter más particular, o mejor dicho, más restringido. Es posible estudiar *in situ* las fases de cada Espíritu. Al observar los detalles, cada individualidad presenta un estudio especial, mientras que las manifestaciones de Madagascar tienen la espontaneidad y el carácter nacional. Se trata de una población entera de antiguos Espíritus atrasados, que observan con rencor cómo su patria sufre el impulso del progreso. Dado que ellos mismos no han progresado, intentan obstaculizar el camino de la Providencia.

Los Espíritus de Morzine son comparativamente más adelantados. A pesar de su rudeza, juzgan más sanamente que los malgaches. Disciernen el bien del mal, pues reconocen que la forma de la plegaria no es nada, y que el pensamiento lo es todo. Por otra parte, más tarde confirmaréis, mediante vuestros estudios, que no son tan atrasados como parecen a simple vista. Los fenómenos de Morzine sirven para demostrar que la ciencia no puede curar esos casos a través de medios materiales. Los de Madagascar, para llamar la atención y confirmar vuestros principios.

UN ESPÍRITU PROTECTOR

POESÍA ESPÍRITA

**Inspiración de un ex incrédulo a propósito
de *El libro de los Espíritus***

por el doctor Niéger

27 de diciembre de 1864.

Como la víctima de un naufragio desdichado,
que entre los restos del navío se salva a nado,
muerto de cansancio y perdida la fe,
dirige a la patria que ya no volverá a ver,
un último recuerdo, y ruega por su alma y clama;
cuando de pronto sobre las olas ve una llama
que la costa de una tierra ignota ilumina,
el pobre náufrago se esfuerza, se empecina,
y pronto al abordar la orilla protectora,
al Señor ante todo eleva una plegaria sonora,
y al sentir entonces que recobra la esperanza,
promete a su Salvador seguir su ley con templanza.

De igual modo, al leer vuestra obra, sentí un día
en mi corazón desolado, que el valor renacía.
Largo tiempo preocupado por revelar los secretos
del organismo humano, solo veía los efectos;
pero la causa desconocida yo no podía captar,
pues siempre parecía de mi vista escapar.
Vuestro libro, al abrirme horizontes nuevos,
de inmediato le dio un objeto a mis desvelos.
Vi que hasta entonces por un camino falso andaba,

y que la fe de mi corazón a la duda reemplazaba.
El hombre, en efecto, sale de las manos del Creador,
y no puede ser arrojado en el mundo para el dolor,
porque una sagrada ley, por Dios mismo dictada,
a regir el universo entero ha sido destinada.
Su nombre es *progreso* y, para cumplirse,
los hombres fraternalmente deben reunirse.

¡Qué gran panorama; cuántas páginas brillantes,
en ese libro que sigue al hombre en sus edades,
y que muestra ante todo a los primeros humanos,
reclamando el bienestar al trabajo de sus manos!
Se dirá que solo el instinto era en la vida su guía.
¡Sí! Pero el instinto más tarde en genio se convertiría.
El hombre siente que en él nace el fuego sagrado,
y por el espíritu del bien siempre mejor inspirado,
del demonio abatido quebrando la enorme cadena,
desde entonces a grandes pasos recorre la arena.
Allí, en ese frágil navío, cual marinero valeroso,
desafía las grandes olas de un océano furioso,
¡Se arroja al mar! Y de repente las olas temidas,
ante semejante desafío retroceden despavoridas.
Allí, imitando del águila su intrépido vuelo,
se ve al hombre en su intento de llegar al cielo.
Más allá, desde una roca, con su audacia sin par,
las profundidades del espacio pretende sondear.
¡Del inmenso universo descubre la ley,
y del mundo se convierte en único rey!

Pero allí no se detiene su increíble fervor:
encerrando en un tubo el indómito vapor,

viaja montado en un dragón de fuego.
Los más rudos trabajos son para él un juego.
Dejando en todos lados de su genio la marca,
donde imperaba la muerte, hace que la vida nazca.
Al parecer, allí termina su expansión,
pero la inflexible ley le pide más aún:
a ese señor de la Tierra entonces vemos,
que a la nube inflamada le arranca un trueno,
para transformar en dócil instrumento su furor,
y convertir el poste en un humilde servidor.

No hay límites, pues, para el saber humano.
Dios en el universo pone al hombre cual soberano.
Él debe buscar, mediante su esfuerzo constante,
del cuerpo y el espíritu la relación brillante.
Él debe, alejándose de la senda trillada,
descubrir finalmente la luz ignorada,
que hace tanto tiempo se oculta a sus ojos.
Levantemos del progreso el estandarte luminoso,
y el vasto terreno abordemos con unción,
con todo nuestro esfuerzo... ¡El amor y la oración:
son las palabras sagradas de nuestra bandera!
Bajo esta égida, amigos, prosigamos la tarea.
Si algún día en la lucha dejáramos la vida,
te suplicamos, Señor, que al menos tal caída
inspire a nuestros hijos el valor y la fe,
para que ellos, por fin, afiancen el reino de tu ley.

Discurso de Victor Hugo junto a la tumba de una jovencita

Si bien esta conmovedora oración fúnebre fue publicada en varios periódicos, también ocupa un lugar en esta *Revista*, debido a la naturaleza de los pensamientos que contiene, cuyo alcance todos podrán comprender. El periódico del que la extrajimos relata la ceremonia fúnebre en estos términos:

“Una triste ceremonia reunía, el jueves pasado, a una multitud dolorosamente conmovida en el cementerio de los independientes, en Guernesey. Inhumaban a una jovencita, a quien la muerte sorprendió en medio de la alegría de la familia, pues su hermana se había casado pocos días antes. Era una niña feliz, a quien uno de los hijos del gran poeta, el señor François Hugo, había dedicado el decimocuarto volumen de su traducción de Shakespeare. Murió la víspera del día en que ese volumen saldría a la luz.

”Como acabamos de señalar, la asistencia era numerosa en ese funeral, numerosa y llena de afecto; y con inmenso pesar, con las lágrimas que la amistad derramaba, se escucharon las palabras de despedida que, junto a esa tumba tan prematuramente abierta, pronunció el ilustre exiliado de Guernesey, el propio Víctor Hugo.

”Este es el discurso que el poeta pronunció:

”En el transcurso de unos días, nos hemos ocupado de dos hermanas. Casamos a una de ellas, y ahora sepultamos a la otra. Es el perpetuo temblor de la vida. Inclinémonos, hermanos míos, ante el severo destino.

”Inclinémonos con esperanza. Nuestros ojos no fueron hechos para llorar, sino para ver. Nuestro corazón no fue he-

cho para sufrir, sino para creer. La fe en otra existencia nace de la facultad de amar. No lo olvidemos: en esta vida agitada y aliviada por el amor, el corazón es el que cree. El hijo confía en ver de nuevo a su padre. La madre no consiente en perder para siempre a su hijo. Ese rechazo respecto de la nada constituye la grandeza del hombre.

”El corazón no puede equivocarse. La carne es un sueño: se disipa. Si ese desvanecimiento fuera el final del hombre, le quitaría a nuestra existencia toda sanción. No nos conformamos con ese humo que es la materia. Nos hace falta una certeza. Toda persona que ama, sabe y siente que ninguno de los puntos de apoyo del hombre está en la Tierra. Amar es vivir más allá de la vida. Sin esta fe, ningún don perfecto del corazón sería posible; y amar, que es la finalidad del hombre, sería su suplicio. Ese paraíso sería el infierno. ¡No! Digámoslo bien alto: ¡la criatura que ama requiere una criatura inmortal! ¡El corazón tiene necesidad del alma!

”Hay un corazón en ese féretro, y ese corazón está vivo. En este momento, escucha mis palabras.

”Emily de Putron era el tierno orgullo de una respetable y patriarcal familia. Sus amigos y sus parientes tenían por encanto su gracia y por fiesta su sonrisa. Ella era como una flor de alegría creciendo en el hogar. Desde la cuna, todos los cuidados la rodeaban. Crecía feliz; y como recibía felicidad, también la brindaba. Era amada, y amaba.

”Ella acaba de partir. ¿A dónde se ha ido? ¿Al ocaso? No.

”Somos nosotros quienes estamos en el ocaso. Ella está en la aurora.

”Ella está en la luz, en la verdad, en la realidad, en la recompensa. Esas jóvenes muertas, que no hicieron mal alguno

en la vida, son las bienvenidas del sepulcro, y sus cabezas ascienden suavemente, fuera de la fosa, rumbo a una coronación misteriosa. Emily de Putron fue hacia lo Alto en busca de la serenidad suprema, que es el complemento de las existencias inocentes. Ella partió: juventud, hacia la eternidad; belleza, hacia el ideal; esperanza, hacia la certeza; amor, hacia lo infinito; perla, hacia el océano; espíritu, hacia Dios.

”¡Ve, alma!

”El prodigio de esa gran partida celestial, denominada muerte, consiste en que los que parten no se alejan. Están en un mundo de claridad, pero acuden como tiernos testigos a nuestro mundo de tinieblas. Están en lo Alto, pero muy cerca. ¡Oh! Quienquiera que seas, si has visto a un ser amado desaparecer en la tumba, no supongas que te ha dejado. Él siempre está. Sigue a tu lado más que nunca. La belleza de la muerte es la presencia. Presencia inefable de las almas queridas que sonríen ante nuestras lágrimas. El ser llorado desapareció, pero no se fue. Apenas dejamos de percibir su dulce rostro... Los muertos son los invisibles, pero no los ausentes...

”Hagamos justicia a la muerte. No seamos ingratos para con ella. No es —como dicen— un aniquilamiento y una trampa. Es un error suponer que aquí, en la oscuridad de esta fosa, todo se pierde. Aquí todo se reencuentra. La tumba es un lugar de restitución. Aquí el alma recupera lo infinito. Aquí, recobra su plenitud. Aquí, toma posesión de su misteriosa naturaleza; se libera del cuerpo y de las necesidades; se libera del fardo y de la fatalidad. La muerte es la mayor de las libertades, y también es el mayor de los progresos. La muerte es la ascensión de todo el que ha vivido en un nivel superior. Ascensión deslumbrante y sagrada. Cada uno recibe su incremento. Todo se transfigura en la luz y por la luz. Aquel que en

la Tierra ha sido honrado, se torna bello. El que ha sido bello, se torna sublime; y el que ha sido sublime, se torna bueno.

”Y ahora, ¿por qué estoy aquí, hablando? ¿Qué puedo aportarle a esta fosa? ¿Con qué derecho me dirijo a la muerte? ¿Quién soy yo para eso? Nadie. Mejor dicho, soy algo: soy un proscrito. Ayer, exiliado a la fuerza. Hoy, exiliado voluntariamente. Un proscrito es un vencido, un calumniado, un perseguido, un herido del destino, un desheredado de la patria. Un proscrito es un inocente bajo el peso de una maldición. Su bendición debe ser buena, de modo que yo bendigo esta tumba.

”Bendigo al ser noble y agraciado que está en esta fosa. En el desierto se encuentran oasis. En el exilio se encuentran almas. Emily de Putron ha sido una de esas encantadoras almas encontradas. Vengo a pagarle la deuda del exilio consolado. La bendigo en la profundidad oscura. En nombre de las aflicciones que ella tiernamente iluminó; en nombre de las pruebas del destino, que finalizaron para ella, pero que continúan para nosotros; en nombre de todo lo que ella esperó antaño, y de todo lo que obtiene ahora; en nombre de todo lo que amó, yo bendigo esta muerte; la bendigo en su belleza, en su juventud, en su dulzura, en su vida y en su muerte; la bendigo en su blanca vestidura sepulcral; en su hogar, que dejó desolado; en su féretro, que su madre llenó de flores, y que Dios va a llenar de estrellas”.

A estas notables palabras no les falta otra cosa más que el término *espiritismo*. No son tan solo la expresión de una vaga creencia en el alma y en su supervivencia, y mucho menos de la fría *nada*, cual sucesora de la actividad vital que entierra para siempre, bajo su manto de hielo, al espíritu, la gracia, la

belleza y las cualidades del corazón. Tampoco son la expresión del alma abismada en ese océano infinito al que denominan *todo universal*. Esas palabras se refieren al ser real, individual, que se halla presente entre nosotros, que sonrío a aquellos a los que ama, que los ve y los escucha, a la vez que les habla con el pensamiento. Qué puede ser más bello y verdadero que estas palabras:

“Amar es vivir más allá de la vida. Sin esta fe, ningún don perfecto del corazón sería posible; y amar, que es la finalidad del hombre, sería su suplicio. Ese paraíso sería el infierno. ¡No! Digámoslo bien alto: ¡la criatura que ama requiere una criatura inmortal! ¡El corazón tiene necesidad del alma!” ¿Cuál idea de la muerte puede ser más justa que esta?: “El prodigio de esa gran partida celestial, denominada muerte, consiste en que los que parten no se alejan. Están en un mundo de claridad, pero acuden como tiernos testigos a nuestro mundo de tinieblas. Están en lo Alto, pero muy cerca. ¡Oh! Quienquiera que seas, si has visto a un ser amado desaparecer en la tumba, no supongas que te ha dejado. Él siempre está. Sigue a tu lado más que nunca... Es un error suponer que aquí, en la oscuridad de esta fosa, todo se pierde. Aquí todo se reencuentra. La tumba es un lugar de restitución. Aquí el alma recupera lo infinito. Aquí, recobra su plenitud”.

¿Acaso no es exactamente eso lo que el espiritismo enseña? Pero ante los que podrían considerarse juguetes de una ilusión, esta doctrina agrega a la teoría la sanción del hecho material, mediante la comunicación de los que han partido con los que permanecen aquí. Por lo tanto, ¿qué tiene de irracional el hecho de creer que esos mismos seres, que están a nuestro lado con un cuerpo etéreo, pueden relacionarse con nosotros?

¡Oh! vosotros, escépticos, que os reís de nuestras creencias, reíos de estas palabras del poeta filósofo cuya elevada inteligencia admiráis. ¿Diréis que es un alucinado? ¿Diréis que está loco porque cree en la manifestación de los Espíritus? ¿Puede estar loco aquel que ha escrito: “Compadezcámonos de los castigados. Pues, ¿qué somos nosotros mismos? ¿Qué soy yo, el que os habla? ¿Qué sois vosotros, los que me escucháis? ¿De dónde venimos? ¿Estamos seguros de que no hemos hecho nada antes de nacer? La Tierra no deja de asemejarse a una prisión. ¿Quién sabe si el hombre no es un delincuente de la justicia divina? Observad la vida de cerca. Está hecha de tal modo que en todas partes se siente el castigo” (*Los miserables*, Vol. 7, Libro VII, Cap. I). ¿Acaso no vemos aquí la preexistencia del alma, la reencarnación en la Tierra, y la Tierra como mundo de expiación? (Véase la *Imitación del Evangelio*, n.º 27, 46 y 47.)

Vosotros, que negáis el porvenir, ¡tenéis la extraña satisfacción de complacer vuestro pensamiento con la aniquilación de vuestro ser y del de los que habéis amado! ¡Oh! Tenéis razón cuando le teméis a la muerte, pues para vosotros es el fin de todas vuestras esperanzas.

Una vez leído el discurso precedente en la Sociedad Espírita de París, durante la sesión del 27 de enero de 1865, el Espíritu de la joven *Emily de Putron*, que sin duda lo había escuchado y compartía la emoción de los presentes, se manifestó de modo espontáneo a través de la señora Costel, para dictar lo siguiente:

“Las palabras del poeta rondaron esta reunión como un soplo sonoro. Han estremecido vuestros Espíritus y evocaron mi alma, que aún fluctúa insegura en el éter infinito.

”¡Oh! poeta, revelador de la vida, tú conoces la muerte, pues no coronas con cipreses a los que lloras, sino que colocas en sus frentes las temblorosas violetas de la esperanza. Por mi parte, pasé rápida y ligera, rozando apenas las tiernas alegrías de la vida; y al declinar el día, fui arrebatada en el trémulo rayo que moría en el seno de las olas.

”¡Oh! Madre mía, hermana mía, amigos míos, ¡gran poeta!, no lloréis más, y prestad atención. El murmullo que acaricia vuestros oídos es el mío; el perfume de la flor inclinada es mi aliento. Me introduzco en la gran vida para captar mejor vuestro amor. Somos eternos. Lo que no tuvo comienzo no puede acabar. Y tu genio, ¡oh! poeta, semejante al río que corre hacia el mar, llenará la Eternidad con el poder que es fuerza y amor”.

EMILY

NOTICIAS BIBLIOGRÁFICAS

La Luce

Giornale dello Spiritismo in Bologna (Italia).

El espiritismo cuenta con un nuevo órgano en Italia. LA LUZ, *periódico del espiritismo en Bolonia*, aparece en ediciones mensuales (10 francos anuales para Italia). Esta es la traducción de su programa:

“La aurora de un gran día ha surgido, y ya resplandece en los cielos. El espiritismo, ese fenómeno sorprendente e increíble para muchos, ha hecho su aparición en todo el mundo y

avanza con fuerza irresistible. En la actualidad, sus adeptos se cuentan por millones y están en todas partes.

”Importantes obras y numerosos periódicos especializados, fruto de inteligencias selectas, se publican acerca de esta sublime filosofía, principalmente en Francia, donde muchas sociedades se ocupan de ella. Asimismo, varias ciudades de Italia realizan reuniones espíritas. En Nápoles y en Turín existen sociedades científicas, y la de esta última ciudad publica el excelente periódico *Anales del espiritismo en Turín*.

”Las personas que ignoran los principios de esta nueva ciencia se esfuerzan vanamente en ridiculizarla y hacer que sus adherentes parezcan soñadores y alucinados. Las comunicaciones entre el mundo invisible y el mundo corporal forman parte de la naturaleza de las cosas. Siempre han existido, razón por la cual encontramos sus indicios en todos los pueblos y en todas las épocas. Esas comunicaciones, actualmente más generales y difundidas, evidentes para todos, tienen una finalidad. Los Espíritus acuden para anunciarnos que los tiempos predichos por la Providencia para una manifestación universal han llegado, y que su misión es instruir a los hombres, abriendo una nueva era de regeneración para la humanidad.

”En vano se inquietan los fariseos de esta época, y en vano la incredulidad se arma con una magnífica sonrisa, pues no podrán detener la estrella del espiritismo. Cuanto más avanza, más se fortalece para abatir al orgulloso materialismo que amenaza con apoderarse de todas las clases sociales.

”Por lo tanto, si en los centros más inteligentes, en las ciudades más importantes, en las capitales, se estudian desde hace muchos años y con el mayor interés esos fenómenos que, más allá de las leyes de la ciencia vulgar, se manifiestan en to-

das partes, es porque se ha reconocido su realidad, y porque se ha visto en ellos la acción de una voluntad libre e inteligente.

”El periódico *La luz* ha sido fundado con el objetivo de propagar esta nueva ciencia, sobre la base de las obras especializadas más instructivas, entre las cuales colocamos en primer lugar las de Allan Kardec, el docto presidente de la Sociedad espírita de París, las cuales nos proporcionaron el material de la parte filosófica, así como la teoría de la parte experimental. *Estudio y buena voluntad* son las dos condiciones necesarias para llegar a experimentar por sí mismo. En la segunda parte, nuestro periódico contendrá los dictados de los Espíritus: algunos acerca de la más consoladora filosofía y la moral más pura; y otros, de carácter familiar, serán elegidos entre los más adecuados para inspirar la fe, el amor y la esperanza. Por otra parte, pasando revista a las obras y periódicos espíritas, publicaremos los hechos que resulten de interés para nuestros lectores. No se mantendrá discusión alguna con las personas que no conozcan los principios de la doctrina espírita.

”La fe y el valor tornarán menos penoso nuestro deber, así como facilitarán nuestro camino para llegar a la verdad”.

* * *

El mundo musical

Periódico de Literatura y Bellas Artes

Publicado bajo la dirección de los señores *Malibran* y *Roselli*.

Administrador: señor Vauches.

Oficina en Bruselas: rue de la Montagne, 51.

Este periódico, al que nos hemos referido en nuestro número de diciembre de 1864, acaba de constituirse como sociedad de responsabilidad limitada con un capital de 60.000 francos, dividido en 2.400 acciones de 25 francos cada una. Intereses de las acciones: 6% anual. Parte en los dividendos anuales de 40% sobre las ganancias.- Aparece todos los domingos, con el formato de los grandes periódicos.- Precio de la suscripción: para Bélgica, 4 francos anuales; 10 centavos por número.- Para Francia: 10 francos anuales.- Se abona en París: 8, rue Ribouté.

La estima de este periódico para con el espiritismo hace que lo recomendemos a todos los adeptos. Cada número contiene un artículo muy bueno sobre la doctrina. Si bien somos completamente ajenos a su dirección, la administración de la *Revista Espírita* se encarga, por cortesía, de recibir los abonos y la suscripción de acciones.

Correspondencia.- Agradecemos al espírita anónimo de San Petersburgo que nos ha enviado 50 francos para la pobre obrera de Lyon, a pedido de Cárta. Si bien los hombres no saben su nombre, Dios lo conoce.

ALLAN KARDEC



REVISTA ESPÍRITA

PERIÓDICO DE ESTUDIOS PSICOLÓGICOS

Año VIII

Número 3

Marzo de 1865

¿Dónde está el Cielo?¹¹

En general, la palabra *cielo* designa al espacio indefinido que circunda la Tierra y, más particularmente, a la parte que se encuentra por encima de nuestro horizonte. Procede del latín *coelum*, y este del griego *koilos*, que significa “hueco”, “cóncavo”, porque el cielo aparece a la vista como una inmensa concavidad. Los antiguos creían en la existencia de muchos cielos superpuestos, hechos de materia sólida y transparente, que formaban esferas concéntricas cuyo centro era la Tierra. Al girar alrededor de la Tierra, esas esferas arrastraban consigo a los astros que hallaban en su camino.

Esta idea, oriunda de la deficiencia de los conocimientos astronómicos, fue la de todas las teogonías que convirtieron a los cielos, así escalonados, en los diferentes grados de beatitud. El último cielo era la morada de la suprema felicidad.

11. Véase, de Allan Kardec, el Capítulo III, Primera parte, de *El Cielo y el Infierno o la Justicia divina según el espiritismo*. Buenos Aires: CEA, 2020. (N. del T.)

Según la opinión más generalizada, había siete cielos, y de ahí la expresión: *estar en el séptimo cielo*, para aludir a la dicha perfecta. Los musulmanes admiten nueve cielos, en cada uno de los cuales aumenta la felicidad de los creyentes. El astrónomo Tolomeo¹² contaba once, y el último se denominaba Empíreo¹³, a causa de la luz brillante que reinaba en él. Aún hoy es el nombre poético que se asigna al lugar correspondiente a la gloria eterna. La teología cristiana reconoce tres cielos: el primero es la región del aire y de las nubes; el segundo es el espacio en el que giran los astros; el tercero, más allá de la región de los astros, sirve de morada al Altísimo y a los elegidos, que contemplan a Dios cara a cara. De conformidad con esta creencia, se dice que san Pablo fue elevado al tercer cielo.

Las diferentes doctrinas acerca de la morada de los bienaventurados se basan todas en el doble error de considerar que la Tierra es el centro del universo, y que la región de los astros tiene límites. Todas han ubicado esa morada dichosa, donde reside el Todopoderoso, más allá de ese límite imaginario. ¡Singular anomalía que coloca al Autor de todas las cosas, a Aquel que las gobierna a todas, en los confines de la creación, en vez de instalarlo en el centro desde donde la irradiación de su pensamiento podría abarcarlo todo!

La ciencia, con la lógica inexorable de los hechos y de la observación, ha llevado su luz hasta las profundidades del espacio, y demostró la nulidad de todas esas teorías. La Tierra ya no es el centro del universo, sino uno de los astros más pequeños que giran en la inmensidad; el mismo Sol es apenas el centro de un torbellino planetario; las estrellas son otros

12. Tolomeo vivió en Alejandría, Egipto, en el segundo siglo de la era cristiana. (N. de Allan Kardec.)

13. Del griego *pur* o *pyr*: fuego. (N. de Allan Kardec.)

tantos e innumerables soles, en torno a los cuales circulan mundos incontables, separados por distancias a las que sólo el pensamiento puede acceder, aunque parezcan tocarse. En ese conjunto, regido por leyes eternas que revelan la sabiduría y la omnipotencia del Creador, la Tierra sólo es un punto imperceptible, y uno de los planetas menos favorecidos en cuanto a las condiciones de habitabilidad. En ese caso, es lícito que nos preguntemos por qué razón Dios habría hecho de la Tierra la única sede de la vida, relegando en ella a sus criaturas predilectas. Por el contrario, todo nos indica que hay vida en todas partes, y que la humanidad es infinita como el universo. Dado que la ciencia nos ha revelado que existen mundos semejantes al nuestro, no es posible que Dios los haya creado sin un propósito, sino que debió de haberlos poblado con seres capaces de gobernarlos.

Las ideas del hombre se corresponden con lo que sabe. Como todos los descubrimientos importantes, el de la formación de los mundos habría de imprimirles otro curso. Bajo la influencia de esos nuevos conocimientos, las creencias se modificaron: el Cielo debía ser cambiado de lugar, pues la región de las estrellas, dado que era ilimitada, ya no le servía. ¿Dónde está el Cielo entonces? Ante esta pregunta, todas las religiones enmudecen.

El espiritismo ha venido a resolverla mediante la demostración de cuál es el verdadero destino del hombre. Si se toma como punto de partida la naturaleza de este y los atributos de Dios, se llega a la conclusión.

El hombre está compuesto por el cuerpo y el Espíritu. El Espíritu es el ser principal, racional, inteligente. El cuerpo es la envoltura material que reviste al Espíritu en forma transitoria, para el cumplimiento de su misión en la Tierra

y para la ejecución del trabajo necesario para su adelanto. El cuerpo, cuando se ha consumido, se destruye, pero el Espíritu sobrevive a su destrucción. Sin el Espíritu, el cuerpo sólo es materia inerte, como un instrumento privado del brazo que lo acciona. Sin el cuerpo, el Espíritu lo es todo: la vida y la inteligencia. Al dejar el cuerpo, regresa al mundo espiritual de donde había salido para encarnar.

Existen, por lo tanto, dos mundos: el *mundo corporal*, compuesto por los Espíritus encarnados, y el *mundo espiritual*, constituido por los Espíritus desencarnados. Los seres del mundo corporal, debido justamente a su envoltura material, están ligados a la Tierra o a alguno de los planetas. El mundo espiritual se encuentra por todas partes, alrededor nuestro y en el espacio, y no se le ha trazado ningún límite. En virtud de la naturaleza fluídica de su envoltura, los seres que lo componen, en vez de arrastrarse penosamente sobre el suelo, atraviesan las distancias con la rapidez del pensamiento. La muerte del cuerpo constituye la ruptura de los lazos que los mantenían cautivos.

Los Espíritus son creados simples e ignorantes, pero con aptitudes para progresar y alcanzar la perfección, en virtud de su libre albedrío. Mediante el progreso, adquieren nuevos conocimientos, nuevas facultades, nuevas percepciones y, por consiguiente, nuevos goces que son ignorados por los Espíritus inferiores. Ven, oyen, sienten y comprenden lo que los Espíritus atrasados no pueden ver ni oír, lo que no pueden sentir ni comprender. La felicidad guarda relación con el progreso realizado; de manera que, de dos Espíritus, uno de ellos puede no ser tan feliz como el otro, por el solo hecho de que no consiguió el mismo adelanto intelectual y moral, sin que por eso precisen estar cada uno en un lugar distinto. Aunque

estén juntos, uno puede estar en medio de tinieblas, en tanto que alrededor del otro todo resplandece, así como un ciego y alguien dotado de la vista pueden tomarse de la mano, y este último percibe la luz de la cual el primero no recibe la mínima impresión. Dado que la felicidad de los Espíritus es inherente a sus cualidades, ellos pueden encontrarla dondequiera que estén, sea en la superficie de la Tierra, en medio de los encarnados, o en el espacio.

Una comparación vulgar nos permitirá comprender mejor aún esta situación. Supongamos el caso de dos hombres que se encuentran en un concierto. Uno de ellos es un buen músico y tiene el oído afinado, y el otro carece de formación musical y su sentido auditivo está escasamente desarrollado, de ahí que el primero experimentará una sensación de felicidad, en tanto que el segundo permanecerá insensible, puesto que uno comprende y percibe lo que en el otro no produce ninguna impresión. De igual modo ocurre en relación con los goces de los Espíritus, que dependen de su aptitud para sentirlos. El mundo espiritual tiene esplendores por todas partes, armonías y sensaciones que los Espíritus inferiores, todavía sometidos a la influencia de la materia, no llegan a vislumbrar, y que sólo son accesibles a los Espíritus purificados.

El progreso de los Espíritus es fruto de su propio trabajo. No obstante, como son libres, trabajan a favor de su adelanto con mayor o menor diligencia, con mayor o menor desidia, según su voluntad. De ese modo, apresuran o retrasan su progreso y, por consiguiente, su felicidad. Mientras algunos avanzan rápidamente, otros permanecen detenidos por largos siglos en las categorías inferiores. Ellos son, pues, los artífices de su propia situación, sea dichosa o desventurada, en coincidencia con estas palabras de Cristo: “A cada uno según sus

obras". El Espíritu que se demora sólo puede quejarse de sí mismo, así como el que progresa posee el mérito exclusivo de su esfuerzo, y por eso aprecia más la felicidad conquistada.

La felicidad suprema sólo es patrimonio de los Espíritus perfectos, es decir, de los Espíritus puros, que sólo la consiguen después de que han progresado en inteligencia y en moralidad. El progreso intelectual y el progreso moral raramente marchan juntos; pero lo que el Espíritu no consigue en un cierto lapso, lo logra en otro, de manera que ambos progresos terminan por alcanzar el mismo nivel. Por esa razón vemos, a menudo, hombres inteligentes e instruidos que poseen un escaso adelanto moral, y viceversa.

La encarnación es necesaria para el progreso moral e intelectual del Espíritu: para el progreso intelectual, por la actividad que se ve obligado a desplegar mediante el trabajo; para el progreso moral, por la necesidad que los hombres tienen unos de otros. La vida social es la piedra de toque de las buenas y de las malas cualidades. La bondad, la maldad, la mansedumbre, la violencia, la benevolencia, la caridad, el egoísmo, la avaricia, el orgullo, la humildad, la sinceridad, la franqueza, la lealtad, la mala fe, la hipocresía, en suma, todo lo que constituye al hombre de bien o al perverso tiene por móvil, por objetivo y como estimulante, las relaciones del hombre con sus semejantes. Para el hombre que vive aislado no existen los vicios ni las virtudes. Si bien mediante el aislamiento se preserva del mal, por otro lado anula las posibilidades de hacer el bien.

Es evidente que una sola existencia corporal resulta insuficiente para que el Espíritu pueda adquirir todo el bien que le falta y se deshaga de todo el mal que hay en él. Por ejemplo, ¿cómo podría el salvaje, en una sola encarnación, alcanzar el nivel moral e intelectual del europeo más adelantado? Eso es

materialmente imposible. ¿Debe, entonces, permanecer eternamente en la ignorancia y la barbarie, privado de los goces que sólo el desarrollo de las facultades puede proporcionarle? El simple buen sentido rechaza esa suposición, que sería al mismo tiempo la negación de la justicia y la bondad de Dios, así como la de la ley progresiva de la naturaleza. Por eso Dios, que es soberanamente justo y bueno, le otorga al Espíritu del hombre todas las existencias que necesite para alcanzar su objetivo, que es la perfección.

En cada nueva existencia, el Espíritu lleva consigo lo que adquirió en las anteriores, en aptitudes, conocimientos intuitivos, inteligencia y moralidad.¹⁴ Cada existencia constituye, de ese modo, un paso adelante en el camino del progreso, salvo que el Espíritu no la aproveche debido a su pereza, su negligencia o su obstinación en el mal, en cuyo caso tendrá que comenzarla de nuevo. De él depende, pues, aumentar o disminuir el número de sus encarnaciones, que siempre son penosas en mayor o menor medida.

En el intervalo que existe entre las existencias corporales, el Espíritu permanece en el mundo espiritual durante un lap-

14. A continuación de esta frase, en *El Cielo y el Infierno*, Allan Kardec agrega lo siguiente: “No pierde nada de lo que ha adquirido, y todo lo beneficia. Todo progreso realizado, todo conocimiento adquirido, *incluso en la última hora de la existencia*, es otro tanto ganado para el porvenir, son otras tantas pruebas nuevas superadas, otros tantos elementos para incrementar la felicidad futura (Véase la nota 3 del Capítulo I). El espírita que vislumbra la proximidad de su muerte no dirá que es inútil trabajar para su instrucción durante el poco tiempo que le queda de vida. Por el contrario, como comprende la solidaridad que existe entre el presente y el porvenir mediante la ley del progreso, dirá: “Aprovechemos los últimos momentos para avanzar lo más posible, porque lo hecho, hecho está”. (N. del T.)

so más o menos prolongado, y allí es feliz o desdichado de conformidad con el bien o el mal que haya hecho. El estado espiritual es el estado normal del Espíritu, porque ese será su estado definitivo, y porque el cuerpo espiritual no muere. El estado corporal sólo es transitorio y pasajero. En el estado espiritual, sobre todo, el Espíritu recoge los frutos del progreso que realizó mediante su trabajo en la encarnación; entonces se prepara para nuevas luchas y adopta las resoluciones que se esforzará por llevar a la práctica cuando regrese a la vida humana.

La reencarnación puede producirse en la Tierra o en otros mundos. Hay mundos más avanzados que otros, donde la existencia presenta condiciones menos penosas que en la Tierra, tanto física como moralmente, pero donde sólo son admitidos los Espíritus que han llegado a un grado de perfección acorde al estado de esos mundos.

La vida en los mundos superiores constituye de por sí una recompensa, dado que en ellos nos encontramos exentos de los males y las vicisitudes a los que estamos expuestos en la Tierra. Los cuerpos, menos materiales, casi fluídicos, no están sujetos a las molestias, a las enfermedades, ni a las necesidades propias de la Tierra. Como los Espíritus malos están excluidos de esos mundos, los hombres viven en paz y sin otra preocupación que la de progresar mediante el trabajo de la inteligencia. Allí reina la verdadera fraternidad, porque no existe el egoísmo; la verdadera igualdad, porque no hay orgullo; y la verdadera libertad, porque no hay desórdenes que reprimir ni ambiciosos que pretendan oprimir al débil. Si se los compara con la Tierra, esos mundos son verdaderos paraísos; son etapas en el camino del progreso que conduce al estado definitivo. La Tierra es un mundo inferior destinado a la purificación

de los Espíritus imperfectos, y por esa razón el mal predomina en ella, hasta que le plazca a Dios convertirla en una morada de Espíritus más adelantados.

De ese modo, el Espíritu, progresando gradualmente a medida que se desarrolla, llega al apogeo de la felicidad. No obstante, antes de que haya alcanzado el punto culminante de la perfección, goza de una dicha relativa a su grado de adelanto, tal como el hombre goza de los placeres de la infancia, más tarde de los de la juventud y, finalmente, de los más sólidos, los de la madurez.

La felicidad de los Espíritus bienaventurados no consiste en la ociosidad contemplativa, que sería, como hemos dicho en tantas oportunidades, una eterna y fastidiosa inutilidad. Por el contrario, la vida espiritual es, en todos sus grados, una actividad constante, pero exenta de cansancio. La dicha suprema consiste, pues, en el goce de todos los esplendores de la creación, a los que ningún lenguaje humano podría describir, y que la imaginación más fecunda sería incapaz de concebir. Consiste en el conocimiento y la penetración de todas las cosas; en la ausencia de aflicciones físicas y morales; en una satisfacción íntima, una imperturbable serenidad del alma. Consiste también en el amor puro que une a todos los seres, debido a que no se producen los roces propios del contacto con los malos. Por encima de todo, consiste en la contemplación de Dios y en la comprensión de sus misterios, que son revelados a los más dignos. Esa felicidad también se encuentra en el cumplimiento de las funciones que se nos han encargado y nos regocija. Los Espíritus puros son los mesías o mensajeros de Dios que transmiten y ejecutan su voluntad. Llevan a cabo las misiones de importancia, presiden la formación de los mundos y la armonía general del universo: tarea

gloriosa confiada sólo a quienes alcanzaron la perfección. Los Espíritus del orden más elevado son los únicos que participan de los secretos de Dios, porque se inspiran en su pensamiento, del que son sus representantes directos.

Las atribuciones de los Espíritus son proporcionales a su progreso, a las luces que poseen, a sus capacidades, a su experiencia y al grado de confianza que inspiran al soberano Señor. Para Él no existen privilegios, ni favores que no sean el premio al mérito; todo se mide y se pesa en la balanza de la estricta justicia. Las misiones más importantes sólo son confiadas a aquellos que Dios juzga capaces de cumplirlas e incapaces de fallar o de ponerlas en riesgo. Mientras que los más dignos componen, ante la mirada misma de Dios, el consejo supremo, a los jefes superiores se les atribuye el comando de los torbellinos planetarios, y a otros se les confía el de mundos específicos. Después siguen, en orden de adelanto y subordinación jerárquica, las atribuciones más restringidas de los que tienen a su cargo la marcha de los pueblos, la protección de las familias y los individuos, el estímulo de cada rama del progreso, las diversas operaciones de la naturaleza, y hasta los más ínfimos detalles de la creación. En ese vasto y armonioso conjunto, hay ocupaciones para todas las capacidades, aptitudes y propósitos de buena voluntad; ocupaciones aceptadas con júbilo, solicitadas con entusiasmo, puesto que son un medio de adelanto para los Espíritus que aspiran a elevarse.

La encarnación es inherente a la inferioridad de los Espíritus. Deja de ser necesaria cuando estos han transpuesto ese límite y siguen progresando en el estado espiritual o en las existencias corporales de los mundos superiores, que nada conservan de la materialidad terrenal. Para esos Espíritus, la encarnación es voluntaria y tiene como finalidad ejercer sobre

los encarnados una acción más directa, que les permite cumplir la misión que se les ha confiado en relación con ellos. En ese caso, aceptan las vicisitudes y los padecimientos de esas encarnaciones por devoción.

Junto a las grandes misiones confiadas a los Espíritus superiores, hay otras misiones con grados de importancia relativa, que se conceden a los Espíritus de todas las categorías. De ahí que podamos afirmar que cada encarnado tiene la suya, es decir, que tiene deberes que cumplir en bien de sus semejantes, desde el padre de familia, responsable de hacer que sus hijos progresen, hasta el hombre de genio que siembra en la sociedad nuevos elementos de progreso. En esas misiones secundarias a menudo se verifican debilidades y fracasos, incumplimientos del deber y renunciaciones, que si bien perjudican al individuo, no afectan al conjunto.

Todas las inteligencias cooperan, pues, en la obra general, sea cual fuere el grado que hayan alcanzado, y cada una lo hace en la medida de sus fuerzas: algunas en el estado de encarnación, otras en el de Espíritu. En todas partes hay actividad, desde la base hasta el punto más alto de la escala. Todos se instruyen, se ayudan mutuamente y se dan las manos para alcanzar la cima.

Así se establece la solidaridad entre el mundo espiritual y el mundo corporal; en otras palabras, entre los hombres y los Espíritus, entre los Espíritus libres y los cautivos. Así se perpetúan y consolidan, a través de la purificación y la continuidad de las relaciones, las verdaderas simpatías, los más sublimes afectos.

En todas partes hay vida y movimiento. Ningún rincón del espacio infinito se halla despoblado, no hay región que no sea recorrida incesantemente por innumerables legiones

de seres radiantes, invisibles para los sentidos groseros de los encarnados, pero cuya vista deslumbra de alegría y admiración a las almas desprendidas de la materia. En todas partes, en fin, hay una felicidad acorde a cada progreso, a cada deber cumplido. Cada uno es portador de los elementos necesarios para su propia dicha, según la categoría donde se coloca de acuerdo con su grado de adelanto.

La felicidad depende de las cualidades propias de cada individuo, y no del estado material del ambiente en que se encuentra. Existe, por lo tanto, en todos los lugares donde hay Espíritus capaces de gozarla. No se le asigna ningún lugar determinado en el universo. Dondequiera que se encuentren, los Espíritus puros pueden contemplar la majestad divina, porque Dios está en todas partes.

Sin embargo, la felicidad no es individual. Si sólo la poseyéramos en nosotros mismos y no pudiéramos compartirla con los demás, sería egoísta y sombría. También la encontramos en la comunión de pensamientos que une a los seres que sienten mutua simpatía. Los Espíritus felices, atraídos unos a otros por la similitud de ideas, gustos y sentimientos, forman numerosos grupos, familias homogéneas, en el seno de las cuales cada individualidad irradia sus cualidades propias, y se llena de los efluvios serenos y benéficos que emanan del conjunto. Los miembros de ese conjunto pueden dispersarse para consagrarse a su misión, o bien se reúnen en un punto determinado del espacio para intercambiar noticias acerca del trabajo realizado, o se congregan alrededor de un Espíritu más elevado para recibir instrucciones y consejos.

Aunque los Espíritus estén por todas partes, los mundos son los lugares de preferencia donde se reúnen, en virtud de la analogía que existe entre ellos y quienes viven allí. En torno

a los mundos adelantados abundan los Espíritus superiores, mientras que alrededor de los mundos atrasados pululan los Espíritus inferiores. La Tierra se encuentra todavía entre los mundos atrasados. Así pues, cada mundo posee, de alguna manera, su propia población de Espíritus encarnados y desencarnados, alimentada en gran parte mediante la encarnación y la desencarnación de esos mismos Espíritus. Esa población es más estable en los mundos inferiores, donde los Espíritus están más apegados a la materia, y más fluctuante en los mundos superiores. Desde estos últimos, verdaderos focos de luz y felicidad, los Espíritus se dirigen hacia los mundos inferiores a fin de sembrar en ellos los gérmenes del progreso, llevarles consuelo y esperanza, y levantar los ánimos abatidos por las pruebas de la vida. En ocasiones también encarnan allí para cumplir su misión con mayor eficacia.

En esa inmensidad sin límites, ¿dónde está el Cielo? Por todas partes: nada lo circunda ni le marca límites. Los mundos felices son las últimas paradas del camino que conduce hasta él, cuyo acceso es franqueado por las virtudes y obstruido por los vicios.

Ante ese cuadro grandioso que puebla todos los rincones del universo, que otorga a todos los objetos de la creación una finalidad y una razón de ser, ¡qué pequeña y mezquina es la doctrina que circunscribe a la humanidad a un punto imperceptible del espacio, que nos la muestra comenzando en un instante preciso, para acabar también un día junto con el mundo que la contiene, sin extenderse más de un minuto en la eternidad! ¡Qué amarga, fría y decepcionante, es esa doctrina cuando nos muestra el resto del universo, antes, durante y después de la humanidad terrenal, sin vida ni movimiento, como un inmenso desierto sumergido en el silencio! ¡Qué

desesperante es la imagen de esa pequeña cantidad de elegidos, dedicados a la contemplación perpetua, en tanto que la mayoría de las criaturas está condenada a padecimientos sin fin! ¡Qué dolorosa es para los corazones que aman, la idea de esa barrera interpuesta entre los muertos y los vivos! “Las almas felices –alegan– sólo piensan en su dicha, así como las almas infelices sólo piensan en sus dolores.” En ese caso, ¿sería para sorprendernos que el egoísmo reine en la Tierra, cuando nos muestran que también lo hace en el Cielo? ¡Oh! ¡Qué mezquina nos parece esa idea de la magnitud, el poder y la bondad de Dios!

Por el contrario, ¡qué sublime es la idea que el espiritismo nos ofrece acerca del Cielo! ¡Cuánto acrecienta esa doctrina las ideas y amplía el pensamiento! Pero ¿quién dice que está acertada? En primer término, la razón; después, la revelación, y por último, su concordancia con los progresos de la ciencia. Entre dos doctrinas, si una desprecia los atributos de Dios y la otra los enaltece; si una está en discordancia y la otra en armonía con el progreso; si una se queda en la retaguardia mientras la otra se dirige hacia adelante, el buen sentido dice de qué lado está la verdad. Por consiguiente, al confrontarlas, cada uno consulte sus aspiraciones en su fuero interior, y una voz íntima le responderá. Las aspiraciones son la voz de Dios, que no engaña a los hombres.

“Pero –replicarán– ¿por qué Dios no les reveló desde el principio toda la verdad?” Por la misma razón según la cual no se enseña a los niños lo mismo que a los adultos. La revelación limitada fue suficiente en cierto período de la humanidad, y Dios la proporciona de acuerdo con la capacidad del Espíritu. Quienes reciben hoy una revelación más completa son *los mismos Espíritus* que en épocas pasadas ya recibieron

parte de ella, y que desde entonces crecieron en inteligencia. Antes de que la ciencia revelara a los hombres las fuerzas vivas de la naturaleza, la constitución de los astros, el verdadero papel de la Tierra y su formación, ¿habrían ellos comprendido la inmensidad del espacio, la pluralidad de los mundos? ¿Habrían podido los hombres identificarse con la vida espiritual?¹⁵ ¿Habrían sido capaces de concebir que después de la muerte hay una vida feliz o desdichada que no transcurre en un lugar circunscrito y con características materiales? De ningún modo. El hombre comprendía más con los sentidos que con el pensamiento, de modo que el universo era demasiado vasto para su cerebro. Era preciso restringirlo primero a su punto de vista, para ampliarlo después. Una revelación parcial tenía su utilidad, y si bien resultó adecuada para aquella época, hoy es insuficiente. El error proviene de los que, sin darse cuenta del progreso de las ideas, pretenden gobernar a hombres maduros como si se tratara de niños.

A. K.

Nota.- Este artículo, así como el del número precedente acerca de *El miedo a la muerte*, han sido extraídos de la nue-

15. En *El Cielo y el Infierno*, esta pregunta se halla precedida por lo siguiente: “Antes de que la geología comprobara cómo se formó la Tierra, ¿habrían podido los hombres desalojar al Infierno de las entrañas del planeta, y comprender el sentido alegórico de los seis días de la creación? Antes de que la astronomía descubriera las leyes que rigen el universo, ¿habrían podido comprender que no hay arriba ni abajo en el espacio, que el cielo no está por encima de las nubes ni limitado por las estrellas? Antes de los progresos de la ciencia psicológica, ¿habrían podido los hombres identificarse con la vida espiritual?” (N. del T.)

va obra que el señor Allan Kardec publicará próximamente.¹⁶ Los dos hechos que siguen vienen a confirmar esta descripción del Cielo.

NECROLOGÍA

Señora viuda de Foulon¹⁷

El periódico *Le Siècle*, en sus artículos necrológicos del 13 de febrero de 1865, publicó la siguiente nota, que también fue reproducida en el periódico de El Havre y en el de Antibes:

“Una artista querida y estimada en El Havre, la señora viuda de Foulon, hábil miniaturista, falleció el 3 de febrero en Antibes, adonde se había dirigido en busca de un clima más agradable, con miras al restablecimiento de su salud, que se hallaba afectada tanto por el trabajo como por la edad”.

Dado que conocimos a la señora Foulon muy estrechamente, nos alegra la posibilidad de completar esta justa pero demasiado breve noticia. De tal modo, cumplimos con nuestro deber de amistad, a la vez que rendimos un merecido homenaje a virtudes ignoradas, que son un saludable ejemplo para todo el mundo y, en particular, para los espíritas, que extraerán de él valiosas enseñanzas.

16. *El Cielo y el Infierno o la justicia divina según el espiritismo* saldría a la luz el día 1.º de agosto de 1865. (N. del T.)

17. Véase *El Cielo y el Infierno o la Justicia divina según el espiritismo*, Segunda parte, Capítulo II: “Espíritus felices”. (N. del T.)

Como artista, la señora Foulon tenía un notable talento. Sus obras, justamente valoradas en numerosas exposiciones, le permitieron obtener varias recompensas honoríficas. No cabe duda de que eso constituye un mérito, pero que no tiene nada de excepcional. Lo que sobre todo la hacía merecedora del afecto y la estima, lo que hacía a su recuerdo grato para todos los que la habían conocido, era su carácter ameno y sus cualidades personales, cuya magnitud sólo podían apreciar aquellos que tenían acceso a su vida privada. Al igual que todos los que poseen el sentimiento innato del bien, ella no hacía ostentación de sus cualidades, y ni siquiera sospechaba que las tuviera. Si hubo alguien sobre quien el egoísmo no tenía dominio alguno, ese alguien fue ella, sin duda. Probablemente el sentimiento de abnegación personal nunca antes haya sido llevado a ese nivel. Siempre dispuesta a sacrificar su descanso, su salud y sus intereses en bien de aquellos a quienes podía prestar un servicio, su vida fue una extensa serie de actos devotos, y también fue, desde su juventud, una larga sucesión de arduas y crueles pruebas, ante las cuales su valor, su resignación y su perseverancia jamás flaquearon. Dado que los reveses de fortuna le dejaron su talento como único recurso, tan solo con sus pinceles, ya sea dando clases o bien pintando retratos, educó a una familia muy numerosa y aseguró una honrosa posición a todos sus hijos. Es necesario haber conocido su vida íntima para comprender todas las privaciones que debió sufrir, todas las dificultades contra las que debió luchar para lograr su meta. Pero, ¡ah!, su vista, fatigada por el trabajo cautivante de la miniatura, se extinguía día tras día. En poco tiempo más, la ceguera, ya avanzada, habría de llegar a ser completa.

Cuando hace algunos años la señora Foulon tomó conocimiento de la doctrina espírita, esta representó para ella un rayo de luz. Le pareció que un velo se levantaba sobre algo que no le era desconocido, pero de lo que sólo tenía una vaga intuición. Entonces la estudió con fervor, y al mismo tiempo con la lucidez de espíritu y la exacta apreciación que eran características de su elevada inteligencia. Es necesario conocer todas las dificultades de su vida, dificultades que invariablemente tenían por motivo no a ella misma, sino a sus seres queridos, para comprender todo el consuelo que absorbió en esa sublime revelación que le daba una fe inquebrantable en el porvenir y le demostraba la nulidad de las cosas de la Tierra. Sin el debido respeto a las cosas íntimas, ¡cuán grandes enseñanzas resultarían de la última etapa de esta vida tan fecunda en emociones! Por eso, la asistencia de los Espíritus buenos nunca le faltó. Las instrucciones y las enseñanzas que ellos prodigaron a esa alma selecta son un compendio de los más edificantes, pero muy íntimo, del que nos complace haber sido más de una vez el agente provocador. Su muerte fue acorde con la dignidad de su vida. La vio llegar sin ningún temor pesaroso. Para ella era la liberación de los lazos terrenales, que habría de darle acceso a esa vida espiritual bienaventurada, con la cual se había identificado a través del estudio del espiritismo.

Murió en paz, porque tenía conciencia de haber cumplido la misión que había aceptado al venir a la Tierra, así como de haber cumplido escrupulosamente sus deberes de esposa y de madre de familia. Porque también había desechado, durante su vida, todo resentimiento contra aquellos de los que podía tener alguna queja, que le pagaron con ingratitud. Porque siempre había devuelto el mal con el bien, perdonándolos al

abandonar la vida, confiada en la bondad y en la justicia de Dios. Finalmente, murió con la serenidad que da una conciencia pura, y con la certeza de estar menos separada de sus hijos que durante la vida corporal, puesto que podrá de ahora en adelante estar con ellos en Espíritu, ayudarlos con sus consejos y cubrirlos con su protección, sea cual fuere el lugar del globo en que habiten. Ahora bien, ¿cuál es su situación actual en el mundo en que se encuentra? Los espíritas lo presienten desde ya, pero dejemos que ella misma relate sus impresiones.

La señora Foulon murió, como hemos visto, el 3 de febrero. Nosotros recibimos la noticia el día 6, y nuestro primer deseo fue el de conversar con ella, en caso de que fuera posible. En ese momento, sufría una grave enfermedad, lo cual explica algunas de sus palabras. Vale destacar que la médium no la conocía e ignoraba las particularidades de su vida, a las que ella se refiere espontáneamente. Esta es su primera comunicación, dictada el 6 de febrero:

(6 de febrero de 1865. Médium: señora Cazemajour.)

“Estaba segura de que habríais de evocarme inmediatamente después de mi liberación, y me encontraba lista para responderos, pues no conocí la turbación. Sólo aquellos que tienen miedo son envueltos por sus espesas tinieblas.

”Pues bien, amigo mío, ahora estoy feliz. Estos pobres ojos, que se habían debilitado y sólo guardaban el recuerdo de las ilusiones que habían coloreado mi juventud con su brillo resplandeciente, se han abierto aquí, y han vuelto a encontrarse con los espléndidos horizontes que algunos de vuestros grandes artistas idealizan con sus vagas reproducciones, pero

cuya realidad majestuosa, severa y, no obstante, llena de atractivos, está modelada en la más absoluta realidad.

”Hace apenas tres días que he muerto, y siento que soy una artista. Mis aspiraciones relacionadas con el ideal de la belleza en el arte sólo eran la intuición de una facultad que había elaborado y conquistado en otras existencias, y que se desarrollaron en la última. Con todo, ¿qué debo hacer para reproducir una obra maestra digna de la grandiosa escena que conmueve a mi Espíritu cuando llega a la región de la luz? ¡Pinceles, pinceles! Le mostraré al mundo que el arte espírita es el coronamiento del arte pagano, del arte cristiano que está en peligro, y que sólo al espiritismo está reservada la gloria de hacerlo revivir en todo su esplendor sobre vuestro mundo desheredado.

”Suficiente para la artista. Ahora es el turno de la amiga.

”¿Por qué, mi buena amiga (se refiere a la señora de Allan Kardec), estáis tan afectada por mi muerte? Sobre todo vos, que conocéis las decepciones y las amargas de mi vida, deberíais, por el contrario, alegraros de ver que ahora ya no debo beber de la taza de los amargos dolores terrenales, que he vaciado por completo. Creedme que los muertos son más felices que los vivos. Llorar por su partida sería dudar de la veracidad del espiritismo. Tened la certeza de que me veréis nuevamente. He partido, ante todo, porque mi labor en la Tierra estaba concluida. Cada uno tiene que cumplir la suya, y cuando la vuestra haya finalizado, vendréis a descansar un poco a mi lado, para volver a comenzar de inmediato, si fuera preciso, debido a que la inactividad no existe en la naturaleza. Cada uno tiene sus tendencias y obedece a ellas. Esta es una ley suprema que prueba el poder del libre albedrío. Por consiguiente, mi buena amiga, todos necesitamos indulgencia y

caridad recíprocamente, ya sea en el mundo visible como en el invisible. Con esta divisa todo marcha bien.

”¿No me pedís que me detenga? ¿Sabéis que converso mucho porque es la primera vez! Pero os dejo, es el turno de mi excelente amigo, el señor Kardec. Deseo agradecerle las afectuosas palabras que dirigió a esta amiga que lo ha precedido en el viaje a la tumba. ¡Por poco no hemos partido juntos al mundo en que me encuentro, mi buen amigo! (Me había enfermado el 31 de enero.) ¿Qué habría dicho la amada compañera de vuestros días, si los Espíritus buenos no hubiesen puesto el orden debido? Habría llorado y gemido, lo que hasta cierto punto comprendo. No obstante, también es preciso que ella vele para que no os expongáis de nuevo al peligro antes de que hayáis concluido vuestro trabajo de iniciación espírita, pues de lo contrario os arriesgáis a llegar demasiado temprano adonde estamos nosotros y, como Moisés, sólo veríais a lo lejos la Tierra Prometida. Así pues, manteneos en guardia. Es una amiga quien os previene.

”Ahora me retiro. Regreso al lado de mis queridos hijos. Después iré a ver, al otro lado del mar, si mi oveja viajera ha arribado por fin al puerto, o si es juguete de la tempestad. Que los Espíritus buenos la protejan. Voy a unirme a ellos con ese fin. Volveré a conversar con vosotros, pues, como lo recordaréis, soy una conversadora infatigable. Adiós, mis buenos y queridos amigos. ¡Hasta pronto!”

Viuda de FOULON

Observación. La “oveja viajera” es una de sus hijas, que reside en América y que acababa de hacer un largo y penoso viaje.

Solo se le teme a la muerte por la incertidumbre respecto de lo que ocurre en ese momento supremo, así como por lo que será de nosotros en el Más Allá. La vaga creencia en la vida futura no siempre basta para calmar el miedo a lo desconocido. Todas las comunicaciones cuyo objetivo es iniciarnos en los detalles y en las impresiones del pasaje, tienden a disipar ese temor, porque nos familiarizan y nos identifican con la transición que se opera en nosotros. Desde ese punto de vista, las comunicaciones de la señora Foulon, así como las del doctor Demeure, que se transcriben a continuación, resultan eminentemente instructivas. Dado que la situación de los Espíritus después de la muerte es esencialmente variable, según la diversidad de las aptitudes, las cualidades y el carácter de cada uno de ellos, tan solo a través de la multiplicidad de los ejemplos podemos llegar a conocer el estado real del mundo invisible.

(8 de febrero de 1865.)

Espontanea. Aquí estoy, junto a vos, antes de lo que suponía, y muy feliz de volver a encontraros, sobre todo ahora que os sentís mejor y que muy pronto, así lo espero, estaréis completamente restablecido. Con todo, quisiera que me hagáis esas preguntas que os interesan. Así podré responderos mejor, pues de lo contrario corro el riesgo de conversar con vos sin ton ni son, y es necesario que hablemos exclusivamente de cuestiones serias. ¿No es así, mi buen maestro espírita?

Pregunta. Querida señora Foulon, estoy muy satisfecho con la comunicación que me habéis dado días pasados, y con la promesa de proseguir nuestras conversaciones.

Os he reconocido perfectamente en la comunicación. Hablasteis en ella de cosas que la médium ignoraba y que sólo podían provenir de vos. Además, vuestro lenguaje afectuoso para con nosotros es propio de vuestra cariñosa alma. No obstante, vuestro lenguaje transmite una seguridad, un aplomo, una firmeza, que no os conocí cuando estabais en vida. Bien sabéis que en ese aspecto me he permitido haceros más de una advertencia, en determinadas circunstancias.

Respuesta. Es verdad. Pero desde que me vi gravemente enferma recobré mi firmeza de ánimo, perdida por los disgustos y las vicisitudes que por momentos me volvieron temerosa cuando estaba encarnada. Me dije a mí misma: “Eres espírita; olvídate de la Tierra; prepárate para la transformación de tu ser, y vislumbra con el pensamiento la senda luminosa que debe seguir tu alma al abandonar el cuerpo, y que la conducirá, dichosa y liberada, hacia las esferas celestiales donde habrás de vivir de ahora en adelante”.

Podrías decirme que era un tanto presuntuoso de mi parte contar con la felicidad perfecta al dejar la Tierra, pero sufrí tanto que habría podido expiar mis faltas de esta existencia y de las que la precedieron. Esa intuición no me había engañado, y me infundió el valor, la serenidad y la firmeza de los instantes postreros. Esa firmeza aumentó naturalmente cuando, después de mi liberación, constaté que mis expectativas se habían realizado.

P. Tened la bondad de describir ahora vuestra transición, el despertar y las primeras impresiones que experimentasteis.

R. Sufrí, pero mi Espíritu ha sido más fuerte que el sufrimiento material que el desprendimiento le provocaba. *Después del último suspiro*, me encontré en un estado de síncope, sin la menor conciencia de mi situación, sin pensar en nada

y con una vaga somnolencia, que no era ni el sueño del cuerpo ni el despertar del alma. Permanecí en ese estado bastante tiempo. Posteriormente, como si saliera de un prolongado desvanecimiento, me desperté poco a poco y me encontré en medio de hermanos desconocidos. Ellos me prodigaron cuidados y atención. Me mostraron un punto en el espacio, parecido a una estrella brillante, y me dijeron: “Hacia allá irás con nosotros; ya no perteneces a la Tierra”. Entonces recobré la memoria y me refugué en ellos. Como un grupo armonioso que se lanza en dirección a esferas desconocidas, aunque con la certeza de encontrar allá la felicidad, ascendimos y ascendimos, y a medida que lo hacíamos la estrella aumentaba de tamaño. Era un mundo feliz, un mundo superior, en el que vuestra buena amiga va a encontrar por fin el descanso. Me refiero al descanso en relación con las fatigas corporales que soporté, así como con las vicisitudes de la vida terrenal, pero no con la indolencia del Espíritu, pues la actividad del Espíritu constituye un placer.

P. ¿Habéis dejado definitivamente la Tierra?

R. Dejo aquí muchos seres queridos, de modo que no la abandonaré en forma definitiva. Regresaré a ella, pero como Espíritu, porque debo cumplir una misión junto a mis nietos. Por otra parte, sabéis perfectamente que ningún obstáculo se opone a que los Espíritus que habitan en los mundos superiores a la Tierra vengan a ella de visita.

P. Parece que la posición en que os encontráis podría debilitar vuestras relaciones con los que habéis dejado aquí.

R. De ningún modo, amigo mío. El amor aproxima a las almas. Creedme, se puede estar en la Tierra más próximo de los que alcanzaron la perfección, que de aquellos que por su inferioridad y egoísmo se arremolinan en torno a la esfera te-

rrestre. La caridad y el amor son dos poderosos motores de atracción. Constituyen el lazo que cimenta la unión de las almas vinculadas entre sí, y que persiste a pesar de la distancia y los lugares. La distancia sólo existe para los cuerpos materiales, nunca para los Espíritus.

P. Según lo que habéis dicho en vuestra comunicación precedente, acerca de vuestro instinto de artista y del desarrollo del arte espírita, pienso que en una nueva existencia seréis uno de sus primeros intérpretes.

R. No; debo presentar al mundo pruebas de la posibilidad de hacer obras maestras en el arte espírita, pero como guía y Espíritu protector. Los niños serán médiums pintores, y a la edad en que apenas se hacen garabatos, ellos pintarán, no cosas de la Tierra, sino de los mundos en los que el arte alcanzó toda su perfección.

P. ¿Qué idea tenéis ahora de mis actividades relacionadas con el espiritismo?

R. Comprendo que estáis encargado de cuidar almas, y que se trata de un fardo difícil de cargar. Con todo, vislumbro el objetivo y sé que lo alcanzaréis. En la medida de lo posible habré de ayudaros con mis consejos de Espíritu, a fin de que podáis superar las dificultades que se os presentarán, induciéndoos a adoptar ciertas medidas adecuadas a la activación, mientras estéis con vida, del movimiento renovador al que el espiritismo conduce. Vuestro amigo Demeure, unido al Espíritu de Verdad, os prestará una colaboración más útil aún, pues es más sabio y prudente que yo. No obstante, como sé que la asistencia de los Espíritus buenos os fortalece y sustenta en vuestra tarea, confiad en que mi participación os será garantizada en todo momento y dondequiera que os encontréis.

P. ¿Podría deducirse de algunas de vuestras palabras que no brindaréis una cooperación personal muy activa en la propagación del espiritismo?

R. Os equivocáis. Veo tantos Espíritus más capaces que yo para tratar tan importante cuestión, que un incontrolable sentimiento de timidez me impide, por el momento, responderos según vuestros deseos. Tal vez pueda hacerlo más adelante. Tendré más valor y osadía, pero antes es preciso que los conozca mejor. Hace sólo cuatro días que he muerto. Aún me encuentro bajo el efecto del deslumbramiento que me rodea. ¿Lo comprendéis, amigo? No consigo expresar las nuevas sensaciones que experimento. Tuve que hacer un gran esfuerzo para sustraerme a la fascinación que ejercen sobre mí las maravillas que admiro. Sólo puedo bendecir y rendir adoración a Dios en sus obras. Pero eso pasará. Los Espíritus me aseguran que pronto estaré habituada a esas magnificencias, y entonces, con la lucidez de mi Espíritu, podré considerar todas las cuestiones relativas a la renovación terrestre. Además, pensad que, sobre todo en este momento, tengo una familia que consolar. El entusiasmo invadió mi alma, y espero que pase un poco para hablaros acerca del espiritismo serio, y no del espiritismo poético, que no es bueno para los hombres, pues no lo comprenderían.

Adiós y hasta pronto. Soy vuestra buena amiga, que os ama y siempre os amaré, pues a vos, maestro, os debo el único consuelo perdurable y auténtico que he experimentado en la Tierra.

Viuda de FOULON

Observación. Los espíritas serios y esclarecidos extraerán fácilmente de estas comunicaciones las enseñanzas que de ellas se desprenden. Sólo llamaremos la atención sobre dos puntos. El primero es que este ejemplo nos demuestra la posibilidad de no encarnar más en la Tierra, y pasar de aquí a un mundo superior, sin que por eso seamos separados de los afectos que dejamos aquí. Aquellos, pues, que temen a la reencarnación por causa de las miserias de la vida, pueden liberarse de ella haciendo lo que es necesario, es decir, ocupándose de su mejoramiento. Quien no quiera vegetar en las categorías inferiores, debe instruirse y trabajar para ascender de grado.

El segundo punto es la confirmación de esta verdad: después de la muerte, estamos menos separados de los seres que amamos que durante la vida. Hace apenas unos días, la señora Foulon, retenida por la edad y los achaques en una pequeña ciudad del Mediodía, no tenía a su lado más que a una parte de su familia. Como la mayoría de sus hijos y amigos vivían lejos, los obstáculos materiales se oponían a que los pudiera ver con la frecuencia que tanto unos como otros hubieran deseado. Las grandes distancias hacían que incluso la correspondencia fuera escasa y dificultosa para algunos de ellos. Sin embargo, tan pronto como se desvinculó de su densa envoltura, ha ido al encuentro de cada uno, y sin cansancio alguno traspone las distancias con la rapidez de la electricidad. Puede verlos, asiste a sus reuniones familiares, los envuelve con su protección y, a través de la mediumnidad, conversa con ellos a cada instante, como cuando estaba viva. ¡Y pensar que ante este pensamiento que infunde consuelo, algunas personas prefieren la idea de una separación eterna!

Nota. Hemos recibido demasiado tarde el amplio e interesante artículo necrológico, publicado en el *Journal du Havre*, del 10 de febrero, de modo que no pudimos transcribirlo en este número, que ya estaba compuesto y completo, listo para la impresión.

* * *

Doctor Demeure¹⁸

Muerto en Albi (Tarn), el 26 de enero de 1865.

¡Otra alma selecta acaba de dejar la Tierra! El señor Demeure era un médico homeópata muy distinguido. Por su carácter, tanto como por su saber, había ganado el aprecio y la veneración de sus conciudadanos de Albi. Tan solo lo conocimos por su correspondencia y la de sus amigos, pero eso fue suficiente para revelarnos la magnitud y la nobleza de sus sentimientos. Su bondad y su caridad eran inagotables y, a pesar de su edad avanzada, el cansancio no era una excusa cuando se trataba de asistir a pacientes de escasos recursos. Los honorarios por sus visitas eran su menor preocupación, y sacrificaba su comodidad a favor de los desposeídos, pues alegaba que los ricos, si él no estuviera disponible, podían recurrir a otro médico. A los primeros, no sólo les entregaba los remedios gratuitamente, sino que a menudo proveía a sus necesidades materiales, pues a veces estas eran de mayor utilidad

18. Véase *El Cielo y el Infierno o la Justicia divina según el espiritismo*, Segunda parte, Capítulo II: "Espíritus felices". (N. del T.)

que los medicamentos. De él se podría decir que fue el Cura de Ars de la medicina.

El señor Demeure abrazó con entusiasmo la doctrina espírita, en la que halló la clave de los problemas más graves, cuya solución había solicitado en vano a la ciencia y a todas las filosofías. Su espíritu vivaz e investigador le permitió comprender de inmediato todo el alcance del espiritismo, de modo que se convirtió en uno de sus más entusiastas propagadores. A pesar de que nunca nos habíamos visto, en una de sus cartas él nos decía que estaba convencido de que no éramos extraños el uno respecto del otro, y que entre ambos existía una relación anterior. Su afán por comunicarse con nosotros tan pronto como murió, su preocupación por nosotros y los cuidados que nos dispensó en las circunstancias en que nos encontrábamos en ese momento, así como el rol que parece llamado a desempeñar, confirman su previsión, que aún no hemos podido verificar.

Nos enteramos de su muerte el día 30 de enero, y nuestro primer pensamiento fue el de conversar con él. Esta es la comunicación que nos brindó ese mismo día, a través de la señora Cazemajour, médium:

“Aquí estoy. Cuando todavía estaba vivo asumí el compromiso de manifestarme, en caso de que fuera posible, para estrechar la mano de mi querido maestro y amigo, el señor Allan Kardec.

”La muerte le transmitió a mi alma ese pesado sueño que se denomina letargia. No obstante, el pensamiento permanecía en vela. Me quité de encima ese funesto entorpecimiento, que prolonga la turbación que sigue a la muerte; me desperté y de un salto realicé el viaje.

”¡Qué feliz soy! Ahora no estoy viejo ni enfermo. Mi cuerpo era apenas un disfraz impuesto. Soy joven y bello, con esa eterna juventud de los Espíritus, sin arrugas que surquen su rostro, y cuyos cabellos no se encanecen con el paso del tiempo. Soy liviano como el ave que atraviesa en rápido vuelo el horizonte de vuestro cielo nebuloso. Admiro, contemplo, bendigo, amo y me inclino, como átomo que soy, ante la grandeza, la sabiduría y la ciencia de nuestro Creador, ante las maravillas que me rodean.

”Estaba junto a vos, querido y venerable amigo, cuando el señor Sabó propuso evocarme, y yo lo seguí.

”¡Soy dichoso; estoy en la gloria! ¡Oh! ¿Quién podría en alguna ocasión describir las espléndidas bellezas del ámbito de los elegidos: los cielos, los mundos, los soles, su rol en el gran concierto de la armonía universal? ¡Pues bien, lo intentaré, maestro! Voy a realizar un estudio de ellas, y volveré a depositar junto a vos el homenaje de mis actividades como Espíritu, que anticipadamente os dedico. Hasta pronto”.

DEMEURE

Observación. Las dos comunicaciones siguientes, transmitidas el 1.º y el 2 de febrero, se refieren a la enfermedad que nos afectó súbitamente el 31 de enero. Aunque tengan un carácter personal, las damos a publicidad porque constituyen la prueba de que el señor Demeure es tan bueno en su condición de Espíritu como lo fue cuando era un hombre, y además porque contienen una enseñanza. Se trata de un testimonio de gratitud que debemos a su solicitud para con nosotros en esa circunstancia:

“Mi buen amigo, tened confianza en nosotros y mucho valor. Esta crisis, aunque agobiante y dolorosa, no será de larga duración, y con los tratamientos prescritos podréis, según es vuestro deseo, completar la obra que ha sido el objetivo principal de vuestra existencia. No obstante, permanezco siempre a vuestro lado, junto al Espíritu de *Verdad*, que me permite tomar la palabra en su nombre, por ser yo el último, entre vuestros amigos, que accedió a la convivencia con los Espíritus. Ellos me hacen el honor de la bienvenida. Querido maestro, ¡qué feliz estoy de haber muerto a tiempo para estar con ellos en este momento! Si hubiera muerto antes, quizás podría haberos evitado esta crisis que no había previsto. Hacía muy poco tiempo que estaba desencarnado como para ocuparme de alguna otra cosa que no fuese lo espiritual. Pero ahora velaré por vos, querido maestro. Aquí estoy, vuestro hermano y amigo, feliz de ser Espíritu para estar a vuestro lado y atenderos en vuestra enfermedad. Conocéis el proverbio: ‘Ayúdate, y el Cielo te ayudará’. Ayudad, pues, a los Espíritus buenos en los cuidados que os dispensan, cumpliendo estrictamente sus prescripciones.

”Hace demasiado calor aquí; este carbón os produce fatiga. Mientras estéis enfermo no lo encendáis, pues aumenta vuestra opresión; los gases que de él se desprenden son deletéreos.”

Vuestro amigo, DEMEURE

“Soy yo, Demeure, el amigo del señor Kardec. Vengo a decirle que estaba junto a él cuando le ocurrió el accidente, que podría haber sido funesto sin una intervención eficaz, en la que tuve la felicidad de colaborar. Según los resultados de mi

propia observación y de las informaciones que recogí en buena fuente, para mí es evidente que, cuanto antes se produzca su desencarnación, tanto más temprano habrá de producirse su reencarnación, a fin de que pueda completar su obra. No obstante, es necesario que, antes de partir, él haga una última revisión de las obras que deben completar la teoría doctrinaria, de la cual es el iniciador. Por otra parte, será culpable de suicidio voluntario si, debido al exceso de trabajo, contribuye al desfallecimiento de su organismo, que lo amenaza con una partida súbita hacia nuestros mundos. No temáis exponerle toda la verdad, para que esté prevenido y siga rigurosamente nuestras indicaciones.”

DEMEURE

La comunicación que sigue fue obtenida en Montauban, el 1.º de febrero, en el círculo de amigos espíritas que él tenía en esa ciudad:

“Antoine Demeure. No estoy muerto para vosotros, mis buenos amigos, sino para aquellos que no conocen la sagrada doctrina que reúne a quienes se amaron en la Tierra y tuvieron los mismos pensamientos y sentimientos de amor y caridad.

”Soy dichoso, más dichoso de lo que podía suponer, dado que gozo de una singular lucidez entre los Espíritus que se desprendieron de la materia tan poco tiempo atrás. Tened valor, mis buenos amigos. De aquí en adelante permaneceré junto a vosotros y no dejaré de instruiros sobre muchas cosas que ignoramos mientras estamos ligados a nuestra limitada materia, que nos oculta tanta magnificencia y tantas satisfacciones. Orad por aquellos que están privados de esa felicidad, pues no saben el mal que se hacen a sí mismos.

”En esta ocasión no me demoraré mucho, pero os diré que no me encuentro completamente extraño en este mundo de los invisibles. Me da la sensación de que siempre habité en él. Estoy feliz porque veo a mis amigos y puedo comunicarme con ellos siempre que lo desee.

”No lloréis, amigos míos, pues me haríais lamentar el haberlos conocido. Dejad correr el tiempo, y Dios os conducirá a esta morada donde todos hemos de reunirnos. Buenas noches, amigos. Que Dios os dé consuelo. Estoy junto a vosotros.”

DEMEURE

Observación. La situación del señor Demeure, como Espíritu, es precisamente la que podía hacerle sentir su vida tan digna y útilmente empleada. Con todo, otro hecho no menos instructivo resalta de sus comunicaciones: se trata de la actividad que él desarrolla, casi inmediatamente después de la muerte, a fin de ser útil. Por su elevada inteligencia y por sus cualidades morales, pertenece al orden de los Espíritus muy adelantados. Es muy feliz, pero su felicidad no reside en la inacción. Pocos días antes, atendía a los enfermos como médico; y ahora, apenas desprendido, se desvela por acudir a asistirlos como Espíritu. Algunas personas se preguntarán, ¿qué se gana con estar en el otro mundo si en él no se puede descansar? A esto les preguntaremos, en principio, si no significa nada que se hayan acabado las preocupaciones, las necesidades, las enfermedades de la vida, que seamos libres, que podamos recorrer el espacio con la rapidez del pensamiento y sin cansarnos, y que veamos a nuestros amigos a cualquier hora, sea cual fuere la distancia a que se encuentren. Les diremos, asimismo, que cuando estén en el otro mundo nadie los forzarán a hacer algo, y que tendrán

absoluta libertad para permanecer en una ociosa beatitud todo el tiempo que les plazca. Con todo, en breve se cansarán de ese descanso egoísta, y serán los primeros en solicitar una ocupación. Entonces se les responderá: “Si os quejáis de la ociosidad, procurad encontrar vosotros mismos alguna tarea, dado que las ocasiones para ser útil no faltan en el mundo de los Espíritus, como tampoco faltan entre los hombres”. De ese modo, la actividad espiritual no constituye una imposición; se trata de una necesidad, una satisfacción para los Espíritus que procuran ocupaciones conforme a sus gustos y aptitudes, y eligen preferentemente aquellas que puedan contribuir a su adelanto.

El proceso Hillaire

Un caso acerca del cual se comprenderá fácilmente por qué habíamos guardado silencio, acaba de sufrir un desenlace que lo llevó al conocimiento del público. Varios periódicos de las localidades vecinas lo mencionaron, de modo que consideramos oportuno referirnos a él, con miras a evitar las falsas interpretaciones de la malicia para con la doctrina espírita, y para demostrar que esta doctrina no cubre con su manto nada que sea reprehensible. Por otra parte, como involucraron nuestro nombre en el asunto, no será inadecuado que se conozca nuestro punto de vista. Este caso concierne al médium Hillaire, de Sonnac (Charente-Inférieure), acerca del cual ya tuvimos oportunidad de informar a nuestros lectores.¹⁹

19. Véase la *Revista Espírita*, agosto de 1864: “*Los milagros de nuestros días*”. (N. del T.)

Hillaire es un hombre joven, casado y padre de familia, simple trabajador y casi analfabeto. La Providencia lo dotó de una notable facultad mediúmnica, muy variada, cuyos detalles pudimos conocer leyendo la obra del señor Bez, titulada: *Los milagros de nuestros días* [*Les miracles de nos jours*], y que se relaciona en más de un aspecto con la del señor Home. Como es lógico, dicha facultad llamó la atención hacia Hillaire y lo convirtió en una celebridad local, a la vez que le permitió ganarse la simpatía de unos y la animadversión de otros. Los elogios un tanto exagerados de los que era objeto, ejercieron en él su habitual influencia perjudicial. El éxito del señor Home se le había subido un tanto a la cabeza, conforme lo testifican las cartas que nos escribió. Soñaba con un teatro más grande que su aldea. Con todo, a pesar de su insistencia para que lo trajéramos a París, nunca accedimos a darle una mano en ese sentido. No cabe duda de que, si hubiéramos visto en ese proyecto alguna utilidad, lo habríamos apoyado. Sin embargo, conociendo sus ideas y su carácter, estábamos convencidos de que no era capaz de desempeñar un papel bastante destacado y que resultara en su propio beneficio. Por otra parte, últimamente habíamos contado con un triste ejemplo de esas ambiciones que se arrojan hacia la capital y que terminan en crueles decepciones. Al colocarlo en un pedestal, lo perjudicaron seriamente. La misión de Hillaire era local. En un radio limitado a una población específica, podía prestar grandes servicios a la causa del espiritismo, con la ayuda de los notables fenómenos que se producían bajo su influencia. Los prestó al propagar las ideas espíritas en el país, pero lo habría hecho mucho mejor si hubiera permanecido en su modesto lugar, sin abandonar el trabajo del que vivía, y que con un poco más de prudencia habría conciliado con el ejercicio de la

mediumnidad. Lamentablemente para él, la importancia que se atribuía a sí mismo lo tornó poco accesible a los consejos de la experiencia. Como hacen muchas personas, los habría aceptado de buen grado si hubieran coincidido con sus ideas, según nos lo demuestran sus cartas. Numerosos indicios nos llevaron a prever su caída, pero estábamos lejos de sospechar cuál sería la causa. Tan solo nuestros guías espirituales nos advirtieron más de una vez que procediéramos para con él con mucha circunspección, sin hacernos notar, y sobre todo sin involucrarnos en su viaje a París.

Demasiada presunción por un lado, y demasiada debilidad por otro, hicieron que su misión fracasara en el momento en que más hubiera brillado. Cedió a lamentables incitaciones, y tal vez, como suponemos, a pérfidas insinuaciones dirigidas con destreza, hasta que cometió una falta, a raíz de la cual debió salir del país, y de la que más tarde debió dar explicaciones a la justicia. El espiritismo, lejos de verse afectado por eso, conforme afirman con maliciosa complacencia nuestros adversarios, salió ileso de dicha prueba, como se verá más adelante. No hace falta decir que se empeñaban en hacer pasar por insignes artimañas todas las manifestaciones del desdichado Hillaire.

El perjudicado en este lamentable caso —una de las personas que más habían aclamado a Hillaire en su época de gloria pasajera, y que además lo había patrocinado—, nos escribió tras la fuga de los culpables, para relatarnos los hechos detalladamente, así como para solicitar nuestra colaboración y la de nuestros corresponsales a fin de que los arrestaran. Concluye diciendo: “Debemos agotar todos los recursos para obligarlos a que vuelvan a Francia, y de ese modo lograremos que la justicia de los hombres los castigue, a la espera de que la justicia

del Dios de misericordia los *castigue* también, pues le hacen un gran daño al espiritismo. A la espera de una respuesta de vuestra parte, rogaré a Dios para que sean descubiertos. Os saluda, vuestro hermano en Dios, etc.”.

Esta es la respuesta que le dimos, seguros de que se convertiría en uno de los elementos del proceso:

“Señor:

”Tras regresar de un largo viaje, encuentro la carta que me habéis escrito acerca de Hillaire. Deploro tanto como cualquier otra persona este lamentable suceso, que sin embargo no afecta al espiritismo en modo alguno, porque este no podría ser responsable de los actos que realizan quienes no lo entienden correctamente. En cuanto a vos, que sois el más perjudicado en esta circunstancia, comprendo vuestra indignación y ese primer momento de furia que debe de haberos invadido, pero confío en que la reflexión haya calmado un poco vuestro ánimo. Si sois espírita realmente, sabréis que debemos aceptar con resignación las pruebas que Dios nos envía, pues son expiaciones que nos merecemos por las faltas cometidas en el pasado. No será mediante ruegos a Dios —como vos hacéis— a fin de que nos vengue de aquellos que nos hacen sufrir, como adquiriremos el mérito de las pruebas que Él nos envía. Muy por el contrario, en tal caso perderíamos el fruto de tales pruebas y atraeríamos otras más graves. ¿Acaso no es una contradicción de vuestra parte decir que oráis al *Dios de misericordia* para que arresten a los culpables y los entreguen a la justicia de los hombres? Semejantes plegarias son una ofensa para Él, toda vez que nosotros mismos necesitamos en mayor o menor medida su misericordia, e implican el olvido de sus palabras: *Seréis perdonados como vosotros mismos hayáis perdonado*. Un lenguaje como ese no es cristiano ni espírita, porque el espi-

ritismo, a ejemplo de Cristo, nos enseña la indulgencia y el perdón de las ofensas. Este asunto es una excelente oportunidad para que expresemos grandeza y magnanimidad, así como para que vos podáis demostrar que os halláis por encima de las miserias humanas. Deseo que no la dejéis escapar.

”Suponéis que este asunto perjudicará al espiritismo. Os repito que este no sufrirá por eso, a pesar del ardor de sus adversarios para explotar dicha circunstancia en su provecho. En caso de que se viera afectado, no sería más que un efecto local y momentáneo, y vos tendríais vuestra parte de responsabilidad en eso, por la premura con que lo habéis divulgado. Tanto por caridad como por el interés que decís profesar hacia la doctrina, debisteis haber hecho todo lo que estaba a vuestro alcance para evitar el escándalo. En cambio, debido a la repercusión que le habéis dado, proporcionasteis armas a nuestros enemigos. Los espíritas sinceros os habrían agradecido vuestra moderación, y Dios habría tomado en cuenta ese buen sentimiento.

”Lamento que hayáis pensado que yo podría seros útil en algo para poner en obra vuestros deseos de venganza, haciendo gestiones con el fin de entregar a los culpables a la justicia. Eso os confunde especialmente acerca de mi rol y mi carácter, así como de mi comprensión respecto de los verdaderos intereses del espiritismo. Si sois realmente –como afirmáis– hermano mío en Dios, creedme: implorad a Él su clemencia y no su cólera, porque el que solicita esa cólera contra los demás, corre el riesgo de hacerla recaer sobre sí mismo.

”Tengo el honor de saludaros cordialmente, con la expectativa de veros recuperar las ideas que son más dignas de un espírita sincero”.

A. K.

Veamos ahora la crónica que nos han enviado:

“El caso Hillaire comenzó el viernes y terminó el sábado a medianoche. Dado que Vitet retiró su demanda en el momento previo a la sentencia, la esposa fue exculpada. Solo Hillaire quedó sometido a la justicia. El ministerio público dictaminó su culpabilidad y reclamó la aplicación de los artículos 336, 337, 338, etc., del Código Penal. El Tribunal *declinó* su competencia en lo relativo a la apreciación de *los aportes y otros fenómenos mediúmnicos*, y aplicó el artículo 463, condenando a Hillaire a un año de prisión y las costas. Ese juicio, desde nuestro punto de vista, constituye una justa aplicación de la ley escrita, si bien fue considerado un tanto severo por parte de personas que no son espíritas en absoluto.

”Si bien fuimos testigos del desarrollo de las lamentables vilezas a que pueden conducir las debilidades humanas, por otro lado asistimos a un buen espectáculo, toda vez que escuchamos proclamar solemnemente la ortodoxia de la moral espírita. Durante las suspensiones, así como a la salida de las audiencias, escuchamos que el público repetía estas palabras: ‘Debemos envidiar la dicha de esas personas a las cuales su fe pone constantemente en presencia de aquellos a quienes han amado y cuya tumba ya no puede separarlos’.

”En efecto, observad la multitud a la que en breve este pretorio no podrá contener. En ella se encuentran miembros de todas las posiciones sociales, desde la más ínfima hasta la más elevada. ¿Acaso suponéis que esos hombres acudieron simplemente para presenciar los vulgares debates de un caso desagradable de la policía correccional, junto con la vergüenza de dos infelices que han confesado y contado todas las circunstancias de su falta? ¡Oh! No. El caso en cuestión tiene un gran alcance, pues está en juego el espiritismo. Acudieron a

escuchar las revelaciones que una investigación de tres meses habrá de presentar contra la nueva doctrina. Acuden a disfrutar del ridículo que no dejará de caer sobre esos pobres alucinados. No obstante, la sabiduría del tribunal hará que se diluyan esas poco caritativas esperanzas.

”El Presidente comienza proclamando la más absoluta libertad de conciencia. Recomienda a todos el respeto a la creencia religiosa de cada uno, y avanza por ese camino hasta el final. Llega el momento de leer la carta que nuestro maestro escribió a Vitet (la carta transcripta más arriba). El Presidente la toma en sus manos, reconoce en ella una voz digna de los primeros Padres de la Iglesia, y observa que nunca se había predicado una moral tan bella con tan bello lenguaje.

”Veinte testigos fueron unánimes respecto de la veracidad, según ellos, de los aportes realizados. Ninguno manifestó la más leve sospecha. A eso se debe la declaración de incompetencia por parte del Tribunal. Tan solo Vitet y su criado, Muson, cuestionaron los desplazamientos milagrosos. Pero en ese momento les interpusieron un acta, presentada ese mismo día por Vitet, escrita de su puño y letra, con su firma y la de Muson. Dos miembros de nuestra Sociedad hicieron uso de la palabra. A raíz de esas declaraciones, el Presidente no temió dar lugar a una discusión acerca de algunos puntos de la doctrina. Ambos respondieron perfectamente, y triunfaron, para satisfacción de todos los espíritas.

”El abogado de Hillaire fue muy breve –y no podía dejar de serlo– en lo que concernía especialmente a la acusación. Pero acerca de la doctrina, de sus enseñanzas y sus consecuencias, así como de sus progresos en el mundo; acerca de la perseverancia de los hombres de aquella localidad, que son nuestros iguales –decía– en ciencia, en inteligencia, en moralidad y en

posición social; acerca de los hechos publicados a diario por la prensa; y acerca de la multiplicidad de libros y periódicos especializados, habló siempre con elocuencia y convicción. Su intervención final fue la lectura de una carta del señor Jaubert. En esa carta, el señor Jaubert señala que tanto él como sus amigos, al ocuparse de las manifestaciones físicas, *vieron, y muy bien*, tanto a la luz de las lámparas como a la luz del día, hechos análogos a los que obtuvo Hillaire, y los describe con lujo de detalles. Esa lectura, que concluyó en tono solemne con la profesión de fe del propio señor Jaubert, magistrado y vicepresidente en funciones de un tribunal civil en una capital de departamento, conmovió al auditorio. (Véase *Le Journal de Saint-Jean-d'Angély*, del 12 de febrero, con el análisis de esta notable declaración, y la *Revue de l'Ouest*, de Niort, del 18 de febrero.)

”En su requisitoria, por supuesto, el fiscal denigra al culpable. En cuanto a los hechos de las manifestaciones, las explica por medios vulgares. En su propia casa —dice—, cualquiera puede producirlos a voluntad y fácilmente, pues basta con unas mínimas instrucciones. Cita hechos mediúmnicos históricos, mediante los cuales concluye que su causa es la alucinación. Respecto de la doctrina espírita, siempre fue digno y respetuoso para con sus fieles adeptos. En especial, destacó el valor, la sinceridad y la buena fe de los testigos, que se presentaron para afirmar su creencia sin temor a sufrir el sarcasmo y la burla, como tampoco a verse afectados en sus intereses materiales”.

Respecto de esta prueba, el espiritismo no solo salió sano y salvo, sino también con los honores de la guerra. Es cierto que el fallo no proclamó la realidad de las manifestaciones de Hi-

llaire, pero las dejó fuera de la causa mediante la declaración de incompetencia. Por eso mismo, no las declaró fraudulentas. Por su parte, la doctrina espírita obtuvo allí un resonante apoyo. Ese es el punto esencial para nosotros, porque el espiritismo se encuentra menos en los fenómenos materiales que en sus consecuencias morales. Nos importa poco que se nieguen los hechos que a diario se comprueban en todos los puntos de la Tierra, pues no está lejos el tiempo en que todo el mundo se verá obligado a rendirse ante la evidencia. Lo principal es que la doctrina que resulta de tales fenómenos sea reconocida como digna del Evangelio en que se apoya. Por cierto, el señor sustituto no es espírita; y el señor Presidente tampoco lo es, hasta donde sabemos. Con todo, nos complace verificar que su opinión personal no afecta en absoluto su imparcialidad.

Los elogios dedicados a los testigos constituyen un brillante homenaje al valor de la opinión y a la sinceridad de las creencias. Por nuestra parte, a esos firmes apoyos de nuestra fe les debíamos una declaración especial, de modo que lo hacemos ahora mediante la siguiente carta, que les hemos remitido.

El señor Allan Kardec a los espíritas comprometidos con el caso Hillaire

París, 21 de enero de 1865.

Queridos hermanos en el espiritismo:

Acudo en mi nombre, así como en el de la Sociedad espírita de París, para rendir un justo homenaje a todos los que, en la lamentable circunstancia que a todos nos apenó, sostuvieron su fe y defendieron la verdad con valor, dignidad y firme-

za. Los órganos de la justicia les han brindado un rotundo y solemne testimonio, y no podía faltar el de vuestros hermanos de creencia. He solicitado vuestra nómina, tan exacta y completa como fuera posible, a fin de incluirla junto a la de todos los que han merecido el reconocimiento del espiritismo. No hacemos esto para darles una publicidad que afectaría vuestra modestia y que, por otra parte, en este momento resultaría más perjudicial que útil, pero ocurre que nuestro siglo se halla tan preocupado que se ha tornado olvidadizo. Es necesario que la memoria de los auténticos fieles, libres de segundas intenciones, no se pierda para los que vendrán después de nosotros. Los archivos del espiritismo les señalarán a los que se ganaron el legítimo derecho a ser reconocidos.

Aprovecho esta ocasión, queridos hermanos, para dirigirnos algunas palabras acerca del asunto que nos ocupa.

En un primer momento, era posible temer que las consecuencias de este caso afectaran al espiritismo. Por mi parte, como sabéis, nunca me preocupé, porque en la peor de las circunstancias dicho caso no podía sino generar una emoción local y momentánea. Ocurre que nuestra doctrina, al igual que la religión, no puede ser responsable de las faltas cometidas por quienes no la comprenden. Nuestros adversarios se esfuerzan en vano para presentarla como malsana e inmoral, pues tendrían que demostrar que el espiritismo provoca, disculpa o justifica, siquiera un mínimo acto reprobable, o que junto con sus enseñanzas ostensibles posee secretos respecto de los cuales la conciencia debe ponerse a salvo. No obstante, como en el espiritismo todo ocurre a la luz del día, y esta doctrina no predica otra cosa más que la moral del Evangelio, a cuya práctica induce a los hombres que se apartan de él, solamente una mala intención podría imputarle tendencias

perniciosas. Dado que todos pueden evaluar por sí mismos los principios de la doctrina espírita, altamente proclamados y formulados con claridad en obras que se encuentran al alcance de todos, resulta que la ignorancia o la mala fe solo pueden desnaturalizarlos, conforme procedieron respecto de los primeros cristianos, a los que acusaron de todos los males y de todos los accidentes que ocurrían en Roma, así como de corromper las costumbres. El cristianismo, con el Evangelio en la mano, no podía más que salir victorioso de todas esas acusaciones y de la lucha terrible declarada en su contra. Lo mismo ocurre con el espiritismo, cuya bandera también es el Evangelio. Para justificarse, le basta con decir: “Mirad lo que enseñó, lo que recomiendo y lo que condeno. Ahora bien, ¿qué es lo que condeno? Todo acto contrario a la caridad: la ley que Cristo enseñó”.

El espiritismo no radica solamente en la creencia en la manifestación de los Espíritus. El error de quienes lo condenan está en creer que apenas consiste en la producción de fenómenos extraños; y eso se debe a que, como no se han tomado el trabajo de estudiarlo, no ven más que su superficie. Dichos fenómenos sólo resultan extraños para quienes no conocen la causa de los mismos; sin embargo, cualquiera que profundice en ellos verá que son los efectos de una ley, de una fuerza de la naturaleza que no se conocía, y que por eso mismo no son maravillosos ni sobrenaturales. Esos fenómenos prueban la existencia de los Espíritus, que no son sino las almas de los que han vivido. Por consiguiente, también prueban la existencia del alma, su supervivencia al cuerpo, así como la vida futura, con todas sus consecuencias morales. Dado que la fe en el porvenir se apoya en pruebas materiales, resulta inquebrantable, y derrota a la incredulidad. Por eso,

cuando el espiritismo se haya convertido en la creencia de todos, ya no habrá incrédulos, ni materialistas ni ateos. Su misión es combatir la incredulidad, la duda, la indiferencia. Así pues, no se dirige a quienes tienen una fe y esa fe les basta, sino a los que no creen en nada, o dudan. No pide a nadie que abandone su religión; respeta todas las creencias que son sinceras. La libertad de conciencia es, conforme a su juicio, un derecho sagrado; si no la respetara, faltaría a su principio fundamental, que es la caridad. Neutral entre todos los cultos, el espiritismo será el lazo que los reunirá bajo una misma bandera, la de la fraternidad universal. Algún día todos ellos se tenderán la mano en vez de anatematizarse.

Los fenómenos, lejos de ser la parte esencial del espiritismo, no son más que la accesoria; son un medio promovido por Dios para vencer a la incredulidad que se apodera de la sociedad. El espiritismo reside, sobre todo, en la aplicación de sus principios morales. En eso se reconoce a los espíritas sinceros. Los ejemplos de reforma moral que el espiritismo produce son ya bastante numerosos para que podamos evaluar los resultados que dará con el tiempo. Es necesario que su potencia moralizadora sea muy grande para derrotar a los hábitos arraigados con la edad, así como a la ligereza de la juventud.

La causa principal del efecto moralizador del espiritismo es, pues, el fenómeno de las manifestaciones, que ha generado la fe. Si esos fenómenos fueran una ilusión, como afirman los incrédulos, sería preciso bendecir una ilusión que otorga al hombre la fuerza necesaria para vencer sus malas tendencias.

No obstante, si después de dieciocho siglos todavía vemos tantas personas que profesan el cristianismo, pero que lo practican tan poco, ¿debe asombrarnos que en menos de diez

años no todos los que creen en el espiritismo hayan extraído de él la totalidad del provecho deseable? Algunos de ellos solo han visto el hecho material de las manifestaciones, que excitaron su curiosidad pero conmovieron poco su corazón. Por este motivo, no todos los espíritas son perfectos. Eso no tiene nada de sorprendente en los comienzos, y si hay algo que debe llamar la atención, es la cantidad de reformas que se operaron en ese breve lapso. Si bien el espiritismo no siempre vence las malas inclinaciones de un modo completo, un resultado parcial no deja de ser un progreso que es necesario tomar en cuenta; y como cada uno de nosotros tiene su lado débil, eso debe volvernos indulgentes. El tiempo y nuevas existencias concluirán lo que se había comenzado. ¡Dichosos los que se ahorren nuevas pruebas!

Hillaire pertenece a esa clase de personas a las que de algún modo el espiritismo apenas ha rozado, y por eso fracasó. La Providencia lo había dotado de una notable facultad, con cuyo auxilio hizo mucho bien. Habría podido hacer mucho más aún, si no hubiera arruinado esa misión con su debilidad. Por nuestra parte, no podemos condenarlo ni absolverlo, pues tan solo a Dios le corresponde juzgarlo por no haber cumplido su tarea hasta el final. ¡Rogamos que la expiación que padece, así como una seria reflexión acerca de la falta cometida, lo tornen merecedor de la clemencia divina!

Hermanos, tendámosle una mano y oremos por él.

NOTICIAS BIBLIOGRÁFICAS

*Un ángel del Cielo en la Tierra*²⁰

A continuación, transcribimos la reseña que acerca de esta obra presentó en la *Sociedad espírita de París* nuestro colega el señor Feyteau, abogado:

Con este título, el señor Benjamin Mossé ha escrito un libro pleno de poesía, en el cual, desde un doble punto de vista y de manera progresiva, se enseña la caridad a través de los hechos más conmovedores. La historia de este pequeño poema en prosa comienza en el Cielo, continúa en la Tierra, y finaliza en el Cielo, donde se había iniciado.

Los ángeles, los arcángeles, los serafines, los ofanim: todos los seres sagrados (tales son los términos que emplea el señor Mossé), se encuentran reunidos y cantan alabanzas al Altísimo, que los ha convocado a fin de asignarles la misión de acudir a las almas de la Tierra para que retomen el camino del bien, del que los apetitos y las pasiones terrenales las apartan sin cesar.

Una de esas almas angelicales, la más pura, se queda sola tras la partida de las demás. Ese ángel es *Zadecia*. Prostrada a los pies del trono del Eterno, implora para sí el favor de una excepción a la regla general impuesta a sus hermanas, y le suplica: “—¡Señor, escucha mi plegaria, antes de que yo obedezca tu voz! Descenderé a la Tierra, según tu voluntad. Me alejo, porque tú lo ordenas, de la felicidad con que nos inundas. Hablaré de ello a los habitantes de ese mundo inferior. Les inspiraré la esperanza para sostenerlos en su penosa

20. Por BENJAMIN MOSSÉ, rabino de Aviñón. 1 volumen in-12; precio: 3 francos y 50 centavos. En Aviñón: librería Bonnet fils.

caminata. ¡Con todo, dignate conceder a mis súplicas la gracia que te imploro! Permite, ¡oh! Dios mío, que alejada de tu palacio nunca olvide sus delicias. Permite que la envoltura con que habré de revestirme nunca sea un obstáculo para mis impulsos hacia ti; que siempre permanezca dueña de mí misma, y que nunca nada impuro surja para alterar mi nobleza. Permite, Señor, que mi ausencia de la mansión bienaventurada no se extienda demasiado. Desea que mi misión se cumpla rápidamente; que inflame con mi llama un corazón generoso; que captive con mis encantos ese corazón ya bendecido por tu mano; que mi amor lo eleve, lo perfeccione y complete su virtud, para que reciba mis inspiraciones y acepte mi mensaje, a fin de que se convierta para la humanidad en un consuelo y una luz. Entonces, ¡oh! Dios mío, que yo pueda regresar a mi celeste morada, orgullosa de haber dejado en la Tierra un noble continuador de mi misión, animado por mi mirada, adorando mi imagen, y siempre elevándose hacia mí, a fin de que extraiga de mi seno la fuerza necesaria para continuar su obra, para cuyo cumplimiento le habré prodigado los estímulos de mi corazón; hasta el momento en que, por tu voluntad, vaya a mi encuentro y reciba en mis brazos, a los pies del divino trono, tus eternas bendiciones”.

“—Exalto tu plegaria, ¡oh! hija mía —le respondió la voz divina—. Ve, ve sin temor, y entrega a los humanos el tesoro de tu llama. El fuego que te anima no perderá en la Tierra nada de su santidad, y tu paso por ella será rápido, pues un alma digna de ti ya ha tomado una envoltura terrestre para cumplir la gran misión que tú deseas confiarle. Tan ardiente como pura, esa alma se ennoblecerá con tu amor, será santificada por tu presencia, por los lazos que la unirán a tu inmortal destino. En esa unión, que bendigo desde ahora, aquella alma

recibirá de ti su misión, que habrá de cumplir, al igual que tú. ¡Entonces, te elevarás a estas regiones supremas, desde las cuales velarás por tu bienamado esposo de la Tierra, que se convertirá, cuando haya concluido su tarea, en tu bienamado esposo del Cielo!”

Ante esas palabras, Zadecia descendió radiante, desde las moradas infinitas, para convivir con los humanos. Le dio un beso en la frente al niño que más tarde atraería hacia ella mediante el himeneo. Después, se sometió a las condiciones necesarias para la existencia terrestre, cubriéndose con una forma material, en la que habría de brillar su belleza, en la que habrían de resplandecer sus virtudes y sus encantos.

En esas condiciones particularmente benditas, el alma de Zadecia emprende su misión, cuya primera etapa consiste en encarnarse en la criatura dolorosamente engendrada por una joven y piadosa madre. En la segunda etapa de su misión, Zadecia es el ángel de la inocencia, y su belleza, que resfulge como una emanación divina, purifica todo lo que se acerca a ella. En la tercera etapa, Zadecia es el ángel de la resignación, por la paciencia con la cual soporta los sufrimientos físicos. En la cuarta, es el ángel de la piedad, por los ejemplos de caridad y abnegación que ofrece. En la quinta, es el ángel del amor, por el cariño que surge entre ella y el joven Azariel. En la sexta, es el ángel del amor conyugal, por su unión con Azariel. En la séptima, es el amor maternal. La octava etapa, por último, es su regreso al Cielo, tras dejar en la Tierra a su esposo y a su hija, para continuar su obra de santificación.

Es indiscutible que estas diversas escenas contienen ejemplos edificantes, y su lectura apasiona. Pero el triunfo más que previsto por Zadecia, respecto de todas las pruebas a las que su encarnación la sometió, es el elevado carácter de ense-

ñanza útil que solo puede derivar realmente de los esfuerzos de la lucha. Esa situación en la que se encuentra Zadezia, de conservar la pureza y la incorruptibilidad de los ángeles pese a que abandonó el Cielo, apenas permite interesarse por ella más allá del atractivo que el autor ha dado a la forma y a la expresión de sus ideas durante las etapas de ese viaje por la Tierra. Así, tras leer este libro, si bien concuerdo en un todo con el justo tributo de elogios que merecen el estilo y el conjunto realmente armonioso del tema, lamento que el autor parezca ajeno a los auténticos principios de la naturaleza de los Espíritus, y que nunca haya pensado en registrar la influencia que estos ejercen en las diversas condiciones sociales de la humanidad, en vistas del mejoramiento progresivo que sus numerosas encarnaciones despliegan.

Una preocupación lógica del hombre serio, tanto si observa las peripecias de la vida humana a la luz múltiple de la filosofía, como si explora las misteriosas profundidades de la muerte con la antorcha de las religiones, consiste en llegar a una conclusión que lo esclarezca respecto de su auténtico destino y le muestre el camino que debe seguir para alcanzarlo. No cabe duda de que ese camino no siempre es el correcto, pero cada uno sigue el surco que le traza el arado de la voluntad en el campo del pensamiento, conforme le haya acoplado buenos o malos principios. Algunos, adhirieron a sistemas dogmáticos cual si fueran verdades, de modo que los han convertido en ley, y se consumen en discusiones para lograr que esta prevalezca y se imponga. Otros, pretenden traducir, interpretar y comentar al propio Dios, de tantas maneras y con tantos debates tumultuosos, cuando no sangrientos, a tal punto que los textos sagrados de la palabra divina quedan enterrados bajo los escombros de sus disputas.

El libro del señor Mossé, si bien no revela su preocupación —que nos habría gustado ver en él— respecto de la naturaleza de los Espíritus, al menos no expone alguna de las que la excluyen o la combaten. Diremos incluso que se acerca a ella más de lo que se aleja, y que, con un paso más, marcharían al unísono, pues tienden a un objetivo común: la práctica de la caridad como condición de la vida bienaventurada. Por lo tanto, se trata de un buen libro, y el espiritismo debe acogerlo como un aliado que puede convertirse en su hermano.

FeytEAU, *abogado*.

* * *

ALLAN KARDEC



REVISTA ESPÍRITA

PERIÓDICO DE ESTUDIOS PSICOLÓGICOS

Año VIII

Número 4

Abril de 1865

Dstrucción mutua de los seres vivos²¹

La destrucción recíproca de los seres vivos es una de las leyes de la naturaleza que, a primera vista, no parece concordar demasiado con la bondad de Dios. Uno se pregunta por qué Dios les impuso la necesidad de que se destruyan mutuamente para alimentarse unos a costa de otros.

En efecto, para quien sólo ve la materia, y restringe su visión a la vida presente, aquello parece una imperfección en la obra divina. De ahí, los incrédulos concluyen que Dios no es perfecto y que, por esa razón, Dios no existe. Eso se debe a que juzgan la perfección de Dios desde su punto de vista; miden la sabiduría divina de acuerdo con el propio juicio que se forman de ella, y suponen que Dios no podría hacer las cosas mejor de lo que ellos mismos las harían. Como la limitada visión de que disponen no les permite apreciar el conjunto,

21. Véase la Primera Parte, Capítulo III, §§ 20 a 24, de *La génesis, los milagros y las predicciones según el espiritismo*, Buenos Aires: CEA, 2017. (N. del T.)

no comprenden que un bien real pueda provenir de un mal aparente. Sólo el conocimiento del principio espiritual, considerado en su verdadera esencia, así como el de la gran ley de unidad que constituye la armonía de la Creación, pueden otorgarle al hombre la clave de ese misterio, para mostrarle la sabiduría providencial y la armonía precisamente allí donde sólo ve una anomalía y una contradicción. Sucede con esta verdad lo mismo que con tantas otras: el hombre solamente está apto para sondear ciertas profundidades cuando su Espíritu ha alcanzado un grado suficiente de madurez.

La verdadera vida, tanto del animal como del hombre, no reside en la envoltura corporal, del mismo modo que no está en la vestimenta. Reside en el principio inteligente que preexiste y sobrevive al cuerpo. Ese principio necesita del cuerpo para desarrollarse a través del trabajo que le corresponde realizar sobre la materia bruta. El cuerpo se consume en ese trabajo, pero el Espíritu no se gasta; por el contrario, sale del cuerpo cada vez más fuerte, más lúcido y con mayor aptitud. ¡Qué importa, entonces, que el Espíritu cambie más o menos frecuentemente de envoltura! No por eso deja de ser Espíritu. Es exactamente como si un hombre cambiase de ropa cien veces en el año: no por eso dejaría de ser hombre. Mediante el espectáculo incesante de la destrucción, Dios enseña a los hombres el poco caso que deben hacer de la envoltura material, y suscita en ellos la idea de la vida espiritual, haciendo que la deseen como una compensación.

Se alegrará: ¿no podía Dios llegar al mismo resultado por otros medios, sin obligar a los seres vivos a que se destruyan mutuamente? ¡Muy intrépido sería quien pretendiera comprender los designios de Dios! Si en su obra todo es sabiduría, debemos suponer que esa sabiduría no existirá más en

un punto que en otro; si no lo comprendemos así, debemos atribuirlo a nuestro escaso adelanto. Sin embargo, podemos intentar la investigación de la causa por la cual nos parece defectuoso, tomando como orientador este principio: *Dios debe ser infinitamente justo y sabio*. Por lo tanto, busquemos en todo su justicia y su sabiduría.

Una primera utilidad que se presenta de esa destrucción, utilidad puramente física, por cierto, es la siguiente: los cuerpos orgánicos sólo se conservan con el auxilio de las materias orgánicas, pues sólo ellas contienen los elementos nutritivos necesarios para su transformación. Como los cuerpos, instrumentos de acción del principio inteligente, necesitan ser renovados constantemente, la Providencia hace que sirvan para su mutuo mantenimiento. Es por eso que los seres se nutren unos de otros. Pero entonces, es el cuerpo el que se alimenta del cuerpo, sin que el Espíritu se aniquile o altere. Sólo queda despojado de su envoltura.

Existen también consideraciones morales de un orden más elevado.

La lucha es necesaria para el desarrollo del Espíritu. En la lucha ejercita sus facultades. El que ataca en busca del alimento, y el que se defiende para conservar la vida, emplean la astucia y la inteligencia, incrementando de ese modo sus fuerzas intelectuales. Uno de los dos sucumbe; pero ¿qué fue lo que, en realidad, el más fuerte o el más hábil le quitó al más débil? La vestimenta de carne, nada más. El Espíritu, que no ha muerto, tomará otro cuerpo más adelante.

En los seres inferiores de la Creación, en aquellos a los que les falta el sentido moral, en los cuales la inteligencia todavía no ha sustituido al instinto, la lucha no puede tener por objetivo más que la satisfacción de una necesidad material. Ahora

bien, una de las necesidades materiales más imperiosa es la de la alimentación. Ellos, pues, luchan únicamente para vivir, es decir, para obtener o defender una presa, ya que no podría impulsarlos un motivo más elevado. En ese primer período, el alma se elabora y se prepara para la vida. Cuando el alma alcanza el grado de madurez necesario para su transformación, recibe de Dios nuevas facultades: el libre albedrío y el sentido moral —la chispa divina, en una palabra—, que imprimen un nuevo curso a sus ideas, y la dotan de nuevas aptitudes y nuevas percepciones. Con todo, las nuevas facultades morales de que el alma está dotada, solo se desarrollan gradualmente, porque nada es brusco en la naturaleza. Hay un período de transición en el que el hombre apenas se diferencia de los irracionales. En las primeras edades domina el instinto animal, y el motivo de la lucha sigue siendo la satisfacción de las necesidades materiales. Más tarde, el instinto animal y el sentimiento moral se equilibran. Entonces, el hombre lucha, ya no para alimentarse, sino para satisfacer su ambición, su orgullo y la necesidad de dominar. Para eso, todavía necesita destruir. Sin embargo, a medida que el sentido moral obtiene preponderancia, se desarrolla la sensibilidad, y la necesidad de destrucción disminuye hasta que acaba por desaparecer, porque se vuelve detestable: el hombre tiene horror a la sangre. Con todo, la lucha siempre es necesaria para el desarrollo del Espíritu, pues incluso una vez que ha llegado a ese punto que nos parece culminante, todavía está lejos de ser perfecto. Sólo a costa de su actividad conquista conocimientos, experiencia, y se despoja de los últimos vestigios de la animalidad. No obstante, en esas circunstancias, la lucha, que antes era sangrienta y brutal, se vuelve puramente intelectual. El hombre lucha contra las dificultades, ya no contra sus semejantes.

Nota. Como vemos, esta explicación se vincula con la importante cuestión del porvenir de los animales. La trataremos a fondo más adelante, porque nos parece bastante elaborada, y pensamos que actualmente puede considerarse resuelta, en principio, por la concordancia de la enseñanza de los Espíritus.

Un sermón sobre el progreso

Nos escriben desde Montauban:

“Hace pocos días ocurrió en nuestra ciudad un hecho que impresionó de varias maneras a la población. Un predicador protestante, el señor Rewile, capellán del rey de Holanda, en un discurso pronunciado ante dos mil personas, resueltamente se declaró partidario de las ideas nuevas. Por nuestra parte, nos sentimos felices de que esas sublimes verdades fueran proclamadas por primera vez desde lo alto de un púlpito cristiano, y desarrolladas con un talento y una elocuencia excepcionales. No cabe duda de que fue bueno, porque los fanáticos se apresuraron a otorgarle el título de anticristo. Lamento no poder transcribiros todo el discurso, pero haré el intento de analizar algunos de sus pasajes:

”El orador había tomado el texto: ‘No he venido a destruir la Ley y los Profetas, sino a darles cumplimiento. Amaos con todo vuestro corazón, con toda vuestra alma, con todos vuestros pensamientos, y a vuestro prójimo como a vosotros mismos’.

”Según el señor Rewile, la misión del Cristo entre los hombres fue una misión de caridad y de espiritualidad, de

modo que su doctrina parecía hallarse en oposición a la de los judíos, cuyo principio era 'la observancia estricta de la letra': principio que engendraba el egoísmo. No obstante, la palabra *cumplimiento* explica esa contradicción aparente, porque *cumplir* significa completar, tornar más perfecto. Ahora bien, reemplazar el egoísmo por la caridad, y el culto de la materia por la espiritualidad, implicaba cumplir, completar la Ley. El Cristo intentó, aunque en vano, que esa nación quebrara las cadenas de la materia, haciendo que elevara su pensamiento y considerara su destino desde un punto de vista más elevado. Pero ellos nunca comprendieron la profundidad de su moral. De ese modo, cuando el Cristo se propuso atacar los abusos de todo tipo y las prácticas exteriores, así como atenuar los rigores de la ley de Moisés, fue acusado y cobardemente condenado. Los judíos esperaban un Mesías conquistador, que armado con su cetro de hierro compartiera con ellos el poder temporal, y no comprendieron la grandeza y la sublimidad de aquello que, con una frágil caña en la mano, venía a entregarle a la humanidad, como garantía de su poder espiritual: la ley de amor y caridad.

”Pero los designios de Dios siempre se cumplen, a pesar de todas las resistencias; y si bien los judíos, como obreros de mala voluntad, se negaron a trabajar en la viña, la humanidad no dejó de avanzar, y no dejará de hacerlo, derribando a su paso todo lo que se le presente como un obstáculo para alcanzar el progreso. La Iglesia cristiana, so pena de extinguirse, debe seguir ese camino ascendente, porque *la humanidad no fue hecha para la Iglesia, sino que la Iglesia fue hecha para la humanidad*. Pobre de aquel que se resista, porque será descartado por la mano del progreso. ¿Acaso el pasado no fue hecho para rendir cuentas al futuro?

”¡Que los hijos del siglo diecinueve, contrariamente a la conducta de los antiguos judíos, comprendan y cumplan la obra del Cristo! ¿Acaso no sienten ya ese temblor involuntario que agita todas las inteligencias selectas y las impulsa espontáneamente hacia la conquista de las ideas de espiritualidad, que son la única garantía de felicidad para la humanidad; porque, sin espiritualidad no hay más que materia, y sin libertad no hay más que esclavitud? *¿Por qué, pues, habrá que resistir durante más tiempo esos nobles impulsos del alma, atribuyendo al demonio las nuevas señales de los tiempos modernos? ¿Por qué no habrá que ver en ellas más bien las inspiraciones de los mensajeros celestiales de un Dios de amor y de caridad, que nos anuncian la renovación de la humanidad?*

”Que la Iglesia cristiana retorne al espíritu. En efecto, sin el espíritu, ¿qué es la Iglesia, sino un cadáver, un cadáver en la auténtica acepción de la palabra...? ¡El que tenga oídos para oír, que oiga! La verdadera Iglesia, en estos días críticos, tiene derecho a contar con sus hijos... ¡Vamos, de pie y manos a la obra! Que cada uno cumpla con su deber. ¡Dios así lo quiere! ¡Dios así lo quiere!

”Si el Cristo vino para dar cumplimiento, es decir, para completar la ley mediante la práctica del amor a Dios y a los hombres, es porque consideraba que ese precepto resume la perfección humana. La ley de amor a Dios y a los hombres es, como la enseñanza del propio Cristo, una ley de primera categoría a la que se hallan subordinadas todas las demás. Por consiguiente, hay que practicarla en su más amplia acepción, a fin de acercarse a él y, de tal modo, a Dios, del que ha sido la expresión más elevada en la Tierra. Para amar a Dios, es necesario amar la verdad, el bien y la belleza; es necesario sentirse transportado interiormente hacia esos atributos de la

perfección moral. Pero también es necesario amar a nuestros hermanos, a nuestros semejantes, pues Dios se refleja en todo lo que ellos tienen de verdadero, de bueno y de bello.

”¿Por qué el Cristo amó a la humanidad hasta dar la vida por ella? Porque siendo también la más elevada expresión de la perfección humana, sintió en el grado más alto los efectos de esa ley de amor a Dios y a los hombres, y porque la practicó de una manera sublime... ¡Practicar la caridad es amar, es avanzar a grandes pasos por el camino de la verdad, del bien y de la belleza; es elevarse hacia Dios! ¡Amar es vivir, es dirigirse a la inmortalidad!

”Según me han dicho, el señor Rewile abordó con éxito, en dos conferencias dictadas a los alumnos de la Facultad, la cuestión de las manifestaciones, y respondió victoriosamente todas las objeciones. Lamento no haber podido escucharlo en esa circunstancia tan interesante”.

Observación.- Los Espíritus afirmaron acertadamente que el espiritismo encontraría defensores incluso en las filas de sus adversarios. Un discurso como el precedente, pronunciado por un ministro de la religión, y desde el púlpito, constituye un acontecimiento importante. Otros harán lo mismo, porque el ejemplo del valor de opinar es contagioso. Las ideas nuevas no tardarán en encontrar campeones declarados en la ciencia, la literatura y la prensa, y ya cuentan en ellas con más simpatizantes de lo que se supone. Solo cuesta dar el primer paso. Hasta el día de hoy, podemos decir que con excepción de los órganos específicos del espiritismo, que no se dirigen a la masa del público indiferente, tan solo nuestros adversarios han hecho uso de la palabra, ¡y Dios sabe cuánto lo han hecho! Ahora comienza la lucha. ¿Qué dirán ellos cuando vean que de sus filas surgen nombres justamente honrados y esti-

mados, para empuñar abiertamente la bandera de la doctrina espírita? Se ha dicho que todo debe cumplirse.

Extraído del *Periódico de Saint-Jean d'Angély*

del 5 de marzo de 1865.

Sociedad de estudios espíritas de Saint-Jean d'Angély

Mirada acerca del espiritismo y sus consecuencias

Existe una armonía secreta y continua entre el mundo visible y el mundo de los Espíritus. Esa armonía, así como sus manifestaciones posibles, constituye sin duda una de las grandes cuestiones de nuestra época, y nos proponemos tratar acerca de ella en las columnas de este periódico.

Nos dirigimos a todos, desde luego, pero más particularmente a aquellos cuyas ocupaciones diarias les impiden dedicarse al estudio constante de los hechos tan conmovedores que ocurren de un extremo a otro del universo, y que son proclamados y comprobados por los hombres más instruidos. Demostrar la posibilidad de esos hechos mediante la revelación de las leyes naturales desconocidas hasta nuestra época; despojarlos del epíteto irónico de pretendidos milagros, con el cual se pretende despreciarlos ante quienes no saben demasiado al respecto; iniciar a estos en el conocimiento de la doctrina que resulta de ellos, y deducir de esa doctrina las consecuencias tan consoladoras que lleva consigo: tal es nuestro objetivo.

Hablan de milagros, pero si existe alguno que nos parece incomprendible, es el de la frialdad y la indiferencia, reales o simuladas, de hombres inteligentes y probos en presencia de las manifestaciones que surgen en todos los rincones del mundo, y acerca de las cuales se publican artículos profusamente.

Si la reproducción de lo que tantos otros han visto condujera apenas a la satisfacción de una curiosidad infantil, o solo sirviera para pasar un rato entretenido a falta de algo mejor, ¡oh! entonces comprenderíamos el escarnio y las ligerezas del lenguaje.

Pero ya no puede ocurrir eso cuando consideramos que no solo se trata del objetivo más importante de nuestra existencia, así como de la solución —mediante la prueba evidente de la inmortalidad del alma— del problema tanto tiempo discutido de nuestro destino futuro, sino que también se trata, y ante todo, de un llamamiento, a través de la convicción de esas grandes verdades, a los que se alejaron de ellas, a fin de que cumplan sus deberes respecto de Dios, de sus semejantes y de ellos mismos.

Considerad esto: sois miembros de un jurado, y testigos que no conocéis y a los que nunca visteis os afirman el hecho más inverosímil, el asesinato de un padre a manos de su hijo o el de un hijo a manos de su padre; vosotros les creéis y condenáis al miserable autor de semejante crimen, y hacéis bien. No obstante, analicemos el asunto con una mano en el corazón. ¿Acaso pensáis que si ese desdichado hubiera creído en un Dios poderoso y justo, y hubiera comprendido desde mucho tiempo antes que su horrible crimen habría merecido indefectiblemente un castigo en otra existencia, pensáis que no hubiera retrocedido ante ese acto? No, no lo pensáis. Al igual que nosotros, diréis: “Sí, la creencia, pero la creencia firme y

sin restricciones, la creencia absoluta en un Dios justo, en penas y recompensas de otra vida, en la que cada uno recibirá conforme a sus obras en la Tierra, constituye el freno que debe ser más difícil de quebrar”. Y en esto también tenéis razón.

Desgraciadamente, para la gran mayoría, esas creencias son las *desconocidas* del gran problema de la moralización universal.

“¡Deteneos un poco! —me grita la mayoría—. Aquí dejamos de estar de acuerdo. Hace mucho tiempo que nuestra inteligencia y nuestros estudios nos han permitido conocer la solución que proponéis. Para nosotros, vuestras pretendidas nuevas pruebas son inútiles, pues *somos creyentes y siempre lo hemos sido.*”

Este es el lenguaje del común de los mortales.

Decís que siempre habéis creído, o al menos eso es lo que afirmáis. Tanto mejor para vosotros, señores. Si hay que decirlo, no lo dudamos. Recibid nuestras sinceras felicitaciones. Seríamos dichosos si pudiéramos afirmar lo mismo. Francamente, reconocemos que, a pesar del favor de las buenas condiciones que contribuyeron para elevar nuestras ideas, nos faltó mucho camino para llegar a hacer tanto como vosotros. ¿Cuántos de nuestros hermanos, con mayor razón, quedaron rezagados por haberse visto privados, debido a su posición social, de las ventajas del estudio y a veces de los buenos ejemplos?

Sí, la fe está muerta. Todos los doctores de la ley concuerdan y lloran por eso. La incredulidad, a pesar de sus esfuerzos, nunca fue tan profunda y generalizada. Seguid un poco esa larga fila de hombres que, como ellos dicen, acompañan a uno de los suyos hasta su última morada, y escucharéis al noventa y cinco por ciento de ellos que repite: *Uno más que*

ha dejado de sufrir. Tristes palabras, triste e inmensa prueba, a la vez, de la insuficiencia de los medios empleados en la actualidad para la propagación de la única y verdadera felicidad que los hombres pueden disfrutar en nuestra Tierra, para la propagación de la fe.

¡Loado sea Dios! Un nuevo faro brilla para nosotros. ¡Abajo los privilegios! ¡Abrid paso a los hombres de buena voluntad! Sin el esfuerzo de la inteligencia, sin estudios difíciles y costosos, el más humilde, el menos instruido puede, si lo desea, al igual que todos sus hermanos, contemplar la luz divina. Tan solo no podrán verla aquellos que no quieran hacerlo.

Si es así —repetimos—, los hombres más honorables, los más instruidos, cuyos nombres citaremos por falanges, nos dan al respecto los más auténticos testimonios. Si es así —decimos—, ¿por qué se empeñan en poner la luz debajo del celermín? ¿Por qué, por el solo hecho de que no creemos necesitar esa luz para nosotros, habría que rechazar sin un examen previo aquellos fenómenos cuyo conocimiento y valoración pueden, si no siempre, al menos con frecuencia, evitar que otros caigan en los abismos fatales hacia donde los arrojan la duda y la incredulidad; y en todo caso, con tan poco esfuerzo, pueden sostener con la esperanza los ánimos a punto de sucumbir bajo el peso del infortunio?

Estos son los beneficios que, por ejemplo, esos fenómenos pueden esparcir tan fácilmente alrededor suyo, pero cuyo progreso y difusión también pueden verse demorados por la indiferencia y la oposición.

A. CHAIGNEAU
D.- M.- P.

(Continuará.)

Observación.— Nuestras previsiones, expuestas en la observación del artículo anterior —a propósito del sermón de Montauban—, comienzan a realizarse. En este caso, se trata de un periódico que no es un órgano del espiritismo, y que actualmente incluye —cosa que por cierto no habría hecho hace un año—, ya no crónicas, sino artículos de fondo, en los que se desarrollan los principios de la doctrina espírita. ¿Quién escribe esos artículos? ¿Un desconocido? ¿Un ignorante? No. Los escribe un médico cuyo saber goza en esa localidad de una reputación justamente merecida, así como de una consideración debida a sus eminentes cualidades. Un ejemplo más, que tendrá imitadores.

Conocemos más de un periódico al que no le desagradaría hablar favorablemente del espiritismo, y que incluso lo haría de buen grado si no fuera porque teme disgustar a ciertos lectores, al igual que comprometer sus propios intereses. Ese temor podía tener fundamento en otra época, pero no en la actualidad. Desde hace algunos años, la opinión acerca del espiritismo ha cambiado mucho. Ya no es algo desconocido. Hablan de él en todas partes y, cuando lo hacen, ya no se ríen tanto. La idea se ha divulgado a tal punto que, si hay algo que causa asombro, es la indiferencia de la prensa ante una cuestión que interesa a las masas, y que cuenta sus partidarios por millones en todos los países del mundo, así como en las clases más instruidas de la sociedad. Sobre todo, asombra ver hombres inteligentes que la critican sin saber siquiera el abecé de esa doctrina. Por lo tanto, ¿será fútil una cuestión que encoleriza a todo un partido? Ese partido, ¿se preocuparía si no viera en ella otra cosa más que un mito sin consecuencias? En tal caso, se reiría. Sin embargo, dado que se enfurece y ataca, dado que enciende sus autos de fe con la intención de

aniquilar la idea, en ella debe de haber algo serio. ¡Ah! Si todos los que se consideran representantes del progreso se tomaran el trabajo de profundizar la cuestión, es probable que no la tratarían con tanto desdén.

Sea como fuere, nuestro objetivo aquí no es hacer una apología del espiritismo, pues solo pretendemos señalar un hecho comprobado actualmente: la idea espírita ocupa un lugar entre las doctrinas filosóficas, y constituye una opinión cuyos representantes se multiplican de tal modo que sus adversarios son los primeros en proclamarla. La consecuencia natural de esto radica en que los periódicos que sean francamente afines a esta causa, se ganarán la simpatía de sus adherentes, y en que estos son bastante numerosos para compensar ampliamente las pocas deserciones que esos periódicos podrían sufrir, en caso de que eso ocurra.

Desde el punto de vista de la idea espírita, el público se divide en tres categorías: los partidarios, los indiferentes y los antagonistas. Es evidente que los dos primeros constituyen la inmensa mayoría. Los partidarios buscarán los periódicos por afinidad, y los indiferentes estarán satisfechos de encontrar en una discusión imparcial los medios para instruirse acerca de lo que ignoran. En cuanto a los antagonistas, la mayor parte se contentará con no leer los artículos que no les convengan, pero no renunciarán por ese motivo a un periódico que les agrade en otros aspectos, ya sea por sus tendencias políticas, su redacción, sus folletines o la variedad de sus noticias. Por otra parte, los adversarios natos del espiritismo tienen sus periódicos específicos. En suma, es cierto que, en el estado actual de la opinión pública, con eso ganarían más de lo que perderían.

Sin duda nos dirán, y con razón, que la convicción no se impone, y que un periódico, tanto como un individuo, no puede suscribir ideas que no sean las propias. Eso es muy cierto, pero no impide la imparcialidad. Ahora bien, hasta ahora, salvo poquísimas excepciones, los periódicos han abierto sus columnas lo más ampliamente posible a la crítica, a los ataques e incluso a la difamación, contra una clase numerosa de ciudadanos, para que se ponga en ridículo a las personas y se las desprecie, a la vez que mantuvieron esas columnas despiadadamente cerradas para que las personas se defiendan. ¡Cuántas veces la ley las ignoró y no les concedió el derecho de réplica! ¿Habría que recurrir a medidas rigurosas y entablar juicios? Habrían sido miles en los últimos diez años. Nos preguntamos si hay imparcialidad, si hay justicia, por parte de los periódicos que proclaman sin cesar el librepensamiento, la igualdad de derechos y la fraternidad. Comprendemos que se pueda refutar una doctrina cuyos principios no se comparten, y que estos se discutan racionalmente y de buena fe; pero lo que no es justo ni leal es desvirtuarla y hacerle decir lo contrario de lo que afirma, con miras a desacreditarla. Ahora bien, eso es lo que hacen actualmente los adversarios del espiritismo. Admitir la defensa después del ataque, la rectificación de las inexactitudes, no significaría adherir a sus principios, sino ser imparcial y leal. Un periódico podría ir aún más lejos: sin renunciar a sus convicciones, y con la plena reserva de sus opiniones personales, podría admitir la discusión del pro y el contra. De tal modo, pondría a sus lectores en condiciones de evaluar una cuestión que bien vale la pena, por la repercusión que genera a diario.

Por consiguiente, debemos elogiar la imparcialidad del periódico que publicó el artículo del señor Chaigneau, y también a este autor, pues es uno de los primeros en ingresar a

la arena de la publicidad oficial para sostener en ella nuestra causa con la autoridad de un hombre de ciencia. El artículo transcrito más arriba es apenas la introducción de su trabajo. El número del 12 de marzo contiene la primera parte del desarrollo: una exposición científicamente razonada de la historia del espiritismo moderno. Lamentamos que su extensión no nos permita reproducirlo.

CORRESPONDENCIA DEL MÁS ALLÁ

Estudio mediúmnico

Para comprender el hecho principal que aquí se trata, hemos extraído el siguiente pasaje de la carta de uno de nuestros abonados. Además, es una simple y conmovedora expresión del consuelo que los afligidos obtienen en el espiritismo:

“Permitidme que os diga cuánto alivio me ha brindado el espiritismo al otorgarme la certeza de que volveré a ver en un mundo mejor a un ser que amé con un amor sin límites, a un hermano querido, muerto en la flor de la edad. ¡Qué consoladora es la idea de que aquel cuya muerte lloramos sigue a menudo a nuestro lado, sosteniéndonos cuando nos abrumba el peso del dolor, y regocijándose cuando la fe en el porvenir nos permite entrever un reencuentro seguro! Iniciado desde hacía ya algunos años en los admirables preceptos del espiritismo, yo había aceptado todas sus verdades, y me había esforzado por vivir en la Tierra de tal modo que pudiera acelerar mi adelanto. Mis buenas resoluciones habían sido muy sinceras,

pero debo confesar que no poseían los elementos necesarios para fortalecer y conservar mi creencia en la comunicación con los Espíritus, de modo que poco a poco me habitué, no digo a rechazar esa creencia, sino a considerarla con más indiferencia. Ocurre que la desgracia me había resultado desconocida hasta entonces. En estos momentos, cuando Dios quiso enviarme una dolorosa prueba, obtengo en el espiritismo valiosos consuelos, y experimento la necesidad de agradeceros especialmente, porque habéis sido el primer divulgador de esta doctrina sagrada.

”La doctrina del espiritismo no es una simple hipótesis, sino que se apoya en hechos evidentes y que ocurren en presencia de todo el mundo, razón por la cual el consuelo que ofrece no consiste tan solo en la certeza de volver a ver a los seres queridos, sino también y sobre todo en la posibilidad de corresponderse con ellos, así como de ellos recibir saludables enseñanzas”.

Con esta convicción, el hermano vivo le respondió a su hermano muerto con la siguiente carta, que este le había solicitado a través de un médium:

“N..., 14 de marzo de 1865.

”Mi querido hermano:

”Me es imposible decirte cuán feliz me ha hecho leer la carta que tuviste a bien escribirme a través del médium de S... La he compartido con nuestros desdichados padres, a los que afligiste sobremanera cuando nos dejaste de un modo tan inesperado. Ellos me pidieron que te escriba nuevamente y que te pida más detalles acerca de tu existencia actual, a fin de que, mediante las pruebas que te resultará fácil brindarnos, puedan creer en la realidad de la enseñanza de los Espíritus.

Sin embargo, ante todo, acércate a ellos, para inspirarles la resignación y la fe en el porvenir. Llévalos el consuelo que necesitan, pues esta pérdida los ha destrozado. En cuanto a mí, ¡oh! querido hermano, siempre me alegraré cuando te sea permitido enviarme tus noticias. Ahora te ruego nuevos detalles acerca de tu enfermedad, tu muerte y tu despertar en el mundo de los Espíritus. - ¿Cuáles son los Espíritus que acudieron a recibirte cuando ingresaste en el mundo invisible? - ¿Has visto a nuestro abuelo? ¿Es dichoso? - ¿Has visto y reconocido a nuestros parientes fallecidos antes que tú, incluidos los que no conociste en la Tierra? - ¿Has asistido a tu entierro? ¿Qué impresión te causó? Respecto de esa triste ceremonia, te ruego que me des algunos detalles que ayuden a nuestros padres a no dudar de tu identidad. ¿Podrías decirme si algún miembro de nuestra familia podría llegar a ser médium? ¿No desearías comunicarte a través de alguno de nosotros? - No puedo entender que no hayas querido continuar los estudios musicales que cultivabas con tanto entusiasmo en la Tierra. Sería un gran consuelo para nosotros que te propusieras concluir, a través de un médium, los Salmos que habías comenzado a musicalizar en París. - Tú pudiste constatar el inmenso vacío que tu muerte dejó en el corazón de todos nosotros. Te ruego que inspires a nuestros padres el valor necesario para que no sucumban ante esa terrible prueba. Visítalos con frecuencia y transmíteles tus noticias. En lo que a mí respecta, ¡Dios sabe cuánto he llorado! A pesar de mi creencia en el espiritismo, hay momentos en los que no puedo hacerme a la idea de no volver a verte en esta Tierra, en la que daría mi vida a cambio de estrecharte en mi corazón. Adios, mi noble amigo. Piensa cada tanto en aquel cuyos pensamientos están dirigidos constantemente hacia ti, y que haría lo posible para ser digno de

reunirse contigo algún día. Te abrazo y te estrecho en mi corazón.

”Tu hermano afectísimo, B...”

Nota.- En una comunicación precedente, transmitida a los padres a través de otro médium, se había dicho que el joven no quería continuar sus estudios musicales en el mundo de los Espíritus.

Respuesta del hermano muerto al hermano vivo

Aquí estoy, mi buen hermano. Pero me exiges demasiado. Aun con la mejor voluntad, no puedo responder en una sola evocación las numerosas preguntas que me has formulado. No sabes que a veces a los Espíritus les resulta muy difícil transmitir su pensamiento con la ayuda de algunos médiums poco adecuados para recibir con claridad, en su cerebro, la impresión fotográfica de los pensamientos de algunos Espíritus, y que, al desvirtuarlos, les dan una apariencia de falsedad que induce a los interesados al más formal rechazo de la manifestación. Eso es muy poco agradable y apenas profundamente a los que, a falta de instrumentos adecuados, son impotentes para transmitir los signos de identidad suficientes.

Créeme, mi buen hermano, evócame en familia. Y tú mismo, con un poco de buena voluntad y algunos intentos perseverantes, podrás dialogar conmigo cuando gustes. Casi siempre estoy a tu lado, porque sé que eres espírita y confío en ti. Es cierto que la simpatía atrae la simpatía, y que no se puede ser expansivo con un médium al que se ve por primera vez. Con todo, trataré de complacerte.

Mi muerte, que te aflige, fue el término del cautiverio de mi alma. Tu amor, tu solicitud y tu ternura, hicieron que mi exilio en la Tierra fuera leve. Sin embargo, en los momentos más bellos de inspiración musical, yo volvía la mirada hacia las regiones luminosas en las que todo es armonía, entregado a escuchar los acordes lejanos de la melodía celestial que me inundaba con sus dulces vibraciones. ¡Cuántas veces me sumergí en esas ensoñaciones extáticas, a las que debo el éxito de los estudios musicales que continúo aquí! Sería un extraño error suponer que la aptitud individual se pierde en el mundo espírita. Por el contrario, se perfecciona, para luego conducir ese perfeccionamiento hacia los planetas en que los Espíritus son llamados a vivir.

¡No lloréis más, queridos padres! ¿Para qué sirven las lágrimas? Para inquietar y desalentar a las almas. Fui el primero en partir, pero vosotros vendréis a mi encuentro. ¿Acaso esta certeza no es bastante poderosa para consolaros? La rosa, que impregna al roble con sus perfumes, muere como yo, después de haber vivido poco, para tapizar el suelo con sus pétalos marchitos. Pero el roble muere a su vez, y corre la misma suerte de la rosa a la que ha llorado, y cuyos vivos colores se armonizaron con su oscuro follaje.

Un tiempo más, y estaréis conmigo. Entonces, cantaremos la canción de las canciones, y alabaremos a Dios en sus obras; porque seremos felices, juntos, si os resignáis ante la prueba que os hace sufrir.

Aquel que fue tu hermano en la Tierra, y que te ama siempre.

B...

Esta comunicación contiene varias enseñanzas importantes. La primera radica en la dificultad que el Espíritu encontraba para expresarse con la ayuda del médium de que disponía. Conocemos personalmente a ese médium, cuya facultad da muestras de fuerza y flexibilidad desde hace tiempo, sobre todo en el caso de las evocaciones particulares. Es uno de esos médiums a los que podemos denominar seguros y bien asistidos. Entonces, ¿a qué se debe ese impedimento? Ocurre que la facilidad de las comunicaciones depende del grado de afinidad fluídica que existe entre el Espíritu y el médium. De tal modo, cada médium cuenta con mayor o menor aptitud para recibir la impresión o *impulsión* del pensamiento de tal o cual Espíritu. Puede ser un buen instrumento para uno, y un mal instrumento para otro, sin que eso desmerezca en modo alguno sus cualidades, puesto que esa condición es más orgánica que moral. Por consiguiente, los Espíritus buscan de preferencia los instrumentos con los cuales puedan vibrar al unísono. Imponerles a cualquiera, y suponer que podrían valerse de ellos indistintamente, sería como obligar a un pianista a que toque el violín por el solo hecho de que, como sabe música, debe ser capaz de tocar todos los instrumentos.

Sin esa armonía, que es lo único que puede generar la asimilación fluídica, *tan necesaria en la tiptología como en la escritura*, las comunicaciones resultan imposibles, incompletas o falsas. Si el Espíritu evocado no puede manifestarse libremente, no faltarán otros que siempre estarán dispuestos a aprovechar la ocasión, y a los que les importa muy poco la verdad de lo que dicen. Esa asimilación fluídica entre los Espíritus y los médiums a veces resulta completamente imposible. Otras veces, y es lo más frecuente, solo se establece gradualmente y con el tiempo, lo cual explica por qué los Espíritus que tienen

la costumbre de manifestarse a través de un médium determinado lo hacen con más facilidad, y por qué las primeras comunicaciones presentan casi siempre cierta dificultad y son menos explícitas.

Por consiguiente, tanto la teoría como la experiencia demuestran que no existen médiums universales para las evocaciones, como tampoco con aptitud para todos los géneros de manifestaciones. El médium que pretendiera recibir a voluntad y en un momento preciso las comunicaciones de cualquier Espíritu, a fin de satisfacer el legítimo deseo de las personas que esperan conversar con sus seres queridos, daría muestras de un desconocimiento profundo de los principios más elementales de la ciencia espírita, o bien de charlatanismo, y en todos los casos una presunción incompatible con las cualidades esenciales de un buen médium. Pretender tal cosa era aceptable en otra época, pero en la actualidad los progresos de la ciencia espírita, teórica y práctica, demuestran que en principio eso no es posible. Cuando un Espíritu se comunica por primera vez con un médium, y lo hace sin ninguna dificultad, esto se debe a que existe una afinidad fluídica excepcional, o anterior, entre ese Espíritu y su intérprete.

Por lo tanto, es un error imponerle un médium al Espíritu que se pretende evocar. Es necesario dejar que este elija su instrumento. Con todo —nos preguntarán—, ¿cómo hay que proceder cuando se dispone de un solo médium, lo cual es muy frecuente? En primer lugar, conformarse con lo que se tiene, y prescindir de lo que no se tiene. La ciencia espírita no puede modificar las condiciones normales de manifestación, así como la química no puede modificar la combinación de los elementos.

No obstante, existe una manera de atenuar la dificultad. En principio, cuando se trata de una evocación nueva, el médium siempre debe evocar previamente a su guía espiritual, y preguntarle si esa evocación es posible. En caso afirmativo, se le preguntará al Espíritu evocado si encuentra en ese médium la aptitud necesaria para recibir y transmitir su pensamiento. Si eso es imposible o existe alguna dificultad, se le pedirá que lo haga a través del guía del médium, o bien que reciba la asistencia de dicho guía. En ese caso, el pensamiento del Espíritu evocado solo llega de segunda mano, es decir, después de haber atravesado dos medios. Se comprende entonces cuán importante es que el médium esté bien asistido, porque si lo asiste un Espíritu obsesor, ignorante u orgulloso, la comunicación resultará distorsionada. Aquí las cualidades personales del médium desempeñan forzosamente un papel importante, debido a la naturaleza de los Espíritus que atrae hacia sí. Los médiums más indignos pueden tener facultades poderosas, pero los más seguros son los que agregan a ese poder las mejores simpatías en el mundo invisible. Ahora bien, esas simpatías no están garantizadas *en absoluto* por los nombres más o menos célebres con que los Espíritus firman las comunicaciones, sino por la naturaleza constantemente buena de las comunicaciones que esos médiums reciben.

Estos principios se basan a la vez en la lógica y en la experiencia. Las propias dificultades que ofrecen, demuestran que la práctica del espiritismo no debe tomarse a la ligera.

Otro hecho se destaca también de la comunicación precedente: la confirmación del principio según el cual los Espíritus inteligentes continúan en la vida espiritual los trabajos y los estudios que emprendieron en la vida corporal.

De tal modo, en las comunicaciones que publicamos, damos preferencia a aquellas de las que puede resultar una enseñanza útil.

En cuanto a la carta del hermano vivo a su hermano muerto, la misma constituye una ingenua y conmovedora expresión de la fe sincera en la supervivencia del alma, en la presencia de nuestros seres queridos desencarnados, así como en la posibilidad de continuar las relaciones de afecto que nos unieron a ellos.

No cabe duda de que los incrédulos se reirán de esto, pues lo consideran una creencia pueril. Por más que se esfuercen, la nada que predicán nunca tendrá el menor encanto para las masas, porque destruye el corazón y los afectos más sagrados. En vez de abrigar, hiela. En vez de fortalecer y consolar, espanta y desespera.

Como sus diatribas contra el espiritismo se apoyan en esa lamentable doctrina de la nada, no debe asombrarnos su impotencia para alejar a las masas de las nuevas ideas. Entre una doctrina desesperante y una doctrina consoladora, la elección de la mayoría no podría ser dudosa.

Después de la terrible catástrofe de una iglesia en Santiago de Chile, en 1864, se encontró entre los restos una urna en la que los fieles depositaban las cartas que escribían a la Virgen santa. ¿Podría establecerse una paridad entre esas cartas, que inspiraron la locuacidad de los burlones, y la carta publicada aquí? Por cierto que no. Sin embargo, el error no era de los que creían en la posibilidad de corresponderse con el otro mundo, sino de los que explotaban esa creencia brindando respuestas a cambio del dinero que los fieles dejaban junto con las cartas. Son pocas las supersticiones cuyo punto de partida no sea una verdad desvirtuada por la ignorancia.

Acusado de resucitar esas supersticiones, el espiritismo, por el contrario, acude para reducirlas a su justo valor.

El poder curativo del magnetismo espiritual

Espíritu del doctor Demeure

En nuestro artículo del mes precedente acerca del doctor Demeure, rendimos un justo homenaje a sus eminentes cualidades como hombre y como Espíritu. El siguiente hecho es una nueva prueba de su benevolencia, y confirma a la vez el poder curativo de la magnetización espiritual.

Nos escriben desde Montauban:

“El Espíritu del buen Demeure, que amplió el número de los amigos invisibles que nos cuidan moral y físicamente, ha querido manifestarse desde los primeros días como un benefactor. Nuestros hermanos de Montauban aún no habían recibido la noticia de su muerte, pero él ya había emprendido la curación de uno de ellos, directa y espontáneamente, a través del magnetismo espiritual, tan solo con la acción fluídica. Ya veis que no perdió el tiempo, y que continuó como Espíritu – como vos decís– su obra de alivio de la humanidad sufriendora. Con todo, aquí debemos hacer una importante distinción. Algunos Espíritus continúan dedicándose a sus ocupaciones terrestres sin tener conciencia de su nuevo estado, pues consideran que siguen vivos. Eso es característico de los Espíritus poco adelantados. En cambio, el señor Demeure se reconoció

de inmediato, y obró voluntariamente como Espíritu, con la conciencia de que en ese estado tenía mayor poder.

Nosotros habíamos decidido ocultarle la muerte del señor Demeure a la señora G..., médium vidente y sonámbula muy lúcida, a fin de cuidar su extrema sensibilidad; de modo que el buen Doctor, sin duda enterado de nuestro propósito, había evitado manifestarse ante ella. El 10 de febrero último, nos hallábamos reunidos por invitación de nuestros guías, quienes –según nos dijeron– intentarían aliviar a la señora G... de un esguince que la hacía sufrir cruelmente desde la víspera. Solo sabíamos eso, y estábamos lejos de imaginar la sorpresa que nos habían reservado. Tan pronto como esa señora entró en estado de sonambulismo, comenzó a emitir gritos desgarradores, señalando su pie. Esto es lo que ocurrió:

La señora G... veía un Espíritu inclinado sobre su pierna, pero no lograba distinguir su rostro, pues se mantenía oculto. Le aplicaba fricciones y masajes, y de vez en cuando ejercía sobre la parte enferma una tracción longitudinal, tal como lo hubiera hecho un médico. La operación era tan dolorosa que por momentos la paciente se dejaba llevar por las vociferaciones y los movimientos desordenados. De todos modos, la crisis no duró demasiado. Al cabo de diez minutos, el esguince había desaparecido por completo, no había inflamación, y el pie había recuperado su apariencia normal. La señora G... estaba curada.

Cuando consideramos que, para curar completamente una afección de este tipo, los magnetizadores mejor dotados y más expertos –sin hablar de la medicina oficial, que no termina nunca– aplican un tratamiento cuya duración nunca puede ser menor a treinta y seis horas, dedicando tres sesiones por día, de una hora cada uno, resulta que esta curación de

diez minutos, a través del fluido espiritual, bien puede considerarse instantánea, y con mayor razón porque —como lo dice el propio Espíritu en una comunicación que encontraréis más adelante— se trató de una primera experiencia de su parte con miras a una aplicación ulterior en caso de que fuera exitosa.

Entretanto, la médium no lograba reconocer al Espíritu, que insistía en ocultar su rostro. Incluso daba la impresión de que este pretendía retirarse, cuando de repente nuestra enferma —que minutos antes no podía dar siquiera un paso— se puso de pie y avanzó caminando hasta el medio de la sala, para estrechar la mano de su doctor espiritual. Por su parte, el Espíritu le extendió la mano para saludarla, y dejó ver su rostro. En ese momento, la señora G... dio un grito y cayó desvanecida. Había reconocido al doctor Demeure en el Espíritu curador. Durante el desmayo, recibió diligentes cuidados de varios Espíritus simpáticos. Una vez que recuperó la lucidez sonambúlica, la señora G... conversó con los Espíritus y les estrechó cálidamente las manos, en especial al Espíritu del doctor, que le devolvió las expresiones de afecto envolviéndola con un fluido reparador.

Esta escena, ¿no es acaso conmovedora y dramática? ¿No da la impresión de que todos sus personajes desempeñan su papel en la vida humana? ¿No es una prueba entre mil, de que los Espíritus son seres muy reales, que tienen un cuerpo y obran como lo harían en la Tierra? Estábamos felices de volver a encontrarnos con nuestro amigo espiritualizado, con su excelente corazón y su delicada solicitud. En vida, él había sido el médico de la médium. Conocía su extrema sensibilidad, y la había cuidado como a su propia hija. Esta prueba de identidad, que el Espíritu presentó a quienes amaba, ¿no es impactante y adecuada para que la vida futura se considere con un aspecto más consolador?

Esta es la comunicación que recibimos del doctor Demeure, al día siguiente de la sesión:

“Mis queridos amigos, estoy junto a vosotros y os amo tanto como en el pasado. ¡Cuán feliz me hace comunicarme con los que amo! ¡Soy tan feliz como ayer, cuando pude ser útil aliviando a nuestra querida médium vidente! Fue una experiencia que me servirá y que pondré en práctica en el futuro, toda vez que se presente una ocasión favorable. Su hijo está muy enfermo actualmente, pero confío en que pronto lo curaremos. Eso le dará valor para que persevere en el estudio del desarrollo de su facultad. (En efecto, el hijo de la señora G... fue curado de una angina diftérica a través de un tratamiento homeopático que el Espíritu le prescribió.)

”Más adelante, os brindaremos la oportunidad de presenciar fenómenos que aún no conocéis, y que serán de mucha utilidad para la ciencia espírita. Me complacerá intervenir directamente en esas manifestaciones que tanto me hubiera gustado ver en vida. Gracias a Dios, ahora puedo observarlas de una manera muy particular, lo cual me demuestra claramente la verdad de lo que ocurre entre vosotros. Creedme, queridos amigos, que para mí es una satisfacción ser útil a mis semejantes y ayudarlos a propagar esas bellas verdades que deben transformar el mundo y despertar en él mejores sentimientos. Adiós, amigos míos. Hasta la vista”.

ANTOINE DEMEURE

¿No es curioso ver que un Espíritu, que ya era científico en la Tierra, realiza como Espíritu estudios y experiencias para adquirir una mayor habilidad en el alivio de sus semejantes? En esta declaración existe una loable modestia, que le confiere

un auténtico mérito, puesto que los Espíritus pseudocientíficos por lo general son presuntuosos.

El último número de la *Revista Espírita* cita una comunicación del señor Demeure, dictada en Montauban, el 1.º de febrero. En realidad, la dictó el 26 de enero. Considero que esa fecha tiene cierta importancia, porque es la del día siguiente al de su muerte. En el décimo párrafo, dice: “gozo de una singular lucidez entre los Espíritus que se desprendieron de la materia tan poco tiempo atrás”. Esa lucidez demuestra, en efecto, una rapidez de desprendimiento que caracteriza a los Espíritus muy adelantados moralmente.

Observación.- La curación referida más arriba es un ejemplo de la acción del magnetismo espiritual puro, sin ninguna combinación con el magnetismo humano. Ocurre que a veces los Espíritus se valen de médiums especiales, que actúan como conductores de sus fluidos. Son los *médiums curadores* propiamente dichos, cuya facultad presenta grados muy diversos de energía, según la aptitud personal y la naturaleza de los Espíritus que los asisten. Conocemos en París a una persona que desde hacía ocho meses sufría de una exostosis de cadera y rodilla, que le causaba grandes dolores y la obligaba a guardar cama. Un joven amigo, dotado de esa valiosa facultad, lo aliviaba con la sola imposición de las manos sobre la cabeza durante algunos minutos, más las plegarias con las que el enfermo contribuía con un fervor edificante. Este último sufría en ese momento una crisis muy dolorosa, semejante a la de la señora G..., y a la que de inmediato le seguía una calma absoluta. En ese momento, sentía la impresión enérgica de varias manos que masajeban y estiraban la pierna, y podía verse que esta se alargaba entre 10 y 12 centímetros. Su mejoría ha sido notable, y ya comenzó a caminar. No obstante,

la antigüedad y la gravedad del mal hacen que la cura sea necesariamente más difícil y lenta que la de un simple esguince.

Debemos señalar que, hasta donde sabemos, la mediumnidad curativa aún no se ha presentado con caracteres de generalidad y universalidad, sino que, por el contrario, se mantiene restringida en su aplicación, es decir, que el médium ejerce una acción más poderosa sobre algunos individuos que sobre otros, y no puede curar todas las enfermedades. Se comprende que así debe ser desde el momento en que se conoce el papel fundamental que desempeñan las afinidades fluídicas en todos los fenómenos de mediumnidad. Ocurre incluso que algunas personas solo la ejercen accidentalmente y en un caso determinado. Por lo tanto, sería un error suponer que, porque se ha obtenido una cura —incluso si esta ha sido difícil—, se puede obtener la totalidad de ellas, debido a que el fluido propio de algunas enfermedades es refractario al fluido del médium. La cura resulta más fácil en la medida en que la asimilación de los fluidos se opera naturalmente. Además, es asombroso ver que algunas personas frágiles y delicadas ejercen una acción poderosa sobre individuos fuertes y robustos. Esto se debe a que tales personas son buenas conductoras del fluido espiritual, mientras que hombres vigorosos pueden ser muy malos conductores, pues solo cuentan con su fluido personal, fluido humano, que nunca tiene la pureza y el poder reparador del fluido depurado de los Espíritus buenos.

Según esto, se comprenden las causas principales que se oponen a que la mediumnidad curativa se convierta en una profesión. Para que eso ocurra, habría que estar dotado de una facultad universal. Ahora bien, tan solo los Espíritus encarnados del orden más elevado podrían poseerla en ese nivel. Presumir de tal cosa, incluso ejerciendo dicha facultad con desinterés

y por pura filantropía, constituiría una demostración de orgullo que, de por sí, sería una señal de inferioridad moral. La auténtica superioridad es modesta, hace el bien sin ostentación, y se oculta en vez de lucirse. El renombre va en busca de ella y la descubre, en tanto que el presuntuoso corre detrás del renombre, que casi siempre se le escapa. Jesús decía a aquellos a los que había curado: “Ve, da gracias a Dios y no se lo digas a nadie”. Esa es una gran lección para los médiums curadores.

Recordemos aquí que la mediumnidad curativa se encuentra exclusivamente en la acción fluídica más o menos instantánea, y que no se la debe confundir con el magnetismo humano ni con la facultad que tienen algunos médiums de recibir por parte de los Espíritus indicaciones de remedios. Estos últimos son simplemente *médiums médicos*²², así como otros son médiums poetas o dibujantes.

CONVERSACIONES FAMILIARES DE ULTRATUMBA

Pierre Legay, alias “Grand-Pierrot”

(Continuación.- Véase la *Revista Espírita*
de noviembre de 1864.)

Pierre Legay, pariente de la señora Delanne, nos ha presentado el singular espectáculo de un Espíritu que, dos años después de su muerte, aún se consideraba con vida, atendía sus

22. Véase el ejemplo de la condesa de Clérambert, en la *Revista Espírita* de octubre de 1867. (N. del T.)

negocios, viajaba en coche, pagaba su boleto de tren, visitaba París por primera vez, etc. Ahora presentamos la conclusión de este caso, que será difícil de comprender si no se conocen sus detalles, registrados en la *Revista Espírita* de noviembre de 1864, página 339.

El señor y la señora Delanne habían intentado inútilmente sacar del error al Espíritu de este pariente. Su guía espiritual les había dicho que esperaran, pues aún no era el momento.

El primer día del mes de marzo último, dirigieron a su guía la siguiente pregunta:

P. Después de la última visita de Pierre Legay, mencionada en la *Revista Espírita*, ya no pudimos obtener ninguna respuesta de su parte. En tal sentido, tú nos habías dicho que, cuando fuera el momento, él mismo nos transmitiría sus impresiones.

R. Así es, mis queridos. Ha llegado el momento. Él podrá responderos y os proporcionará varios temas de estudio y aprendizaje. Dios tiene sus planes.

P. (A Pierre Legay.) Querido amigo, ¿estás ahí?

R. Sí, amigo mío.

P. ¿Comprendes el motivo por el cual hoy te evoco?

R. Sí, porque junto a mí hay amigos que me han instruido acerca de las cosas asombrosas que ocurren en la Tierra en este momento. ¡Dios mío, qué extraño es todo esto!

P. Dices que hay amigos que te acompañan e instruyen. ¿Puedes decirnos quiénes son?

R. Sí, son amigos, pero los conocí apenas cuando *me desperté*. Porque, ¿sabías que *yo estaba dormido*? Denomino *dormir* a lo que tú llamas *morir*.

P. ¿Puedes decirnos los nombres de algunos de esos amigos?

R. A mi lado hay constantemente un hombre, al que yo debería considerar un ángel, porque es tan amoroso, tan bueno y bello, que pienso que los ángeles deben ser todos *así*. Luego está Didelot (el padre de la señora Delanne). Y tus padres, amigo mío. ¡Oh! ¡Qué buenos son! También, ¡ah! qué gracioso es encontrarnos, está nuestra hermana superiora. Ella, por ejemplo, es siempre la misma; no ha cambiado. ¡Qué curioso es todo esto! (*Nota.* La hermana que el Espíritu menciona vivía en la comuna de Treveray, y había impartido las primeras lecciones a la señora Delanne. Se había manifestado una sola vez, tres años antes.) ¡Vaya! Tú también, *jardinero!* (nombre que daban a un tío de la señora Delanne, y que nunca se había manifestado). Pero ¡qué tonto soy! Si estamos en casa de tu sobrina. Me alegro de verte. Aquí me siento a gusto; porque, ¡palabra de honor!, desde hace un tiempo me traslado no sé cómo: voy más rápido que el ferrocarril, y recorro el espacio sin entender de qué modo. ¿Tú eres como yo, Dide-lot? Me da la impresión de que a él todo esto le resulta muy normal; como si ya estuviera acostumbrado. Por otra parte, lo está hace mucho más tiempo que yo (había muerto hacía seis años), y comprendo que esté menos sorprendido. Pero ¡qué gracioso! ¡Es muy gracioso! Dime, querido primo, pues sabes que contigo estoy a gusto. Dime, francamente, ¿qué es eso que se denomina *morir*?

Señor DELANNE: Morir, amigo mío, es dejar el cuerpo denso de la Tierra, a fin de que el alma experimente el desprendimiento necesario para entrar en la vida real: la gran vida del Espíritu. Así es, querido amigo, tú estás en ese mundo aún desconocido por muchos hombres de la Tierra. Acabas de sa-

lir del letargo o adormecimiento que sigue a la separación del cuerpo y el alma. Puedes ver a tu ángel de la guarda, y a los amigos que te acompañan. Ellos son quienes te trajeron hasta aquí, para demostrarte la inmortalidad y la individualidad de tu alma. Debes sentirte dichoso, porque ahora ves que la muerte es la vida. También por eso atraviesas el espacio con la rapidez del rayo, y puedes conversar con nosotros en París, como si tuvieras un cuerpo material semejante al nuestro. Pero ya no tienes ese cuerpo. Ahora solo cuentas con una envoltura fluídica y ligera que ya no te retiene en la Tierra.

PIERRE LEGAY: Peculiar expresión: *¡morir!* Pero entonces hay que dar otro nombre a ese momento en que el alma deja su cuerpo en la Tierra, porque ese instante no es el de la muerte... Ahora recuerdo... Apenas se habían soltado los lazos que me retenían en el cuerpo, y mis padecimientos, en vez de disminuir, no hacían más que incrementarse. Veía a mis hijos, que se peleaban para recibir la parte que le tocaba a cada uno. Veía que descuidaban las tierras que yo les había dejado, y entonces *me puse a trabajar* con más fuerzas que nunca. Ahí estaba yo, lamentándome de ver que no me comprendían. Por lo tanto, *no estaba muerto*. Te aseguro que experimentaba los mismos pesares y el mismo cansancio que con mi cuerpo, pero ya no lo tenía. Explícame eso. Si eso es morir, se trata de una graciosa manera de hacerlo. Dime lo que piensas al respecto, y luego te diré lo que yo pienso, porque ahora estos buenos amigos tienen la bondad de enseñármelo. ¡Vamos, primo, dime lo que piensas!

Señor DELANNE: Amigo mío, cuando los Espíritus dejan el cuerpo, se mantienen envueltos en un segundo cuerpo, como ya te dije. Ese cuerpo es fluídico, y nunca lo pierden. De tal modo, con ese cuerpo, vosotros pensáis que trabajáis

como lo hacíais en vida. Podéis purificar ese cuerpo semimaterial mediante vuestro adelanto moral. Y si la palabra *muerte* no os parece adecuada para definir ese momento, llamadlo *transformación* si queréis. Si tuvisteis que sufrir cosas que os resultaron penosas, eso se debe a que vosotros mismos, en vida, tal vez os mantuvisteis un tanto apegados a las cuestiones materiales, descuidando las cuestiones espirituales que eran importantes para vuestro porvenir. (Él no estaba muy interesado en eso.) Se trata de un leve castigo que Dios os impone para que rescatéis vuestras faltas, al facilitaros los medios para que os instruyáis y abráis los ojos a la luz.

PIERRE LEGAY: ¡Vaya, amigo mío! Ese momento no debe llamarse *transformación*, porque el Espíritu no se transforma tan rápidamente si no se lo auxilia de inmediato, a través de la plegaria, para que se reconozca, y si no se lo esclarece respecto de su verdadera situación, ya sea orando por él, como acabo de decir, o bien evocándolo. Por eso *hay tantos Espíritus, como el mío, que se mantienen estacionarios*. Para los Espíritus de mi categoría hay *transición*, pero no *transformación*. No se dan cuenta de lo que les ocurre. Yo arrastraba mi cuerpo, o mejor dicho, creía arrastrarlo, con el mismo esfuerzo y los mismos males que en la Tierra. Cuando fui separado de mi cuerpo, ¿sabes lo que sentí? Lo mismo que se siente después de una caída que te aturde unos momentos; o mejor dicho, después de un desmayo, del que te recuperan con vinagre. Me *desperté* sin darme cuenta de que el cuerpo me había dejado. Vine a París, aquí donde estoy, pensando que lo había hecho en carne y hueso, y tú no habrías podido convencerme de lo contrario *si de hecho no estuviera muerto*.

En efecto, se muere, pero no en el momento en que se deja el cuerpo, sino cuando el Espíritu, al *reconocer su verda-*

dera situación, es presa de una especie de vértigo. Ya no comprende lo que le dicen, y no ve de la misma manera las cosas que le muestran. Entonces, se perturba. Al notar que ya no lo comprenden, comienza a buscar y, como quien se queda ciego de repente, pide ayuda a un guía que no aparece de inmediato, como es lógico. Es necesario que permanezca un tiempo entre tinieblas, donde todo le resulta confuso. Está perturbado, y hace falta que el deseo lo impulse con ardor a suplicar la luz, una luz que solo se le otorgará cuando haya finalizado la agonía y llegue la hora de la liberación. Entonces, querido primo, en ese momento el Espíritu se encuentra en el *instante de la muerte*, porque ya no puede reconocerse. Te repito que, para salir de ese estado, necesita el auxilio de la plegaria; y recién entonces, cuando sobreviene la hora de la liberación, es posible emplear la palabra *transformación* para los Espíritus de mi categoría.

¡Oh! gracias por vuestras buenas plegarias. Gracias, amigo mío. Sabéis cuánto os he amado, y a partir de ahora os amaré mucho más. Continúad orando a favor de mi progreso. Dad las gracias de mi parte al hombre que ha sabido descubrir estas sagradas verdades, que tantos otros antes que él optaron por despreciar. Sí, dadle gracias por haber sumado mi nombre al de tantos otros. Oró por mí al leer algunas de las líneas que yo os había dictado. Gracias también a todos los que oraron por mí, pues actualmente, gracias a las plegarias, he llegado a comprender su alcance. Cuando regrese, trataré de seros útil.

Esto es lo que tenía para deciros, y quedaos tranquilos. Ahora ya no tengo que preocuparme por el dinero, sino que dispongo de todo mi tiempo para vosotros.

¿Será que este cambio os sorprende mucho? Pues bien, de aquí en más, así será, porque ahora veo muy claramente, allá y desde muy lejos.

PIERRE LEGAY

Observación.- El nuevo estado en que se encuentra Pierre Legay desde de que dejó de creer que estaba en este mundo, puede ser considerado un segundo despertar del Espíritu. Esta situación se relaciona con la gran cuestión de la *muerte espiritual*, que es objeto de estudio en este momento. Agradecemos a los espíritas que, al leer nuestro relato, comenzaron a orar por este Espíritu. Podrán notar que él tomó conocimiento de eso y que le hizo muy bien.

Manifestaciones espontáneas de Marsella

Las manifestaciones de Poitiers²³ continúan actualmente en Marsella. ¿Habrà que concluir de ahí que los supuestos bromistas de mal gusto, a los cuales no se pudo descubrir en aquella ciudad, ahora se trasladaron a esta, donde tampoco los encuentran? Debemos convenir en que se trata de mistificadores muy hábiles para frustrar de tal modo las investigaciones de la policía y de cuantos están interesados en atraparlos.

La Gazette du Midi, del 5 de marzo, contiene al respecto esta breve noticia:

23. Véase la *Revista Espírita* de febrero, marzo y mayo de 1864, y mayo de 1865. (N. del T.)

“Durante el día viernes, el barrio Chave estuvo conmocionado, y en el boulevard de ese nombre, numerosos grupos se detuvieron en las proximidades de la casa del n.º 80. Corría el rumor de que en esa casa ocurrían escenas extrañas, que habían ahuyentado a los moradores de aquel inmueble embrujado. Dicen que los fantasmas se paseaban por el lugar. A determinada hora, se escuchaban ruidos extraños, y manos invisibles golpeaban los muebles, al igual que la vajilla y la batería de cocina. Se requirió la intervención de la policía para mantener el orden en medio de esos grupos que no paraban de llegar. En tal sentido, lo razonable parece ser que la casa en cuestión no es por lo visto suficientemente sólida, pues está construida en un terreno minado por las aguas. Algunos ruidos, que el miedo convirtió en juegos de brujas, deben de haber motivado los rumores que no tardarán en desaparecer”.

CAUVIÈRE

Transcribimos aquí el relato circunstanciado que nos llega a través del doctor Chavaux, de Marsella, con fecha del 14 de marzo:

“Hace aproximadamente quince días, tuve el honor de comunicaros algunos detalles acerca de las manifestaciones que se producen desde hace más de un mes en la casa del n.º 80 del boulevard Chave. En ese momento, solo os referí lo que me contaron al respecto, pero ahora os transmito lo que yo mismo vi y escuché.

”Tras obtener el permiso para visitar la casa, el viernes 10 de marzo me dirigí al apartamento del primer piso, ocupado por la señora A... y sus dos hijas, una de ocho y otra de dieciséis años de edad. En un momento determinado, se sintió una

fuerte detonación dentro de la casa, seguida de otras nueve en el transcurso de tres cuartos de hora. Cuando se produjo la segunda detonación, cuyo origen parecía ser el interior de la sala donde nos encontrábamos, pude ver que se formaba una ligera humareda, seguida de un intenso olor a pólvora. Luego de la octava detonación, llegó la señora R..., y dijo que sentía olor a pólvora, lo cual me satisfizo, porque era la prueba de que mi imaginación no tenía nada que ver con el fenómeno.

”El lunes 13, me dirigí a la casa nuevamente, a las ocho y media de la noche. A las nueve, se escuchó la primera detonación, y en el transcurso de una hora ocurrieron treinta y ocho. La señora C... dijo: ‘Si esos ruidos se deben a los Espíritus, que provoquen dos más, para que sean cuarenta’. En ese momento, se escucharon las dos detonaciones, una tras otra, con un ruido ensordecedor. Nos miramos sorprendidos unos a otros, e incluso aterrados. Luego, la señora C... dijo: ‘Ahora comienzo a entender que en este asunto hay Espíritus involucrados. Para convencerme del todo, me gustaría que los Espíritus dieran otros diez estruendos, para que sean cincuenta’. Las diez detonaciones se produjeron en menos de un cuarto de hora.

”Algunas de las detonaciones tienen la fuerza de un cañón de pequeño calibre que es disparado en medio de una casa. Las puertas y las ventanas tiemblan, al igual que las paredes y los pisos. Los objetos colgados de las paredes se sacuden bruscamente. Podría decirse que toda la casa se estremece y va a derrumbarse. Pero eso no ocurre. Después de los estruendos, no queda siquiera una grieta. No hay nada estropeado y todo vuelve a la calma habitual. Esas detonaciones ocurren con intervalos de uno a cinco minutos, o bien se su-

ceden una tras otra hasta seis veces. La policía se hizo presente y no descubrió nada.

”Esta es, querido amigo, toda la verdad y nada más que la pura verdad.

”Aceptad, etc.”

CHAVAUX, D. M. P.

24, rue du Petit Saint-Jean

Otra carta, del 17 de marzo, contiene lo que sigue:

“Ayer pasamos parte de la noche en la casa del boulevard Chave, n.º 80. Éramos siete personas. Las detonaciones comenzaron a las once, con un intervalo de diez minutos. Contamos veintidós. Pudimos compararlas con las de una pequeña pieza de artillería, y se escuchaban a gran distancia de la casa. Dicha casa es sólida y está en muy buenas condiciones, al contrario de lo que afirma *La Gazette du Midi*.

”Me han informado que ayer a la noche se produjeron cuatro detonaciones en otra casa del mismo boulevard, y que fueron más fuertes que las primeras.

”Recibid, etc.”

CARRIER

Algunos nos dirán: —El caso está completamente resuelto, pues se ve el humo y se siente el olor a pólvora, ¿cómo no reconocéis el medio empleado por los mistificadores?

—Por nuestra parte, pensamos que unos mistificadores que se valen de pólvora para producir, durante más de un mes, semejantes detonaciones dentro de un apartamento lle-

no de testigos, y que acceden a reiterarlos conforme al deseo de estos, no deben de estar ni muy lejos ni bien escondidos. En tal caso, ¿por qué no los descubrieron?

—Pero entonces, ¿de dónde sale el olor a pólvora?

—Esa es otra cuestión, que habremos de tratar en su momento. Por lo pronto, las detonaciones son un hecho, y ese hecho tiene una causa. ¿Vosotros la atribuíis a la malicia? Buscad, pues, a los malvados.

POESÍAS ESPÍRITAS

El espiritismo

El espiritismo es el desarrollo
del Evangelio, la extensión y la
expansión de la vida.

¡Es cierto, entonces! Su sombra querida
a mis poesías acude a infundir emoción,
y penetra con embriaguez sin medida
la onda dichosa de mi inspiración.

Como un reflejo efusivo en mi alma,
su noble espíritu, de claridades radiantes,
ilumina mis días con invisible llama,
y llena mis noches con sueños vibrantes.

Ya de los Cielos, si invoco a las edades,
me trae un recuerdo su soplo puro,
y del presente disipando las nubosidades,
sale del pasado para renovar el futuro.

Niña —me dice—, la Tierra he dejado,
de nuevo encontrarás como en días idos,
a aquel que fuera tu padre, a tu lado,
y en nuestros corazones, eternos latidos.

MARIE-CAROLINE QUILLET

Miembro de la Sociedad de Escritores
Pont-l'Évêque (Calvados)

La señora Quillet, autora de *Églantine solitaire*, acaba de publicar un encantador librito con el título: *Una hora de poesía*²⁴, que será valorado por los amantes de los buenos versos. Dado que esta obra es ajena a la doctrina espírita, si bien no la contraría en absoluto, su reseña no se corresponde con la especialidad de nuestra *Revista*. Nos limitaremos a decir que la autora demuestra el hecho de que, contrariamente a la opinión de algunos de sus colegas escritores, se puede ser talentoso y creer en los Espíritus a la vez.

Respecto de una de las comunicaciones de la señora Foulon, publicada en el número de marzo, la señora Quillet nos escribió lo siguiente:

“La señora Foulon piensa que los hombres no comprenderían la poesía del espiritismo. Desde su punto de vista lu-

24. Un volumen in-18; precio: 3 francos. Librería Delahais, en Pont-l'Évêque.

minoso, debe de tener razón. No cabe duda de que los poetas sienten sus alas pesadas a causa de las tinieblas de nuestra atmósfera. Sin embargo, el instinto y la doble vista de que están dotados, acuden en auxilio de su inteligencia. Por mi parte, considero que todos son convocados, según sus aptitudes, a la gran tarea de la renovación terrestre: los poetas y los filósofos, mediante la inspiración de los Espíritus; los mártires y los trabajadores, mediante el genio de los filósofos y los versos del poeta. Es cierto que esos versos no son más que un suspiro. Pero en el exilio los suspiros son la base y el complemento del concierto”.

En apoyo de esas palabras, ella agrega las siguientes estrofas:

A los poetas

Despertad, apóstoles y poetas;
 escuchad el oráculo de los tiempos.
 El aire se llena con un soplo de profetas,
 y el hosanna retumba en los vientos.

El Sinaí se ha cubierto de nubes densas;
 el Etna ruge con el horror de sus fuegos;
 pero el Eterno dispersa las tormentas,
 y para la Tierra ilumina los cielos.

La verdad de la parábola trasciende;
 nuestras frentes besa su puro resplandor;
 de un nuevo día el símbolo enciende,
 y a la fe con sus rayos infunde calor.

Fe, amor, el verdadero sol de las almas,
a los más oscuros derrama claridad;
y de su disco alimenta las llamas,
para el trabajo y la caridad.

Acudid, mártires, con versos sublimes;
abrid el camino a los que luchan por la luz.
En todos los vientos, en las cimas más nobles,
id e implantad la humilde cruz de Jesús.

La señora Quillet está en lo cierto cuando dice que todos son convocados a la obra de la renovación terrestre. Nadie discute la influencia de la poesía, pero ella se equivoca respecto del pensamiento de la señora Foulon, cuando esta dice: “El entusiasmo invadió mi alma, y espero que pase un poco para hablaros acerca del espiritismo serio, y no del espiritismo poético, que no es bueno para los hombres, pues no lo comprenderían”. Ocurre que este Espíritu no entiende por *espiritismo poético* las ideas espíritas traducidas por la poesía, sino el espiritismo ideal, producto de una imaginación entusiasta. Y por *espiritismo serio*, se refiere al espiritismo científico, apoyado en los hechos y en la lógica, que es más adecuado para la naturaleza positiva de los hombres de nuestra época, y que constituye el objeto de nuestros estudios.

Entierro espírita

Con este título, *Le Monde Musical*, de Bruselas, del 5 de marzo de 1865, relata en los siguientes términos las exequias

de la señora Vauchez, madre de uno de nuestros excelentes hermanos en espiritismo:

“Hace unos días, los hermanos Vauchez, nuestros amigos y colaboradores, han perdido a su madre. La dedicación con que en estos últimos tiempos ambos han cuidado a esta respetable señora, constituye la señal y el efecto de una ternura que no podríamos describir.

”Los dos hermanos son espíritas. Junto a los amigos que abrazan la misma creencia que ellos, acompañaron el cuerpo de su madre hasta la tumba. Ahí, el hijo mayor, con palabras tan simples como justas, expresó al Espíritu de su madre, quien según la fe de los espíritas se hallaba presente y los escuchaba, la tristeza que esa separación significaba para ellos, aun cuando, por otra parte, estaba persuadido de que ella entraba en una vida mejor, y de que no dejaría de comunicarse con ellos, así como de inspirarlos sin cesar para que avanzaran por el camino del bien. Le reiteró la promesa de que cumplirían sus últimos deseos mediante su participación en dos obras de bien, incluyendo lo ahorrado en el entierro, que fue exclusivamente civil y sin ninguna ceremonia. Esos deseos son: crear una fundación a favor de la guardería infantil de Saint-Josse-ten-Noode, y un subsidio de asistencia en favor de los ancianos pobres.

”Luego de esa suerte de conversación entre el hijo y el alma de su madre, el señor Herezka, uno de los amigos espíritas de la familia, expresó, en verso y con la misma simplicidad, algunas palabras cuya reproducción permitirá conocer una parte de las bondades que tiene una creencia que, actualmente y en todas partes, se convierte en la de una gran cantidad de personas, que se cuentan entre las más instruidas. Estas son las palabras que el señor Herezka dirigió al alma de la difunta:

Ya está abierto el hondo foso,
y pronto hacia la tumba enorme
descenderá inerte tu despojo.
Pero tú, libre de ese fardo torpe,
tú te alejas, sutil en el espacio,
para seguir del progreso el trazo.

¡Basta de dudas! ¡No más dolor!
Del mal las cadenas tú has quebrado,
En tu corazón solo queda el amor.
Con el cuerpo muerto el odio ha quedado.
¡Que el amor y la caridad
te guíen en la eternidad!

A nuestros hermanos de otros mundos
llévalos nuestros votos fraternos.
Diles que espíritus fecundos,
madurando los frutos eternos,
en nuestra Tierra han revelado,
de la muerte el misterio admirado.

Diles así: “Vuestros amigos encarnados,
contra la ignorancia orgullosa,
mortales combates han librado.
Para esta causa gloriosa,
vuestro auxilio ellos imploran.
¡Espíritus, asistid a los que oran!”.

Y tú, acude a calmar nuestro sufrimiento.
¡Oh! vuelve para de los Cielos hablarnos,
en las horas aciagas de desfallecimiento,

y haz que resplandezca en nuestras manos
alguna esplendorosa estrella sideral,
de esas que emanan de la fuente inmortal.

”Después de estas palabras, los hermanos Vauchez y sus amigos se retiraron en silencio, sin ostentación ni emociones dolorosas, como si retornaran de despedir a alguien que había iniciado un largo viaje con todas las condiciones deseables de bienestar y seguridad. Nosotros no somos espíritas, pero ocupamos un lugar en el cortejo. Aquí somos tan solo narradores de aquel acontecimiento: una ceremonia tan conmovedora como notable por su sencillez y por la sinceridad de esa creencia y de sus propósitos.

ROSELLI

La señora Vauchez falleció luego de treinta y dos años de una enfermedad que la mantuvo postrada los últimos veinte años. Ella había aceptado con regocijo las creencias espíritas, que le brindaron un inmenso consuelo para esos prolongados y crueles sufrimientos. Por nuestra parte, tuvimos oportunidad de visitarla durante nuestro último viaje a Bruselas, y nos reconfortaron su valor, su resignación y su confianza en la misericordia de Dios.

Estas son las primeras palabras que la señora Vauchez dictó a sus hijos, poco después de su último suspiro:

“El velo que nos oculta el mundo extraterrenal acaba de levantarse para mí. ¡Veo, siento, vivo! ¡Gracias, Dios omnipotente! A vosotros, mis guías, mis ángeles de la guarda: ¡gracias! A vosotros, hijos míos; y a vos, hija mía: resignación, porque sois espíritas. No me lloréis. Vivo la vida eterna; vivo en la luz

etérea; vivo y ya no sufro; mis dolores han cesado; mi prueba terminó. Gracias a vosotros, amigos míos, por haber pensado en evocarme tan pronto. Hacedlo con frecuencia. Yo os asistiré y estaré con vosotros.

”Dios se apiadó de mis padecimientos. ¡Oh! amigos míos, ¡cuán bella es la vida del alma cuando esta se desprende de la materia! Espíritus buenos velan por nosotros; sed dignos de su protección. En este momento, soy asistida por vuestro protector, el buen san Vicente de Paúl”.

MARGUERITE VAUCHEZ

NOTICIAS BIBLIOGRÁFICAS

El desconcierto del imperio de Satán

Pruebas presentadas, ante el fanatismo religioso, acerca de que los Espíritus no son demonios, en respuesta a las conversaciones sobre los Espíritus, del padre jesuita Xavier Pailloux. Digresión histórica provocada por él, y demostración de que *Satán* y el *Infierno* de los *satanistas* son un mito. Seguido de mensajes de los Espíritus acerca del estado póstumo del hombre y de sus impresiones después de la muerte;

por L. A. G. SALGUES (de Angers).

Folleto in-8.º, de 150 páginas. Angers, librería Lemesle y Cia.- París, librería Dentu, Palais Royal.- Precio: 2 francos.

Más adelante publicaremos la reseña de esta obra.

* * *

El eco de Ultratumba

Periódico espírita, publicado en Marsella bajo la dirección del señor Gilet. Aparece todos los domingos. Redacción en Marsella: boulevard Chave, n.º 81. Precio: 10 francos anuales.

Este periódico lleva en su frontispicio la divisa: *Fuera de la caridad no hay salvación*. Nos complace ver que enarbola la bandera que constituye la señal de identificación de todos los espíritas sinceros. En caso de que siga sin desviarse el camino que esta divisa indica, por cierto no se perderá. Tal como hemos dicho respecto del periódico *El médium evangélico*, de Toulouse, si el refrán *Nobleza obliga* es verdadero, con mayor razón podemos decir que *Título obliga*. Así pues, el espiritismo cuenta con un órgano más en una de las principales ciudades de Francia.

* * *

Acuerdo de la fe y de la razón

Por el señor J. B.

Dedicado al Clero.

Folleto in-8.º, de 100 páginas.- París, Didier y Cia.- Precio: 1 franco, 50 centavos.

Este folleto pertenece al mismo autor de las *Cartas sobre el espiritismo escritas a los eclesiásticos*. La última obra trata más específicamente acerca de la cuestión religiosa, y nos complace observar que el autor lo hace con una notable fuerza lógica, a la vez que introduce una loable moderación en sus refutaciones. Con un estilo elegante y correcto, afirma las más grandes verdades sin ofender a nadie: esa es la mejor manera de persuadir. La recomendamos a nuestros lectores, que encontrarán en ella excelentes argumentos.

ALLAN KARDEC



REVISTA ESPÍRITA

PERIÓDICO DE ESTUDIOS PSICOLÓGICOS

Año VIII

Número 5

Mayo de 1865

PREGUNTAS Y PROBLEMAS

Manifestación del espíritu de los animales

Nos escriben desde Dieppe:

“(…) Considero, estimado señor, que ha llegado el tiempo en que habrán de ocurrir cosas increíbles. No sé qué pensar de uno de los fenómenos más extraños que acabo de presenciar en mi propia casa. En la época de escepticismo en que vivimos, no me atrevería a contárselo a nadie, por miedo a que me confundan con un alucinado. No obstante, estimado señor, pese a que vuestros labios podrían mostrar el rictus de la duda, deseo relataros lo ocurrido. Aunque fútil en apariencia, tal vez este hecho sea en el fondo más serio de lo que podría suponerse.

”Mi pobre hijo difunto, fallecido en Boulogne-sur-Mer, donde cursaba sus estudios, había recibido como obsequio de un amigo una encantadora galga, a la que habíamos adiestrado con extremo cuidado. Dentro de su especie, ella era la más adorable criaturita que sea posible imaginarse. La queríamos

como se quiere todo lo que es bello y bueno. Comprendía nuestros gestos, nuestra mirada. La expresión de sus ojos era tal que parecía que iba a respondernos cuando le dirigíamos la palabra.

”Tras la muerte de su joven amo, la pequeña Mika (tal era su nombre) regresó con nosotros a Dieppe. Según su costumbre, dormía confortablemente a mis pies, en la cama. En invierno, cuando el frío era muy intenso, se levantaba y daba un pequeño gemido de extrema dulzura, lo cual era su manera habitual de formular un pedido. Entonces, como yo comprendía lo que ella deseaba, le permitía recostarse a mi lado. Se tendía lo mejor posible entre las mantas, con su pequeño hocico en mi cuello, que usaba como almohada, para luego entregarse al sueño, a la manera de los felices de la Tierra, para recibir mi calor y transmitirme el suyo, lo cual no me desagradaba. Conmigo, la pobrecita vivía dichosa, y no le faltaban mil cosas buenas. No obstante, en septiembre último, cayó enferma y murió, a pesar de los cuidados del veterinario al que se la habíamos confiado. Mi esposa y yo la recordábamos con frecuencia, y la extrañábamos casi como a un hijo amado, pues nos había cautivado en extremo con su ternura, su inteligencia y su fidelidad.

”Recientemente, hacia la mitad de la noche, recostado pero no dormido, escuché a los pies de la cama el pequeño gemido que mi perrita emitía cuando deseaba algo. Quedé tan impresionado que extendí un brazo fuera de la cama, como para atraerla hacia mí, y en verdad creo que llegué a sentir sus caricias. En la mañana, referí a mi esposa lo que me había ocurrido, a lo que ella me dijo: ‘Yo escuché la misma voz, no una sola vez, sino dos. Me pareció que provenía del otro lado de la puerta de mi cuarto. Lo primero que pensé fue que nues-

tra pobre perrita no estaba muerta, y que trataba de ingresar a la casa después de haberse escapado del veterinario, que se la había apropiado por ser tan afectuosa’.

”Mi pobre hija enferma, cuya cama está en el cuarto de mi esposa, afirmó que también la había escuchado, con la diferencia de que a ella le pareció que la voz provenía, no de la puerta de entrada, sino de la cama de su madre, ubicada cerca de dicha puerta.

”Debo decirlos, estimado señor, que el dormitorio de mi esposa se encuentra arriba del mío. ¿Será que esos sonidos extraños provenían de la calle, como supone mi esposa, que no comparte mis convicciones espíritas? Eso es imposible. En tal caso, esos sonidos tan suaves no habrían llegado a mis oídos, pues soy tan sordo que, incluso en el silencio de la noche, no puedo escuchar siquiera el ruido de un pesado carro cuando pasa. Tampoco escucho los truenos cuando hay tormenta. Por otra parte, en caso de que la voz proviniera de la calle, ¿cómo se explica la ilusión de mi esposa y de mi hija, que creyeron escucharla con origen en puntos tan opuestos como la puerta de entrada, según mi esposa, y la cama de esta, según mi hija?

”Os confieso, estimado señor, que esos hechos, aún cuando se refieran a un ser privado de razón, me inducen a reflexionar especialmente. ¿Qué debo pensar acerca de ellos? No me atrevo a tomar una decisión, y tampoco tengo tiempo para extenderme demasiado al respecto. No obstante, me pregunto si el principio inmaterial, que sobrevive en los animales tanto como en el hombre, no podría adquirir, en un nivel determinado, la facultad de comunicarse como lo hace el alma humana. ¿Quién sabe! ¿Conocemos acaso todos los secretos de la naturaleza? Evidentemente, no. ¿Quién explicará las leyes de las afinidades? ¿Y las leyes repulsivas? Nadie. Dado que

el afecto, que pertenece al dominio del sentimiento, como el sentimiento pertenece al dominio del alma, posee en sí una fuerza atractiva, ¿qué tendría de asombroso el hecho de que un pobre animalito en estado inmaterial se sintiera atraído hacia donde lo lleva su afecto? ‘Sin embargo –nos preguntarán–, ¿cómo se explica el sonido de la voz? Y si este se escuchó una vez, dos veces, ¿por qué no todos los días?’ Esta objeción puede parecer seria. No obstante, ¿sería irracional pensar que ese sonido puede producirse a partir de la combinación de algunos fluidos que, reunidos, actúan en un sentido determinado, tal como en química se producen algunas efervescencias y explosiones a partir de la mezcla de ciertas sustancias? Más allá de que esta hipótesis parezca fundada o no, no la discutiré. Tan solo diré que es posible, y agregaré que he constatado un hecho apoyado en un triple testimonio, y que si ese hecho se produjo, se debe a que pudo producirse. Por otra parte, mientras aguardamos que el tiempo nos esclarezca, tal vez no tardemos en escuchar referencias a fenómenos de la misma naturaleza”.

Nuestro honorable corresponsal procede con sabiduría al no zanjar el problema. A partir de un solo hecho, que constituye apenas una probabilidad, no extrae una conclusión absoluta. Señala, observa, a la espera de que se haga la luz. Así lo requiere la prudencia. Los hechos de ese género aún no son bastante numerosos, como tampoco han sido suficientemente demostrados, para deducir de ellos una teoría afirmativa o negativa. El problema del principio y el fin del espíritu de los animales apenas comienza a desplegarse, y el hecho relatado aquí se relaciona esencialmente con dicho problema. Si no se trata de una ilusión, al menos señala el punto de afinidad

que existe entre el Espíritu de los animales, o mejor dicho, de ciertos animales, y el Espíritu del hombre. Por otra parte, parece positivamente demostrado que algunos animales ven los Espíritus y son impresionados por estos. Nosotros publicamos varios ejemplos en la *Revista Espírita*, entre otros, el de *El Espíritu y el perrito*, en el número de junio de 1860. Si los animales ven los Espíritus, es evidente que no lo hacen con los ojos del cuerpo. Por lo tanto, cuentan también con una especie de vista espiritual.

Hasta el presente, la ciencia tan solo ha constatado las relaciones fisiológicas que existen entre el hombre y los animales. Nos muestra, en el aspecto físico, todos los eslabones de la cadena de los seres, sin solución de continuidad. Sin embargo, entre el principio espiritual del Espíritu de los animales y el del Espíritu del hombre había un abismo. Si los fenómenos psicológicos, mejor observados, acuden para tender un puente sobre ese abismo, se habrá dado un nuevo paso hacia la unidad de la escala de los seres y la creación. Este problema fundamental no se resolverá con sistemas, sino mediante los hechos. Si eso debe ocurrir algún día, tan solo el espiritismo, al crear la *psicología experimental*, brindará los medios para lograrlo. En todo caso, si existen puntos de contacto entre el alma animal y el alma humana, ese contacto, del lado de la primera, solo puede ocurrir en los animales más adelantados. Un hecho importante que debe señalarse es que, entre los seres del mundo espiritual, nunca se hizo mención de que existieran Espíritus de animales. De ahí pareciera resultar que estos no conservan su individualidad después de la muerte. Sin embargo, por otro lado, la galga que se habría manifestado parece demostrar lo contrario.

De todo esto podemos inferir que el problema aún está poco desarrollado, y que no hay que apresurarse para resolverlo. Tras leer la carta precedente en la Sociedad de París, se recibió al respecto la siguiente comunicación:

(París, 21 de abril de 1865²⁵. Médium: señor E. Vézy.)

Esta noche voy a tratar un asunto importante, al hablaros de las relaciones que existen entre la animalidad y la humanidad. No obstante, en este recinto, cuando en mis instrucciones os enseñé por primera vez la solidaridad de todas las existencias, así como las afinidades que existen entre ellas, se levantó un murmullo en una parte de la reunión, de modo que hice silencio. ¿Tendré que hacer lo mismo ahora, a pesar de vuestras preguntas? No, porque finalmente os veo recorriendo el camino que entonces os señalé.

Sin embargo, no todo se limita a creer solamente en el progreso incesante del Espíritu, embrión en la materia, el cual se desarrolla al pasar por el filtro del mineral, del vegetal y del animal, hasta llegar a la *humanimalidad*, donde comienza a ensayarse el alma que se encarnará, orgullosa de su tarea, en la *humanidad*. Entre esas diferentes etapas existen vínculos importantes, que es necesario conocer, y que yo denominaré *períodos intermedios* o *latentes*. En ellos se operan las transformaciones sucesivas. Más adelante os hablaré de los vínculos que unen al mineral con el vegetal, y al vegetal con el animal. Ahora, dado que un fenómeno que os asombra nos conduce a los vínculos que unen al animal con el hombre, voy a referirme a estos últimos.

25. En el original se lee: 1845. (N. del T.)

Entre los animales domésticos y el hombre, las afinidades son producto de las cargas fluídicas que os rodean y recaen sobre ellos. Es la humanidad que contagia un poco a la animalidad, sin que se modifiquen los colores de una y otra. Tal es la causa de la superioridad inteligente del perro sobre el instinto brutal de la bestia salvaje, y solo a esa causa podrán deberse las manifestaciones que acabáis de leer. Por consiguiente, no se engañaron al escuchar el grito alegre del animal agradecido por los cuidados de su amo, y que acudió, antes de pasar al estado intermediario entre un desarrollo y otro, para dejarle un recuerdo. Así pues, la manifestación puede ocurrir, pero es pasajera, porque el animal, para elevarse de un grado a otro, requiere un trabajo latente que aniquila, en todos, cualquier signo exterior de vida. Ese estado es la crisálida espiritual en la que se elabora el alma, periespíritu informe que no tiene ninguna figura reproductiva de rasgos, y que se rompe en un estado de madurez, para dejar escapar, en las corrientes que los arrastran, los gérmenes de almas que eclosionan en ellas. Por lo tanto, nos resultaría difícil hablaros de los Espíritus de los animales en el espacio: no existen, o mejor dicho, su paso es tan rápido que es como si fuera nulo, y en el estado de crisálida no podrían ser descriptos.

Ya sabéis que nada muere de la materia que colapsa. Cuando un cuerpo se disuelve, los diversos elementos que lo componen le reclaman la parte que le habían dado: oxígeno, hidrógeno, nitrógeno, carbono, regresan a su foco primitivo para alimentar otros cuerpos. Lo mismo ocurre con la parte espiritual: los fluidos organizados espirituales toman, de paso, colores, perfumes, instintos, hasta la constitución definitiva del alma.

¿Me comprendéis? No cabe duda de que necesitaría explicarme mejor. No obstante, para finalizar esta noche sin dejar que supongáis lo imposible, os aseguro que lo que pertenece al dominio de la inteligencia animal no puede reproducirse a través de la inteligencia humana; es decir, que el animal, sea cual fuere, no puede transmitir su pensamiento con el lenguaje humano. Sus ideas son rudimentarias, y para contar con la posibilidad de expresarse como lo haría el Espíritu de un hombre, necesitaría ideas, conocimientos y un desarrollo que no tiene y no puede tener. Por consiguiente, tened por seguro que ni el perro, ni el gato, ni el burro, ni el caballo ni el elefante, pueden manifestarse por vía mediúmnica. Tan solo los Espíritus que han llegado al nivel de la humanidad pueden hacerlo, y de acuerdo con su adelanto, porque el Espíritu de un salvaje no podrá hablaros como el de un hombre civilizado.

Observación. Estas últimas reflexiones del Espíritu fueron motivadas por los dichos de algunas personas, presentes en la sesión, que afirmaron haber recibido comunicaciones de diversos animales. Como explicación del hecho citado previamente, su teoría es racional y concuerda, en cuando al fondo, con la que actualmente prevalece en las instrucciones que se imparten en la mayoría de los centros. Cuando hayamos reunido la documentación suficiente, la resumiremos en un cuerpo de doctrina metódico, que será sometido al control universal. Hasta entonces, estos no son más que mojones puestos en el camino, para orientarnos.

Consideraciones acerca de los fenómenos de Poitiers

Extraídas del *Journal de la Vienne*,
del 22 de noviembre de 1864.

Conocemos la lógica de los adversarios del espiritismo. Estos párrafos de un artículo firmado por David (de Thiais), constituyen una muestra de eso:

“Amigo lector, al igual que yo, debéis tener en vuestro escritorio un pequeño opúsculo del señor Boreau, de Niotr, que lleva por título: *Cómo y por qué me torné espírita*, in-8°, con un facsímil del autógrafo de la escritura directa de un Espiritu familiar.

”Se trata de la más curiosa de las historias: la de un hombre sincero, de convicciones, amante de las cosas elevadas, pero que deifica sus ilusiones y corre incesantemente detrás de sus sueños, creyendo que capta la realidad. En compañía de Juana, la sonámbula, va en busca de un tesoro enterrado en un antiguo campo de batalla de la Vendée. Sin embargo, en vez del oro que se le había prometido, encuentra Espíritus dañinos, malvados, temibles, que casi matan de miedo a su compañera y lo convierten en víctima de dolorosas angustias. De repente, se torna espírita, como si las apariciones que lo obsesionan renovaran para él los milagros de la lámpara maravillosa, y a la vez le prodigarán todos los bienes del cuerpo y del alma.

”Es preciso que la ficción sea una de las más grandes necesidades del genio humano, para que semejantes creencias se tornen posibles.

”Allí hay genios *traviesos*, que se divierten; Espíritus crueles, que amenazan y golpean; Espíritus groseros, que se llenan la boca de injurias; y uno se pregunta qué es lo que vienen a hacer aquí, ya que la muerte no los ha purificado en su temible crisol.

”También se entretienen con dísticos y cuartetas de un ángel bueno, que no extrajo del Cielo los secretos de su poesía; tal es el lejano punto al que una idea preconcebida nos lleva en el camino de las ilusiones.

”En materia de espiritismo, el señor Boreau tiene la fe del carbonero: llega al extremo de amar a los que lo golpean y molestan. Al respecto, no tenemos nada que decir, sobre todo porque su opúsculo contiene páginas muy divertidas, y demuestra que él puede prescindir fácilmente de los Espíritus exteriores, dado que el suyo le basta con creces.

”Tan solo diremos que los hechos que relata no son de ayer.

”Recordaréis la emoción que se apoderó de la ciudad de Poitiers, cuando la casa de la rue Saint-Paul hizo escuchar su formidable artillería. Una larga procesión de curiosos circuló durante ocho días alrededor de esa morada embrujada por el demonio. La policía instaló allí su cuartel general, y todos acecharon el vuelo de los Espíritus para descubrir de una buena vez los secretos del otro mundo. Con todo, solo vieron fuego. Los Espíritus se revelaron tan solo a los creyentes, haciendo todo el ruido del mundo. (*Revista Espírita*, febrero, marzo y mayo de 1864.)

”¡Qué cosa extraña, lector! Pareciera que tales parajes tienen el monopolio de esa raza bulliciosa y bromista.

”Gorre, el célebre médico alemán, muerto en 1836, nos enseña, en el tomo III de su *Mística*, según los dichos de Gui-

llaume d'Auvergne, obispo de París, fallecido en 1249, que hacia esa misma época un Espíritu golpeador se había introducido en una casa del referido barrio Saint-Paul, en Poitiers, y que arrojaba piedras y rompía los vidrios.

”Pierre Mamoris, profesor de Teología en nuestra universidad, autor del *Flagellum maleficorum*, refiere lo que ocurrió, en 1447, en la rue Saint-Paul, en una casa en la que cierto Espíritu, entregado a sus actividades ordinarias, arrojaba piedras, corría los muebles, rompía los vidrios, e incluso golpeaba a las personas, aunque suavemente, sin que fuera posible descubrir cómo lo hacía.

”Se cuenta que, en esa ocasión, Jean Delorme, por entonces cura de Saint-Paul, hombre de mucha instrucción y gran probidad, visitó en compañía de algunas personas el escenario de esas extrañas proezas, y que, provisto de cirios sagrados encendidos, recorrió todas las habitaciones de ese hogar y las roció con agua bendita y agua gregoriana, para exorcizarlas.

”Pero los exorcismos fueron en vano. No apareció ningún diablo. Con todo, a partir de ese momento, el Espíritu maligno dejó de manifestarse.²⁶

”De tal modo, algunos siglos después, los mismos fenómenos espíritas se reproducen tres veces, en la misma ciudad y en el mismo barrio. ¿Qué debemos pensar al respecto? *Nada en absoluto*. En efecto, no se puede extraer ninguna consecuencia importante de un vano ruido, de un pueril entretenimiento, de agresiones lamentables, que evidentemente no se pueden atribuir a los Espíritus, cuerpos imponderables que, flotando sobre el mundo, deben escapar de las enfermedades humanas y acercarse sin cesar a la luz y a la bondad de Dios.

26. Véase el opúsculo del señor Bonsergent, en la Biblioteca Imperial.

”Esta cuestión, por otra parte, no se discute. Cada uno es libre de elegir sus Espíritus, de adorarlos a su antojo, de atribuirles una virtud, un poder, un carácter conforme a sus aspiraciones. Nosotros preferimos, en vez de los genios un tanto materiales de la escuela moderna, los de las encantadoras creaciones de la poesía de la antigüedad, que andan fraternalmente con el hombre en el límite de los dos mundos, tendiéndoles gratamente la mano para acercarlos a las fuentes de la vida inmortal y de la felicidad sin fin.

”Ningún Espíritu golpeador valdrá para nosotros lo mismo que esas adorables imágenes pintadas por el genio de Ossian en las nubes vaporosas del Norte, cuyas arpas melancólicas hacen vibrar tan bien las fibras más íntimas del corazón. Cuando el alma se eleva, cuida de aliviar sus alas y rechaza todo lo que pueda retenerlas”.

Debemos agradecer al autor de este artículo, pues nos ha permitido conocer un hecho notable y que ignorábamos: el hecho de que el mismo fenómeno se haya reproducido en la misma localidad hace tantos siglos. De este modo, el autor no podía servir mejor a nuestra causa, pero sin sospecharlo, porque pretendía valerse de esa repetición como un argumento en contra de las manifestaciones. Nosotros consideramos que, en buena lógica, cuando un hecho es único y aislado, no es posible deducir de él una consecuencia absoluta, porque su causa puede ser accidental; mientras que, cuando se repite en condiciones idénticas, significa que depende de una causa constante, es decir, de una ley. Buscar esa ley es el deber de todo observador serio, dado que puede dar lugar a descubrimientos importantes.

Comprendemos, hasta cierto punto, el hecho de que, a pesar de la duración, del carácter especial y de las circunstancias accesorias de los fenómenos de Poitiers, algunas personas hayan insistido en atribuirlos a lo maravilloso. No obstante, cuando se repiten por tercera vez, en la misma calle, con tantos siglos de distancia, no cabe duda de que contienen elementos para reflexionar; porque si bien existen los malintencionados, es poco probable que con un intervalo tan prolongado estos hayan elegido precisamente el mismo lugar como escenario de sus proezas. ‘¿Qué debemos pensar al respecto? —se pregunta el autor del artículo—. *Nada en absoluto.*’ ¿De tal modo, un hecho que conmociona, varias veces, a toda una población, no genera ninguna consecuencia importante! ¡Singular lógica, en verdad! ‘Son vanos ruidos, *pueriles entretenimientos*, que *evidentemente* no se pueden atribuir a los Espíritus, cuerpos imponderables que, fluctuando sobre el mundo, deben escapar de las enfermedades humanas y acercarse *sin cesar* a la luz y a la bondad de Dios.’ El señor David cree, pues, en los Espíritus, dado que describe sus atributos con tanta precisión. ¿Dónde obtuvo ese conocimiento? ¿Quién le dijo que los Espíritus son como él los imagina? ¿Los ha estudiado, para resolver de tal modo la cuestión? Dice que los Espíritus ‘deben escapar de las enfermedades humanas’. De las enfermedades corporales, sin duda; pero de las enfermedades morales, ¿también? ¿Acaso supone que el hombre perverso, el asesino, el bandido, el más vil malhechor y él estarán en el mismo nivel cuando sean Espíritus? ¿De qué le habría servido ser honesto en la vida, toda vez que después de la muerte los otros se encontrarán como si también lo hubieran sido? Dado que los Espíritus ‘se acercan sin cesar a la luz y a la bondad de Dios’ —lo cual es más verdadero de lo que el propio autor podría suponer—, entonces hubo un tiem-

po en que se encontraban distantes, puesto que, para acercarse a un objetivo, es preciso estar lejos de él. ¿Cuál es el punto de partida? No puede ser otro que el opuesto de la perfección, es decir, la imperfección. Por cierto, no son Espíritus perfectos los que se dedican a producir esos fenómenos. Ahora bien, si hay Espíritus imperfectos, ¿qué tiene de asombroso que cometan malicias? Del hecho de que ‘floten sobre el mundo’, ¿se sigue que no puedan acercarse a él? Sería superfluo llevar más lejos esta refutación. Como todos los argumentos de nuestros adversarios tienen casi el mismo alcance, no nos habríamos ocupado de este artículo si no fuera por el valioso documento que contiene, y por el cual agradecemos nuevamente al autor.

CONVERSACIONES DE ULTRATUMBA

El doctor Vignal

(Sociedad de París, 31 de marzo de 1865.

Médium: señor Desliens.)

Nuestros lectores recordarán sin duda los interesantes estudios acerca del Espíritu de personas vivas, publicados en la *Revista Espírita* de enero y de marzo de 1860, a los cuales se habían sometido el señor conde de R... y el señor doctor Vignal. Este último, retirado desde hacía muchos años, murió el 27 de marzo de 1865. La víspera del entierro, preguntamos a un sonámbulo muy lúcido, y que percibe muy bien a los Espíritus, si podía verlo. “Veo –dijo él– un cadáver en el que se realiza un trabajo extraordinario. Se podría decir que es

una masa que se agita, y como algo que se esfuerza para desprenderse de ella, pero le cuesta vencer la resistencia. No distinguió una forma de Espíritu bien definida.” El 31 de marzo, evocamos al doctor Vignal en la Sociedad de París. El mismo sonámbulo se hallaba presente en la sesión, dormido durante la evocación. Vio y describió perfectamente al Doctor, mientras este se comunicaba a través de un médium de su elección.

Decimos *de su elección*, porque la experiencia demuestra el inconveniente de imponerle un médium al Espíritu, ya que este puede no encontrar en aquel las condiciones necesarias para comunicarse libremente. Cuando se evoca a un Espíritu por primera vez, conviene que todos los médiums presentes se pongan a disposición y esperen a que el Espíritu se manifieste a través de uno de ellos. En esa sesión había once médiums.

Pregunta. Querido señor Vignal, vuestros colegas de la Sociedad de París han conservado de vos el mejor de los recuerdos, y yo en particular el de las excelentes relaciones que no se han interrumpido entre nosotros. Al solicitar vuestra presencia aquí, en primer lugar nos proponemos brindaros nuestro testimonio de afecto, y nos complacería mucho que tuvierais a bien, o que pudierais, venir a conversar con nosotros.

Respuesta. Querido amigo y digno maestro, vuestro recuerdo y vuestro testimonio de afecto me sensibilizan mucho. Si hoy he podido acudir junto a vos, y asistir libre y desprendido a esta reunión de nuestros amigos y hermanos espíritas, ha sido gracias a vuestros buenos pensamientos y a la asistencia de vuestras plegarias. Conforme señalaba con toda razón mi joven secretario, me hallaba muy impaciente por comunicarme. Desde el comienzo de esta reunión, empleé todas mis fuerzas espirituales para dominar ese deseo. Vuestras conversaciones y los temas importantes que habéis abordado,

llamaron mi atención y lograron que mi espera fuese menos penosa. Perdonadme, querido amigo, pero mi gratitud requería manifestarse.

Nota. En efecto, a partir del momento en que se mencionó al señor Vignal, el médium comenzó a sentir la influencia de ese Espíritu, que deseaba comunicarse por su intermedio.

P. En primer lugar, ¿os agradecería decirnos cómo os encontraréis en el mundo de los Espíritus? ¿Podrías asimismo describirnos el trabajo de la separación, vuestras sensaciones en ese momento, así como decirnos al cabo de cuánto tiempo os habéis reconocido?

R. Me siento tan feliz como es posible estarlo cuando veo que se confirman plenamente todos los secretos pensamientos que he cultivado acerca de una doctrina consoladora y reparadora. ¡Soy feliz! Así es, lo soy, porque ahora veo sin obstáculo alguno que el porvenir de la ciencia y la filosofía espíritas se despliega ante mí.

Pero dejemos por hoy esas digresiones inoportunas. Volveré para conversar con vosotros al respecto, con la certeza de que mi presencia os resultará tan placentera como lo es para mí visitaros.

El desprendimiento ha sido bastante rápido; más rápido de lo que mi poco merecimiento me hubiera permitido esperar. He recibido un auxilio poderoso gracias a vuestra intervención, y vuestro sonámbulo os ha dado una idea bastante precisa acerca del fenómeno de la separación, de modo que no insistiré en eso. Fue una suerte de oscilación discontinua, una especie de arrastre en dos sentidos opuestos. El Espíritu ha triunfado, dado que aquí estoy. Solo dejé completamente el cuerpo cuando fue depositado en la tierra. Luego vine a veros.

P. ¿Qué opináis acerca del servicio ofrecido en vuestro funeral? Consideré que era mi deber estar presente. En ese momento, ¿os hallabais bastante desprendido para presenciarlo? Y las plegarias que dije para vos (no ostensiblemente, desde luego), ¿las recibisteis?

R. Sí, como os he dicho, vuestra asistencia fue muy importante, y vine a veros tan pronto como abandoné por completo mi vieja crisálida. Las cosas materiales me conmueven poco; vos lo sabéis de sobra. Tan solo pensaba en el alma y en Dios.

P. ¿Recordáis que, a pedido vuestro, hace cinco años, en el mes de febrero de 1860, realizamos un estudio acerca de vos, mientras aún estabais vivo? En ese momento, vuestro Espíritu se desprendió para venir a conversar con nosotros. ¿Podrías describirnos, tanto como sea posible, la diferencia que existe entre vuestro desprendimiento actual y el de entonces?

R. Sí, por cierto, lo recuerdo. ¡Cuánta diferencia entre mi estado de entonces y el de ahora! Entonces, la materia aún me oprimía con su red inflexible. Yo quería separarme de un modo más absoluto, pero no lo lograba. Ahora soy libre. Un vasto campo, el de lo desconocido, se abre ante mí; y con vuestro auxilio y el de los Espíritus buenos a los que me encomiendo, espero avanzar y compenetrarme lo más rápidamente posible de los sentimientos que es necesario experimentar, así como de los actos que es necesario cumplir, para subir por la senda de la prueba y merecer el mundo de las recompensas. ¡Qué majestuosidad! ¡Cuánta grandeza! Es casi un sentimiento de espanto el que nos domina cuando, débiles como somos, pretendemos observar las sublimes claridades.

P. En otra oportunidad nos complacerá continuar esta conversación, cuando tengáis a bien volver a vernos.

R. He respondido sucintamente y sin orden vuestras diversas preguntas. No esperéis demasiado aún de vuestro fiel discípulo: no estoy libre del todo. Conversar, seguir conversando, sería una dicha para mí. Mi guía modera mi entusiasmo, y ya he podido apreciar bastante su bondad y su justicia, para someterme enteramente a su decisión, aunque me apene ser interrumpido. Me consuela pensar que podré asistir con frecuencia a vuestras reuniones, guardando el incógnito. Me comunicaré algunas veces. Os amo, y quiero demostraros que así es. Otros Espíritus, más adelantados que yo, reclaman su prioridad, y debería hacerme a un lado ante los que han tenido la bondad de permitir que mi Espíritu deje correr el torrente de ideas que había acumulado.

Os dejo, amigos, y agradezco doblemente, no solo a vosotros, los espíritas que me habéis llamado, sino también al Espíritu que me ha permitido ocupar su lugar, y que en vida llevaba el ilustre nombre de Pascal.

Soy aquel que fue y que será siempre el más fiel de vuestros adeptos.

Dr. VIGNAL

Nota. En efecto, el Espíritu de Pascal dictó a continuación el mensaje publicado más adelante con el título *El progreso intelectual*.

CORRESPONDENCIA

Cartas del señor Salgues, de Angers

Al remitirnos su opúsculo *El desconcierto del imperio de Satán* [*Le désarroi de l'empire de Satan*], que hemos anunciado en nuestro último número, el señor Salgues tuvo a bien adjuntar la siguiente carta, que nos complacemos en publicar con su autorización. Al igual que nosotros, los lectores podrán apreciar los sentimientos que en ella se expresan.

Angers, 9 de marzo de 1865.

Señor y estimado hermano en Dios:

Impresionado por las comunicaciones de los Espíritus de la señora Foulon y del doctor Demeure (*Revista Espírita* de marzo de 1865), tengo el honor de escribiros para expresar la satisfacción que he sentido al leerlas, así como el gran interés que, como es costumbre, despierta vuestra pluma.

Os remito un pequeño opúsculo, que os ruego aceptéis. Tanto para vos como para mis lectores, resultará una obra modesta. No obstante, un anciano de ochenta y dos años, con la vista arruinada por el exceso de trabajo y de estudio, razón por la cual no puede corregir lo que ha escrito, conforme desearía, habrá de contar con la indulgencia del público.

Los adversarios católicos de la pneumatología alimentan en los fanáticos apostólicos la opinión de que los Espíritus son demonios y de que Satán es una realidad. De ese modo, afectan el desarrollo de las doctrinas correctas, que son efecto de las valiosas lecciones, tan morales y consoladoras, de esos supuestos duendes. Será en vano que las personas razonables nieguen a estos últimos con una simple negación persistent-

te. Es conveniente demostrar a los demonófobos, con abundantes detalles, que están equivocados, que el Infierno de los cristianos es un mito. Eso es lo que me impulsó a escribir este opúsculo, sin la pretensión de ocupar el lugar de un escritor.

Como abonado a las publicaciones espíritas de Burdeos, acabo de enviar un ejemplar de mi libro a cada uno de sus autores. ¿Acaso debería proceder de otro modo para con vos, señor, dado que leo ansiosamente vuestras producciones desde que estas aparecieron? Con todo, pensaréis que debía hacerlo con timidez, puesto que he sido adversario, no de los *espíritas*, muy *honorables* para mí, sino del espiritismo. No lo he sido de una manera absoluta, sino por arrastre, de modo que debía rechazar en esta ocasión un lenguaje que me atribúan por *abuso* de mi suscripción. De tal modo, terminé por prohibirme toda crítica, con el deseo de ser amigo de todo el mundo. Solo pretendo observar, aproximar, comparar, esperar, aprender y evaluar en el silencio del gabinete. Ahora, incluso, pienso que nos hallamos lejos de todo saber, y que tanto en materia de espiritismo como de espiritualismo habría lugar para *discutir* con los Espíritus algunas cuestiones de doctrina, pero me ocupo de lo esencial. Con paciencia, llegaremos al mismo fin, a la felicidad absoluta y a la vida eterna.

Además, en todas partes veo que el *espiritismo* hace que las personas sean felices. Es vuestra obra gloriosa, y yo me ocupo de que se lean lo más posible los escritos que actualmente se divulgan para fortalecer la moralidad y los sentimientos religiosos, conducidos por el camino más racional. Por lo tanto, los hombres sensatos deben hacer votos *conmigo* para que Dios os conceda una larga vida, plena de salud. Creo que Él también se manifestó por medio de tres Espíritus que, sin que yo pensara en eso, y en diferentes lugares, me dijeron que

viviría mucho tiempo, hecho que ocurrió hace ya siete u ocho años. Tal vez sea por eso que siempre hice propaganda, con fervor y sin descanso, desde 1853, y que más allá de mi vista, a la que he sacrificado mucho, tengo la fuerza, la energía, la ligereza física y la vivacidad de la juventud, y que no aparento la edad que tengo.

Tened a bien aceptar, señor y estimado hermano, la certeza de mi sincera consideración y mis cordiales saludos.

SALGUES

Una segunda carta del señor Salgues, del 11 de abril de 1865, contiene el siguiente párrafo:

“Un anuncio de mi opúsculo fue publicado por un periódico al que yo había enviado un ejemplar. He tenido que reprochar al autor el hecho de que me haya llamado *adversario* IMPLACABLE *del espiritismo*. Ante el impacto de los datos otrora proporcionados a Victor Hennequin por un Espíritu malo, combatí de buena fe la doctrina de las encarnaciones. Sin embargo, después de haber reconocido una gran cantidad de incoherencias *espiritualistas*, así como señalé en el espiritismo algunos detalles que no merecían mi confianza, opté por limitarme a la observación minuciosa, esperando con paciencia el día en que, con una naturaleza más perfecta, pudiera reconocer la verdad acerca de nuestro destino después de la vida en la materia. Por ahora, a través de los hechos y las comunicaciones de los Espíritus, me basta con estar seguro de una segunda vida en el estado espiritual”.

Respuesta

Estimado señor:

He recibido la carta que habéis tenido a bien escribirme, así como el opúsculo que la acompañaba, y por lo cual os ruego que recibáis mi más sincero agradecimiento. Aún no he tenido tiempo de tomar conocimiento de esa obra, pero no me cabe duda de que con ella habéis preocupado a nuestros antagonistas. La cuestión del demonio es el último caballo de batalla al que se aferran; pero ese caballo está muy tullido, y la cadena de esa ancla de salvación se encuentra tan gastada, que no tardará en romperse y dejar que la nave quede a la deriva.

Me complace recibir, señor, los excelentes sentimientos que tenéis a bien demostrarme, así como descubrir en vos una moderación y una imparcialidad que reflejan la elevación de vuestro espíritu. Os confieso que me extrañaría lo contrario, y para mí es una inmensa alegría verificar que falsas apariencias me habían inducido al error. Si bien no coincidimos en algunos puntos de la doctrina, veo con verdadera satisfacción que nos une un gran principio: Fuera de la caridad no hay salvación.

Recibid, estimado señor, los saludos fraternales de vuestro humilde servidor.

ALLAN KARDEC

* * *

Manifestaciones diversas; curaciones; lluvia de confites.

Carta del señor Delanne

Nuestro colega, el señor Delanne, nos escribe con fecha 2 de abril de 1865:

Muy querido maestro, he vuelto a ver a nuestros hermanos de Barcelona. Allá, al igual que en Francia, la doctrina se propaga y los adeptos son dedicados y fervorosos. En un grupo que he visitado, encontré dignos émulos de ese querido señor Dombre, de Marmande²⁷. Verifiqué la curación completa de una señora que sufría una terrible obsesión desde hacía al menos quince años, mucho antes de que se hablara de los Espíritus. Médicos, sacerdotes, exorcismos, todo había sido empleado inútilmente. En la actualidad, esa madre de familia volvió a los suyos, que no dejan de dar gracias a Dios por una curación tan milagrosa. Dos meses bastaron para obtener ese resultado, tanto a través de la evocación del obsesor como por la influencia de las plegarias colectivas y afectuosas.

En otra sesión se evocó al Espíritu que obsesiona desde hace diez años a un obrero de nombre José, quien actualmente se halla en vías de curación. Nunca me había conmovido tanto como cuando presencié los dolores del paciente en el momento de la evocación. Al principio se mantiene tranquilo, pero de repente comienza a sufrir espasmos, sobresaltos y temblores nerviosos. Víctima de su enemigo invisible, se agita en medio de terribles convulsiones. Se le hincha el pecho y se asfixia; luego retoma la respiración y se retuerce como una ser-

27. Véase el artículo "Nueva curación de una joven obsesa de Marmande", en el número de enero de 1865. (N. del T.)

piente. Cae al piso, se levanta de un salto y se golpea la cabeza. Apenas pronunciaba palabras entrecortadas, sobre todo las palabras *¡No! ¡No!* El médium, que es una señora, se mantenía en oración, hasta que tomó la pluma. Entonces, el invisible, dejando a su presa por un instante, se apodera de su mano; y lo habría golpeado si se lo hubieran permitido.

Hacía quince días que se evocaba a ese Espíritu de la peor especie, pero él nunca quiso decir el motivo de su venganza; hasta que, presionado por mis preguntas, nos confesó que José le había robado a la mujer que amaba. Le hicimos comprender que si se proponía atormentar más a José, dando una mínima señal de arrepentimiento, Dios le permitiría volver a verla. Nos respondió: “Haría cualquier cosa por ella”. En ese caso, debes decir: “¡Dios mío, perdona mis faltas!”. Tras dudar algunos instantes, nos dijo: “Voy a intentarlo, pero ¡pobre de él si no me dejáis verla!”. Luego, escribió: “¡Dios mío, perdona mis faltas!”. El momento era crítico. ¿Qué sucedería? Consultamos a los guías, que nos dijeron: “Hicisteis bien en poner toda vuestra confianza en Dios y en nosotros. Tenéis la clave para conquistarlo. Más tarde verá a su amada. No temáis. Es una promesa que debéis aprovechar para conducirlo hacia el bien”. Después de semejante escena, José queda agotado como un luchador, exhausto, tras la terrible posesión de su enemigo invisible. El señor B... procede entonces a aplicarle pases magnéticos enérgicos, hasta que se calma por completo. Quiera Dios que esta cura sea tan brillante como la precedente.

¡A esto se dedican esos queridos hermanos! ¡Cuánta energía, cuánta convicción, cuánto valor hace falta para realizar curaciones de esa naturaleza! Tan solo la fe, la esperanza, y sobre todo la caridad, pueden vencer esos inmensos obstáculos

y enfrentar con tanta valentía una banda de adversarios tan terribles. ¡Yo terminé con agujetas!

Algunos días después, me dirigí a Carcassonne, para experimentar emociones de otro género. Visité al señor presidente Jaubert²⁸, quien me dijo: “Desde hace algún tiempo se producen numerosos fenómenos de aporte. Os llevaré con la señorita que es objeto de tales manifestaciones”. Como si hubiera sido a propósito, dicha señorita se hallaba indispuesta. Su estómago estaba hinchado a tal punto que no podía abrocharse el vestido. Consultaron a sus guías, quienes pospusieron la sesión para el día siguiente, a las ocho de la noche. El señor C..., capitán retirado, tuvo a bien poner a nuestra disposición su sala de estar. Se trata de una gran habitación casi vacía, adornada con sencillez. Apenas tiene un espejo sobre la chimenea, una cómoda y sillas. Nada de cuadros, ni cortinas ni tapices: un auténtico apartamento de soltero. Éramos nueve personas en total, todos adeptos convencidos.

¡Tan pronto como ingresamos, una lluvia de confites cayó estrepitosamente en un ángulo de la sala! Sería difícil describir mi emoción, dada la honorabilidad de los asistentes, así como esa habitación despojada y selecta. Se diría que todo había sido dispuesto adrede por los Espíritus para disipar cualquier duda. Era imposible sospechar de alguna maniobra fraudulenta. A pesar de tal prodigio, yo no dejaba de observar, de examinar esas paredes con la mirada, y de preguntarles si no eran cómplices de algún plan.

La médium enferma tomó su lápiz y escribió: “Dile a Delanne que coloque su mano en la boca de tu estómago, y esa

28. Véase, en el número de marzo de 1865, el artículo “El proceso Hillaire”. (N. del T.)

hinchazón desaparecerá. Antes, orad”. Comenzamos a orar. Yo me encontraba en un extremo de la sala, en medio del recogimiento general, y en ese momento una nueva lluvia de bombones se produjo en el ángulo opuesto a aquel en el que el fenómeno se había producido la primera vez. Imaginaos nuestro júbilo. Me aproximé a la enferma. La hinchazón era mucho más fuerte que el día anterior. Le impuse una mano, y la hinchazón desapareció como por arte de magia. Ella dijo: “Estoy curada”. Su vestido, muy ajustado, quedó suelto. Todos verificaron lo ocurrido. Nos unimos con el pensamiento para agradecer a los Espíritus buenos por tanta bondad. Entonces, se produjo una tercera lluvia de confites. Nunca olvidaré aquellos hechos. Esos señores estaban encantados, más por mí que por ellos, pues se hallaban acostumbrados a esa clase de manifestaciones. Cada uno de ellos posee algunos objetos aportados por los Espíritus. El señor Jaubert me aseguró haber visto muchas veces que su mesa se volcaba y se enderezaba sola, sin el auxilio de sus manos, y que su sombrero se trasladaba de un extremo al otro de la habitación. Un hecho semejante de curación instantánea también se produjo hace algunos meses, con la imposición de manos del señor Jaubert.

La médium, que además es una sonámbula muy lúcida, se quedó dormida. Entonces, le pregunté: “¿Podrías acompañarme a París?”. Me respondió que sí, de modo que le pedí que tuviera la amabilidad de dirigirse a mi casa. Me dijo: “Veo a vuestra esposa. Me agrada. Está leyendo en su cama”. La médium describió el apartamento con absoluta precisión. Esta es la conversación que mantuvo con mi mujer: “—¿Sabéis, señora, que vuestro esposo está con nosotros?”. “—No; pero decidle que me escriba.” Luego me dijo: “¡Ah! ¡No había visto a vuestro hijo! ¡Es muy simpático! Vuestra esposa me dice

que también tiene otro hijo, que también es muy simpático”. Entonces le pedí que le pregunte a mi mujer la edad del niño. Me dijo: “Tiene nueve meses”. No se equivocó.

Yo sabía que en ese momento había reunión en vuestra casa, de modo que le pedí a la médium que fuera a veros. No se animaba a entrar, pues había mucha gente y grandes Espíritus. Ella os describió muy bien, querido Presidente, así como a varios de nuestros colegas.

Observación. En primer lugar, rendimos un merecido homenaje a nuestros hermanos de Barcelona, por su entusiasmo y su dedicación. Como afirma el señor Delanne, para realizar tales obras hacen falta el valor y la perseverancia que solamente la fe y la caridad pueden brindar. Que ellos reciban aquí el testimonio del fraternal afecto de la Sociedad de París.

Los fenómenos de Carcassonne harán sonreír a los incrédulos, que no dejarán de decir que son una pantomima. “De lo contrario –dirán–, serían milagros, pero la época de los milagros ya pasó.” Les responderemos que en tales hechos no existe milagro alguno, pues se trata de simples fenómenos naturales, cuya teoría comprenderán cuando se ocupen de estudiarlos, razón por la cual no nos tomaremos el trabajo de explicárselos. En cuanto a la pantomima, sería bueno saber a quién beneficiaría. Es cierto que la prestidigitación puede realizar cosas igual de sorprendentes, incluida la cura de una hinchazón, simulada con una bolsa inflada. No obstante, volvemos a preguntar, ¿a quién beneficiaría? Siempre se es fuerte cuando a una acusación de charlatanismo se le puede oponer el más absoluto desinterés. No ocurriría lo mismo si estuviera en juego la más leve sospecha de interés material. Entonces, ¿quién tramaría esa pantomima? ¿Lo haría una joven de buena familia, que no se dedica a los espectáculos, que no ofrece

sesiones públicas, ni en la ciudad ni en su propia casa, y que no pretende que se hable de ella, todo lo cual no resultaría beneficioso para los charlatanes? ¿Lo harían el vicepresidente de un Tribunal, comerciantes honorables y militares renombrados, recibidos por lo mejor de la sociedad? ¿Podría alcanzarlos una sospecha semejante? Se nos responderá que todos ellos lo harían a favor de la doctrina espírita y para ganar adeptos. Pero eso también sería un fraude indigno de personas respetables. Por otra parte, valerse de personas honorables para basar una doctrina en el malabarismo sería un recurso singular. No obstante, nuestros contradictores no ven eso tan de cerca en materia de contradicciones, pues la lógica es la menor de sus preocupaciones.

Con todo, es necesario señalar algo importante. ¿Quiénes asistieron a la sesión que el señor Delanne refiere? ¿Había entre ellos algún incrédulo al que se pretendía convencer? No, ninguno. Todos eran adeptos que habían presenciado esos hechos varias veces. En tal caso, habrían cometido esa farsa por el solo placer de engañarse a sí mismos. Más allá de lo que digáis, señores, los Espíritus proceden de tantas maneras diferentes para demostrar su presencia que, en definitiva, todo el que se burle no estará de nuestro lado. Ya podéis evaluar la cantidad de partidarios que ellos tienen, y que no deja de crecer. Si hubierais encontrado un solo argumento serio, no lo habrías omitido. Pero siempre recurrís precisamente a los charlatanes y a los explotadores, a quienes el espiritismo repudia y con los cuales no tiene nada en común. En este punto nos secundáis en vez de perjudicarnos. Señalad el fraude en todas partes donde lo encontréis, pues no os pedimos otra cosa. Nunca nos habéis visto defenderlo, como tampoco respaldar a los que, por haberlo cometido, han tenido problemas

con la justicia o infringieron la ley. Todo espírita sincero, que se limita a cumplir los deberes que la doctrina le señala, se gana la consideración y el respeto, y no tiene nada que temer.

* * *

VARIETADES

El tabaco y la locura

Leemos en *Le Siècle*, del 15 de abril de 1865:

“Los casos de parálisis y de alienación mental aumentan en Francia de manera proporcional a la producción del impuesto al tabaco. Entre 1812 y 1832, los fondos aportados al fisco por el impuesto al tabaco ascendieron a veintiocho millones, y los hospicios de alienados contaban con ocho mil pacientes. En la actualidad, la cifra del impuesto es de ciento ochenta millones, y hay cuarenta y cuatro mil alienados o paralíticos en los hospitales especializados.

”Esta comparación, presentada por el doctor Jolly en la última sesión de la Academia de Ciencias, debe llamar a la reflexión a los amantes del humo nicotínico. El señor Jolly concluyó su estudio con esta frase amenazante para la generación actual: ‘El uso desmedido de tabaco, especialmente de la pipa, ocasiona una debilidad en el cerebro y en la médula espinal, de la que resulta la locura.’ ”

Si todavía fuera necesario refutar, después de todo lo que se ha dicho, los alegatos de los que pretenden que el espiritismo satura las casas de alienados, estas cifras proporcionarían un argumento sin réplica, porque no solamente se basan en un hecho material y en un principio científico lógico, sino

que demuestran que el incremento de la cantidad de alienados se remonta hasta más de veinte años antes de que se mencionara al espiritismo. Ahora bien, no es lógico afirmar que el efecto precedió a la causa. Los espíritas no se encuentran a salvo de las causas materiales que pueden dañar el cerebro, como tampoco lo están respecto de los accidentes que pueden quebrar los brazos y las piernas. Así pues, no debe extrañarnos que haya espíritas que están locos. Sin embargo, además de las causas materiales, existen las causas morales. Contra estas, los espíritas disponen de una poderosa prevención en sus creencias. Por lo tanto, si algún día se puede contar con una estadística exacta, realizada a conciencia y sin prejuicios, de casos de locura por causas morales, se verá que esos casos disminuyen indiscutiblemente con el desarrollo del espiritismo. Este también disminuirá la cantidad de casos ocasionados por los excesos y el abuso de bebidas alcohólicas, pero no impedirá la fiebre elevada y tantas otras causas que perturban la razón.

Es sabido que algunos escritores prestigiosos han muerto locos a causa del uso desmedido de ajeno, cuyos efectos deletéreos sobre el cerebro y la médula espinal han sido demostrados actualmente. Si esos escritores se hubieran ocupado del espiritismo, no habrían faltado quienes lo responsabilizaran por eso. En cuanto a nosotros, no dudamos en afirmar que si se hubieran ocupado *seriamente* de esa doctrina, habrían sido más moderados en todo, y no se habrían expuesto a esas lamentables consecuencias de la intemperancia. Una comparación análoga a la realizada por el doctor Jolly habría podido hacerse, tal vez con mayor razón, entre la proporción de alienados y la de consumidores de ajeno.

Pero veamos otra causa, señalada en *Le Siècle* del 21 de abril, mediante el siguiente hecho:

“Leemos en *Le Droit*: ‘Joséphine-Sophie D..., de diecinueve años de edad, obrera bruñidora, vivía con sus padres en la rue Bourbon-Villeneuve. Se entregaba con un fervor increíble a la lectura de las novelas contenidas en esas publicaciones denominadas populares, que se venden a cinco centavos. Los sentimientos exagerados, los caracteres fuertes, los acontecimientos inverosímiles, que por lo general abundan en esas obras, habían influido de una manera perjudicial en la inteligencia de dicha joven. Ella consideraba que había sido llamada para los más elevados destinos. Sus padres, que a pesar de sus pocos recursos se habían sacrificado al máximo para educarla, no eran para ella más que una pobre gente incapaz de comprenderla y de elevarse hasta el nivel al que ella aspiraba.

” ‘Durante bastante tiempo, Sophie D... se entregó a esos pensamientos novelescos, hasta que finalmente descubrió que ningún ser sobrenatural se ocupaba de ella, y que su vida habría de transcurrir, como la de las otras obreras, en medio del trabajo y de los cuidados de la familia. Entonces, resolvió poner fin a sus días, sin duda con la esperanza de que sus sueños se hicieran realidad en otro mundo.

” ‘Ayer a la mañana, al notar que Sophie no salía de su cuarto a la hora de costumbre para ir al trabajo, su hermana menor fue a despertarla. Cuando abrió la puerta, sufrió un ataque de nervios al ver que Sophie se había colgado del gancho que sostiene el fleje de su cama. Llamó a sus padres, que se apresuraron a cortar la cuerda, pero todos los intentos por reanimar a la joven fueron infructuosos.’”

Este es un caso de locura y de suicidio provocado por esas mismas personas que acusan al espiritismo de llenar los hospicios de alienados. ¿Acaso las novelas pueden exaltar la

imaginación hasta el extremo de perturbar la razón? Podríamos citar varios casos semejantes, sin contar a los que enloquecieron por el efecto que el miedo al diablo genera en los espíritus débiles. No obstante, cuando llegó el espiritismo, se apresuraron a convertirlo en el chivo expiatorio de sus propias maldades.

DISERTACIONES ESPÍRITAS

(Lyón, noviembre de 1863. Médium: Sr. X...)

I

Os hemos dicho reiteradas veces que investiguéis las comunicaciones que recibís, que las sometáis al análisis de la razón y que no aceptéis sin examen previo las inspiraciones que agitan vuestro espíritu bajo la influencia de causas que a menudo son difíciles de comprobar por los encarnados, sometidos a innumerables distracciones.

Las ideas puras que, por decirlo de algún modo, flotan en el espacio (conforme a la idea platónica), conducidas por los Espíritus, no siempre pueden alojarse solas y aisladas en el cerebro de vuestros médiums. Con frecuencia, esas ideas encuentran el lugar ocupado por ideas preconcebidas, que se mezclan con la corriente de la inspiración, la perturban y la transforman, de un modo inconsciente, es verdad, pero a veces de un modo bastante profundo, para que la idea espiritual resulte completamente distorsionada.

La inspiración contiene dos elementos: el pensamiento y el calor fluídico destinado a estimular el espíritu del médium, imprimiéndole lo que vosotros denomináis la locuacidad de la composición. Si la inspiración encuentra el lugar ocupado por una idea preconcebida, de la que el médium no puede o no quiere desprenderse, nuestro pensamiento se queda sin intérprete, y el calor fluídico se consume estimulando una idea que no es la nuestra. ¡Cuántas veces acudimos a vuestro mundo egoísta y apasionado para entregaros el calor y la idea! Pero vosotros despreciáis la idea, que vuestra conciencia debería haceros reconocer, y os apoderáis del calor en beneficio de vuestras pasiones terrestres, dilapidando algunas veces el bien de Dios a favor del mal. Así pues, ¡cuántas cuentas habrán de rendir un día los abogados de las malas causas!

No hay duda de que sería deseable que las inspiraciones buenas siempre pudieran dominar las ideas preconcebidas, pero en ese caso obstaculizaríamos el libre albedrío de la voluntad del hombre, y de tal modo este último se libraría de la responsabilidad que le compete. No obstante, si bien somos tan solo los consejeros auxiliares de la humanidad, ¡cuántas veces nos hemos alegrado al ver que nuestra idea, tras llamar a la puerta de una conciencia recta, venció a la idea preconcebida y modificó la convicción del inspirado! Con todo, no habría que suponer que nuestro auxilio, mal empleado, no se vería traicionado un poco por ese mal uso que se haría de él. La convicción sincera encuentra acentos que, surgidos del corazón, llegan al corazón. La convicción simulada puede satisfacer convicciones apasionadas, que vibran al unísono con la primera, pero lleva consigo un frío particular que deja insatisfecha a la conciencia y delata un origen dudoso.

¿Queréis saber de dónde vienen los dos elementos de la inspiración mediúmnica? La respuesta es fácil. La idea viene del mundo extraterrenal: es la inspiración propia del Espíritu. En cuanto al calor fluídico de la inspiración, lo encontramos en vosotros y lo extraemos de vosotros mismos. Es la parte quintaesenciada del fluido vital en emanación. Algunas veces lo tomamos del propio inspirado, cuando este posee cierto poder fluídico (o mediúmnico, como vosotros lo denomináis), pero la mayoría de las veces lo tomamos de su entorno, de la emanación de benevolencia que lo rodea en mayor o menor medida. Por eso se puede decir con razón que la simpatía os torna elocuentes.

Si reflexionáis atentamente respecto de esas causas, encontraréis la explicación de numerosos hechos que al principio os parecen asombrosos, pero de los que todos poseéis cierta intuición. La idea de por sí no le bastaría al hombre, si no se le diera el poder de expresarla. El calor es a la idea lo que el periespíritu es al Espíritu, lo que vuestro cuerpo es al alma. Sin el cuerpo, el alma no podría agitar la materia. Sin el calor, la idea no podría conmover los corazones.

La conclusión de este mensaje es que nunca debéis abdicar de vuestra razón en el análisis de las inspiraciones que recibís. Cuanto mayor sea su caudal de ideas adquiridas, el médium será más susceptible de generar ideas preconcebidas, razón por la cual también debe hacer tabla rasa de sus propios pensamientos, abandonar las influencias que lo agitan e imprimir en su conciencia la abnegación necesaria para una buena comunicación.

II

Dios no se veng

Lo que precede no es más que un preámbulo destinado a servir de introducción para otras ideas. Os he hablado de las ideas preconcebidas, pero hay otras además de las que proceden de las inclinaciones del inspirado. Algunas son la consecuencia de una instrucción errónea y de una interpretación aceptada durante un tiempo relativamente prolongado, las cuales tuvieron su razón de ser en una época en la que la razón humana no se hallaba bastante desarrollada y que, tras pasar a un estado crónico, solo pueden ser modificadas mediante heroicos esfuerzos, sobre todo cuando se fundan en la autoridad de la enseñanza religiosa y de libros reservados. Una de esas ideas es esta: *Dios se veng*. Se comprende la venganza de un hombre herido en su orgullo, en su persona o en sus intereses. Esa venganza, aunque culpable, se halla dentro de los límites de las imperfecciones humanas. En cambio, un padre que se veng de sus hijos despierta la indignación general, porque todos sienten que un padre, encargado de cuidar y formar a sus hijos, puede corregir errores y defectos por todos los medios a su disposición, pero que tiene prohibida la venganza, so pena de perder sus derechos de paternidad.

Con el nombre de vindicta pública, la sociedad que se va se vengaba de los culpables. El castigo infligido, a menudo cruel, era la venganza que ejercía contra los delitos de un hombre perverso. No se preocupaba en absoluto por la rehabilitación de ese hombre, y dejaba que Dios se ocupara de castigarlo o de perdonarlo. Le bastaba con herir mediante el terror a los futuros culpables, terror que consideraba saluda-

ble. La sociedad que viene ya no piensa así. Si bien todavía no procede con miras a la rehabilitación del culpable, al menos comprende que la venganza es atroz de por sí. Le basta con proteger a la sociedad de los ataques de un criminal. Además, con el auxilio del miedo a un error judicial, pronto la pena capital desaparecerá de vuestros códigos.

Si la sociedad se halla en la actualidad bastante fuerte ante un culpable para no dejarse llevar por la cólera y vengarse de él, ¿cómo pretendéis que Dios participe de vuestras debilidades, se deje llevar por un sentimiento irascible y dañe por venganza a un pecador llamado al arrepentimiento? Creer en la cólera de Dios es un orgullo de la humanidad, que supone que ejerce un gran peso en la balanza divina. Si una planta de vuestro jardín crece torcida, ¿os encolerizaréis y os vengaréis de ella por ese motivo? No, la enderezaréis en la medida de lo posible, y con un tutor impediréis que vuelva a inclinarse y, si fuera necesario, la trasplantaréis, pero no os vengaréis de ella. Dios procede de igual modo.

¡Decir que Dios se venga es una blasfemia! ¡Constituye un menoscabo de la grandeza divina; un desconocimiento de la distancia infinita que separa al Creador de su criatura; un olvido de su bondad y su justicia! ¿Acaso Dios vendría, en una existencia de la que no conserváis ningún recuerdo de vuestros errores pasados, a haceros pagar caro las faltas que habéis podido cometer en una época borrada de vuestro ser? No, no, Dios no procede así. Él entorpece el crecimiento de una pasión funesta, corrige el orgullo innato mediante una humildad forzada, endereza el egoísmo del pasado con la urgencia de una necesidad presente, que induce a desear la existencia de un sentimiento que el hombre no ha conoci-

do ni experimentado. Como un padre, corrige; pero también como un padre, Dios no se venga.

Guardaos de esas ideas preconcebidas de venganza celestial, restos perdidos de un antiguo error. Guardaos de esas tendencias fatalistas cuya puerta se abre ante vuestras nuevas doctrinas, y que os conducirían directamente hacia el quietismo oriental. La cuota de libertad que el hombre posee no es bastante grande para que sea disminuida aún más por creencias erróneas. Cuanto más sintáis la libertad en vosotros, mayor será vuestra responsabilidad, sin duda. Pero también los esfuerzos de vuestra voluntad os conducirán aún más hacia adelante en el camino del progreso.

PASCAL

III

La verdad

La verdad, amigo mío, es una de esas abstracciones hacia las cuales el espíritu humano tiende sin cesar, aunque nunca pueda alcanzarla. Es necesario que la busque, pues esa es una de las condiciones del progreso, pero su naturaleza imperfecta, y por el solo hecho de que es imperfecta, no podría conocerla. Al seguir la dirección que sigue la verdad en su marcha ascendente, el espíritu humano está en la senda providencial, pero no le es dado ver su término.

Me comprenderás mejor cuando sepas que la verdad, como el tiempo, está dividida en dos partes por el momento inapreciable que se llama el presente, a saber: el pasado y el futuro.

Por lo tanto, también hay dos verdades: la verdad relativa y la verdad absoluta. La verdad relativa es lo que es. La verdad absoluta es lo que debería ser. Ahora bien, como lo que debería ser asciende por grados hasta la perfección absoluta que es Dios, de ahí se sigue que, para los seres creados que transitan el camino ascensional del progreso, solo hay verdades relativas. No obstante, el hecho de que una verdad relativa no sea inmutable, no significa que sea menos sagrada para el ser creado.

Vuestras leyes, vuestras costumbres, vuestras instituciones, son esencialmente perfectibles y, por eso mismo, imperfectas. Pero sus imperfecciones no os libran del respeto que les debéis. No está permitido adelantarse a su tiempo y dictar leyes por fuera de las leyes sociales. La humanidad es un ser colectivo que debe avanzar, si no en conjunto, al menos por grupos, hacia el progreso del porvenir. El que se separa de la sociedad humana, para dirigirse como un niño perdido hacia verdades nuevas, siempre sufre en vuestra Tierra la pena reservada a su impaciencia. Dejad a los iniciadores, inspirados por el Espíritu de Verdad, el cuidado de proclamar las leyes del porvenir, sometiéndooos a la del presente. Dejad a Dios, que mide vuestro progreso con los esfuerzos que habéis hecho para ser mejores, el cuidado de elegir el momento que considere adecuado para una nueva transición, pero nunca os apartéis de una ley, salvo cuando sea derogada.

Por el hecho de que el espiritismo haya sido revelado entre vosotros, no creáis en un cataclismo de las instituciones sociales. Hasta ahora, ha realizado una obra subterránea e inconsciente para quienes eran sus instrumentos. En la actualidad, despunta el sol y se hace la luz, pero no por eso la marcha del progreso debe perder su lenta regularidad. Desconfiad de los Espíritus impacientes que os impulsan hacia el sendero peli-

groso de lo desconocido. La eternidad que se os ha prometido debe hacer que os apiadéis de las ambiciones tan efímeras de la vida. Sed reservados al extremo de sospechar con frecuencia de las voces de los Espíritus que se manifiestan.

No olvidéis que el espíritu humano se mueve y se agita bajo la influencia de tres causas, que son: la *reflexión*, la *inspiración* y la *revelación*. La *reflexión* es la riqueza de vuestros recuerdos, que agitáis voluntariamente. En ella, el hombre encuentra lo que le resulta rigurosamente útil para satisfacer las necesidades de una posición estacionaria. La *inspiración* es la influencia de los Espíritus extraterrenales, que se combina en mayor o menor medida con vuestras propias reflexiones para impulsaros al progreso; es la injerencia de lo mejor en la insuficiencia del tránsito; es una fuerza nueva que se junta con una fuerza adquirida para llevaros más lejos que el presente; es la prueba irrefutable de una causa oculta que os impulsa hacia adelante, y sin la cual permaneceríais estacionarios; porque la regla física y moral es que el efecto no puede ser mayor que su causa, y cuando eso ocurre, como en el progreso social, es porque una causa ignorada, desapercibida, se sumó a la causa primera de vuestro impulso. La *revelación* es el más elevado de los poderes que agitan el espíritu del hombre, porque procede de Dios y solo se manifiesta por su expresa voluntad. Es poco común, a veces incluso imperceptible; y otras veces es evidente para quien la experimenta, a tal punto que se siente involuntariamente un respeto sagrado. Os repito que es poco común, y se concede habitualmente como recompensa para la fe sincera, para el corazón abnegado. Pero no vayáis a aceptar como revelación todo lo que se os ofrezca como tal. El hombre se vanagloria de la amistad de los grandes, los Espíritus se vanaglorian de contar con un permiso especial de Dios, per-

miso que a menudo no poseen. A veces, estos hacen promesas que Dios no ratifica, porque solamente Él sabe lo que hace falta y lo que no.

Esto es, amigo mío, todo lo que puedo deciros acerca de la verdad. Inclinaos ante el gran Ser por el cual todo vive y se mueve en la infinidad de los mundos que son regidos por su poder. Considerad que si en Él radica toda la sabiduría, toda la justicia y todo el poder, en Él también radica toda la verdad.

PASCAL

* * *

Estudio acerca de la mediumnidad

(Sociedad de París, 7 de abril de 1865.

Médium: señor Costel.)

No hace falta erigir en sistema los dictados mal concebidos y mal expresados que desvirtúan absolutamente la inspiración mediúmnica, en caso de que esta haya existido. Dejo a otros la tarea de explicar la teoría del progreso, porque es inútil que todos los médiums traten el mismo asunto. Voy a ocuparme de la mediumnidad, ese tema inagotable para las investigaciones y los estudios.

La mediumnidad es una facultad inherente a la naturaleza del hombre. No constituye una excepción ni un favor, pues forma parte del gran conjunto humano y, como tal, se halla sujeta a las variaciones físicas y a las desigualdades morales. Sufre el dualismo formidable del instinto y de la inteligencia. Posee sus genios, su multitud y sus engendros.

Nunca se debe atribuir a los Espíritus –me refiero a los Espíritus elevados– esos dictados sin forma ni contenido que suman a su inutilidad el ridículo de llevar la firma de personas ilustres. La mediumnidad sería invierte tan solo en cerebros provistos de una instrucción suficiente o, por lo menos, experimentados en las luchas pasionales. Solo los mejores médiums reciben la corriente espiritual. El resto sufre simplemente el impulso fluídico material que arrastra sus manos, sin lograr que su inteligencia produzca otra cosa que no sea lo que ella misma contiene en estado latente. Estos deben ser estimulados al trabajo, pero no hay que iniciar al público en sus elucubraciones.

Las manifestaciones espíritas deben producirse con la mayor reserva. Y si bien es indispensable para la dignidad personal acumular todas las pruebas de una absoluta buena fe respecto de las experiencias físicas, también es importante al menos preservar a las comunicaciones espirituales del ridículo que recae demasiado fácilmente sobre las ideas y los sistemas firmados irrisoriamente con nombres célebres, que siempre se mantienen ajenos a esas producciones. No cuestiono la honradez de las personas que reciben el choque eléctrico y lo confunden con la inspiración mediúmnica. Así como la ciencia tiene sus pseudosabios, la mediumnidad tiene sus pseudomédiums, en el orden espiritual, se entiende.

Intentaré establecer aquí la diferencia que existe entre los médiums inspirados por los fluidos espirituales, y los que solo actúan bajo el impulso fluídico corporal; es decir, entre los que vibran intelectualmente y aquellos cuya resonancia física solo alcanza a producir de manera confusa e inconsciente sus propias ideas, o ideas comunes y sin importancia.

Por lo tanto, existe una línea divisoria perfectamente trazada entre los médiums escribientes: por un lado, los que responden a la influencia espiritual que les hace escribir nada más que cosas útiles y elevadas; y por otro, los que sufren la influencia fluídica material, que actúa sobre sus órganos cerebrales como los fluidos físicos actúan sobre la materia inerte. Esta primera clasificación es absoluta, pero admite una infinidad de variedades intermedias. Aquí señalo los caracteres principales de un estudio importante que otros Espíritus completarán. Somos los pioneros del progreso terrestre, y solidarios unos con otros. Formamos en la falange espírita el núcleo del porvenir.

GEORGES

Observación: La frase en la que el Espíritu dice que deja a otros la tarea de explicar la teoría del progreso, se debe a las diversas preguntas que se habían formulado al respecto en la sesión. Cuando afirma que la mediumnidad es un tema inagotable para las investigaciones y los estudios, está por completo en lo cierto.

Aun cuando el estudio de esta parte del espiritismo se encuentre lejos de hallarse completa, también estamos lejos de la época en que se creía que bastaba con recibir un impulso mecánico para considerarse médium y estar apto para recibir las comunicaciones de la totalidad de los Espíritus. Eso equivaldría a suponer que cualquier sujeto que tocara una pequeña melodía en el piano debería ser necesariamente un excelente músico. El progreso de la ciencia espírita, que se enriquece a diario con nuevas observaciones, nos muestra a cuántas causas diferentes e influencias delicadas, cuya existencia no se sospe-

chaba, se hallan sometidas las relaciones inteligentes con el mundo espiritual. Los Espíritus no podían enseñarnos todo a la vez. Sin embargo, como hábiles profesores, a medida que las ideas se desarrollan, avanzan en los detalles y despliegan los principios que, impartidos prematuramente, no se habrían comprendido y habrían generado una confusión en nuestro pensamiento.

Por consiguiente, la mediumnidad exige un estudio serio de parte de todo aquel que vea en el espiritismo una cosa seria. A medida que los verdaderos mecanismos de esta facultad se conozcan mejor, se estará menos expuesto a las decepciones, porque se sabrá lo que ella puede ofrecer y en qué condiciones puede hacerlo. Por otra parte, cuanto mayor sea la cantidad de personas esclarecidas acerca de este punto, menos serán las víctimas del charlatanismo.

* * *

Progreso intelectual

(Sociedad de París, 31 de marzo de 1865.

Médium: señor Desliens.)

Nada se pierde en este mundo, no solamente en la materia, donde todo se renueva y se perfecciona sin cesar, conforme a las leyes inmutables que el Creador aplica a todas las cosas, sino también en el dominio de la inteligencia. La humanidad es como un solo hombre que vive eternamente y que adquiere sin cesar nuevos conocimientos.

Esto no es un símbolo, sino una realidad, porque el Espíritu es inmortal. Solo el cuerpo, que es la envoltura o vestimen-

ta del Espíritu, muere cuando se ha gastado, y se lo reemplaza por otro. La propia materia sufre modificaciones. A medida que el Espíritu se purifica, adquiere nuevas riquezas y merece —si así puedo expresarme, empleando un lenguaje terrenal— un vestido más lujoso, más agradable y cómodo.

La materia se sublima y se torna cada vez más ligera, pero nunca desaparece por completo, al menos en las regiones intermedias. Ya sea como cuerpo, o bien como periespíritu, acompaña sin cesar a la inteligencia y permite que esta, mediante ese punto de contacto, se comuniquen con sus inferiores para instruirlos, con sus iguales para meditar, y con sus superiores para aprender.

Hemos dicho que nada se pierde en la naturaleza, y ahora agregamos que nada es inútil. Todo tiene su razón de ser, incluso las criaturas más peligrosas y los venenos más sutiles. ¡Cuántas cosas se habían considerado inútiles o perjudiciales, y cuyos beneficios se reconocieron más tarde! Lo mismo ocurre con las cosas que no comprendéis. Sin tratar a fondo la cuestión, diré solamente que las cosas perjudiciales os obligan a la atención y a la vigilancia que ejercitan la inteligencia, mientras que si el hombre no tuviera nada que temer se entregaría a la pereza, en perjuicio de su propio desarrollo. Si la necesidad es la madre de la industria, la industria es también la hija de la inteligencia.

No cabe duda de que Dios, como algunos objetan, habría podido ahorraros las pruebas y las dificultades que os parecen superfluas. Pero si se os presentan obstáculos, es para despertar en vosotros los recursos adormecidos, para descubrir los tesoros de la inteligencia, que se mantendrían enterrados en vuestro cerebro en caso de que una necesidad, un peligro a evitar, no os forzara a velar por vuestra conservación.

El instinto nace; la inteligencia lo sigue, las ideas se concatenan, y queda inventado el razonamiento. Razono, juzgo, bien o mal —es cierto—, pero es razonando incorrectamente como se aprende a reconocer la verdad. Cuando se yerra con frecuencia, finalmente se acierta. Esa verdad, esa inteligencia, obtenidas con tanto esfuerzo, adquieren un valor infinito, y podéis considerar su posesión como un bien inestimable. Tenéis miedo de perder vuestros descubrimientos. ¿Qué hacéis entonces? Instruís a vuestros hijos, a vuestros amigos. Desarrolláis sus inteligencias a fin de sembrar en ellas y hacer que dé fruto lo que habéis adquirido a costa de vuestro sudor intelectual. De tal modo, todo se encadena. El progreso es una ley natural, y los conocimientos humanos, incrementados poco a poco, se transmiten de generación en generación. Después de esto, ¡que vengan a deciros que todo es materia! La mayoría de los materialistas solo rechazan la espiritualidad porque esta los haría modificar su estilo de vida, enfrentar sus defectos, renunciar a sus hábitos. Eso sería demasiado penoso para ellos, motivo por el cual les resulta más cómodo negarlo todo.

PASCAL

* * *

Acerca de la seriedad en las reuniones

(Sociedad de París, 17 de marzo de 1865.

Médium: señor Desliens.)

Conforme a las pruebas que ya tenéis al respecto, la actitud seria de los miembros de un grupo afecta a los extraños que asisten a las sesiones con la intención de ridiculizarlas. Esa

actitud convierte en respeto involuntario su deseo de burlarse, y del respeto al estudio serio y, por consiguiente, a la fe, la transición es imperceptible. Por otra parte, los que no salen convencidos de esas reuniones, al menos se llevan una impresión favorable; y si bien no se suman a vosotros de inmediato, ya no se cuentan entre vuestros adversarios encarnizados. Esta es una primera razón que debe persuadirlos para que seáis serios y recogidos. En efecto, ¿qué pretendéis que piensen los que salen de una reunión en la que los asuntos más dignos de respeto son tratados con ligereza e inconsecuencia? Aun cuando los espíritas que proceden de ese modo estén lejos de ser malintencionados, no dejan de causar un perjuicio, no respecto del porvenir, sino del desarrollo rápido del espiritismo. Si tan solo hubieran realizado reuniones serias, dirigidas adecuadamente, la doctrina habría avanzado de una manera muy diferente a como lo hizo, a pesar de que se desarrolló mucho. Proceder de aquel modo no es digno de auténticos espíritas, ni resulta en interés de la doctrina, porque los adversarios se aprovechan de eso para ridiculizarla. Así pues, para los que comprenden la importancia de este asunto, es un deber no prestar apoyo a reuniones de tal naturaleza.

No solo perjudican a la doctrina, sino también se perjudican a sí mismos, porque así como toda buena acción lleva consigo una recompensa, toda acción ligera deja tras ella una impresión desagradable, y a veces le sigue un castigo físico cuya consecuencia más leve puede ser la suspensión de la mediumnidad o, por lo menos, la imposibilidad de comunicarse con los Espíritus buenos.

Es necesario ser serios, no solo con los Espíritus benevolentes y esclarecidos que acuden a impartiros sabias instrucciones, y a los que vuestro poco recogimiento alejaría, sino

también con los Espíritus que sufren o que son malos, y que acuden, aquellos para suplicaros consuelo, y estos para engañaros. Incluso diría que, sobre todo para con estos últimos, la seriedad es fundamental, aunque combinada con la benevolencia. Esa es la mejor manera de imponerles respeto y mantenerlos alejados. Si os rebajáis hasta la familiaridad con los que son inferiores a vosotros, moral e intelectualmente, no tardaréis en dar lugar a su influencia perversa, que al principio se manifiesta como mistificaciones, y más tarde como crueles y tenaces obsesiones.

Así pues, manteneos en guardia. Adaptad vuestro lenguaje según el de los Espíritus que se comunican en vuestros grupos, pero que la seriedad y la benevolencia nunca queden excluidas. No rechazéis a los que se presentan ante vosotros con apariencias imperfectas. Tal vez preferiríais recibir siempre comunicaciones sabias, respecto de las cuales no os fuera necesario utilizar vuestro corazón y vuestro juicio para conocer su valor, pero considerad que el juicio tan solo se desarrolla con el ejercicio. Todas las comunicaciones tienen su utilidad para quien sabe aprovecharlas. Una mistificación descubierta y frustrada puede actuar con más eficacia sobre vuestras almas —al hacer que percibáis mejor los puntos a reforzar— que las instrucciones que os complacería admirar sin llevarlas a la práctica.

Trabajad con valor y sinceridad, y el Espíritu del Señor estará con vosotros.

MOKI

* * *

Inmigración a la Tierra por parte de los Espíritus superiores

(Sociedad espírita de París, 7 de octubre de 1864.
Médium: señor Delanne.)

Esta noche os hablaré de la inmigración de los Espíritus adelantados que vienen a encarnar en vuestra Tierra. Esos nuevos mensajeros ya han tomado el cayado del peregrino. Ya son miles los que se esparcen sobre vuestro globo. Son ubicados en todas partes, en grupos y en series, por los Espíritus que dirigen el movimiento de transformación a través del progreso. La Tierra ya se agita al sentir en su seno a los que antaño ha visto pasar a través de su humanidad naciente. Se alegra de recibirlos, porque presiente que vienen para conducirla a la perfección, convertidos en guías de los Espíritus ordinarios, que necesitan ser estimulados mediante buenos ejemplos.

Así es, entre vosotros hay grandes mensajeros. Ellos serán la base de la generación futura. A medida que el espiritismo crezca y se desarrolle, Espíritus de un orden cada vez más elevado vendrán a sostener la obra, en razón de las necesidades de la causa. En todas partes Dios ha colocado apoyos para la doctrina, y surgirán en el momento y en el lugar oportunos. De tal modo, sabed esperar con firmeza y confianza. Todo lo que ha sido predicho ocurrirá, como dice el libro sagrado, hasta la última *iota*.

Si bien la transición actual, como acaba de decirlo el maestro, suscitó las pasiones e hizo que surja la escoria de los Espíritus encarnados y desencarnados, también despertó el deseo ardiente, en una infinidad de Espíritus de una posición superior en los mundos de los torbellinos solares, de venir una vez más para cumplir los designios de Dios para este gran acontecimiento.

Por eso os dije que la inmigración de los Espíritus superiores se realiza en vuestra Tierra para activar la marcha ascendente de vuestra humanidad. Así pues, redoblad el valor, la abnegación y el fervor por la causa sagrada. Sabed que nada detendrá la marcha progresiva del espiritismo, puesto que poderosos protectores continuarán vuestra obra.

MESMER

* * *

Acerca de las creaciones fluídicas

(Sociedad de París, 14 de octubre de 1864.

Médium: señor Delanne.)

He dicho brevemente algunas palabras acerca de los grandes mensajeros enviados entre vosotros para cumplir su misión de progreso intelectual y moral en vuestro globo.

Si bien en tal sentido el movimiento se desarrolla y adopta proporciones que percibís a diario, también se realiza otro, no solamente en el mundo de los Espíritus que han dejado la materia, sino también en el orden material, e igual de importante. Me refiero a las leyes de purificación fluídica.

El hombre no solo debe elevar su alma mediante la práctica de la virtud, sino que también debe purificar la materia. Cada industria proporciona su contingente para esa tarea, porque cada industria produce materiales de todo tipo. Esos materiales desprenden fluidos que, más purificados, se unen en la atmósfera con fluidos similares que resultan útiles para las manifestaciones de los Espíritus que acabáis de mencionar.

Así es, los objetos procreados instantáneamente con la voluntad, que es el don más rico del Espíritu, son extraídos de los fluidos semimateriales, análogos a la constitución semimaterial del cuerpo denominado periespíritu, de los habitantes de la erraticidad. Por esa razón, con esos elementos, ellos pueden crear objetos según su deseo.

El mundo de los invisibles es como el vuestro. En vez de ser material y denso, es fluídico, etéreo, de la naturaleza del periespíritu, que es el verdadero cuerpo del Espíritu, y que es extraído de esos medios moleculares, así como el vuestro se forma con cosas más palpables, tangibles, materiales.

El mundo de los Espíritus no es el reflejo del vuestro. El vuestro es una grosera y muy imperfecta imagen del reino de ultratumba.

Las relaciones entre esos dos mundos siempre han existido. No obstante, en la actualidad, ha llegado el momento en que todas esas afinidades os serán reveladas y demostradas de un modo palpable.

Cuando comprendáis las leyes de las relaciones que existen entre los seres fluídicos y los que vosotros conocéis, la ley de Dios estará próxima a ejecutarse. Porque cada encarnado comprenderá su inmortalidad y, a partir de ese momento, se convertirá no solo en un ferviente trabajador de la gran causa, sino también en un digno servidor de sus obras.

MESMER

* * *

ALLAN KARDEC



REVISTA ESPÍRITA

PERIÓDICO DE ESTUDIOS PSICOLÓGICOS

Año VIII

Número 6

Junio de 1865

Informe sobre la caja del espiritismo²⁹

*Presentado en la Sociedad de París,
el 5 de mayo de 1865,
por el señor Allan Kardec.*

Estimados colegas:

Hace algún tiempo os había anunciado que presentaría un nuevo informe acerca de la caja del espiritismo, y la inauguración de un nuevo año social me brinda naturalmente la oportunidad de hacerlo. En estas exposiciones, lamento tener que hablaros de mí, aunque siempre lo hago lo menos posible, pero en esta circunstancia no podré evitarlo, razón por la cual os ruego por anticipado que tengáis a bien disculparme.

Recordaré brevemente el informe que os he presentado sobre el mismo asunto hace dos años.

29. Un extracto de este informe fue publicado por Allan Kardec como parte de la “Constitución transitoria del espiritismo”. Véase la *Revista Espírita* de diciembre de 1868. (N. del T.)

En el mes de febrero de 1860, una donación de diez mil francos fue puesta a mi disposición para que la empleara, según mi voluntad, en beneficio del espiritismo. En esa época, la Sociedad no disponía de una sede propia, lo cual presentaba serios inconvenientes. La doctrina comenzaba a expandirse, y eso nos hacía sentir la necesidad de contar con un local específico, destinado no solamente a las sesiones, sino también a la recepción de los visitantes, que eran cada vez más numerosos, razón por la cual resultaba indispensable la presencia permanente de una persona en la propia sede de la Sociedad. Así pues, elegí un local que reuniera las ventajas de ser apto y estar ubicado en el centro de la ciudad. Por otra parte, la elección no fue fácil, pues se requerían espacios adecuados para aquellos fines, sin olvidar el elevado costo de los alquileres. El precio de esta locación, incluidos los servicios, es de 2930 francos. Dado que la Sociedad no podía solventar ese gasto, y que solo aportaba 1200 francos, faltaban 1730 francos. Destinar la donación recibida, tanto para la compra de materiales como para cubrir el resto del alquiler, no implicaba apartarnos de la voluntad del donante, pues se utilizaba en beneficio de la doctrina. En efecto, actualmente sobre todo, se comprende cuán útil ha sido tener este centro, en el que confluyen tantas relaciones, y cuán necesario era, por otra parte, que yo tuviera una vivienda de paso. Con todo, debo recordar que, si bien yo vivo en este local, eso no es una ventaja para mí, puesto que tengo otro apartamento que no me cuesta nada y en el que me resultaría más agradable vivir, y con más razón por el hecho de que residir en dos lugares, lejos de ser un alivio, resulta más costoso, conforme lo demostraré de inmediato.

Así pues, esos diez mil francos fueron los primeros fondos de la caja del espiritismo, caja que, como sabéis, es objeto de

una contabilidad específica y no se confunde con mis cuentas personales. Esos fondos debían bastar para cubrir, aproximadamente, el alquiler del local durante los seis años del contrato, según la cuenta detallada que os presenté la última vez. Ahora bien, el contrato finaliza en un año, y la suma llega a su fin.

Es cierto que el capital de la caja se incrementó de muchas maneras, y está compuesto como sigue:

1.º Donación de febrero de 1860	10 000 francos.
2.º Condonación de un préstamo recibido en una época anterior, en beneficio del espiritismo	600 francos.
3.º Donación recibida en 1862	500 francos.
4.º Otra donación recibida en septiembre de 1864	1 000 francos.
5.º Otra donación recibida	2 000 francos.
Total	14 100 francos.

Debido a que las dos últimas sumas tienen un destino específico, en realidad solamente 11 100 francos pudieron destinarse al alquiler, y no fueron suficientes.

Con todo, el alquiler no es el único gasto que incumbe al espiritismo. No incluyo las obras de beneficencia, que son algo aparte y de lo que hablaremos enseguida. Me refiero a otro aspecto de la cuestión, y en esto solicito vuestra indulgencia, debido a que necesito hablar de mí.

Mucho se ha dicho acerca de los réditos que yo obtenía de mis obras. Por cierto, ninguna persona sería cree en mis

millones, a pesar de la afirmación de los que decían saber de buena tinta que yo llevaba una vida principesca, que tenía carruajes de cuatro caballos, y que en mi casa sólo se caminaba sobre alfombras de Aubusson. Además, y pese a lo que ha dicho el autor de un libelo que conocéis —en el que pretende demostrar por medio de cálculos exagerados que mi presupuesto de ingresos supera la lista civil del más poderoso soberano de Europa (38 millones. Véase la *Revista* de junio de 1862, página 179³⁰ y junio de 1863, página 175³¹), lo cual, dicho sea de paso, pondría en evidencia una expansión realmente milagrosa de la doctrina espírita—, existe un hecho más auténtico que sus cálculos: nunca he pedido nada a nadie, y nunca nadie me ha dado algo para mí en lo personal; ninguna colecta, *siquiera de un solo centavo*, fue para cubrir mis necesidades. En una palabra, *no vivo a expensas de nadie*, puesto que, de las sumas que voluntariamente se me confiaron en bien del espiritismo, ninguna porción fue desviada para mi beneficio. Por otra parte, se puede ver a cuánto ascienden esas sumas.

Mis inmensas riquezas provendrían, pues, de mis obras espíritas. Aunque esas obras hayan alcanzado un éxito inesperado, basta con que se tenga alguna iniciación en el negocio de librería para saber que con libros filosóficos no se amasan millones en cinco o seis años, cuando sobre las ventas no se tiene más que los derechos de autor, que no pasan de unos pocos centavos por ejemplar. No obstante, grande o pequeño, ese beneficio es el fruto de mi trabajo, de modo que nadie tiene derecho a entrometerse en el empleo que hago de él. Aunque

30. Allan Kardec remite al artículo “¿Así se escribe la historia! Los millones del Sr. Allan Kardec”. (N. del T.)

31. Allan Kardec remite al artículo “Presupuesto del espiritismo o explotación de la credulidad humana”. (N. del T.)

se elevara a millones, eso no concierne a nadie, puesto que la compra de los libros, así como la suscripción a la *Revista*, son facultativas y no son impuestas *en ninguna circunstancia*, ni siquiera para asistir a las sesiones de la Sociedad. En lo comercial, me encuentro en la posición del hombre que cosecha el fruto de su trabajo; corro el riesgo de todo escritor, que tanto puede tener éxito como fracasar.³²

Si bien en ese sentido no tengo que rendir ninguna cuenta, considero conveniente, en beneficio de la causa a la que me he dedicado, dar algunas explicaciones.

En primer lugar diré que, como mis obras no son exclusivamente de mi propiedad, me veo obligado a comprárselas a mi editor, pagándolas como un librero, excepto la *Revista*, cuya disponibilidad conservo. La ganancia disminuye considerablemente debido a los ejemplares que no se venden y las distribuciones gratuitas, realizadas en beneficio de la doctrina a personas que, de lo contrario, se verían obligadas a privarse de ellas. Un cálculo muy fácil prueba que el precio de diez volúmenes perdidos o donados —que no dejo de pagar— basta para absorber la ganancia de cien volúmenes. Digo esto a título de información y como paréntesis. Sin embargo, sumado todo y hecho el balance, queda algo. Suponed la cifra que

32. En el texto de la “Constitución transitoria del espiritismo”, Allan Kardec incluye esta nota al pie: “A los que preguntaron por qué vendíamos nuestros libros, en vez de donarlos, les hemos contestado que los donaríamos si hubiésemos contado con un impresor que los imprimiera por nada, con un vendedor que proveyera el papel gratuitamente, con libreros que no exigieran ninguna rebaja para encargarse de distribuirlos, con una administración de correos que los transportara por filantropía, etc. Mientras tanto, como no tenemos millones para cubrir esos gastos, estamos obligados a poner un precio a nuestros libros”. (N. de T.)

queráis; ¿qué hago con ella? Eso es lo que más preocupa a ciertas personas.

Quienquiera que haya visto nuestra casa en el pasado y la vea hoy, podrá dar testimonio de que nada ha cambiado en nuestra manera de vivir desde que me ocupo con el espiritismo; es tan sencilla en la actualidad como lo era antiguamente, porque una vida suntuosa no forma parte de mis gustos. Así pues, no cabe duda de que mis ganancias, por más enormes que sean, no alcanzan para proporcionarnos los gozos del lujo. No tenemos hijos, de modo que no acumulamos dinero para ellos. Nuestros herederos indirectos son en su mayoría mucho más ricos que nosotros: sería absurdo que me sacrificara trabajando para ellos. ¿Será, pues, que padezco la manía de atesorar para tener el placer de contemplar mi dinero? No creo que mi carácter y mis costumbres alguna vez hayan hecho que se suponga tal cosa. Los que me atribuyen esas ideas conocen muy poco mis principios en materia de espiritismo, en vista de que me consideran tan apegado a los bienes de la Tierra. Entonces, ¿en qué se ha invertido ese dinero? Puesto que no saco de él provecho alguno, cuanto más fabulosa es la suma, más embarazosa es la respuesta. Un día se sabrá la cifra exacta, así como el empleo detallado, y los creadores de historias tendrán para sus gastos de imaginación; hoy, me limito a presentar algunos datos generales para poner un freno a las suposiciones ridículas. Con ese propósito, debo entrar en algunos detalles íntimos —por lo cual os pido perdón—, pero que son necesarios.

En todos los tiempos hemos tenido de qué vivir, muy modestamente, por cierto, pero lo que hubiera sido poco para algunas personas ha sido suficiente para nosotros, gracias a nuestros gustos y a nuestras costumbres de orden y de econo-

mía. A nuestro pequeño ingreso se añadían, como suplemento, el producto de las obras que publiqué antes del espiritismo, y el de un modesto empleo que tuve que dejar cuando los trabajos de la doctrina absorbieron todo mi tiempo.

En la propiedad que poseo, y que me queda como residuo de lo que la mala fe no pudo quitarme, pudimos vivir tranquilamente y lejos de las molestias de los negocios. Al sacarme de la oscuridad, el espiritismo me colocó en un nuevo rumbo; en poco tiempo me vi arrastrado por un movimiento que estaba lejos de prever. Cuando concebí la idea de *El libro de los Espíritus*, era mi intención no ponerme en evidencia y permanecer en el anonimato. Con todo, rápidamente desbordado, eso no me fue posible; debí renunciar a mi deseo de retirarme, so pena de abdicar de la obra emprendida, que crecía prodigiosamente. Tuve que ceder a su impulso y tomar las riendas. Si mi nombre tiene ahora alguna popularidad, sin duda no soy yo quien la ha buscado, pues es notorio que no se la debo ni a la propaganda, ni a la camaradería de la prensa, y que nunca he sacado provecho de mi posición y de mis relaciones para lanzarme al mundo, aunque eso me hubiera resultado muy fácil. Con todo, a medida que la obra crecía, un horizonte más amplio se desplegaba delante de mí y prolongaba sus límites. Comprendí entonces la dimensión de mi tarea y la importancia del trabajo que me quedaba por hacer para completarla. Las dificultades y los obstáculos, lejos de atemorizarme, redoblaron mi energía. Vi el objetivo y resolví alcanzarlo con la asistencia de los Espíritus buenos. Sentía que no tenía tiempo que perder, y no lo perdí, ni en visitas inútiles ni en ceremonias estériles. Fue la obra de mi vida. Le dediqué todo mi tiempo, sacrifiqué por ella mi reposo, mi salud, porque el porvenir estaba escrito delante de mí con letras

incuestionables. Lo hice por decisión propia, y mi esposa, que no es más ambiciosa ni más interesada que yo, se sumó plenamente a mi proyecto y me secundó en mi tarea laboriosa, como lo hace hasta ahora, mediante un trabajo que muchas veces es superior a sus fuerzas, sacrificando sin lamentarse los placeres y las distracciones del mundo, a las que la posición de su familia la habían acostumbrado.

Sin apartarnos de nuestro estilo de vida, esa posición excepcional nos creó necesidades a las que mis recursos no me permitían proveer. Sería difícil imaginar la multiplicidad de gastos que esa posición genera y que, a no ser por ella, yo habría evitado. La necesidad de vivir en dos lugares diferentes resulta, como he dicho, un gasto adicional, debido a que hace falta contar con mobiliario por duplicado, sin mencionar una infinidad de gastos menores y la pérdida de mis intereses materiales, descuidados a causa de las actividades que absorben todo mi tiempo. Esto no es una queja, dado que mis ocupaciones actuales son voluntarias, sino un hecho que señalo en respuesta a los que pretenden que en el espiritismo todo resulta beneficioso para mí. En cuanto a los gastos específicos ocasionados por esa posición, sería imposible enumerarlos. Con todo, si se considera que cada año gasto más de ochocientos francos solo en el correo, independientemente de los viajes, de la necesidad de contar con alguien que me ayude, y otros pequeños gastos inevitables, se comprenderá que no exagero cuando digo que mis gastos anuales, que han ido en aumento incesantemente, en la actualidad se han más que triplicado. Es posible calcular aproximadamente a cuánto se ha elevado ese excedente en ocho años, si se considera un promedio de seis mil francos por año. Ahora bien, nadie cuestionará la utilidad de esos gastos para el éxito de la doctrina espírita, que evi-

dentemente se habría retrasado si yo me hubiera mantenido a distancia, sin ver a nadie y sin las numerosas relaciones que mantengo a diario. No obstante, eso es lo que me habría visto obligado a hacer si no fuera porque algo vino en mi auxilio.

Pues bien, señores, lo que me proporcionó ese suplemento de recursos fue el producto de mis obras. Lo digo con satisfacción, pues con mi propio trabajo, con el fruto de mis vigiliass proveí, en su mayor parte al menos, a las necesidades materiales de la implantación de la doctrina. Aporté así una amplia contribución a la caja del espiritismo. Dios quiso que este encontrara en sí mismo sus primeros medios de acción. Al principio, me lamentaba de que mi escasa fortuna no me permitiera hacer lo que habría deseado para beneficio de la causa. Ahora, veo en eso el dedo de la Providencia, así como el cumplimiento de esa predicción tantas veces repetida por los Espíritus buenos: *No te preocupes por nada; Dios sabe lo que necesitas, y sabrá proporcionártelo.*

Si yo hubiera empleado el producto de mis obras para aumentar mis goces materiales, eso habría perjudicado al espiritismo. Sin embargo, aun en tal caso, nadie habría tenido derecho a criticarme, porque yo era dueño de disponer a mi antojo de aquello que no le debía a nadie más que a mí mismo. Con todo, dado que me privaba antes, también podía privarme después. Al aplicarlo a la obra, considero que nadie supondrá que se trata de dinero mal empleado, y aquellos que cooperan para la propagación de las obras no podrán decir que trabajan para mi enriquecimiento.

Pero proveer al presente no es todo: hace falta también pensar en el futuro y preparar una fundación que, después de mí, pueda auxiliar a aquel que me sustituya en la gran tarea que tendrá que desempeñar. Esa fundación, acerca de la que

debo guardar silencio por ahora, se relaciona con la propiedad que poseo, y en vista de eso aplico una parte de lo que gano para mejorarla. Como estoy lejos de los millones con que me gratificaron, dudo mucho que, pese a mis economías, mis recursos personales me permitan algún día dar a esa fundación el complemento que yo quisiera que tenga durante mi vida. No obstante, puesto que su realización está en los designios de mis guías espirituales, si yo mismo no lo logro, es probable que algún día se haga. Mientras aguardo, elaboro esos proyectos en el papel.

Lejos de mí, señores, está la idea de envanecerme ni siquiera un poco con lo que acabo de exponer. Era necesaria la perseverancia de ciertas diatribas para que yo me decidiera, aunque contra mis deseos, a romper el silencio acerca de algunos hechos que están relacionados con mi persona. Más adelante, todos aquellos a los que la malevolencia les ha hecho desvirtuar las cosas, serán esclarecidos por medio de documentos auténticos, aunque todavía no ha llegado el momento de dar esas explicaciones. Lo único que ahora me importa es que estéis informados acerca del destino de los fondos que la Providencia dispuso que pasen por mis manos, sea cual fuere su origen. No me considero más que un depositario, incluso de lo que gano, y con más razón de aquello que se me confía y por lo cual deberé dar rigurosas explicaciones. Resumiré diciendo: no necesité nada de eso, de modo que no lo he utilizado en mi provecho.

Me resta hablaros, señores, de la caja de beneficencia. Sabéis que esa caja se formó, sin un designio premeditado, con algunas sumas que me fueron entregadas para realizar obras de caridad, pero sin una afectación específica, a las cuales yo agregó las que de vez en cuando están disponibles sin un

uso determinado. La primera donación para ese fin fue una suma de 200 francos, recibida el 20 de agosto de 1863. El año siguiente, el 17 de agosto de 1864, la misma persona me envió otros 200 francos. El 1.º de septiembre, durante uno de mis viajes, recibí 100 francos más. Con motivo de las suscripciones publicadas en la *Revista Espírita*, varias personas remitieron sumas más pequeñas, con empleo facultativo. Más recientemente, el 28 de abril último, alguien me entregó 500 francos. Al día de hoy, la suma asciende a 1317 francos. El total de lo utilizado para diversas asistencias, donaciones o préstamos que aún no fueron devueltos, asciende a 1060 francos. Restan en caja 257 francos.

Cierta vez, alguien me preguntó —sin curiosidad, por cierto, sino por mero interés en el tema— qué haría yo con un millón, si lo tuviera. Le respondí que en el presente el empleo de esa suma sería por completo diferente de lo que hubiera sido al principio. Tiempo atrás, con ella hubiese hecho la propaganda de la doctrina, mediante una amplia publicidad; pero ahora reconozco que eso no habría tenido utilidad, pues nuestros adversarios se han encargado de costearla. Al no poner a mi disposición grandes recursos para lograr ese objetivo, los Espíritus han querido demostrar que el espiritismo debía su éxito a su propia fuerza, y no al empleo de medios vulgares.

Ahora que el horizonte se ha ampliado y que, sobre todo, el porvenir se desplegó, las necesidades que se hacen sentir son de un orden muy diferente. Un capital como el que suponéis tendría un empleo de mayor utilidad. Sin entrar en detalles que serían prematuros, diré simplemente que una parte serviría para convertir mi propiedad en un asilo espírita específico para ancianos, cuyos habitantes recibieran los beneficios de nuestra doctrina moral; otra serviría para constituir una renta

inalienable destinada: 1.º a mantener el establecimiento; 2.º a garantizar una existencia independiente a aquel que me suceda y a aquellos que lo asistan en su misión; 3.º a atender las necesidades corrientes del espiritismo sin tener que recurrir a productos eventuales, como me veo obligado a hacer, dado que la mayor parte de sus recursos depende de mi trabajo, que habrá de tener un término.

Eso es lo que haría. Con todo, si no se me concede esa satisfacción, me importa poco que se le conceda a otros. Por otra parte, sé que de un modo u otro los Espíritus que dirigen el movimiento proveerán a todas las necesidades en el momento oportuno. Por eso es que no me inquieto en absoluto y me ocupo de lo que para mí es esencial: dedicarme a los trabajos que aún debo finalizar. Una vez hecho eso, partiré cuando a Dios le plazca llamarme.

Llama la atención el hecho de que algunas personalidades destacadas, notoriamente simpatizantes de la idea espírita, no hayan tomado partido por la causa de manera abierta y oficial. Algunos dicen que ese debería ser su deber, puesto que el espiritismo es una obra esencialmente moralizadora y humanitaria. Olvidan que esas personas, debido a la posición que ocupan, tienen que luchar más que otras contra los prejuicios que solo el tiempo puede erradicar, y que caerán ante el ascendiente de la opinión pública. Por otra parte, digamos que el espiritismo se encuentra aún en estado de esbozo, y que no ha dicho su última palabra. Se han presentado sus principios generales, pero apenas vislumbramos sus consecuencias, que todavía no son *ni pueden ser* definidas con precisión. Hasta ahora, no es más que una doctrina filosófica, cuya aplicación a las grandes cuestiones de interés general es necesario aguardar. Solo entonces, muchas personas comprenderán su verdadero

alcance y su utilidad, y podrán pronunciarse con conocimiento de causa. Hasta que el espiritismo no haya completado su obra, el bien que hará será limitado. No podrá ser más que una creencia individual, y una adhesión oficial sería prematura e imposible. Solo entonces, también, muchos de los que a esta altura lo consideran un hecho fútil, cambiarán forzosamente su manera de ver, y las propias circunstancias los obligarán a estudiarlo seriamente. Así pues, dejémoslo crecer, y no le pidamos que sea hombre antes de que haya sido niño. No le pidamos a la niñez lo que solo la edad viril puede ofrecernos.

A. K.

Nota. Los únicos destinatarios de esta presentación eran los miembros de la Sociedad de París, pero su inclusión en la *Revista* fue solicitada por unanimidad y con insistencia, de modo que nos vimos en la obligación de cumplir con su deseo.

El espiritismo arriba y abajo de la escala

No enseñamos nada nuevo, ni a nuestros hermanos en creencia ni a nuestros adversarios, cuando decimos que el espiritismo llega a todos los niveles de la sociedad. El objetivo principal de las dos cartas que transcribimos aquí, es poner de relieve la similitud de sentimientos que la doctrina espírita suscita en los polos extremos de la escala social, en individuos que no tienen ningún punto de contacto, que nosotros nunca hemos visto, y que sin embargo se encuentran en el mismo terreno sin otra guía más que la lectura de las obras espíritas.

Uno de ellos es un dignatario del Imperio ruso; el otro, un simple pastor de Turena.

Esta es la primera de esas cartas:

Señor:

El 23 de octubre último, se formó en nuestra ciudad un grupo espírita bajo la protección del apóstol san Pedro. Consideramos, señor, que sois nuestro maestro en espiritismo, de modo que, como presidente de ese grupo, cumplo con mi deber de informaros al respecto.

El objetivo principal que nos proponemos es el alivio de los Espíritus que sufren, tanto encarnados como desencarnados. Nuestras reuniones tienen lugar dos veces por semana. Tratamos de alcanzar la unión de los pensamientos y, para lograrlo, cada uno de los asistentes, en el transcurso de la sesión, se recoge en absoluto silencio; y cuando la pregunta dirigida a los Espíritus se lee en voz alta, cada uno de nosotros solicita mentalmente la ayuda de su ángel protector, a fin de obtener una respuesta auténtica. Dado que en nuestras evocaciones la mayoría de las veces tratamos con Espíritus de un orden inferior, con Espíritus obsesores, y como conocemos por experiencia la eficacia de la plegaria en común, casi siempre recurrimos a ella para esclarecer y aliviar a esos desdichados. Nuestro grupo posee muchos médiums, pero generalmente solo dos o tres escriben en cada sesión. Además, tenemos un médium auditivo y vidente, y un magnetizador. Nos prometen un médium dibujante, pero como nunca he visto uno, no puedo evaluar su facultad. Nuestro grupo ya está compuesto por cuarenta miembros.

En San Petersburgo hay muchas otras reuniones espíritas, pero no tienen reglamento. Nuestro grupo es el primero que

se organizó regularmente, y esperamos que con la ayuda de Dios se siga nuestro ejemplo.

Me complace decirlos que el primer opúsculo espírita apareció finalmente en Rusia, impreso en San Petersburgo con autorización de la censura. Se trata de mi respuesta a un artículo que el arcipreste señor Debolsky publicó en el periódico *Radougaf* (*Arcoíris*). Hasta ahora, nuestra censura solo permitía publicar artículos en contra del espiritismo, pero nunca a favor. Yo pensé que la mejor refutación sería la traducción de vuestro opúsculo *El espiritismo en su más simple expresión*, que mandé incluir en ese periódico.

¿Me permitiríais, señor, que os envíe las comunicaciones más importantes que podamos obtener, en especial las que vengan en apoyo de la verdad y la sublimidad de nuestra doctrina?

Tened a bien, etc.

El general A. de B...

La organización de ese grupo, así como el objetivo pleno de caridad que se propone, constituyen las mejores pruebas de que sus miembros han comprendido el espiritismo en su verdadera esencia, y que consideraron su aspecto más serio y eminentemente práctico. Nada de curiosidad, nada de preguntas fútiles, sino la aplicación de la doctrina en lo más elevado que ella posee. Una persona que asiste con frecuencia a esas reuniones nos ha referido la seriedad, el recogimiento y el sentimiento de auténtica piedad que las presiden.

La siguiente carta no ha sido escrita para nosotros, sino para el presidente de uno de los grupos espíritas de Tours. La transcribimos literalmente, salvo por la ortografía, que fue corregida.

Estimado señor Rebondin y hermano en Dios:

Perdonadme, estimado señor, si me tomo la libertad de escribiros. Hace ya tiempo que tenía la intención de hacerlo, para agradeceros la acogida que me habéis dado el año pasado, al concederme el placer de asistir dos veces a vuestras sesiones. De seguro ya no me recordáis, pero os diré quién soy. Acudí a veros con mi antiguo patrón, el señor T... Yo fui su pastor durante once años. Él se casó el día de hoy, y los padres de la esposa, al enterarse de que yo me dedicaba al espiritismo, que según ellos es un estudio diabólico, hicieron tanto que fui despedido. Sufro mucho con esta separación, estimado señor, pero yo deseo seguir las máximas de nuestra santa doctrina. Mi deber es orar por todos los desdichados que ofenden al divino Maestro de todos nosotros.

Hice todos mis esfuerzos, desde que conocí la doctrina, para hacer adeptos. Si bien encontré obstáculos, tuve la satisfacción de llevar a muchas personas al conocimiento del espiritismo, que explica todas nuestras pruebas que nosotros sufrimos en esta Tierra de amargura y de miserias. ¡Oh! ¡Qué agradable es ser espírita y practicar sus virtudes! Para mí, esa es mi única dicha. En cuanto a vos, estimado señor, el más dedicado a la santa causa, espero que no me neguéis un lugar en vuestro corazón. ¡Soy tan feliz de conoceros, pues me habéis acogido tan bien! Ya fui dos veces a Tours con mis dos amigos que estudian el espiritismo, con la intención de asistir a vuestras sesiones, pero supe que vuestras reuniones ya no se

realizaban los domingos. Tened a bien decirme si os reunís siempre ese día y si me permitiríais que me reuniera con vos, con mis amigos, para participar por nuestro bien espiritual. Nos causaríais una inmensa dicha. Cuento con vuestra amistad, y quedo a la espera del día en que seré tan feliz de estar reunidos para practicar el amor y la caridad.

Vuestro amigo que os estima, saludo fraterno,

PIERRE HOUDÉE, pastor.

Como vemos, no hace falta un diploma para comprender la doctrina espírita. Ocurre que, a pesar de su elevado alcance, es tan clara y tan lógica que llega sin esfuerzo a todas las inteligencias, condición sin la cual ninguna idea puede popularizarse. Toca el corazón, y ese es su mayor secreto. En el pecho del proletario hay un corazón, tanto como en el del gran señor. El grande, al igual que el pequeño, tiene sus dolores, sus amarguras, sus heridas morales, para las cuales solicita bálsamo y consuelo, que ambos encuentran en la certeza del porvenir, porque ambos son iguales ante el dolor y la muerte, que afectan al rico tanto como al pobre. Dudamos mucho de que la doctrina del demonio y del fuego eterno pueda recibir suficiente atractivo para que la reemplace. Ese mismo pastor, tras su jornada de trabajo, solía caminar dos leguas para asistir a una reunión espírita en Tours, y otras dos leguas para volver. Cuando nos referimos al *elevado alcance* de la doctrina espírita, así como al consuelo que esta proporciona, hablamos un lenguaje incomprensible para los que suponen que el espiritismo radica por completo en una mesa que gira o en un fenómeno más o menos auténtico que atrae a los curiosos, pero que es comprendido perfectamente por todos aquellos que no

se detienen en la superficie ni se dejan llevar por habladurías, y cuyo número es importante.

Los Espíritus en España

Curación de una obsesa en Barcelona

Con el primero de estos títulos, en septiembre de 1864, publicamos un artículo en el que se demuestra, mediante hechos auténticos, que para los Espíritus no existen los Pirineos, y que incluso se ríen de los autos de fe. La carta del señor Delanne, referida en nuestro último número, es una nueva prueba de eso. En dicha carta, menciona brevemente la cura de una obsesión, ocurrida gracias al fervor y la perseverancia de algunos espíritas sinceros y dedicados de Barcelona. Nos han enviado un relato detallado de esa curación, que cumplimos con nuestro deber de publicar, junto con la carta que lo acompaña:

“Señor y querido maestro:

”Hemos tenido el privilegio de recibir la visita de nuestro querido hermano en creencia, el señor Delanne, y lo hemos invitado a participar de nuestra humilde tarea, así como de nuestro esfuerzo por llevar alivio a algunos pobres pacientes que Dios tuvo a bien poner en nuestras manos. Entre ellos había una mujer que durante quince años fue víctima de una obsesión de las más crueles, y a la que Dios nos permitió curar. Por cierto, nuestra intención no era mencionarla, porque nosotros trabajamos en silencio, sin atribuirnos mérito alguno

por eso. Pero el señor Delanne nos dijo que, sin lugar a dudas, el relato de esa curación serviría para estimular a otros creyentes que, como nosotros, se dedican a esta obra de caridad, de modo que no dudamos en escribirlo para vos. Bendecimos la mano del Señor, que nos permite saborear el fruto de nuestra tarea, cuya recompensa nos brinda ya en este mundo.

”Durante la Semana Santa, se predicaron varios sermones contra el espiritismo, uno de los cuales se destacó por sus disparates. El predicador preguntó a sus fieles si les agradaría saber que las almas de sus seres queridos renacerán en el cuerpo de un buey, de un asno, de un cerdo o de cualquier otro animal. ‘Queridos hermanos –dijo–, eso es el espiritismo. Es perfecto para la mentalidad frívola de los franceses, pero no para vosotros, los españoles, que sois demasiado serios para reconocer una cosa semejante y creer en ella’.

”Recibid...

J. M. F.³³

”Rosa N..., casada en 1850, pocos días después de contraer matrimonio comenzó a sufrir ataques espasmódicos, que se repitieron frecuentemente y con violencia hasta que quedó encinta. Durante el embarazo, no sintió ninguna molestia, pero luego del parto retornaron los mismos síntomas. Las crisis solían durar unas tres o cuatro horas, durante las cuales realizaba toda clase de extravagancias, y hacían falta tres o cuatro personas para contenerla. Entre los médicos consultados, algunos dijeron que era una enfermedad nerviosa; y otros, que era locura. El mismo fenómeno se reiteró con cada

33. Véase: José María Fernández Colavida. (N. del T.)

embarazo, es decir, que los síntomas cesaban durante la gestación y retornaban después del parto.

”Esto ocurrió durante varios años. El pobre marido estaba cansado de consultar a todo el mundo y de preparar remedios que no daban ningún resultado. Esa buena gente se hallaba al límite de la paciencia y de los recursos disponibles, pues a veces la mujer pasaba meses enteros sin poder ocuparse de las tareas domésticas. Otras veces sentía una mejoría, que daba esperanzas de una curación, pero a las pocas semanas de respiro el mal volvía con una recrudescencia terrible.

”Algunas personas los convencieron de que un mal tan rebelde debía ser obra del demonio, de modo que recurrieron a los exorcismos, y la paciente viajó veinte leguas hasta un santuario, del que regresó tranquila, en apariencia, porque al cabo de algunos días el mal volvió con mayor intensidad. Entonces se dirigió a otra ermita, donde permaneció durante cuatro meses y se mantuvo bastante tranquila. Esta vez pensaron que se había curado, de modo que regresó con su familia, cuyos miembros estaban felices de ver que finalmente se había liberado de esa cruel enfermedad. Sin embargo, pocas semanas después, sus esperanzas se frustraron una vez más. Los accesos volvieron con más fuerza que nunca. El matrimonio estaba desesperado.

”El pasado mes de julio, 1864, uno de nuestros amigos y hermano en creencia nos puso en conocimiento del hecho y nos sugirió que hiciéramos el intento de aliviar, si no de curar, a la pobre perseguida, pues consideraba que sufría una obsesión de las más crueles. En esa época, la enferma era sometida a un tratamiento magnético, que le proporcionaba un poco de alivio, pero el magnetizador, si bien era espírita, no disponía de médiums para evocar al Espíritu obsesor; de modo que,

a pesar de su buena voluntad, no lograba el efecto deseado. Por nuestra parte, aceptamos con diligencia la oportunidad de hacer una obra de bien. Nos reunimos varios adeptos sinceros y citamos a la enferma.

”Bastaron algunos minutos para reconocer la causa de la enfermedad de Rosa. En efecto, se trataba de una obsesión de las más terribles. Nos costó mucho que el obsesor respondiera nuestro llamado. Fue muy violento, nos respondió algunas palabras inconexas y se arrojó como una furia sobre su víctima, que sufrió una crisis violenta, aliviada de inmediato por el magnetizador.

”En la segunda sesión, que tuvo lugar algunos días después, pudimos retener más tiempo al Espíritu obsesor, aunque también se mostró rebelde y muy cruel para con la víctima. La tercera evocación fue mejor. El obsesor conversó familiarmente con nosotros. Le hicimos comprender todo el mal que hacía al perseguir a esa desdichada mujer, pero no quiso confesar sus faltas y dijo que le estaba haciendo pagar *una vieja deuda*. En la cuarta evocación, nos acompañó durante la plegaria y se lamentó de haberse resistido a conversar con nosotros. Dijo que volvería, pero de buen grado; cosa que hizo en la sesión siguiente. Poco a poco, con cada nueva evocación, se afirmaba nuestro ascendiente sobre él, hasta que renunció al mal, que había disminuido a partir de la cuarta sesión, y nos satisfizo ver que las crisis cesaron a partir de la novena. En cada oportunidad, una magnetización de doce a quince minutos calmaba totalmente a Rosa y la dejaba en estado de absoluta tranquilidad.

”A partir del mes de agosto —hace de esto nueve meses—, la enferma no sufrió más crisis, y sus ocupaciones no se vieron interrumpidas. Tan solo de vez en cuando sintió leves temblo-

res, a causa de algunas contrariedades que no pudo manejar, pero que fueron como relámpagos sin tormenta, y para señalarle en la práctica que no debía descuidar los buenos hábitos que había contraído para con Dios y sus semejantes. También debemos decir que ella contribuyó poderosamente a su curación, con su fe, su fervor y su confianza en el Creador, y reprimiendo su carácter naturalmente impulsivo. Todo eso sirvió para que el obsesor tomara fuerza, pues no la tenía suficiente para decidirse a seguir el camino del bien. Lo atemorizaban las pruebas que habría de sufrir para merecer el perdón. No obstante, gracias a Dios, y con la ayuda poderosa de nuestros buenos guías, ahora está en la senda del bien y hace todo lo posible para ser perdonado. Es él quien actualmente da muy buenos consejos a la mujer a la que persiguió durante tanto tiempo, y que ahora se mantiene fuerte y alegre como si nunca hubiera tenido nada. No obstante, cada ocho días, ella viene a someterse a una magnetización, y cada tanto nosotros evocamos a su ex perseguidor para fortalecer sus decisiones correctas. Esta es la última comunicación, del 19 de abril de 1865:

”Aquí estoy. Vengo a agradeceros vuestra perseverancia para conmigo. Sin vosotros, sin esos buenos y amorosos Espíritus que están presentes, yo nunca habría conocido la dicha que siento ahora. Aún me arrastraría en el mal, en la miseria. ¡Oh! Sí, la miseria, porque no se podía ser más desdichado que yo: siempre haciendo el mal y pensando en hacerlo. ¡Ah! ¡Cuántas veces os dije que no sufría! Pero ahora veo que sufría mucho. En este mismo instante todavía siento esos sufrimientos, pero no como entonces. Hoy es arrepentimiento, y no la necesidad incesante de hacer el mal. ¡Oh! No. Que el Dios de bondad me preserve de eso, y que yo sea fuerte para no volver a caer en la pena. ¡Oh! Ya no más esas torturas, esos grandes males que no

dejan al alma ni un momento de reposo. Eso es el infierno, que está con los que hacen el mal como yo lo hacía.

”¡Yo hice el mal por resentimiento, por venganza, por ambición! ¿Qué obtuve con eso? ¡Ay! El rechazo de los Espíritus buenos, a los que no podía comprender cuando se acercaban a mí y yo escuchaba sus voces, pero no se me permitía verlos. ¡No! Ahora, Dios me lo permite. Por eso siento un bienestar que nunca había sentido. Porque, aunque sufra mucho, percibo el porvenir, y soporto mis sufrimientos con paciencia y resignación, pidiendo perdón a Dios, y la asistencia de los Espíritus buenos para aquella a la que perseguí tanto tiempo. ¡Que ella también me perdone! Llegará el día, muy pronto tal vez, en que podré serle útil.

”Para finalizar, os agradezco y os ruego que continuéis con vuestras plegarias y con la amistad que me habéis ofrecido, y que me perdonéis la pena que os ocasioné. ¡Oh! ¡Gracias! No sabéis cuánto os agradece mi Espíritu por el bien que me habéis hecho. Rogad a Dios para que me perdone, y a los Espíritus buenos para que estén conmigo y me ayuden y me fortalezcan. Adiós.

PEDRO

”Luego de esa comunicación, recibimos de nuestros Espíritus guías la siguiente:

”La cura llega a su fin. Agradeced a Dios, que se dignó escuchar vuestras plegarias y valerse de vosotros para que un enemigo encarnizado se convirtiera en el amigo que es hoy. No os quepa duda de que llegará el día en que este Espíritu hará todo lo que pueda a favor de esa pobre familia a la que atormentó durante tanto tiempo. Pero vosotros, queridos hi-

jos, no abandonéis al perseguidor ni a la perseguida. Ambos requieren aún de vuestra asistencia: él, para sostenerse en el camino del bien que ha tomado; si lo evocáis algunas veces, aumentaréis su valor. Ella, para disipar totalmente el fluido malsano que la envolvió durante mucho tiempo. Aplicadle cada tanto una abundante magnetización, pues de lo contrario se mantendrá expuesta a la influencia de otros Espíritus malignos, pues sabéis que no faltan, y lo lamentaríais. Valor, pues. Concluid, completad vuestra obra, y preparaos para las que se os han reservado. Manteneos firmes; vuestra tarea es espinosa, es cierto, pero también, si no os doblegáis, ¡cuán grande será para vosotros la recompensa!”

Vuestros GUÍAS

No basta con relatar hechos más o menos interesantes, pues lo esencial es extraer de ellos una enseñanza, sin lo cual serían improductivos. Mediante los hechos, el espiritismo se constituyó como ciencia y como doctrina. No obstante, si apenas nos hubiéramos limitado a comprobarlos y registrarlos, no estaríamos más adelantados que el primer día. En materia de espiritismo, así como de cualquier ciencia, siempre hay que aprender. Ahora bien, se aprende mediante el estudio, la observación y la deducción de los hechos. Por eso, cuando corresponde, a continuación de los hechos presentamos las reflexiones que estos nos sugieren, tanto si confirman un principio conocido, como si sirven de elemento para un principio nuevo. Ese es, en nuestra opinión, el modo de captar la atención de las personas serias.

Lo primero que se debe señalar en la carta transcrita más arriba es que, conforme al ejemplo de los que comprenden la

doctrina en toda su pureza, esos adeptos renuncian al amor propio. No hacen aspavientos ni buscan destacarse. Hacen el bien sin ostentación y sin vanagloriarse de las curas que obtienen, porque saben que no las deben a su talento ni a su mérito personal, y que Dios puede retirarles ese favor cuando le plazca. No buscan reputación ni clientela. Encuentran su recompensa en la satisfacción de haber aliviado a un afligido, y no en el vano favor de los hombres. Así es como se gana el apoyo de los Espíritus buenos, que dejan el orgullo para los Espíritus orgullosos.

No hay duda de que una curación como la referida, al igual que las de Marmande y otras no menos meritorias, constituyen un estímulo. También son excelentes lecciones prácticas que muestran los resultados a los que se puede llegar con fe, perseverancia y una prudente e inteligente dirección. Con todo, lo que no deja de ser una buena enseñanza es el ejemplo de la modestia, la humildad y el absoluto desinterés moral y material. En los centros animados de tales sentimientos se obtienen esos maravillosos resultados, porque en ellos se es verdaderamente fuerte contra los Espíritus malos. No es menos notable el hecho de que, toda vez que el orgullo se introduce en esos centros, y que el bien ya no se realiza por el bien mismo, sino que se busca la satisfacción del amor propio, la fuerza declina.

Señalemos también que en los centros verdaderamente serios se forma la mayor cantidad de adeptos sinceros, porque los asistentes se conmueven ante la buena impresión que reciben, mientras que en los centros livianos y frívolos los atrae la curiosidad, que no siempre es satisfecha. Comprender el verdadero objetivo de la doctrina implica emplearla para hacer el bien, tanto a los desencarnados como a los encarna-

dos. Convengamos en que esto resulta poco recreativo para algunas personas, pero es más meritorio para los que se dedican a hacerlo. Así pues, nos complace ver que se multiplican los centros que realizan esas valiosas actividades. En ellos se aprende, a la vez que se brinda un servicio, y no faltan los temas de estudio. Son los más firmes apoyos de la doctrina.

¿Acaso no es muy característico el hecho de que en los dos extremos de Europa: al norte de Rusia y al sur de España, existan reuniones espíritas animadas por la misma idea de hacer el bien, y que obran bajo el impulso de los mismos sentimientos de caridad para con sus hermanos? ¿No es ese el indicio de la irresistible fuerza moral de la doctrina, que vence todos los obstáculos y no reconoce límites?

Por cierto, hay que encontrarse muy desprovisto de buenas razones para combatirla, toda vez que algunos no tienen más remedio que valerse de las lamentables artimañas a las que recurre el predicador de Barcelona, citado más arriba. Refutarlos sería perder el tiempo. Solo podemos compadecernos de los que se dejan llevar por tales aberraciones, que demuestran la más ciega ignorancia o la peor mala fe. Con todo, de aquí también resulta una importante enseñanza. Supongamos que la señora Rosa hubiese creído en las afirmaciones del predicador y hubiera rechazado el espiritismo. En tal caso, ¿qué habría ocurrido? No se habría curado; habría caído en la miseria por no poder trabajar; ella y su marido tal vez habrían maldecido a Dios, toda vez que ahora lo bendicen; y el Espíritu equivocado no se habría convertido al bien. Desde el punto de vista teológico, el espiritismo salvó a esas tres almas, a las que el predicador habría dejado perderse.

Al observar los primeros síntomas del mal, se comprende que la ciencia haya podido equivocarse, pues tales síntomas

tenían todos los caracteres de un caso patológico. Pero no era así. Solo el espiritismo podía descubrir su verdadera causa, y la prueba de eso radica en que la ciencia, con sus remedios, fue impotente durante varios años, mientras que el espiritismo tuvo éxito en algunos días, sin medicamentos, con la sola moralización del ser perverso que era el autor del mal. El hecho está ahí, junto con miles de hechos semejantes. ¿Qué dicen al respecto los incrédulos? *Ha sido la casualidad, la fuerza de la naturaleza; la enferma debía curarse.* ¿Y qué dicen algunos sacerdotes? Decimos *algunos* intencionalmente, porque no todos los sacerdotes piensan lo mismo: *Esa mujer fue curada por el demonio, y para la salvación de su alma habría sido mejor que permaneciera enferma.* La señora Rosa no comparte esta opinión. Ella agradece a Dios y no al demonio, ora y realiza obras de bien, de modo que no piensa en absoluto que su salvación se haya visto comprometida. En segundo lugar, ella prefiere estar curada y trabajar para alimentar a sus hijos, antes que verlos morir de hambre. En nuestra opinión, Dios es la fuente de todo bien.

No obstante, si el diablo es el verdadero agente en todos los casos de obsesión, ¿a qué se debe la impotencia de los exorcismos? Es un hecho positivo que, no solamente en estos casos, el exorcismo siempre fracasó, sino que a las ceremonias de ese tipo siempre les siguió un agravamiento del mal. Morzine³⁴ ofreció memorables ejemplos al respecto. ¿Acaso el diablo es más poderoso que Dios, dado que ofrece resistencia a sus ministros, a aquellos que lo enfrentan con cosas sagradas? Y los espíritas, ¿a quién invocan? ¿A quién solicitan apoyo? A

34. Véase *Viaje espírita en 1862*, de Allan Kardec, y la *Revista Espírita* de diciembre de 1862, y de enero, febrero, abril y mayo de 1863. (N. del T.)

Dios. Entonces, ¿a qué se debe que, con la misma asistencia, estos tienen éxito y aquellos fracasan? Esta es la razón:

En primer lugar, el retorno al bien por parte del obsesor y, por consiguiente, la curación del enfermo —lo cual es un hecho material—, demuestran que aquel no es el demonio, sino un Espíritu equivocado susceptible de mejorar. En segundo lugar, en el exorcismo solo le oponen palabras y signos materiales, en cuya virtud se tiene fe, pero que el Espíritu no toma en cuenta para nada. Lo irritan, lo amenazan, lo maldicen y lo condenan al fuego eterno. Pretenden dominarlo a la fuerza, pero como es inaprensible, se ríe de todo eso y se escapa, para demostrarles que es más fuerte que ellos. En el espiritismo, por el contrario, le hablan con ternura e intentan que vibre en él la cuerda del sentimiento. Le muestran la misericordia de Dios. Le hacen entrever la esperanza y lo conducen afectuosamente hacia el bien. Ese es todo el secreto.

El caso precedente contiene un hecho particular: la suspensión de las crisis durante el embarazo. ¿A qué se debe eso? Que la ciencia lo explique, si puede. Esta es la razón que ofrece el espiritismo: la enfermedad no era un tipo de locura ni una afección nerviosa. La curación es la prueba de que se trataba de una obsesión. El Espíritu obsesor ejercía una venganza, que Dios permitió para que sirviera de prueba y de expiación a la madre y, además, porque más tarde la curación de esta debía lograr el mejoramiento de dicho Espíritu. No obstante, las crisis durante el embarazo podían perjudicar al niño. Dios pretendía que la madre fuera castigada por el mal que había hecho, pero no que el ser inocente que llevaba en el vientre sufriera por eso. Por tal razón, durante ese período, a sus perseguidores se les quitó toda libertad de acción.

¡Cuántas cosas explica el espiritismo, para los que se proponen estudiar y observar! ¡Cuántos horizontes le abrirá a la ciencia, cuando esta tome en cuenta el elemento espiritual! ¡Cuán lejos de comprenderlo están aquellos que solo ven en él algunas manifestaciones curiosas!

Los dos espías

Uno de nuestros corresponsales de San Petersburgo nos remite la traducción de un artículo publicado, en contra del espiritismo, en un periódico religioso de esa ciudad: el *Doukhownaïa Beceda* (*Conversaciones religiosas*). Se trata de una crónica escrita por dos jóvenes de Moscú, los señores..., quienes nos visitaron en noviembre último con el mejor de los aspectos, afirmando que les agradaba mucho el espiritismo, y a los que recibimos con la consideración debida a su calidad de extranjeros. Nada en absoluto, ni en sus palabras ni en sus gestos, dejaba entrever sus intenciones. Así debía ser, para que pudieran desempeñar su papel y cumplir la misión que se les había encomendado. Por cierto, nuestros adversarios de Francia nos han habituado a las crónicas que no brillan por su exactitud en materia de espiritismo. No obstante, para ser justos, debemos decir que, al menos hasta donde sabemos, ninguno llevó tan lejos la calumnia. Eso habría sido difícil en un periódico francés, porque la ley protege contra tales abusos, pero también porque muchos testigos oculares vendrían a constatar la verdad. En cambio, a seiscientas leguas, en otro país y en una lengua desconocida aquí, les resultó más fácil. Por nuestra parte, a los numerosos adeptos espíritas de Rusia

les debemos una refutación de ese vil panfleto, cuyos autores son tanto más reprensibles cuanto que han abusado de la confianza que se propusieron inspirarnos. Al introducirse con falsas apariencias, como emisarios de un partido, en una casa particular y en una reunión privada, que nunca está abierta al público y en la que solo se es admitido por recomendación, para publicar una crónica desfigurada y ultrajante, tales autores se ubican en una categoría inferior a la de los espías, pues estos al menos presentan un informe preciso de lo que han visto. Además, es lamentable que semejantes cosas se hagan en nombre de la religión, y que se las considere necesarias para preservarla. Nunca podrán destruir al espiritismo con tales recursos, pues lo hacen crecer con el odio que le dispensan. Lo mismo ocurrió con el cristianismo en sus comienzos: al perseguirlo, sus adversarios trabajaron para su consolidación. Pero en esa época no había publicidad, y la calumnia podía durar mucho tiempo. En la actualidad, en cambio, la verdad se conoce sin demora, y cuando alguien dice maliciosamente que una cosa es negra, todos pueden acceder a la demostración de que es blanca. Entonces, la calumnia recae sobre sus autores.

Las reflexiones del citado periódico son las de todos los detractores que comparten la misma opinión. Las hemos refutado tantas veces que sería inútil volver a ellas. De todos modos, citaremos el siguiente párrafo:

“¿Será que los espíritas pueden comunicarse directamente con el mundo de los Espíritus, a tal punto que las personalidades más importantes y sagradas acuden a su llamado *ad libitum*, por la sola voluntad de los médiums, como ante el toque de una campana? ¿No habrá en eso charlatanismo y una grosera bribonada, ya no de parte de los Espíritus —que Allan

Kardec enseña tan bien a distinguir—, sino de parte del propio jefe de esa nueva secta, tan seductora para la imaginación de sus adeptos inexpertos? Las dos cartas adjuntas, procedentes de París, firmadas por dos personas *dignas de fe*, pero que no quisieron publicar sus nombres, brindan una respuesta satisfactoria a esta delicada cuestión”.

El espiritismo nunca dijo que los Espíritus, sean cuales fueren, acuden conforme a la voluntad de cualquier médium. Dice, por el contrario, que ellos no están a las órdenes de nadie, y que se comunican cuando quieren y cuando pueden. Dice más, pues señala las causas materiales que impiden que un Espíritu se manifieste a través de cualquier médium.

Si la comunicación de los Espíritus no fuera más que una idea sin fundamento y un juego, una sola persona debería tener el monopolio. ¿Cómo se explica, entonces, que su realidad sea constatada desde hace años por millones de individuos, de todas las categorías y de cualquier edad, en todos los países? En tal caso, todo el mundo sigue la farsa, desde los príncipes hasta los plebeyos, ¿en beneficio de quién? Más extraño aún es el hecho de que esa farsa logra que los incrédulos se acerquen a Dios; y que los que se burlaban de la plegaria, oren. Nunca se ha visto que los trucos de magia produjeran resultados tan serios.

En cuanto a las cartas de esos dos emisarios, sería superfluo señalar las insensatas y flagrantes injurias que contienen. Nos bastará con citar algunos errores materiales, como muestra de la fe que merece su relato acerca de lo demás:

“A la hora convenida, nos dirigimos al encuentro de Allan Kardec. Él vive en uno de esos pasajes frecuentados constantemente por la multitud. Una inscripción con grandes letras

anuncia que en ese lugar se realizan los misterios del espiritismo.”

Al pie de la escalera hay un pequeño letrero, con estas palabras: *Revista Espírita, en el segundo piso*; porque ahí funciona la redacción del periódico, y porque todo periódico, por hallarse a disposición del público, debe indicar su domicilio. Debajo está escrito: *Sala de cursos*, porque la sala de las sesiones estaba inicialmente destinada a cursos diversos que dejaron de dictarse a partir de que nosotros ocupamos ese local. Ahí no hay nada que anuncie la realización de ningún misterio. Este es el primer invento de esos señores tan dignos de fe.

“Eran las cinco de la tarde. Estaba oscuro y el espírita no tenía iluminación. A través de unos pasillos tortuosos nos introdujo en su gabinete.”

Los visitantes nunca son conducidos a nuestro gabinete, sino a una sala de recepción, que sin duda no es la de un palacio, y quienes no la consideran digna de ellos cuentan con absoluta libertad para retirarse y no volver.

“Tras invitarnos a tomar asiento, se dispuso a continuar la conversación que mantenía con un joven al que no conocíamos. Las palabras de este últimos nos permitieron comprender que se trataba de un médium reciente, que se hallaba obseso por la fuerza impura que le daba respuestas con la máscara de Espíritus puros. Al principio, tales respuestas aparentaban una total inocencia, pero luego el diablo se manifestaba poco a poco. La voz, el aspecto desaliñado del joven, todo denotaba una violenta agitación. El espírita le decía que una vida moral sana, la moderación, eran necesarias para comunicarse con los Espíritus; y otras cosas por el estilo, tales como que el médium, al comienzo, suele ser perseguido por los Espíritus malos, pero que luego llegan los buenos. El tono de ese

discurso era el de un maestro o un preceptor. *No cabe duda* de que todo eso era una farsa montada para nosotros.”

Recordamos que ese joven era un simple obrero que venía a pedirnos consejo, como ocurre habitualmente. Nosotros *continuamos* la conversación con él porque consideramos que un obrero honesto tiene derecho a tanta mayor consideración cuanto más humilde sea su posición. Es posible que esos señores no compartan este pensamiento, pero lo harán cuando, en otra existencia, se encuentren en la condición de aquellos a los que actualmente tratan con altivez. En cuanto a la farsa que, *no cabe duda*, había sido montada para ellos, resulta bastante extraño que así fuera, dado que no los esperábamos. Cuando ellos llegaron, el joven estaba solo. Si *continuamos* la conversación, es porque ya la habíamos comenzado, de modo que la supuesta farsa había sido montada entre los dos. En todo caso, no había en ella nada muy interesante y, cuando se planifica una acción tal como esa, se hace algo mejor.

“Debido a la importante oscuridad, el maestro no era visible. Se dirigió a nosotros con una pregunta, con el fin de indagar acerca de nuestra creencia en el espiritismo, su desarrollo en Moscú, etcétera. Actuaba con mucha reserva, hasta que se enteró de nuestro propósito. Trajeron una lámpara, y entonces vimos ante nosotros a un señor corpulento, anciano, con una fisonomía bastante bonachona. Al principio, sus extraños ojos, por decirlo de algún modo, perforaban al individuo, y luego quedaban impregnados de un aire soñador. Miré durante mucho tiempo esos ojos que se destacaban notablemente en medio de aquella fisonomía ordinaria.

”No sé por qué atraje su atención, de modo que me preguntó varias veces si yo no era médium. Como la conversación

le demostraba *nuestro conocimiento en materia de espiritismo*, comenzó a tornarse más comunicativo.”

Se nota cuál era su conocimiento acerca del espiritismo y, sobre todo, su sinceridad. Si ellos pensaban que nos engañaban con un lenguaje astuto, entonces eran ellos los que montaban una farsa.

“Se puso a hablar en términos oscuros acerca del alma y de los Espíritus. Su voz era calma al principio, pero finalizó su discurso con un énfasis singular. Le preguntamos de qué modo distinguía a los Espíritus buenos de los malos, a lo que respondió que previamente cada Espíritu era puesto a prueba; *si el Espíritu no contradecía las opiniones morales y religiosas de los espíritas, se lo consideraba un Espíritu puro*. Ante mi pregunta acerca de por qué se ocupaba tan solo de resolver los problemas morales, y no consideraba las cuestiones científicas ni las cuestiones *políticas* (esta pregunta le desagradó visiblemente), respondió algo así como que los Espíritus no se involucran en eso.”

La política suele ser el terreno peligroso en el que los traidores intentan introducir a los espíritas. *La moral* —según aquellos— *es algo demasiado banal y vulgar; es un tema trillado, y hace falta lo que es positivo*. Un individuo condecorado, que se había introducido con una falsa apariencia en un grupo espírita de obreros, en Lyon, en el que también había algunos militares, hizo esta pregunta: “¿Qué piensan los Espíritus acerca de Enrique V?”. La respuesta de los Espíritus y de los asistentes no le dejaron ganas de continuar preguntando ni de volver otro día.

“Después de cierta *indecisión*, nos *permitió* asistir a la siguiente reunión de los espíritas, que tendrá lugar el viernes a la noche. Se proponen interrogar a un coronel de la guardia,

fallecido hace poco, y que también fue médium. Nos despedimos. Me interesa la reunión del viernes, de modo que os contaré todo lo que vea y escuche en ella. No obstante, se dice que cobran cien francos por cada sesión. Si eso es cierto, está claro que no podré ver ni escuchar nada. *Sacrificaría diez francos*, pero no más. París, 2 / 14 de noviembre de 1864.”

Independientemente de nuestros principios –bien conocidos y formulados con precisión en nuestras obras– acerca de la explotación del espiritismo del modo que fuere, más de seis mil oyentes, que han sido admitidos en las sesiones de la Sociedad de París desde su fundación, el 1.º de enero de 1858, pueden decir si alguna vez alguno de ellos ha pagado alguna suma, por ínfima que sea, como retribución obligatoria o *facultativa*; o si a alguien se le impuso, como condición para ser admitido, la compra de un solo libro o la suscripción a la *Revista*. Cuando se pretende explotar al público, la elección no es difícil, pues se apunta a la cantidad. Así pues, no se entiende aquella *indecisión* a la hora de admitir a esos señores. En vez de *permitirles* asistir, les habríamos rogado que lo hicieran. Esas solas palabras bastan para desenmascararlos; pero no pudieron pensar en todo.

Desde el momento en que oyeron –supuestamente– que se pagaban cien francos por persona para asistir a la sesión, y dado que ellos no aceptarían pagar más de diez, ¿cómo se explica que no se hubieran cerciorado de eso previamente? Era completamente natural, e incluso necesario, que nos lo preguntaran, para no llevarse la sorpresa al llegar. En ese comentario hay una insinuación perversa, pero torpe. A continuación, en el relato que hacen de la sesión a la que asistieron, no mencionan ningún pago. Ahora bien, como dicen que *sacrificarían* diez francos, con eso dan a entender que no les

costó nada. Retrocedieron ante una afirmación, pero pensaron: “Soltemos la idea, pues siempre algo quedará”. De todos modos, si no hay nada, nada puede quedar. Mejor dicho, algo queda: la vergüenza para el mentiroso.

Por otra parte, no es la primera vez que la malevolencia y la envidia se valen de ese recurso para hacer el intento de desacreditar a la Sociedad ante la opinión pública. Hace poco, en Nantes, un individuo afirmaba que las entradas costaban cinco francos cada una. Sería extraño que, después de ocho años de existencia, todavía no se supiera si la Sociedad cobra cien francos o cinco. En verdad, hay que estar muy engeguedido por el deseo de hacer daño, para suponer que se puede engañar al público acerca de un hecho tan material y que es desmentido a diario, tanto por las personas que asisten a la Sociedad, como por los principios que esta profesa y que están formulados claramente en nuestros escritos.

Con todo, de esa calumnia resulta una enseñanza. El hecho de que nuestros adversarios supongan que desacreditan a la Sociedad diciendo que esta exige una contribución a sus visitantes, significa que considerarían más honorable que no cobrara nada. Ahora bien, dado que la Sociedad no cobra nada, y que en vez de apuntar a la cantidad de oyentes, la restringe tanto como sea posible, resulta de ahí que no especula con ellos. De tal modo, elimina toda sospecha de charlatanismo.

La circunstancia del coronel que iba a ser evocado, nos permitió identificar la sesión a la que esos señores asistieron. El hecho de que sus verdaderos nombres no se encuentren en la lista de las personas que concurrieron ese día, demuestra que se presentaron con nombres falsos. Esto se verifica tanto más fácilmente porque ese día se realizaba una sesión particular, reservada a los miembros de la Sociedad, y en la se había

hecho la excepción de admitir a cuatro o cinco extranjeros que se hallaban de paso en París. Al enviarnos sus verdaderos nombres, nuestro corresponsal nos informa que se trata de los hijos de un importante funcionario eclesiástico ruso.

“El viernes pasado, a las ocho de la noche, nos dirigimos a la sesión de la Sociedad espírita. Llegamos temprano, y aún no había demasiadas personas, de modo que pudimos examinar muy minuciosamente el entorno. Una habitación bastante grande contenía varias sillas acomodadas en filas. Junto a una de las paredes había una mesa cubierta con un paño verde, con sillas alrededor, destinadas a los principales miembros de la Sociedad. Sobre la mesa había una cantidad de hojas en blanco y varios lápices afilados; nada más. Arriba de la mesa pendía la imagen del bendito Salvador.”

Una investigación tan minuciosa, al extremo de analizar hojas de papel, es un tanto indiscreta de parte de individuos que se consideran caballeros y a los que se hizo el favor de ser admitidos en una casa particular, y en una reunión que no era pública.

Arriba de la mesa no pende absolutamente nada. Contra la pared hay una pequeña estatuilla de san Luis con traje de rey: el presidente espiritual de la Sociedad, y al que esos señores, al parecer, confundieron con el Cristo.

“En las paredes había extraños cuadros. Los observé detenidamente. El más grande, pintado al óleo, representa un féretro con cadenas caídas alrededor suyo; un paisaje singular, con plantas fantásticas, rodea el féretro. Una inscripción explica que ese cuadro fue pintado por Allan Kardec.”

Ese cuadro alegórico es el que mencionamos en la *Revista Espírita* de noviembre de 1862, página 347. No contiene ca-

denas ni plantas de ningún tipo. Debajo consta una leyenda que lo explica, y en el propio cuadro se lee claramente una inscripción: “Pintura mediúmnica. Cuadro alegórico del advenimiento y del triunfo del espiritismo. Pintado por el señor V..., *joven estudiante de Farmacia*, sin ningún conocimiento de dibujo y pintura. Lyon”. No entendemos cómo es posible que esos señores hayan visto en tales palabras que el cuadro fue pintado por Allan Kardec. Esto permite evaluar el nivel de exactitud de su relato, así como la confianza que merece todo lo demás.

“Más allá, una serie completa de cuadros y dibujos, que no sé cómo denominar, realizados por distintas personas bajo la influencia de los Espíritus. No puedo transmitirlos la impresión que me causaron todos esos cuadros. Me analicé, me analicé seriamente, y descubrí que la disposición de mi espíritu en ese momento era de absoluta tranquilidad y sangre fría, de modo que la impresión que experimenté al ver esos cuadros era independiente de mi imaginación. Los cuadros o dibujos representan una reunión insólita de líneas, puntos, círculos; una reunión original que no tiene parecido alguno con ninguna otra cosa. Todos comparten un género particular, pero completamente indefinible. Se diría que no hay nada especial en esos puntos y esas líneas, pero la impresión que causan es una de las más desagradables, semejante a una agotadora pesadilla. En una palabra, esos dibujos no se parecen a nada de lo que hayáis podido ver alguna vez, y para mí son desagradables.”

En esa colección de dibujos mediúmnicos se encuentran: la casa de Mozart, publicada en la *Revista* de agosto de 1858, y que todo el mundo conoce; una cabeza de Cristo, hecha en México y admirada por los expertos; otro Cristo, con la

corona de espinas, modelado en arcilla en la Sociedad Espírita de Madrid, y cuya ejecución es notable; dos magníficas cabezas de mujer con perfil griego, dibujadas en la Sociedad Espírita de Constantinopla; un paisaje dibujado a pluma por el señor Jaubert, vicepresidente del Tribunal de Carcassonne, y que podría haber sido firmado por un artista consumado, etc. Esas son las líneas y los puntos que han perturbado los ojos de esos señores de una manera tan desagradable y repugnante. En verdad, seríamos tentados a pensar que un Espíritu maligno los fascinó de tal modo que les hizo ver todo al revés, para que su relato fuera más pintoresco.

“Finalmente, la reunión quedó conformada por alrededor de setenta miembros de la Sociedad. Al igual que en las verdaderas sociedades, en esta también había secretarios. Comenzaron leyendo un capítulo del Evangelio, y luego el protocolo de la sesión anterior. Confieso que no había manera de escuchar, sin reírse, las diversas informaciones. Por ejemplo, en Lyon, un Espíritu había dicho tonterías, razón por la cual se dispuso excluirlo de la nómina de Espíritus de buena conducta.

”A continuación, se leyó la necrología del coronel espírita que iba a ser evocado durante la sesión, y que antes había sido sansimoniano. Allan Kardec informó a los presentes que le formularía preguntas acerca de la relación entre el espiritismo y el sansimonismo. Uno de los asistentes quiso hacer algunas preguntas, pero el maestro declaró que los demás no debían *meterse* donde no los llamaban.

”Yo esperaba que trajeran el *aparato* con el que se iba a escribir, pero me equivoqué. Allan Kardec *tocó una campanilla*, y de la antesala salió un joven con cara de *pillo*, en una palabra, dispuesto por un cuarto de rublo, y hasta por media

libra, a decir de memoria toda clase de absurdos. Nos dijeron que era un médium.”

Aquí ya no se trata de simples inexactitudes, sino del cinismo de la injuria y el ultraje. Basta con citar esas palabras para refutarlas. En Francia, sus autores habrían sido justiciables. En materia de inexactitudes, apenas diremos que, desde que la Sociedad existe, *nunca* hubo una campanilla sobre el escritorio, de modo que es imposible que hayamos podido tocar una. A esos señores les zumbaron los oídos, así como se les nubló la mirada ante los dibujos y la estatuilla de san Luis.

“El público, viejos en su mayor parte, era característico; casi la mitad de ellos estaban medio locos. Los jóvenes, extasiados y desgredados, seguían muy atentamente los movimientos del médium. Ahí había personas tan ciegamente creyentes, que sin duda era un pecado reírse. No podíamos más que compadecernos de ellos.”

Al parecer, mentir no es un pecado tan importante. Es cierto que algunas personas creen que una mentira dicha por un buen motivo es excusable. Ahora bien, para algunas de ellas, denigrar al espiritismo es un excelente motivo.

“¿Qué respondió el Espíritu? Respondió con el parloteo de Allan Kardec, que se puede admirar en sus obras.”

El Espíritu en cuestión era el del señor Bruneau, miembro de la Sociedad Espírita, ex alumno de la Escuela Politécnica y coronel de artillería, fallecido recientemente. Se puede ver el relato de su evocación en la *Revista* de diciembre de 1864.

“Allan Kardec *propuso evocar a un niño sansimoniano.*”

Ese día, no había solamente un médium sentado a la mesa, sino ocho. Como acabábamos de evocar al señor Bru-

neau, que había sido sansimoniano, y nos habíamos referido a esa doctrina, su antiguo jefe, el Padre *Enfantin*, se comunicó espontáneamente y sin evocación, a través de uno de los médiums, y solicitó formar parte de la discusión. Así pues, el fiel narrador confundió al *Padre Enfantin* con un niño [*enfant*] sansimoniano.

“En cuanto a nosotros, quedamos tan fastidiados como asqueados por el aspecto de toda *esa gente*. Nos levantamos y nos fuimos. Así terminó nuestra visita espírita. Por lo tanto, no pude discernir si fue *una bribonada o una locura*. ¡Pero ha sido suficiente! París, 9 / 12 de noviembre de 1864.”

El redactor del periódico, agrega:

“La persona que nos ha remitido estas dos interesantes cartas, concluye con la siguiente observación: ‘El relato *concienzudo* del testigo ocular es muy importante, si bien no lo explica todo. Por esta razón, pensamos que el extracto actual no carecerá de utilidad para las personas demasiado crédulas en materia de comunicación con los Espíritus”.

Las reflexiones a que dan lugar los hechos de esta naturaleza están resumidas en el artículo siguiente.

Nueva táctica de los adversarios del espiritismo

Nunca una doctrina filosófica moderna había causado tanta conmoción como el espiritismo, y nunca alguna de ellas había sido atacada con tanto ensañamiento. Esa es la prueba evidente de que se le reconoce mayor vitalidad y raíces más

profundas que a cualquier otra, pues nadie usa un pico para extraer una brizna de hierba. Los espíritas, lejos de sentir temor, deben regocijarse, ya que eso demuestra la importancia y la verdad de la doctrina. Si apenas se tratara de una idea efímera e inconsistente como el vuelo de una mosca, no le caerían encima con toda la artillería. Si fuera falsa, la enfrentarían con argumentos sólidos, y en tal caso ya la habrían vencido; pero ninguno de los que se le opusieron ha podido detenerla, y eso se debe a que nadie encontró su punto débil. Con todo, a sus antagonistas no les ha faltado el talento ni la voluntad.

En ese vasto torneo de ideas, en el cual el pasado se enfrenta con el futuro, y cuyo campo es el mundo entero, el gran jurado es la opinión pública. Esta escucha el pro y el contra, evalúa los medios de ataque y de defensa, y se pronuncia a favor de aquel que ofrece las mejores razones. Si uno de los dos contendientes emplea armas desleales, es condenado de antemano. Ahora bien, ¿existen armas más desleales que la mentira, la calumnia y la traición? Recurrir a semejantes medios implica confesarse *vencido por la lógica*. La causa que se limita a usar tales recursos es una causa perdida. No es un hombre, ni algunos hombres, los que pronuncian su fallo, sino la humanidad toda, que es conducida por la fuerza de las circunstancias y por la conciencia del bien hacia lo que es más justo y racional.

Observad si en la historia del mundo existe alguna idea importante y verdadera que no haya triunfado a pesar de todo lo que se hizo para detenerla. En ese sentido, el espiritismo nos presenta un hecho inaudito: la rapidez sin igual de su propagación. Esa rapidez es tan grande que hasta sus propios adversarios están asombrados. Por eso lo atacan con el furor

ciego de los combatientes que pierden la sangre fría y se arrojan sobre sus propias armas.

Sin embargo, la lucha está lejos de haber concluido: por el contrario, habrá que atenerse a que asuma mayores proporciones y otro carácter. Sería demasiado prodigioso, y contrario al estado actual de la humanidad, el hecho de que una doctrina que lleva consigo el germen de una renovación total se estableciera apaciblemente en algunos años. Una vez más, no nos quejemos, pues cuanto más ruda sea la lucha, más rutilante será el triunfo. A nadie le cabe duda de que el espiritismo crece gracias a la oposición que enfrenta. Dejemos, pues, que esa oposición agote sus recursos, y cuando haya expuesto su propia debilidad a la vista de todos, el espiritismo no hará más que seguir creciendo. El campo de combate del cristianismo naciente era circunscrito; el del espiritismo se extiende por toda la superficie de la Tierra. El cristianismo no pudo ser ahogado bajo ríos de sangre; creció con sus mártires, como la libertad de los pueblos, porque era una verdad. El espiritismo, que es el cristianismo adaptado al desarrollo de la inteligencia y liberado de los abusos, crecerá de igual modo bajo la persecución, porque también es una verdad.

Es evidente que el uso abierto de la fuerza resulta impotente contra la idea espírita, incluso en los países donde esa fuerza es ejercida con toda libertad; la experiencia está ahí para demostrarlo. Al comprimir la idea en un punto, hacen que brote por los costados; con una compresión general, lograrían que explote. Sin embargo, nuestros adversarios no han renunciado, pues recurren a otra táctica: la de las maniobras ocultas.

Ya intentaron comprometer a la doctrina muchas veces —y seguirán haciéndolo—, impulsándola hacia un camino peligroso o ridículo, para desacreditarla. Actualmente, siembran

la división con disimulo, atizan la discordia, y de ese modo pretenden instalar la duda y la incertidumbre en los ánimos, provocar abatimientos auténticos o *simulados*, y generar desconcierto entre los adeptos. Pero quienes podrían actuar de ese modo no son los adversarios confesos. El espiritismo, cuyos inicios tienen tantos puntos de semejanza con los del cristianismo, también debe tener sus Judas, para que obtenga la gloria de salir triunfante de esta nueva prueba. A veces, el dinero es un argumento que reemplaza a la lógica. ¿Acaso no se supo que una mujer confesó haber recibido cincuenta francos para simular locura después de haber asistido a una sola reunión espírita?

No en vano publicamos, en la *Revista Espírita* de marzo de 1863, el artículo sobre los *traidores*. Dicho artículo no fue del agrado de todo el mundo, y sabemos que más de uno se resintió con nosotros porque vimos demasiado claro y quisimos abrir los ojos a los demás, a la vez que nos estrechaban la mano en señal de aprobación, gesto por el cual no nos dejamos engañar. Pero ¡qué importa eso! Nuestro deber es prevenir a los espíritas sinceros contra las trampas que les tienden. En cuanto a aquellos que se han distanciado de nosotros porque los principios les resultan demasiado rigurosos, tanto en ese punto como en varios otros, lo han hecho porque su afecto era superficial y no estaba en lo profundo de sus corazones, de modo que no tenemos ninguna razón para detenerlos. Debemos ocuparnos de cosas más importantes que su buena o su mala voluntad para con nosotros. El presente es fugaz, y el día de mañana también pasará. Para nosotros, no son nada. El porvenir lo es todo, y para ese porvenir trabajamos. Sabemos que los afectos sinceros nos acompañarán; los que se hallan a

merced de un interés material frustrado o de un amor propio insatisfecho, no merecen ese nombre.

Todo aquel cuyo punto de vista se encuentra alejado del ámbito estrecho del presente, ya no se perturba con las mezquinas intrigas que se agitan alrededor suyo. Eso es lo que nos esforzamos en hacer, y lo que aconsejamos a los que desean tener la paz del alma en este mundo (*El Evangelio según el espiritismo*, cap. II, § 15).

La idea espírita, al igual que todas las ideas nuevas, no podía dejar de ser explotada por personas que, como no tuvieron éxito en nada —ya sea por una conducta indebida o por falta de capacidad—, se mantienen al acecho de lo que es nuevo, con la esperanza de encontrar en eso una mina más productiva y accesible. Si el éxito no se corresponde con sus expectativas, no se hacen cargo, sino que responsabilizan a la idea, afirmando que es mala. Esas personas sólo tienen de espírita el nombre. Por nuestra parte, pudimos ver tales maniobras mejor que cualquier otro, y muchas veces fuimos el blanco de esas explotaciones, con las que no hemos colaborado, razón por la cual no ganamos amigos.

Volvamos a nuestro tema. El espiritismo, lo repetimos, aún tiene que pasar por rudas pruebas, y de ese modo Dios reconoce a sus verdaderos servidores, por su valor, su firmeza y su perseverancia. Los que se dejan abatir por el miedo o por una decepción, son como esos soldados que tienen valor en tiempo de paz, pero que retroceden ante el primer disparo. Con todo, la prueba más grande no será la persecución, sino el conflicto de ideas que será alentado y con cuyo auxilio se espera romper la falange de los adeptos y la imponente unidad que se realiza en la doctrina.

Sin embargo, ese conflicto, aunque sea provocado con una mala intención, tanto si procede de los hombres como de los Espíritus malos, es necesario; y si bien puede generar una confusión momentánea en algunas conciencias débiles, su resultado definitivo será la consolidación de la unidad. En todas las cuestiones, no hay que evaluar los hechos aislados, sino ver el conjunto. Es útil que todas las ideas aparezcan, incluso las más contradictorias y excéntricas, pues estimulan el análisis y el juicio. Si son falsas, el buen sentido les aplicará justicia, y caerán forzosamente ante la prueba decisiva del control universal, así como tantas otras ya han caído. Ese es el gran criterio que ha realizado la unidad actual, y es el que la concluirá, porque constituye la criba que habrá de separar el buen grano del malo, y la verdad solo será más brillante cuando haya salido del crisol liberada de toda su escoria. El espiritismo aún sigue en ebullición; dejemos, pues, que la espuma salga a la superficie y se derrame, pues de tal modo se purificará más temprano. Dejemos a los adversarios la alegría maligna y pueril de soplar el fuego para provocar esa ebullición, pues sin proponérselo apresuran la purificación y el triunfo del espiritismo, a la vez que se quemarán a sí mismos con el fuego que encienden. Dios quiere que todo sea útil a la causa, incluso lo que se hace con la intención de perjudicarla.

No olvidemos que el espiritismo no está concluido. Aún no ha hecho más que abonar el terreno. Para avanzar con seguridad, debe hacerlo gradualmente, a medida que ese terreno esté preparado para recibirlo, y bastante consolidado para que pueda pisarlo con seguridad. Los impacientes, que no saben esperar el momento propicio, comprometen las cosechas tanto como la suerte de las batallas.

Entre los impacientes, no cabe duda de que algunos lo son de muy buena fe. Ellos quisieran que las cosas fueran aún más rápido, pero se parecen a esas personas que creen que adelantan el tiempo moviendo las agujas del reloj. Otros, no menos sinceros, son impulsados por el amor propio de ser los primeros en llegar; siembran antes de la temporada, de modo que solo cosechan frutos malogrados. Aparte de estos, lamentablemente, hay otros que empujan el carro a toda velocidad con la esperanza de hacerlo volcar.

Se comprende que algunos individuos, que hubieran querido ser los primeros, nos reprochen que hemos ido demasiado rápido; que otros, por razones contrarias, nos reprochen que vamos demasiado lentamente; pero lo que no tiene explicación es que, a veces, el mismo individuo nos haga ese doble reproche, lo cual no demuestra mucha lógica. Aunque seamos aguijoneados para ir a la derecha o a la izquierda, no dejaremos de avanzar, como lo hemos hecho hasta ahora, por la línea que nos hemos trazado, al final de la cual está el objetivo que nos proponemos alcanzar. Seguiremos adelante, o esperearemos, aceleraremos o ralentizaremos la marcha, según las circunstancias, pero no según la opinión de tal o cual persona.

El espiritismo avanza a través de numerosos adversarios que, como no pudieron vencerlo por la fuerza, intentan hacerlo mediante la astucia. Se insinúan en todas partes, con variadas máscaras, e incluso en las reuniones íntimas, con la esperanza de sorprender en ellas un hecho o una palabra que a menudo ellos mismos habrán provocado, y que confían en explotar en su provecho. Comprometer al espiritismo y ponerlo en ridículo, esa es la táctica con cuyo auxilio esperan desacreditarlo primero, a fin de que más tarde tengan un pretexto para hacer que se prohíba, si es posible, su ejercicio

público. Es la trampa contra la cual hay que ponerse en guardia, porque la tienden en todos lados, y para lo cual dan una mano, sin proponérselo, quienes se dejan llevar por las sugerencias de los Espíritus burlones y mistificadores.

El medio de desbaratar esas maquinaciones es seguir, lo más exactamente posible, la línea de conducta trazada por la doctrina. Su moral, que es su parte esencial, es inatacable. Al practicarla, no se da cabida a ninguna crítica fundada, de modo que la agresión resulta más odiosa. Descubrir a los espíritas en falta y en contradicción con sus principios sería una afortunada oportunidad para sus adversarios. Por eso veis hasta qué punto se apresuran a endilgarle al espiritismo todas las aberraciones y las excentricidades de las cuales no podría ser responsable. La doctrina no es ambigua en ninguna de sus partes; es clara, precisa, categórica hasta en sus mínimos detalles. Tan solo la ignorancia y la mala fe pueden confundirse respecto de lo que ella aprueba o condena. Por consiguiente, todos los espíritas sinceros y dedicados tienen el deber de repudiar y censurar abiertamente, en nombre de la doctrina, los abusos de todo tipo que podrían comprometerla, a fin de no asumir la responsabilidad de estos. Pactar con los abusos sería volverse cómplice de ellos, así como proveer de armas a nuestros adversarios.

Siempre es penoso atravesar los períodos de transición. El espiritismo se encuentra en ese período; lo atravesará con tanta menos dificultad cuanto más prudencia tengan sus adeptos. Estamos en guerra. Ahí está el enemigo, que espía, listo para explotar en su beneficio cualquier paso en falso, y para hacer que el espiritismo ponga el pie en el lodazal, si es que puede.

Con todo, no nos apresuremos a arrojar la piedra o la sospecha con demasiada ligereza, y contra apariencias que po-

drían ser engañosas. Por otra parte, la caridad nos obliga a la moderación, incluso para con los que están en contra de nosotros. La sinceridad, sin embargo, hasta en sus errores tiene aspectos de franqueza ante los cuales no podríamos confundirnos, de modo que la falsedad nunca podrá fingirla completamente, porque tarde o temprano mostrará la hilacha. Dios y los Espíritus buenos permiten que se traicione con sus propios actos. Si una duda se presenta en la mente, eso es motivo suficiente para mantener la reserva, lo cual puede hacerse sin perder el decoro.

VARIETADES

Carta del Dante al señor Thiers

Con ese título, leemos en *Le Charivari*, del 20 de mayo de 1865:

“Florenca, 20 de mayo de 1865.

”Señor y estimado colega:

”No podía permanecer indiferente ante los festejos que se iban a celebrar en mi honor, de modo que mi sombra solicitó y obtuvo un permiso de ocho días para asistir a la inauguración del monumento que me han consagrado. Os envío esta carta desde Florenca, con la emoción que me causó la ceremonia que acabo de presenciar. Si me tomo esta libertad, señor y estimado colega, es porque considero que me encuentro

en condiciones de brindaros información que os resultará de alguna utilidad.

”Si bien mi muerte se produjo hace cinco siglos, no por eso dejé de seguir con la misma atención y el mismo patriotismo la marcha de los acontecimientos que interesan al porvenir de Italia. Conocéis tanto como yo la cantidad de vicisitudes de las que he sido testigo. Y también podéis haceros una idea de la multitud de dolores que han colmado mi corazón...

(Siguen largas reflexiones acerca de los asuntos de Italia y las opiniones del señor Thiers. No las reproducimos por dos motivos: son completamente ajenas a nuestro tema, y la política está al margen del marco de este periódico. La carta termina de este modo:)

”Si, conforme me han informado, próximamente habréis de emprender un viaje a Italia, tened a bien hacer el esfuerzo de pasar por Florencia y deteneros unos instantes para conversar con mi estatua. Ella tendrá cosas muy interesantes para deciros.

”Con esa esperanza, señor y estimado colega, os ruego que aceptéis..., etc.”

DANTE ALIGHIERI

Por la copia conforme: PIERRE VÉRON

Dudamos mucho de que el señor Pierre Véron simpatice con la idea espírita, a juzgar por los artículos que *Le Charivari* ha publicado más de una vez acerca del tema. Así pues, en esta carta no hay que ver otra cosa más que un simple producto de la imaginación, adecuado a las circunstancias, a menos que el Espíritu del Dante la haya dictado sin conocimiento del autor. Es bastante ingeniosa para que él no la desaprobe, pero

solo se la puede apreciar en su totalidad, pues pierde mucho al fraccionarla.

Fue una inteligente idea hacer que el Espíritu del Dante interviniera, incluso de manera ficticia, en ese acontecimiento. Salvo pequeños detalles, un espírita no habría hablado de otro modo. Para nosotros, no cabe duda de que el Dante, salvo que esté reencarnado, debió asistir a esa imponente manifestación, atraído por la poderosa evocación de todo un pueblo unido en un mismo pensamiento. Si en ese instante se hubiera levantado el velo que oculta a los encarnados el mundo espiritual, ¡cuán inmenso cortejo de grandes hombres se habría visto flotando en el espacio y confundido con la multitud para aplaudir la regeneración de Italia! ¡Qué bello tema para un pintor o un poeta inspirados por la fe espírita!

ALLAN KARDEC



REVISTA ESPÍRITA

PERIÓDICO DE ESTUDIOS PSICOLÓGICOS

Año VIII

Número 7

Julio de 1865

El aria del rey Enrique III

Le Grand Journal, del 4 de junio de 1865, relata el siguiente caso:

“En París, los editores y los amantes de la música conocen al señor N. G. Bach, discípulo de Zimmermann, y primer premio de piano del Conservatorio en el concurso de 1819, uno de nuestros profesores de piano más estimados y honorables, bisnieto del gran Sebastian Bach, cuyo ilustre apellido porta dignamente.

”Informado por nuestro amigo en común, el señor Dollingen, administrador de *Le Grand Journal*, de que el apartamento del señor Bach se había convertido en el escenario de un verdadero prodigio la noche del 5 de mayo último, solicité a Dollingen que me condujera a casa del señor Bach, de modo que fui recibido en el n.º 8 de la rue Castellane con exquisita cortesía. Considero que no hace falta señalar que relataré a mis lectores esta historia extraordinaria porque he recibido la autorización expresa de su héroe.

”El 4 de mayo último, el señor León Bach, que es una persona curiosa a la par que un artista, obsequió a su padre una espineta admirablemente labrada. Tras examinarla detenida y minuciosamente, el señor Bach descubrió, en una tabla interior, los datos del instrumento: había sido fabricado en Roma, en abril de 1564.

”El señor Bach dedicó buena parte del día a la contemplación de esa valiosa espineta. Se acostó pensando en ella, hasta que se durmió.

”Así pues, no es extraño que haya soñado lo siguiente:

”Profundamente dormido, el señor Bach vio en sueños que se le aparecía junto a su cama un hombre con una larga barba, zapatos de punta redonda y grandes lazos en el empuñe, un calzón muy amplio, una casaca con mangas ceñidas y cuchilladas en la parte superior, un gran collarín y un sombrero de punta con ala ancha.

”Ese personaje se reclinó sobre el señor Bach y le dijo:

” ‘La espineta que recibiste fue mía. A menudo la toqué para distraer a mi señor, el rey Enrique III. Cuando él era muy joven, compuso un aria que se complacía en cantar y que muchas veces yo le tocaba. Lo hizo en recuerdo de una dama que conoció en una partida de caza y de la que se había enamorado. Pero la separaron de él. Se dijo que había sido envenenada, y el Rey sufrió mucho. Cada vez que estaba triste, tarareaba esa romanza. Entonces, para distraerlo, yo tocaba en mi espineta una zarabanda compuesta por mí y que a él le gustaba mucho. De tal modo, yo siempre asociaba ambas piezas y no dejaba de tocar una tras otra. Te las haré escuchar’.

”Entonces, el hombre del sueño se acercó a la espineta, tocó algunos acordes y cantó esa aria con tanto sentimiento

que el señor Bach se despertó llorando. Encendió una bujía, miró la hora, verificó que eran las dos de la madrugada, y no tardó en volver a dormirse.

”Y ahora comienza lo extraordinario.

”A la mañana siguiente, cuando se despertó, el señor Bach quedó muy sorprendido al encontrar sobre su cama una página musical escrita con trazos muy finos y notas microscópicas. Tan solo con la ayuda de su binóculo, el señor Bach, que es muy miope, logró orientarse en medio de esos garabatos.

”Un instante después, el descendiente de Sebastian se sentaba al piano y descifraba la pieza musical. ¡La romanza con su letra, así como la zarabanda, eran exactamente las mismas que el hombre del sueño le había hecho escuchar mientras dormía!

”Ahora bien, el señor Bach no es sonámbulo. Nunca escribió un solo verso en toda su vida, y desconoce por completo las reglas de la prosodia.

”Estos son el estribillo y las tres estrofas tal como las copiamos del manuscrito. Respetamos la ortografía que, dicho sea de paso, no se corresponde en absoluto con la del señor Bach:

La he perdido, a ella,
a la que tanto amaba,
a la que era tan bella,
a la que cada día me daba,
como una nueva estrella,
un deseo que cumplir.
¡Oh! ¡Es que, sin ella,
yo prefiero morir!

Cierto día, durante una partida de caza,
a lo lejos por primera vez la descubrí.
Pensé que había visto un ángel sin alas,
¡y en el rey más dichoso me convertí!

Por cierto, todo mi reino daría,
para verla de nuevo un instante;
y con ella en una choza viviría,
para sentir que mi corazón late.

Triste y enclaustrada, ¡oh! mi bella,
lejos de mí sus últimos días vivió.
Ahora ya no siente esa cruel pena,
¡pero aquí, conmigo, sigue el dolor!

”En esta romanza quejumbrosa, así como en la alegre zarabanda que la sigue, la ortografía musical no es menos arcaica que la literaria. Las *claves* están dibujadas de un modo diferente al de nuestros días. El bajo está escrito en un tono y el canto en otro. El señor Bach tuvo la amabilidad de hacerme escuchar esas dos piezas, cuyas melodías son simples, ingenuas y penetrantes. Por otra parte, nuestros lectores no tardarán en evaluarlas con conocimiento de causa. Los grabadores trabajan en ellas, y en el transcurso de la semana las publicará el editor Legouix, boulevard Poissonnière, n.º 27.

”El periódico de *L'Estoile* nos refiere que el rey Enrique III sentía una gran pasión por Marie de Clèves, marquesa de Isles, quien murió en una abadía, en la flor de la edad, el 15 de octubre de 1574. ¿No será ella la *triste y enclaustrada, la bella* que se menciona en las estrofas? El mismo periódico dice también que un músico italiano, de nombre Baltazarini, viajó

a Franca en esa época, y que fue uno de los favoritos del Rey. ¿No será que la espineta perteneció a Baltazarini? ¿Habrá sido el Espíritu de Baltazarini el que escribió la romanza y la zarabanda? Misterio que no nos atrevemos a develar”.

ALBÉRIC SECOND

A continuación de la letra, *Le Grand Journal* añadió la música, que lamentablemente no podemos reproducir aquí. No obstante, como se halla actualmente a la venta, los interesados podrán adquirirla sin dificultad. (Véanse las noticias bibliográficas.)

El señor Albéric Second concluye su relato con estas palabras: “Misterio que no nos atrevemos a develar”. Le preguntamos: ¿Por qué no os atrevéis? Se trata de un hecho cuya autenticidad se os ha demostrado, conforme vos mismo lo reconocéis. ¿No obstante, como se relaciona con la vida misteriosa de ultratumba, no os atrevéis a investigar su causa! ¡Tembláis al mirarlo de frente! Entonces, a pesar vuestro, ¿tenéis miedo de los fantasmas, o de obtener la prueba de que no todo termina con la muerte del cuerpo? Es cierto que, para un escéptico, que no ve nada y no cree en nada más allá del presente, esa causa es bastante difícil de encontrar. No obstante, por eso mismo, porque el hecho es muy extraño y parece apartarse de las leyes conocidas, con mayor razón debe moveros a la reflexión, o al menos despertar vuestra curiosidad. Pareciera realmente que algunas personas tienen miedo de ver claro, porque estarían obligadas a reconocer que estaban equivocadas. Con todo, veamos las deducciones que todo hombre serio puede extraer de este caso, sin tomar en cuenta ninguna idea espírita.

El señor Bach recibe un instrumento cuya antigüedad confirma, lo cual le causa una gran satisfacción. Absorto en esa idea, es natural que eso le provoque un sueño, en el que ve a un hombre con ropa de época, tocando ese instrumento y cantando un aria de aquella época. Por cierto, en todo eso no hay nada que, en rigor, no pueda ser atribuido a la imaginación sobreexcitada por la emoción y el recuerdo de la víspera, sobre todo en un músico. Pero ahora el fenómeno se complica: la música y la letra del aria no pueden ser una reminiscencia, porque el señor Bach no las conocía. Entonces, ¿quién pudo revelárselas, toda vez que el hombre que se le apareció no es más que un ser fantástico irrelevante? Se comprende que la imaginación sobreexcitada pueda hacer que se revivan en la memoria cosas olvidadas, pero ¿podría generar en nosotros ideas nuevas, enseñarnos cosas que no sabemos y que nunca supimos, y de las que nunca nos hemos ocupado? Ese hecho sería de gran importancia, y valdría la pena examinarlo, porque constituiría la prueba de que el espíritu obra, percibe y concibe, independientemente de la materia. Hagamos esto a un lado, si lo preferís, pues se trata de consideraciones de un orden tan elevado y abstracto, que no todos pueden comprenderlas; ni siquiera pueden fijar el pensamiento en ellas.

Vayamos al hecho más material y positivo, el de esa música escrita junto con la letra. ¿Es un producto de la imaginación? La hoja de papel está ahí, es tangible, visible. En esto es indispensable un examen escrupuloso de las circunstancias. Para no entrar en el campo de las hipótesis, antes de avanzar diremos que el señor Bach, a quien no teníamos el honor de conocer, tuvo a bien ocuparse de visitarnos y poner a nuestra consideración el original de la pieza en cuestión. Así pues, hemos podido reunir, de su propia boca, toda la información

necesaria para esclarecer nuestra opinión, a la vez que él rectificó en algunos puntos el relato del periódico.

En el sueño todo transcurrió conforme a lo indicado, salvo que la hoja de papel no fue aportada esa misma noche. El día siguiente, el señor Bach intentaba recordar el aria que había escuchado, de modo que se sentó a la espineta y comenzó a escribir la música, aunque con imperfecciones. Alrededor de tres semanas después, el mismo individuo se le apareció en sueños por segunda vez. En esa oportunidad, cantó el aria y le dijo que le proporcionaría un medio para que pudiera fijarla en la memoria. Entonces sí, al despertarse en la mañana, encontró el papel sobre la cama. Se levantó, tocó el aria en su instrumento, y reconoció que era la misma que había escuchado, al igual que la letra, de las que sólo conservaba un recuerdo confuso.

También reconoció que el papel era de su propiedad: una hoja doble para música común, en una de cuyas páginas él mismo había escrito varias cosas. Esa hoja se encontraba, junto con muchas otras, en el cajón cerrado de un escritorio, ubicado en otra habitación. Por lo tanto, era preciso que alguien la hubiera retirado de ese lugar para colocarla sobre la cama mientras él dormía. Ahora bien, nadie de su casa habría podido hacer eso. Entonces, ¿quién había sido? Ese es el terrible misterio que el señor Albéric Second no se atreve a develar.

En la página que estaba en blanco, el señor Bach encontró el aria, anotada *conforme al método y los signos de aquella época*. La letra está escrita con extrema precisión: cada sílaba colocada exactamente debajo de la nota correspondiente. Todo fue escrito con lápiz. Los trazos son muy finos, pero muy precisos y legibles. La forma de la letra es característica: la misma que se observa en los manuscritos de aquella época.

El señor Bach no era escéptico ni materialista, y mucho menos ateo. Sin embargo, al igual que muchas personas, integraba la numerosa clase de los indiferentes, que se preocupan bastante poco por las cuestiones filosóficas. Solo conocía el espiritismo de nombre. Por lo tanto, el fenómeno que acababa de presenciar le llamó la atención. Lejos de no atreverse a develar el misterio, pensó: indagemos. Leyó las obras espíritas, y comenzó a darse cuenta de lo que había ocurrido, de modo que para obtener más información nos honró con su visita. Actualmente, el fenómeno no tiene nada de misterioso para él, y le parece absolutamente natural. Está cada vez más satisfecho de la fe y los conocimientos nuevos que esa experiencia le permitió adquirir. Esto es todo lo que ganó.

El señor Bach sabía perfectamente que ni la música ni la letra del aria procedían de él mismo. No dudaba de que se las había dictado el personaje que se le apareció en sueños, pero se preguntaba quién habría podido escribirlas, y si no lo habría hecho él mismo en estado sonambúlico, pese a que nunca había sido sonámbulo. El fenómeno era posible y, en caso de admitirlo, no haría otra cosa más que demostrar la independencia del alma, como lo hacen todos los fenómenos de ese tipo, tan interesantes y numerosos, a pesar de lo cual la ciencia nunca se ocupó de ellos. Una particularidad parece refutar esta hipótesis: la escritura no tiene ningún parecido con la del señor Bach. De tal modo, habría sido necesario que él, en estado sonambúlico, cambiara su escritura habitual para usar una del siglo dieciséis, lo que no es presumible. ¿Habría sido una travesura de alguien de la casa? Pero el señor Bach está seguro de que, aunque hubieran querido, ninguno de ellos tiene los conocimientos necesarios para hacerlo. Ahora bien, si él, que fue quien tuvo el sueño, apenas conservaba un

recuerdo insuficiente para transcribir la letra y la música del aria, ¿cómo se explica que una persona ajena al fenómeno las recordara mejor? Además, el cuidado con que todo había sido escrito, hubiera requerido mucho tiempo y una gran habilidad práctica.

Otro punto importante para aclarar era el suceso histórico de la pasión juvenil del Rey, que ninguna crónica mencionaba, y que habría inspirado esa canción melancólica. El hijo del señor Bach se contactó con un amigo vinculado a la Biblioteca Imperial, para averiguar si existía algún documento al respecto, y este le respondió que tal vez habría algo en el periódico *L'Estoile*, que se publicaba en esa época. Durante la investigación, que se hizo de inmediato, descubrieron en ese periódico la información citada más arriba. La madre de Enrique III, temerosa de la influencia que aquella mujer de inteligencia superior podría ejercer sobre su hijo, mandó que la encerraran y le dieran muerte. El Rey no halló consuelo para esa pérdida, que lo apenó profundamente el resto de su vida. ¿No es extraño que ese aria relate precisamente un hecho ignorado por todo el mundo y, por consiguiente, también por el señor Bach, y que solo más tarde fuera confirmado por un documento de la época, descubierto en una biblioteca? Esta circunstancia es de fundamental importancia, porque demuestra de manera irrefutable que la letra del aria no pudo ser compuesta por el señor Bach ni por ninguna otra persona de su casa. Cualquier sospecha de fraude cae ante este hecho material.

Solo el espiritismo podía brindar la clave de ese fenómeno, mediante el conocimiento de la ley que rige las relaciones del mundo corporal con el mundo espiritual. En todo eso no hay nada que sea maravilloso ni sobrenatural. Todo el miste-

rio radica en la existencia del mundo invisible, compuesto por almas que vivieron en la Tierra y que no han interrumpido sus relaciones con los sobrevivientes. Decidle a una persona, que no conozca la electricidad, que puede comunicarse con otra a doscientas leguas de distancia en pocos minutos, y eso le parecerá milagroso. Explicadle la ley de la electricidad, y le resultará muy natural. Lo mismo ocurre con todos los fenómenos espíritas.

En una sesión de la Sociedad de París, a la que asistió el señor Bach, el Espíritu que se le había aparecido en sueños transmitió las siguientes explicaciones acerca del caso que acabamos de referir.

(Sociedad de París, 9 de junio de 1865.
Médium: señor Morin.)

Pregunta (al guía espiritual del médium). ¿Podemos llamar al Espíritu que se manifestó ante el señor Bach?

Respuesta. Hijo mío, la importante cuestión a que ha dado lugar esa manifestación espontánea, es completamente natural. Debe ser resulta esta misma noche, para que no quede ninguna duda acerca del modo en que esa música fue escrita. El Espíritu está aquí, y responderá muy claramente las preguntas que le formuléis.

P. (al Espíritu que se manifestó ante el señor Bach). Dado que habéis tenido a bien acudir a nosotros anticipándoos a nuestro llamado, os agradeceríamos que nos dierais la explicación del fenómeno que se produjo por vuestro intermedio. También, quisiéramos saber por qué el señor Bach ha sido elegido para esta manifestación, y cuál fue su participación en la producción del fenómeno.

R. Os agradezco la bienvenida con la que me habéis recibido. Comprendo la importancia que para vosotros tiene este caso, pero no debe asombraros, porque actualmente ese tipo de manifestaciones es casi general y muchas personas lo conocen.

Comenzaré respondiendo vuestra primera pregunta. El señor Bach ha sido elegido por dos razones: la primera es la simpatía que me une a él; la segunda es para beneficio absoluto de la doctrina espírita. La posición del señor Bach, su edad, su extensa y honorable trayectoria, su vínculo con la prensa y con la comunidad científica, lo han convertido en el mejor instrumento para dar a publicidad un tipo de fenómenos que, hasta la actualidad, solo eran divulgados en los periódicos espíritas. A menudo se os ha dicho que llegaría el día en que el espiritismo, con derecho de asilo en todas partes donde se razona, donde hay lógica y sentido común, sería aceptado incluso por los periódicos que lo denigran.

Respecto de la segunda pregunta, en efecto, tenéis razón al buscar la explicación del fenómeno, para que no seáis víctimas del error. El aporte³⁵ —porque ha sido un aporte— tuvo lugar con la participación del Espíritu —que soy yo— y del señor Bach, durante el sueño puro y tan solo en relación con los Espíritus.

(*Nota.* Esta última frase se explica en el artículo que está más adelante, acerca de los sueños.)

Yo aporté para el señor Bach la hoja de papel que tomé de una habitación contigua a su dormitorio, y entonces el Espíritu del señor Bach escribió la música, valiéndose de su propio

35. Respecto del fenómeno de *aportes*, véase *El libro de los médiums*, §§ 96-99, 124, 189, 225, 236 y 321. (N. del T.)

cuerpo como medio de transmisión. Yo escribí la letra, que conocía. Elaborada de tal modo, la obra puede considerarse por completo espiritual, dado que el señor Bach, mientras dormía, se hallaba casi completamente desmaterializado.

P. ¿Cualquier persona dotada de mediumnidad puede servir en esa circunstancia?

R. Por cierto que no. Porque si el señor Bach no hubiera reunido todas las cualidades necesarias, es probable que ni él ni yo habríamos sido elegido para esta divulgación.

P. ¿De qué modo el señor Bach se valió de su cuerpo para escribir la música? ¿Lo habrá hecho en estado de sonambulismo?

R. He dicho que se valió de su cuerpo como medio de transmisión, porque su Espíritu aún está encarnado y no puede obrar como el Espíritu desencarnado. El Espíritu encarnado solo puede valerse de sus miembros y no de su periespíritu, porque ese mismo periespíritu es el que lo mantiene unido al cuerpo.

P. ¿Quisierais decirnos quién compuso la letra?

R. De haber sido yo, mi excesiva dosis de orgullo no habría ocultado ese honor. Pero no, pues me expliqué claramente cuando dije: “La letra que yo conocía”. Esa letra, al igual que la música, han sido compuestas realmente, como se os ha dicho, por la inspiración propia de mi señor de entonces, el rey Enrique.

P. ¿Sería una indiscreción solicitaros que nos ilustréis acerca de vuestra persona, y que nos expliquéis lo que hacíais en la corte de Enrique III?

R. Nunca hay indiscreción desde el momento en que está en juego la enseñanza general. Os responderé que llegué a Francia procedente de mi país, que era Florencia. Ingresé en

la corte gracias a una princesa que me escuchó cantar y quiso complacer al niño —entonces el Rey todavía era un niño— haciéndole escuchar a este pobre trovador. La satisfacción fue tan intensa que decidieron ponerme a su disposición, y permanecí mucho tiempo junto a él a título de músico, pero en realidad como amigo, pues él me quería mucho y yo también a él. La muerte me llegó antes que a él, y entonces adquirí la certeza de su afecto hacia mí, por el pesar que le causó mi partida. Mi nombre ya fue pronunciado aquí: fui Baltazarini.

La señora Delanne, que participaba de la sesión, recibía por vía auditiva las mismas respuestas que el señor Morin. El día siguiente, ella escribió en su casa esta comunicación, que confirma y completa la de Baltazarini:

“Cuando llega la hora, Dios se vale de todos los medios para hacer que la ciencia divina penetre en los distintos niveles de la sociedad. Sea cual fuere la opinión que se profese acerca de las ideas nuevas, todos deben servir a la causa, incluso sin que lo sepan, en el medio donde se encuentren. El Espíritu del señor Bach vivió bajo el reinado de Enrique III, y se mantuvo vinculado a la persona del Rey como amigo íntimo. De tal modo, le gustaba con pasión escuchar esos versos, y sobre todo la música. La espineta era su instrumento favorito. Por eso, el Espíritu que se le apareció, que es el de Baltazarini, se valió de ese instrumento para retrotraer el Espíritu de Bach a la época en que este había vivido, y demostrarle, al igual que a la ciencia, que la doctrina de la reencarnación es confirmada a diario con nuevas pruebas. La música solamente no habría bastado para forzar al señor Bach a buscar la luz de inmediato. Necesitaba presenciar un fenómeno que no pudiera comprender por sí mismo, una participación totalmente inconsciente. Debía preconizar la doctrina refiriéndose al presente hecho,

e instruirse acerca del modo en que se había producido, estimulando a otras inteligencias para que buscaran junto con él y de buena fe la verdad. Por su edad respetable y su honrosa posición, por su reputación en todo el mundo y en la prensa literaria, el señor Bach constituye uno de los primeros hitos implantados en el mundo rebelde, porque no se puede sospechar de su buena fe, ni tratarlo de loco, como tampoco se puede negar la autenticidad de la manifestación.

”Por otra parte, no os quepa duda de que todo eso tenía su razón de ser. Ya veis que la prensa se abstuvo de hacer comentarios, y sin embargo el artículo fue escrito por un incrédulo, por un escarnecedor de la única ciencia que puede dar una explicación racional del fenómeno mencionado. Dios tiene sus planes, y deposita la semilla divina en el corazón cuando lo juzga conveniente. Ese fenómeno tendrá más repercusión de lo que suponéis. Trabajad siempre en silencio, y esperad con confianza.

”Os hemos dicho con frecuencia que no os preocupéis. En el lugar y en el momento oportunos, Dios sabrá promover hombres y hechos que acudirá a remover los obstáculos y a brindaros la confirmación de que las bases de la doctrina fueron sancionadas por el Espíritu de Verdad. El espiritismo crece y se desarrolla. Las ramas del árbol bendito y gigantesco ya se extienden por todas las latitudes del globo. El espiritismo gana a diario nuevos adeptos en todas las clases sociales, y nuevas falanges acuden a engrosar las filas de los desencarnados. Cuanto más difícil sea vuestra tarea, más grande será la asistencia de los Espíritus buenos”.

SAN BENITO³⁶

36. Véase la continuación de este artículo en la *Revista Espírita* de febrero de 1866, con el título: “La espineta de Enrique III”. (N. del T.)

Gontran: ganador en las carreras de Chantilly

El siguiente caso, así como el romance de Enrique III que acabamos de reportar, también ha sido publicado en *Le Grand Journal*, del 4 de junio de 1865, y junto con el precedente conforma un solo artículo, firmado por *Albéric Second*:

“Los que nos honran con su lectura saben, sin la menor duda, que profesamos un escepticismo radical acerca del espiritismo, así como de los espíritas y de los médiums. A los que se esforzaban en convertirnos a sus teorías y a sus doctrinas, les decíamos: ‘Mostradnos hechos’. Y en vista de que no nos daban ninguna prueba concluyente, persistíamos en la negación y en el escarnio.

”Ante todo, el que firma estas crónicas es un escritor de buena fe, razón por la cual se considera en la obligación de no poner la luz debajo del celemín. Que extraigan de su relato las conclusiones que quieran, pues ese no es su problema. A semejanza del presidente de un tribunal, se limitará a reproducir los hechos en un resumen rápido e imparcial, para que los lectores pronuncien su propio veredicto.”

Después de este preámbulo, que es propio de un hombre leal —como sería de esperar de parte de todos nuestros antagonistas—, el autor narra, con el ingenio que lo caracteriza, que uno de sus amigos acudió a casa de una médium para preguntarle si era posible que un Espíritu dijera cuál sería el caballo ganador en las próximas carreras de Chantilly. La médium —que según el autor es una especie de campesina

recientemente descendida de las montañas del Jura, es decir, poco instruida y para nada familiarizada con los deportes—, tras evocar al Espíritu de uno de nuestros más célebres deportistas, obtuvo a través de golpes la designación de letras que formaron el nombre *Gontran*.

“ ‘—Entonces —pregunta el señor Albéric Second—, ¿existe algún caballo con ese nombre entre los participantes de la carrera?’ ‘—A decir verdad, no lo sé —le responde su amigo—, pero si existe, puedes estar seguro de que solo apostaría por ese.’

”Ahora bien, el domingo pasado, 28 de mayo, el ganador del *Derby* de Chantilly fue *Gontran*, de la cuadra del mayor Fridolin (pseudónimo hípico de los señores Charles Laffitte y Nivière).

”Los hechos que acabo de referir son del conocimiento de muchas personas en el ambiente bursátil. El señor Emile T... ha sido ampliamente recompensado por el resultado de su confianza absoluta en las predicciones de la campesina del Jura, y sus amigos que compartieron su fe también obtuvieron excelentes beneficios. ¡Y pensar que vuestro servidor ha despreciado esa inusual oportunidad de ganar con toda seguridad y sin esfuerzo 1000 o 1500 luises, que habrían sido tan bienvenidos! ¿Acaso no fue estupidez?”

Los hechos de esta naturaleza no son los que mejor sirven a la causa del espiritismo; en primer lugar, porque son muy raros; en segundo lugar, porque falsearían su espíritu, haciendo creer que la mediumnidad es un medio de adivinación. Si una idea como esa fuera digna de crédito, veríamos una multitud de individuos consultando a los Espíritus como se consulta a las cartas, y los médiums se habrían transformado en decidores de la buenaventura. En tal caso, algunos tendrían razón al invocar contra ellos la ley de Moisés que impone el anatema

contra “los adivinos, los hechiceros y los que tienen el espíritu de Pitón”. Para evitar ese grave inconveniente, que sería muy perjudicial para la doctrina, nosotros siempre nos hemos manifestado en contra de la mediumnidad explotadora.

No repetiremos lo que ya hemos dicho cien veces, y que se ha desarrollado ampliamente, respecto de la perturbación que causaría el conocimiento del futuro, que la sabiduría divina ha ocultado al hombre. El fin del espiritismo no es darlo a conocer. Los Espíritus acuden para que seamos mejores, y no para revelarnos el futuro, o para indicarnos los medios de ganar dinero *con toda seguridad* y sin esfuerzo, como dice el héroe de la aventura, o para ocuparse de nuestros intereses materiales, que la Providencia sometió a la salvaguarda de nuestra inteligencia, de nuestra prudencia, de nuestro juicio y de nuestra actividad. Por consiguiente, todos los que *deliberadamente* creyeron que el espiritismo era un nuevo elemento de especulación, *por la razón que fuere*, se confundieron. Las mistificaciones ridículas, y a veces la ruina en vez de la fortuna, han sido el fruto de su equivocación. Esto es lo que todos los espíritas serios deben esforzarse en propagar, en caso de que deseen ser de utilidad para la causa. Siempre decimos, a los que sueñan con obtener fortunas colosales mediante la ayuda de los Espíritus —con el falaz pretexto de que la sensación causada por semejante acontecimiento haría que todo el mundo fuera creyente—, que si tuvieran éxito le asestarían un golpe funesto a la doctrina, pues excitarían la codicia en vez del amor al bien. Esta es la razón por la que las tentativas de ese género, alentadas por Espíritus mistificadores, siempre terminaron en decepciones.

Hace algunos años, una persona nos escribió desde Hombourg para contarnos que había perdido todo su dinero en el

juego y que, como no disponía de recursos para regresar a su casa, se le ocurrió consultar a un Espíritu a fin de que este le indicara un número al cual apostar su último florín. El hecho es que ganó y pudo salir del apuro. La persona nos invitaba a publicar su historia en la *Revista*, como prueba de la intervención de los Espíritus. En el supuesto de que un Espíritu hubiera intervenido en esa circunstancia, dicha persona no veía la severa lección que había recibido, porque con ese hecho le proporcionaron los medios para volver a su casa y no meterse en problemas. Por cierto, había que conocernos muy poco, o suponer que estábamos aturdidos, para considerarnos capaces de preconizar un hecho semejante como medio de propaganda, pues eso habría resultado beneficioso para las casas de juego, y no para el espiritismo. Habría sido realmente curioso vernos haciendo la apología de los Espíritus que favorecen a los jugadores y, particularmente, el robo, porque ganar *con toda seguridad*, ya sea con cartas marcadas o con cualquier *indicación* precisa, es un verdadero fraude.

Un individuo que no era espírita –nos apresuramos a decirlo–, pero que no negaba en absoluto la intervención de los Espíritus, acudió a nosotros un día para hacernos esta singular propuesta:

“Las casas de juego –nos dijo– son profundamente inmorales. La manera de erradicarlas consiste en demostrar que se puede luchar contra ellas con toda seguridad. He concebido un plan infalible para hacer que quiebren. Cuando se vean en la ruina e imposibilitadas de resistir, estarán obligadas a cerrar, y el mundo se habrá librado de esa plaga que constituye el robo organizado. Con todo, para lograrlo, necesito un capital que lamentablemente estoy lejos de poseer. ¿Será que, por medio de los Espíritus, vos podríais indicarme a quién

dirigirme con éxito? ¡Imaginaos el efecto que eso producirá cuando se sepa que a través de los Espíritus es posible obtener un resultado tan importante! ¿Quién podrá impedir que se crea en ellos? Hasta los más incrédulos y obstinados tendrán que rendirse ante la evidencia. Como veis, mi objetivo es profundamente moral, y no me molestaría conocer la opinión de los Espíritus acerca de mi plan”.

Sin necesidad de consultar a los Espíritus, puedo deciros fácilmente lo que ellos opinan. Os responderían esto: “Vos consideráis que el lucro de las casas de juego es ilícito y que constituye un robo organizado. Para remediar ese flagelo, pretendéis apoderaros, mediante un plan infalible, de aquel dinero mal habido. En otras palabras, queréis robarle al ladrón, y eso tampoco es moral. Por nuestra parte, disponemos de otro plan para alcanzar el resultado que os proponéis: en vez de hacer ganar a los jugadores, se trata de hacerlos perder lo más posible, para que se desanimen. Los desastres causados por esa pasión han cerrado más casas de juego que los jugadores más afortunados. El exceso del mal es lo que abre los ojos y conduce a reformas saludables, en esto como en todas las cosas. En cuanto a propagar la creencia en el espiritismo, también tenemos un plan más eficaz y, sobre todo, más moral: nos referimos al bien que el espiritismo hace, a los consuelos que prodiga y al valor que infunde en las aflicciones. Por consiguiente, a todos los que se interesan sinceramente en el progreso de la doctrina, les diremos: si queréis servir a la causa y hacer una propaganda realmente fructífera, mostrad que el espiritismo os ha tornado mejores; haced que, al veros transformados, todos puedan decir: ‘son los milagros de esa creencia, de modo que debe ser buena’. En cambio, si a pesar de vuestra profesión de fe, os ven siempre viciosos, ambicio-

sos, odiadores, codiciosos, celosos o libertinos, les daréis la razón a los que se preguntan para qué sirve el espiritismo. La verdadera propaganda de una doctrina esencialmente moral se realiza tocando los corazones, y no fijándose en el dinero. Por eso, nosotros favorecemos los planes de algunos, y frustramos los de otros”.

Volvamos a Gontran. Los fenómenos de previsión de ese tipo, aunque haya ejemplos al respecto, son muy raros y se los puede considerar excepcionales. Por otra parte, son *siempre* fortuitos, y *nunca* el resultado de un cálculo premeditado. Cada vez que ocurren, se los debe aceptar como hechos aislados, y la persona que tuviera la certeza de su realización sería muy necia e imprudente.

No hay que confundir ese tipo de revelaciones con las previsiones que los Espíritus ofrecen a veces respecto de importantes acontecimientos futuros, cuyo cumplimiento ellos pueden hacernos presentir con miras a un interés general. Eso tiene su utilidad para mantenernos atentos e impulsarnos a avanzar por el camino del bien. Pero las predicciones cuya realización se anuncia para un día fijo, o que se caracterizan por ser demasiado precisas, siempre deben considerarse sospechosas.

En el caso que nos ocupa, ese pequeño fenómeno tenía su utilidad, pues era una manera —tal vez la única— de llamar la atención de algunas personas sobre la idea de los Espíritus y su intervención en el mundo, mucho más de lo que podría haberlo hecho un fenómeno serio. Los hay para todos los caracteres. Entre estos, algunos solo habrían pensado: “¡Qué extraño!”. Pero otros se habrían propuesto ahondar en la cuestión, y entonces habrían descubierto su lado serio y realmente útil. Aunque solo fuera uno entre diez, resultaría un triunfo

para la causa, así como un nuevo elemento de propagación. En cuanto al resto, la idea sembrada en sus almas germinará más tarde.

Al referirnos a este caso, dado que fue muy publicitado, quisimos destacar sus consecuencias. Con todo, no lo habríamos hecho sin comentarios y a título de simple anécdota. El espiritismo es una mina inagotable de temas de observación y de estudio, debido a sus múltiples aplicaciones.

El autor del artículo dice en su preámbulo: “Mostradnos hechos”. Supone, sin duda, que los Espíritus obedecen órdenes, y que los fenómenos se obtienen a voluntad, como las experiencias en un laboratorio o como los trucos de magia. No es así. El que quiera fenómenos, no debe pedir que se los muestren, sino que debe buscarlos, observarlos y aceptar los que se presenten. Esos fenómenos son de dos naturalezas: por un lado, los que son el producto de médiums propiamente dichos, y que se pueden provocar hasta cierto punto; por otro lado, los fenómenos espontáneos. Estos últimos tienen, para los incrédulos, la ventaja de no despertar sospecha en el sentido de que fueron trucados. Son numerosos y se presentan con una infinita variedad de aspectos, tales como: apariciones, visiones, presentimientos, doble vista, ruidos insólitos, alborotos, perturbaciones, obsesiones, etc. El caso del señor Bach pertenece a esta categoría; y el de Gontran, a la primera. Para los que quieran convencerse seriamente, los hechos no faltan, y el que pide que se los muestren, es probable que los haya visto más de una vez, sin darse cuenta. No obstante, la equivocación de la mayoría consiste en pretender que los hechos se produzcan a su modo, en el momento oportuno, sin contentarse con los que la Providencia pone ante sus ojos. La incertidumbre respecto de la obtención de esos fenómenos, así

como la imposibilidad de provocarlos a voluntad, constituyen de por sí pruebas de su realidad, porque si fueran producto del charlatanismo o de medios fraudulentos, nunca dejarían de producirse. Lo que les falta a algunas personas no son hechos, sino paciencia y voluntad para buscarlos y estudiar los que se presentan ante ellas.

Teoría de los sueños

Resulta verdaderamente extraño que un fenómeno tan común como el de los sueños haya sido objeto de tanta indiferencia de parte de la ciencia, y que aún no se indague acerca de la causa de esas visiones. Afirmar que son el producto de la imaginación no significa que se haya resuelto el problema. *Imaginación* es una de esas palabras con cuyo auxilio se pretende explicar lo que no se comprende, pero que no explican nada. En todo caso, la imaginación es un producto del entendimiento. Ahora bien, como no es posible aceptar que el entendimiento y la imaginación se encuentren en la materia bruta, hace falta considerar que el alma interviene en eso de algún modo. Si los sueños siguen siendo un misterio para la ciencia, es porque esta se obstina en cerrar los ojos ante la causa espiritual.

Se busca el alma en los repliegues del cerebro, mientras esta se yergue a cada instante ante nosotros, libre e independiente, en una infinidad de fenómenos que no pueden ser explicados tan solo mediante las leyes de la materia, especialmente en los sueños, en el sonambulismo natural y artificial, y en la doble vista a distancia. No lo hace a través de fenóme-

nos raros, excepcionales, sutiles, que requieren las pacientes investigaciones del científico y del filósofo, sino de los más vulgares. Ahí está el alma, que parece decir: “Observad, y me veréis. Estoy ante vosotros, pero no me reconocéis. Tantas y tantas veces me habéis visto. Me veis todos los días. Hasta los niños me ven. El sabio y el ignorante, el hombre de genio y el idiota me ven, pero vosotros no me reconocéis”.

No obstante, parece que algunas personas tienen miedo de mirarla a la cara y obtener la prueba de su existencia. En cuanto a las que la buscan de buena fe, les ha faltado hasta ahora la única clave que podía darla a conocer. El espiritismo viene a ofrecer esa clave mediante la ley que rige las relaciones del mundo corporal con el mundo espiritual. Con el auxilio de esa ley y de las observaciones en las que se apoya, presenta respecto de los sueños la explicación más lógica que se haya proporcionado hasta ahora. Demuestra que los sueños, el sonambulismo, el éxtasis, la doble vista, los presentimientos, la intuición del futuro, la penetración del pensamiento, no son sino variantes y grados de un mismo principio: la emancipación del alma, desprendida de la materia en mayor o menor medida.

Respecto de los sueños, ¿brinda el espiritismo una explicación precisa de todas las variedades que estos presentan? Todavía no. Poseemos el principio, lo cual ya es mucho. Los sueños que podemos explicar nos pondrán en el camino para explicar los otros. Sin embargo, no cabe duda de que todavía nos faltan conocimientos, que adquiriremos más adelante. No existe una sola ciencia que haya desarrollado todas sus consecuencias y sus aplicaciones desde el principio. Estas solo pueden completarse mediante observaciones sucesivas. Ahora bien, el espiritismo, que nació ayer, es como la química en manos de

los Lavoisier y de los Berthollet, sus primeros creadores. Ellos descubrieron las leyes fundamentales, y esos primeros jalones señalaron el camino de nuevos descubrimientos.

Algunos sueños tienen un carácter tan positivo, que no se los podría atribuir racionalmente al ejercicio exclusivo de la imaginación. Tales son los sueños respecto de los cuales, al despertar, se obtiene la prueba de que lo que se ha visto en ellos, y acerca de lo cual nunca se había tenido conocimiento, es real. Los más difíciles de explicar son los sueños que nos presentan imágenes incoherentes, fantásticas, sin realidad aparente. No hay duda de que un estudio más profundo del singular fenómeno de las creaciones fluídicas nos podrá orientar en ese sentido.

Mientras aguardamos, consideremos una teoría que parece ayudarnos a dar un paso adelante en este asunto. No la presentamos como absoluta, sino como fundada en la lógica, y sujeta a estudio. Nos la proporcionó uno de nuestros mejores médiums, en estado de sonambulismo muy lúcido, en oportunidad del siguiente hecho:

La madre de una joven solicitó a ese médium que le diera noticias de su hija, quien se hallaba en Lyon. El médium la vio acostada y dormida, y describió con exactitud el apartamento en que ella se encontraba. Dicha joven, de diecisiete años, es médium escritora. Su madre preguntó si su hija tenía la aptitud de tornarse médium vidente. “Aguardad—dijo el sonámbulo—, necesito seguir los pasos de su Espíritu, que no está en su cuerpo en este momento. Ella está aquí, en la villa Ségur, en la sala en que nos encontramos. Fue atraída por vuestro pensamiento. Ella os ve y os escucha. Para ella, se trata de un sueño, pero no lo recordará cuando despierte.”

Luego, agregó: “Podemos dividir los sueños en tres categorías, caracterizadas por el grado de intensidad del recuerdo que se conserva tras el estado de desprendimiento del Espíritu. Esas categorías son:

”1.^a) Los sueños provocados por la acción de la materia y de los sentidos sobre el Espíritu, es decir, aquellos en los que el organismo desempeña un rol preponderante debido a que la unión del cuerpo y el Espíritu es más estrecha. Se los recuerda claramente, y aunque la memoria esté poco desarrollada, la impresión que se conserva es duradera.

”2.^a) Los sueños que se pueden denominar *mixtos*. Participan a la vez de la materia y del Espíritu. El desprendimiento es más completo. Se los recuerda al despertar, aunque se los olvida casi inmediatamente, a menos que alguna particularidad reactive el recuerdo.

”3.^a) Los sueños *etéreos* o puramente *espirituales*. Son producidos tan solo por el Espíritu, que está desprendido de la materia al máximo de lo permitido durante la vida del cuerpo. No se los recuerda; o bien, si queda un vago recuerdo de lo soñado, ninguna circunstancia podría despertar en la memoria lo ocurrido durante el sueño.

”El sueño actual de esta joven pertenece a la tercera categoría. No lo recordará. Ha sido conducida aquí por un Espíritu muy conocido en el ambiente espírita lionés, e incluso en el ambiente espírita europeo (el sonámbulo-médium describe al Espíritu Cárita). Este Espíritu la condujo aquí para que ella conserve, si no el recuerdo preciso, al menos un presentimiento del bien que se puede extraer de una creencia firme, pura y sagrada, así como del bien que se puede hacer a los otros al hacérselo a uno mismo.

”Ella le dice a su madre que si en el estado normal recordara sus precedentes reencarnaciones tan bien como las recuerda ahora, no permanecería demasiado tiempo en el estado estacionario en que se encuentra, porque ve claramente y puede avanzar sin titubeos, mientras que en el estado ordinario tenemos una venda en los ojos. Ella dice a los asistentes: ‘Gracias por haberos ocupado de mí’. Ahora, abraza a su madre. ¡Qué dichosa es! —agrega el médium, para terminar—. ¡Es dichosa por este sueño, que no recordará, pero del que conservará una impresión saludable! Son esos sueños inconscientes que generan esas sensaciones indefinibles de alegría y de felicidad que no tienen explicación, y que constituyen un anticipo de lo que experimentan los Espíritus dichosos”.

De esto resulta que el Espíritu encarnado puede sufrir transformaciones que modifican sus aptitudes. Un hecho, que tal vez no ha sido bastante observado, viene en apoyo de la teoría que se acaba de exponer. Se sabe que el olvido tras el despertar es uno de los caracteres del sonambulismo. Ahora bien, a partir del primer nivel de lucidez, el Espíritu pasa a veces a un nivel más elevado, *que es diferente del éxtasis*, y en el cual adquiere nuevas ideas y percepciones más sutiles. Al abandonar ese segundo nivel, para volver al primero, pierde el recuerdo de lo que dijo y de lo que vio en aquel. Luego, al retornar del primer nivel al estado de vigilia, se produce un nuevo olvido. Vale señalar que hay olvido del nivel superior en el nivel inferior, mientras que hay recuerdo del nivel inferior en el nivel superior.

Es evidente, pues, que entre los dos estados sonambúlicos que acabamos de mencionar, ocurre algo semejante a lo que tiene lugar entre el estado de vigilia y el primer nivel de lucidez, y que lo que ocurre influye en las facultades y en las aptitudes del Espíritu. Se diría que, al pasar desde el estado

de vigilia hacia el primer nivel, el Espíritu es despojado de un velo; y que, desde ese primer nivel hacia el segundo, es despojado de un segundo velo. Dado que en los niveles superiores esos velos ya no existen, el Espíritu ve lo que hay debajo y lo recuerda. Al descender en la escala, los velos se regeneran sucesivamente y le ocultan lo que está arriba, de modo que el recuerdo se pierde. La voluntad del magnetizador a veces puede disipar ese velo *fluidico* para que el recuerdo se recupere.

Como vemos, existe una gran semejanza entre esos dos estados sonambúlicos y las diferentes categorías de sueños descritos anteriormente. Nos parece más que probable que, en ambos casos, el Espíritu se encuentre en una situación idéntica. Con cada escalón que sube, se eleva sobre una capa de niebla, de modo que su vista y sus percepciones son más nítidas.

PREGUNTAS Y PROBLEMAS

La cura moral de los encarnados

A menudo vemos Espíritus malignos que ceden bastante rápidamente ante la influencia de la moralización, y que se mejoran. Con los encarnados ocurre lo mismo, aunque con mayor dificultad. ¿A qué se debe que la educación moral de los Espíritus desencarnados sea más fácil que la de los encarnados?

Lo que motivó esta pregunta fue el hecho siguiente. Un joven, que había quedado ciego hacía doce años, fue acogido por un espírita dedicado, quien se propuso curarlo a través

del magnetismo, pues los Espíritus le habían dicho que eso era posible. Con todo, el joven, en vez de mostrarse agradecido por la amabilidad de que era objeto, sin la cual se habría quedado sin un techo y sin pan, no tuvo más que ingratitud y malos procederes, dando muestras de muy mal carácter.

El Espíritu de san Luis, consultado al respecto, respondió:

“Ese joven, como muchos otros, ha sido castigado por donde pecó, y sufre la pena de su conducta indebida. Su enfermedad no es incurable, y una magnetización espiritual realizada con fervor, devoción y perseverancia, sin duda resultaría exitosa, con la ayuda de un tratamiento médico destinado a purificar su sangre intoxicada. Ya se habría notado una sensible mejoría en su vista, que aún no se apagó por completo, en caso de que los fluidos perjudiciales que lo envuelven y lo saturan no opusieran un obstáculo a la penetración de los fluidos saludables, que de algún modo son rechazados. En el estado en que ese joven se encuentra, la acción magnética será impotente hasta que él, mediante su voluntad y su mejoramiento, se deshaga de esos fluidos perniciosos.

”Por lo tanto, antes de proceder a la cura física, se debe obtener una cura moral. Tan solo el reconocimiento de sus propias faltas, por parte del joven, tornará eficaces los cuidados de su magnetizador, cuidados que los Espíritus buenos se apresurarán en secundar. En el caso contrario, deberá atenerse a perder la poca luz que le queda, así como a sufrir nuevas y más terribles pruebas.

”Obrad para con él como lo hacéis para con los Espíritus malos desencarnados que os proponéis conducir hacia el bien. El joven no padece una obsesión, pues su propio Espíritu es maligno y, además, se ha pervertido en el medio donde vivió. Los Espíritus malos que lo asedian son atraídos por su se-

mejanza con él. A medida que él se mejore, se alejarán. Solo entonces la acción magnética ejercerá todo su poder. Dadle consejos. Explicadle la situación en que se encuentra. Que muchas personas sinceras unan sus pensamientos para orar con el fin de atraer hacia él influencias saludables. Si las aprovecha, no tardará en experimentar sus efectos benéficos, pues será recompensado con una sensible mejoría”.

Esta instrucción nos revela un hecho importante: el obstáculo que en algunos casos el estado moral opone a la curación de los males físicos. La explicación es de una lógica incuestionable, pero no sería comprendida por los que ven en todas partes la acción exclusiva de la materia. En el presente caso, la cura moral del sujeto enfrenta serias dificultades, y fue eso lo que motivó la pregunta formulada en la Sociedad Espírita de París.

Se obtuvieron seis respuestas, que concordaron plenamente. Apenas transcribiremos dos, para evitar repeticiones inútiles. Elegimos aquellas en las que el asunto se desarrolla con más amplitud.

I

Como el Espíritu desencarnado ve manifestamente lo que ocurre, así como los ejemplos terribles de la vida, comprende mucho más rápido lo que se le exhorta a creer o a hacer. Por eso no es raro ver Espíritus desencarnados que disertan sabiamente acerca de cuestiones que, en vida, se hallaban lejos de conmooverlos.

La adversidad madura el pensamiento. Esta frase es verdadera sobre todo para los Espíritus desencarnados, que ven de cerca las consecuencias de su vida pasada.

La desidia y los prejuicios, por el contrario, triunfan en el Espíritu encarnado. Las seducciones de la vida, o incluso sus errores, le generan una misantropía o una indiferencia absoluta respecto de los hombres y de las cosas divinas. La carne hace que se olvide del espíritu. Algunos, intrínsecamente honestos, hacen el bien y evitan el mal, por amor al bien, pero la vida de sus almas está muy cerca de ser nula. Otros, por el contrario, consideran que la vida es una farsa, y olvidan su papel de hombres. Otros, por último, completamente embrutecidos, en el escalón más bajo de la especie humana, no ven nada más allá, ni siquiera lo presienten, y se entregan como bestias a los crímenes bárbaros, olvidando su origen.

De tal modo, unos y otros son arrastrados por la vida misma, mientras que los Espíritus desencarnados ven, escuchan y se arrepienten de buen grado y con mayor facilidad.

LAMENNAIS (Médium: señor A. DIDIER.)

II

¡Cuántos problemas y asuntos hace falta resolver antes de que la transformación de la humanidad se cumpla conforme a las ideas espíritas! Entre ellos, se encuentra el de la educación de los Espíritus y de los encarnados, desde el punto de vista moral. Los desencarnados están libres de los lazos de la carne y ya no sufren las condiciones inferiores, mientras que los hombres, encadenados a una materia imperiosa desde el punto de vista personal, se dejan arrastrar por el estado de las pruebas en el que se hallan recluidos. A esas diversas situaciones hay que atribuir la dificultad que los Espíritus iniciadores, así como los hombres que tienen esa misión, experimentan

para mejorar rápidamente y, por decirlo de algún modo, en algunas semanas, a los hombres que les han sido confiados. Los Espíritus, por el contrario, a los que la materia ya no impone sus leyes ni proporciona los medios de satisfacer sus apatencias malsanas, y que, por consiguiente, solo tienen deseos insatisfechos, son más aptos para aceptar los consejos que se les brindan. En ese caso, tal vez se nos responda con esta pregunta, que tiene su importancia: “¿Por qué no escuchan los consejos de sus guías del espacio, y esperan las enseñanzas de los hombres?” Porque es necesario que los dos mundos, el visible y el invisible, reaccionen uno sobre otro, y que la acción de los humanos sea útil para los que han vivido, así como la acción de la mayoría de estos es beneficiosa para los que viven entre vosotros. Se trata de una corriente doble, una acción doble igualmente satisfactoria para esos dos mundos, que están unidos por tantos lazos.

Considero que es esto lo que debo responder a la pregunta formulada por vuestro presidente.

ERASTO (Médium: señor D'AMBEL.)

* * *

Acerca de la muerte de los espíritas

Desde hace algún tiempo, la muerte se ha llevado un buen número de espíritas fervorosos y dedicados, y cuyo concurso habría sido útil para la causa. ¿Qué conclusión debemos extraer de ese hecho?

Lo que motivó esta pregunta fue la muerte reciente del señor Geoffroy, de Saint-Jean-d'Angely, y miembro honorario de la Sociedad Espírita de París.

(Sociedad de París, 26 de mayo de 1865.

Médium: señora B...)

Como acaba de decir vuestro presidente, un buen número de adeptos de nuestra bella doctrina ha dejado vuestro mundo recientemente. No os apenéis por eso. Tras dar los primeros golpes de azadón en ese campo que vais a roturar, se retiraron a descansar algunas horas, a fin de prepararse para un nuevo trabajo. Fueron a renovar sus almas valerosas en esa fuente de vida y de progreso, que cada vez más debe derramar sus ondas benéficas sobre vuestra Tierra. Muy pronto, como nuevos atletas, seguirán en la brecha con fuerzas nuevas y una caridad más perfecta; porque el alma que ha vislumbrado los esplendores de la eterna verdad, no puede dar marcha atrás. Por el contrario, fiel a la atracción divina que la conduce hacia el foco de la justicia, de la ciencia y del amor, sigue su camino ya sin desviarse.

¡Oh! Amigos míos. ¡Cuán bella es la morada que se os ha preparado! Sed dignos de ella cuanto antes. Libraos, pues, de esas susceptibilidades indignas, que aún se observan con demasiada frecuencia entre vosotros. Son los restos de esas raíces del orgullo, que tanto cuesta extirpar de vuestro mundo, a pesar de que Cristo acudió a vosotros para destruirlo. Mientras el orgullo subsista en los humanos, estos no podrán alcanzar la felicidad.

Amigos míos, a pesar de que la admirable doctrina de Cristo se os predica desde hace dieciocho siglos, aún no ha sido comprendida. Pero el espiritismo, al enseñaros a desa-

rrollar vuestras facultades intelectuales, así como a orientarlas correctamente, abre una era nueva en la que se colmará el vacío que existía en la enseñanza primitiva.

Estudiad, pues, con seriedad y dignidad, un asunto tan importante. Pero, sobre todo, erradicad vuestras imperfecciones, pues el Maestro os ha dicho: “Sed perfectos, porque vuestro Padre celestial es perfecto”. Entonces, vuestra alma, purificada, se elevará gloriosa hacia esas espléndidas regiones en las que el mal no tiene acceso y todo es armonía.

SAN LUIS

ESTUDIOS MORALES

**La comuna de Kœningsfeld:
el mundo futuro en miniatura.**

Leemos en *Le Galneur de Colmar*:

“La comuna de Kœningsfeld, cerca de Villingen, en la Forêt Noire, que cuenta con alrededor de cuatrocientos habitantes, constituye un Estado modelo en miniatura. Desde su fundación, hace cincuenta años, ninguno de sus habitantes tuvo problemas con la policía. Ahí no se cometen delitos ni crímenes. Durante cincuenta años nunca se realizó una subasta, ni nacieron hijos naturales. En esa comuna nunca se litigó en un juicio. Tampoco hay mendigos”.

Una vez leída esta interesante noticia en la Sociedad de París, se produjo la siguiente comunicación espontánea:

“Es hermoso descubrir la virtud en un centro reducido y pobre. Ahí todos se conocen, todos se relacionan. La caridad es sencilla y grande. ¿Acaso esa pequeña comuna no es el ejemplo más impresionante de solidaridad universal? ¿Acaso no es en pequeño lo que un día llegará a ser el resultado de la verdadera caridad, cuando todos los hombres la practiquen? Espíritas, todo radica en eso: la caridad, la tolerancia. Entre vosotros, si no es el auxilio al infortunio, que es factible, las relaciones inteligentes, exentas de envidia, de celos y de severidad, existen siempre”.

LAMENNAIS (Médium: señor Didier.)

¿Cuál puede ser la causa de la mayor parte de los males de la Tierra, si no es el contacto incesante de los hombres malvados y perversos? El egoísmo mata la benevolencia, la condescendencia, la indulgencia, la devoción, el afecto desinteresado, así como todas las cualidades que constituyen el encanto y la seguridad en las relaciones sociales. En una sociedad de egoístas no hay seguridad para nadie, puesto que, como todos buscan satisfacer su propio interés, sacrifican sin escrúpulos el de sus vecinos. Muchas personas se consideran totalmente honestas porque son incapaces de asesinar y de robar en las calles. Sin embargo, el individuo que por su codicia y su severidad causa la ruina de otro y lo induce al suicidio, y reduce una familia entera a la miseria y la desesperación, ¿no es acaso peor que un asesino o un ladrón? ¿Asesina a fuego lento, pero como la ley no lo condena, y sus semejantes aplauden sus conocimientos y su habilidad, se considera exento de reproches y anda con la frente muy alta! De tal modo, los hombres desconfían todo el tiempo unos de otros. Sus vidas transcurren en una ansiedad permanente. Si bien no les temen a las armas ni al veneno,

están expuestos a las artimañas, a la envidia, a los celos, a la calumnia; en una palabra, al asesinato moral. ¿Qué habría que hacer para terminar con esa situación? Practicar la caridad. Todo radica en eso, como dice Lamennais.

La comuna de Koeningsfeld nos ofrece en miniatura lo que será el mundo cuando esté regenerado. Lo que es posible en pequeño, ¿puede serlo en grande? Dudar de eso sería negar el progreso. Llegará el día en que los hombres, vencidos por los males que el egoísmo engendra, comprenderán que van por mal camino, y Dios quiere que aprendan eso por experiencia propia, pues les ha dado el libre albedrío. El exceso del mal hará que sientan la necesidad del bien, y entonces se inclinarán hacia este lado como única tabla de salvación. ¿Qué los impulsará? La fe seria en el porvenir, y no la creencia en la nada después de la muerte; la confianza en un Dios bueno y misericordioso, y no el miedo a los suplicios eternos.

Todo se encuentra sujeto a la ley del progreso. Los mundos también progresan, física y moralmente. Sin embargo, dado que la transformación de la humanidad debe ser el resultado del mejoramiento individual, en caso de que alguna causa no apresurara esa transformación, ¿cuántos siglos, cuántos miles de años harían falta todavía? Dado que la Tierra ha llegado a una de sus fases progresivas, basta con que ya no se les permita encarnar en ella a los Espíritus atrasados, y que Espíritus más adelantados acudan a ocupar el lugar de los que parten, para que en una o dos generaciones se transforme el carácter general de la humanidad. Así pues, supongamos que en un tiempo determinado la humanidad quedara conformada, ya no por Espíritus egoístas, sino por Espíritus con sentimientos de caridad: en vez de dañarse a sí mismos, estos se ayudarían mutuamente y vivirían felices y en paz. Ya no habría ambiciones de

un pueblo respecto de otro; por lo tanto, no habría guerras. Ya no habría soberanos que gobiernan según sus caprichos, con arbitrariedad en vez de justicia; por lo tanto, no habría revoluciones. Ya no habría hombres fuertes que aplastan o explotan a los débiles, sin equidad *voluntaria* en todas las transacciones; por lo tanto, no habría querellas ni artimañas. Ese será el estado del mundo después de su transformación. Este mundo de expiaciones y de pruebas, este lugar de exilio para Espíritus imperfectos, se convertirá en un mundo feliz, en un lugar de descanso para los Espíritus buenos. Este mundo de castigos pasará a ser un mundo de recompensas.

Es incuestionable que la comuna de Koenigsfeld se halla compuesta por Espíritus adelantados —al menos moralmente, en caso de que no lo estén científicamente— y que practican unos para con otros la ley de caridad y de amor al prójimo. Esos Espíritus se reúnen por afinidad en aquel rincón bendito de la Tierra, donde viven en paz, hasta que puedan hacerlo en toda su superficie. Supongamos que algunos Espíritus liosos, egoístas y malvados, encarnaran en esa comunidad: de inmediato sembrarían la perturbación y el desorden. Los delitos y los crímenes, las querellas y los procesos, surgirían como en otras partes. Lo mismo ocurriría con la Tierra después de su transformación, en caso de que Dios permitiera el acceso de los Espíritus malos. Cuando la Tierra progrese, esos Espíritus no tendrán lugar en ella, por lo que irán a mundos menos adelantados para expiar su endurecimiento y completar su educación moral.

VARIEDADES

Diversas manifestaciones espontáneas

Una carta de uno de nuestros corresponsales contiene el siguiente relato:

“(.. .) Comienzo con un recuerdo de la infancia, que nunca he olvidado, pese a que se remonta a una época ya muy lejana.

”En 1819 o 1820, en Saumur, se hablaba mucho de una aparición que fue presenciada por un oficial de la guarnición de esa ciudad. Dicho oficial, hospedado en casa de una familia de bien, se acostó en la mañana para descansar tras una noche en vela. Algunas horas después, al abrir los ojos, percibió en el cuarto una sombra vestida de blanco. Pensó que se trataba de una broma de alguno de sus camaradas, y se levantó para atrapar al bromista. La sombra retrocedió ante él, se desplazó por la alcoba y desapareció. La puerta, que él había cerrado para que no lo molestaran, permanecía cerrada. Una joven sirvienta de la casa, enferma desde hacía algunos días, acababa de morir en ese mismo instante.

”Este hecho, rayano con lo maravilloso, hizo que uno de los camaradas del oficial, el señor de R..., teniente de coraceros, recordara un sueño extraordinario que había tenido algún tiempo atrás, y que entonces dio a conocer.

”El señor de R..., apostado en la guarnición de Versalles, soñó que veía a un hombre que se cortaba la garganta y vertía la sangre en una copa. A las cinco de la mañana, se levantó muy preocupado por ese sueño, y se dirigió al cuartel de caballería, pues estaba de servicio. Al pasar por una calle todavía desierta, notó que un grupo de personas observaba algo con

mucha atención. Se acercó y supo que un hombre acababa de matarse, y lo extraordinario del caso es que lo había hecho cortándose el cuello y derramando su sangre en una tina. El señor de R... reconoció en ese hombre los rasgos que había visto durante el sueño.

”Por mi parte, sé de tales hechos porque me los contaron, y no conozco a ninguno de los dos oficiales.

”Estos dos son casi personales:

”Mi madre era una mujer de piedad auténtica y esclarecida, que se manifestaba muy a menudo a través de una caridad ferviente, como enseña el espiritismo; y su carácter no era en absoluto supersticioso ni impresionable. En varias oportunidades, ella me contó este recuerdo de la infancia. Cuando era joven, tenía una amiga muy enferma, junto a la cual pasaba una parte de las noches para cuidarla. Cierta noche, el padre de la joven enferma vio que mi madre se hallaba exhausta, y le insistió para que se fuera a su casa a descansar, con la promesa de que, si su hija empeoraba, él mandaría avisarle. Mi madre accedió y, una vez en su casa, se recostó en su cuarto, cerrando bien la puerta. Alrededor de las dos de la madrugada, la despertó el contacto de dos dedos helados en la espalda. Quedó tan impresionada que no pudo dormir más, de modo que se vistió para volver junto a su querida enferma. Iba a abrir la puerta de su cuarto, cuando escuchó que llamaban a la puerta de entrada de la casa. Era un sirviente, que venía a comunicarle la muerte de su amiga, quien acababa de expirar.

”En 1851, recorrí en un día la galería de cuadros y retratos de familia del magnífico castillos de C..., guiado por el doctor B..., que había sido el médico de la familia. Me detuve algún tiempo delante del retrato de un hombre de unos cuarenta y tantos años, vestido —hasta donde recuerdo— con un traje azul,

chaleco rayado rojo y negro, y pantalón gris. El doctor B... se acercó a mí y me dijo: 'Así es como he visto al conde de C..., quince días después de su muerte'. Le pedí una explicación, y esto es lo que me respondió: 'Unos quince días después de la muerte del señor de C..., una noche, en la oscuridad, yo salía de la habitación de la señora Condesa. Para retirarme, debía atravesar un largo corredor, en el que se encontraba la puerta del despacho del señor de C... Cuando pasé por ahí, la puerta se abrió y salió por ella el señor de C..., que avanzó hacia mí y caminó a mi lado hasta la puerta de salida'.

"El doctor B... atribuyó tal hecho a una alucinación. No obstante, en todo caso, debió ser una alucinación muy prolongada, porque creo que al final del corredor había que atravesar otra habitación para llegar a la salida.

"Por último, este hecho es absolutamente personal:

"En 1829 —creo—, me hallaba en Haguenau, en Alsacia, encargado de dirigir un asilo de convalecientes procedentes de la numerosa guarnición de Estrasburgo, que entonces sufría intensas fiebres intermitentes. Entre mis numerosos pacientes había un joven tambor, que todas las noches, pasada la medianoche, sentía que alguien se metía en su cama, se acercaba a él, lo abrazaba y le mordía el pecho a la altura de la tetilla izquierda. Sus compañeros de cuarto me dijeron que hacía ocho días que se despertaban con sus gritos. Al acercarse a él, lo veían agitado, temeroso, y solo podían calmarlo blandiendo sus sables alrededor de él, para demostrarle que ahí no había nadie. Al auscultarlo, observé que el joven soldado tenía el pecho un poco inflamado y con dolor en la tetilla izquierda, y atribuí su estado a la acción que esa causa física ejercía sobre su imaginación. No obstante, el efecto se producía tan solo durante algunos instantes, cada veinticuatro horas, y siempre

en el mismo momento. Se produjo unos días más, pero luego no me hablaron más del tema...”

Observación.- Sabemos cuán numerosos son los hechos espontáneos de esta clase. El espiritismo los trae a la memoria, porque brinda la única explicación racional posible al respecto. No cabe duda de que entre esos hechos hay algunos que, en rigor, se podrían atribuir a lo que se ha convenido en denominar alucinación, o a una preocupación del espíritu. Sin embargo, no podría ocurrir eso cuando tales hechos van seguidos de una realización material. Cuando se reconoce su autenticidad, son tanto más importantes por el hecho de que, como hemos dicho en un artículo precedente, no se los puede atribuir a la prestidigitación.

DISERTACIONES ESPÍRITAS

El cardenal Wiseman

La Patrie, del 18 de marzo de 1865, relata lo siguiente:

“El cardenal Wiseman, que acaba de morir en Inglaterra, creía en el espiritismo. La prueba de esto se encuentra en el hecho que sigue, citado en el *Spiritualist Magazine*:

”Un obispo había dictado la interdicción de dos miembros de su Iglesia por sus inclinaciones hacia el espiritismo. El Cardenal levantó la interdicción y permitió a los dos sacerdotes que prosiguieran sus estudios y actuaran como médiums, diciéndoles: *Yo también creo firmemente en el espiritismo, y no*

podría ser un buen miembro de la Iglesia si tuviera la menor duda al respecto'.”

Este artículo había sido leído y comentado en una reunión espírita realizada en la casa del señor Delanne, pero no se decidían a evocar al Cardenal, de modo que este se manifestó espontáneamente a través de estas dos comunicaciones:

I

Vuestro deseo de evocarme me atrajo hacia vosotros, mis queridos hermanos, y estoy muy feliz de deciros que, en efecto, en la Tierra he sido un espírita convencido. Había ido con esas aspiraciones, que no pude desarrollar, pero me alegraba al ver que otros lo hacían. Era espírita, porque el espiritismo es el camino recto que conduce a la verdadera meta y a la perfección. Era espírita, porque reconocía en el espiritismo el cumplimiento de todas las profecías, desde el comienzo del mundo hasta nuestros días. Era espírita, porque esta doctrina es el desarrollo de la religión, el esclarecimiento de los misterios y la marcha de la humanidad entera hacia Dios, que es la unidad. Era espírita, porque comprendía que esta revelación venía de Dios, y que todos los hombres serios debían contribuir a que avanzara, a fin de que un día todos pudieran tenderse una mano amiga. Era espírita, por último, porque el espiritismo no impone el anatema contra nadie, y porque a ejemplo de Cristo, nuestro divino modelo, extiende sus brazos a todos, sin distinción de clase ni de culto. Por eso yo era espírita cristiano.

¡Oh! ¡Queridos hermanos! ¡Cuán inmensa es la gracia que el Señor concede a los hombres, al enviarles esa luz divina que les abre los ojos y les permite ver de una manera irrefutable que más allá de la tumba existe otra vida, y que, en lugar de temerle a la muerte, siempre que se ha vivido conforme a la voluntad de Dios, hay que bendecirla cuando llega para liberar a uno de nosotros de las pesadas cadenas de la materia.

Así es, esa vida, que se predica constantemente de una manera tan aterradora, existe. Pero no tiene nada de penosa para las almas que en la Tierra han observado las leyes del Señor. Así es, en esa vida nos reunimos con los que hemos amado en la Tierra. Es una madre bienamada, una tierna madre que acude a recibirnos y felicitarnos. Son los amigos, que acuden para ayudarnos a que os reconozcáis en vuestra verdadera patria, y que os muestran todos los encantos de la vida verdadera, ante los cuales los encantos de la Tierra no son más que pobres imágenes.

¡Perseverad, queridos amigos, en el camino bendito del espiritismo! Que este no sea para vosotros una palabra vana. Que las manifestaciones que recibís os ayuden a escalar el rudo calvario de la vida, a fin de que, cuando lleguéis a la cima, podáis cosechar los frutos de vida que hayáis sembrado.

Eso es lo que deseo para vosotros, los que me escucháis, así como para todos mis hermanos en Dios. Aquel que fue el cardenal Wiseman.

(Médium: señora Delanne.)

II

Amigos míos, ¿por qué razón no vendría a veros? Los sentimientos expresados cuando me hallaba en vuestra Tierra, y que deben ser los de todos los servidores de Dios y de la verdad, también deben ser para todo espírita convencido la certeza de que me valdré de la gracia que el Señor me concede para venir a instruir y guiar a mis hermanos.

¡Oh! Así es, amigos míos, con regocijo y gratitud hacia Aquel al que le debemos todo, vengo a exhortaros, a vosotros, los que tenéis la dicha de ser admitidos entre los obreros del Señor, para que perseveréis en el camino que os trazasteis. Si bien no es el único, ese camino es al menos el mejor, porque si una parte de la humanidad puede alcanzar la salvación con la fe ciega, sin caer en las trampas y los peligros que esta contiene, con mayor razón aquellos cuya fe se basa en la razón y en el amor de Dios, que nosotros os damos a conocer tal como es, deben llegar a conquistar la vida eterna en el seno de ese mismo Dios.

Hijos, inclinaos, bajad la cabeza, porque vuestro Dios, vuestro Padre, os bendice. ¡Glorificadlo y amadlo en la eternidad!

WISEMAN, *asistido por san Agustín*
(Médium: señor ÉRAMBERT, de Aix.)

Estas dos comunicaciones fueron dictadas simultáneamente, con lo cual se explica la asistencia de san Agustín en la segunda. Mientras Wiseman hacía escribir a uno de los médiums, san Agustín hacía escribir al otro, transmitiéndole

el pensamiento del Cardenal. Muchas veces vemos Espíritus poco adelantados, o incluso en estado de turbación, que no pueden expresarse sin el concurso de un Espíritu más elevado, pero este no es el caso. Wiseman se halla suficientemente lúcido para expresar sus ideas por sí mismo.

Las dos comunicaciones que siguen fueron obtenidas el 24 de marzo, en la Sociedad de París, sin evocación, tras la lectura de las precedentes. La cuarta es una apreciación de los hechos realizada por el Espíritu de Lamennais:

III

Acudo a vosotros, amigos míos, para confirmar mi comunicación del lunes. Me hace feliz encontrarme en un medio en el que tengo mucho para decir, y con la certeza de que seré comprendido. ¡Oh! Así es, será una gran felicidad para mí ver que se despliegan ante los ojos del Maestro los progresos de esa doctrina sagrada y regeneradora que debe conducir al mundo hacia su destino divino.

Amigos, unid vuestros esfuerzos en la obra que se nos ha confiado, y agradeced el rol que os dio el Creador de todas las cosas. Nunca podríais hacer bastante para reconocer la gracia que Él os concede. No obstante, Él tomará en cuenta vuestra buena voluntad, vuestra fe, vuestra caridad y vuestro amor al prójimo. Bendecidlo; amadlo, y obtendréis la vida eterna.

Orad juntos, queridos amigos.

WISEMAN

(Médium: señor ERAMBERT, de Aix.)

IV

La religión espiritualista es el alma del cristianismo; no hay que olvidarlo. En medio del materialismo, del culto protestante y del católico, el cardenal Wiseman se atrevió a proclamar el alma antes que el cuerpo, el espíritu antes que la letra. Ese tipo de audacias es raro en los dos cleros. En efecto, el acto de fe espírita del cardenal Wiseman es un acontecimiento inusual. Sería extraño, por otra parte, que un espíritu tan culto, tan elevado como el del eminente Cardenal, hubiera visto en el espiritismo una fe rebelde a las enseñanzas de la más pura moral del cristianismo. Nunca aplaudiremos demasiado, nosotros los espíritas, esa confianza alejada de toda consideración humana, de todo escrúpulo mundano. ¿No es acaso un estímulo la voz de un muerto tan distinguido? ¿No es acaso un anuncio para el futuro, una promesa de que, con la buena voluntad tan predicada por el Evangelio, no hay más que una verdad, contenida en la práctica de la caridad y en la creencia en la inmortalidad del alma? Otras voces, no menos sagradas, proclaman a diario nuestra inmortal verdad. Es un *hosanna* sublime que cantan los hombres visitados por el Espíritu, un *hosanna* tan puro y entusiasta como el de las almas visitadas por Jesús.

Nosotros mismos, almas en sufrimiento, no alejemos de nosotros el recuerdo que nos llega; y en el purgatorio que soportamos, escuchemos las voces de los que nos permiten ver más allá.

LAMENNAIS

(Médium: señor A. Didier.)

NOTICIAS BIBLIOGRÁFICAS

¿Qué es el espiritismo? Por Allan Kardec. Nueva edición revisada y considerablemente aumentada. In-12, con casi 200 páginas. Precio: 1 franco; por correo: 1 franco y 20 centavos.

Las materias de esta nueva edición están divididas como sigue:

CAPÍTULO I: BREVE CONFERENCIA. Primer diálogo: *El crítico*. - Segundo diálogo: *El escéptico*. Espiritismo y espiritualismo. Disidencias. Fenómenos espíritas simulados. Impotencia de los detractores. Lo maravillosos y lo sobrenatural. Oposición de la ciencia. Falsas explicaciones de los fenómenos. No basta con que los incrédulos vean para que se convengan. Origen de las ideas espíritas modernas. Medios de comunicación. Médiúms interesados. Médiúms y hechiceros. Diversidad de los Espíritus. Utilidad práctica de las manifestaciones. Locura, suicidio, obsesión. Olvido del pasado. Elementos de convicción. Sociedad Espírita de París. Prohibición del espiritismo. - Tercer diálogo: *El sacerdote*. Objeciones en nombre de la religión.

CAPÍTULO II: NOCIONES ELEMENTALES DE ESPIRITISMO. Acerca de los Espíritus. Comunicación con el mundo invisible. Finalidad providencial de las manifestaciones espíritas. Acerca de los médiúms. Escollos de los médiúms. Cualidades de los médiúms. Charlatanismo. Identidad de los Espíritus. Contradicciones. Consecuencias del espiritismo.

CAPÍTULO III: SOLUCIÓN DE ALGUNOS PROBLEMAS A TRAVÉS DE LA DOCTRINA ESPÍRITA. Pluralidad de los mundos. Acerca del alma. El hombre durante la vida terrenal. El hombre después de la muerte.

*

En prensa, para aparecer cerca del 1º de agosto :

El Cielo y el Infierno, o la justicia divina según el espiritismo. Por Allan Kardec. Un gran volumen, in-12. Precio: 3 francos y 50 centavos; por correo: 4 francos.

*

Vida de Germana Cousin, de Pibrac, bienaventurada en la caridad. Dictado mediúmicamente por ella misma a la señorita M. S., en un grupo familiar. Opúsculo in-12. Precio: 1 franco; por correo: 1 franco y 10 centavos. En las principales librerías de Toulouse.

La *Vida de Germana Cousin* es edificante y dramática a la vez, pero también sumamente interesante por los numerosos hechos mediúnicos que contiene, y que sin el espiritismo resultarían inexplicables o maravillosos. Los fenómenos, de los que somos testigos en la actualidad, demuestran al menos su posibilidad. Todas las personas que no tengan el prejuicio de la negación, y los espíritas sobre todo, leerán este opúsculo con interés.

*

La Unión Espírita Bordelesa. Burdeos disponía de cuatro publicaciones espíritas periódicas: *La Ruche* [*La Colmena*], *Le Sauveur* [*El Salvador*], *La Lumière* [*La Luz*] y *La Voix d'Outre-tombe* [*La Voz de Ultratumba*]. Como *La Lumière* y *Le Sauveur* se hallaban bajo la misma dirección, en realidad no

había más que tres publicaciones, que acaban de fusionarse en una sola, con el nombre de *L'Union Spirite Bordelaise*, bajo la dirección del señor A. Bez, director de *La Voix d'Outre-tombe*. Felicitamos a esos señores por la medida que han adoptado, y a raíz de la cual nuestros adversarios se equivocarán inmensamente si la consideran una señal de decadencia de la doctrina espírita, pues hechos concluyentes demuestran lo contrario.

Las materias del espiritismo, si bien muy numerosas, circulan en un ambiente casi uniforme, por lo que esa variedad de periódicos resultaba innecesaria y, para el lector que quisiera recibir la totalidad, habría sido una carga demasiado onerosa y sin compensación. Con esta fusión, el nuevo periódico bordelés no hará más que ganar, en todo sentido; de modo que hacemos votos para su prosperidad. Hemos leído con agrado, en el primer número, una excelente refutación de los artículos del señor *Fumeaux* acerca de la iniquidad y los flagelos del espiritismo, así como un interesante relato de una nueva curación en Marmande. (Véase más adelante en obras diversas.)

*

Aria, con letra y música compuestas por el rey Enrique III, en 1574, y reveladas en un sueño al señor N. C. Bach, en 1865. Legouix, editor: boulevard Poissonnière, 27; París. Precio de lista: 3 francos.

ALLAN KARDEC



REVISTA ESPÍRITA

PERIÓDICO DE ESTUDIOS PSICOLÓGICOS

Año VIII

Número 8

Agosto de 1865

Lo que el espiritismo enseña

Hay personas que preguntan cuáles son las nuevas conquistas que debemos al espiritismo. A partir de que este no le ha proporcionado al mundo una nueva industria productiva, como el vapor, concluyen que no ha producido nada. La mayoría de los que hacen esa pregunta, dado que no se toman el trabajo de estudiarlo, conocen solamente el espiritismo de fantasía, que fue creado por las necesidades de la crítica, y que nada tiene en común con el espiritismo serio. No nos sorprende, pues, que se pregunten cuál puede ser el lado útil y práctico del espiritismo. Lo habrían aprendido si lo hubieran buscado en su fuente, y no en las caricaturas que han hecho de él los que tienen interés en denigrarlo.

En otro orden de ideas, algunos consideran, por el contrario, que la marcha del espiritismo es demasiado lenta, según el gusto de su impaciencia. Se sorprenden de que el espiritismo todavía no haya sondeado todos los misterios de la naturaleza, ni abordado todas las cuestiones que parecen ser de su

competencia. Desearían que enseñara algo nuevo cada día, o que se enriqueciera con algún nuevo descubrimiento; y como aún no ha resuelto el problema del origen de los seres, del principio y el fin de todas las cosas, de la esencia divina, ni algunas otras cuestiones del mismo alcance, concluyen que el espiritismo no ha superado el abecé, que no ha ingresado en la verdadera vía filosófica, y que se arrastra en los lugares comunes, porque predica incesantemente la humildad y la caridad. “Hasta hoy –dicen–, el espiritismo no nos ha enseñado nada nuevo, dado que la reencarnación, la negación de las penas eternas, la inmortalidad del alma, la gradación a través de los períodos de la vitalidad intelectual, el periespíritu, no son descubrimientos espíritas propiamente dichos; de modo que es necesario avanzar hacia descubrimientos más auténticos y sólidos”.

En relación con este asunto, consideramos que es necesario presentar algunas observaciones, que tampoco serán algo nuevo, pero hay cosas que es útil repetir de distintas maneras.

Es cierto que el espiritismo no ha inventado nada de todo eso, porque las únicas verdades auténticas son las eternas y, por eso mismo, estas han surgido en todas las épocas. Sin embargo, ¿acaso no significa nada haberlas sacado, si no de la nada, por lo menos del olvido; de un germen haber hecho una planta vivaz; de una idea individual, perdida en la noche de los tiempos o sofocada bajo los prejuicios, haber hecho una creencia general; haber probado lo que se hallaba en estado de hipótesis; haber demostrado la existencia de una ley en lo que parecía excepcional y fortuito; de una teoría vaga haber hecho algo práctico; de una idea improductiva haber extraído aplicaciones útiles? Nada es más verdadero que este proverbio: “No hay nada nuevo bajo el sol”, y ni siquiera esta verdad es

nueva. Por eso, no hay ningún descubrimiento cuyos vestigios y cuyo principio no se encuentren en alguna parte. En ese sentido, Copérnico no tendría el mérito de su sistema, porque el movimiento de la Tierra ya se sospechaba antes de la era cristiana. Así pues, si era algo tan simple, había que encontrarlo. La historia del huevo de Cristóbal Colón siempre será una verdad eterna.

Es indudable, además, que el espiritismo todavía tiene mucho que enseñarnos. Eso es algo que no hemos dejado de repetir, pues nunca afirmamos que ha dicho su última palabra. No obstante, del hecho de que aún le queda por hacer, ¿se sigue que el espiritismo no ha superado el abecé? Su abecé está en las mesas giratorias, y desde entonces, según nuestra opinión, ha dado algunos pasos. Incluso consideramos que ha dado pasos bastante grandes en pocos años, si se lo compara con las otras ciencias, que han tardado siglos en llegar al punto donde se encuentran. Ninguna alcanzó el apogeo en un salto; avanzan, no por la voluntad de los hombres, sino a medida que las circunstancias los orientan hacia nuevos descubrimientos. Ahora bien, nadie puede manejar las circunstancias, y la prueba de eso radica en que, cada vez que una idea es prematura, fracasa, para reaparecer más tarde, en el momento oportuno.

No obstante, a falta de nuevos descubrimientos, ¿los hombres de ciencia no tienen nada que hacer? La química, ¿deja de ser química si no descubre a diario nuevos elementos? Los astrónomos, ¿están condenados a cruzarse de brazos porque no encuentran nuevos planetas? Y así con las demás ramas de la ciencia y de la industria. Antes de buscar algo nuevo, ¿no hay que aplicar lo que se sabe? Precisamente, para dar a los hombres el tiempo de asimilar, aplicar y difundir lo que saben, la Providencia establece una pausa en el camino hacia adelante.

Ahí está la historia para mostrarnos que las ciencias no siguen una marcha ascendente continua, por lo menos ostensiblemente; los grandes movimientos que revolucionan una idea sólo tienen lugar con intervalos más o menos alejados. No hay estancamiento por eso, sino elaboración, aplicación y producción de lo que se sabe, lo cual siempre constituye progreso. ¿Podría el espíritu humano absorber nuevas ideas sin cesar? La propia tierra, ¿no tiene necesidad de un tiempo de reposo antes de producir? ¿Qué se diría de un profesor que todos los días enseñara nuevas reglas a sus alumnos, sin darles tiempo para ejercitar las que han aprendido, para identificarse con ellas y aplicarlas? Así pues, ¿sería Dios menos previsor y hábil que un profesor? En todas las cosas, las ideas nuevas deben injertarse en las ideas adquiridas; si estas no se hallan suficientemente elaboradas y consolidadas en el cerebro, si el espíritu no las ha asimilado, las que se pretende implantar no echan raíces: se siembra en el aire.

Lo mismo sucede con el espiritismo. Los adeptos, ¿han sacado bastante provecho de lo que él ha enseñado hasta hoy, para que no tengan nada más que hacer? ¿Son bastante caritativos, desprovistos de orgullo, desinteresados, benévolos para con sus semejantes? ¿Han moderado bastante sus pasiones, renunciado al odio, a la envidia y los celos? Por último, ¿son bastante perfectos para que sea superfluo, de ahora en adelante, predicarles la caridad, la humildad, la abnegación, en una palabra, la moral? Tal pretensión demostraría de por sí cuán necesarias son todavía para ellos esas lecciones elementales, que algunos consideran fastidiosas y pueriles. Sin embargo, solo con la ayuda de esas instrucciones, si las aprovechan, pueden elevarse suficientemente alto para ser dignos de recibir una enseñanza superior.

El espiritismo propende a la regeneración de la humanidad; ese es un hecho indudable. Ahora bien, dado que esa regeneración sólo puede ocurrir mediante el progreso moral, de ahí resulta que el objetivo esencial, providencial, del espiritismo es el mejoramiento de cada uno. Los misterios que puede revelarnos son lo accesorio, porque, aunque nos abriera el santuario de todos los conocimientos, no estaríamos más adelantados en nuestro estado futuro si no fuéramos mejores. Para admitirnos en el banquete de la suprema felicidad, Dios no nos preguntará qué sabemos ni qué poseemos, sino cuán buenos somos y cuánto bien hemos hecho. Así pues, todo espírita sincero debe trabajar ante todo para su mejoramiento individual. Sólo quien ha dominado sus malas inclinaciones aprovechó realmente el espiritismo, y recibirá la recompensa. Por eso los Espíritus buenos, por orden de Dios, multiplican sus instrucciones y las repiten hasta el cansancio. Sólo un orgullo insensato puede decir: “Ya no las necesito”. Sólo Dios sabe cuándo serán inútiles, y sólo a Él le corresponde dirigir la enseñanza de sus mensajeros, así como proporcionarla para nuestro adelanto.

Veamos, no obstante, si, aparte de la enseñanza puramente moral, los resultados del espiritismo son tan estériles como algunos pretenden.

1.º Como todos saben, en primer lugar, el espiritismo presenta la prueba evidente de la existencia y la inmortalidad del alma. Es cierto que no se trata de un descubrimiento, pero la falta de pruebas sobre ese punto hace que haya tantos incrédulos o indiferentes respecto del porvenir. Al demostrar lo que solamente era una teoría, el espiritismo triunfa sobre el materialismo y previene las funestas consecuencias que este produce en la sociedad. Que la duda respecto del porvenir se

haya convertido en certeza, constituye una revolución completa en las ideas, cuyas consecuencias son incalculables. Si el resultado de las manifestaciones se limitara exclusivamente a eso: cuán inmenso sería tal resultado.

2.º Debido a la firme creencia que desarrolla, el espiritismo ejerce una poderosa acción sobre la moral del hombre; lo conduce al bien, lo consuela en sus aficciones, le da fuerza y valor en las pruebas de la vida, y lo aleja de la idea del suicidio.

3.º El espiritismo rectifica todas las ideas falsas que se habían elaborado acerca del porvenir del alma, del Cielo y el Infierno, así como de las penas y las recompensas; destruye radicalmente, con la irresistible lógica de los hechos, los dogmas de las penas eternas y de los demonios; en una palabra, nos revela la vida futura, y nos la muestra racional y conforme a la justicia de Dios. Eso también es algo que tiene mucho valor.

4.º El espiritismo permite que se conozca lo que sucede en el momento de la muerte; ese fenómeno, hasta entonces insondable, ya no tiene misterios; las mínimas particularidades de ese pasaje tan temido son conocidas actualmente. Ahora bien, como todos mueren, ese conocimiento les interesa a todos.

5.º Mediante la ley de la pluralidad de las existencias, el espiritismo abre un nuevo campo a la filosofía; el hombre sabe de dónde viene, adónde va, para qué está en la Tierra. Explica la causa de todas las miserias humanas, de todas las desigualdades sociales; presenta las propias leyes de la naturaleza como base de los principios de solidaridad universal, de fraternidad, de igualdad y de libertad, que solamente se apoyaban en la teoría. En fin, esclarece las cuestiones más arduas de la metafísica, de la psicología y de la moral.

6.º Mediante la teoría de los fluidos periespirituales, el espiritismo permite que se conozca el mecanismo de las sensaciones y de las percepciones del alma; explica los fenómenos de la doble vista, de la visión a distancia, del sonambulismo, del éxtasis, de los sueños, de las visiones, de las apariciones, etc.; abre un nuevo campo a la fisiología y a la patología.

7.º Al probar las relaciones que existen entre el mundo corporal y el mundo espiritual, el espiritismo muestra, en este último, una de las fuerzas activas de la naturaleza, una potencia inteligente, y explica una infinidad de efectos atribuidos a causas sobrenaturales y que han alimentado la mayoría de las ideas supersticiosas.

8.º Al revelar el fenómeno de las obsesiones, el espiritismo permite que se conozca la causa, desconocida hasta ahora, de numerosas afecciones sobre las cuales la ciencia se equivocaba en perjuicio de los enfermos, y proporciona los medios de curarlas.

9.º Al permitirnos conocer las verdaderas condiciones de la oración y su modo de acción; al revelarnos la influencia recíproca de los Espíritus encarnados y desencarnados, el espiritismo nos enseña el poder del hombre sobre los Espíritus imperfectos, para moralizarlos y rescatarlos de los padecimientos inherentes a su inferioridad.

10.º Al permitir que se conozca la magnetización espiritual, que no se conocía, el espiritismo abre al magnetismo un rumbo nuevo, y le proporciona un nuevo y poderoso elemento de curación.

El mérito de una invención no radica en el descubrimiento de un principio, casi siempre conocido anteriormente, sino en la aplicación de ese principio. Es indiscutible que la reencarna-

ción no es una idea nueva, como tampoco el periespíritu —descrito por san Pablo con el nombre de cuerpo espiritual—, y ni siquiera lo es la comunicación con los Espíritus. El espiritismo, que no se jacta de haber descubierto la naturaleza, busca con cuidado todos los indicios que pueda encontrar respecto de la anterioridad de sus ideas y, cuando los encuentra, se apresura a proclamarlos, como prueba en apoyo de lo que afirma. Por lo tanto, aquellos que invocan esa anterioridad para despreciar lo que el espiritismo ha hecho, van en contra de su objetivo y proceden torpemente, pues eso podría dar lugar a que se sospeche una segunda intención de su parte.

El descubrimiento de la reencarnación y del periespíritu no pertenece, pues, al espiritismo; estamos de acuerdo. No obstante, hasta que surgió el espiritismo, ¿cuál era el provecho que la ciencia, la moral, la religión, habían sacado de esos dos principios, ignorados por las masas, y que se mantenían en estado de letra muerta? El espiritismo no sólo los ha destacado y demostrado, no sólo ha hecho que se los reconozca como leyes de la naturaleza, sino también los ha desarrollado, y ha hecho que fructifiquen; ya logró que produzcan innumerables y fecundos resultados, sin los cuales aún no se entenderían una infinidad de cuestiones. Tales resultados nos permiten entender cuestiones nuevas cada día, y estamos lejos de haber agotado esa mina. Dado que se tenía conocimiento de tales principios, ¿por qué se mantuvieron tanto tiempo improductivos? ¿Por qué, durante tantos siglos, todas las filosofías se han tropezado con tantos problemas irresolubles? Sucede que eran diamantes en bruto que había que pulir, y eso es lo que el espiritismo ha hecho. Abrió un nuevo rumbo para la filosofía o, mejor dicho, ha creado una nueva filosofía, que avanza diariamente para ocupar su lugar en el mundo. Ahí están los

resultados del espiritismo, ¿son ellos tan nulos para que deba apresurarse en el camino hacia descubrimientos más auténticos y sólidos?

En resumen, una cierta cantidad de verdades fundamentales, esbozadas por algunos cerebros de élite, y que para la mayoría se mantenían en un estado por así decirlo latente, una vez que fueron estudiadas, elaboradas y demostradas, de estériles que eran, se convirtieron en una mina fecunda de la que ha salido una infinidad de principios secundarios y de aplicaciones; y abrieron un vasto campo para la exploración, nuevos horizontes para las ciencias, la filosofía, la moral, la religión y la economía social.

Tales son, hasta el presente, las principales conquistas que se deben al espiritismo, y no hemos hecho más que señalar los puntos culminantes. En el supuesto de que dichas conquistas se limitaran a eso, ya podríamos darnos por satisfechos y decir que una ciencia nueva, que presenta tales resultados en menos de diez años, no puede ser tachada de nulidad, pues trata acerca de todas las cuestiones vitales de la humanidad y proporciona a los conocimientos humanos un contingente que no es para despreciar. Hasta que esos únicos puntos hayan recibido *todas* las aplicaciones de que son susceptibles, y los hombres hayan sacado provecho de ellos, pasará todavía mucho tiempo; y a los espíritas que deseen ponerlos en práctica, para su propio bien y el de todos, no les faltará ocupación.

Esos puntos son otros tantos focos desde los cuales se irradian innumerables verdades secundarias que se trata de desarrollar y de aplicar, lo cual se hace a diario; pues cada día surgen hechos que levantan una parte del velo. El espiritismo ha presentado, sucesivamente y en algunos años, las bases fundamentales del nuevo edificio; ahora corresponde a sus adeptos

aplicar ese material, antes de solicitar otro nuevo. Dios sabrá proporcionárselos cuando hayan concluido su tarea.

Convengamos en que los espíritas –como dicen algunos– sólo conocen el abecé del espiritismo. Así pues, aprendamos en primer lugar a pronunciar ese abecé, lo que no es asunto de un día, porque, incluso reducido a esas únicas proporciones, transcurrirá un buen tiempo antes de que se hayan agotado todas las combinaciones y se hayan cosechado todos los frutos. ¿Acaso ya no quedan hechos para explicar? Los espíritas, por otra parte, ¿no tienen que enseñar ese abecé a los que no lo saben? ¿Han arrojado la semilla en todas partes donde han podido hacerlo? ¿Acaso ya no quedan incrédulos que convertir, obsesos que curar, consuelos que brindar, lágrimas que enjugar? ¿Es válido decir que no hay nada más que hacer, cuando no se ha concluido la tarea, cuando aún quedan tantas heridas que cerrar? Esas nobles ocupaciones valen tanto como la vana satisfacción de saber un poco más y un poco antes que los otros.

Por lo tanto, sepamos deletrear nuestro abecé antes de que pretendamos leer de corrido en el gran libro de la naturaleza. Dios sabrá abrirnos ese libro a medida que avancemos, pero de ningún mortal depende forzar Su voluntad anticipando la llegada de cada cosa. Si el árbol de la ciencia es demasiado alto para que podamos alcanzarlo, aguardemos a que, para volar hacia él, nuestras alas estén crecidas y firmemente adheridas, a fin de que no tengamos miedo de correr la suerte de Ícaro.

El padre Dégenettes, médium.

Ex cura de *Notre-Dame des Victoires*, en París.

El siguiente hecho ha sido transcrito de la obra titulada: *Mes de María*, del padre Défossés:

Así se produjo en el mundo, *de una manera sobrenatural y celeste, la obra divina de la archicofradía del santísimo e inmaculado Corazón de María*. Cedamos la palabra, pues, al señor Dégenettes. ¿Quién mejor que él podría narrarnos lo que ocurrió?

“La archicofradía nació el 3 de diciembre de 1836. Muchas personas, que solo juzgan por las apariencias, *nos consideran su fundador, y no podíamos dejar pasar tal prejuicio sin combatirlo y destruirlo, pues no somos su fundador*. Solo a Dios le cabe el honor y la gloria. Por nuestra parte, no contábamos con ninguna de las disposiciones de la mente y del corazón que pudieran disponernos para tal fin. Debemos confesar, rogando perdón a Dios y a María, que, a pesar de ser hijos de María y de estar habituados desde la infancia a amarla y venerarla como a la más tierna de las madres, no comprendíamos nada acerca de la devoción de su santo corazón, a tal punto que evitábamos pensar en eso. Diremos incluso que un santo religioso, el padre Maccarty, cierto día, en nuestra iglesia de las Misiones extranjeras, dio un sermón acerca del Sagrado Corazón de María, pero esa prédica no despertó en nosotros ningún sentimiento de aprobación ante la elocuencia del predicador, sino de disgusto —a tal punto llegaba el orgullo de nuestra prevención—, porque había tratado un tema que considerábamos tan inadecuado para los demás como para noso-

tros mismos. Esa fue nuestra disposición permanente, hasta el 3 de diciembre de 1836: fiesta de san Francisco Javier.

”Ese día, a las nueve de la mañana, yo comenzaba la santa misa al pie del altar de la Virgen santa, que después consagramos a su santísimo e inmaculado Corazón, y que actualmente es el altar de la archicofradía. Apenas había pronunciado el primer versículo del salmo *Judica me*, cuando un pensamiento se apoderó de mi espíritu: *tu ministerio en esta parroquia es inútil*. No me resultó extraño, pues en demasiadas oportunidades lo había concebido y recordado. Sin embargo, en esa ocasión me afectó más intensamente que de costumbre. Como no era el lugar ni el momento de ocuparme de eso, me esforcé al máximo para alejarlo de mi mente. No lo logré, porque no dejaba de escuchar una voz, procedente de lo profundo de mi corazón, que me decía: *No haces nada, tu ministerio es nulo. Hace más de cuatro años que estás aquí, ¿y qué ganaste? Todo está perdido. Este pueblo no tiene fe. ¿Sería prudente que te retiraras...!*

”Pese a todo el esfuerzo que hacía para rechazarlo, ese desdichado pensamiento se obstinó de tal modo que absorbió todas las facultades de mi espíritu, al extremo de que yo leía y recitaba las plegarias ya sin comprender lo que decía. Esa lucha me agotaba, y comencé a transpirar profusamente. Continué en ese estado hasta el inicio del canon de la misa. Tras recitar el *Sanctus*, me detuve un instante para ordenar las ideas. Aterrado por el estado de mi espíritu, pensé: *Dios mío, ¿en qué estado me encuentro! ¿Cómo podré ofrecer el divino sacrificio? Mi espíritu no se encuentra suficientemente libre para consagrar. ¡Oh! Dios mío, librame de esta distracción*. Tan pronto como concluí esas palabras, escuché claramente estas otras, pronunciadas de manera solemne: *Consagra tu parroquia al santísimo e inmaculado Corazón de María*. Al escuchar esas

palabras, que no impactaron en mis oídos, sino que repercutieron dentro de mí, de inmediato recobré la calma y la libertad de espíritu. La fatal impresión que me había agitado tan violentamente se disipó por completo. No quedó nada de ella. Continué con los sagrados misterios sin el menor recuerdo de mi precedente distracción.

”Finalizada la acción de gracias, analicé la manera como había ofrecido el santo sacrificio. Solo entonces recordé que había sufrido una distracción, pero no era más que un recuerdo confuso, de modo que me vi obligado a buscar durante algunos instantes cuál había sido su objeto. Me tranquilicé, pensando: *No pequé, porque no estaba libre*. Entonces, me pregunté de qué modo había cesado esa distracción, y el recuerdo de las palabras que había escuchado se presentó en mi espíritu. Ese pensamiento me causó una especie de terror. Intenté negar la posibilidad de tal hecho, pero mi memoria confundía los razonamientos que yo me objetaba. Luché conmigo mismo durante diez minutos. Pensaba: *Si me detengo en esto, me expondré a un gran mal, que afectará mi moral, y podría convertirme en visionario*.

”Agotado por ese nuevo combate, tomé una decisión: *No puedo detenerme en este pensamiento, pues sus consecuencias serían muy lamentables. Por otra parte, no ha sido más que una ilusión. Sufrí una distracción durante la misa, y eso es todo. Lo esencial para mí es que no he pecado. No pensaré más en eso*. Entonces, apoyé las manos en el reclinatorio, en el que estaba arrodillado, y en el preciso momento en que me ponía de pie (yo estaba a solas en la sacristía), escuché claramente estas palabras: *Consagra tu parroquia al santísimo e inmaculado Corazón de María*. Caí de rodillas, y mi primera impresión fue un momento de estupefacción. Eran las mismas palabras, el

mismo sonido, la misma manera de escucharlas. Durante algunos instantes, intenté no creer. *Quería dudar, al menos.* Pero ya no podía. Había escuchado, *y no podía ocultármelo a mí mismo.* Un sentimiento de tristeza se apoderó de mí. Las inquietudes que habían atormentado mi espíritu se presentaron nuevamente. En vano intenté expulsar todas esas ideas. Pensaba: *Se trata de una ilusión, fruto de la conmoción que causó en tu cerebro la primera impresión que sufriste. No escuchaste nada; no pudiste escuchar nada.* Pero el sentido íntimo me decía: *No puedes dudar, pues lo escuchaste dos veces.*

”Decidí no ocuparme más de lo ocurrido, y tratar de olvidarlo. Pero esas palabras: *Consagra tu parroquia al santísimo e inmaculado Corazón de María,* se presentaban incesantemente en mi espíritu. De tal modo, para librarme de esa impresión, que me agotaba; cansado de luchar, opté por ceder, y me dije: *Se trata de un acto de devoción a la Virgen santa, que puede causar un buen efecto. Intentémoslo.* Mi consentimiento no era libre, pues lo requería el cansancio de mi espíritu. Me dirigí a mi apartamento. Para liberarme de esos pensamientos, me puse a escribir los estatutos de nuestra asociación. Tan pronto como puse manos a la obra, el tema se iluminó ante mis ojos, y los estatutos no tardaron en quedar redactados. Esta es la verdad, que no publicamos en la primera edición de nuestro manual. La ocultamos, incluso, al venerable director de nuestra conciencia. La convertimos hasta hoy en un *secreto*, también para los amigos más íntimos. *No nos atrevíamos a develarla, pero ahora que la divina misericordia ha señalado tan auténticamente su obra mediante el establecimiento y la prodigiosa propagación de la archicofradía, y sobre todo por los frutos admirables que ella produce, mi conciencia me obliga a revelar aquel hecho.* ‘Es glorioso —decía el arcángel Rafael a Tobías—, es

glorioso revelar las obras de Dios, para que todos reconozcan que solo a Él pertenecen la alabanza, el honor y la gloria.' ”

El fenómeno de la mediumnidad auditiva se presenta aquí con absoluta evidencia. A la persona que negara que se trata de un efecto mediúmnico, y lo considerara milagroso, le responderíamos que el carácter del milagro radica en que ocurre de manera excepcional y más allá de las leyes de la naturaleza, y que nunca a nadie se le ocurrió atribuir esa cualidad a los fenómenos que se producen todos los días. La repetición es el indicio cierto de que esos fenómenos existen en virtud de una ley, y que, por consiguiente, no se apartan del orden natural. Ahora bien, los hechos análogos al experimentado por el padre Dégenettes se encuentran entre los más comunes de la mediumnidad. Las comunicaciones por la vía auditiva son demasiado numerosas.

Así pues, y conforme a la opinión de algunas personas, si el demonio fuera el único agente de los efectos mediúmnicos, habría que concluir de ahí, para ser consecuentes con eso, que la fundación de la referida archicofradía es una obra del demonio. Porque, en buena lógica, la analogía absoluta de los efectos implica la de las causas.

Un punto muy embarazoso para los partidarios del demonio consiste en la repetición incesante de los fenómenos mediúmnicos en el seno mismo del clero y de las comunidades religiosas, así como la absoluta semejanza de una infinidad de efectos a los que se considera sagrados, con los que se consideran diabólicos. Por lo tanto, es necesario convenir en que los Espíritus malos no son los únicos que pueden manifestarse, pues de lo contrario la mayoría de los santos no serían más que posesos, dado que muchos solo debieron su beatificación a hechos del mismo género al que pertenecen los que actualmente

se producen en los médiums. Dichos partidarios responden que los Espíritus buenos se comunican solamente en la Iglesia, o que solo a la Iglesia le compete distinguir lo que procede de Dios o del diablo. En tal caso, se trata de una razón como cualquier otra, que cada cual podrá evaluar, pero que excluye la doctrina de la comunicación exclusiva de los demonios.

Nuestro colega, el señor Delanne, que tuvo a bien informarnos acerca del hecho precedente, nos acercó también la comunicación que sigue, obtenida por la señora Delanne:

“Queridos hijos. Respondo dichoso vuestro llamado. Os ofreceré de buen grado los detalles que deseáis conocer, porque actualmente integro la gran falange de los Espíritus cuya misión consiste en conducir a los hombres por el camino de la verdad.

”Cuando yo vivía en la Tierra, trabajaba con cuerpo y alma para dirigir a los hombres hacia Dios, pero apenas contaba con una muy débil idea de la importancia de esa gran ley, por la cual todos los hombres alcanzarán el progreso. La materia impone serios obstáculos, y nuestros instintos paralizan a menudo los esfuerzos de nuestra inteligencia. De tal modo, cuando ocurrió lo de mi *audición*, yo no sabía muy bien qué pensar al respecto. Con todo, al notar que esa voz insistía en hacerse escuchar, llegué a la conclusión de que era un milagro. No obstante, me consideraba un auténtico instrumento, y todo lo que obtenía mediante esa intercesión me confirmaba tal idea. ¡Así es! Yo fui un instrumento, pero no hubo ningún milagro. Fui uno de los hombres designados para aportarle a la doctrina una de sus primeras bases, al presentar la prueba de las comunicaciones espirituales.

”Se acercan los tiempos en que se os brindarán grandes desarrollos acerca de las cosas que se denominan *misterios*, y

que debían serlo hasta ahora, porque los hombres aún no estaban preparados para comprenderlas. ¡Oh! ¡Mil veces dichosos son los que hoy comprenden esa bella y envidiable misión de propagar la doctrina de la revelación y mostrar un Dios bueno y misericordioso!

”Así es, queridos hijos, cuando estaba exiliado en la Tierra, yo poseía el valioso don de la mediumnidad, pero os repito que no lo sabía. A partir del momento en que esa voz le habló a mi corazón, reconocí más especialmente y de manera visible la protección de María en todas mis acciones, hasta en las más simples; y si oculté a mis superiores lo que me había ocurrido, fue *por consejo de esa misma voz*, que me permitía comprender que no había llegado la hora de hacer esa revelación. Tenía el presentimiento, y como una vaga intuición, de la renovación que se está operando. Comprendía que la revelación *no debía venir de la Iglesia*, sino que un día la Iglesia se vería forzada a apoyarla con todos los hechos a los que da el nombre de milagros, y que atribuye a causas sobrenaturales.

”Continuaré en otra oportunidad, hijos míos. Que la paz del Señor sea en vuestras almas y os conceda un sueño apacible.

”*Pregunta.* ¿Debemos poner en conocimiento del señor Allan Kardec esta comunicación y los hechos que la motivaron?

”*Respuesta.* ¿No os he dicho que soy uno de los propagadores de la doctrina? Mi nombre no tiene un gran valor, pero no veo por qué no os autorizaría. Por otra parte, no es la primera vez que me comunico. Así pues, podéis transmitir al maestro mis sencillas instrucciones o, mejor dicho, mi sencillo relato.”

DÉGENETTES

Observación. El padre Dégenettes, en efecto, se ha comunicado varias veces espontáneamente, y ha dictado palabras dignas de la elevación de su Espíritu.

Hasta donde recordamos, fue él quien, en un sermón predicado en la iglesia de Notre-Dame des Victoires, contó el siguiente caso: Una pobre obrera sin trabajo había ido a la iglesia para rezar, y a la salida se le acercó un caballero, que le preguntó: “¿Estáis buscando trabajo? Id a tal domicilio y preguntad por la señora tal, que os conseguirá uno”. La pobre mujer le agradeció y se dirigió al domicilio indicado, en el que efectivamente encontró a la señora en cuestión, y a la que le contó lo que le había ocurrido a la salida de la iglesia. Dicha señora le dijo: “No sé quién ha podido indicarnos mi domicilio, porque yo no he solicitado obreros. De todos modos, como tengo algo de trabajo pendiente, os lo ofrezco”. La pobre mujer, señalando un retrato que había en el salón, le respondió: “Es ese, señora, el caballero que me envió a veros”. “Eso es imposible –dijo la señora–. Ese retrato es de mi hijo, que murió hace tres años”. La obrera replicó: “No sé cómo puede ser, pero lo reconozco perfectamente”.

El padre Dégenettes creía, pues, en las apariciones de las almas de los hombres después de la muerte, con la apariencia que estos tenían en vida. Los hechos de ese género no son insólitos, y hay numerosos ejemplos al respecto. No es presumible que el padre Dégenettes haya relatado uno desde el púlpito sin contar con pruebas auténticas. Su creencia en este punto, junto con lo que le ocurrió personalmente, respaldan lo que él dice acerca de su misión actual de propagar la doctrina de los Espíritus.

Un hecho como el que acabamos de referir debía necesariamente ser considerado sobrenatural. Tan solo el espiritismo

mo, con el conocimiento de las propiedades del periespíritu, podía explicarlo racionalmente. Prueba, de igual modo, la posibilidad de que Cristo se apareciera a sus apóstoles después de la muerte.

Manifestaciones de Fives, cerca de Lille (Nord)

Leemos en *L'Indépendant de Douai*, de los días 6 y 8 de julio de 1865, el siguiente relato de los hechos que acaban de ocurrir en Fives:

I

“Hace unos quince días, en la calle du Prieuré, en Fives, ocurrieron unos hechos que aún no encuentran explicación, y que causaron una profunda sensación en todo ese barrio. Con algunos intervalos, en los patios de dos casas de esa calle, comenzó a caer una lluvia de proyectiles que rompían los vidrios, y a veces alcanzaban a los habitantes, sin que se pudiera descubrir el lugar de donde procedían, como tampoco la persona que los arrojaba. Las cosas llegaron al extremo de que uno de los dos inquilinos tuvo que proteger sus ventanas con una celosía, por miedo a salir lastimado.

”Al principio, los damnificados vigilaban por su cuenta, pero luego recurrieron a la policía, que ejerció un control muy activo durante varios días. Sin embargo, eso no impidió que pedazos de ladrillo, de carbón de piedra, etc., cayeran inten-

samente en ambos patios. Hasta uno de los agentes recibió un proyectil en los riñones, en el momento en que intentaba explicar a uno de sus compañeros la parábola que los guijarros describían antes de caer.

”El vidriero, cuando reemplazaba los vidrios que los pedazos de ladrillo habían roto el día anterior, también fue alcanzado en la espalda. De inmediato se apresuró a decir que descubriría al autor de esos actos reprensibles, pero no tuvo más éxito que el resto.

”Desde hace algunos días, se registra una notable disminución en el volumen de los proyectiles, pero siguen siendo muy numerosos, de modo que la emoción continua. No obstante, confían en descubrir pronto el misterio de este caso singular.”

II

“Los extraños fenómenos que se producen en la calle du Prieuré, en Fives, desde el jueves 14 de junio, y a los que ya nos habíamos referido, comenzaron una nueva etapa a partir del último sábado, conforme señala el periódico del que extrajimos la primera crónica.

”Ya no se trata de proyectiles arrojados desde afuera con un ruido extraordinario contra puertas y ventanas, y mucho menos violentamente contra las personas.

”Esto es lo que ocurre ahora en una de las dos casas referidas, pues en la otra se mantiene una absoluta tranquilidad.

”La jornada del sábado, cayeron en el patio ocho peniques y cinco monedas de dos centavos belgas. La señora de la casa observó que en ese mismo momento se movieron varios

muebles y se volcaron las sillas, de modo que salió corriendo a buscar a los vecinos. Acomodaron las sillas, pero se volcaron nuevamente, varias veces. Entonces, en el jardín, los zuecos que la sirvienta había dejado en la entrada comenzaron a moverse solos, rítmicamente, como si estuvieran en los pies de alguien que bailaba.

”Al anochecer, un calendario ubicado sobre la chimenea saltó y se arremolinó en el aire. Un par de zapatos, que estaban en el piso, también saltaron, para caer con la suela hacia arriba.

”A la hora de dormir, el dueño de casa, el señor M..., decidió quedarse despierto.

”Tan pronto como estuvo a solas, escuchó un ruido: un candelabro había caído de la repisa de la chimenea. Mientras lo ponía en su lugar, una concha de caracol también se cayó, y cuando se agachó para levantarla, el otro candelabro cayó sobre su espalda. Esas picardías continuaron durante una parte de la noche.

”Mientras tanto, la sirvienta, que dormía arriba, comenzó a gritar pidiendo auxilio. La encontraron tan aterrada que nadie pudo dudar de su sinceridad cuando afirmó que la habían golpeado. Le pidieron que bajara y se acostara en un pequeño cuarto, pero enseguida volvió a quejarse, y hasta se escuchaban los golpes que recibía.

”Esa muchacha se enfermó y tuvo que volver a casa de sus padres.

”El domingo a la mañana, y al día siguiente, volvieron a caer peniques y centavos belgas en el patio.

”Al mediodía, la señora X... salió con una de sus amigas, después de recorrer la casa para verificar que todo estuviera en

orden. Cerró la puerta cuidadosamente. Nadie pudo haber entrado. Al regresar, la señora X... encontró sobre su cama un gran número 8 dibujado con medias y pañuelos que estaban guardados en un ropero.

”A la noche, junto con su marido, su sobrino y un inquilino, que con ella son todos los habitantes de la casa, revisó cada una de las habitaciones. A la mañana siguiente, subió al cuarto que ocupaba la sirvienta, y encontró sobre la cama un extraño dibujo hecho con gorros; y en la parte inferior de la escalera, había doce escalones cubiertos con las chaquetas de su marido, su sobrino y el inquilino, extendidas a lo largo, y cada una de ellas con un sombrero encima.

”El martes a la mañana volvió a caer en el patio un centavo belga. La señora X... tuvo la intención de dárselo a los pobres, junto con las monedas que habían caído los dos días precedentes. Pero el estuche donde los había guardado saltó de una pieza a otra, y el dinero desapareció junto con la llave del escritorio.

”Al barrer el comedor, súbitamente vieron dos cuchillos que se clavaron en el suelo, y otro en el techo.

“De repente, una llave cayó en el patio: era la de la puerta de entrada. Luego cayó la llave del escritorio. Poco después, cayeron pañuelos, bufandas enrolladas y anudadas, que habían desaparecido hacía poco tiempo.

”A la tarde, sobre la cama del señor M... apareció un círculo formado con vestidos; y en el desván, un dibujo del mismo tipo, hecho con un viejo gabán enrollado y una cesta.

”Todos esos hechos, así como los que mencionamos el sábado, fueron presenciados por los habitantes de la casa, cuyo carácter está lejos de dejarse llevar por la exageración y

la ilusión. Parecen aún más extraños porque los vecinos son personas de bien, y porque se mantuvo una activa vigilancia durante tres semanas.

”Podéis imaginaros cuánto sufren por esa situación los habitantes de aquella casa. Comenzaron por tapiar las ventanas del lado del patio, y luego decidieron abandonar los cuartos donde se producen los hechos que acabamos de referir, por lo que actualmente se encuentran en una especie de campamento, en dos o tres piezas, a la espera de que se acaben sus problemas.”

Cronista: Th. DENIS.

Como vemos, estos hechos tienen alguna semejanza con los de Poitiers³⁷; con los del boulevard Chave, en Marsella³⁸; con los de las calles des Grès y des Noyers³⁹, en París; con los de Hoerd, cerca de Estrasburgo, así como con los de una infinidad de otras localidades. En todas partes evadieron la más activa vigilancia y las investigaciones de la policía. A fuerza de multiplicarse, acabarán por abrir los ojos. Si se produjeran en un solo lugar, cabería atribuirlos a una causa local, pero cuando tienen lugar en puntos tan distantes y en épocas diferentes, es necesario reconocer que la causa está en el mundo invisible, dado que no se la encuentra en este. Ante esos hechos tan numerosos y que, por consiguiente, cuentan con tantos testigos, la negación ya no es posible, razón por la cual vemos que las noticias al respecto se limitan por lo general a simples relatos.

37. Véase la *Revista Espírita* de febrero, marzo y mayo de 1864, y mayo de 1865. (N. del T.)

38. Véase el número de abril de 1865. (N. del T.)

39. Véase la *Revista Espírita* de agosto de 1860. (N. del T.)

Los Espíritus anunciaron que manifestaciones de todo tipo se producirían en todas partes. En efecto, si analizamos lo que ocurre desde hace algún tiempo, vemos que ellos cuentan con abundantes recursos para demostrar su presencia. Los incrédulos reclaman hechos. Los Espíritus se los ofrecen en todo momento, y el valor de esos hechos es aún más importante debido a que no son provocados y ocurren sin el concurso de la mediumnidad común, y la mayoría de las veces entre personas ajenas al espiritismo. Pareciera que los Espíritus les dicen: “Vosotros acusáis a los médiums de confabularse, de practicar la prestidigitación, de sufrir alucinaciones. Nosotros os ofrecemos hechos que no inspiran sospecha. Si después de esto no creéis, es porque preferís cerrar los ojos y los oídos”.

Las manifestaciones de Fives, por otra parte, cuentan con el aval del señor Mallet, de Douai, oficial superior y hombre de ciencia, quien tomó conocimiento de la realidad de esos hechos en el mismo lugar donde se produjeron, y junto con personas confiables. Así pues, podemos garantizar su absoluta exactitud.

Problema psicológico

Dos hermanos idiotas

En un hogar de obreros, en París, se encuentran dos niños que sufren de idiocia, con la particularidad de que hasta los cinco o seis años gozaban de todas sus facultades intelectuales, que incluso estaban muy desarrolladas para esa edad. A menos que la provoque una causa accidental, la idiocia en los

niños es casi siempre el resultado de una interrupción del desarrollo de los órganos y, por consiguiente, se manifiesta desde el nacimiento. Además, en este caso, vale señalar el hecho de que ambos niños padecen la misma enfermedad en condiciones idénticas.

Dado que este doble fenómeno podía ser objeto de un estudio interesante desde el punto de vista psicológico, uno de los miembros de la Sociedad de París, el señor Desliens, solicitó a un amigo que le permitiera conocer a esa familia, a fin de presentar en la Sociedad un informe al respecto. Este es el resultado de sus observaciones:

“Cuando el padre supo el motivo de mi visita, se introdujo en un cuarto, del que salió conduciendo en los brazos a un ser que, por sus rasgos, se asemejaba más a un animal que a un foco de inteligencia. Luego hizo lo mismo con otro, que se hallaba en el mismo estado de embrutecimiento, pero con una apariencia física más humana. De la boca de esos desdichados no salía ningún sonido coherente. Leves chillidos y gruñidos son sus únicas manifestaciones ruidosas. Una risa bestial anima casi siempre sus fisonomías. El mayor se llama Alfred; y el menor, Paulin.

”Alfred, que actualmente tiene diecisiete años, nació con toda su inteligencia, que se manifestó incluso con cierta precocidad. A los tres años, hablaba con propiedad y comprendía cuanto le decían. Entonces sufrió una breve enfermedad, tras la cual perdió el uso de la palabra y de sus facultades mentales. Los tratamientos médicos no hicieron más que provocar el agotamiento de sus fuerzas vitales, que hoy se refleja en un raquitismo absoluto.

”A pesar de que ese ser conserva tan solo la apariencia de un hombre, tiene sentimientos. Ama a sus padres y a su

hermano, y sabe manifestar su simpatía o su rechazo hacia quienes lo rodean. Comprende todo lo que le dicen. Observa con ojos en los que brilla la inteligencia. Sin cesar intenta responder, aunque sin éxito, cuando se habla ante él de cosas que le interesan. Padece un miedo invencible a la muerte, y no puede ver un coche fúnebre sin hacer el intento de escapar. En cierta oportunidad, su tía le dijo en broma que lo envenenaría si seguía portándose mal, de modo que él la comprendió tan bien que durante más un año se negó a que ella lo alimentara, aun cuando sufriera un apetito extraordinario.

”Paulín, de quince años, tiene una apariencia más humana, corporalmente. En su rostro aturcido lleva la marca de una idiocia absoluta. No obstante, ama; pero sus manifestaciones exteriores se limitan a eso. También nació con toda su razón, que conservó hasta los seis años. Amaba mucho a su hermano. A esa edad, cayó enfermo y pasó por las mismas etapas que aquel. Hace poco sufrió una prolongada enfermedad, y desde entonces parece comprender mejor lo que se le dice. El párroco y los demás sacerdotes de la parroquia dijeron a la familia que se trataba de una posesión demoníaca y que era necesario exorcizar a los niños. Los padres dudaban. No obstante, cansados de la insistencia de esos señores, y temerosos de perder la ayuda que recibían para los niños, accedieron. Entonces, esos señores afirmaron que, en efecto, había existido una posesión en el pasado, pero que ahora ya no había nada más que hacer al respecto. Es preciso decir, en elogio de los padres, que la ternura de estos para con esas desdichadas criaturas nunca fue desmentida, y que estas siempre fueron objeto de los más afectuosos cuidados”.

Los señores eclesiásticos obraron sabiamente al renunciar al exorcismo, que solo habría resultado un fracaso. Esos niños

no presentan, incluso, ninguno de los caracteres de la obsesión en el sentido del espiritismo, y todo indica que la causa del mal es exclusivamente patológica. En ambos, la idiocia surge a partir de una enfermedad, que sin duda ocasionó la atrofia de los órganos de manifestación del pensamiento. No obstante, es fácil notar que detrás de ese velo existe un pensamiento activo, que se encuentra con un obstáculo insalvable para expresarse libremente. La inteligencia de esos niños durante los primeros años de vida demuestra que son Espíritus adelantados, que más tarde quedaron aprisionados con lazos demasiado estrechos para que pudieran manifestarse. Con una envoltura en condiciones normales, habrían sido hombres inteligentes; y cuando la muerte los haya liberado de esas ataduras, volverán a usar libremente sus facultades.

Esa coerción impuesta al Espíritu debe tener una causa moral, providencial; y esa causa debe ser justa, porque Dios es la fuente de toda justicia. Ahora bien, como en esta existencia esos niños no han podido hacer nada que mereciera algún castigo, es preciso admitir que están pagando la deuda de una existencia anterior, a menos que se niegue la justicia de Dios. Nos ofrecen una prueba de la necesidad de la reencarnación: esa clave que resuelve tantos problemas, y que día a día proyecta luz sobre tantas cuestiones aún oscuras. (Véase *El Evangelio según el espiritismo*, capítulo V, § 6: “Causas anteriores de las aflicciones terrestres”.)

La siguiente comunicación fue impartida al respecto en la Sociedad de París, el 7 de julio de 1865. (Médium: señor Desliens.)

“La pérdida de la inteligencia, en el caso de los dos idiotas, se puede explicar sin duda desde el punto de vista científico. Cada uno de ellos cursó una breve enfermedad. De ahí se

puede concluir con razón que los órganos cerebrales fueron afectados. No obstante, ¿por qué motivo ese accidente tuvo lugar después de la manifestación evidente de todas sus facultades, al contrario de lo que ocurre por lo general en la idiocia? Repito: toda perturbación de la inteligencia o de las funciones orgánicas se puede explicar fisiológicamente, sea cual fuere la causa primera, dado que, como el Creador estableció leyes para las relaciones entre la inteligencia y los órganos de transmisión, esas leyes no pueden ser derogadas. La perturbación de tales relaciones también es una consecuencia de esas leyes, y puede afectar al culpable por sus faltas anteriores: en eso consiste la expiación.

”¿A qué se debe que esos dos seres sean afectados conjuntamente? A que ambos participaron en una misma vida, vinculados durante la prueba, y ahora deben mantenerse juntos durante la vida de expiación.

”¿A qué se debe que la inteligencia de ambos se manifestó al principio, al contrario de lo que ocurre habitualmente en tales casos? Desde el punto de vista de la intención providencial, se trata de uno de los mil matices de la expiación, que tiene su razón de ser para el individuo, pero cuyo motivo a menudo sería difícil de sondear, justamente porque es individual. También hay que ver en esa circunstancia uno de los hechos que ocurren a diario para confirmar, ante el observador atento, las bases de la doctrina espírita, así como para sancionar mediante la evidencia los principios de la reencarnación.

”Tampoco olvidéis que los padres tienen su parte en lo que ocurre aquí. La ternura que brindan a esos seres, que no los retribuyen con ninguna compensación, es una gran prueba para ellos. Hay que felicitarlos porque no han fracasado, y más adelante recibirán esa compensación que no encuentran

en este mundo. Considerad que los cuidados y el cariño que prodigan a esos dos pobres seres, bien podrían ser una reparación, que el estado de penuria de la familia torna aún más meritoria.”

MOKI

VARIEDADES

Epitafio de Benjamín Franklin⁴⁰

Uno de nuestros abonados de Joinville (Haute-Marne) nos escribe lo siguiente:

“Conocedor de la bienvenida que reserváis para los documentos que tienen alguna relación con la doctrina espírita, me apresuro a ponerlos en conocimiento de un pasaje de la biografía de Franklin, extraído de *La Mosaïque*, de 1839, página 287, y que demuestra una vez más que en todas las épocas los hombres superiores tuvieron la intuición de las verdades espíritas. La creencia de ese gran hombre, en la reencarnación y en la progresión del alma, se pone de manifiesto por completo en las líneas siguientes, que constituyen el epitafio que él compuso para sí mismo:

”Aquí descansa, entregado a los gusanos, el cuerpo de Benjamín Franklin, impresor, como la cubierta de un viejo libro, al que le han arrancado las hojas, y cuyos título y dorados se han

40. Véase la *Revista Espírita* de diciembre de 1867. (N. del T.)

borrado. Pero la obra no se perderá, porque, como él creyó, volverá en una nueva y mejor edición, revisada y corregida por el autor.

”Así pues, uno de los principales ciudadanos que más honran a Estados Unidos era reencarnacionista. No solo creía en su renacimiento en la Tierra, pues también creía que volvería a ella mejorado por su trabajo personal. Eso es exactamente lo que dice el espiritismo. Si reuniéramos todos los testimonios esparcidos en miles de escritos a favor de esta doctrina, reconoceríamos cuántas raíces ha echado en los pensadores de todas las épocas, y nos asombraríamos menos de la facilidad con la que es acogida actualmente, porque se puede decir que yace latente en la conciencia de la inmensa mayoría. Esas ideas, sembradas aquí y allá, eran las chispas precursoras del fuego que debía resplandecer más tarde, para mostrar a los hombres su destino”.

NOTICIAS BIBLIOGRÁFICAS

El manual de Xéfolius

Este libro es una nueva prueba de la efervescencia de las ideas espíritas, que se producía mucho antes de que se hablara de los Espíritus. No obstante, en este caso no se trata de algunas ideas sueltas, sino de una serie de instrucciones que se diría calcadas de la doctrina actual o, al menos, extraídas de la misma fuente. Esta obra, atribuida a Félix de Wimpfen, guillotinado en 1793, parece haber sido publicada hacia 1788. La primera vez se imprimieron tan solo sesenta ejemplares,

para algunos amigos, conforme lo anuncia un aviso en el encabezamiento, de modo que era excesivamente rara. Este es el texto del prefacio, fechado en 1788, y cuya forma, bastante ambigua, bien podría ser una manera de disimular la personalidad del autor:

“Si yo dijera de qué modo llegó a mis manos la obra que hoy presento al público, lo extraordinario de esta historia no complacería al lector más de lo que mi silencio podrá inquietarlo, y no agregaría nada al valor inestimable del presente que le hago. Sorprendida y preocupada por esa particularidad, la leí con una especie de desconfianza, pero muy pronto las conjeturas fueron sofocadas por la admiración. Encontré en ella lo que ningún filósofo nos había presentado aún: un sistema completo. Sentí que mi espíritu se afirmaba, se apoyaba en una base con la que se correspondía plenamente. Sentí que mi alma crecía y se elevaba. Sentí que mi corazón se henchía con un nuevo amor a mis semejantes. Mi imaginación quedó impresionada con un respeto más profundo hacia el Autor de todas las cosas. Descubrí el porqué de tantos motivos de queja contra la sabiduría eterna. Al sentirme mejor y más dichosa, pensé que no había sido elegida al azar, y que la Providencia me había elegido para ser el instrumento de la publicación de este manual, apto para todos los cultos, pues los respeta a todos; así como para todas las edades, a las que instruye, y para todos los estados, a los que consuela, desde el monarca hasta el mendigo. El sentimiento y la razón me indujeron de común acuerdo a compartir con mis hermanos las reconfortantes esperanzas, la pacífica resignación y los estímulos hacia la perfección, de los que me sentía plena. Fortalecida por una dicha que no había conocido hasta entonces, enfrentaré el ridículo que me arrojarán los escépticos por debilidad, y

les perdono desde ahora las penas con las que tal vez querrán hacerme pagar la felicidad a la que invito al lector, y de la que tarde o temprano ellos también disfrutarán”.

Uno de nuestros colegas de la Sociedad de París, que vive en Gray, en la Haute-Saône, hace poco tiempo encontró esta obra sobre su escritorio, y nunca logró saber cómo ni a través de quién llegó hasta ahí, pues no conoce a nadie que haya podido hacerlo, como tampoco entiende los motivos por los cuales se lo habrían ocultado. Entre las personas que frecuenta, ninguna le refirió dicha obra, y cuando él la menciona, nadie parece conocerla. Impresionado por las ideas que contiene, nos la comunicó en su último viaje a París. Una edición más reciente fue publicada por Hachette⁴¹, de modo que nos apresuramos a conseguirla. Su título, que lamentablemente no dice nada, debió de contribuir a que el público no sepa de su existencia. Por nuestra parte, consideramos que los espíritas nos agradecerán por llamarles la atención hacia ella y rescatarla del olvido. Lo mejor que podemos hacer es citar algunos de sus pasajes:

“Todos partimos del mismo punto para llegar a la misma circunferencia a través de radios diferentes, y de la diversidad *de los tipos que hemos utilizado* provienen las diversas inclinaciones de los hombres respecto de su prototipo original. En cuanto a las inclinaciones de los que ya han utilizado muchos tipos, aquellas tienen tantas causas diferentes y tan variados matices, que si pretendiéramos identificarlos nos perderíamos en lo infinito. Por mi parte, me contentaré con decir que, mientras no hacemos más que girar en el círculo de las vani-

41. Un volumen, in-12. Precio: 2 francos y 50 centavos. Por correo: 2 francos y 80 centavos.

dades, siempre nos parecemos. En cambio, el que accedió a Sus leyes, no entenderá cómo pudo realizar algunas acciones tan poco semejantes, tan contrarias a lo que es actualmente.” (Página 87.)

“El hombre no es más que un prototipo deforme o débil cuando abusa criminalmente de la fuerza y de la belleza de Aquel al que acaba de dejar, porque después de que hemos tenido esa experiencia, somos privados de las ventajas de las que abusamos, para alejarnos de la dicha y de la salvación, hasta que recibimos lo que puede aproximarnos nuevamente a ellas. Así pues, si fue la belleza, *renaceremos feos y deformes*; si fue la salud, débiles y enfermos; si fueron las riquezas, pobres y despreciados; si fue la grandeza, esclavos y humillados. Por último, el funcionamiento de las leyes universales nos muestra algunos ejemplos constantes de hombres que, aún en la Tierra, después de haber abusado de los bienes pasajeros o convencionales para ultrajar a sus hermanos, se convierten respecto de estos en objeto de desprecio y compasión.” (Página 89.)

“Cuando juzgamos las penas que un crimen se merece, podemos diferir en la intensidad de los castigos. Pero todos coincidimos en que el crimen debe ser castigado. También estaremos de acuerdo en que los castigos que permitirían que un sujeto malo se convierta en un buen ciudadano son preferibles a la barbarie de hacerlo sufrir eterna e inútilmente a él y a los otros; y que, dado que la Omnipotencia no puede ser amenazada, ni ofendida ni perturbada, tampoco puede desear vengarse. De tal modo, todo cuanto nosotros padecemos no sirve más que para *esclarecernos y transformarnos*. No obstante, el valor exagerado que el hombre asigna a objetos de todo tipo, lo lleva a pensar que necesita un poder infinito para que castigue el delito que otros cometen contra él. En su loca pa-

sión, se imagina que Dios no dejará de vengarse, tanto como él se vengaría si fuera Dios, mientras que otros pretenden convencerse de que el Cielo no se entera de sus crímenes. Pero así es como deben de razonar los diversos delincuentes, cada uno tomando como base sus propios intereses.” (Página 134.)

“Si algunos no hubieran limitado el universo a nuestro pequeño globo, a un Eliseo y a un Tártaro, con todo eso rodeado de estrellas, habrían sido más justo para con Dios y con los hombres.

”No sabes qué hacer con ese tirano de Roma que, después de cometer innumerables crímenes, murió lamentándose de que no pudo llevar a cabo la totalidad de los que había registrado en su lista. Como no puedes hacerlo pasar por el Eliseo, inventas las Furias y el Tártaro, y lo precipitas en el abismo de las penas eternas. No obstante, cuando te enteres de que ese tirano, asesinado en la flor de la edad, no dejó de vivir; que pasó por las condiciones más abyectas; *que fue castigado con la ley del Talión*, de modo que sufrió a su vez todo lo que había hecho padecer a muchos otros. Cuando te enteres de que, *instruido por el dolor: ese gran maestro del hombre*, transformado por los padecimientos, desengañado, esclarecido respecto de todo lo que lleva por el mal camino, ese corazón en el que abundaban el error y los vicios, y que vomitaba *los crímenes de que las leyes universales se valieron para transformar y salvar a muchos de nuestros hermanos*; cuando te enteres —digo— de que ese mismo corazón es actualmente el refugio de la verdad, de las más dulces y armoniosas virtudes, ¿cuáles serán tus sentimientos hacia él?” (Página 131.)

“Cuando los hombres imaginaron un Dios vengador, lo hicieron a su semejanza. El hombre se venga, ya sea porque considera que fue dañado, o bien para demostrar que con él

no se juega, es decir, que solo se venga por avaricia o por temor, aun cuando crea que lo hace motivado por un sentimiento de justicia. Ahora bien, cada uno conoce los excesos a los que pueden conducirnos nuestras pasiones discordantes. No obstante, el Eterno, inaccesible a nuestros ataques, el Eterno, tan bueno como justo, solo ejerce su justicia en la misma medida de su bondad. Dado que su bondad nos ha creado para un fin dichoso, ordenó la naturaleza de las cosas justamente para que: 1.º ningún crimen quede impune; 2.º el castigo se convierta tarde o temprano en *una luz para el infractor* y para muchos más; 3.º no podamos alterar ni infringir nuestras leyes sin caer en un mal proporcional a nuestra infracción y a la disyunción moral del grado actual de nuestra transformación.” (Página 132.)

“Cuanto más avances, más encantos descubrirás en la plegaria del amor, porque gracias al amor seremos dichosos, y porque dado que el amor vincula a los seres, tu genio bueno reaccionará sobre ti. *Ese compañero invisible tal vez sea el amigo que crees haber perdido*, o ese otro yo que piensas que solo existe en tus sueños; pero pronto estarás con él y con todos los que amaste, o que habrías preferido amar si los hubieras conocido.” (Página 265.)

“Cuando una injusticia o una maldad genere en ti un sentimiento de indignación, antes de razonar acerca de esa injusticia o de esa maldad, razona tu sentimiento, para que no se convierta en cólera. Piensa: ‘Necesito sabiduría para soportar esto. *¿No será una vieja deuda que estoy pagando?* Si dejo que me afecte, no tardaré en caer. *¿Acaso no estamos todos en manos del gran Obrero?* *¿No sabe Él, mejor que yo, cuál es la herramienta que debe emplear?* *¿Qué clase de consejos le daría a un amigo si lo viera en mi situación?* *¿Acaso no le recordaría*

la gradación de los seres? ¿No le preguntaría si cree que una planta silvestre produce mejores frutos que una injertada? ¿Si quisiera ser tan atrasado como ese malvado, para devolverle el favor? ¿Si el golpe que acaba de recibir no ha roto un vínculo que él no conocía, o que él mismo no tenía fuerzas para romper? Finalmente, ¿no me ocuparía de que se detenga a contemplar esa felicidad eterna que es el premio de una armonía en la que solo progresamos a medida que nos esclarecemos y que nos desprendemos de los miserables intereses que dan lugar a conflictos permanentes, a fin de elevarnos más allá de lo finito?’ ” (Página 310.)

Estas citas son suficientes para que se conozca el espíritu de esta obra, y los cometarios resultarían superfluos. Consultamos al guía de uno de nuestros médiums, el señor Desliens, si era posible evocar al Espíritu del autor, y nos respondió: “Por cierto que sí, y con facilidad, porque no será la primera vez que se comunica. Varios médiums ya fueron dirigidos por él en diversas circunstancias, pero dejaré que él mismo os lo explique. Aquí está”.

El Espíritu, una vez evocado y consultado acerca de las fuentes de las que extrajo las ideas que su libro contiene, transmitió la siguiente comunicación (el 29 de junio de 1865):

“Puesto que habéis leído una obra cuyo mérito no me atribuyo en su totalidad, debéis saber que el bien de la humanidad y la instrucción de mis hermanos han sido el objeto de mis más preciados deseos. Esto significa que acudo con placer a brindaros la información que aguardáis de mí. He estado muchas veces en las sesiones de la Sociedad, no solo como espectador, sino también como instructor; y no os asombraréis si os digo que, como bien sabéis, los Espíritus adoptan en sus comunicaciones el *nombre tipo* del grupo al que pertenecen.

De tal modo, un Espíritu que firma con el nombre de san Agustín no será el Espíritu de san Agustín, sino uno del mismo orden y que ha llegado al mismo grado de transformación que este. Así pues, sabed que yo fui, cuando vivía en mi cuerpo, uno de esos *médiums inconscientes que se revelan frecuentemente en vuestra época*. Os diré por qué hablé tan pronto y de una manera que parece prematura:

”Para cada adquisición del hombre, en las ciencias físicas o morales, diversos hitos, al principio desdeñados y rechazados, para triunfar después, debieron implantarse a fin de preparar imperceptiblemente a los espíritus para los movimientos futuros. Toda idea nueva, sin precedentes, que hace su ingreso en el mundo que suele denominarse sabio, casi nunca tiene oportunidad de triunfar, debido al partidismo y la oposición sistemática de quienes lo componen. Aceptar ideas nuevas, pese a que reconozcan su sabiduría, es para ellos una humillación, pues significaría confesar su debilidad y dar muestras de la insania de sus sistemas particulares. Prefieren negar por amor propio, por respeto humano, incluso por ambición, hasta que la evidencia los obliga a reconocer su error, so pena de caer en el mismo ridículo al que habían arrojado a los nuevos instrumentos de la Providencia.

”Así fue en todas las épocas, y lo mismo le ocurrió al espiritismo. No os asombréis, pues, de encontrar en épocas anteriores al gran movimiento espiritualista diversas manifestaciones aisladas, cuya concordancia con las de la hora actual demuestra una vez más la intervención de la Omnipotencia en todos los descubrimientos que la humanidad atribuye erróneamente a algún genio humano en particular.

”Es cierto que cada uno tiene su propio genio. No obstante, reducido a sus propias fuerzas, ¿qué podría hacer? Cuan-

do un hombre, dotado de una inteligencia capaz de propagar nuevas instituciones con alguna oportunidad de éxito, aparece en la Tierra o en otros lugares, es escogido por la jerarquía de los seres invisibles a los que la Providencia encarga velar por la manifestación de la nueva intervención, para recibir la inspiración de ese descubrimiento y aportar progresivamente los incidentes que deben asegurar su éxito.

”Deciros lo que me impulsó a escribir ese libro, manifestación auténtica de mi individualidad, me habría resultado imposible en la época de mi encarnación. Ahora veo claramente que fui un instrumento, en parte pasivo, del Espíritu encargado de dirigirme hacia el *punto armonioso* con el que yo debía modelarme para adquirir la suma de las perfecciones que me era dado alcanzar en esta Tierra. Existen dos clases de perfección muy distintas: las *perfecciones relativas*, que nos son inspiradas por los guías del momento, guías que aún se hallan muy lejos de la cima de la escala de las perfectibilidades, y que superan apenas a sus protegidos por la comprensión de que son capaces.

”Le sigue la perfección absoluta, que para mí no es más que una aspiración aún velada por lo que yo ignoro, y a la cual se llega mediante la sucesión de las perfecciones relativas.

”En cada mundo que recorre, el alma adquiere nuevos sentidos morales que le permiten conocer cosas acerca de las cuales no tenía la menor idea. ¿Deciros quién he sido? ¿Qué rango ocupo en la escala de los seres? ¿Para qué? ¿De qué me serviría un poco de gloria terrenal...? Prefiero conservar el tierno recuerdo de haber sido útil a mis semejantes en la medida de mis fuerzas, y continuar aquí la tarea que Dios, en su bondad, me había impuesto en la Tierra.

”Me instruí, instruyendo a otros. Aquí hago lo mismo. Os diré tan solo que formo parte de esa categoría a la que pertenece el Espíritu que designáis con el nombre genérico de san Luis.”

Pregunta. ¿Podríais decirnos: 1.º si en vuestra última encarnación fuisteis la persona designada en el prefacio de la reedición de vuestra obra con el nombre de Félix de Wimpfen? 2.º si formasteis parte de la secta de los teósofos, cuyas opiniones se aproximan mucho a las nuestras. 3.º si debéis reencarnar pronto e integrar la falange de Espíritus destinados a culminar el gran movimiento al que asistimos? El señor Allan Kardec tiene la intención de dar a conocer vuestro libro, de modo que sería oportuno contar con vuestra opinión al respecto.

Respuesta. “No, yo no fui Félix de Wimpfen. Creedme, si lo hubiera sido no dudaría en decíroslo. Él fue mi amigo, como tantos otros filósofos del siglo dieciocho. También compartí con ellos su cruel final. Pero os repito que mi nombre se mantendrá oculto, pues me parece inútil darlo a conocer.

”Es verdad, fui teósofo, pero sin compartir el entusiasmo que distinguía a algunos partidarios de esa escuela. Mantuve un vínculo con los principales y, como pudisteis ver, mis ideas se correspondían en todo con las de ellos.

”Estoy completamente sujeto a los decretos de la Providencia, y si quiere enviarme de nuevo a la Tierra para que continúe mi purificación y mi esclarecimiento, bendeciré su bondad. Por otra parte, es un deseo que formulé y cuya realización espero ver pronto.

”La divulgación de mi libro viene en apoyo de las ideas espíritas, de modo que no puedo más que aprobar a nuestro

querido Presidente por haber pensado en eso. Con todo, tal vez no sea el primer impulsor de esa propuesta, y estoy seguro de que algunos Espíritus que conozco han contribuido para que el libro llegara a sus manos, así como para inspirar sus intenciones al respecto.

”Cuando me evoquéis especialmente, me daré a conocer. Pero si acudo a instruiros como lo hice anteriormente, solo reconoceréis en mí a un Espíritu del orden de *san Luis*.

DISERTACIONES ESPÍRITAS

La llave del Cielo

(Sociedad de Montreuil-sur-Mer, 5 de enero de 1865.)

Quando se considera que todo viene de Dios y vuelve a Dios, es imposible no reconocer, en la generalidad de las creaciones divinas, el vínculo que une a estas entre sí y que las sujeta a un trabajo de común adelanto, a la vez que a un trabajo de adelanto particular. Tampoco se puede desconocer que la ley de solidaridad, que de ahí resulta, nos obliga a toda clase de sacrificios gratuitos de unos para con otros. Por otra parte, vale señalar que Dios nos ha mostrado en todo y de por sí una primera aplicación de los principios primordiales que ha establecido. De tal modo, el principio de la solidaridad se expresa en la sensibilidad con que se nos ha dotado, sensibilidad que nos induce a compadecernos de los sufrimientos de los otros, apiadarnos de ellos y aliviarlos.

Eso no es todo. Los profetas y el divino Mesías Jesús nos han dado el ejemplo de una segunda aplicación del principio de la solidaridad; en primer lugar, al consagrar mediante ceremonias simbólicas, y más a menudo con la autoridad de sus enseñanzas, el amor del hombre hacia el hombre; en segundo lugar, al proclamar como un deber necesario y riguroso la práctica de la caridad, que es la expresión de la solidaridad. La caridad es el acto de nuestra sumisión a la ley de Dios; es el signo de nuestra grandeza moral; es la llave del Cielo. Así pues, deseo hablaros de la caridad. La consideraré tan solo desde un lado: el lado material; y la razón es simple: se trata del lado que menos le agrada al hombre.

Ni los cristianos, ni los espíritas, nadie desaprobó el principio o, mejor dicho, la ley de la solidaridad. No obstante, se intentó eludir sus consecuencias, y para eso se invocaron mil pretextos. Mencionaré algunos de ellos.

“Dado que las cosas del espíritu o del corazón –se ha dicho– tienen un valor infinitamente superior al de las cosas materiales, de ahí se sigue que consolar la aflicción, ya sea con buenas palabras o sabios consejos, vale infinitamente más que consolar con recursos materiales.” Sin duda tenéis razón, señores, en caso de que la aflicción de la que habláis tenga una causa moral, si tiene origen en una herida del corazón. No obstante, si es hambre, frío, enfermedad, en una palabra, si son causas materiales las que provocan esa aflicción, ¿bastará con vuestras gratas palabras para aliviarla? Vuestros buenos consejos, vuestras sabias opiniones, ¿bastarán para curarla? Permitidme que lo ponga en duda. Si Dios, al colocaros en la Tierra, hubiera omitido suministraros el alimento para vuestro cuerpo, ¿habríais encontrado su equivalente en el auxilio espiritual que os otorga? Pero Dios no es el hombre. Dios

es la sabiduría eterna y la bondad infinita. Él os ha impuesto un cuerpo de lodo, pero satisfizo las necesidades de ese cuerpo fertilizando vuestros campos y fecundando los tesoros de la tierra. Junto con el auxilio espiritual para vuestra alma, os dio el auxilio material que requiere vuestro cuerpo. Por lo tanto, ¿será porque el egoísmo ha despojado al pobre de su parte de la heredad terrestre, que vosotros os consideraríais con derecho a abandonarlo? Si la justicia humana lo excluyó del conjunto de los usufructuarios de los bienes temporales, ¿por qué vuestra caridad no habría de encontrar una justicia más equitativa para él?

Un ilustre pensador de este siglo no temía expresarse del siguiente modo en su memorable profesión de fe: “Todas las abejas tienen derecho a la porción de miel que necesitan para subsistir, y si entre los hombres hay algunos que carecen de lo necesario, es porque la justicia y la caridad dejaron de existir entre ellos”. Por más exagerada que os parezca esta frase, no deja de contener una gran verdad, una verdad inaccesible tal vez para el entendimiento de muchos de vosotros, pero evidente para nosotros, los Espíritus que, más impresionados por los efectos, dado que abarcamos el conjunto, también vemos las causas que los producen.

“¡Ah! —dice este—, nadie lamenta más que yo las penurias y las privaciones crueles del verdadero pobre, del pobre cuyo trabajo, insuficiente para mantener a su familia, no le devuelve, a cambio de su cansancio, ni la alegría de alimentar a los suyos, ni la esperanza de que sean felices. Sin embargo, por una cuestión de conciencia, no estimularía con donaciones indiscriminadas la pereza o la mala conducta andrajosa. Por otra parte, considero que la caridad es indispensable para la salvación del hombre, pero ocurre que la imposibilidad de

descubrir las necesidades reales, entre tantas necesidades simuladas, justifica mi abstención.”

La imposibilidad de descubrir las necesidades reales: tal es, amigo mío, vuestra justificación. Sin embargo, esa justificación nunca recibirá la aprobación de vuestra conciencia, y no necesito otra prueba de eso más que vuestra propia confesión. Porque, del derecho que el verdadero pobre tiene a vuestra limosna –y vos le reconocéis ese derecho–, de ese derecho –repito– resulta para vos la obligación de ayudarlo. ¿Lo ayudáis? La imposibilidad os detiene. ¡Cómo es posible! ¡La caridad no tiene límites; es infinita como Dios, del cual emana, y no admite ninguna imposibilidad! En efecto, algo os detiene: es el egoísmo; y Dios, que sondea los corazones y los bolsillos, Dios lo descubrirá fácilmente debajo de los falaces pretextos con que lo cubrís. Podéis engañar al mundo, e incluso a vuestra propia conciencia, momentáneamente, pero nunca engañaréis a Dios. Dentro de cien años, dentro de mil años, volveréis a la Tierra, y no os quepa duda de que viviréis en ella despojado de vuestra actual opulencia, y curvado bajo el peso de la indigencia. Entonces, os aseguro que recibiréis del rico el desprecio y la indiferencia con los que vos mismo, cuando fuisteis rico, mirasteis al pobre. Se dice que la nobleza obliga, pero la solidaridad obliga más aún. Quien se sustrae de esta ley, pierde todos sus beneficios. Por eso vos, que habréis conservado el fondo egoísta de vuestra naturaleza, sufriréis por vuestra parte los ultrajes del egoísmo.

Escuchad estas afirmaciones de Rousseau:

“Por mi parte –dice–, sé que los pobres son mis hermanos, y que no puedo, sin manifestar una imperdonable dureza, negarles la ínfima ayuda que me solicitan. Coincido en que la mayoría son vagabundos, pero conozco demasiado las

penurias de la vida para ignorar las desgracias por las cuales el hombre honesto puede verse condenado a su suerte. Entonces, ¿cómo podría yo estar seguro de que ese desconocido, que en nombre de Dios me implora asistencia, no sea tal vez aquel hombre honesto que se halla a punto de perecer en la miseria, y al que mi negativa conducirá a la desesperación? Aun cuando la limosna que se le da no sea para él una ayuda efectiva, al menos es una muestra de que compartimos sus penas, un alivio ante la dureza de la negativa, una especie de salutación que se le brinda”.

Es un hijo de Ginebra, señores, quien habla de la suerte. Es un filósofo, que abreva en las fuentes secas del siglo dieciocho, el que teme despreciar a un hombre honesto en medio de los desconocidos que le tienden la mano, y que a todos da. A todos da, porque todos son sus hermanos, ¡y él lo sabe! ¿Acaso vosotros no lo sabéis, señores? No me atrevo a creerlo.

Con todo, ¿en qué medida debéis dar? O mejor dicho, ¿cuál es la parte de vuestros bienes que os pertenece, y cuál es la que pertenece a los pobres? Vuestra parte, señores, es lo necesario, nada más que lo necesario, e incluso no debéis exagerarla. En vano os dedicaréis a vuestra posición, a los compromisos que le son inherentes, a las obligaciones lujosas que impone. Todo eso se orienta hacia el mundo, y si queréis vivir para el mundo, solo avanzaréis con el mundo, sin ir más deprisa que el mundo. En vano también alegaréis, para justificar vuestros hábitos indolentes, un trabajo al que no se entrega el pobre, y que, realizado en vuestras casas y por vosotros mismos, os torna beneficiarios de una mayor opulencia. En vano alegaréis eso, porque todo hombre se debe al trabajo, para sí mismo o para los otros, ya que la negligencia de su vecino no lo absolvería del abandono al que lo habría relegado.

De vuestro patrimonio, tanto como de vuestro trabajo, se os permite retirar solo una cosa en vuestro provecho: lo necesario. El resto pertenece a los pobres. Tal es la ley. No niego que en algunos casos y en determinadas circunstancias esa ley contemple temperamentos, pero ante la luz, la verdad y la justicia divina, no los contempla más.

“Y la familia, ¿qué será de ella? ¿Estamos en paz respecto de la familia toda vez que hemos ayudado a los que se denomina pobres?” Es evidente que no, señores. Porque desde el momento en que reconocéis la necesidad de desposeeros para los pobres, se trata de elegir y establecer una jerarquía. Ahora bien, vuestras mujeres y vuestros hijos son vuestros primeros pobres, de modo que ellos son los destinatarios principales de vuestra limosna. Velad por el futuro de vuestros hijos, ocupaos de prepararles días calmos y tranquilos en medio de ese valle de lágrimas. Dejadles incluso una pequeña herencia que les permita seguir adelante con el bien que habéis comenzado, pues eso es legítimo. Pero nunca les enseñéis a vivir como egoístas y a considerar como propio lo que es de todos. Asimismo, antes y después de vuestros hijos, están los autores de vuestros días, los que os han alimentado y protegido, los que cuidaron vuestros primeros pasos y guiaron vuestra adolescencia: vuestros padres y vuestras madres tienen derecho a vuestra solicitud. Les siguen las almas que Dios os ha dado en vuestros hermanos según la carne; luego, vuestros amigos del corazón; y luego todos los pobres, comenzando por los más miserables.

Ya veis que considero los temperamentos, y que establezco una jerarquía conforme a los impulsos de vuestro corazón. No obstante, evitad favorecer demasiado a unos en detrimento de otros. En la distribución equitativa de vuestros bienes demos-

traréis vuestra sabiduría, y mediante tal distribución también cumpliréis con la ley de Dios respecto de vuestros hermanos: la ley de solidaridad.

“La justicia —dice Lamennais— es la vida. La caridad es también la vida, pero una vida más bella y grata.”

Así es, la caridad es una bella y grata vida; es la vida de los santos; es la *llave del Cielo*.

LACORDAIRE

* * *

La fe

(Grupo espírita de Douai, 7 de junio de 1865.)

La fe sobrevuela la Tierra, buscando una morada en la que refugiarse, un corazón para esclarecer. ¿Dónde irá...? Primero, entrará en el alma del hombre primitivo, y se impondrá. Colocará un velo momentáneo sobre la razón inestable, que comienza a desarrollarse en las tinieblas del espíritu. Lo conducirá a través de los tiempos de simplicidad y, mediante las revelaciones, se convertirá en su dueña. No obstante, dado que el razonamiento todavía no estará bastante maduro para distinguir lo verdadero de lo falso y para considerar lo que procede de Dios, la fe hará que el hombre se aparte del camino recto, llevándolo de la mano con una venda en los ojos. Muchos extravíos, tal debe ser la divisa de la fe ciega, que sin embargo tuvo su utilidad y su razón de ser durante mucho tiempo.

Esa virtud desaparece cuando el alma, al presentir que puede ver con sus propios ojos, la descarta y decide avanzar tan solo con la razón. Esta la ayuda a despojarse de las creencias falsas, que había adoptado sin examen. Para eso, es buena. Pero el hombre, al descubrir en su camino muchos misterios y verdades oscuras, pretende superarlos y se tropieza; su juicio no puede seguirlo. Se propone avanzar más rápido, pero la progresión en todo debe ser imperceptible. Ya no cuenta con la fe que descartó; ni con la razón, cuyos límites no acepta. Entonces, procede como la mariposa temeraria: quema sus alas en la luz y se pierde en nuevos extravíos imposibles. De ahí surgió la mala filosofía, que al buscar demasiado hizo que todo se derrumbara, sin nada para sustituirlo.

Ese era el momento de la transformación: el hombre ya no creía ciegamente, pero tampoco creía razonando la creencia. Era la crisis universal tan bien representada por el estado de la crisálida.

A fuerza de buscar en la noche, surge la claridad, y muchas almas extraviadas, recuperando apenas la luz apagada por tantos desvíos inútiles, retoman la guía de sus conductoras eternas: la fe y la razón, haciendo que estas vayan adelante, para que sus dos luces reunidas les impidan perderse por segunda vez. Esas almas fundan su fe en las bases sólidas de la razón, que a su vez recibe el auxilio de la inspiración.

Esta última es vuestra época, amigos míos. Avanzad, pues Dios está al final del camino.

DEMEURE

ALLAN KARDEC

AVISO

Las sesiones de la Sociedad Espírita, de París, serán suspendidas, como los años precedentes, desde el 1.º de agosto hasta el 1.º de octubre.

ALLAN KARDEC



REVISTA ESPÍRITA

PERIÓDICO DE ESTUDIOS PSICOLÓGICOS

Año VIII

Número 9

Septiembre de 1865

La mediumnidad curativa

Nos escriben desde Lyon, el 12 de julio de 1865:

“Estimado señor Kardec:

”Acudo a vuestra amabilidad, en calidad de espírita, para rogaros que tengáis a bien darme algunos consejos en relación con la práctica de la mediumnidad curativa a través de la imposición de las manos. Estoy seguro de que un artículo sencillo acerca de este tema en la *Revista Espírita*, que contenga algunos desarrollos, sería acogido con gran interés, no solamente por aquellos que, como yo, se ocupan de esa cuestión con fervor, sino también por muchos otros a quienes esa lectura podría inspirarles el deseo de ocuparse de tal cuestión. Siempre recuerdo las palabras de una sonámbula a la que yo había formado. Durante el sueño magnético, la enviaba a visitar a una enferma a distancia, y ante mi pregunta acerca de cómo se la podría curar, dijo: ‘Hay alguien en su pueblo que podría hacerlo, es tal persona; es un médium curador, pero *no sabe nada al respecto*’.

”No sé hasta qué punto esa facultad es específica. A vos, más que a cualquier otra persona, os corresponde evaluarlo; pero si lo es realmente, cuán deseable sería que llamarais la atención de los espíritas sobre este punto. Incluso, todos aquellos que os leyeran al margen de nuestras opiniones, no podrían mantener ninguna reticencia en cuanto a practicar una facultad que solamente requiere la fe en Dios y la oración. ¿Qué puede ser más general y universal? Ya no es un asunto del espiritismo, de modo que en ese terreno cada uno puede conservar sus convicciones. ¿Cuántas hermanas de la caridad, cuántos buenos curas rurales, cuántas miles de personas piadosas, de ferviente caridad, podrían ser médiums curadores! Sueño con eso para todas las religiones, en todas las sectas. Aceptada en todas partes, esa facultad, ese obsequio divino de la bondad del Creador, en vez de mantenerse como prerrogativa de algunos, caería, si puedo expresarme así, en el dominio público. Sería un día hermoso para los que sufren, ¡y son tantos!

”No obstante, para ejercer esa facultad, independientemente de una fe viva y de la oración, pueden requerirse otras condiciones, procedimientos que seguir para actuar con la mayor eficacia posible. ¿Cuál es la parte que le corresponde al médium en la imposición de las manos? ¿Cuál es la que le corresponde a los Espíritus? ¿Se debe emplear la voluntad, como en las operaciones magnéticas, o limitarse a orar, dejando que la influencia oculta actúe por su cuenta? Esa facultad, ¿es realmente específica o accesible para todos? El organismo, ¿desempeña en ella algún papel? En tal caso, ¿cuál es ese papel? ¿Se puede desarrollar esa facultad? ¿En qué sentido?

”Es aquí donde vuestra larga experiencia, vuestros estudios acerca de las influencias fluídicas, la enseñanza de los Es-

píritus elevados que os asisten y, por último, los documentos que recogéis de todos los rincones del globo, pueden permitirnos esclarecernos e instruirnos. Nadie más que vos se halla en esa situación particular. Estoy seguro de que los que se ocupan de esa cuestión desean vuestros consejos tanto como yo, y creo que soy el portavoz de todos ellos. ¡Qué mina fecunda es la mediumnidad curativa! Se aliviará o se curará el cuerpo, y mediante el alivio o la cura se encontrará el camino del corazón, ahí donde a menudo la lógica había fracasado. ¡Cuántos recursos posee el espiritismo! ¡Cuán rico es en cuanto a los medios que está llamado a emplear! No dejemos ninguno de ellos improductivo; que todo concurra a elevarlo y a difundirlo. Vos empleáis todos los medios necesarios para eso, estimado señor Kardec, y después de Dios y de los Espíritus buenos, el espiritismo os debe lo que es. Ya tenéis una recompensa en este mundo, por la simpatía y el afecto de millones de corazones que ruegan por vos, sin considerar la verdadera recompensa que os espera en un mundo mejor.

”Tengo el honor, etc.”

A. D.

Lo que nos solicita nuestro honorable corresponsal no es nada menos que un tratado sobre la materia. La cuestión ha sido esbozada, en *El libro de los médiums* y en muchos artículos de la *Revista*, en lo que concierne a hechos de curaciones y de obsesiones; y está resumida en *El Evangelio según el espiritismo*, en cuanto a las oraciones por los enfermos y los médiums curadores. El hecho de que todavía no hayamos escrito un tratado regular y completo se debe a dos causas: la primera es que, a pesar de toda la actividad que desplegamos

en nuestros trabajos, nos resulta imposible hacer todo a la vez; la segunda, que es más grave, radica en la insuficiencia de las nociones que hasta ahora se poseen al respecto. El conocimiento de la mediumnidad curativa es una de las conquistas que debemos al espiritismo; pero el espiritismo, que está comenzando, todavía no ha podido decirlo todo: no puede mostrarnos de repente todos los hechos que abarca. Día a día, muestra nuevos hechos, de los que resultan nuevos principios, que acuden a corroborar o completar los que ya se conocen; pero es necesario el tiempo material para todo. La mediumnidad curativa debía tener su turno. Si bien forma parte del espiritismo, de por sí constituye toda una ciencia, pues está vinculada al magnetismo, y no solo abarca las enfermedades propiamente dichas, sino todas las variedades —tan numerosas y complicadas— de obsesiones que, de por sí, influyen en el organismo. Por consiguiente, no basta con algunas palabras para desarrollar un asunto tan vasto. Trabajamos en él, como en las demás partes del espiritismo, pero como no queremos introducir nada por nuestra cuenta y que sea hipotético, solo procedemos mediante la experiencia y la observación. Dado que la extensión de este artículo nos impide el desarrollo necesario, resumiremos algunos de los principios fundamentales que la experiencia ha consagrado.

1. Los médiums que obtienen indicaciones de remedios de parte de los Espíritus no son los denominados médiums curadores, pues no curan por sí mismos. Son simples médiums escribientes que tienen una aptitud más específica que otros para ese tipo de comunicaciones y que, por esa razón, se pueden denominar *médiums de consultas*, como otros son médiums poetas o dibujantes. La mediumnidad curativa se ejerce a través de la acción directa del médium sobre el enfer-

mo, con la ayuda de una especie de magnetización de hecho o de pensamiento.

2. Quien dice *médium*, dice *intermediario*. Entre el magnetizador propiamente dicho y el médium curador existe esta diferencia: el primero magnetiza con su propio fluido, mientras que el segundo lo hace con el fluido de los Espíritus, al cual sirve de conductor. El magnetismo producido por el fluido del hombre es el *magnetismo humano*; y el que proviene del fluido de los Espíritus es el *magnetismo espiritual*.

3. El fluido magnético tiene, pues, dos fuentes muy distintas: los Espíritus encarnados y los Espíritus desencarnados. Esa diferencia de origen produce una diferencia muy grande en la calidad del fluido y en sus efectos.

El fluido humano siempre está impregnado, en mayor o menor medida, de las impurezas *físicas y morales* del encarnado. El fluido de los Espíritus buenos es necesariamente más puro y, por eso mismo, tiene propiedades más activas que producen una cura más rápida. No obstante, al pasar a través del encarnado, puede alterarse como el agua limpia que pasa por un recipiente impuro, como todo remedio que se altera si ha pasado un tiempo en un recipiente sucio, y pierde en parte sus propiedades benéficas. De ahí resulta, para todo auténtico médium curador, la necesidad *absoluta* de trabajar en su purificación, es decir, en su mejoramiento moral, según este principio común: limpiad el recipiente antes de servirlo, si deseáis obtener algo bueno. Solo eso basta para demostrar que no cualquier persona podría ser médium curador, en la verdadera acepción de la palabra.

4. El fluido espiritual es tanto más purificado y benéfico cuanto más puro y liberado de la materia es el Espíritu que lo suministra. Se comprende que el fluido de los Espíritus

inferiores debe parecerse al del hombre, y que puede tener propiedades *malignas* si el Espíritu es impuro y lo animan malas intenciones.

Por la misma razón, las cualidades del fluido humano presentan matices infinitos según las cualidades *físicas y morales* del individuo. Es evidente que el fluido que rezuma de un cuerpo malsano puede inocular principios mórbidos en el magnetizado. Las cualidades morales del magnetizador, es decir, la pureza de intención y de sentimiento, el deseo ardiente y desinteresado de aliviar al semejante, unidos a la salud del cuerpo, otorgan al fluido un poder reparador que, en algunos individuos, puede acercarse a las cualidades del fluido espiritual.

Por lo tanto, sería un error considerar al magnetizador una simple máquina de transmisión fluídica. En eso, como en todas las cosas, el producto depende del instrumento y del agente productor. Por esos motivos, sería imprudente someterse a la acción magnética de un desconocido. Aparte de los conocimientos prácticos indispensables, el fluido del magnetizador es como la leche de una nodriza: saludable o insalubre.

5. Dado que el fluido humano es menos activo, exige una magnetización constante y un verdadero tratamiento, a veces muy prolongado. El magnetizador, al consumir su propio fluido, se agota y se fatiga, pues brinda su propio elemento vital; por eso, debe recuperar sus fuerzas cada tanto. El fluido espiritual, más potente a causa de su pureza, produce efectos más rápidos y a menudo casi instantáneos. Como ese fluido no pertenece al magnetizador, de ahí resulta que el cansancio es casi nulo.

6. El Espíritu puede actuar directamente sobre un individuo, sin intermediarios, conforme se pudo constatar en mu-

chas ocasiones, ya sea para aliviarlo, curarlo —si es posible—, o producir el sueño sonambólico. Cuando actúa a través de un intermediario, es el caso de la *mediumnidad curativa*.

7. El médium curador recibe el influjo fluídico del Espíritu, mientras que el magnetizador extrae todo de sí mismo. Pero los médiums curadores, en la estricta acepción de la palabra, es decir, aquellos cuya personalidad desaparece por completo ante la acción espiritual, son extremadamente raros, porque esa facultad, elevada al más alto grado, requiere un conjunto de cualidades morales que raramente se encuentran en la Tierra. Solo estos pueden obtener, con la imposición de las manos, esas curas instantáneas que nos parecen prodigiosas. Muy pocas personas pueden aspirar a ese favor. Dado que el orgullo y el egoísmo son las fuentes principales de las imperfecciones humanas, de ahí resulta que los que hacen alarde de poseer ese don, y andan por todas partes preconizando las curas maravillosas que han realizado —o que dicen haber realizado—, en busca de gloria, reputación o provecho, se encuentran en las peores condiciones para obtener esa facultad, que es un privilegio *exclusivo de la modestia, la humildad, la abnegación y el desinterés*. Jesús decía a aquellos a los que había curado: “Id a dar gracias a Dios, y no lo digáis a nadie”.

8. Por lo tanto, como la mediumnidad curativa pura es una excepción en la Tierra, se sigue de ahí que lo que ocurre casi siempre es una acción simultánea del fluido espiritual y el fluido humano; es decir, que todos los médiums curadores son, en mayor o menor medida, magnetizadores, razón por la cual actúan según los procedimientos magnéticos. La diferencia radica en el predominio de uno u otro fluido, así como en la mayor o menor rapidez de la cura. Cualquier magnetizador puede convertirse en médium curador si *sabe* hacerse asistir

por Espíritus buenos; en tal caso, los Espíritus acuden en su ayuda derramando sus propios fluidos sobre él, los cuales pueden decuplicar o centuplicar la acción del fluido puramente humano.

9. Los Espíritus acuden hacia quien ellos quieren; ninguna voluntad puede obligarlos. Acceden ante la oración, si esta es fervorosa y sincera, pero nunca ante una orden. De tal modo, la voluntad no puede otorgar la mediumnidad curativa, y nadie puede ser médium curador de manera deliberada. Se reconoce al médium curador por los resultados que obtiene, y no *por su pretensión de serlo*.

10. Con todo, si bien la voluntad es ineficaz respecto al concurso de los Espíritus, resulta todopoderosa para imprimir al fluido, espiritual o humano, una buena dirección y una mayor energía. En el hombre pusilánime y *distráido*, la corriente es débil; la emisión, escasa; el fluido espiritual queda en él, pero él no lo aprovecha. En cambio, en el hombre cuya voluntad es enérgica, la corriente produce *el efecto de una ducha*. No hay que confundir la voluntad enérgica con la terquedad, pues la terquedad es siempre una consecuencia del orgullo o del egoísmo, mientras que el más humilde puede tener la *voluntad de la abnegación*.

La voluntad, además, es todopoderosa para otorgar a los fluidos las cualidades específicas apropiadas a la naturaleza de la enfermedad. Ese punto, que es fundamental, se relaciona con un principio todavía poco conocido, pero que se encuentra en estudio: el de las creaciones fluídicas y las modificaciones que el pensamiento puede hacer sufrir a la materia. El pensamiento, que provoca una emisión fluídica, puede operar ciertas transformaciones, moleculares y atómicas, como

las que se producen bajo la influencia de la electricidad, la luz o el calor.

11. La oración, que es un pensamiento, cuando es fervorosa, ardiente, y se hace con fe, produce el efecto de una magnetización, no solo porque invoca el concurso de los Espíritus buenos, sino también porque dirige sobre el enfermo una corriente fluídica saludable. Al respecto, llamamos vuestra atención hacia las oraciones para los enfermos y los obsesos, contenidas en *El Evangelio según el espiritismo*.

12. Si bien la mediumnidad curativa pura es un privilegio de las almas selectas, la posibilidad de aliviar algunos padecimientos, e incluso de curar –aunque de una manera no instantánea– ciertas enfermedades, se le brinda a todo el mundo, sin que haya necesidad de ser magnetizador. El conocimiento de los procedimientos magnéticos resulta útil en los casos complicados, pero no es indispensable. Como todo el mundo puede recurrir a los Espíritus buenos, orar y *querer* el bien, a menudo basta con imponer las manos sobre un dolor para calmarlo. Esto es lo que cualquier individuo puede hacer, si emplea en eso la fe, el fervor, la voluntad y la confianza en Dios. Vale señalar que la mayoría de los médiums curadores inconscientes –los que no comprenden en modo alguno su facultad, y que se encuentran a veces en las condiciones más humildes y entre personas privadas de toda instrucción– recomiendan la oración y se ayudan a sí mismos al orar. Tan solo su ignorancia les hace creer en la influencia de esta o de aquella fórmula; algunas veces, incluso, mezclan en eso prácticas evidentemente supersticiosas, a las que no hay que dar más valor del que merecen.

13. Pero del hecho de que se hayan obtenido resultados satisfactorios una vez, o incluso varias veces, sería temerario

considerarse médium curador y concluir de ahí que se puede vencer todo tipo de males. La experiencia demuestra que, en la acepción estricta de la palabra, entre los mejor dotados no hay médiums curadores universales. Este habrá devuelto la salud a un enfermo, pero no causará ningún efecto en otro; aquél habrá curado una dolencia en un individuo, pero no volverá a curar el mismo mal otra vez, tanto en esa misma persona como en otra; por último, otro tendrá la facultad hoy, pero ya no la tendrá mañana, y podrá recuperarla más adelante, según las afinidades o las condiciones fluídicas en que se encuentre.

14. La mediumnidad curativa es una *aptitud*, como todos los tipos de mediumnidad, inherente al individuo, pero el resultado efectivo de esa aptitud es independiente de su voluntad. No cabe duda de que se desarrolla mediante el ejercicio y, sobre todo, con la práctica del bien y de la caridad. Pero como no podría tener la persistencia ni la puntualidad de un talento adquirido mediante el estudio, y del que siempre se es dueño, no podría convertirse en una profesión. Por lo tanto, sería abusivo que una persona se presentara ante el público como médium curador. Estas reflexiones no se aplican a los magnetizadores, porque la potencia está en ellos y son libres de disponer de ella.

15. Es un error pensar que los que no comparten nuestras creencias no serían reacios a la práctica de esta facultad. La mediumnidad curativa *razonada* se halla íntimamente vinculada al espiritismo, ya que se basa esencialmente en el concurso de los Espíritus. Ahora bien, los que no creen en los Espíritus, como tampoco en su propia alma, y mucho menos en la eficacia de la oración, no podrían reunir las condiciones necesarias, pues no se trata de algo que se pueda practi-

car automáticamente. Entre los que creen en el alma y en la inmortalidad de esta, ¿cuántos hay que aún hoy escaparían aterrados ante una invocación a los Espíritus buenos, por el temor de atraer al demonio, y que todavía creen de buena fe que todas esas curas son obra del diablo? El fanatismo es ciego: no razona. No será siempre así, sin duda, pero todavía pasará tiempo antes de que la luz penetre en ciertos cerebros. Entretanto, hagamos el mayor bien posible con la ayuda del espiritismo; hagámoslo incluso a nuestros enemigos, aunque nos lo retribuyan con ingratitud, pues es el mejor medio para vencer algunas resistencias y demostrar que el espiritismo no es tan malo como algunos afirman.

Curación de una fractura por medio de la magnetización espiritual

Nuestros lectores recordarán sin duda el caso de la curación casi instantánea de un esguince, operada por el Espíritu del doctor Demeure pocos días después de su muerte, y que referimos en la *Revista* del mes de marzo último⁴², junto con el relato de la impactante escena que tuvo lugar en esa oportunidad. Ese gran Espíritu acaba de manifestar nuevamente su buena voluntad a través de una cura aún más extraordinaria ejercida sobre la misma persona. Nos escriben desde Montauban, el 14 de julio de 1865:

42. Véase, en el número de abril, el artículo “El poder curativo del magnetismo espiritual”. (N. del T.)

“El Espíritu del doctor Demeure acaba de brindarnos una nueva prueba de su solicitud y de su profundo saber, en estas circunstancias:

”La mañana del 26 de mayo último, la señora Maurel, nuestra médium vidente y escribiente mecánica, sufrió una caída lamentable y se fracturó el antebrazo, un poco debajo del codo.

”Esa fractura, complicada con distensiones en la muñeca y en el codo, se caracterizaba por la crepitación de los huesos y la inflamación, que constituyen sus signos más evidentes.

”Conmocionados por la impresión que les había causado el accidente, los padres de la señora Maurel quisieron salir en busca de un médico, pero ella los retuvo, tomó un lápiz y escribió mediúmicamente con la mano izquierda: ‘No busquéis un médico, pues yo me encargo de ella. Demeure’. Así pues, aguardaron con confianza.

”Conforme a las indicaciones del Espíritu, de inmediato prepararon y colocaron vendas y un cabestrillo. A continuación, los Espíritus buenos realizaron una magnetización espiritual e indicaron reposo temporario.

”Esa noche, algunos adeptos convocados por los Espíritus se reunieron en casa de la señora Maurel, quien, adormecida por la influencia de un médium magnetizador, no tardó en entrar en estado sonambúlico. Entonces, el doctor Demeure continuó el tratamiento que apenas había insinuado en la mañana, actuando mecánicamente sobre el brazo fracturado. Sin otra ayuda aparente más que su mano izquierda, nuestra enferma había quitado rápidamente el cabestrillo, dejando tan solo las vendas, y vimos que el brazo, bajo la influencia de la atracción magnética espiritual, adoptaba insensiblemente

diversas posiciones adecuadas para facilitar la reducción de la fractura. Parecía ser objeto de toques inteligentes, sobre todo en el punto donde los huesos deberían soldarse. Luego, comenzó a estirarse bajo la acción de tracciones longitudinales.

”Instantes después de esa magnetización espiritual, la señora Maurel procedió por sí sola a ajustar las vendas y colocarse nuevamente el cabestrillo, que consistía en dos tablillas unidas entre sí y al brazo mediante una correa. De tal modo, todo transcurrió como si un hábil cirujano hubiera operado visiblemente. Resulta curioso que, durante la intervención, en medio de la opresión del dolor, se escuchaba que de la boca de la paciente salían estas palabras: ‘¡No apretéis tanto! ¡Me hacéis daño!’. Ella veía al Espíritu del doctor y se dirigía a él, suplicándole que cuidara su sensibilidad. Así pues, se trataba realmente de un ser invisible para todos, excepto para ella, a quien le hacía apretar el brazo valiéndose inconscientemente de su propia mano izquierda.

”¿Cuál era el papel del médium-magnetizador durante la intervención? Para nosotros, se veía inactivo. Con su mano derecha, apoyada en el hombro de la sonámbula, contribuía al fenómeno mediante la emisión de los fluidos necesarios para su realización.

”La noche del 27 al 28, por primera vez se declaró una intensa fiebre en la señora Maurel. Su brazo se había descolocado como consecuencia de una mala posición mientras dormía. Urgía remediar la situación, de modo que el 28 nos volvimos a reunir. Una vez declarado el estado sonambúlico, se formó la cadena magnética, por invitación de los Espíritus buenos. Después de varios pases y diversas manipulaciones, semejantes en todo a las descriptas más arriba, el brazo fue puesto en su lugar, no sin haber hecho experimentar a esta po-

bre dama crueles sufrimientos. A pesar del nuevo accidente, el miembro ya reflejaba el efecto saludable producido por las magnetizaciones anteriores. Además, eso queda demostrado por lo que sigue. Liberado momentáneamente de las tablillas, el brazo se encontraba apoyado en unas almohadas, cuando de repente se elevó algunos centímetros en posición horizontal, para ser dirigido suavemente de izquierda a derecha, y viceversa. Luego, descendió oblicuamente y fue sometido a una nueva tracción. Entonces, los Espíritus comenzaron a hacerlo girar una y otra vez en todos los sentidos, y cada tanto movían hábilmente las articulaciones del codo y de la muñeca. La causa de esos movimientos automáticos, impresos en un brazo fracturado e inerte, y contrarios a todas las leyes conocidas de la gravedad y la mecánica, solamente se puede atribuir a la acción fluídica. Si no fuera por la certeza de la existencia de la fractura, así como de los gritos desgarradores de la desdichada dama, confieso que me habría costado mucho admitir ese hecho: uno de los más curiosos que la ciencia pueda registrar. Por consiguiente, puedo decir con toda sinceridad que me considero muy afortunado de haber sido testigo de semejante fenómeno.

”Los días 29, 30, 31 y siguientes, las sucesivas magnetizaciones espirituales, acompañadas de manipulaciones variadas de mil maneras, condujeron a una sensible mejoría en el estado general de nuestra enferma. Día a día, el brazo recobrabá nuevas fuerzas. En especial, vale señalar el día 31, en que se dio el primer paso hacia la convalecencia. Esa noche, dos Espíritus, que se destacaban por el brillo de su irradiación, asistían a nuestro amigo Demeure. Parecía que le daban consejos, que él se apresuraba a poner en práctica. Incluso, uno de ellos intervenía cada tanto, y con su dulce influencia siempre

producía un alivio inmediato. Hacia el final de la reunión, las tablillas se descartaron definitivamente, y solo hicieron falta las vendas para sostener el brazo y mantenerlo en una posición adecuada. Debo agregar que, además, un aparato de suspensión contribuía a mantener firme el vendaje. De tal modo, el sexto día posterior al accidente, y a pesar de la lamentable recaída del 27, el proceso de curación de la fractura ya no requería los medios que los médicos emplean durante treinta o cuarenta días. La noche del 4 de junio, día que los Espíritus buenos había señalada para la reducción definitiva de la fractura complicada con distensiones, tuvo lugar otra reunión. La señora Maurel, apenas en estado sonambúlico, comenzó a quitarse las vendas del brazo, imprimiéndole a este un movimiento de rotación tan rápido que nuestra mirada apenas podía seguir los contornos de la curva que describía. A partir de ese momento, comenzó a utilizar el brazo como de costumbre. Estaba curada.

”Al finalizar la sesión se produjo una escena impactante, que merece ser referida aquí. Los Espíritus buenos, en número de treinta, formaron al comienzo una cadena magnética paralela a la que habíamos formado nosotros. La señora Maurel, con su mano derecha, se puso en comunicación directa sucesivamente con dos Espíritus a la vez; ubicada en el interior de las dos cadenas, recibía la acción benéfica de una doble corriente fluídica energética. Radiante de satisfacción, aprovechaba la oportunidad para agradecerles efusivamente el poderoso auxilio que habían brindado para que se curara. Por su parte, los Espíritus la incentivaban a perseverar en el bien. A continuación, la señora Maurel comenzó a probar de varias maneras la fuerza de su brazo. Lo mostraba a los asistentes y les pedía que tocaran las cicatrices de la soldadura de los hue-

sos. Les estrechaba la mano con fuerza, y les anunciaba gozosa la curación operada por los Espíritus buenos. Al despertarse, notó que podía mover su brazo libremente, y se desmayó, dominada por una profunda emoción...

”Cuando se ha sido testigo de tales hechos, no se puede más que proclamarlos, porque merecen llamar la atención de las personas serias.

”Entonces, ¿a qué se debe que en el mundo inteligente haya tanta resistencia a admitir la intervención de los Espíritus en la materia? ¿Por qué hay personas que creen en la existencia y en la individualidad del Espíritu, pero le niegan la posibilidad de manifestarse? Eso ocurre porque no conocen las facultades *físicas* del Espíritu, al que consideran absolutamente inmaterial. La experiencia demuestra, por el contrario, que el Espíritu, por su propia naturaleza, actúa directamente sobre los fluidos imponderables y, por consiguiente, sobre los fluidos ponderables, e incluso sobre los cuerpos tangibles.

”¿Cómo procede un magnetizador común? Supongamos que pretenda actuar sobre un brazo, por ejemplo. Concentra su acción en ese miembro, y con un simple movimiento de sus dedos, ejecutado a distancia y en todos los sentidos, actuando absolutamente como si el contacto de la mano fuera real, dirige una corriente fluídica hacia el punto deseado. El Espíritu no procede de otro modo: su acción fluídica se transmite de periespíritu a periespíritu, y de este al cuerpo material. El estado de sonambulismo facilita considerablemente esa acción, a causa del desprendimiento del periespíritu, que se identifica mejor con la naturaleza fluídica del Espíritu, y entonces sufre la influencia magnética espiritual elevada al máximo de su potencia.

”Toda la ciudad se ocupó de esta curación, obtenida sin el concurso de la ciencia oficial, y todos han dado su parecer. Algunos señalaron que el brazo no se había roto; sin embargo, la fractura ha sido debidamente constatada por numerosos testigos oculares, entre otros, por el doctor D..., quien visitó a la enferma durante el tratamiento. Otros dijeron: ‘¡Es muy sorprendente!’ y se detuvieron ahí. Es inútil agregar que algunos afirmaron que la señora Maurel había sido curada por el diablo; pero si ella no hubiera sido tratada por profanos, habrían dicho que la cura fue un milagro. Los espíritas, que comprenden el fenómeno, vieron en él la acción de un poder natural desconocido hasta ahora, y que el espiritismo ha revelado a los hombres.”

Observaciones. Si bien existen fenómenos espíritas que hasta cierto punto se podrían atribuir a la imaginación —como las visiones, por ejemplo—, no se podría hacer lo mismo en este caso. La señora Maurel no soñó que se había roto el brazo, como tampoco las numerosas personas que acompañaron el tratamiento. Los dolores que ella sentía no eran una alucinación. Su cura en ocho horas no es una ilusión, dado que ella utiliza su brazo. El hecho concreto está ahí, de modo que es necesario inclinarse ante él. Es cierto que confunde a la ciencia, porque parece imposible en el estado actual de los conocimientos. Sin embargo, ¿no ocurrió eso mismo cada vez que se revelaron nuevas leyes? ¿Es la rapidez de la curación lo que os asombra? Pero ¿acaso la medicina no ha descubierto numerosos agentes más activos que los que ya conocía para acelerar determinadas curaciones? ¿No ha encontrado en estos últimos tiempos los recursos para cicatrizar casi inmediatamente algunas heridas? ¿No los ha encontrado también para activar la vegetación y la fructificación? ¿Por qué no habría

podido hacerlo para activar la soldadura de los huesos? ¿Acaso conocéis todos los agentes de la naturaleza? ¿Será que Dios no tiene más secretos para vosotros? No es más lógico negar actualmente la posibilidad de una curación rápida, que negar en el siglo pasado la posibilidad de recorrer en algunas horas la distancia que requería un viaje de diez días. ‘Esos recursos –diréis– no están en la farmacopea’. Es cierto. Pero ¿no es cierto también que antes de que la vacuna se registrara en ese repertorio, su inventor era tratado de loco? Los remedios homeopáticos tampoco figuran ahí, pero eso no impide que haya médicos homeópatas que curan en todas partes. Además, como en el caso que nos ocupa no se trata de una preparación farmacéutica, es más que probable que ese recurso curativo no figure durante mucho tiempo en la ciencia oficial.

“Pero si los médicos –nos dirán– acuden a ejercer su arte después de que han muerto, entonces van a competir con los médicos vivos.” Eso es muy probable. No obstante, que estos últimos se queden tranquilos, porque si aquellos les quitan algunas prácticas, no lo hacen para suplantarlos, sino para demostrarles que no están muertos en absoluto, así como para brindar su auxilio desinteresado a los que tengan a bien aceptarlo. Para que les quede claro, les muestran que en determinadas circunstancias se puede prescindir de ellos. Siempre hubo médicos, y siempre los habrá. Con todo, los que aprovechen las novedades que les ofrezcan los desencarnados, tendrán una gran ventaja sobre los que quedarán rezagados. Los Espíritus acuden para *contribuir al desarrollo de la ciencia humana*, y no para suprimirla.

En la curación de la señora Maurel, un hecho que tal vez sorprenda más que la rapidez con que se soldaron los huesos, es el movimiento del brazo fracturado, que parece contrario a

todas las leyes conocidas de la dinámica y la gravedad. Contrario o no, el hecho está ahí. Si existe, es porque tiene una causa. Si se reitera, es porque se halla sujeto a una ley. Ahora bien, esa ley es la que el espiritismo nos da a conocer mediante las propiedades de los fluidos periespirituales. Suponed que ese brazo –que sometido tan solo a las leyes de la gravedad no habría podido levantarse– se mantiene sumergido en un líquido cuya densidad sea mucho mayor que la del aire. En tal caso, a pesar de la fractura, sostenido por ese líquido que disminuye su peso, podrá moverse sin dificultad, e incluso ser levantado sin el menor esfuerzo. Así, en una bañera, el brazo que parece muy pesado fuera del agua, resulta muy liviano dentro de esta. Ahora bien, sustituid ese líquido con un fluido que tenga las mismas propiedades, y tendréis lo que ocurre en el caso que nos ocupa: un fenómeno que se basa en el mismo principio que el de las mesas y las personas que se mantienen suspendidas en el espacio sin ningún punto de apoyo. Ese fluido es el fluido periespiritual, que el Espíritu dirige como quiere, y cuyas propiedades modifica tan solo con la acción de su voluntad. Así pues, en la circunstancia presente, hay que representarse el brazo de la señora Maurel sumergido en un medio fluídico que produce el efecto del aire en los globos.

Al respecto, alguien nos preguntó si en la curación de esa fractura el doctor Demeure había procedido con o sin el concurso de la electricidad y el calor. Le respondimos: que en ese caso la curación se produjo, como en todos los casos de curación a través de la magnetización espiritual, por la acción del fluido emanado del Espíritu. Que ese fluido, a pesar de ser etéreo, no deja de ser materia. Que mediante la corriente que le imprime, el Espíritu puede impregnar y saturar con él todas las moléculas de la parte enferma. Que puede modificar

sus propiedades, como el magnetizador modifica las del agua, y otorgarle una virtud curativa adecuada a las necesidades. Que la energía de la corriente se corresponde con la cantidad, la *calidad* y la *homogeneidad* de los elementos que componen la cadena de personas llamadas a proporcionar su contingente flúidico. Es probable que esa corriente active la secreción que debe producir la soldadura de los huesos, y que de tal modo logre una curación más rápida que cuando se la deja librada a sí misma.

Ahora bien, la electricidad y el calor, ¿desempeñan algún papel en ese fenómeno? Eso es tanto más probable cuanto que el Espíritu *no curó con un milagro*, sino mediante una aplicación más acertada de las leyes de la naturaleza, a raíz de su clarividencia. Si la electricidad y el calor no son fluidos especiales —conforme la ciencia es inducida a admitir—, sino modificaciones o propiedades de un fluido elemental universal, entonces deben formar parte de los elementos constitutivos del fluido periespiritual. Así pues, en el caso que nos ocupa, la acción de ambos está implícita, del mismo modo que, cuando se toma vino, se ingiere necesariamente el agua y el alcohol que contiene.

Alucinación en los animales, entre los síntomas de la rabia

Uno de nuestros colegas presentó en la Sociedad el siguiente resumen de un informe leído en la Academia de Me-

dicina por el señor doctor H. Bouley, acerca de los síntomas de la rabia en el perro.

“En el período inicial de la rabia, y cuando la enfermedad se ha declarado por completo, en los intervalos de los accesos, el perro sufre una especie de delirio que se puede denominar delirio rábico, acerca del cual Youatt se refirió por primera vez, describiéndolo perfectamente.

”Ese delirio se caracteriza por movimientos extraños que denotan que el animal enfermo ve objetos y escucha ruidos que solo existen en lo que con toda razón se puede denominar su imaginación. En efecto, algunas veces el animal se mantiene inmóvil y atento, como si estuviera al acecho. Después, de repente, se lanza y muerde en el aire, como hace el perro sano que trata de atrapar una mosca en vuelo. Otras veces, se arroja contra una pared, furioso y aullando, como si hubiera escuchado ruidos amenazantes del otro lado.

”Si se razona por analogía, somos autorizados a admitir que aquellos son signos de auténticas alucinaciones. Sin embargo, quienes no estuvieran prevenidos no podrían atribuirle importancia a esos síntomas, que son muy fugaces, y basta con que el perro escuche la voz del amo para que desaparezcan. Entonces sobreviene un momento de reposo: los ojos se cierran lentamente, la cabeza se inclina, los miembros delanteros parecen escabullirse debajo del cuerpo, y el animal queda a punto de desplomarse. Pero de repente se recupera, y nuevos fantasmas lo asedian. Mira alrededor suyo con una expresión salvaje, muerde en el aire, como para atrapar un objeto al alcance de sus dientes, y se arroja hasta donde se lo permite su cadena para atrapar un enemigo que solo existe en su imaginación.”

Este fenómeno, minuciosamente observado —como vemos— por el autor de la memoria, parece denotar que en ese momento el perro es atormentado por la visión de algo invisible para nosotros. ¿Se trata de una visión real o de una creación fantástica de su imaginación, dicho de otro modo, de una alucinación? Si es una alucinación, no cabe duda de que el perro no ve con los ojos del cuerpo, puesto que los objetos no son reales. Si se trata de seres fluídicos o Espíritus, dado que estos no causan ninguna impresión en el sentido de la vista, los percibe con una especie de vista espiritual. En uno u otro caso, el perro contaría con una facultad hasta cierto punto análoga a la que posee el hombre. La ciencia todavía no se aventuró a otorgarle una *imaginación* a los animales. Ahora bien, la distancia que hay entre la imaginación y un principio independiente de la materia no es grande, a menos que se admita que la materia bruta: la madera, la piedra, etc., pueda tener imaginación.

La ciencia atribuye todos los fenómenos de visiones a la imaginación sobreexcitada. Sin embargo, a veces se ha visto que los niños de muy corta edad, que todavía no saben hablar, corren detrás de un ser invisible, le sonríen, le tienden los brazos e intentan sujetarlo. Este hecho, comparado con la rabia, ¿no tiene un gran parecido con el del perro referido más arriba? El niño aún no puede decir lo que ve; pero los que comienzan a hablar dicen positivamente que ven seres que son invisibles para los testigos. Se los ha visto describir a sus abuelos fallecidos, a los que nunca conocieron. Entendemos la sobreexcitación en una persona preocupada por una idea, pero no cabe duda de que ese no es el caso de un niño pequeño. Estamos de acuerdo en que la imaginación sobreexcitada podrá activar un recuerdo. El miedo, el afecto, el entusiasmo, podrán

crear imágenes fantásticas. Dominada por algunas creencias, una persona exaltada supondrá que se le aparece un ser querido, o la Virgen o los santos. Eso es una cosa, pero ¿cómo se explica, solo mediante esas causas, el hecho de que un niño de tres o cuatro años describa a su abuela, a la que nunca vio? No hay duda de que eso no pudo ser el producto de un recuerdo, ni de una preocupación, ni de alguna creencia.

Digamos, de paso y como corolario de lo que precede, que la mediumnidad vidente parece ser frecuente, e incluso general, en los niños pequeños. De tal modo, nuestros ángeles de la guarda nos conducen, como de la mano, hasta el umbral de la vida física, para facilitarnos la entrada y mostrarnos el vínculo con la vida espiritual, a fin de que la transición de una a otra no sea demasiado brusca. A medida que el niño crece y puede hacer uso de sus propias fuerzas, el ángel de la guarda desaparece de su vista, para entregarlo a su libre albedrío. Parece decirle: “Te acompañé hasta el navío que te conducirá por el mar del mundo. Vete ahora, y vuela con tus propias alas. No obstante, desde lo alto de los cielos, velaré por ti. Piensa en mí; y cuando regreses, ahí estaré para recibirte”. ¡Dichoso el que, durante la travesía, no olvida a su ángel de la guarda!

Volvamos al asunto principal que nos llevó a esta digresión. Desde el momento en que se admite una imaginación en el perro, podemos decir que la enfermedad de la rabia lo sobreexcita a tal punto que le causa alucinaciones. No obstante, numerosos ejemplos tienden a demostrar que el fenómeno de las visiones ocurre en algunos animales cuando estos se hallan en estado absolutamente normal, sobre todo en los perros y en los caballos. En estos, al menos, se lo ha podido observar más que en otros. Si razonamos por analogía, es posible suponer que lo mismo ocurre en el elefante y en el resto de

los animales que más se acercan al hombre por su inteligencia. Es cierto que el perro sueña. A veces, mientras duerme, hace movimientos que simulan una carrera, y también llora o expresa alegría. Por lo tanto, su pensamiento es activo, libre e independiente del instinto propiamente dicho. ¿Qué hace, qué ve, en qué piensa durante esos sueños? Lamentablemente, no puede decírnoslo. Pero el hecho está ahí.

Hasta ahora, los hombres nos hemos ocupado poco del principio inteligente de los animales, y mucho menos de su afinidad con la especie humana, salvo desde el punto de vista exclusivo del organismo material. En la actualidad, se intenta conciliar su estado y su destino con la justicia de Dios. Pero al respecto solo se han elaborado sistemas más o menos lógicos, que no siempre se corresponden con los hechos. Si la cuestión se mantuvo indecisa durante tanto tiempo, es porque faltaron, como en tantas otras cosas, los elementos necesarios para resolverla. El espiritismo, que brinda la clave de tantos fenómenos que no se comprenden, que son mal observados o que se pasan por alto, no puede dejar de facilitar la solución de este importante problema, al que no se le ha prestado la atención que merece, porque constituye una solución de continuidad en los eslabones de la cadena que une a todos los seres, así como en el conjunto armonioso de la Creación.

¿Por qué, pues, el espiritismo no ha podido resolver esta cuestión de inmediato? Sería mejor preguntar por qué un profesor de física no enseña a sus alumnos, desde la primera lección, las leyes de la electricidad y de la óptica. Comienza por los principios fundamentales de esa ciencia, los cuales deben servir de base para la comprensión de los otros principios, y reserva para más adelante la explicación de las leyes subsecuentes. De igual modo proceden los grandes Espíritus que

dirigen el movimiento espírita. En buena lógica, comienzan por el principio, y aguardan a que nos afirmemos en un punto antes de abordar otro. Ahora bien, ¿cuál debía ser el punto de partida de su enseñanza? El alma humana. En primer lugar, era necesario que se ocuparan de convencernos de la existencia y la inmortalidad del alma, así como de darnos a conocer sus verdaderos atributos y su destino. En una palabra, teníamos que comprender nuestra alma antes de intentar comprender la de los animales. El espiritismo ya nos ha enseñado mucho acerca del alma y sus facultades; cada día nos enseña más, y proyecta su luz sobre algún punto nuevo. Con todo, ¿cuánto nos resta aún por explorar!

A medida que el hombre avanza en el conocimiento de su estado espiritual, su atención es dirigida hacia todas las cuestiones que en mayor o menor medida se relacionan con ese estado, y la cuestión de los animales no es una de las que menos le interesan. Aprovecha mejor las analogías y las diferencias; intenta explicar lo que observa; extrae consecuencias; elabora y pone a prueba teorías, que son refutadas o confirmadas alternativamente mediante nuevas observaciones. De tal modo, con los esfuerzos de su propia inteligencia, poco a poco se acerca al objetivo. En eso, como en todas las cosas, los Espíritus no acuden para liberarnos del esfuerzo de las investigaciones, porque el hombre debe hacer uso de sus facultades. Ellos lo ayudan, lo dirigen, lo cual ya es mucho, pero no le entregan la ciencia concluida. Cuando él se encuentra en el camino de la verdad, entonces ellos acuden a revelársela por completo, para acallar las dudas y aniquilar los sistemas falsos. No obstante, en el ínterin, su espíritu se ha preparado para comprenderla mejor y aceptarla; y cuando ella se muestra, no lo sorprende, pues ya estaba en el fondo del pensamiento.

Observad el camino que ha recorrido el espiritismo. ¿Tomó a los hombres de improviso? No, por cierto. Sin considerar los hechos que se produjeron en todas las épocas —porque el espiritismo está en la naturaleza, como lo está la electricidad, desde el punto de vista de su principio—, preparó su aparición desde hace un siglo. Swedenborg, Saint Martin, los teósofos, Charles Fourier, Jean Reynaud y tantos otros; sin olvidar a Mesmer, que dio a conocer la potencia fluídica; a Puységur, que fue el primero en observar el sonambulismo; todos ellos levantaron una punta del velo de la vida espiritual. Giraron en torno a la auténtica luz y se acercaron a ella en mayor o menor medida; prepararon el camino y predispusieron los ánimos para que el espiritismo, por decirlo de algún modo, solo tuviera que completar lo que se había esbozado. Esa es la razón por la que conquistó casi inmediatamente tan numerosas simpatías. Tampoco mencionaremos otras múltiples causas, que acudieron en su auxilio para demostrar que algunas ideas ya no se encontraban al nivel del progreso humano; causas que hicieron posible presentir el advenimiento de un nuevo orden de cosas, porque la humanidad no puede mantenerse estacionaria. Lo mismo ocurrió con todas las grandes ideas que transformaron la faz de la Tierra: ninguna la deslumbró como un relámpago. ¿Acaso Sócrates y Platón, cinco siglos antes de Cristo, no arrojaron la semilla de las ideas cristianas?

Hubo otro motivo que postergó la solución del problema acerca de los animales. Esa solución afecta prejuicios arraigados desde hace tiempo, y habría sido imprudente enfrentarlos. Por eso los Espíritus no lo hicieron. En la actualidad, el asunto se plantea en diferentes ámbitos, incluso fuera del espiritismo. Los desencarnados opinan al respecto conforme a sus ideas personales. Esas diversas teorías son analizadas y

discutidas. Una infinidad de hechos, como por ejemplo el que constituye el tema de este artículo, y que antaño hubieran pasado desapercibidos, ahora llaman la atención, incluso a causa de los estudios preliminares que se han realizado. Sin adoptar tal o cual opinión, nos familiarizamos con la idea de que existe un punto de contacto entre la animalidad y la humanidad, de modo que cuando llegue la solución definitiva, en el sentido que sea, deberá basarse en argumentos perentorios, que no dejarán lugar a la menor duda. Si esa idea es verdadera, habrá sido presentida. Si es falsa, se habrá encontrado algo más lógico para poner en su lugar.

Todo se vincula, todo se encadena, todo se armoniza en la naturaleza. El espiritismo presentó una idea madre, y podemos ver cuán fecunda es. Antes de que esta doctrina arrojará luz sobre la psicología, habría costado creer que pudieran surgir tantas consideraciones acerca de un perro rabioso.

Tras leer el resumen del informe del señor Bouley en la Sociedad de París, un Espíritu dictó al respecto la siguiente comunicación:

(Sociedad espírita de París, 30 de junio de 1865.

Médium: señor Desliens.)

¿Existe la visión en el perro y en algunos otros animales, en los cuales se producen fenómenos semejantes a los descritos por el señor Bouley? En mi opinión, el asunto no deja ni sombra de duda. En efecto, el perro y el caballo ven o sienten a los Espíritus. ¿Acaso nunca habéis sido testigos de la repulsión que esos animales a veces manifiestan al pasar por un lugar donde, sin que lo sepan, se encuentra enterrado un cuerpo humano? Sin duda diréis que sus sentidos pueden

despertarse con el olor particular de los cuerpos en estado de putrefacción. En tal caso, ¿por qué pasan indiferentes junto al cadáver enterrado de otro animal? ¿Por qué se dice que el perro siente la muerte? ¿Nunca habéis visto perros aullando bajo la ventana de una persona agonizante, aún cuando esa persona le resulte desconocida? ¿Tampoco habéis visto, fuera de la sobrecitación de la rabia, a diversos animales que, desobedeciendo la voz del amo, retroceden aterrados ante un obstáculo invisible que parece cerrarles el paso, y enfurecerse, para luego pasar tranquilamente por ese mismo lugar que les había causado tanto pavor, como si el obstáculo hubiera desaparecido? Hay animales que han salvado a sus amos de un peligro inminente, negándose a recorrer el camino donde estos habrían podido sucumbir. Los hechos de visiones en los animales se registran en la Antigüedad y en la Edad Media, así como en nuestros días.

Por consiguiente, no hay duda de que los animales ven a los Espíritus. Además, afirmar que tienen imaginación, ¿no implica concederles un punto de semejanza con el Espíritu humano? El instinto, ¿no es en ellos la inteligencia rudimentaria, adecuada a sus necesidades, antes de que esta haya pasado por los crisoles modificadores que deben transformarla y otorgarle nuevas facultades? El hombre también tiene instintos, que lo impulsan a obrar de una manera inconsciente en interés de su conservación. Pero a medida que en él se desarrollan la inteligencia y el libre albedrío, el instinto se debilita para dar lugar al juicio, porque ya no necesita tanto a ese guía ciego.

El instinto, que se presenta con toda su fuerza en el animal, prolongándose en el hombre, donde se pierde poco a poco, es sin duda un punto de contacto entre las dos especies. La sutileza de los sentidos en el animal, así como en el salvaje

y en el hombre primitivo, supliendo en unos y en otros la ausencia o la insuficiencia del sentido moral, es otro punto de contacto. Por último, la visión espiritual, que muy evidentemente tienen en común, si bien en grados muy diversos, también disminuye la distancia que parecía haber colocado entre ellos una barrera infranqueable. No obstante, aún no concluyáis de ahí nada de manera absoluta, sino observad atentamente los hechos, porque solo de esa observación algún día surgirá para vosotros la verdad.

MOKI

Observación. Este consejo es muy sabio, porque es evidente que solo a partir de los hechos se puede afirmar una teoría sólida, fuera de la cual no hay más que opiniones o sistemas. Una vez constatados, los hechos son argumentos sin réplica, cuyas consecuencias tarde o temprano hay que aceptar. Este es el principio que sirvió de base para la doctrina espírita, y que nos permite afirmar que esta doctrina es una ciencia de observación.

Una explicación acerca de la revelación del señor Bach

Con este título: *Carta de un desconocido*, firmada por Bertellius, *Le Grand Journal*, del 18 de junio de 1865, contiene la siguiente explicación del hecho referido en la *Revista Espírita* del mes de julio último, acerca del aria del rey Enrique III, revelada en sueños al señor Bach. El autor se apoya exclusiva-

mente en el sonambulismo, y parece prescindir por completo de la intervención de los Espíritus. Si bien en tal sentido diferimos respecto de ese punto de vista, su explicación no deja de hallarse razonada con sabiduría, y aunque consideremos que no es del todo exacta, contiene nociones indiscutiblemente auténticas y dignas de atención.

A diferencia de algunos magnetizadores, denominados *fluidistas*, que solo ven en los efectos magnéticos la acción de un fluido material, sin tomar en cuenta el alma, el señor Bertelius hace que esta desempeñe un papel fundamental. Presenta el alma en estado de emancipación y de desprendimiento de la materia, durante el cual goza de facultades que no posee en estado de vigilia. Así pues, se trata de una explicación desde el punto de vista espiritualista, aunque no sea completamente espírita, y ya es algo que se afirme la posibilidad de ese hecho por otros medios que no sean los de la materialidad pura; y todo esto presentado en un periódico importante.

Vale señalar que en este momento se produce, entre los negadores del espiritismo, una especie de reacción; o mejor dicho, se forma una tercera opinión, que podemos considerar una transición. Muchas personas reconocen actualmente que es imposible explicar algunos fenómenos tan solo mediante las leyes de la materia, pero todavía no se deciden a admitir la intervención de los Espíritus. Buscan la causa en la acción exclusiva del alma encarnada, independientemente de los órganos materiales. No cabe duda de que este es un paso que debemos considerar una primera victoria sobre el materialismo. Entre la acción independiente y aislada del alma durante la vida, y esa misma acción después de la muerte, la distancia no es grande. Esas personas serán conducidas a esto mediante la

evidencia de los hechos y la imposibilidad de explicarlo todo con la ayuda exclusiva del Espíritu encarnado.

Este es el artículo publicado en *Le Grand Journal*:

“En el penúltimo número de *Le Grand Journal*, tras relatar el singular fenómeno que experimentó el señor G. Bach, hacéis estas preguntas: ‘¿No será que la espineta perteneció a Baltazarini? ¿Habrá sido el Espíritu de Baltazarini el que escribió la romanza y la zarabanda? Misterio que no nos atrevemos a develar’.

”Por favor, decidme, ¿por qué un hombre como vos, al que considero libre de prejuicios, retrocede ante la búsqueda de la verdad? Decís: ‘¡Misterio!’. No, señor, no hay ningún misterio. Solo se trata de una sencilla facultad, con la que Dios ha dotado a ciertos hombres, así como a otros dio una bella voz, genio poético, una mente matemática, una rara perspicacia, facultades que la educación puede despertar, desarrollar y mejorar. Por otra parte, existe una infinidad de otras facultades concedidas al hombre, y a las que la civilización, el progreso y la educación aniquilan, en vez de favorecer su desarrollo.

”¿Acaso no es cierto, por ejemplo, que los pueblos salvajes poseen el oído más sensible que nosotros, y que si apoyan una oreja en la tierra pueden distinguir a gran distancia los pasos de un hombre o de muchos hombres, o de uno o varios caballos, o de una bestia feroz?

”¿No es cierto, también, que miden el tiempo con precisión, sin necesidad de péndulos ni relojes, y que dirigen sus pasos sin dificultad a través de selvas vírgenes, así como sus canoas en los ríos y en el mar, con solo mirar las estrellas, sin el auxilio de la brújula ni de nociones astronómicas? Por último, ¿no es cierto que curan sus enfermedades sin médicos, y las

picaduras de los animales más venenosos con simples hierbas, identificadas en medio de tantas otras hierbas que encuentran a su paso? ¿Acaso no sabemos que curan las heridas más graves con barro? ¿No demuestran ellos, conforme me decía sabiamente un jefe piel roja de los confines de Estados Unidos, que el *Gran Ser* siempre pone el remedio junto a la enfermedad?

”Esas verdades se han vuelto banales a fuerza de repetirlas. Pero algunos se valen de ellas para disimular su ignorancia, en tanto que otros (la mayoría) lo hacen para elaborar ironías. ¡Es tan fácil darse aires de escéptico y negarlo todo! ¡Es tan difícil explicar la obra de Dios, cuyo secreto buscamos en los libros, toda vez que encontraríamos la solución en la naturaleza! Ella es el gran libro que está abierto a todas las inteligencias, pero no todas pueden descifrar esos misterios, porque algunas los leen con las lentes de sus prejuicios, y otras con la insuficiencia o el orgullo de sus ciencias.

”Servíos de los medios más simples para ahondar en los misterios de la naturaleza, y encontraréis la solución, hasta los límites que una inteligencia superior ha impuesto a la inteligencia humana.

”Habéis dicho que el señor Bach no es sonámbulo. ¿Qué podéis saber vos al respecto, y qué puede saber él mismo? El señor Bach es sonámbulo, y lo afirmo sin haber tenido el honor de conocerlo. El sonambulismo se mantuvo en él en estado latente. Hizo falta un acontecimiento excepcional, una sensación muy intensa y persistente, una emoción —que los curiosos y los coleccionistas comprenderán—, para revelarle a él mismo una facultad de la que probablemente tuvo varios ejemplos, que pasaron desapercibidos en el transcurso de su vida, pero que sin duda recordará ahora, si se propone interrogar a su pasado y reflexionar.

”El señor Bach, según lo que nos habéis informado, dedicó una parte del día a la contemplación de su valiosa espineta. Descubrió la fecha del instrumento (abril de 1564). ‘Se acostó pensando en ella, hasta que se durmió.’

”El sonámbulo procede por grados. Si queréis que vea lo que ocurre en Londres, por ejemplo, es necesario indicarle que lo subís a un coche, que viaja en ferrocarril, que se embarca y atraviesa el mar (en ese momento, incluso, puede sentir mareos), que desembarca y vuelve a tomar el ferrocarril, hasta que llega al final de su viaje.

”El señor Bach siguió el curso habitual de los sonámbulos. Había observado y vuelto a observar su espineta, la había desarmado y examinado. Esa idea lo absorbía por completo y, mentalmente, sin siquiera imaginárselo, debió pensar: ‘¿A quién habrá pertenecido este instrumento?’. La corriente magnética (los escépticos no negarán esa corriente) se estableció entre él y el instrumento. Luego se durmió. Comenzó con el sueño natural y, a continuación, pasó naturalmente al estado sonambúlico. Entonces, buscó, escudriñó el pasado; se puso en contacto más directo con la espineta. Seguramente volvió a examinarla, y colocó su mano donde la mano del antiguo propietario del instrumento se había colocado hace tres siglos. Así, al interrogar el pasado (lo cual es infinitamente más fácil que ver el futuro), se puso en contacto con ese ser que ya no existe. Lo vio con su atuendo, tocando el aria que ese instrumento había tocado tantas veces. Escuchó la letra que siempre lo acompañaba, e impulsado por ese poder magnético que se denomina electricidad, el señor Bach escribió el aria con su propia mano, tan bien como hoy se transmite a Lyon un telegrama escrito por vos mismo. Lo reitero: el propio señor Bach, en estado de sonambulismo, escribió esa mú-

sica y esa letra que nunca escuchó. Luego, sobreexcitado por una emoción muy intensa, se despertó bañado en lágrimas.

”Exclamaréis que eso es imposible. Pues bien, escuchad el siguiente hecho. Yo mismo envié una sonámbula a Inglaterra. Ella viajó realmente, pero no en estado de sueño sonambúlico, sino en una condición que no era ni el estado natural ni el estado de sonambulismo completo. Tan solo le ordené que estando allá durmiera todas las noches el tiempo necesario de sueño sobrenatural, y que *escribiera* lo que debería hacer para obtener el resultado que se proponía alcanzar durante el viaje. Ella no sabía una palabra de inglés, ni conocía a nadie. El asunto que la preocupaba era grave... Realizó el viaje, escribió todas las noches las consultas sobre lo que debía hacer, las personas que debía ver, y la dirección donde debía encontrarlas. Siguió textualmente y al pie de la letra las indicaciones que se había dado a sí misma, fue al encuentro de las personas que no conocía y de las que nunca había oído hablar, y que eran justamente las que podían resolver su problema... Lo hizo tan bien que, al cabo de ocho horas, un asunto que habría requerido años, sin expectativa de que se resolviera, concluyó a su entera satisfacción. Mi sonámbula regresó tras haber hecho maravillas. En estado natural, esa mujer extraordinaria es apenas una mujer fuerte común.

”Notad este hecho: su escritura durante el sueño es completamente diferente de su escritura habitual. Escribe palabras en inglés, sin que sepa inglés. Conversa conmigo en italiano, pero cuando se despierta no sabe decir dos palabras seguidas en esa lengua.

”El señor Bach, por lo tanto, escribió con su propia mano el aria de Enrique III, aunque tal vez no haya reconocido su manera de escribir. Y lo más sorprendente es que tal vez

dude de sus facultades magnéticas, como mi sonámbula, cuya incredulidad en ese sentido es tan radical, que no se puede hablar de magnetismo delante de ella sin que se apresure a declarar que hay que ser ridículo para creer en eso.

”E incluso, aunque no lo digáis, tal vez el señor Bach no tenía papel ni tinta. Mi sonámbula, en Londres, encontró sobre la mesa las indicaciones escritas con lápiz. ¡Pero ella no tenía lápiz...! Estoy seguro de que salió a recorrer el hotel en busca de uno, y que lo llevó a su cuarto, con esa exactitud, esa precaución, esa ligereza vaporosa, casi sobrenatural, que es habitual en los sonámbulos.

”Podría citaros hechos más sorprendentes que el del señor Bach. Pero es suficiente por hoy. Incluso temo enviaros estas notas escritas a sabor de la pluma.

”Hace veinte años que magnetizo, pero he ocultado los resultados de mis descubrimientos, incluso a mis mejores amigos. Es tan fácil decir que un hombre está loco. Hay tantas personas interesadas en poner la luz debajo del celemín; y, sobre todo, debo decirlo, hay tantos charlatanes que han abusado del magnetismo, que haría falta un valor sobrehumano para declarar que uno se ocupa de eso. Sería mejor decir que se asesinó al padre y a la madre, que confesar aquello en lo que uno cree.

”Entre tanto, regla general: no creáis nunca, jamás, en las experiencias públicas, en los sonámbulos de consultas a cambio de dinero, que emiten oráculos como las sibilas antiguas, y que actúan y hablan ante la menor orden, a una hora determinada y a la vista de un público numeroso, como un autómatas hábilmente fabricado. ¡Eso es charlatanismo! Nadie es más caprichoso, deliberado, emotivo, malhumorado y rencoroso que un sonámbulo. Cualquier cosa puede paralizar sus

facultades de doble vista, o hacer que mienta por malicia, o perturbarlo y desviarlo. Todo eso es comprensible, pues ¿existe algo que sea más susceptible que la corriente eléctrica?

”Tomé distancia de un sabio doctor (el doctor E..., muy conocido en Londres), con el cual había comenzado mis primeras experiencias magnéticas, precisamente porque siempre consideré que abusar del magnetismo era una falta grave. Entusiasmado por los milagrosos resultados que obteníamos, un día quiso injertar el sistema frenológico en el magnetismo. Suponía que, al tocar ciertas protuberancias de la cabeza del sonámbulo, este experimentaba la sensación de la que esa protuberancia era sede. Si tocaba la protuberancia presumible del canto, el sujeto cantaba. Si tocaba la de la gula, masticaba sin nada en la boca, afirmando que ese bocado tenía buen o mal gusto. Y así sucesivamente...

”Por mi parte, consideré que con eso se llevaba la experiencia al absurdo, pues sobre un hecho real —el sonambulismo— se apoyaba una ciencia problemática: la frenología. Yo quería comprender el dominio de los descubrimientos magnéticos, pero sin abusar de ellos, como se hace generalmente.

”Cometí la irreverencia de señalarle a mi profesor que se había desviado, y que el deber de todos los que conocemos los fenómenos magnéticos es oponerse a esas experiencias cuyo único objetivo consiste en satisfacer una curiosidad ignorante y explotar algunas debilidades humanas, en vez de obtener un resultado práctico para la humanidad y útil para todos.

”No obstante, cuando se obtienen resultados maravillosos, mantenerse dentro de esos límites honorables es más difícil de lo que se piensa. Hasta los más fuertes magnetizadores se dejan llevar, y cuando —fenómeno aún más maravilloso— se llega a ese punto en que se les exige realizar experiencias públi-

cas con sus pacientes, entonces estos parecen descontrolarse, pierden esa espontaneidad, esa lucidez, esa clarividencia que los distinguían. Se convierten en una máquina automática, que responde acerca de un tema determinado, y cuyas facultades se empobrecen hasta el punto de desaparecer.

”Lamentablemente, personas que no se atreverían a realizar una simple experiencia de física recreativa, y que se confesarían incapaces de ejecutar un pequeño truco de prestidigitación, nunca dudan en llevar a cabo experiencias magnéticas, sin formarse siquiera con un mínimo estudio preparatorio.

”¡Ah! Si no temiera sumergir a los lectores de *Le Grand Journal* en un sueño menos interesante pero más ruidoso que el de mis sonámbulos, pronto os referiría hechos sumamente curiosos... Pero antes necesito saber cuál será la acogida que daréis a esta primera carta, cosa que ocurrirá el sábado, cuando abra mi ejemplar”.

BERTELLIUS

Un egoísta.

Estudio espírita moral

Uno de nuestros corresponsales de Lyon nos ha remitido el siguiente relato, con fecha del 10 de enero de 1865:

En una localidad vecina, conocimos a un individuo —al que no he de nombrar, para no ser maledicente, y porque su nombre no tiene nada que ver con el asunto— que era espírita. Había mejorado al amparo de esa creencia, si bien no la

aprovechaba tanto como hubiera podido, habida cuenta de su inteligencia. Vivía con una vieja tía que lo amaba como a un hijo, y que no se ahorra esfuerzos ni sacrificios para su querido sobrino. A fin de economizar, era ella quien realizaba las tareas domésticas. Hasta ahí, todo parecía muy normal, salvo porque el sobrino, joven y saludable, la dejaba hacer incluso las tareas que iban más allá de sus fuerzas, sin que nunca se le hubiera ocurrido aliviarla siquiera en los trabajos pesados para su edad, como el movimiento de fardos y cosas por el estilo. En la casa, no corría un solo mueble, como si tuviera empleados a sus órdenes, y si preveía alguna tarea excepcionalmente penosa, buscaba algún pretexto para evitarla, por miedo a dar una mano que no habría podido rehusar. Había recibido al respecto varias lecciones o, podríamos decir, afrentas, capaces de hacer reflexionar a un hombre de buen corazón; pero él era insensible. Cierta día, mientras la tía se extenuaba cortando leña, el sobrino permanecía sentado, fumando su pipa tranquilamente. Un vecino, que entró y vio la escena, dijo con desprecio: “Eso es trabajo de un hombre; no de una mujer”. Entonces, tomó el hacha y se puso a cortar la leña, ante la mirada del joven. Se lo consideraba un hombre decente y de buena conducta, pero no era querido, y su carácter desconsiderado había hecho que la mayoría de sus amigos se distanciara de él. Los espíritas nos afligíamos por esa dureza de corazón, y decíamos que sin duda algún día lo pagaría muy caro.

Esa previsión se cumplió hace poco. Debo decir que la anciana, a causa del esfuerzo, sufrió una hernia muy grave y dolorosa, si bien mantuvo el valor de no quejarse. Durante estos últimos fríos intensos, probablemente para evitar alguna tarea, el sobrino salió temprano de la casa, pero no volvió. Al

cruzar un puente, lo atropelló un carruaje que venía por una pendiente resbaladiza, y murió dos horas después.

Cuando nos enteramos de lo ocurrido, quisimos evocarlo, pero esto es lo que nos respondió uno de nuestros buenos guías:

“Aquel al que pretendéis evocar no podrá comunicarse durante algún tiempo. Vine a responder por él y a deciros lo que queréis saber. Más adelante, él os lo confirmará. En este momento, se encuentra demasiado perturbado por pensamientos que lo inquietan. Ve a su tía, junto con la enfermedad que ella contrajo debido al agotamiento físico, y que la llevará a la muerte. Eso lo atormenta, pues se considera su asesino. Y lo es, en efecto, porque habría podido aliviarle el esfuerzo que será la causa de su muerte. Se trata de un remordimiento desgarrador y que lo perseguirá mucho tiempo, hasta que haya reparado su falta. Él quisiera hacerlo en este momento, de modo que no abandona a su tía; pero su esfuerzo es en vano, y entonces se desespera. El castigo consiste en verla morir producto de su desidia egoísta, porque esa conducta es una variedad del egoísmo. Orad por él, a fin de que conserve el arrepentimiento que más tarde lo salvará”.

Pregunta. ¿Podría nuestro querido guía decirnos si se le tomaron en cuenta otras faltas de las que se corrigió gracias al espiritismo, y si su situación no se ha visto aliviada por eso?

Respuesta. No hay duda de que esa mejora se le ha tomado en cuenta, porque nada se escapa de la mirada escrutadora de la divina Providencia. Veamos de qué modo cada acción buena o mala tiene sus consecuencias naturales, inevitables, conforme a estas palabras de Cristo: “A cada uno según sus obras”. Todo aquel que se corrige de algunas faltas, evita el castigo que estas hubieran merecido y, en cambio, recibe el

premio de las cualidades que las han reemplazado. Pero no puede escapar de las consecuencias de las faltas que le quedan. Por lo tanto, solo es castigado en la medida y según la gravedad de tales faltas: cuantas menos tiene, mejor es su posición. Una cualidad no rescata un defecto, sino que disminuye la cantidad de estos y, por consiguiente, la suma de los castigos.

Los defectos que primero se corrigen son los más fáciles de extirpar, y el más difícil de deshacer es el egoísmo. Hay quienes consideran que han hecho mucho porque moderaron la violencia de su carácter y se resignaron a su suerte, o porque se deshicieron de algunos malos hábitos. No hay duda de que eso ya es algo, y provechoso, pero no impide que paguen el tributo de la purificación por el resto.

Amigos míos, el egoísmo es lo que mejor se ve en los otros, porque sentimos su contragolpe y porque el egoísta nos lastima. Pero el egoísta encuentra en sí mismo su satisfacción, razón por la cual no lo percibe. El egoísmo es siempre una prueba de sequedad del corazón; marchita la sensibilidad respecto de los padecimientos ajenos. En cambio, el hombre de buen corazón siente esos padecimientos y se conmueve. Por eso, se dedica a evitarlos o aliviarlos en los demás, pues le gustaría que hicieran lo mismo para con él. De tal modo, es dichoso cuando alivia una pena o un dolor en alguien. *Como se identifica con el mal de su semejante, experimenta un alivio real cuando ese mal ya no existe.* Contad con su reconocimiento si le hicisteis un favor. En cambio, del egoísta no esperéis más que ingratitud. El reconocimiento con palabras no le cuesta nada, pero con acciones lo cansaría y perturbaría su tranquilidad. Solo hará algo por otro cuando se vea obligado, pero nunca espontáneamente. Su dedicación es proporcional al bien que espera de las personas, y a veces a pesar suyo. El

joven del que hablamos amaba a su tía, sin duda, y se habría indignado si le hubiéramos dicho lo contrario; pero su cariño no era suficiente para que se sacrificara por ella. Esa actitud de su parte no era premeditada, sino un rechazo instintivo, fruto de su egoísmo innato. La luz que no supo encontrar en vida se le aparece hoy, y lamenta no haber aprovechado mejor las enseñanzas que recibió. Orad por él.

El egoísmo es el gusano devorador de la sociedad; es más o menos el de cada uno de vosotros. Pronto os daré una disertación en la que será abordado en sus diferentes aspectos. Será un espejo. Miradlo con atención, para ver si no descubris en él algún reflejo de vuestra personalidad.

Vuestro guía espiritual

NOTICIAS BIBLIOGRÁFICAS

(En venta.)

El Cielo y el Infierno o la justicia divina según el espiritismo

Contiene: el examen comparado de las doctrinas sobre el tránsito de la vida corporal a la vida espiritual, las penas y las recompensas futuras, los ángeles y los demonios, las penas eternas, etcétera; seguido de numerosos ejemplos de la situación real del alma en el momento de la muerte y después de ella.

por ALLAN KARDEC

Como no nos corresponde realizar el elogio ni la crítica de esta obra, nos limitaremos a dar a conocer su objetivo mediante la reproducción de un extracto del prefacio.

“El título de esta obra indica claramente su objetivo. Hemos reunido en ella todos los elementos destinados a ilustrar al hombre acerca de su destino. Al igual que en los demás escritos sobre la doctrina espírita, en este libro no hemos incluido nada que sea el producto de un sistema preconcebido o de una concepción personal, puesto que eso no tendría autoridad alguna. Todo ha sido deducido de la observación y de la concordancia de los hechos.

”*El libro de los Espíritus* contiene las bases fundamentales del espiritismo: es la piedra angular del edificio. Todos los principios de la doctrina se encuentran expuestos en él, incluso los que constituyen la culminación de la obra. No obstante, era preciso darles un mayor desarrollo y deducir todas sus consecuencias y aplicaciones, a medida que esas bases se desplegaran mediante la enseñanza complementaria de los Espíritus y nuevas observaciones. Eso hicimos en *El libro de los médiums* y en *El Evangelio según el espiritismo*, desde puntos de vista particulares; y eso mismo hacemos en esta obra, desde otro punto de vista, así como lo que haremos sucesivamente en las que aún nos quedan por publicar, que vendrán a su tiempo.

”Las ideas nuevas sólo fructifican cuando la tierra está preparada para recibirlas. Ahora bien, por tierra preparada no debemos entender algunas inteligencias precoces, que sólo producirían frutos aislados, sino un cierto conjunto en la predisposición general, a fin de que esa tierra no sólo produzca

frutos más abundantes, sino que la idea, al encontrar un mayor número de puntos de apoyo, encuentre también menos oposición y sea más fuerte para resistir a sus antagonistas. *El Evangelio según el espiritismo* ha sido un paso adelante; *El Cielo y el Infierno* es un paso más, cuyo alcance será fácilmente comprendido, porque avanza puntualmente sobre determinadas cuestiones. Con todo, no habría podido llegar antes de ahora.

”Si tomamos en consideración la época en que surgió el espiritismo, fácilmente reconoceremos que llegó en el momento oportuno: ni antes, ni después. Antes, se habría malogrado, porque al no contar con numerosos simpatizantes habría sucumbido a consecuencia de los ataques de los adversarios. Más tarde, habría perdido la ocasión favorable para darse a conocer, y las ideas habrían podido tomar otro rumbo, del cual hubiera sido difícil desviarlas. Era preciso dejar al tiempo el cuidado de consumir las viejas ideas, y demostrar que eran insuficientes antes de presentar otras nuevas.

”Las ideas prematuras se malogran, porque las personas no están maduras para comprenderlas, y porque aún no sienten la necesidad de un cambio de posición. En la actualidad es evidente para todos que un inmenso movimiento se manifiesta en la opinión pública. Se produce una extraordinaria reacción progresiva contra el espíritu estacionario o retrógrado de la rutina, y los satisfechos de la víspera son los impacientes del día siguiente. La humanidad realiza un trabajo de parto. Hay algo en el aire: una fuerza irresistible que la empuja hacia adelante. A semejanza de un joven que ha salido de la adolescencia, entrevé nuevos horizontes, aunque no pueda definirlos, y se quita los pañales de la infancia. Los hombres pretenden algo mejor: un alimento más consistente para la razón. Con todo, ese alimento aún no está debidamente caracterizado. Lo

buscan sin cesar; todos trabajan para ello, desde el creyente hasta el incrédulo, desde el labrador hasta el sabio. El universo es un vasto taller: unos demuelen, otros reconstruyen; cada uno talla una piedra para el nuevo edificio, cuyo proyecto definitivo es prerrogativa del gran Arquitecto, y cuya economía sólo se comprenderá cuando sus formas comiencen a destacarse por encima de la superficie del suelo. Este es el momento que la soberana Sabiduría ha escogido para el advenimiento del espiritismo.

”Los Espíritus que presiden el gran movimiento regenerador proceden, pues, con mucha sabiduría y previsión, cosa que los hombres no pueden hacer, porque aquellos abarcan la marcha general de los acontecimientos, mientras que nosotros sólo vemos el círculo limitado de nuestro horizonte. Han llegado los tiempos de la renovación, en consonancia con los decretos divinos, y es necesario que en medio de las ruinas del viejo edificio el hombre vislumbre, para no ser dominado por el desánimo, las bases de un nuevo orden de cosas; es necesario que el marinero divise la estrella polar que habrá de guiarlo hasta el puerto.

”La sabiduría de los Espíritus, que se ha hecho evidente con la aparición del espiritismo, y que fue revelada casi simultáneamente en toda la Tierra y en la época más propicia, no es menos evidente en el orden y la gradación lógicos de sus sucesivas revelaciones complementarias. Nadie puede forzar la voluntad de los Espíritus en ese sentido, dado que ellos no imparten sus enseñanzas conforme a la impaciencia de los hombres. No basta con que digamos: ‘Nos gustaría tener tal cosa’, para que se nos la conceda; y menos aún manifestarle a Dios: ‘Creemos que ha llegado la hora de que nos hagáis determinada concesión, pues nos consideramos suficientemente

adelantados para recibirla'. Eso equivaldría a que dijéramos: 'Sabemos mejor que Vos lo que conviene hacer'. A los impacientes, los Espíritus les responden: 'Comenzad antes por saber bien, por comprender bien y, sobre todo, practicad bien lo que ya sabéis, a fin de que Dios os considere dignos de que os enseñe más. Posteriormente, cuando haya llegado el momento, sabremos actuar y elegiremos nuestros instrumentos'.

”La primera parte de esta obra, titulada *Doctrina*, contiene el examen comparado de las diversas creencias sobre el Cielo y el Infierno, los ángeles y los demonios, las penas y las recompensas futuras. El dogma de las penas eternas es tratado de modo especial y se refuta con argumentos extraídos de las leyes mismas de la naturaleza, leyes que demuestran no sólo el lado ilógico de ese dogma, centenas de veces ya señalado, sino también su imposibilidad material. Junto con las penas eternas se derrumban naturalmente las consecuencias que se suponían derivadas de esa doctrina.

”La segunda parte incluye numerosos ejemplos que apoyan la teoría o, mejor dicho, que han servido para instalarla. Esos ejemplos basan su autoridad en la diversidad de los tiempos y los lugares donde han sido obtenidos, puesto que si emanaran de una fuente única se los podría considerar el producto de una misma influencia. Por otra parte, esa autoridad también proviene de su concordancia con lo que se obtiene a diario y en todas partes donde las personas se ocupan de las manifestaciones espíritas, enfocadas desde un punto de vista serio y filosófico. Los ejemplos podrían ser multiplicados hasta lo infinito, puesto que no hay un centro espírita que no pueda suministrar un número importante de ellos. A fin de evitar repeticiones tediosas, debimos hacer una selección entre los más instructivos. Cada uno de esos ejemplos es un estudio en

el que todas las palabras tienen el debido alcance para quienes deseen meditar con detenimiento acerca de ellos, dado que de cada punto brota una nueva luz sobre la situación del alma después de la muerte, así como sobre el tránsito, hasta ahora tan ininteligible y temido, de la vida corporal a la vida espiritual. Es la guía para el viajero, antes de que ingrese a un país que no conoce. En ellos la vida de ultratumba se despliega en todos sus aspectos como un vasto panorama, de modo que todas las personas podrán encontrar en este libro nuevos motivos de esperanza y consuelo, así como nuevas bases para el fortalecimiento de la fe en el porvenir y en la justicia de Dios.

”En esos ejemplos, tomados en su mayoría de hechos contemporáneos, hemos ocultado los nombres propios toda vez que consideramos útil hacerlo, a causa de conveniencias que fácilmente se comprenderán. Quien se interese en ellos, habrá de reconocerlos sin dificultad. Para el público, nombres más o menos conocidos, e incluso desconocidos, no habrían agregado nada a la instrucción que de ellos se puede extraer.”

Estos son los títulos de los capítulos:

PRIMERA PARTE. *Doctrina*. I - El porvenir y la nada. II - El miedo a la muerte. III - El Cielo. IV - El Infierno. V - Cuadro comparativo entre el Infierno pagano y el Infierno cristiano. VI - El Purgatorio. VII - Acerca de la doctrina de las penas eternas. VIII - Las penas futuras según el espiritismo. IX - Los ángeles. X - Los demonios. XI - Intervención de los demonios en las manifestaciones modernas. XII - Acerca de la prohibición de evocar a los muertos.

SEGUNDA PARTE. *Ejemplos*. I - La Transición. II - Espíritus felices. III - Espíritus de condición intermedia. IV - Espíritus sufridores. V - Suicidas. VI - Criminales arrepentidos. VII - Espíritus empedernidos. VIII - Expiaciones terrenales.

Conversaciones familiares acerca del espiritismo

Por la señora ÉMILIE COLLIGNON (de Burdeos)

Tenemos la satisfacción y el deber de señalar a nuestros lectores este opúsculo, que apenas habíamos anunciado en nuestro último número, y que incluimos gratamente entre los libros recomendados. Se trata de una exposición completa, aunque sumaria, de los auténticos principios de la doctrina espírita, con un lenguaje familiar, al alcance de todo el mundo, y con una forma atractiva. Hacer un análisis de esta producción equivaldría a analizar *El libro de los Espíritus* y *El libro de los médiums*. Por consiguiente, no recomendamos este opúsculo porque contenga ideas nuevas, sino como un medio de propagar la doctrina.

ALLAN KARDEC



REVISTA ESPÍRITA

PERIÓDICO DE ESTUDIOS PSICOLÓGICOS

Año VIII

Número 10

Octubre de 1865

Nuevos estudios acerca de los espejos mágicos o psíquicos

El vidente del bosque de Zimmerwald

En la *Revista Espírita* de octubre de 1864, presentamos un meticoloso relato de las observaciones que acabábamos de realizar en torno a un campesino del cantón de Berna que posee la facultad de ver, en una copa, cosas que se hallan distantes. Con las nuevas visitas que le realizamos este año, pudimos completar nuestras observaciones y rectificar en algunos puntos la teoría que habíamos elaborado acerca de los objetos vulgarmente designados con el nombre de *espejos mágicos* o, más precisamente, *espejos psíquicos*. Dado que buscamos la verdad por sobre todas las cosas y que no tenemos la pretensión de ser infalibles, cuando nos equivocamos no dudamos en reconocerlo. No hay nada más necio que aferrarse a una opinión equivocada.

Para comprender lo que sigue, y a fin de evitar repeticiones, solicitamos a nuestros lectores que tengan a bien remitirse al artículo referido, que contiene la noticia pormenorizada acerca del vidente en cuestión y su manera de proceder.

Apenas recordaremos que se denomina *espejos mágicos* a los objetos de diversas formas y materiales, casi siempre con una superficie brillante, como copas, jarras, cristales, placas metálicas, en las cuales algunas personas ven cosas lejanas.

Dado que una observación atenta nos convenció de que esa facultad no es otra sino la *dobles vista*, es decir, la *vista espiritual* o *psíquica*, independiente de la vista orgánica; y que la experiencia demuestra a diario que esa facultad existe sin el auxilio de ningún objeto, habíamos concluido de una manera demasiado absoluta que tales objetos resultaban inútiles, y que tan solo el hábito de valerse de ellos los tornaba necesarios, de modo que todo individuo que *viera* con el concurso de esos objetos también podría ver sin ellos, en caso de que se lo propusiera. Ahora bien, ahí estaba el error, conforme lo demostraremos.

Antes, presentaremos un breve relato de los nuevos hechos observados, porque sirven de base para las instrucciones a las que dieron lugar.

De tal modo, tras regresar a la casa de aquel hombre —acompañados por el señor comandante de W... , quien tuvo a bien oficiar de intérprete—, lo primero que él hizo fue ocuparse de nuestra salud. Describió con facilidad y absoluta precisión el sitio, la causa y la naturaleza de la enfermedad, e indicó los remedios necesarios.

A continuación, sin que le hiciéramos ninguna pregunta, se refirió a nuestros trabajos, su objetivo y sus resultados, en

el mismo sentido que el año precedente, si bien no recordaba nada de lo que había dicho entonces. Pero ahondó mucho más en la cuestión, cuyo alcance parecía comprender mejor. Entró en detalles circunstanciados sobre la marcha actual y futura del asunto que nos ocupa, sobre las causas que deben generar tal o cual resultado, sobre los obstáculos que se nos presentarán y los medios para superarlos, sobre las personas que en eso desempeñan o deben desempeñar un rol a favor o en contra, y sobre aquellas con cuya dedicación y sinceridad se puede contar o no, describiéndolas física y moralmente a fin de probar que las veía a la perfección. En una palabra, nos brindó una instrucción extensamente desarrollada y lógicamente motivada, tanto más notable por el hecho de que confirma en todo sentido, y completa en algunos aspectos, la de nuestros Espíritus protectores. Las partes cuya exactitud estábamos en condiciones de evaluar no nos dejaron la menor duda acerca de su clarividencia. Dado que mantuvimos con él varias entrevistas, en cada una de ellas retomaba el mismo tema, para confirmarlo o completarlo, sin contradecirse jamás, incluso respecto de lo que había dicho el año anterior, acerca de lo cual las entrevistas siguientes parecían ser la continuación.

Como esa instrucción fue totalmente personal y confidencial, nos abstenemos de dar detalles. Solo la mencionamos por el hecho importante que resulta de ella y que relatamos a continuación. No cabe duda de que es de gran interés para nosotros, pero nuestro objetivo principal al volver a entrevistarnos con ese hombre era realizar nuevos estudios acerca de su facultad, en aras de la ciencia espírita.

Un hecho que constatamos es que no se puede forzar su lucidez. Ve lo que se le presenta y lo describe, pero no se pue-

de hacer que vea a voluntad lo que uno pretende, ni aquello en lo que uno piensa, a pesar de que lee el pensamiento. Durante la sesión especial que nos dedicó, intentamos en vano llamar su atención hacia otros temas. A pesar de sus esfuerzos, afirmó que no pudo ver nada en su copa.

Cuando trata algún tema, se le pueden hacer preguntas relativas a eso, pero es inútil interrogarlo acerca de cualquier otra cosa. No obstante, a menudo ocurre que pasa bruscamente de un tema a otro completamente ajeno, para luego volver al primero. Cuando se le pregunta el motivo, responde que dice lo que ve, y que eso no depende de él.

Ve espontáneamente las personas ausentes, toda vez que estas se vinculan directamente a lo que constituye el objeto de su examen, pero no de otro modo. Su punto de partida es el interrogador, su persona, su residencia, y a partir de ahí se despliegan los hechos consecutivos. También resultó inútil que intentáramos la siguiente experiencia. Uno de nuestros amigos de París, que acababa de escribirnos, deseaba que consultáramos a este hombre acerca de la enfermedad de su hija. Le entregamos la carta y le pedimos que la sostuviera con la palma de la mano, colocando sobre ella la copa, pues pensamos que la irradiación del fluido le facilitaría ver a la persona. Pero eso no ocurrió, sino todo lo contrario, porque lo molestaba el reflejo blanco del papel. Sostuvo que esa persona estaba demasiado lejos; sin embargo, poco antes, había descrito con absoluta precisión y detalladamente a un individuo en el que no pensábamos en absoluto, así como el lugar donde se encontraba, a una distancia cuatro veces mayor. Pero este individuo formaba parte del tema que nos concernía, mientras que el otro no tenía relación alguna. El encadenamiento de los hechos lo conducía hacia uno y no hacia el otro.

Por consiguiente, su lucidez no es flexible, ni manejable, y no se presta para nada al capricho del interrogador. No es apto en modo alguno para satisfacer a los que se acerquen a él por curiosidad. Además, como lee el pensamiento, su primer recaudo es ver la intención del visitante, en caso de que no lo conozca de antes. Si esa intención no es seria, y si nota que el propósito de la consulta no es moral ni útil, se niega a hablar y despide a cualquiera que le pida lo que se denomina la buena-ventura, o que le haga preguntas fútiles o indiscretas. En una palabra, es un vidente serio, y no un adivino.

Su clarividencia, conforme lo señalamos el año pasado, se aplica principalmente a las fuentes y a los cursos de agua subterráneos. Solo se ocupa de otras cosas de manera circunstancial y por complacencia.

Ignora por completo hasta los principios más elementales de las ciencias, pero es muy juicioso naturalmente, y a menudo suple con su lucidez esa falta de conocimientos adquiridos. Veamos un ejemplo.

Cierto día, en nuestra presencia, alguien lo consultó sobre la posibilidad de que existiera una fuente mineral en determinada localidad. “No la hay –respondió–, porque el terreno no es propicio.” Por nuestra parte, le señalamos que el origen de las fuentes a veces se encuentra muy lejos del lugar donde se muestran, y que se filtran a través de las capas terrestres. “Es cierto –dijo–, pero hay terrenos donde las capas son horizontales, y otros donde son verticales. En la localidad que este señor refiere, son verticales, y ese es el obstáculo.” ¿Cómo obtuvo esa idea de la dirección de las capas terrestres, dado que no tiene la menor noción de geología?

Lo hemos observado cuidadosamente en el transcurso de sus procedimientos, y esto es lo que notamos:

Después de tomar asiento, toma la copa y la sostiene tal como lo describimos en nuestro artículo anterior. Mira alternativamente el fondo de la copa y a los asistentes, y durante cerca de un cuarto de hora habla de cosas sin importancia, para luego abordar el tema principal. En ese momento, sus ojos, naturalmente vivaces y penetrantes, quedan entrecerrados y se tornan opacos, las pupilas se dilatan y desaparecen hacia arriba, de modo que solo queda visible lo blanco. Cada tanto, cuando mira a alguien, las pupilas se dejan ver en parte, para desaparecer de nuevo totalmente, a pesar de lo cual no deja de ver el fondo de la copa o las líneas que traza con la tiza. Ahora bien, es evidente que en ese estado no puede ver con los ojos. Salvo esa particularidad, en él no hay nada que resulte sensiblemente anormal. Su lenguaje es el de un hombre serio. Habla con sencillez, sin énfasis, como en el estado ordinario, y no como un inspirado.

La noche de la jornada en que mantuvimos con él la reunión principal, a través de un médium escribiente solicitamos a los Espíritus buenas instrucciones sobre los hechos que acabábamos de presenciar.

Pregunta. ¿Qué debemos pensar acerca de las revelaciones espontáneas que nos ha impartido hoy el vidente del bosque?

Respuesta. Quisimos darte una prueba de la facultad de ese hombre. Habíamos preparado el tema que él debía tratar, y por eso no pudo responder las otras preguntas que le formulaste. Lo que te dijo no era más que nuestra opinión. Te asombró lo que te dijo. Hablaba por nosotros sin saberlo, y en este momento ya no recuerda lo que dijo, como tampoco recordaba lo que había dicho el año pasado. Mientras hablaba, no comprendía el alcance de sus dichos. Hablaba mejor que el médium aquí presente, dado que este tiene mie-

do de ir demasiado lejos. Por eso nos valimos de él, como un instrumento más dócil, para impartir las instrucciones que queríamos darte.

Pregunta. Se refirió a un individuo que, por su descripción física y moral, así como por su posición, parecería ser tal persona. ¿Podrías decir si en efecto se trata de ella?

Respuesta. Lo que debes saber, él lo dijo.

Observación. Es evidente que a la facultad natural de ese hombre se le agrega la mediumnidad, al menos accidentalmente, en caso de que no sea de modo permanente. Esto quiere decir que su lucidez es personal, y no de los Espíritus; pero los Espíritus pueden orientar esa lucidez en la dirección que les convenga en un caso determinado, e inspirarle lo que debe decir, así como impedir que diga lo que no hace falta. Por lo tanto, según la necesidad, se trata de un *médium inconsciente*.

La facultad de ver a distancia y a través de los cuerpos opacos nos parece extraordinaria e incomprensible tan solo porque constituye un sentido que no poseemos en estado normal. Somos exactamente como los ciegos de nacimiento, que no comprenden que sea posible conocer la existencia, la forma y las propiedades de los objetos sin necesidad de tocarlos. No comprenden que el fluido luminoso es el intermediario que nos pone en relación con los objetos distantes y nos aporta su imagen. Sin el conocimiento de las propiedades del fluido periespiritual, no comprendemos que la vista sea posible sin el auxilio de los ojos; en tal sentido, somos verdaderos ciegos. Ahora bien, la facultad de ver a distancia, con la ayuda del fluido periespiritual, no es más maravillosa

ni milagrosa que la de ver los astros a millares de leguas, con la ayuda del fluido luminoso.⁴³

Pregunta. ¿Tendríais la bondad de decirnos si la copa que ese hombre utiliza le sirve realmente, y si no podría ver también en cualquier otra copa o en otro objeto, o incluso sin ningún objeto, en caso de que se lo propusiera? La necesidad y la especificidad de la copa, ¿no serían un efecto del hábito, que le hace creer que no puede prescindir de ella? Por último, si la presencia de la copa resulta necesaria, ¿cuál es la acción que ese objeto ejerce sobre su lucidez?

Respuesta. Dado que ese hombre concentra la mirada en el fondo de la copa, el *reflejo brillante* actúa en primer lugar sobre los ojos, y luego sobre el sistema nervioso, provocando una especie de semisonambulismo o, más precisamente, de sonambulismo despierto, en el cual su Espíritu –desprendido de la materia– adquiere la clarividencia o vista del alma, y que tú denominas doble vista.

Existe cierta relación entre la forma del fondo de la copa y la forma exterior o disposición de los ojos de ese hombre; por eso no le resulta fácil encontrar copas que reúnan las condiciones necesarias (véase el artículo del mes de octubre de 1864). Aunque las copas os parezcan semejantes en apariencia, tanto en el poder reflector como en el modo de irradia-

43. *Le Siècle* publica en este momento, con el título: *La doble vista*, una muy interesante novela en folletín, de Élie Berthet, y que en la actualidad es muy oportuna. Hace unos dos años, el señor Xavier Saintine había publicado en *Le Constitutionnel*, con el título *La seconde vue*, una serie de hechos basados en la pluralidad de las existencias y las relaciones espontáneas que se establecen entre los muertos y los vivos. De tal modo, la literatura contribuye a la divulgación de las nuevas ideas. Tan solo falta la palabra *spiritismo*.

ción existen –según la forma, el espesor y la calidad– matices que no podéis apreciar, pero que son adecuados para su organismo individual.

Por lo tanto, la copa es para él un medio de desarrollar y fijar su lucidez. La necesita realmente, porque, dado que en su caso *el estado de lucidez no es permanente*, ese estado requiere ser provocado. Otro objeto no podría suplirla; y esa misma copa, que produce ese efecto en él, no produciría nada en otra persona, aun cuando esta fuera vidente. Los medios de provocar esa lucidez varían conforme a los individuos.

Consecuencias de la explicación precedente

Hemos llegado al punto principal que nos habíamos propuesto. Consideramos que la explicación precedente resuelve la cuestión con absoluta claridad. Todo radica en estas palabras: *en este hombre, la lucidez no es permanente*. La copa es un medio de provocar esa lucidez mediante la acción de la irradiación sobre el sistema nervioso. Pero se requiere que el modo de irradiación se corresponda con el organismo. A eso se debe la variedad de objetos que pueden producir ese efecto según los individuos predispuestos a sentirlo. De ahí resulta que:

1.º Para aquellos sujetos en los que la vista psíquica es espontánea o permanente, el empleo de agentes artificiales resulta inútil. 2.º Esos agentes son necesarios cuando la facultad requiere ser sobreexcitada. 3.º Dado que esos agentes deben ser adecuados al organismo, los que ejercen alguna acción en algunos, no producen nada en otros.

Algunas particularidades de este vidente encuentran su razón de ser en esta explicación.

La carta colocada debajo de la copa, en vez de ayudarlo, lo perturbó, porque modificaba la naturaleza del reflejo que es propio de esta.

Dijimos que, al comienzo, el vidente habla de cosas sin importancia mientras mira la copa. Eso se debe a que la acción no es inmediata, de modo que esa conversación preliminar, sin un fin aparente, ocurre durante el tiempo necesario para que el efecto se produzca.

Así como el estado de lucidez no se desarrolla sino gradualmente, tampoco cesa de repente. Esa es la razón por la cual aquel hombre continúa viendo unos instantes después de haber dejado de mirar la copa, y eso fue lo que nos llevó a pensar que tal objeto era inútil. No obstante, como el estado lúcido es de algún modo artificial en él, resulta necesario que de cuando en cuando recurra a la copa para mantenerlo.

Se comprende hasta cierto punto que esa facultad requiera un medio material para desarrollarse, pero ¿de qué modo la imagen de una persona distante puede presentarse en la copa? Tan solo el espiritismo logra resolver ese problema, mediante el conocimiento que brinda acerca de la naturaleza del alma y sus facultades, así como de las propiedades de su envoltura periespiritual, su irradiación, su potencia emancipadora y su desprendimiento respecto de la envoltura corporal. En el estado de desprendimiento, el alma posee percepciones que le son propias, sin el concurso de los órganos materiales. La vista es un atributo del ser espiritual. Este ve por sí mismo sin el auxilio de los ojos, así como oye sin el de los oídos. *Si los órganos de los sentidos fueran indispensables para las percepciones del alma, de eso resultaría que, después de la muerte, dado que ya*

no poseería esos órganos, el alma sería ciega y sorda. El desprendimiento completo, que tiene lugar después de la muerte, se produce parcialmente durante la vida, y en ese momento se manifiesta el fenómeno de la vista espiritual o, dicho de otro modo, doble vista o segunda vista, o vista psíquica, cuyo poder se extiende tan lejos como la irradiación del alma.

En el caso que nos ocupa, la imagen no se forma en la sustancia de la copa. Es la propia alma la que, mediante su irradiación, percibe el objeto en el lugar donde este se encuentra. No obstante, como en ese hombre la copa es el agente provocador del estado lúcido, la imagen se le aparece naturalmente en dirección a la copa. Ocurre como en el caso de alguien que necesita un antejo para ver lo que no puede distinguir a simple vista. La imagen del objeto no está en las lentes del antejo, sino en dirección a las lentes que le permiten verla. Quitadle ese instrumento, y ya no podrá ver. Para continuar con la comparación, diremos que, así como el que tiene buena vista no necesita lentes, el que posee naturalmente la vista psíquica no necesita medios artificiales para provocarla.

Hace algunos años, un médico descubrió que, si ubicaba entre los ojos, en la base de la nariz, la tapa de una jarra, una bola de cristal o de metal brillante, y hacía converger los rayos visuales hacia ese objeto durante un tiempo, la persona entraba en una especie de estado cataléptico, durante el cual se manifestaban algunas de las facultades que se observan en algunos sonámbulos, entre otras, la insensibilidad y la vista a distancia a través de los cuerpos opacos, y que ese estado cesaba poco a poco después de que se retiraba aquel objeto. No hay duda de que era un efecto magnético producido por un cuerpo inerte.

¿Qué rol fisiológico desempeña el reflejo brillante en ese fenómeno? Lo ignoramos. No obstante, se ha comprobado que si esa condición es necesaria en la mayoría de los casos, no lo es siempre, y que el mismo efecto se produjo en algunos individuos con el auxilio de objetos opacos.

Ese fenómeno, que se denominó *hipnotismo*, llamó la atención de las comunidades científicas. Experimentaron. Algunos tuvieron éxito, en tanto que otros fracasaron, como debía ser, dado que las aptitudes no eran las mismas en todos los individuos. Aun cuando fuera excepcional, no cabe duda de que valía la pena estudiar la cuestión. Pero es lamentable señalar que, cuando percibieron que era una puerta trasera por la que el magnetismo y el sonambulismo podrían entrar con otra forma y otro nombre en el santuario de la ciencia oficial, se desentendieron del *hipnotismo*. (Véase la *Revista Espírita* de enero de 1860.)

A pesar de todo, la naturaleza nunca pierde sus derechos. Si sus leyes son desconocidas durante algún tiempo, a menudo vuelve a la carga y las presenta con formas tan diversas que, tarde o temprano, es necesario abrir los ojos. El espiritismo es una prueba de eso. Por más que lo nieguen, lo denigren y lo rechacen, llama a todas las puertas de cien maneras diferentes y, les guste o no, penetra en aquellos mismos que no quieren escuchar hablar de él.

Al comparar ese fenómeno con el que nos ocupa y, sobre todo, con las explicaciones brindadas más arriba, se observa una notable analogía, tanto en los efectos como en las causas. De ahí podemos concluir que los cuerpos vulgarmente denominados *espejos mágicos* no son sino agentes hipnóticos, infinitamente variados en sus formas y en sus efectos, conforme a la naturaleza y el grado de las aptitudes.

De tal modo, no sería imposible que algunas personas, dotadas de manera espontánea y accidental con esta facultad, experimenten sin que lo sepan la influencia magnética de objetos exteriores sobre los cuales fijan maquinalmente la vista. ¿Por qué el reflejo del agua, de un lago, de un estanque, de un río, incluso de un *astro*, no produciría el mismo efecto que un vaso o una jarra sobre algunas organizaciones adecuadamente predisuestas? Pero esto es solo una hipótesis que requiere la confirmación de la experiencia.

Este fenómeno, por otra parte, no es un descubrimiento moderno. Se encuentra incluso hasta la actualidad en los pueblos más atrasados, pues lo que está en la naturaleza tiene el privilegio de ser de todos los tiempos y lugares. Al principio, se lo acepta como un hecho, y luego viene la explicación, con el progreso y a medida que el hombre avanza en el conocimiento de las leyes que rigen el mundo.

Tales son las consecuencias que extraemos lógicamente de los hechos observados.

Partida de un adversario del espiritismo hacia el mundo de los Espíritus

Nos escriben desde V...:

“Hace algún tiempo, un eclesiástico murió en las afueras. Era un adversario declarado del espiritismo, pero no uno de esos adversarios furibundos, como se ven tantos, que suplen la falta de buenas razones con la violencia y la injuria. Era un hombre instruido, de una inteligencia superior. Combatía el

espiritismo con talento, sin acrimonia, y sin apartarse de las conveniencias. Lamentablemente para él, a pesar de todo su saber y su mérito indiscutible, no pudo oponerle más que lugares comunes, y para derrotarlo no encontró ninguno de esos argumentos que imprimen en el espíritu de las masas una irresistible convicción. Su idea fija, o al menos la que intentaba hacer que prevalezca, era que el espiritismo duraría poco; que su rápida propagación no pasaba de un entusiasmo pasajero, y que caería al igual que todas las ideas utópicas.

”Se nos ocurrió evocarlo en nuestro pequeño círculo. Su comunicación nos pareció instructiva en muchos sentidos, y por eso os la remitimos. Consideramos que lleva un sello inquestionable de identidad.

”Esta es la comunicación:

”*Pregunta* (al guía del médium). ¿Tendríais la bondad de decirnos si podemos evocar al padre D...?

”*Respuesta*. Sí, se hará presente. Con todo, si bien no cuestiona la realidad de vuestras enseñanzas, pues la muerte lo convenció, intentará demostraros la inutilidad de vuestros esfuerzos para divulgarlas de una manera seria. Está dispuesto a apoyarse en las disensiones momentáneas suscitadas por algunos hermanos que se extraviaron, para demostraros la insensatez de vuestra doctrina. Escuchadlo. Su lenguaje os permitirá comprender de qué modo debéis hablarle.

”*Evocación*. Apreciado Espíritu del señor D..., confiamos en que, con el favor de Dios y de los Espíritus buenos, tendréis a bien comunicaros con nosotros. Todo sentimiento de curiosidad, como podéis ver, está lejos de nuestro pensamiento. Nuestro objetivo, al promover esta conversación, es extraer de ella una instrucción provechosa para nosotros, y tal vez

también para vos. Así pues, os agradeceremos todo lo que queráis decirnos.

”*Respuesta.* Tenéis razón al llamarme, pero os equivocáis al suponer que podría negarme a venir. Mi título de adversario del espiritismo no es un motivo para que guarde silencio. Tengo buenas razones para hablar.

”Mi presencia aquí es un reconocimiento, una afirmación de vuestras enseñanzas. Lo sé y lo confieso. Estoy convencido de la realidad de las manifestaciones que experimenté hoy, pero esa no es una razón para que reconozca su excelencia ni admita la legitimidad del objetivo que os proponéis. Así es, los Espíritus se comunican, y no solamente los *demonios*, como nosotros enseñamos, y con razón. Es inútil que me extienda al respecto, porque vosotros conocéis tan bien como yo las razones que nos llevan a proceder de ese modo. Por cierto, los Espíritus de toda clase se comunican. Yo soy una prueba de eso, porque, aun cuando no tenga la vanidad de considerarme un ser superior, ya sea por mis conocimientos o bien por mi moralidad, soy bastante consciente de mi valor para considerarme más allá de esas categorías de Espíritus sujetos a la expiación de las más viles imperfecciones. No soy perfecto. Como cualquiera, he podido cometer faltas. No obstante, me enorgullece reconocer que, si bien he sido un partidista, también he sido un hombre de bien, en todo el sentido de la palabra.

”Escuchadme, pues. Los sacerdotes pueden equivocarse al combatiros. No sé lo que nos reserva el porvenir, y no entraré en discusiones acerca del mayor o menor fundamento de su oposición, verdaderamente sistemática. Pero también, al examinar con cuidado todas las consecuencias de una aceptación, ellos no pueden dejar de reconocer que vosotros

causaríais su ruina social, o al menos una transformación tan absoluta, que todo privilegio, toda separación respecto de los otros hombres, en rigor serían aniquilados. Ahora bien, no se renuncia con alegría a una realeza tan envidiable, a un prestigio que eleva por encima del común, a riquezas que, aunque materiales, no dejan de ser tan necesarias para la satisfacción del sacerdote como para la del hombre común. Con el espiritismo se termina la oligarquía clerical. El sacerdote no es nadie y es uno más; es el hombre de bien que enseña la verdad a sus hermanos; es el obrero caritativo que levanta a su compañero *caído*. ¡Vuestro sacerdote es la fe! ¡Vuestra jerarquía es el mérito! ¡Vuestro salario es Dios! ¡Es grande! ¡Es bello! No obstante, debo decir que, tarde o temprano, lleva a la ruina, no del hombre, que solo puede ganar con esas enseñanzas, sino de la familia clerical. No se renuncia de buen grado —os lo repito— a los honores, al respeto que se está habituado a recoger. ¡Sé que tenéis razón! Pero no puedo desaprobear nuestra actitud ante vuestra enseñanza. He dicho *nuestra*, porque todavía es mía, a pesar de todo lo que veo y de todo lo que podáis decirme.

”Admitamos que vuestra doctrina se afirma. Es escuchada y extiende sus ramificaciones, tanto en el pueblo como en la clase rica, tanto en el artesano como en el literato, *y este es quien os prestará el auxilio más eficaz*. No obstante, ¿qué resultará de todo eso? Como yo lo veo, será esto:

”Ya se producen divisiones entre vosotros. Existen dos grandes sectas entre los espíritas: los espiritualistas de la escuela americana y los espíritas de la escuela francesa. Consideremos apenas esta última. ¿Es una sola? No. De un lado están los *puristas* o *kardecistas*, que no admiten ninguna verdad sin un examen atento y sin la concordancia de todos los

datos. Ese es el núcleo principal, pero no es el único. Hay varias ramas que, después de haberse infiltrado en las grandes enseñanzas del centro, se separan de la madre común para formar sectas particulares. Otras, que no se desprendieron por completo del tronco, emiten opiniones subversivas. Cada jefe de oposición tiene aliados. Los campos todavía no están definidos, pero se forman, y pronto estallará la escisión. Os aseguro que el espiritismo, como las doctrinas filosóficas que lo precedieron, no durará mucho. Ha crecido; ahora se encuentra en el auge, pero ya decae. Sigue sumando algunos adeptos, pero al igual que el sansimonismo, el furierismo y los teósofos, caerá. Tal vez sea reemplazado, pero caerá. Eso es lo que creo firmemente.

”Con todo, existe su principio: los Espíritus. Pero ¿no tiene también sus peligros? Los Espíritus inferiores pueden comunicarse, y ahí está su perdición. Los hombres son dominados ante todo por sus pasiones, y los Espíritus que acabo de mencionar están acostumbrados a excitarlas. Como en nuestra humanidad hay más imperfecciones que cualidades, es evidente que el Espíritu del mal triunfará, y que si el espiritismo puede obrar de algún modo, por cierto eso será la invasión de una plaga terrible para todos.

”De ahí concluyo que, bueno en esencia, el espiritismo es malo en cuanto a sus resultados, de modo que es prudente rechazarlo.

”*El médium.* Apreciado Espíritu, si el espiritismo fuera una concepción humana, yo pensaría como vos. No obstante, dado que os resulta imposible negar la existencia de los Espíritus, ya no podéis desconocer la presencia de la mano poderosa de la Divinidad en el movimiento dirigido por los seres invisibles. Ahora bien, a menos que neguéis las enseñan-

zas que vos mismo impartíais cuando estabais en la Tierra, no podéis admitir que la acción del hombre pueda ser un obstáculo para la voluntad de Dios, su creador. Una de dos: el espiritismo es una obra inventada por el hombre y, como toda obra humana, está destinado a la ruina; o es una obra de Dios y la manifestación de su voluntad, en cuyo caso ningún obstáculo podría impedir ni retrasar su desarrollo. Así pues, si reconocéis que los Espíritus existen, y que esos Espíritus se comunican para instruirnos, eso no puede ocurrir al margen de la voluntad divina, porque en ese caso existiría, junto a Dios, un poder independiente que destruiría su cualidad de todopoderoso y, por consiguiente, de Dios. El espiritismo no podría ser arruinado por algunas disensiones que los intereses humanos generaran en su seno.

”Respuesta. Tal vez tengáis razón, mi joven amigo (el médium era un hombre muy joven), pero me remito a lo que he dicho. No discutiré al respecto. Estoy a vuestra disposición para cualquier consulta que queráis hacerme, aparte de esta.

”El médium. ¡Bien! Ya que lo permitís, sin insistir en este tema, que tal vez os resulte penoso continuar en este momento, os solicitamos que describáis vuestra transición de esta vida a la vida en la que os encontráis, que nos digáis si estuvisteis turbado, y si podemos seros útiles en vuestra situación actual.

”Respuesta. Aunque me pese, no puedo dejar de reconocer la excelencia de esos principios que enseñan al hombre que es la muerte, y que lo llevan a sentir afecto por seres a los que no conocen en absoluto. Pero... en fin, querido hijo, responderé tu pregunta. No quiero abusar de vuestro tiempo, de modo que puedo satisfacer vuestro deseo en pocas palabras.

”Os confesaré que en el momento de la muerte no dejé de inquietarme. ¿Acaso la materia me llevaba a rechazar esta existencia? ¿Sería la ignorancia del porvenir? No os lo ocultaré: ¡tenía miedo! Me preguntasteis si estuve turbado. ¿A qué os referís con eso? Si queréis decir que la acción violenta de la separación me sumergió en una especie de letargia moral, de la que salí como de un sueño penoso, entonces sí, estuve turbado. Pero si os referís a la turbación de las funciones de la inteligencia: la memoria, la conciencia de mí mismo, entonces no. Con todo, la turbación existe para algunos seres. Tal vez también exista para mí, aunque no lo crea. Pero lo que creo es que por lo general ese fenómeno no debe ocurrir inmediatamente después de la muerte. Es cierto que me sorprendió ver la existencia del Espíritu tal como vosotros la enseñáis, pero eso no es la turbación. De este modo entiendo la turbación, y las circunstancias en las que la sufriría.

”Si no estuviera seguro de la verdad de mi creencia, si la duda acerca de lo que he creído hasta ahora hubiera atrapado mi alma, si una transformación brusca se hubiera operado en mí respecto de mi manera de ver, entonces me habría turbado. Pero mi opinión es que esa turbación no debe producirse inmediatamente después de la muerte. Si creo en lo que me dice la razón, entonces el ser, al morir, debe permanecer tal como era antes de pasar... Solo más tarde, cuando el aislamiento y el cambio que se opera gradualmente alrededor suyo modifican sus opiniones, cuando su ser experimenta un quiebre moral que hace tambalear su seguridad inicial, entonces la turbación comienza realmente.

”Me preguntáis si podéis serme de utilidad en algo. Mi religión me enseña que la plegaria es buena. Vuestra creencia dice que es útil. Así pues, orad por mí, y no os queda duda de

mi gratitud. A pesar de la disidencia que existe entre nosotros, no dejará de complacerme el hecho de venir a conversar con vosotros algunas veces”.

El padre D...

Nuestro corresponsal tiene razón cuando dice que esta comunicación es instructiva. En efecto, lo es en muchos aspectos, y nuestros lectores aprovecharán las profundas enseñanzas que resultan de ella, sin que nosotros tengamos que señalarlas. Vemos aquí un Espíritu que, en vida, combatió nuestras doctrinas, agotando contra ellas todos los argumentos que su profundo saber le proporcionaba. Teólogo sabio, es probable que no haya despreciado ninguno de ellos. Como Espíritu, desencarnado hace poco, reconoció las verdades fundamentales en las que nos apoyamos, pero no dejó de persistir en su oposición, y eso por los mismos motivos. Ahora bien, es indudable que, más lúcido en su estado espiritual, si hubiera encontrado argumentos más perentorios para combatirnos, los habría hecho valer. En cambio, lejos de eso, parece tener miedo de ver más claro, y sin embargo presente una transformación en sus ideas. Como sigue impregnado de las opiniones terrenales, vincula a ellas todos sus pensamientos. El porvenir lo asusta, y por eso no se atreve a mirarlo de frente.

Por nuestra parte, le responderemos como si hubiera escrito en vida lo que dictó después de la muerte. Nos dirigiremos al hombre tanto como al Espíritu, para responder también a los que comparten su manera de ver y podrían oponernos los mismos argumentos.

Así pues, le diremos:

Padre, a pesar de que en la Tierra habéis sido nuestro adversario declarado y militante, ninguno de nosotros se considera agraviado, ni ahora ni cuando vivíais, en principio porque nuestra fe hace de la tolerancia una ley, y porque consideramos que todas las opiniones son respetables en caso de que sean sinceras. La libertad de conciencia es uno de nuestros principios. La deseamos para los demás tanto como para nosotros mismos. Solo a Dios le corresponde juzgar la validez de las creencias, y ningún hombre tiene derecho a imponer el anatema en nombre de Aquel. La libertad de conciencia no nos priva del derecho a discutir y refutar, pero la caridad ordena no maldecir a nadie. En segundo lugar, nos agraviamos aún menos por el hecho de que vuestra oposición no causó ningún perjuicio a la doctrina. Servisteis a la causa del espiritismo sin saberlo, como todos los que lo atacan, pues contribuisteis a que se lo conozca y demostrasteis, sobre todo debido a vuestro mérito personal, la insuficiencia de las armas empleadas para combatirlo.

Ahora permitidme discutir algunas de vuestras proposiciones.

Hay una en especial que parece faltar a la lógica mucho más que el resto. Me refiero a esta: “Bueno en esencia, el espiritismo es malo en cuanto a sus resultados”. Parece que habéis olvidado la siguiente máxima de Cristo, que se ha vuelto proverbial a fuerza de ser verdadera: “Un árbol bueno no puede dar frutos malos”. No se entiende cómo puede ser pernicioso algo que es *esencialmente* bueno.

En otra parte decís que el peligro del espiritismo radica en la manifestación de los Espíritus malos, que en provecho del mal explotarán las pasiones de los hombres. Esta es una de las tesis que sosteníais en vida. No obstante, junto a los Espíritus

malos están los Espíritus buenos, que incitan al bien, mientras que, según la doctrina de la Iglesia, solo a los demonios se les otorga el poder de comunicarse. Por lo tanto, si consideráis que el espiritismo es peligroso porque admite la comunicación de los Espíritus malos y también la de los Espíritus buenos, entonces la doctrina de la Iglesia, si fuera verdadera, sería aún más peligrosa, porque solo admite la comunicación de los malos.

Por otra parte, el espiritismo no inventó la manifestación de los Espíritus, ni fue la causa de que estos se comunicaran. Lo único que hizo fue constatar un hecho que se produjo en todos los tiempos, porque está en la naturaleza. Para que el espiritismo dejara de existir, sería necesario que los Espíritus dejaran de manifestarse. Si esa manifestación es peligrosa, no hay que acusar de eso al espiritismo, sino a la naturaleza. ¿Acaso la ciencia de la electricidad es la causa de los daños ocasionados por el rayo? Por supuesto que no. Esa ciencia permite conocer la causa del rayo, y enseña los medios para desviarlo. Lo mismo ocurre con el espiritismo: permite conocer la causa de una influencia perniciosa que actúa sobre el hombre sin que este lo sepa, y le indica los medios de preservarse de esa influencia, mientras que, cuando la ignoraba, la padecía y se exponía a ella sin sospecharlo.

La influencia de los Espíritus malos forma parte de las plagas a las que el hombre está expuesto en la Tierra, como las enfermedades y los accidentes de todo tipo, porque está en un mundo de expiación y de prueba, en el que debe trabajar para su adelanto moral e intelectual. Pero Dios, en su bondad, al lado del mal siempre pone el remedio. Otorgó al hombre la inteligencia para descubrirlo, y a eso conduce el progreso de las ciencias. El espiritismo indica el remedio para uno de esos

males. Enseña que para evitarlo y neutralizar la influencia de los Espíritus malos, es necesario tornarse mejor, dominar las malas inclinaciones y practicar las virtudes que Cristo enseñó: la humildad y la caridad. ¿Es esto lo que vos denomináis malos resultados?

La manifestación de los Espíritus es un hecho positivo, reconocido por la Iglesia. Ahora bien, la experiencia demuestra actualmente que los Espíritus son las almas de los hombres, y que esa es la razón por la cual hay tantos Espíritus imperfectos. Si ese hecho contradice determinados dogmas, el espiritismo no es responsable de eso, como la geología no es responsable de haber demostrado que la Tierra no fue hecha en seis días. El error de tales dogmas consiste en no estar de acuerdo con las leyes de la naturaleza. A través de esas manifestaciones, así como de los descubrimientos de la ciencia, Dios quiere conducir al hombre hacia creencias más auténticas. Así pues, rechazar el progreso implica desconocer la voluntad de Dios, y atribuirlo al demonio es blasfemar contra Dios. La pretensión de mantener a toda costa una creencia que es contraria a la evidencia, implica convertir un principio notoriamente falso en la base de una doctrina; es como construir una casa sobre pilares carcomidos: poco a poco los pilares se quiebran y la casa cae.

Decís que la oposición de la Iglesia contra el espiritismo tiene su razón de ser, y la aprobáis, porque este causaría la ruina del clero, cuya separación del común de los hombres sería aniquilada. “Con el espiritismo –decís– se termina la oligarquía clerical. El sacerdote no es nadie y es uno más; es el hombre de bien que enseña la verdad a sus hermanos; es el obrero caritativo que levanta a su compañero caído. ¡Vuestro sacerdote es la fe! ¡Vuestra jerarquía es el mérito! ¡Vuestro sa-

lario es Dios! ¡Es grande! ¡Es bello! Pero no se renuncia con alegría a una realeza, a un prestigio que eleva por encima del común, al respeto y a los honores que se está habituado a recoger; a riquezas que, aunque materiales, no dejan de ser tan necesarias para la satisfacción del sacerdote como para la del hombre común.”

¡Pues entonces! ¿El clero sería impulsado por sentimientos tan mezquinos? ¿Desconocería estas palabras de Cristo: “Mi reino no es de este mundo”? ¿Y lo haría al extremo de sacrificar el interés de la verdad a favor de la satisfacción del orgullo, de la ambición y de las pasiones mundanas? En tal caso, no creería en ese reino que Jesucristo prometió, dado que prefiere el de la Tierra. Solo en apariencia colocaría su punto de apoyo en el Cielo, para ganar prestigio, ¡aunque en verdad lo haría para salvaguardar sus intereses terrenales! Preferimos creer que, si bien ese es el móvil de algunos de sus miembros, no constituye el sentimiento de la mayoría. De lo contrario, su reino estaría muy cerca de acabarse, y vuestras palabras serían su sentencia, porque solamente el reino celestial es eterno, mientras que los de la Tierra son frágiles e inestables.

Padre, vais muy lejos con vuestras previsiones acerca de las consecuencias del espiritismo. Ni yo mismo he ido tan lejos en mis escritos. Sin seguiros en ese terreno, simplemente diré, porque todos lo presienten, que el resultado inevitable será una transformación de la sociedad. El espiritismo creará un nuevo orden de cosas, nuevas costumbres y necesidades. Modificará las creencias, las relaciones sociales. Hará, en lo moral, lo que hacen desde el punto de vista material los grandes descubrimientos de la industria y de las ciencias. Esa transformación os asusta; y por eso, al presentirla, la apartáis de vuestro pensamiento. Quisierais no creer en ella. En una palabra,

cerráis los ojos para no ver, y los oídos para no oír. Lo mismo les ocurre a muchos hombres en la Tierra. Sin embargo, si esa transformación forma parte de los decretos de la Providencia, se realizará, hagan lo que hagan para impedirlo. Tendrán que experimentarla, de buena gana o a la fuerza, como los hombres del Antiguo Régimen debieron experimentar las consecuencias de la Revolución, que negaban también, y a la que declaraban imposible antes de que se produjera. Aquellos a los que se les hubiera dicho que en menos de un cuarto de siglo todos los privilegios serían abolidos; que un niño no sería más coronel desde el nacimiento; que ya no se compraría un batallón como si fuera una manada de bueyes; que el soldado podría llegar a ser mariscal; y el último de los plebeyos, ministro; que los derechos serían iguales para todos, y que el campesino tendría la misma voz en los asuntos de su país, a la par de su señor; aquellos —digo— se habrían encogido de hombros, por la incredulidad. Y a pesar de todo, si alguno de ellos se hubiera ido a dormir, para despertarse cuarenta años después, como Epiménides, habría pensado que estaba en otro mundo.

El miedo al porvenir es lo que os hace decir que el espiritismo durará poco. Pretendéis engañaros a vosotros mismos, haciendo el intento de demostrar que eso es cierto, hasta que llegáis a creerlo de buena fe, porque os tranquiliza. No obstante, ¿qué argumento utilizáis? El menos concluyente de todos, como es fácil demostrarlo.

¡Ah! Si demostrarais perentoriamente que el espiritismo es una utopía, que se apoya en un error material *de hecho*, en una base falsa, ilusoria y sin fundamento, entonces tendríais razón. Pero, al contrario, afirmáis la existencia de ese principio y, además, su excelencia. Reconocéis —y la Iglesia también lo hace— la realidad del hecho material en el que el espiritismo se

apoya: las manifestaciones. Ese hecho, ¿puede ser aniquilado? No, como tampoco puede serlo el movimiento de la Tierra. Dado que está en la naturaleza, ocurrirá siempre. Ese hecho, antaño inexplicable, pero actualmente mejor estudiado y comprendido, lleva *en sí mismo* consecuencias inevitables. Si no podéis aniquilarlo, sois forzados a experimentar esas consecuencias. Seguidlo paso a paso en sus ramificaciones, y llegaréis fatalmente a una revolución en las ideas. Ahora bien, un cambio en las ideas conduce forzosamente a un cambio en el orden de las cosas. (Véase *¿Qué es el espiritismo?*, 6ª edición, página 128.)

Por otra parte, el espiritismo no somete las inteligencias a su yugo. No impone una creencia ciega. Quiere que la fe se apoye en la comprensión. Respecto de esta manera de ver, sobre todo, señor padre, vos y nosotros diferimos. Así pues, el espiritismo concede a todo el mundo una absoluta libertad de examen, en virtud del principio según el cual la verdad, dado que es *una*, tarde o temprano prevalecerá sobre lo que es falso. Además, un principio fundado en el error cae por la fuerza de los hechos. Las ideas falsas, sujetas a discusión, muestran su lado débil y desaparecen ante el poder de la lógica. Esas divergencias son inevitables al principio, e incluso resultan necesarias, porque contribuyen a que la idea fundamental se depure y se asiente; y es preferible que se produzcan desde el comienzo, porque de ese modo la verdadera doctrina se libra de ellas más rápidamente. Por eso, siempre hemos dicho a los adeptos: “No os preocupéis por las ideas contradictorias que se expresan y se publican. ¡Ya veis cuántas murieron al nacer! ¡Cuántos escritos hay, de los que ya no se habla! Por nuestra parte, ¿qué buscamos? ¿Será el triunfo de nuestras ideas a como dé lugar? No, buscamos el triunfo de la verdad. Si en-

tre las ideas contrarias llega a haber algunas que resulten más verdaderas que las nuestras, entonces prevalecerán, y nosotros tendremos que adoptarlas. Pero si resultan falsas, no podrán soportar la prueba decisiva del control de la enseñanza universal de los Espíritus: el único criterio de la idea que sobrevivirá.

La asimilación que vos establecéis entre el espiritismo y otras doctrinas filosóficas carece de exactitud. Los hombres no son quienes han hecho que el espiritismo sea lo que es, ni lo que será más adelante, sino los Espíritus, con sus enseñanzas. Los hombres no han hecho más que aplicar y coordinar los materiales que los Espíritus les han proporcionado. Esa enseñanza aún no está completa, y la que ellos han impartido hasta ahora solo debe considerarse la base fundamental de esta ciencia. Podemos compararla con las cuatro reglas de las matemáticas, y todavía estamos en las ecuaciones de primer grado. Por eso, muchas personas aún no comprenden su importancia ni su alcance. No obstante, los Espíritus regulan su enseñanza a voluntad, y no depende de nadie hacer que vayan más rápido o más lento de lo que ellos disponen. No corren detrás de los impacientes, como tampoco llevan a cuestras a los retardatarios.

El espiritismo no es la obra de *un solo Espíritu*, como tampoco es la de *un solo hombre*. Es la obra *de los Espíritus* en general. De ahí se sigue que la opinión de un Espíritu, acerca de cualquier principio, solo es considerada por los espíritas como una opinión individual, que puede ser verdadera o falsa, y que solo tiene valor cuando es sancionada por la enseñanza de la mayoría, impartida en los diversos puntos del globo. Esa enseñanza universal ha hecho que el espiritismo sea lo que es, y lo que será. Ante ese poderoso criterio caen necesariamente todas las teorías particulares, que son producto de ideas siste-

máticas, tanto de un hombre como de un Espíritu aislados. No hay duda de que una idea falsa puede agrupar *alrededor suyo* algunos partidarios, pero nunca prevalecerá sobre la que es enseñada en todas partes.

El espiritismo, que apenas acaba de nacer, pero que ya plantea interrogantes de la mayor importancia, inevitablemente agita una infinidad de ideas fantasiosas. Cada uno ve el asunto desde su punto de vista. A eso se debe la diversidad de sistemas que surgieron al principio, la mayoría de los cuales ya han caído ante la fuerza de la enseñanza general. Lo mismo ocurrirá con todos los que no reflejen la verdad; porque a la enseñanza divergente de un Espíritu, impartida a través de un médium, se le opondrá siempre la enseñanza uniforme de millones de Espíritus, impartida a través de millones de médiums. Esa es la razón por la cual algunas teorías excéntricas apenas duran unos días y no salen del círculo en el que nacieron. Privadas de sanción, no encuentran eco ni simpatías en la opinión de las masas; y si además entran en conflicto con la lógica y hasta con el más simple sentido común, provocan un sentimiento de rechazo que precipita su caída.

Por consiguiente, el espiritismo dispone de un elemento de estabilidad y de unidad que extrae de su naturaleza y de su origen, y que no es propio de ninguna de las doctrinas filosóficas cuya concepción es exclusivamente humana. Ese es el escudo contra el cual chocarán todas las tentativas de derribarlo o dividirlo. Esas divisiones nunca pueden ser más que parciales, circunscritas y momentáneas.

Os referís a las sectas que, según vos, dividen a los espíritas, y de ahí concluís que la ruina de su doctrina está próxima. Pero os olvidáis de las sectas que dividieron el cristianismo en su origen, que lo ensangrentaron, que todavía lo dividen, y

cuyo número hoy en día no es menor de trescientos sesenta. Con todo, a pesar de las profundas disidencias respecto de los dogmas fundamentales, el cristianismo se mantuvo de pie: prueba de que es independiente de tales controversias. ¿Por qué pretenderíais que el espiritismo, que se conecta desde su propia base con los principios del cristianismo, y que solo está dividido respecto de cuestiones secundarias que se esclarecen día a día, fuera derribado por la divergencia de algunas opiniones personales, toda vez que tiene un punto de unión tan poderoso: el control universal?

Aunque en la actualidad el espiritismo se hallara dividido en veinte sectas —lo cual no ocurre ni ocurrirá—, de ahí no resultaría ninguna consecuencia, porque se trata del trabajo de parto. Si el motivo de las divisiones fuera la ambición personal de hombres dominados por la idea de convertirse en jefes de una secta, o de explotar la idea en provecho de su amor propio o de sus intereses, no hay duda de que esas divisiones serían las menos peligrosas. Las ambiciones personales *mueren* con los individuos, y si los que pretenden elevarse no llevan consigo la verdad, sus ideas morirán con ellos, o tal vez antes que ellos. En cambio, la auténtica verdad no puede morir.

Estáis en lo cierto, padre, cuando decís que habrá ruinas en el espiritismo, pero no será como vos lo suponéis. Esas ruinas serán las de todas las opiniones erróneas que bullen y salen a la luz. Si están equivocadas, caerán: es inevitable. Pero si alguna está en lo cierto, subsistirá infaliblemente.

Dos divisiones bien marcadas, a las cuales se podía realmente otorgar el nombre de sectas, se habían formado hace algunos años respecto de la enseñanza de dos Espíritus que, ocultándose con nombres venerables, se habían ganado la confianza de algunas personas. En la actualidad, ya no exis-

ten. ¿Ante qué cayeron? Por un lado, ante el sentido común y la lógica de las masas; y por otro, ante la enseñanza general de los Espíritus, acorde a esa misma lógica.

Vos podríais cuestionar el valor de ese control universal argumentando que los Espíritus, dado que son apenas las almas de los hombres, también se hallan sujetos al error. Pero en tal caso, os hallaríais en contradicción con vos mismo. ¿Acaso no admitís que un concilio general tiene más autoridad que uno particular, porque es más numeroso, y que su opinión prevalece sobre la de cada sacerdote y cada obispo, e incluso sobre la del propio Papa? ¿No admitís que en todas las asambleas de los hombres la mayoría dicta la ley? Sin embargo, vos no queríais que los Espíritus, que gobiernan el mundo a las órdenes de Dios, realizaran también sus concilios y asambleas. Lo que admitís en los hombres como sanción de la verdad, lo rechazaríais en los Espíritus. De tal modo, olvidáis que, si bien entre esos Espíritus los hay inferiores, Dios no confía a estos los intereses de la Tierra, sino a los superiores, que han superado las etapas de la humanidad, y cuyo número es incalculable. Ahora bien, ¿de qué modo nos transmiten los Espíritus las instrucciones de la mayoría? ¿Lo hacen mediante la voz de un solo Espíritu o de un solo hombre? No, sino —como he dicho— a través de millones de Espíritus y de millones de hombres. ¿Lo hacen solamente en un centro, en una ciudad, en un país, en una casta, en un pueblo privilegiado, como antaño entre los israelitas? No, sino en todas partes; en todos los países, en todas las religiones, entre los ricos y entre los pobres. ¿Cómo podríais pretender que la opinión de algunos individuos, encarnados o desencarnados, se impusiera sobre ese conjunto formidable de voces? Creedme, padre, que esa sanción universal vale mucho más que la de un concilio ecuménico.

El espiritismo es fuerte precisamente porque se apoya en esa sanción, y no en opiniones aisladas. ¿Se proclama inmutable respecto de lo que enseña actualmente? ¿Afirma que no tiene nada más que aprender? No, porque hasta ahora ha seguido, y seguirá en el futuro, la enseñanza progresiva que se le imparte, y esa también es una causa de fortaleza, pues nunca se dejará aventajar por el progreso.

Aguardad un poco más, padre, y antes de un cuarto de siglo veréis que el espiritismo estará cien veces menos dividido que el cristianismo de la actualidad, después de dieciocho siglos.

A partir de las fluctuaciones que notasteis en las sociedades o reuniones espíritas, habéis concluido erróneamente que la doctrina espírita es inestable. El espiritismo no es una teoría especulativa fundada sobre una idea preconcebida. Es una cuestión de hecho y, por lo tanto, de convicción personal. Quien admite el hecho y sus consecuencias es espírita, sin que tenga necesidad de formar parte de una sociedad. Se puede ser perfectamente espírita sin eso. El porvenir del espiritismo radica en su propio principio, un principio impercedero, porque está en la naturaleza y no en las reuniones, formadas a menudo en condiciones poco favorables, compuestas de elementos heterogéneos y, por consiguiente, subordinadas a una infinidad de eventualidades.

Las sociedades son útiles, pero ninguna es indispensable. Aunque todas desaparecieran, el espiritismo no dejaría de avanzar, puesto que la mayoría de las convicciones no se forman en el seno de las sociedades. Estas son para los creyentes, que buscan en ellas centros afines, más que para los incrédulos. Las sociedades serias y bien dirigidas son útiles sobre todo para neutralizar la mala impresión que causan aquellas otras

donde el espiritismo es mal presentado o desfigurado. La Sociedad de París no es la excepción a la regla, pues no se arroga ningún monopolio. Su importancia no radica en la mayor o menor cantidad de personas que la integran, sino en la idea madre que representa. Ahora bien, esa idea es independiente de cualquier reunión constituida, de modo que, pase lo que pase, el elemento propagador no dejará de subsistir. Por lo tanto, podemos decir que la Sociedad de París se encuentra en todas partes donde se profesan los mismos principios, desde el Oriente hasta el Occidente; y si ella muriera materialmente, la idea sobreviviría.

El espiritismo es como un niño que crece, y cuyos primeros pasos son necesariamente vacilantes. Sin embargo, al igual que los niños precoces, desde temprano dio señales de su fuerza. Por eso, algunas personas se asustan al verlo, y quisieran sofocarlo en la cuna. Si el espiritismo se hubiera presentado como ese ser tan débil que vos suponéis, no habría causado tanta conmoción, ni provocado tanta animosidad, y vos mismo no habríais intentado combatirlo. Así pues, dejad que el niño crezca, y entonces veréis lo que dará el adulto.

Habéis predicho su final inminente. Con todo, una multitud de encarnados y de desencarnados también le han dicho el horóscopo, aunque en otro sentido. Escuchad, pues, sus previsiones, que se suceden sin interrupción desde hace diez años, y que se repiten en todos los puntos del globo:

“El espiritismo viene a combatir la incredulidad, que constituye el elemento disolvente de la sociedad, pues en lugar de la fe ciega, que se extingue, pone la fe razonada, que vivifica.

”Trae consigo el elemento regenerador de la humanidad, y será la brújula de las generaciones futuras.

”Como todas las grandes ideas renovadoras, tendrá que luchar contra la oposición de los intereses que afectará, así como de las ideas que derribará. Emplearán contra él todas las armas, legítimas o no, que consideren adecuadas para destruirlo. Dará sus primeros pasos sobre cardos y espinas. Sus adeptos serán denigrados, ridiculizados, traicionados, calumniados y perseguidos. Sufrirán disgustos y decepciones. Dichosos aquellos cuya fe no se vea debilitada en esos días nefastos. Dichosos los que hayan padecido y combatido por el triunfo de la verdad, pues serán recompensados por su valor y su perseverancia.

”No obstante, el espiritismo continuará su avance a través de los obstáculos y las trampas. Es inquebrantable, como todo lo que forma parte de la voluntad de Dios, porque se apoya en las propias leyes de la naturaleza, que son las leyes eternas de Dios. En cambio, todo lo que sea contrario a esas leyes caerá.

”Mediante la luz que proyecta sobre los puntos oscuros y controvertidos de las Escrituras, conducirá a los hombres hacia la unidad de creencia.

”Al presentar las propias leyes de la naturaleza como base de los principios de igualdad, libertad y fraternidad, el espiritismo fundará el reino de la verdadera caridad cristiana, que es el reino de Dios en la Tierra, predicho por Jesucristo.

”Muchos lo rechazan todavía, porque no lo conocen o no lo comprenden. Pero cuando reconozcan que realiza las más preciadas esperanzas del porvenir de la humanidad, lo aclamarán. Y así como el cristianismo encontró un apoyo en san Pablo, el espiritismo contará con defensores entre sus adversarios de la víspera. De la multitud surgirán hombres selectos que adoptarán su causa, y la autoridad de su palabra impondrá silencio a sus detractores.

”La lucha durará mucho tiempo aún, porque las pasiones, sobrecitadas por el orgullo y los intereses materiales, no pueden apaciguarse súbitamente. Con todo, esas pasiones se extinguirán junto con los hombres que las posean, y este siglo no terminará sin que la nueva creencia haya conquistado un lugar preponderante entre los pueblos civilizados, y del próximo siglo datará la era de la regeneración”.

Los hermanos Davenport

Los hermanos Davenport, que en este momento llaman tanto la atención, son dos jóvenes de veinticuatro y veinticinco años, nacidos en Búfalo, estado de New York, y que se presentan en público como médiums. De todos modos, su facultad se limita a efectos exclusivamente físicos, entre los cuales el más notable consiste en hacerse atar con cuerdas de un modo inextricable, para liberarse de ellas inmediatamente a través de una fuerza invisible, y a pesar de todas las precauciones tomadas para asegurarse de que no pueden hacerlo por sí mismos. A este fenómeno le agregan otros más conocidos, como el traslado de objetos en el espacio, hacer que suenen espontáneamente instrumentos musicales, la aparición de manos luminosas, tocamientos por parte de manos invisibles, etc.

Los señores Didier, editores de *El libro de los Espíritus*, acaban de publicar una traducción de la biografía de los hermanos Davenport, en la que se describen detalladamente los efectos que ellos producen y que, salvo el de las cuerdas, se parecen bastante a los del señor Home. El impacto que causó

la presencia de ambos en Inglaterra y en París, hizo que este libro despertara muchísimo interés. El doctor Nichols, su biógrafo inglés —pues no son los Davenport quienes escribieron esa obra, sino que apenas proporcionaron los documentos—, se limita a describir los fenómenos, sin explicarlos, de modo que los editores franceses tuvieron la feliz idea de incluir en la publicación, para que sea comprendida por las personas ajenas al espiritismo, nuestros opúsculos: *Resumen de la ley de los fenómenos espíritas* y *El espiritismo en su más simple expresión*, junto con varias notas explicativas a lo largo del texto⁴⁴. Así pues, en esta obra se encontrará la información requerida para conocer la actividad de estos señores, de cuyos detalles no podemos ocuparnos, pues analizaremos la cuestión desde otro punto de vista.

Tan solo diremos que la capacidad para producir esos fenómenos se reveló en ellos desde la infancia, de una manera espontánea. Durante varios años, recorrieron las principales ciudades de América septentrional, en las que obtuvieron cierta reputación. Hacia el mes de septiembre de 1864, viajaron a Inglaterra, donde causaron gran sensación. Fueron aclamados, pero también ridiculizados y hasta injuriados, tanto por la prensa como por el público. En Liverpool, particularmente, fueron objeto de la más flagrante malicia, al extremo de que vieron comprometida su seguridad personal. Las opiniones estaban divididas: algunos afirmaban que no eran más que hábiles charlatanes, en tanto que otros los consideraban personas de buena fe y admitían que podía existir una causa oculta en los fenómenos que producían. De todos modos, y en suma, no ganaron demasiados prosélitos para la

44. Véase el *Boletín bibliográfico* [Bulletin bibliographique]. (N. de Allan Kardec.)

idea espírita propiamente dicha. En ese país, esencialmente religioso, el buen sentido natural rechazaba la idea de que los seres espirituales pudieran revelar su presencia mediante exhibiciones teatrales y juegos malabares. Dado que ahí la filosofía espírita es poco conocida, el público confundió el espiritismo con esas representaciones, de modo que concibió una opinión más contraria que favorable a la doctrina.

Es cierto que, en Francia, el espiritismo comenzó con las mesas giratorias, pero en condiciones muy diferentes. Como la mediumnidad se reveló de inmediato en una gran cantidad de personas, de todas las edades y de ambos sexos, así como en las familias más respetables, los fenómenos se produjeron en condiciones que excluían cualquier idea de charlatanismo. Todos pudieron cerciorarse por sí mismos, en la intimidad y con múltiples observaciones, de la realidad de los hechos, a los cuales se agregó un interés poderoso cuando, al apartarse de los efectos puramente materiales, que no decían nada a la razón, observaron las consecuencias morales y filosóficas que resultaban de tales hechos. Si, en vez de esto, aquel género de mediumnidad primitiva hubiera sido privilegio de algunos individuos aislados, y hubiera sido necesario comprar la fe en los escenarios, entonces ya no se hablaría de los Espíritus desde hace mucho tiempo. La fe nace de la impresión moral. Ahora bien, todo lo que es capaz de producir una mala impresión, repele la fe, en vez de provocarla. En la actualidad, habría muchos menos incrédulos en materia de espiritismo, si los fenómenos siempre hubieran sido presentados de una manera seria. El incrédulo, naturalmente dispuesto al escarnio, no puede tomar en serio algo que está rodeado de circunstancias que no inspiran respeto ni confianza. La crítica, que no se toma el trabajo de profundizar, forma su opinión a partir

de una apariencia inicial desfavorable, y confunde lo bueno y lo malo en una misma reprobación. Muy pocas convicciones se formaron en las reuniones de carácter público, mientras que la inmensa mayoría lo hizo en las reuniones íntimas, en las que la notoria honorabilidad de sus miembros inspiraba absoluta confianza y desafiaba cualquier sospecha de fraude.

La última primavera, después de lucrar en Inglaterra, los hermanos Davenport vinieron a París. Poco antes de que llegaran, una persona vino a vernos de parte de ellos, y nos pidió que les brindáramos nuestro apoyo en la *Revista Espírita*. No obstante, se sabe que no nos entusiasamos tan fácilmente, ni siquiera con las cosas que conocemos, de modo que, con más razón, tampoco lo hacemos con las que ignoramos. Así pues, no pudimos prometerles una colaboración anticipada, dado que solo acostumbramos a hablar con conocimiento de causa. En Francia, donde solo eran conocidos por las noticias contradictorias de los periódicos, y al igual que en Inglaterra, las opiniones acerca de ellos estaban divididas. De tal modo, nosotros no formulamos prematuramente una censura, que habría podido ser injusta, como tampoco una aprobación, de la cual ellos habrían podido aprovecharse. Por esa razón, nos abstuvimos.

A su llegada, se hospedaron en el pequeño castillo de Genevilliers, cerca de París, donde permanecieron varios meses sin informar al público acerca de su presencia. Desconocemos los motivos de esa decisión. Últimamente, brindaron algunas sesiones particulares, de las que los periódicos se hicieron eco de una manera más o menos pintoresca, hasta que su primera sesión pública fue anunciada para el 12 de septiembre en la sala Hertz. Conocemos el resultado deplorable de esa sesión, en la que se renovaron, aunque en pequeña escala, las tumul-

tuosas escenas de Liverpool, y en la cual uno de los espectadores se arrojó al escenario, rompió el aparato de esos señores y mostró una tabla, gritando: “¡Acá está el truco!”. Esa escena, incalificable en un país civilizado, fue el colmo del escándalo. Dado que el espectáculo no pudo terminar, devolvieron el dinero de las entradas, pero como se había entregado una gran cantidad de favor, y la recaudación registraba un déficit de setecientos francos, quedó demostrado que sesenta personas que habían ingresado gratuitamente se retiraron con diez francos de más en el bolsillo, sin duda para cubrir los gastos del transporte.

La polémica que se generó acerca de los hermanos Davenport presenta varios puntos instructivos, que vamos a analizar.

La primera pregunta que los propios espíritas se han hecho es la siguiente: “Esos señores, ¿son médiums?” Todos los hechos relatados en su biografía forman parte de las posibilidades mediúmnicas, porque efectos análogos y notoriamente auténticos se obtuvieron una y otra vez bajo la influencia de médiums serios. Si bien los hechos son admisibles de por sí, debemos convenir en que las condiciones en que se producen generan desconfianza. La que más llama la atención es la necesidad de que haya oscuridad, pues es evidente que esta favorece el fraude. De todos modos, no podría ser una objeción fundada. Los efectos mediúmnicos no tienen absolutamente nada de sobrenatural. Todos ellos, sin excepciones, se deben a la combinación de los fluidos propios del Espíritu y del médium. Si bien esos fluidos son imponderables, no dejan de ser materia sutil. Así pues, en eso existen una causa y un efecto de algún modo materiales, lo cual nos ha permitido decir desde siempre que los fenómenos espíritas se basan en leyes natu-

rales y que, por consiguiente, no tienen nada de milagroso. Como muchos otros fenómenos, parecían milagrosos en tanto no se conocían esas leyes; pero en la actualidad, conocidas esas leyes, lo sobrenatural y lo maravilloso desaparecen para dar lugar a la realidad. De tal modo, no existe un solo espírita que se atribuya el don de hacer milagros, y eso es lo que los críticos sabrían si se tomaran el trabajo de estudiar aquello de lo que hablan.

Para volver a la cuestión de la oscuridad, sabemos que en química existen combinaciones que no pueden ocurrir con luz, en tanto que hay composiciones y descomposiciones que tienen lugar bajo la acción del fluido luminoso. Ahora bien, dado que —como hemos dicho— todos los fenómenos espíritas son el resultado de combinaciones fluídicas, y que esos fluidos son materia, no sería asombroso que en algunos casos el fluido luminoso fuera contrario a esa combinación.

Una objeción más seria radica en la puntualidad con la cual los fenómenos se producen, en días y horarios preestablecidos. Esa sumisión al capricho de algunos individuos es contraria a todo lo que sabemos acerca de la naturaleza de los Espíritus, de modo que la repetición facultativa de cualquier fenómeno siempre se consideró, y debe considerarse, en principio, legítimamente sospechosa, *incluso en caso de desinterés*, y con mayor razón cuando se trata de exhibiciones públicas organizadas con un fin especulativo, pues repugna a la razón pensar que los Espíritus puedan someterse a ellas.

La mediumnidad es una *aptitud natural* inherente al médium, así como la facultad de producir sonidos es inherente a un instrumento musical. No obstante, así como hace falta un músico para que un instrumento toque una melodía, para que un médium produzca efectos *mediúmnicos* hacen falta Es-

píritus. Dado que los Espíritus se manifiestan cuando quieren y *cuando pueden*, de ahí se sigue que hasta el médium mejor dotado a veces no logra obtener nada, en cuyo caso es como un instrumento sin músico. Esto se observa todos los días, y es lo que le ocurría al señor Home, que a menudo pasaba meses enteros sin producir nada, a pesar de su deseo, e incluso en presencia de algún soberano.

Por consiguiente, de la esencia misma de la mediumnidad resulta —y esto se puede establecer como un principio ABSOLUTO— que un médium *nunca puede estar seguro* de obtener un efecto determinado, debido a que *eso no depende de él*. Afirmar lo contrario demostraría que se ignoran completamente los principios más elementales de la ciencia espírita. Para *prometer* la producción de un fenómeno en un momento preciso se requiere disponer de medios materiales que no procedan de los Espíritus. ¿Es este el caso de los hermanos Davenport? Lo ignoramos. A quienes presenciaron sus experiencias les corresponde determinarlo.

Se habló de desafíos, de retos propuestos al que hiciera los trucos más asombrosos. Los Espíritus no son hacedores de trucos, y nunca un médium serio competiría con nadie, y mucho menos con un prestidigitador. Este dispone de medios propios, en tanto que aquel es el instrumento pasivo de una voluntad ajena, libre, independiente, y de la que nadie puede disponer sin su consentimiento. Si el prestidigitador dice que puede hacer más que los médiums, dejad que lo diga. Tiene razón, pues actúa con seguridad. Entretiene al público: esa es su función. Se vanagloria: esa es su actitud. Se promociona: esa es una necesidad de la posición que ocupa. En cambio, el médium serio, dado que sabe que no tiene ningún mérito personal en lo que hace, es modesto. No puede envanecerse

de lo que no es el producto de su talento, ni prometer lo que no depende de él.

No obstante, los médiums hacen algo más. Por su intermedio, los Espíritus buenos inspiran la caridad y la benevolencia para con todos. Enseñan a los hombres a mirarse como hermanos, sin distinción de castas ni de sectas, a perdonar a quienes los injurian, a vencer sus malas inclinaciones, a soportar con paciencia las miserias de la vida, a considerar la muerte sin miedo, gracias a la convicción de la vida futura. Consuelan a los afligidos, fortalecen a los débiles, e infunden esperanza a los que no creen.

Nada de esto enseñan los trucos de los prestidigitadores, como tampoco los de los señores Davenport.

Por lo tanto, las condiciones inherentes a la mediumnidad no podrían prestarse a la regularidad y a la puntualidad, que son la condición indispensable de las sesiones realizadas a una hora fija, y en las que es necesario satisfacer al público a toda costa. No obstante, si hubiera Espíritus que se prestaran a manifestaciones de ese tipo —lo cual no sería radicalmente imposible, pues los hay de todos los grados posibles de adelanto—, en todos los casos eso solo podría ocurrir con Espíritus del nivel más bajo, porque sería sumamente absurdo pensar que otra clase de Espíritus, aunque no fueran muy elevados, podrían acudir para divertirse con exhibiciones. Con todo, incluso en esta hipótesis, el médium no dejaría de hallarse a merced de esos Espíritus, que podrían retirarse en el momento en que su presencia resultara más necesaria, haciendo que la representación o la consulta se malograsen. Ahora bien, como lo principal es satisfacer al que paga, si los Espíritus se ausentan, el médium tratará de hacerse pasar por ellos. Con un poco de habilidad, es fácil imitarlos. Eso les ocurre con

frecuencia a los médiums dotados inicialmente de facultades reales, pero que resultan insuficientes para alcanzar el objetivo que se proponen.

Entre todos los fenómenos espíritas, los que mejor se prestan a la imitación son los de efectos físicos. Ahora bien, aunque las manifestaciones reales cuenten con un carácter distintivo y solo se produzcan en condiciones especiales bien determinadas, la imitación puede acercarse a la realidad a tal punto que engañan a las personas, y sobre todo a las que no conocen las leyes de los fenómenos auténticos. No obstante, del hecho de que sea posible imitarlos, sería ilógico concluir que no existen, tanto como lo sería pretender que no existen diamantes auténticos porque los hay falsos.

Por nuestra parte, no realizamos aquí ninguna interpretación personal, pues nos basamos en principios fundados en la experiencia y en la razón, y de los cuales extraemos la siguiente consecuencia: tan solo un análisis escrupuloso, realizado con absoluto conocimiento de los fenómenos espíritas, permite distinguir la superchería de la mediumnidad real. Y agregamos que la mejor garantía es el respeto y la consideración que se profesan a la persona del médium, a su moralidad, su honorabilidad notoria y su absoluto desinterés, tanto material como moral. Nadie podrá disentir acerca de que en tales circunstancias las cualidades del individuo constituyen un precedente que impresiona favorablemente, porque alejan incluso la sospecha de fraude.

No juzgamos a los señores Davenport, y lejos de nosotros está poner en duda su honorabilidad. Sin embargo, además de las cualidades morales, respecto de las cuales no tenemos motivo alguno de sospecha, debemos admitir que se presentan en condiciones poco favorables para acreditar su título de

médiums, y que algunos críticos no dejan de conducirse al menos con gran liviandad cuando se apresuran a calificarlos como apóstoles y sumos sacerdotes de la doctrina espírita. El objetivo de su viaje a Europa está definido claramente en este pasaje de su biografía:

“Si no me equivoco, el 27 de agosto los hermanos Davenport dejaron New York llevando consigo –debido a una indisposición del señor William Davenport– un ayudante en la persona del señor William Fay, al que no debe confundirse con el señor H. Melleville Fay, acerca del cual, según no sé qué clase de autoridad, se dice que fue descubierto en Canadá intentando producir manifestaciones semejantes, o al menos parecidas. Los acompañaba el señor Palmer, muy conocido como *empresario y agente de negocios* en el mundo dramático y lírico, y al que gracias a su experiencia confiaron la parte material y económica del emprendimiento”.

Así pues, queda demostrado que se trató de un negocio conducido por un empresario y agente del espectáculo. Los hechos relatados en la biografía forman parte –como dijimos– de las posibilidades mediúmnicas. La época y las circunstancias en las que comenzaron a manifestarse alejan la idea de una superchería. Por consiguiente, todo tiende a demostrar que esos jóvenes eran realmente médiums de efectos físicos, como tantos otros que se encuentran en su país, en el que la explotación de esa facultad es habitual y no resulta chocante para la opinión pública. ¿Acaso exageraron sus facultades naturales, como lo hicieron otros médiums explotadores, a fin de aumentar su prestigio y suplir la falta de flexibilidad de esas mismas facultades? No tenemos ninguna prueba para afirmar tal cosa. No obstante, aunque admitamos la integridad de esas facultades, diremos que ellos se ilusionaron respecto de

su aceptación por parte del público europeo, toda vez que las presentaron como un espectáculo curioso y en condiciones tan contrarias a los principios del espiritismo filosófico, moral y religioso. Los espíritas sinceros e instruidos, que son numerosos, sobre todo en Francia, no podían aclamarlos en tales condiciones, como tampoco considerarlos apóstoles, aun en el supuesto de que fueran absolutamente sinceros. En cuanto a los incrédulos, cuya cantidad también es importante, y que todavía lideran la prensa, la oportunidad de usar su jerga burlesca era demasiado hermosa para dejarla pasar. Por lo tanto, esos señores mostraron a la crítica el lado más débil y le concedieron el derecho que se adquiere con la entrada de cualquier espectáculo. No cabe duda de que, si se hubieran presentado en condiciones más serias, habrían recibido otra acogida y les habrían cerrado la boca a los detractores. Un médium es fuerte cuando puede afirmar decididamente: “¿Cuánto pagasteis para verme? ¿Quién os obligó a venir? Dios me ha otorgado una facultad que puede quitarme cuando le plazca, como puede quitarme la vista o la voz. Solo la utilizo para hacer el bien, en interés de la verdad, y no para satisfacer la curiosidad o servir a mis intereses. Apenas recaudo el fruto de la devoción, y no pretendo la satisfacción del amor propio, pues esa facultad no depende de mí. La considero una cosa sagrada, porque me pone en relación con el mundo espiritual y me permite otorgar la fe a los incrédulos y el consuelo a los afligidos. Para mí sería un sacrilegio lucrar con ella, porque no me considero con derecho a vender la asistencia de los Espíritus que acuden gratuitamente. Por lo tanto, como no extraigo de esa facultad provecho alguno, no tengo ningún interés en engañaros”. Reiteramos que el médium que puede hablar en

esos términos es fuerte. Se trata de una respuesta sin réplica y que siempre impone respeto.

La crítica, en esta circunstancia, ha sido más que maliciosa. Fue injusta e injuriosa, y englobó en la misma reprobación a todos los espíritas y a todos los médiums, respecto de los cuales no se ahorró los epítetos más ultrajantes, sin imaginarse hasta qué punto dañaba a las más honorables familias. No reproduciremos esas expresiones, que solo deshonoran a quienes las pronunciaron. Todas las convicciones sinceras son respetables; y vosotros, los que proclamáis incesantemente la libertad de conciencia como un derecho natural, respetadla al menos en los demás. Discutid las opiniones, pues es vuestro derecho; pero la injuria siempre ha sido el peor de los argumentos, y nunca el de una buena causa.

No toda la prensa es solidaria con esos desvíos del decoro. Entre las críticas, respecto de los hermanos Davenport, hay algunas cuyo espíritu no excluye los convencionalismos ni la moderación, y que son imparciales. La que citaremos a continuación destaca precisamente el punto débil al que nos hemos referido. La extrajimos del *Courrier de Paris du Monde Illustré*, número del 16 de septiembre de 1865, firmada por *Neuter*:

“Una primera objeción me parecía suficiente para demostrar que los jóvenes que ofrecieron una sesión pública en la sala Hertz eran diestros en los ejercicios respecto de los cuales los mundos superiores permanecían completamente ajenos. *Extraigo esta objeción de la regularidad con la cual ellos explotaban su pretendido poder milagroso.* ¡Cómo es posible! Decían que se trataba de Espíritus que acudían para mostrarse en público *a beneficio* de los hermanos Davenport, y estos los trataban –pese a que no eran sus empleados– con tanto des-

caro como un director de teatro cuando da indicaciones a sus coristas. Sin preguntar a sus compañeros sobrehumanos si el día les convenía, si no estaban cansados, si el calor no los incomodaba, fijaban un día y una hora precisa, y los seres fluídicos tenían que molestarse ese día y salir a escena a esa hora, para ejecutar sus gracias musicales con la precisión de un músico al que su café concierto paga un caché de algunos centavos.

”Francamente, eso significaba *hacernos una idea muy mezquina del mundo espírita*, concebido como un pueblo de genios por encargo, de duendes asalariados, que se presentaban en alguna ciudad ante una señal del patrón. ¡Cómo! ¿No había ningún día de descanso para esos figurantes *supraterrestres*? Mientras que un simple resfrío le da derecho al más humilde comediante a suspender el espectáculo, las almas de la compañía Davenport eran esclavas a las que se les prohibía tomarse unas cortas vacaciones. Es muy duro vivir en planetas fantásticos en los que uno se ve reducido a ese grado de servidumbre.

”¿Y para qué tarea se convocaba a esas desdichadas almas de ultratumba? ¿Para que introdujeran las manos —¡manos de almas!— en el interior de un armario! *¡Para rebajarlas al nivel de un saltimbanqui!* ¿Para obligarlas a hacer malabares con guitarras, esos instrumentos grotescos que ni siquiera usan los trovadores que trinan en las calles con los ojos puestos en las monedas de cinco centavos...!”

En efecto, ¿acaso no se ha puesto aquí el dedo en la llaga? Si el señor Neuter hubiera sabido que el espiritismo dice precisamente lo mismo que él, aunque de una manera menos ingeniosa, habría afirmado: “¡Aquí no está el espiritismo!”; de igual modo que al ver un curandero se dice: “¡Aquí no está la medicina!”. Ahora bien, así como ni la ciencia ni la religión son solidarias con los que abusan de ellas, el espiritismo tam-

poco es solidario con los que usurpan su nombre. La mala impresión que se llevó el autor se debe, pues, no a la persona de los hermanos Davenport, sino a las condiciones en las que ellos se presentan ante el público, así como a la idea ridícula que acerca del mundo espiritual generan las experiencias realizadas en tales condiciones, pues hasta la incredulidad se sorprende al ver que ese mundo es explotado y subido a los escenarios. Esa impresión ha sido la de la crítica en general, y que esta tradujo en términos más o menos educados. Por otra parte, seguirá siendo la misma toda vez que los médiums no se presenten en condiciones adecuadas para que se respete la creencia que profesan.

El fracaso de los hermanos Davenport es una suerte para los adversarios del espiritismo, aunque estos se apresuran demasiado al cantar victoria, a la vez que compiten para burlarse de los adeptos espíritas y gritarles que su doctrina ha sido herida de muerte, como si el espiritismo estuviera encarnado en los hermanos Davenport. El espiritismo no está encarnado en nadie: está en la naturaleza, y de nadie depende frenar su marcha, porque los que intentan hacerlo trabajan para su adelanto. El espiritismo no consiste en hacerse atar con cuerdas, como tampoco en tal o cual experiencia física. Dado que nunca patrocinó a esos señores, ni los presentó como las columnas de la doctrina, a la que ellos ni siquiera conocen, no puede ser desmentido por ese percance. Así pues, el fracaso de los hermanos Davenport no es el fracaso del espiritismo, sino el de los explotadores del espiritismo.

Hay dos posibilidades: son hábiles malabaristas o auténticos médiums. Si son charlatanes, debemos agradecer a los que contribuyen a desenmascararlos. Al respecto, agradecemos particularmente al señor Robin, quien le ha hecho un gran

favor al espiritismo, pues este solo se habría visto afectado en caso de que esos fraudes hubieran sido aceptados como fenómenos auténticos. Cada vez que la prensa denunció abusos, estafas y maniobras capaces de comprometer a la doctrina, los espíritas sinceros, lejos de lamentarse, la aplaudieron. Ahora bien, si son auténticos médiums, dado que las condiciones en que se presentan causan una impresión desfavorable, no pueden resultar de utilidad para la causa. En ambos casos, el espiritismo no tiene ningún interés en abogar por ellos.

Ahora bien, ¿cuál es el resultado definitivo de todo este escándalo? Veamos:

La crónica, que en esta época de calor tropical carece de material, obtiene un tema y se apresura a capturarlo para llenar sus columnas, vacías de acontecimientos políticos, de novedades teatrales o de salón.

El señor Robin descubre una excelente propaganda para su teatro de prestidigitación, que explota muy hábilmente, y que deseamos sea muy fructífera, pues todos los días habla de los espíritas y del espiritismo.

La crítica pierde algo de consideración, debido a la excentricidad y la falta de civilidad de su polémica.

Los más perjudicados, materialmente hablando, tal vez sean los señores Davenport, cuya especulación se encuentra singularmente comprometida.

En cuanto al espiritismo, es evidente que saldrá ganando más que el resto. Sus adeptos lo comprenden tan bien que no se conmueven en absoluto ante lo que ocurre, y aguardan el resultado con confianza. En las provincias, donde son objeto —mucho más que en París— de las burlas de sus adversarios, se

contentan con responderles: “Aguardad, y pronto veréis que ese asunto estará muerto y enterrado”.

Ante todo, el espiritismo ganará una inmensa popularidad y se tornará conocido, al menos de nombre, para una infinidad de personas que nunca habían escuchado hablar de él. Pero hay muchos que no se contentan con el nombre, y su curiosidad es incitada por el fuego de los ataques: quieren saber de qué trata esa doctrina, supuestamente tan ridícula, de modo que irán a la fuente, y cuando descubran que solo se les mostró una parodia, dirán que en ella no encuentran nada malo. Así pues, el espiritismo ganará con este escándalo, porque se lo comprenderá mejor, y será mejor considerado y valorado.

También ganará porque quedarán en evidencia sus adeptos sinceros y abnegados, con los cuales se puede contar, y estos se distinguirán de los adeptos falsos, que solo adoptan el nombre o la superficie de la doctrina. Sus adversarios no dejarán de explotar este caso para suscitar divisiones o dificultades reales o simuladas, con cuyo auxilio confían en destruir el espiritismo. Tras fracasar con los otros medios, este es su último y supremo recurso, pero tampoco tendrán éxito, porque solo desprenderán del tronco las ramas muertas, por las que no circula savia alguna. Sin las ramas inútiles, el tronco será más vigoroso.

Esos resultados —y muchos más, que nos abstenemos de enumerar— son inevitables, y no nos sorprendería que los Espíritus buenos hayan sido los que provocaron todo este alboroto para que esos resultados se alcancen lo antes posible.

Exequias de un espírita

El siguiente discurso fue pronunciado por nosotros en las exequias del señor Nant, uno de nuestros colegas de la Sociedad de París, el 23 de septiembre de 1865. Lo publicamos a pedido de la familia, y porque, considerando las circunstancias relatadas en el artículo precedente, demuestra dónde se encuentra la verdadera doctrina espírita.

“Señores y estimados colegas de la Sociedad de París; hermanos en creencia que estás aquí presentes:

”Hace apenas un mes, en este mismo lugar, rendíamos nuestro postrer homenaje a uno de nuestros antiguos colegas, el señor Dozon⁴⁵. La partida de otro hermano nos ha reunido nuevamente el día de hoy. El señor Nant, miembro de la Sociedad, también acaba de dejar en la tierra sus despojos mortales, a fin de vestirse con la brillante envoltura de los Espíritus. ¿Será que hemos venido, según la expresión consabida, a darle el último adiós? No, porque nosotros sabemos que la muerte no es tan solo la entrada a la verdadera vida, sino también una separación corporal de algunos instantes, y que el vacío que ella deja en el hogar no es sino aparente.

”¡Oh! ¡Dulce y santa creencia, que sin cesar nos muestra que nuestros seres queridos permanecen a nuestro lado! ¡Aunque fuera una ilusión, habría que bendecirla, porque llena el corazón con un inefable consuelo! Pero no, no se trata de una vana esperanza, sino de una realidad demostrada a diario por las relaciones que se establecen entre los muertos y los vivos según la carne. ¡Bendita sea, pues, la ciencia que nos señala la

45. El señor Dozon, autor de la obra *Revelaciones de ultratumba* [*Révélation d'outre-tombe*], 4 vol., in-12, murió en Passy (París), el 1.º de agosto de 1865. (N. de Allan Kardec.)

tumba como el umbral de la liberación, y nos enseña a mirar la muerte cara a cara y sin pavor!

”¡Oh! ¡Hermanos míos! ¡Compadecemos de aquellos a los que el velo de la incredulidad aún enceguece, pues para ellos la muerte guarda horribles temores! Para esos sobrevivientes, es más que una separación, es la destrucción eterna de los seres más queridos. Para el incrédulo que ve la cercanía de su hora suprema, el abismo de la nada se abre ante él ¡Idea espantosa, que legitima la angustia y la desesperación!

”¡Cuán diferente es la muerte para aquel que no solo cree en la vida futura, sino que la comprende y se identifica con ella! Ya no se dirige hacia lo desconocido con ansiedad, sino pleno de confianza respecto del nuevo camino que se le presenta. Lo vislumbra, y con sangre fría cuenta los minutos que aún lo separan de él, como el viajero que está próximo a su destino y sabe que a su arribo podrá descansar y recibirá el abrazo de sus amigos.

”Así era el señor Nant. Su vida fue la del hombre de bien por excelencia; y su muerte, la del justo y del verdadero espírita. Su fe en las enseñanzas de nuestra doctrina era sincera y fundada. Durante su vida, extrajo de esa fe inmensos consuelos, resignación ante los dolores que lo consumieron, y una calma radiante en los momentos postreros. Nos ha brindado un claro ejemplo de muerte consciente, pues siguió con lucidez los progresos de la separación, que se operó sin convulsiones. Cuando sintió que el último lazo se soltaba, bendijo a los presentes. Luego, tomó las manos de su pequeña hija, una niña de diez años, para cerrar con ellas sus propios ojos. Algunos segundos más tarde, daba el último suspiro, exclamando: ‘¡Ah! ¡Lo veo!’.

”En ese momento, su nieto, presa de una violenta emoción, se quedó dormido súbitamente, influenciado por los Espíritus. Durante el éxtasis, el niño vio que el alma de su abuelo, en compañía de una infinidad de otros Espíritus, se elevaba en el espacio, pese a que continuaba vinculado a su envoltura corporal a través del lazo fluídico.

”De tal modo, a medida que se cerraban ante él las puertas de la vida terrenal, se abrían las del mundo espiritual, cuyos esplendores percibía.

”¡Oh! ¡Sublime y conmovedor espectáculo, que no fue presenciado por aquellos que a esta hora se burlan de la ciencia que nos revela tan consoladores misterios! De lo contrario, la habrían saludado con respeto, en vez de ridiculizarla. Si le arrojan la ironía y la injuria, perdonémoslos, porque no la conocen y van a buscarla donde no está.

”Por nuestra parte, demos gracias al Señor, que ha tenido a bien rasgar ante nosotros el velo que nos separa de la vida futura, porque la muerte solo resulta temible para los que no vislumbran nada más allá. El espiritismo, al enseñarle al hombre de dónde viene, adónde va, y con qué fin está en la Tierra, lo ha dotado de un inmenso beneficio, pues le brinda valor, resignación y esperanza.

”Querido señor Nant, os acompañamos con el pensamiento en el mundo de los Espíritus, donde habréis de cosechar el fruto de vuestras pruebas terrenales, así como de las virtudes cuyo ejemplo nos disteis. Recibid nuestro adiós, hasta el momento en que se nos permita reencontrarnos.

”No hay duda de que volvisteis a ver a nuestro hermano que os ha precedido hace poco, el señor Dozon, y estamos seguros de que él os acompaña en este instante. Con el pen-

samiento, lo incluiremos en la plegaria que en favor de vos dirigiremos a Dios.”

(Aquí se dice la plegaria para las personas que acaban de dejar la Tierra, y que se encuentra en *El Evangelio según el espiritismo*.)

Nota. En el momento de enviar este número a la imprenta, supimos que el señor Nant, mediante disposición testamentaria, legó 2000 francos destinados a la propagación del espiritismo.

VARIEDADES

“Vuestros hijos y vuestras hijas profetizarán”

El señor Delanne, a quien muchos de nuestros lectores ya conocen, tiene un hijo de ocho años⁴⁶. Ese niño escucha en todo momento que su familia habla de espiritismo, y a menudo asiste a las sesiones dirigidas por su padre y su madre, de modo que fue iniciado en la doctrina desde muy temprano, y es sorprendente la precisión con la que en ocasiones razona sus principios. Eso no tiene nada de asombroso, pues no es más que el eco de las ideas con las que ese niño fue acunado; por otra parte, no constituye el objetivo de este artículo, sino

46. François-Marie-Gabriel Delanne nació, en París, el 23 de marzo de 1857. Sus padres fueron Alexandre Delanne y Marie-Alexandrine Didelot, amigos de Allan Kardec y miembros de la *Sociedad Parisiense de Estudios Espíritas*. Con los años, el pequeño Gabriel Delanne se convirtió en un destacado divulgador del espiritismo. (N. del T.)

apenas una introducción al hecho que vamos a relatar, y que tiene su razón de ser en las actuales circunstancias.

Las reuniones del señor Delanne son serias, graves, y se llevan a cabo en perfecto orden, como debe ocurrir en todas las reuniones con las que se pretende obtener buenos resultados. Si bien predominan las comunicaciones escritas, también se ocupan, accesoriamente y a fin de obtener instrucciones complementarias, de las manifestaciones físicas y tiptológicas, pero a modo de enseñanza y nunca como objeto de curiosidad. Dirigidas con método y recogimiento, y siempre sobre la base de explicaciones teóricas, esas sesiones reúnen las condiciones requeridas para promover la convicción a través de las impresiones que causan. En tales condiciones, las manifestaciones físicas son realmente útiles, pues llegan al alma e imponen silencio al escarnio. Los asistentes se sienten en presencia de un fenómeno cuya profundidad logran entrever, y que los aleja incluso de cualquier sospecha de broma. Si ese tipo de manifestaciones, de las que tanto se abusa, se presentaran siempre de este modo, y no como entretenimiento y pretexto para preguntas fútiles, la crítica no las habría tachado de malabarismo. Lamentablemente, muy a menudo se prestan a eso.

El hijo del señor Delanne participa con frecuencia de esas manifestaciones, e influenciado por el buen ejemplo, las considera un asunto serio.

Cierta día, se encontraba en casa de un conocido, jugando en el patio con su prima de cinco años, más un niño de siete años y otro de cuatro. Una vecina, que vivía en la planta baja, los invitó a su casa y les convidó golosinas. Los niños, como es de suponer, no se hicieron rogar.

La vecina le dijo al hijo del señor Delanne:

—Niño, ¿cómo te llamas?

—Me llamo Gabriel, señora.

—¿A qué se dedica tu padre?

—Mi padre es espírita.

—No conozco esa profesión.

—Pero, señora, no es una profesión. Mi padre no recibe un pago por eso; lo hace con desinterés y para hacer el bien a las personas.

—Muchachito, no entiendo lo que quieres decirme.

—¡Cómo! ¿Nunca oísteis hablar de las mesas giratorias?

—Pues bien, amiguito, me gustaría que tu padre estuviera aquí para hacerlas girar.

—No hace falta, señora, pues yo mismo puedo hacerlo.

—Entonces, ¿puedes hacer el intento, para que yo vea cómo se procede?

—Con todo gusto, señora.

Dicho esto, el niño se sentó junto a un velador, pidió a sus tres amiguitos que hicieran lo mismo, y los cuatro apoyaron seriamente sus manos sobre la mesita. Gabriel hizo una evocación con un tono muy serio, pleno de recogimiento, y tan pronto como concluyó, para gran sorpresa de aquella señora y de los niños, el velador se elevó y dio un fuerte golpe.

—Preguntad, señora —dijo Gabriel—, para saber quién vino a responderos a través de la mesa.

La vecina hizo la pregunta, y la mesa deletreó las palabras: *tu padre*. Esa señora quedó pálida de la emoción, y continuó:

—Entonces, padre mío, ¿puedes decirme si debo despachar la carta que acabo de escribir?

La mesa respondió: *Sí, sin demora.*

—Para demostrarme que eres tú, padre querido, el que está aquí, ¿puedes decirme cuántos años hace que falleciste?

De inmediato, la mesa dio ocho golpes bien acentuados. Era la cantidad exacta de años.

—¿Podrías decirme tu nombre y el de la ciudad donde falleciste?

La mesa deletreó los dos nombres.

Las lágrimas brotaron de los ojos de esa señora, que no pudo continuar, presa de la emoción y anonadada ante semejante revelación.

No cabe duda de que este hecho desafía toda sospecha respecto de la preparación del instrumento, así como de una idea preconcebida y de charlatanismo. Ya no es posible atribuir al azar los dos nombres deletreados. Dudamos mucho de que esa señora hubiera recibido una impresión semejante en una de las sesiones de los señores Davenport, o en cualquier otra del mismo tipo. Por otra parte, no es la primera vez que la mediumnidad se revela en los niños, en la intimidad de las familias. ¿No es acaso la realización de estas palabras proféticas: *Vuestros hijos y vuestras hijas profetizarán?* (Hechos de los Apóstoles, II:17.)

ALLAN KARDEC



REVISTA ESPÍRITA

PERIÓDICO DE ESTUDIOS PSICOLÓGICOS

Año VIII

Número 11

Noviembre de 1865

La Sociedad Espírita de París a los espíritas de Francia y del extranjero

Muy queridos y honorables hermanos en creencia:

Una circunstancia reciente⁴⁷ ha brindado a nuestros adversarios la ocasión de renovar contra nuestra doctrina ciertos ataques cuya violencia superó todo lo que se había visto hasta hoy, además de arrojar sobre sus adeptos el sarcasmo, la injuria y la calumnia. La opinión de algunas personas pudo haberse extraviado un instante, pero las protestas verbales o escritas han sido tan generales, que dicha opinión ya vuelve de su error. Todos vosotros habéis comprendido que el espiritismo se funda en bases demasiado inquebrantables para que sea destruido, y que este nuevo ataque no puede más que contribuir a que se lo comprenda mejor, así como a popularizarlo.

Todas las grandes verdades se caracterizan por recibir el bautismo de la persecución. Las animosidades que el espiritismo

47. Véase, en este número, el artículo sobre los hermanos Davenport. (N. del T.)

mo despierta son la demostración de su importancia, porque de lo contrario no causaría preocupación. En el conflicto que acaba de producirse, todos los espíritas han conservado la calma y la moderación, que son las señales de la verdadera fuerza. Todos resistieron el impacto con valor, y ninguno dudó del resultado. No os quepa duda de que esa actitud, firme y digna a la vez, opuesta a las invectivas y a la acrimonia del lenguaje de nuestros antagonistas, no deja de hacer que se reflexione, así como de ejercer una gran influencia en la opinión. El público imparcial no se equivoca; aun cuando no tome partido por uno u otro, una secreta simpatía lo inclina hacia aquel que, en la discusión, sabe conservar su dignidad. La comparación siempre beneficia a este último. De tal modo, los recientes acontecimientos han conquistado numerosos partidarios para el espiritismo.

En esta circunstancia, la Sociedad de París se complace en presentar a sus hermanos de Francia y del extranjero sus felicitaciones y su sincero agradecimiento. En las nuevas luchas que sobrevendrán, la Sociedad sabe que cuenta con ellos, así como ellos pueden contar con la Sociedad.

Recibid, señores y queridos hermanos, la garantía de nuestra absoluta y afectuosa entrega.

Por los miembros de la Sociedad, su presidente,

ALLAN KARDEC

(Votado por unanimidad en la sesión
del 27 de octubre de 1865.)

Alocución

En la reanudación de las sesiones de
la Sociedad de París, el 6 de octubre de 1865.

Señores y estimados colegas:

En el momento de reanudar el curso de nuestros trabajos, es para todos nosotros, y para mí en particular, una gran satisfacción hallarnos reunidos nuevamente. No cabe duda de que habremos de reencontrarnos con nuestros bondadosos guías habituales. Así pues, hagamos votos para que, gracias al concurso de ellos, este año sea fecundo en resultados. Permitidme, en esta ocasión, que os dirija algunas palabras oportunas.

Durante nuestro receso, un gran rumor se generó en torno al espiritismo. Para ser preciso, tan solo a mi regreso tuve conocimiento de lo ocurrido, pues a duras penas llegaron a mí algunos ecos durante mi soledad en medio de las montañas.⁴⁸

No entraré en los detalles de ese asunto, que hoy serían superfluos. En cuanto a mi apreciación personal, la conocéis por lo que he dicho en la *Revista*. Solamente agregaré algunas palabras, pues todo confirma mi opinión sobre las consecuencias de aquel suceso. Me complace ver que esa apreciación es compartida por la gran mayoría de los espíritas —en caso de que no sea la totalidad—, y cuya prueba recibo a diario en mi correspondencia.

48. El receso de las reuniones en la *Sociedad de París* tuvo lugar entre el 1.º de agosto y el 1.º de octubre. Como podrá inferirse a partir del artículo del número anterior (“El vidente del bosque de Zimmerwald”), Allan Kardec se encontraba en Suiza cuando se produjo la exhibición de los hermanos Davenport, en París, el 12 de septiembre. (N. del T.)

Un hecho evidente se desprende de la polémica originada con motivo de los hermanos Davenport: me refiero a la ignorancia absoluta de los críticos respecto del espiritismo. No hay duda de que la confusión que ellos establecen entre el espiritismo serio y el malabarismo puede hacer que algunas personas se equivoquen momentáneamente, pero es notorio que la propia excentricidad del lenguaje empleado por tales críticos ha logrado que muchos se pregunten dónde está la verdad, y su sorpresa ha sido grande cuando se encontraron con algo completamente diferente a la prestidigitación. Por lo tanto, como ya he dicho, el espiritismo ganará con esa polémica, pues será mejor conocido y valorado. No cabe duda de que tal circunstancia, que se halla lejos de ser producto de la casualidad, apresurará el desarrollo de la doctrina. Podemos decir que es un último envión, cuya intensidad no tardará en hacerse sentir.

Por lo demás, el espiritismo pronto ingresará en una nueva etapa, que llamará forzosamente la atención de los más indiferentes, y lo que acaba de suceder le abre camino. Entonces, se harán realidad estas palabras proféticas del padre D... , cuya comunicación he referido en la *Revista*: “Los literatos serán vuestros más poderosos auxiliares”. Ya lo son sin que se lo propongan, y más tarde lo serán deliberadamente. Se preparan circunstancias que precipitarán ese resultado, y con plena seguridad afirmo que, en estos últimos tiempos, los asuntos del espiritismo han avanzado más de lo que se supone.

Durante el receso de nuestros trabajos comunes he aprendido muchas cosas, señores; pues no supongáis que en ese lapso he disfrutado del *dolce far niente*. Es cierto que no visité centros espíritas, pero no he dejado de ver y observar mucho y, por eso mismo, de trabajar mucho.

Los acontecimientos se suceden con rapidez y, como los trabajos que me restan por terminar son considerables, debo apresurarme, a fin de que esté listo en el momento oportuno. En presencia de la magnitud y la seriedad de los acontecimientos que todo nos hace sentir, los incidentes secundarios resultan insignificantes. Las cuestiones personales pasan, pero las cosas fundamentales quedan.

Por lo tanto, solo debemos atribuir a las cosas una importancia relativa y, en lo que me concierne personalmente, debo apartar de mis preocupaciones lo que es apenas secundario y que podría retrasarme o desviarme del objetivo principal. Ese objetivo se proyecta cada vez más claramente, y lo que he aprendido, sobre todo en los últimos tiempos, son los medios de llegar a él con más seguridad, así como de superar los obstáculos.

Dios me libre de la presunción de considerar que soy el único capaz, o más capaz que cualquier otro, o el único responsable de cumplir con los designios de la Providencia. No, esa idea está lejos de mí. En este gran movimiento renovador, llevo a cabo mi parte. Sólo hablo, pues, de lo que me concierne. Con todo, puedo afirmar sin vana jactancia que, en el rol que me incumbe, ni el valor ni la perseverancia me faltarán. Nunca me han faltado, pero actualmente, cuando veo que el camino se ilumina con una maravillosa claridad, siento que mis fuerzas se acrecientan. Jamás he dudado, pero ahora, gracias a las nuevas luces que Dios ha querido otorgarme, estoy seguro; y por eso digo a todos mis hermanos, con más certeza que nunca: ¡Valor y perseverancia, pues un éxito rutilante coronará vuestros esfuerzos!

A pesar de la próspera situación del espiritismo, sería engañarse curiosamente suponer que de ahora en adelante la

doctrina avanzará sin tropiezos. Por el contrario, es necesario esperar nuevas dificultades, nuevas luchas. Aún deberemos atravesar momentos penosos, dado que nuestros adversarios no se dan por vencidos y disputarán el terreno palmo a palmo. Con todo, en los momentos críticos es cuando se reconocen los corazones sólidos, los verdaderos sacrificios; entonces, las convicciones profundas se distinguen de las creencias superficiales o simuladas. En tiempos de paz, tener valor no es meritorio. En este momento, nuestros jefes invisibles cuentan sus soldados, y las dificultades son para ellos un medio de poner en evidencia a aquellos en quienes pueden apoyarse. Asimismo, para nosotros es un medio de saber quién está realmente con nosotros o en contra nuestra.

En este momento, la táctica de nuestros adversarios —no nos cansaremos de repetirlo— consiste en dividir a los adeptos, promoviendo la discordia entre ellos e incitando deserciones auténticas o simuladas; y es necesario decir claramente que tienen como auxiliares a ciertos Espíritus que se sienten perturbados por el advenimiento de una fe que habrá de unir a los hombres en un común sentimiento de fraternidad. Por eso, estas palabras de uno de nuestros guías son absolutamente verdaderas: “El espiritismo revoluciona el mundo visible y el mundo invisible”.

Desde hace algún tiempo, nuestros adversarios apuntan hacia las sociedades y las reuniones espíritas, donde siembran con profusión los fermentos de la discordia y los celos. Hombres miopes, cegados por la pasión, suponen que han obtenido una gran victoria por el hecho de causar algunas perturbaciones en una localidad, ¡como si el espiritismo estuviera esclavizado en alguna parte, o encarnado en algunos individuos! El espiritismo está por doquier, en la Tierra y en las

regiones etéreas. Así pues, ¡que esos hombres vayan a buscarlo en las profundidades del espacio! El movimiento tiene origen, no en los hombres, sino en los Espíritus designados por Dios. Es irresistible, porque es providencial. Por lo tanto, no se trata de una revolución humana que se pueda detener con la fuerza material. ¿Cuál es, pues, el hombre que se consideraría capaz de detenerla con solo ponerle una pequeña piedra bajo la rueda? Pigmeo en la mano de Dios, será arrastrado por el torbellino.

Que todos los espíritas sinceros se unan, pues, en una sagrada comunión de pensamientos, para hacer frente a la tempestad. Que todos los que se hallan compenetrados de la grandiosidad del objetivo dejen a un lado las pueriles cuestiones incidentales; que hagan callar las susceptibilidades del amor propio, para reparar solamente en la importancia del resultado hacia el cual la Providencia conduce a la humanidad.

Si los hechos se consideran desde ese elevado punto de vista, ¿en qué se transforma el caso de los hermanos Davenport? No obstante, esa misma circunstancia, aunque muy secundaria, es una saludable advertencia; impone deberes específicos a todos los espíritas, y a nosotros en particular. Como se sabe, lo que les falta a aquellos que confunden el espiritismo con la prestidigitación es saber en qué consiste el espiritismo. No hay duda de que podrán saberlo a través de los libros, cuando se tomen el trabajo de hacerlo. Pero ¿de qué vale la teoría sin la práctica? No basta con decir que la doctrina es bella; es necesario que quienes la profesan muestren su aplicación. Así pues, corresponde a los adeptos dedicados a la causa demostrar en qué consiste la doctrina, con su manera de actuar, tanto en privado como en las reuniones, y evitando con más cuidado que nunca todo lo que dé cabida a la malevolencia

y produzca sobre los incrédulos una impresión desfavorable. Toda persona que se mantenga sujeta a los principios de la doctrina podrá desafiar audazmente la crítica, y no incurrirá jamás en la sanción de la autoridad ni en la severidad de la ley.

La Sociedad de París, que se destaca más que cualquier otra, debe dar el ejemplo especialmente. Nos complace afirmar que esta Sociedad nunca ha faltado a sus deberes, y que hemos podido constatar la buena impresión que causa gracias a su carácter eminentemente serio, a la gravedad y el recogimiento que presiden sus reuniones. Ese es un motivo para que evitemos escrupulosamente, hasta en las apariencias, todo lo que pueda comprometer la reputación que ha adquirido. Incumbe a cada uno de nosotros velar por eso, en aras de la propia causa. Es necesario que la condición de miembro o de médium de la Sociedad, al prestar a esta su concurso, sea un título de confianza y consideración. Cuento, pues, con la cooperación de todos nuestros colegas, cada uno según sus posibilidades. No hay que perder de vista que las cuestiones personales deben desaparecer ante los asuntos de interés general. Las circunstancias que se avecinan son graves —lo repito—, y cada uno de nosotros tendrá su misión, grande o pequeña. Por eso debemos hallarnos en condiciones de cumplirla, porque se nos pedirá que demos cuenta de ella. Os ruego que tengáis a bien perdonarme, en la reanudación de nuestros trabajos, este lenguaje un tanto adusto, pero lo imponen las circunstancias.

Señores, en esta primera reunión, uno de nuestros colegas se halla ausente corporalmente. Durante nuestro receso, el señor Nant —padre de la señora Breul, nuestra buena y excelente espírita— regresó al mundo de los Espíritus, desde donde confiamos en que seguirá teniendo la bondad de acudir a noso-

tros. En sus funerales, le hemos rendido un merecido tributo de afecto⁴⁹, cuya reiteración el día de hoy es nuestro deber. Nos alegraría mucho si quisiera dirigirnos luego algunas palabras, para sumarse en el futuro a los Espíritus buenos que nos auxilian con sus consejos.

Roguemos a ellos, señores, que tengan a bien dar continuidad a su asistencia.

Acerca de la crítica respecto de los hermanos Davenport

(2.º artículo.)

El alboroto causado por los hermanos Davenport comienza a sosegar. Tras la descarga cerrada de la prensa contra el espiritismo, solo quedan algunos tiradores que queman sus últimos cartuchos aquí y allá, a la espera de que otro tema surja para alimentar la curiosidad pública. ¿De quién es la victoria? ¿Fue aniquilado el espiritismo? La respuesta no tardará en saberse. Supongamos que la crítica destruyó a los señores Davenport, cosa que no nos incumbe. ¿Qué resultó de eso? Lo que hemos dicho en nuestro artículo anterior. En su ignorancia acerca de qué es el espiritismo, la crítica disparó contra esos señores exactamente como un cazador que le apunta a un gato, pero convencido de que es una liebre. El gato está muerto, pero la liebre sigue corriendo.

49. Véase, en el número de octubre, el artículo “Exequias de un espírita”. (N. del T.)

Lo mismo ocurrió con el espiritismo, que no ha sido alcanzado —ni podía ser alcanzado— por esos disparos. Así pues, la crítica se equivocó, y habría podido evitarlo fácilmente si se hubiera ocupado de leer la etiqueta. Con todo, no le faltaron las advertencias. Algunos escritores confesaron incluso la afluencia de refutaciones que les llegaban de todos lados, y procedentes de las personas *más honorables*. ¿Acaso todo eso no habría tenido que abrirles los ojos? No, pues se habían internado por un camino y no querían retroceder. Necesitaban tener la razón a toda costa. Nos han hecho llegar muchas de esas refutaciones: todas se distinguen por una moderación que contrasta con el lenguaje de nuestros adversarios, y la valoración de la mayoría de ellas es sumamente correcta. Es indudable que nadie pretendió imponer su opinión a esos señores, pero la imparcialidad siempre obliga a admitir las rectificaciones, para que el público pueda sopesar el pro y el contra. Ahora bien, como resulta más cómodo tener la razón cuando se habla solo, pocas de esas rectificaciones salieron a la luz. Ni siquiera sabemos si las leyeron. Por lo tanto, debemos agradecer a los periódicos que se mostraron menos excluyentes, entre los cuales figura el *Journal des Pyrénées-Orientales*, que en el número del 8 de octubre contiene la siguiente carta:

“Perpignan, 5 de octubre de 1865.

”Señor Gerente:

”No pretendo entrar en la polémica, y apenas os solicito la equidad de permitirme responder por única vez a los fuertes ataques que contiene la *carta parisina* publicada, en el último número de vuestro periódico, contra los espíritas y el espiritismo.

”Los auténticos espíritas, tanto como los auténticos católicos, no se exhiben en espectáculos públicos. Se hallan com-

penetrados del respeto a su fe, aspiran al progreso moral de todos, y saben que los prosélitos no se ganan en los teatros.

”Afirmo esto en lo que respecta a los hermanos Davenport.

”Habría mucho que decir para refutar los errores del autor de esos ataques irónicos. Diré apenas que, como Dios ha otorgado al hombre el libre albedrío, atentar contra su libertad de creer y de pensar implica colocarse por encima de Dios y, por consiguiente, se trata de un enorme pecado de orgullo.

”Decir que esta nueva ciencia ha realizado enormes progresos, que muchas ciudades cuentan con una gran cantidad de adeptos, que tienen sus sedes y sus presidentes, y que en sus reuniones hay hombres sabios, eminentes por su posición en la sociedad civil y militar, en el colegio de abogados, en la magistratura, ¿no significa confesar que el espiritismo se basa en la verdad?

”Si el espiritismo no es más que un error, ¿por qué os ocupáis tanto de él? El error es efímero, es un fuego fatuo que dura algunas horas y desaparece. Por el contrario, si el espiritismo es una verdad, por más que hagáis, no podréis destruirlo ni detenerlo. La verdad es como la luz: tan solo los ciegos niegan su belleza.

”También decís que el espiritismo ha provocado casos de alienación mental. Diré esto: el espiritismo no ha provocado más locura que el cristianismo o los demás cultos, que no son causantes de los casos de idiotismo que a menudo se encuentran entre los practicantes de las diferentes religiones. Las mentes mal conformadas se hallan sujetas a la exaltación y a las perturbaciones. Dejemos pues, de una vez por todas, este último argumento en el arsenal de las armas fuera de uso.

”Finalizo esta respuesta diciendo que el espiritismo no vino a destruir nada, excepto la creencia en los castigos eternos. Afianza nuestra fe en Dios y pone en evidencia que el alma es inmortal y que el espíritu se purifica y progresa mediante las reencarnaciones. Nos explica que las diferentes posiciones sociales tienen su razón de ser. Nos enseña a soportar las pruebas, sean cuales fueren. Por último, nos demuestra que solo existe un camino que conduce a Dios: ¡el amor al bien, la caridad!

”Aceptad, señor Gerente, mi agradecimiento y mis saludos cordiales.

”Tengo el honor de ser vuestro servidor.”

BREUX

Todas las refutaciones que tenemos a la vista, y que han sido enviadas a los periódicos, se quejan de la confusión que se ha generado entre el espiritismo y las sesiones de los señores Davenport. De tal modo, si la crítica persiste en solidarizarse con esa confusión, es porque así lo quiere.

Nota. En otro artículo, que la falta de espacio nos ha obligado a postergar para el próximo número, examinaremos las proposiciones más importantes que resultan de la polémica generada respecto de los señores Davenport.

POESÍA ESPÍRITA

Un fenómeno

Fábula

Una de esas noches de primavera apacibles,
que en los cielos encienden astros fulgurantes,
algunos buenos burgueses de la ciudad
conversaban, con paso lento y tranquilidad,
en los bulevares espaciosos.
Cada uno, a su vez, elevaba los ojos
hacia la celeste bóveda desde el llano.
¿Y vosotros pensáis en vano
que el tema de su discurso
giraba en torno al eterno e infinito poder rotundo,
que a las leyes de la armonía somete los mundos?
No; ellos imprimían otro curso
a sus pensamientos: las cotizaciones en la bolsa
y el precio de las cosechas eran la única cosa
con que se alimentaban sus almas.
Hasta que uno de ellos, perdida la calma,
dominado por un súbito estupor, exclamó:
“¡No es posible lo que veo! ¡Una estrella se movió!
¡Ahora se eleva... y ahora desciende...!”
Se refregaba los ojos y con asombro decía:
“Es un prodigio, y por mi fe afirmaríá,
salvo si es un sueño, que crece y se enciende...
Una, dos, tres y hasta cuatro estrellas en el cielo,
se desplazan en una danza silenciosa,
que la noche extraña y misteriosa

parece complacerse en ocultar con su velo.”
Atónitas las almas de los burgueses seguían
las fases del fenómeno extraordinario.
Y en vano, para explicarlo,
tan solo el azar las conducía.
Caminando, sus frentes se enredaron con los hilos
que sostenían en el aire unas cometas,
adornadas con lámparas de fiesta,
al soplo del viento con sus bríos.
Y unos niños, autores del hecho maravilloso,
junto a ellos gritaban y reían en su gozo.
¿Qué dijeron los burgueses ante la sorpresa,
ante el doble desengaño del momento?
Que todas las luces del firmamento
apenas son un artificio, obra de la torpeza,
para inducir a los necios al anonadamiento.
Así, cuando el horizonte de púrpura se inflama,
y con un día misterioso la noche se estremece.
Cuando de un rauda meteoro la llama
en el negro fondo de los cielos resplandece.
Cuando un lucero con sus destellos vivos
surca del éter los campos estrellados;
Esos buenos burgueses, con los ojos y las manos,
andan buscando de los cometas los hilos.

Si la realidad siempre tiene alguna imitación,
nosotros debemos, por comparación,
distinguir la verdad de la mentira.
El escepticismo grita: “¡superchería!”
ante los hechos sujetos a una eterna ley.
Para juzgar sanamente los efectos y las causas,

le faltan al escéptico dos cosas:
un poco de modestia y, también, de buena fe.

C. DOMBRE, de Marmande.

El espiritismo en el Brasil

Extraído del *Diário da Bahia*

Con el título *La doctrina espírita*, el *Diário da Bahia*, de los días 26 y 27 de septiembre de 1865, contiene dos artículos que son la traducción al portugués de los ya publicados, hace seis años, por el doctor Déchambre, en *La Gazette Médicale* de París. Acababa de aparecer la segunda edición de *El libro de los Espíritus*, de modo que el señor Déchambre escribió una reseña semiburlesca respecto de esa obra. A pesar de tal propósito, demuestra históricamente y con citas que el fenómeno de las mesas giratorias y ruidosas es mencionado en Teócrito, con el nombre de *koskinomantéia*, es decir, adivinación mediante un *cedazo*, porque entonces se valían de dicho elemento para ese tipo de operación. De ahí concluye, con la lógica habitual de nuestros adversarios, que ese fenómeno, puesto que no es nuevo, no tiene ningún trasfondo de realidad. Debemos convenir en que, para un hombre de las ciencias positivas, ese argumento es singular. Lamentamos que la erudición del señor Déchambre no le haya permitido remontarse aún más lejos, porque habría encontrado ese fenómeno en el antiguo Egipto y en la India. En otro momento retomaremos ese artículo, que habíamos perdido de vista, y que faltaba en nuestra colección. Entretanto, apenas preguntaremos al señor Déchambre

si es necesario rechazar la medicina y la física modernas por el hecho de que sus rudimentos se encuentran confundidos con las prácticas supersticiosas de la Antigüedad y la Edad Media, y si la cuna del sabio químico de la actualidad no fue la alquimia, así como la astrología judiciaria fue la madre de la astronomía. Así pues, ¿por qué razón los fenómenos espíritas, que en definitiva no son sino fenómenos naturales cuyas leyes se ignoraban, no se encontrarían también en las creencias y las prácticas antiguas?

Puesto que dicho artículo fue reproducido pura y simplemente, sin comentarios, no nos consta que el periódico brasileño exprese una hostilidad sistemática contra la doctrina espírita. Incluso es probable que no la conozca, razón por la cual supuso que ese artículo contenía una evaluación correcta acerca de ella. La prueba de esto radica en que se apresuró a incluir en el número siguiente, del 28 de septiembre, la refutación que los espíritas de Bahía le remitieron, y que transcribimos aquí:

“Señor redactor:

”Como sabemos de vuestra buena fe respecto de la doctrina del espiritismo, os rogamos que tengáis a bien publicar en ese *Diário* un pasaje de *El libro de los Espíritus*, del señor Allan Kardec —libro que va por su decimotercera edición—, a fin de que vuestros lectores puedan apreciar en su justo valor vuestra reproducción de un artículo de *La Gazette Médicale* de París, escrito hace más de seis años contra esta doctrina por el doctor Déchambre, y en el cual se observa que el susodicho doctor no ha sido fiel en sus citas de *El libro de los Espíritus*, con miras a despreciar esa doctrina.

”Somos, señor Redactor, vuestros amigos y servidores,

LUIZ OLYMPIO TELLES DE MENEZEZ
JOSÉ ÁLVAREZ DE AMARAL
JOAQUIM CARNEIRO DE CAMPOS”

Como respuesta y refutación, sigue un extenso fragmento de la Introducción de *El libro de los Espíritus*.

En efecto, las citas textuales de las obras espíritas son la mejor refutación de las adulteraciones que algunos críticos introducen en la doctrina. La doctrina se justifica por sí misma, de modo que no se ve afectada por eso. No se trata de convencer a sus adversarios de que es buena —lo cual la mayoría de las veces sería una causa perdida—, porque, en honor a la verdad, ellos son libres de considerar que es mala. Se trata, simplemente, de probar que sostiene lo contrario de lo que le hacen decir. El público imparcial será el que juzgue, por comparación, si es buena o mala. Ahora bien, como, a pesar de todo lo que se le ha hecho, la doctrina recluta sin cesar nuevos partidarios, eso constituye una prueba de que no desagrada a todo el mundo, y de que los argumentos que le oponen son impotentes para desacreditarla. Con este artículo podemos observar que el espiritismo no tiene nacionalidad, y que recorre el mundo entero.

El espiritismo y el cólera

Conocemos las acusaciones de que fueron víctimas los primeros cristianos en Roma. Según el juicio de sus enemigos,

no había crímenes ni calamidades públicas de los que no fueran capaces, como autores voluntarios o bien como causantes involuntarios, porque su influencia era perniciosa. Dentro de unos siglos, costará creer que algunos escépticos del siglo diecinueve hayan intentado resucitar esas mismas ideas para aplicarlas a los espíritas, a fin de declararlos autores de todos los males de la sociedad, comparar su doctrina con la peste e instar a que se los persiga. Esto es historia impresa, cuyas palabras salieron de más de una cátedra evangélica. Pero lo más sorprendente es que se las encuentra también en periódicos que dicen hablar en nombre de la razón y que se presentan como campeones de todas las libertades, y de la libertad de conciencia en particular. Ya contamos con una curiosa y abundante colección de *amenidades* como esas, que nos proponemos reunir más adelante en un volumen destinado a *glorificar* a sus autores, así como para ilustrar a la posteridad. Agradeceremos a quienes deseen ayudarnos a enriquecer esta colección enviándonos todo lo que encuentren al respecto. Al comparar esos documentos de la historia del espiritismo con los de la historia de los primeros siglos de la Iglesia, nos sorprende descubrir ideas y expresiones idénticas, salvo una cosa: las bestias feroces del circo, lo cual no deja de ser un progreso.

Por consiguiente, según la opinión de sus adversarios, el espiritismo mantiene cierta analogía con el cólera, pues se trata de una peste sumamente contagiosa, ya que invade todas las clases sociales con una tremenda rapidez. Asimismo, como parte de su última reacción, algunos críticos burlones lo han denominado *espiritimorbus*, y no debería sorprendernos que también se lo acusara de haber importado aquel flagelo. Vale señalar que dos campos diametralmente opuestos se dan la mano para combatir al espiritismo. En uno de ellos —según

nos han asegurado—, mandaron acuñar una medalla con la imagen de san Benito, y dicen que basta con llevarla puesta para librarse del contagio espírita. No dicen nada respecto de si ese recurso sirve para curar a los contagiados.

Existe realmente una analogía entre el espiritismo y el cólera: el miedo que tanto uno como otro causan en algunas personas. No obstante, si consideramos la cuestión desde un punto de vista más serio, podemos ver lo que nos han escrito desde Constantinopla:

“(...) Los periódicos os han informado acerca del rigor con que ese terrible flagelo daña nuestra ciudad y sus alrededores, si bien ha mermado su destrucción. Algunas personas, que se consideran bien informadas, calculan que los fallecidos por el cólera son unos setenta mil, y otros dicen que son cerca de cien mil. De todos modos, fuimos sometidos a una ruda prueba, y podéis imaginaros el sufrimiento y el luto general de nuestra población. Sobre todo, en estos tristes momentos de horrorosa epidemia, la fe y la creencia espíritas nos infunden valor. Todos hemos dado una auténtica muestra de eso. ¡Quién sabe si no debemos a la tranquilidad del alma, a la convicción de la inmortalidad, a la certeza respecto de las existencias sucesivas en las que los seres son recompensados conforme a su mérito y su grado de adelanto; quién sabe —digo— si no debemos a esas creencias, que son la base de nuestra bella doctrina, el hecho de que todos nosotros, los espíritas de Constantinopla —que como sabéis somos bastante numerosos—, hayamos sido preservados del flagelo que se ha esparcido y sigue haciéndolo alrededor nuestro! Digo esto tanto más cuanto que se ha comprobado, aquí como en otras partes, que el miedo es el factor más peligroso que predispone

al cólera, así como la ignorancia se convierte desgraciadamente en la fuente de contagio...”

REPOS hijo, *abogado*.

No cabe duda de que sería absurdo creer que la fe espírita es una garantía contra el cólera. No obstante, como está científicamente demostrado que el miedo debilita tanto a nivel moral como físico, y que de ese modo la persona que lo experimenta se torna más impresionable y susceptible de padecer la acción de enfermedades contagiosas, es evidente que toda causa tendiente a fortalecer el aspecto moral actúa de manera preventiva. En la actualidad, esto se reconoce a tal punto que, en la medida de lo posible, tanto en los informes como en las disposiciones materiales, se evita herir la imaginación con algún elemento lúgubre.

Los espíritas pueden morir de cólera como todo el mundo, porque sus cuerpos no son menos inmortales que los del resto de los hombres, y porque cuando les ha llegado la hora, deben partir, tanto por esa causa como por cualquier otra. El cólera es una de esas causas, y no tiene ninguna particularidad, salvo la de llevarse a una gran cantidad de personas a la vez, razón por la cual genera mayor sensación. Se parte en masa, en vez de hacerlo individualmente; esa es toda la diferencia. No obstante, la certeza que los espíritas tienen acerca del porvenir, y sobre todo el conocimiento de ese porvenir, que responde a todas sus expectativas y satisface la razón, hace que ellos no se lamenten en absoluto por abandonar la Tierra, pues consideran que en ella se encuentran como en un exilio pasajero. Mientras que en presencia de la muerte el incrédulo no ve otra cosa más que la nada, o se pregunta qué será de

él, el espírita SABE que, cuando muera, apenas se verá despojado de una envoltura material sujeta a los padecimientos y las vicisitudes de la vida, pero que seguirá siendo *él*, con un cuerpo etéreo inaccesible al dolor; sabe que disfrutará de nuevas percepciones y de facultades más amplias; que volverá a encontrarse con los seres que ama, y que estos lo esperarán en el umbral de la verdadera vida, de la vida imperecedera. En cuanto a los bienes materiales, el espírita sabe que ya no los necesitará, y que los goces que esos bienes proporcionan serán reemplazados por otros más puros y deseables, que no dejan detrás de ellos ni amargura ni arrepentimiento. Así pues, abandona esos bienes sin esfuerzo y con alegría, y siente pena por las personas que quedarán en la Tierra después de él y que seguirán necesiéndolos. El espírita se conduce como esa persona que, al volverse rica, entrega sus prendas usadas a los miserables. Asimismo, dirá a sus amigos, cuando los deje: “No sintáis lástima; no lloréis mi muerte; alegraos más bien, porque voy a liberarme de las preocupaciones de la vida y a ingresar en el mundo resplandeciente donde os aguardaré”.

Todo el que haya leído y meditado acerca de nuestra obra *El Cielo y el Infierno según el espiritismo*, y en especial el capítulo “El miedo a la muerte”, comprenderá la fuerza moral que los espíritas extraen de su creencia, con la que enfrentan el flagelo que diezma a la población.

¿Acaso se sigue de ahí que los espíritas van a pasar por alto las precauciones necesarias en un caso semejante, para arrojar-se de cabeza en medio del peligro? En absoluto; los espíritas tomarán todas las precauciones que la prudencia y una higiene racional exigen, porque no son fatalistas, y porque, si bien no le temen a la muerte, saben que no deben buscarla. Ahora bien, descuidar las medidas sanitarias que preservan del cóle-

ra sería un verdadero suicidio, cuyas consecuencias conocen muy bien como para exponerse a él. Para los espíritas es un deber cuidar la salud del cuerpo, porque esa salud es necesaria para el cumplimiento de las obligaciones sociales. Si bien los espíritas se ocupan de prolongar su vida corporal, no lo hacen por apego a la Tierra, sino para contar con más tiempo para progresar, mejorar, purificarse, despojarse del hombre viejo y adquirir una suma mayor de méritos para la vida espiritual. No obstante, si a pesar de todos los cuidados, deben sucumbir, lo asumen sin quejarse, pues saben que todo progreso da sus frutos, que nada de lo que se adquiere tanto en moralidad como en inteligencia queda perdido, y que si no defraudaron a Dios, siempre estarán mejor en el otro mundo que en este, aun cuando no vayan a ocupar el primer lugar. Simplemente, afirman: “Nos vamos un poco más temprano al lugar adonde habríamos ido un poco más tarde”.

¿Acaso es posible suponer que con esa manera de pensar no se alcanzan las mejores condiciones de tranquilidad recomendadas por la ciencia? Para el incrédulo o para el que duda, la muerte lleva consigo todos los terrores, porque con ella lo pierde todo y no le espera nada. ¿Qué puede decir un médico materialista para calmar en sus enfermos el miedo a morir? Nada diferente de lo que uno de ellos dijo cierto día a un pobre diablo que temblaba ante la sola mención del cólera: “¡Bah! Mientras haya vida, hay esperanza; porque, al fin y al cabo, solo se muere una vez, y pasa pronto. Cuando morimos, *todo se acaba*, y no se sufre más”. *Todo se acaba cuando morimos*: tal es el consuelo supremo que ese médico pudo ofrecer.

El médico espírita, por el contrario, ante aquel que ve la muerte de cerca, afirma: “Amigo mío, emplearé todos los recursos de la ciencia para sanaros y prolongar vuestra vida al

máximo. Confío en que tendremos éxito. No obstante, la vida del hombre depende de Dios, que nos llama de regreso cuando nuestro tiempo de pruebas en la Tierra ha finalizado. Si llegó la hora de vuestra liberación, alegraos, como se alegra el prisionero que sale de su prisión. La muerte nos desprende del cuerpo que nos hizo sufrir; nos devuelve a la verdadera vida, que se halla exenta de problemas y miserias. Si debéis partir, no supongáis que vuestros parientes y amigos os habrán perdido. No; no dejaréis de estar junto a ellos; los veréis y los escucharéis mejor que ahora. Podréis aconsejarlos, orientarlos, inspirarlos para su propio bien. Así pues, si Dios se complace en llamaros a él, agradecedle porque os da la libertad; y si decide prolongar vuestra estadía en la Tierra, agradecedle también el tiempo que os concede para finalizar vuestra tarea. Ante la incertidumbre, someteos sin murmurar a su sagrada voluntad”.

¿Acaso estas palabras no son las más adecuadas para llevar serenidad al alma? Y esa serenidad, ¿no complementa la eficacia de los remedios, mientras que la perspectiva de la nada sumerge al moribundo en la ansiedad de la desesperación?

Además de esta influencia moral, el espiritismo ejerce otra, más material. Sabemos que los excesos de todo tipo son una de las causas que más predisponen a los embates de la epidemia reinante. Por eso los médicos recomiendan la sobriedad en todo, lo cual es una prescripción saludable, que muchas personas se esfuerzan en cumplir. En el supuesto de que lo hagan, sin duda se trata de una medida importante, pero ¿podemos creer que una abstención momentánea sea capaz de reparar inmediatamente los desórdenes orgánicos causados por abusos inveterados y convertidos en hábito, que han consumido el cuerpo y que, por eso mismo, lo tornaron accesible a los miasmas deletéreos? Además del cólera, ¿no sabemos acaso

cuán pernicioso resulta el hábito de la intemperancia en los climas tórridos y en aquellos donde la fiebre amarilla es endémica? ¡Entonces! El espírita, como resultado de sus creencias y de su manera de concebir el propósito de la vida presente y su resultado en la vida futura, modifica profundamente sus hábitos. En vez de vivir para comer, come para vivir. No comete ningún exceso. Tampoco vive como un monje cenobita, pues se vale de todo, pero no abusa de nada. No cabe duda de que esta debe ser una consideración importante para agregar a lo dicho por nuestro corresponsal de Constantinopla.

Aquí nos hallamos, pues, ante uno de los resultados de la doctrina espírita, víctima de las injurias y el sarcasmo de los incrédulos, que se burlan de ella y la consideran una locura portadora de perturbación para la sociedad. Quedaos con vuestra incredulidad, si eso os complace, pero respetad una creencia que hace felices y mejores a quienes la poseen. Si es una locura creer que no todo termina para nosotros con la vida; creer que después de la muerte vivimos una vida mejor, libre de preocupaciones; creer que podremos volver para estar junto a los que amamos; creer también que después de la muerte no seremos arrojados a las llamas eternas, sin esperanza de librarnos de ellas —lo cual no sería mejor que la nada—, como tampoco que nos perderemos en una ociosa y beata contemplación de lo infinito; si creer en todo eso es una locura, entonces quiera Dios que todos los hombres la padezcan, pues entre ellos habría muchos menos crímenes y suicidios.

Se han impartido numerosas comunicaciones acerca del cólera, muchas de las cuales fueron recibidas en la Sociedad de París o en nuestro círculo íntimo. Solo transcribiremos dos, reducidas a una sola para evitar repeticiones, y que resumen el pensamiento que predomina en la mayoría de ellas.

(Sociedad de París.- Médium: Sres. Desliens y Morin.)

“El cólera es un asunto de actualidad, y todos aportan su remedio para vencer ese terrible flagelo, de modo que, si me lo permitís, yo también me animaré a daros mi opinión, aun cuando me resulta poco probable que esos embates os asusten de una manera cruel. No obstante, como es bueno que en esta circunstancia no falten recursos, pongo a vuestra disposición un poco de luz.

”Esta afección, digan lo que digan, no es inmediatamente contagiosa, y los que se encuentran en las regiones donde hace estragos, no deben tener miedo de asistir a los enfermos.

”No existe un remedio universal para esta enfermedad, ni preventivo ni curativo, debido a que el mal se complica con una infinidad de circunstancias que dependen tanto del temperamento de los individuos como de su estado moral y sus hábitos, además de las condiciones climáticas, razón por la cual dicho remedio es efectivo en algunos casos y en otros no. Podemos decir que en cada período de propagación y según las regiones, esta enfermedad debe ser objeto de un estudio específico, y requiere una medicación diferente. Así, por ejemplo, el hielo, la triaca, etc., con los que fue posible curar numerosos casos en las epidemias de cólera de 1832 y 1849, así como en distintas regiones, podrían arrojar resultados negativos en otras épocas y en otros países. Por consiguiente, hay muchísimos remedios buenos, pero ninguno que sea específico. Esta diversidad en los resultados ha desorientado a la ciencia, y seguirá haciéndolo durante mucho tiempo, y es la causa de que nosotros mismos no podamos ofrecer un remedio de aplicación universal, porque la naturaleza de esta enfermedad no lo contempla. Con todo, existen reglas gene-

rales que resultan de la observación, y de las cuales es importante no apartarse.

”La mejor prevención consiste en las precauciones de la higiene, sabiamente recomendadas en todas las instrucciones impartidas al efecto, sobre todo: la limpieza, el alejamiento de toda causa de insalubridad y de los focos de infección, así como abstenerse de todo exceso. Además, es necesario evitar los cambios en los hábitos alimentarios, salvo para suprimir los productos debilitantes. También hay que evitar los enfriamientos, los cambios bruscos de temperatura, y abstenerse —salvo que sea absolutamente necesario— de toda medicación fuerte que pueda causar una perturbación en el organismo.

”En estos casos, como sabéis, el miedo suele ser peor que la enfermedad. La sangre fría no se receta, lamentablemente; pero vosotros, los espíritas, no necesitáis ningún consejo al respecto, pues enfrentáis a la muerte sin inmutaros, con la calma que la fe os brinda.

”En caso de verse afectado por la enfermedad, es importante no pasar por alto los primeros síntomas. El calor, la dieta, una transpiración abundante, las fricciones y el agua de arroz con algunas gotas de láudano, son medicamentos poco costosos y cuya acción resulta muy eficaz, en caso de que se agreguen a ellos la energía moral y la sangre fría. Como a menudo es difícil obtener láudano en ausencia de un médico, se lo puede reemplazar en caso de urgencia con cualquier otra composición calmante, y en particular con jugo de lechuga, pero empleado en dosis bajas; de hecho, basta con hervir algunas hojas de lechuga en el agua de arroz.

”La confianza en uno mismo y en Dios resulta, en tales circunstancias, el elemento principal de la salud.

”Ahora que vuestra salud material ha quedado a salvo del peligro, permitidme pensar en vuestro temperamento espiritual, pues parece que una pandemia de otro tipo quiere afectarlo. No temáis por nada que venga de ese lado, pues el mal solamente podría alcanzar a los seres a quienes les falta la vida realmente espiritual y que ya están muertos en el tallo. En cambio, todos los que se dedican por completo y sin segundas intenciones a la doctrina espírita, extraerán de ella nuevas fuerzas, para hacer que fructifiquen las enseñanzas que nos hemos comprometido a transmitirlos. La persecución, sea cual fuere, siempre es útil, pues permite ver claramente los corazones fuertes; y en caso de que esa persecución desprenda del tronco principal algunas ramas poco afianzadas, los retoños jóvenes, madurados por las luchas en las que vencieron siguiendo nuestros consejos, se convertirán en hombres serios y reflexivos. Así pues, ¡ánimo! Avanzad sin temor por el camino que se os ha trazado, y contad con aquel que nunca os faltará en la medida de sus fuerzas.”

DOCTOR DEMEURE

Un nuevo Nabucodonosor

Nos escriben desde Charkow (Rusia):

“Al escribiros, señor Presidente, me atrevo a esperar que el espiritismo tal vez arroje alguna luz sobre un hecho que no ha tenido explicación hasta ahora, y que considero de gran interés. Lo supe a través de un testigo ocular, pariente cercano de la persona en cuestión, el cual me ha contado lo siguiente:

”Todos los miembros de la familia R... se destacaban por la originalidad de su carácter y sus gustos. No obstante, solo me referiré aquí a dos hermanos: Alexandre y Voldemar. De este último, llamaban la atención sus ojos, cuya impresión era imposible describir. De niños, jugábamos juntos. Y aunque yo estaba lejos de ser cobarde, no podía soportar su mirada. Conté esa impresión a mi padre, quien me confesó que, al mirar a ese niño, había experimentado el mismo sentimiento de turbación, de modo que me aconsejó evitarlo. Al parecer, Voldemar no era el favorito de la familia. Cuando ambos hermanos tuvieron edad para realizar estudios serios, ingresaron a la universidad de Kazan. Con sus extraordinarias aptitudes, Voldemar no tardó en dejar estupefactos a sus maestros y colegas. A menudo alardeaba en presencia de su hermano, al que había elegido destinatario de sus burlas. Con todo, aquello no duró mucho. A los dieciséis años, Voldemar murió en brazos de su hermano. Ahora nos ocuparemos de este último.

”Si bien en menor medida, Alexandre llevaba en sus ojos negros ese magnetismo fascinante que tanto impresionaba en su hermano. Tampoco contaba con las brillantes cualidades de este, pero eso no le impedía disponer de una gran voluntad y aprender con facilidad. La muerte de su hermano causó en él un impacto tan fuerte que se convirtió en otro hombre. Seis semanas después, se mantuvo sin abrir los ojos, dejó de bañarse y de peinarse, y en modo alguno quiso cambiarse de ropa, a tal punto que sus prendas interiores y sus vestidos se enmohecían en su cuerpo y caían en jirones.

”Su madre lo llevó al campo. Su tío, que no vivía lejos de aquel lugar, logró que ella le confiara a Alexandre durante un tiempo, con la promesa de que el joven abandonaría todos sus caprichos. En efecto, el tío le dijo muy severamente que,

si pretendía mantener una actitud semejante en su casa, no se mostraría escrupuloso a la hora de corregirlo. Muy pronto, Alexandre se tornó razonable, y no ofreció ninguna resistencia a las órdenes del tío. No obstante, le escribió secretamente a su madre, suplicándole que lo liberara de aquel verdugo. La madre accedió de inmediato a su deseo, pero tan pronto como Alexandre estuvo lejos del tío, su extraña conducta retornó con mayor intensidad. Entre otras cosas, exigía que se tocaran las campanas de la iglesia cuando él se sentaba a la mesa. Como pensaron que sufría algún disturbio cerebral, lo internaron en una casa de salud de Kazan. ¡Cosa extraña! Una vez más, Alexandre cambió por completo. Ni su conducta ni sus palabras denotaban un cerebro enfermo. Los médicos supusieron que se trataba de una intriga familiar, de modo que dejaron de observarlo tan de cerca.

”Una noche, cuando todos dormían, salió de su cuarto, se puso el sombrero y el abrigo de uno de los médicos, pasó junto al portero sin que este lo reconociera, ganó la calle y caminó treinta verstas hasta su propiedad. Una vez ahí, se introdujo en una especie de casilla que servía de gallinero y se quitó toda la ropa, declarando que un metro cuadrado de terreno bastaba para la vida de un hombre, y que él no necesitaba nada más. En vano, su madre le suplicó de rodillas que cambiara de opinión. También en vano, quisieron persuadirlo de que al menos permitiera ponerle un techo a su casilla. Alexandre se mantuvo impasible, y solo aceptó quedarse con una vieja criada, que nunca lo había dejado y que mantenía hacia él el apego y la fidelidad de un perro. Su padre, al ver que nada daba resultado, ordenó a todos los sirvientes que abandonaran la casa y se mudaran a siete verstas de allí. Él también se mudó, y el lugar pasó a llamarse *Villa Perdida*. Intentaron que

la propiedad quedara bajo tutela. Nombraron comisionados, pero Alexandre, que siempre era advertido a tiempo, se vestía, aunque sin ponerse la ropa interior, y salía al encuentro de la visita. Entonces, respondía las preguntas con tanta lógica, con tanta precisión, que no dejaba nada que desear, y lo hacía tan bien que los comisionados, que esperaban entrevistarse con un loco, se retiraban totalmente decepcionados.

”Todo eso ocurrió en 1842, y, hasta el presente, Alexandre continúa en ese mismo estado. Se mantiene de pie, desnudo, en una casilla sin puertas ni ventanas, expuesto a la intemperie, y en una región donde el frío del invierno alcanza los treinta grados bajo cero. Se alimenta con un poco de jalea de vino, que le sirven una vez al día en un platillo de arcilla. Se lo arrojan junto con una cuchara, y él los atrapa al vuelo, como las bestias, de las que también adoptó el bramido, pues ya no se vale de la palabra humana. A fuerza de mantener la cabeza inclinada, ya no puede levantarla. Sus pies se agrandaron desmesuradamente y no puede caminar. Por la noche, algunas veces, cae rendido, y entonces permite que lo cubran con una piel de carnero. Por otra parte, su aspecto no presenta nada extraordinario, excepto los ojos. No es gordo ni flaco, y su rostro tiene una expresión de sufrimiento. Una vez le preguntaron cuál era el motivo de su extraña conducta, a lo que respondió. ‘No me habléis de eso. Es falta de voluntad’. No pudieron obtener nada más. ¿Qué entendía él por falta de voluntad? ¿Sería una promesa...? A veces, llega a pronunciar el nombre de su difunto hermano. Otras, exclama: ‘¿Cuándo terminará?’. No cumple ninguna de las normas impuestas por su religión. Enviaron sus cabellos a un célebre sonámbulo de Londres, y este respondió que sufría *la enfermedad de Nabucodonosor*.

”A pesar de todo, ¡Alexandre no está loco! Lo más extraordinario es que junto con esa existencia puramente bestial, en él hay una vida intelectual, pues le interesa todo lo que ocurre en el mundo. Hace que le lleven muchos periódicos, y como su casilla es oscura, dejó que a un costado construyeran una especie de choza, donde su madre le leía durante horas. Ahora que ella murió, la reemplaza una lectora contratada.

”La comisión encargada de investigar el caso obtuvo los siguientes detalles que, en el fondo, no hicieron más que complicarlo. El joven D..., colega de Alexandre R... en la universidad, declaró que, cuando estaban juntos, notó que Alexandre estaba muy enamorado de la esposa de un farmacéutico. Era una mujer de una belleza singular, y a la vez muy virtuosa. Alexandre montaba a caballo diariamente para darse el gusto de pasar por su casa y verla a través de las ventanas, y todo su amor se limitaba a eso. No obstante, cada día, a la misma hora, recibía una carta lacrada y, si había alguien en su cuarto, se apresuraba a esconderla en una gaveta. D..., seguro de que eran cartas de amor, no se interesaba demasiado en saber su contenido. Más tarde, cuando comenzaron las investigaciones, se encontraron tan solo dos cartas (había quemado el resto), y se supuso que eran parte de las que recibía en la universidad. La primera estaba escrita más o menos en estos términos: ‘Ayer me ocurrió algo extraño. Regresaba de nuestra Suiza Rusa (se denomina así un paseo de los alrededores de Kasan), y mientras atravesaba el campo de las Artes, escuché un grito: ¡Auxilio! Yo también grité, y fui corriendo hasta el lugar del que provenía la voz. Llegué hasta el muro del cementerio, y vi que desde arriba de aquella pared un joven agradecía vivamente mi intervención, pues dijo que había sido atacado por ladrones, y que estos, al escuchar mi grito, habían huido.

(En el campo de las Artes funcionaba una fábrica de telas, que había suspendido temporariamente a los obreros, y algunos de estos habían optado por robar para ganarse el pan.) Retomamos juntos el camino a la ciudad, y mantuvimos una conversación muy animada e interesante. No puedo escribirte aquí de qué se trata, pero te lo diré cuando nos veamos.

” Finalmente, llegamos a la casa del joven desconocido, y pasé la tarde con él. Al despedirnos, volvió a agradecerme, si bien no me invitó a que vuelva a su casa. Apenas mencionó el lugar donde se paseaba todos los días a la misma hora, y me dijo que, si yo quisiera, podría acompañarlo. Lo extraño de todo esto es que, de regreso a mi casa, me resultó imposible recordar la calle y la casa que acababa de visitar, pese a que conozco muy bien esta ciudad, donde vivo hace cuatro años. Pretendo ir al encuentro del joven desconocido en el lugar indicado, me ocuparé de que me invite a su casa, y entonces no la olvidaré’. La carta no tenía firma.

”Esta es la segunda carta, continuación de la anterior, si bien mucho más corta: ‘Vi al joven desconocido en el lugar indicado. Me invitó a su casa. Pasamos la tarde juntos, pero ya de regreso, una vez más, olvidé completamente la calle y la casa’. Sin firma. Tras examinar atentamente la letra de las cartas, creyeron encontrar en ella una gran semejanza con la de uno de sus colegas. No obstante, cuando le leyeron su contenido, este se puso a reír y declaró que nunca había escrito algo semejante.

”Hasta aquí llega la investigación. Se supone que hay aquí un gran misterio, que solo tres personas pueden develar. En primer lugar, la madre de Alexandre; luego, su vieja criada, que nunca lo abandonó; por último, su hermana. Las dos primeras están muertas, y la tercera vive con el marido en la mis-

ma ciudad que Alexandre. Todos los días, ella lo visita durante tres o cuatro horas. ¿De qué hablarán? ¿Será que el hermano olvida los bramidos y recupera el lenguaje humano, como un ser racional? Nadie lo sabe. También resulta extraño que un hecho tan singular sea muy poco conocido. Nunca se publicó nada al respecto en los periódicos, pese a que transcurre muy cerca de Kazan: ciudad en la que hay una universidad, científicos y médicos. Es cierto que al comienzo se realizaron investigaciones, pero me parece que se desalentaron demasiado pronto. No obstante, cuán vasto es el campo para las observaciones de la ciencia, ¡y sin tomar en cuenta el lado psicológico! Se trata de un hecho actual, que todos pueden constatar.

”El espiritismo, que explica tantas cosas, ¿podría brindar la solución de este extraño fenómeno? No me atrevo a solicitaros una respuesta por escrito, pues vuestro tiempo es muy valioso. Tan solo espero que, si consideráis que este hecho es digno de vuestro examen, tengáis a bien publicar vuestra opinión en la *Revista Espírita*, que recibimos aquí.

”Recibid, etc.”

Una cosa es evidente en esta crónica: el joven no está loco, en la acepción científica del término. Goza plenamente de su razón, cuando quiere. No obstante, ¿cuál puede ser la causa de semejante excentricidad, a esa edad? Pensamos que pasará mucho tiempo antes de que la ciencia encuentre esa causa con sus recursos puramente materiales. Sin embargo, hay algo más que una simple manía: la asimilación de la voz y los gestos de los animales. Es cierto que se descubrieron individuos que habían sido abandonados desde pequeños en la selva, y que vivían con animales, cuyos gritos y costumbres adoptaron por imitación. Pero este no es el caso. Este joven cursó estu-

dios serios, vivió en sus campos y en una ciudad, y mantuvo contacto diario con otros seres humanos. Por lo tanto, su caso no resulta de la costumbre y el aislamiento.

El sonámbulo de Londres dijo que se trata de la enfermedad de Nabucodonosor. Pero ¿en qué consiste esa enfermedad? ¿Acaso la historia de ese rey no es una leyenda? ¿Es posible que un hombre se convierta en una bestia? Con todo, cuando se compara el relato bíblico con el caso actual de Alexandre R..., entre ambos se observa más de una semejanza. Se comprende que lo que ocurre en la actualidad pudo haber ocurrido en otras épocas, y que el rey de Babilonia pudo padecer un mal semejante. Por lo tanto, si ese rey, dominado por una influencia análoga, abandonó su palacio, tal como hizo Alexandre R... con su castillo; si vivió y bramó como este, a la manera de las bestias, se podría decir, conforme al lenguaje alegórico de la época, que se había convertido en una bestia. Es cierto que esto destruye el milagro. Pero ¿cuántos milagros desaparecen en la actualidad ante las leyes de la naturaleza, que se descubren a diario! La religión no hace más que ganar toda vez que se acepta como natural un hecho que era rechazado por considerarse maravilloso. Cuando los adversarios del espiritismo afirman que este resucita lo sobrenatural y la superstición, ponen en evidencia que no conocen siquiera el abecé de esta filosofía, que ha venido, por el contrario, a demostrar que ciertos hechos considerados misteriosos no son más que efectos naturales.

Una vez leído este relato en la Sociedad de París, como tema de estudio, se solicitó a un médium que evocara a los Espíritus capacitados para brindarnos su explicación. Las tres comunicaciones que siguen fueron obtenidas: la primera, del difunto hermano Voldemar; la segunda, del Espíritu protec-

tor de ambos hermanos; y la tercera, del guía espiritual de otro médium.

(Sociedad de París, 13 de octubre de 1865.

Médium: señor Desliens.)

I

¡Aquí estoy...! ¿Qué queréis...? ¿Con qué derecho os inmiscuís en asuntos de familia que son absolutamente íntimos...? ¿Sabed que nunca nadie me ha ofendido en vano, y que despertaréis mi cólera si hacéis el intento de penetrar un secreto que no os incumbe! ¿Pretendéis obtener la clave de las razones que indujeron a mi hermano a cometer esas tonterías...? Sabed que la causa reside por completo en mí, que lo he castigado de esta manera por la falta de fe de que se siente culpable en relación conmigo. Un vínculo terrible nos mantenía unidos. ¡Un vínculo mortal...! Él debía cumplir su promesa, pero no lo hizo. ¡Fue cobarde...! ¡Que sufra la pena, pues, por una falta que no podía obtener mi perdón! Mi cómplice en la acción, debía seguirme en el suplicio. ¿Por qué dudó...? Ahora sufre la pena de sus dudas.

Como no puedo obligarlo a que me siga, al menos de inmediato, utilizo el poder magnético, que poseo en grado extremo, para obligarlo a que ceda su voluntad y su ser a mi libre albedrío. En ese estado, sufre... ¡Tanto mejor...! Cada uno de sus gemidos interiores me causan un estremecimiento de sombría satisfacción...

¿Os complace mi urbanidad? ¿Os resultan suficientes mis explicaciones...? No; pretendéis moralizarme... Pero ¿quiénes sois vosotros para predicarme? ¿Acaso sois sacerdotes?

No. Entonces, ¿por qué debo escucharos? No quiero escuchar nada. Regreso al lugar del que no debí haber salido. Él comprende sus males en este momento. ¡Tal vez su voluntad reaccione sobre su materia! ¡Ay de vosotros, si lo ayudáis a escapar de mi dominación!

VOLDEMAR R...

II

No tratéis, al menos por ahora, de obligar a este pobre insensato a que os escuche. No podría hacerlo, y vuestras palabras no arrojarían otro resultado más que excitar su ira brutal. Vengo en su lugar para daros algunas explicaciones que arrojarán un poco de luz sobre el oscuro drama que estos dos actores han protagonizado en otra existencia. En este momento, ellos expían, pues sufren las consecuencias de acciones criminales cuyos detalles no puedo precisar ahora. Sabed apenas que, con otros nombres y en otra época, Alexandre fue subordinado de Voldemar, en una condición social que algunas palabras del relato que habéis leído os permitirán suponer. Meditad acerca de ese pasaje en el que se dice que Alexandre exigía que hicieran sonar la campana antes de sentarse a comer, y estaréis bien orientados. Subordinado de Voldemar, como os he dicho, e instigado por este, cometió diversas acciones, cuya responsabilidad es de ambos, y que son la fuente de sus actuales padecimientos.

Alexandre tenía y sigue teniendo un carácter débil y vacilante, de modo que por cualquier motivo su hermano lograba dominarlo. Con los demás, era altivo, déspota y brutal. El

futuro os enseñará, en el transcurso de este estudio, lo que ambos hicieron. Pasemos a los resultados.

Se comprometieron a no traicionarse ni abandonarse jamás. Por otra parte, Voldemar se reservó el derecho de someter con toda la fuerza de su voluntad a su desdichado cómplice. Habéis visto que lo había convertido en objeto de sus burlas durante el tramo de existencia que recorrieron juntos. Esos dos seres, dotados de una inteligencia inusual, en el pasado habían conformado una temible liga contra la sociedad, asociando sus malignas inclinaciones. Voldemar fue retirado de la Tierra por un decreto de la Providencia, que de tal modo preparó el camino de la renovación de esos dos seres. Sujeto a su promesa, Alexandre debía seguir a su hermano hasta la tumba, pero su afecto hacia una persona que se menciona en el relato, más el cansancio de un yugo que cargaba con dolor, hicieron que tomara la decisión de sobrevivir. Su hermano no podía matarlo materialmente, pero lo hizo moralmente, envolviéndolo en una red de influencias que determinaron la obsesión cruel cuyas consecuencias conocéis.

El sonámbulo que definió esta afección con el nombre de *enfermedad de Nabucodonosor* no se hallaba tan lejos de la verdad como podría suponerse, porque Nabucodonosor no era más que un obseso que estaba seguro de haberse convertido en una bestia. Por lo tanto, se trata de una obsesión que, como sabéis, no excluye la acción de la inteligencia, y que no la aniquila de manera fatal. Es uno de los casos más notables, cuyo estudio será provechoso para todos, pero que resultaría demasiado extenso para esta noche, por los desarrollos que requiere. Me limitaré a esta exposición, rogándoos que reunáis vuestras fuerzas espirituales para evocar a Voldemar. Él se lamenta, y con razón, de que en su ausencia el hermano reco-

bra las energías y puede liberarse. Por eso le repugna dejarlo y ejerce sobre él una acción magnética continua.

Soy el guía de ambos.

PAULOWITCH

III

(Médium: señora Delanne.)

Queridos hermanos, muchas personas consideran que algunos hechos narrados en las Escrituras son fábulas creadas para los niños. Los han despreciado y se negaron a creer en ellos porque no los comprendieron. De todos modos, despojado de su forma alegórica, su contenido es auténtico, y tan solo el espiritismo podía develarlo. Se manifestará de diversas maneras, no solamente entre los espíritas, sino en todo el mundo y por toda la Tierra, forzando a los científicos a estudiarlo, y entonces podrán convencerse, a pesar de lo que digan algunos, de que el espiritismo enseña algo nuevo, porque a través de él se obtendrá la explicación de lo que hasta hoy era un misterio. ¿Acaso no se os había dicho que la obsesión iba a presentarse con nuevas formas? Este es un ejemplo de eso.

El castigo de Nabucodonosor no es una fábula. Conforme lo señalasteis muy juiciosamente, él no se convirtió en una bestia, sino que, al igual que el sujeto del que os ocupáis en este momento, había sido privado durante algún tiempo del libre ejercicio de sus facultades intelectuales, en condiciones que lo asimilaron a un animal irracional, y que transformaron al poderoso déspota en un objeto de piedad para todos: Dios lo había herido en su orgullo.

Todas estas cuestiones tienen relación con los fluidos y el magnetismo. Este joven padece una obsesión y una subyugación. Es muy lúcido en estado de Espíritu, y su hermano ejerce sobre él una influencia magnética irresistible. Lo retira fácilmente del cuerpo en caso de que alguna persona amiga y simpática no esté ahí para retenerlo. Sufre cuando está desprendido. Para él también es un castigo, y entonces emite esos feroces rugidos.

Así pues, no os apresuréis a condenar lo que está escrito en los libros sagrados, como hace la mayoría de los que solo ven la letra y no el espíritu. Os esclareceréis cada día más, y nuevas verdades se desplegarán ante vosotros, porque estáis lejos de haber agotado todas las aplicaciones de lo que sabéis en materia de espiritismo.

SAN BENITO

De esta explicación eminentemente racional resulta que ese joven se halla sujeto a una obsesión, o mejor dicho, a una terrible subyugación, semejante a la que sufría el rey Nabucodonosor. ¿Será que esto anula la justicia con que Dios castigó a ese monarca orgulloso? En absoluto, pues sabemos que las obsesiones son a la vez pruebas y castigos. Por consiguiente, Dios podía castigarlo sujetándolo al yugo de un Espíritu malvado que lo obligara a proceder como una bestia, pero sin necesidad de transformarlo en una bestia. Aquel castigo es natural y se explica mediante las leyes que rigen las relaciones entre el mundo visible y el mundo invisible. Este otro es antinatural, fantástico, y no tiene explicación. Aquel se presenta en la actualidad como un hecho real, en las diversas formas de obsesión. El otro solo se encuentra en los cuentos de hadas.

Por último, aquel es aceptado por la razón, mientras que el otro no lo es.

Desde el punto de vista del espiritismo, ese hecho introduce un importante tema de estudio. La obsesión se presenta en él con un aspecto nuevo en cuanto a la forma y a la causa determinante, pero que no tiene nada de sorprendente a partir de lo que se nos permite observar a diario. San Benito tiene mucha razón cuando afirma que estamos lejos de haber agotado todas las aplicaciones del espiritismo, así como de comprender todo lo que puede explicarnos. Tal como es, nos presenta una rica mina para explotar con la ayuda de las leyes que nos revela. De tal modo, antes que decir que el espiritismo se mantiene estacionario, sepamos aprovechar lo que nos enseña.

El patriarca José y el vidente de Zimmerwald

Uno de nuestros abonados de París nos escribe lo siguiente:

“Al leer el número de la *Revista Espírita* del mes de octubre, recordé este pasaje de la Biblia, en el que se señala un hecho análogo a la mediumnidad del vidente del bosque de Zimmerwald:

”Los hermanos de José salieron de la ciudad, y cuando aún no habían avanzado demasiado, José llamó a su mayordomo, y le dijo: ‘Persigue a esos hombres, alcánzalos y diles: ¿Por qué habéis pagado mal por bien? La copa que habéis robado es aquella en la que bebe mi señor, y *de la que se vale para adivinar*. Habéis obrado muy mal’.

”Cuando los hermanos fueron llevados en presencia de José, este les dijo: ‘¿Por qué obrasteis así para conmigo? ¿Acaso ignoráis que no hay quien me iguale en *la ciencia de adivinar las cosas ocultas?*’ (Génesis: XLIV, 5-15.)

”Así pues, el tipo de mediumnidad que referís existía entre los egipcios y los judíos”. Firmado: C..., abogado.

En efecto, es indudable que José poseía el arte de adivinar, es decir, de ver las cosas ocultas; y para eso se valía de una copa, como el vidente de Zimmerwald se vale de la suya. Si la mediumnidad es una facultad demoníaca, entonces vemos que uno de los personajes más venerados de la Antigüedad sagrada está convencido de actuar por obra del demonio. Ahora bien, si lo hace por obra de Dios, pero nuestros médiums lo hacen por obra del demonio, entonces este hace exactamente lo mismo que Dios y, por consiguiente, lo iguala en poder. Uno se sorprende al ver que hombres serios sostienen una tesis como esta, que destruye su propia doctrina.

El espiritismo, pues, no ha descubierto ni inventado a los médiums, sino que descubrió las leyes de la mediumnidad, y la explica. De ese modo, constituye la verdadera clave para comprender el Antiguo y el Nuevo Testamento, en los que abundan los hechos de ese tipo. La ausencia de esta clave hizo que las Escrituras recibieran tantos comentarios contradictorios, que no explicaron nada. La incredulidad crecía incesantemente al amparo de esos hechos, e invadía a la propia Iglesia. A partir de ahora, se los reconocerá como fenómenos naturales, dado que se reproducen conforme a leyes conocidas. Tenemos razón, pues, al afirmar que el espiritismo es una ciencia positiva que destruye los últimos vestigios de lo maravilloso.

Supongamos que se han perdido los libros de los Antiguos, que nos explican la teogonía pagana o mitología. En tal caso, ¿comprenderíamos actualmente el sentido de una infinidad de inscripciones que se descubren a diario, y que se refieren más o menos directamente a esas creencias? ¿Comprenderíamos el destino, los motivos estructurales de la mayoría de los monumentos cuyos restos observamos? ¿Sabríamos lo que representan gran parte de las estatuas y los bajorrelieves? No, sin duda. Sin el conocimiento de la mitología, todas esas cosas, como la escritura cuneiforme y los jeroglíficos egipcios, no significarían nada para nosotros. Así pues, la mitología es la clave con cuyo auxilio reconstruimos la historia del pasado por medio de un fragmento de piedra, del mismo modo que Cuvier, con un hueso, reconstruía un animal antediluviano. Por el hecho de que ya no creamos en las fábulas de las divinidades paganas, ¿hará falta descuidar o menospreciar la mitología? Quien pensara de ese modo sería tratado de bárbaro.

¡Así es! El espiritismo, como creencia en la existencia y en la manifestación de las almas, y como recurso para conversar con ellas; el magnetismo, como medio de curación; y el sonambulismo, como doble vista, estaban muy difundidos en la Antigüedad, y fueron introducidos en todas las teogonías, incluso en la judía y más tarde en la cristiana. Se alude a ellos en una infinidad de monumentos e inscripciones que se conservan. El espiritismo, que abarca a la vez el magnetismo y el sonambulismo, es una antorcha para la arqueología y el estudio de la Antigüedad. Incluso estamos convencidos de que es una fuente fecunda para comprender los jeroglíficos, porque esas creencias estaban muy difundidas en Egipto, y su estudio formaba parte de los misterios ocultos al vulgo. Veamos algunos hechos que acuden en apoyo de esta afirmación.

Uno de nuestros amigos, un sabio arqueólogo que vive en África, y que también es un espírita esclarecido, hace algunos años encontró en las afueras de Sétif una inscripción tumularia cuyo sentido resultaba absolutamente ininteligible sin el conocimiento del espiritismo.

Por nuestra parte, recordamos haber visto en el Louvre, hace ya bastante tiempo, una pintura egipcia que representa a un individuo acostado y dormido, junto a otro de pie, con los brazos y los dedos dirigidos hacia el primero, sobre el cual fija la mirada con la actitud exacta de un hombre que aplica pases magnéticos. Podría decirse que ese diseño es el calco de la pequeña viñeta que el señor barón Dupotet colocaba antaño en el frontispicio de su *Journal du Magnétisme*. Ningún magnetizador podría equivocarse acerca del tema de ese cuadro, que no tendría ningún sentido para quien no conociera el magnetismo. Solo este hecho demostraría, si no existieran muchísimos más, que los antiguos egipcios sabían magnetizar, y que lo hacían aproximadamente como nosotros. Esa práctica formaba parte de sus costumbres, dado que se hallaba consagrada en un monumento público, y no lo habríamos sabido si no fuera por el magnetismo moderno, que nos ha brindado la clave de ciertas alegorías.

Otra pintura egipcia, que también vimos en el Louvre, representa una momia de pie y envuelta en vendas. Otro cuerpo, de la misma forma y el mismo tamaño, pero sin vendas, se desprende a medias de la momia, como si saliera de ella, en tanto que otro individuo, colocado de frente, parece atraerlo hacia sí. En esa época, no conocíamos el espiritismo, y nos preguntábamos qué significaría esa escena.

Ahora nos queda claro que esa pintura alegórica representa un alma que se separa del cuerpo, conservando la aparien-

cia humana, y cuyo desprendimiento es facilitado por otra persona encarnada o desencarnada, conforme nos lo enseña el espiritismo.

Si os complace, no creáis en el espiritismo. Consideradlo una quimera, pues nadie os lo impone. Estudiadlo como estudiaríais la mitología, a título de simple información, riéndoos de la credulidad humana, y ya veréis cuántos horizontes os abre, por más hombres serios que seáis.

DISERTACIONES ESPÍRITAS

El descanso eterno

(Sociedad de París, 13 de octubre de 1865.

Médium: señor Leymarie.)

Cuando abandoné mi envoltura terrestre, sobre mi tumba se pronunciaron numerosos discursos, y todos contenían la misma idea. “Sonnez, amigo mío –dijo uno–, ve a disfrutar del descanso eterno”. “Alma –dijo el sacerdote–, descansa en la contemplación divina.” “Amigo –insistió un tercero–, duerme en paz, tras una vida de tantas realizaciones.” En fin, el descanso eterno, continuo, era lo que se destacaba entre tantos conmovedores adioses.

¡El descanso eterno! ¿Qué se entiende por tal expresión, y por esas mismas palabras continuamente repetidas cada vez que un hombre desaparece de la Tierra y se aleja hacia lo desconocido?

¡Ah! Amigos míos. Vosotros decís que descansamos. ¡Extraño error! Entendéis el descanso a vuestra manera. Mirad alrededor vuestro, ¿acaso existe el descanso? En esta época del año, los árboles habrán de despojarse de su encantador envoltorio; todo llora en la actual estación; la naturaleza parece prepararse para la muerte. Sin embargo, si buscáis, notaréis que lo que se prepara tras esa muerte aparente es la vida. Todo se depura en ese gran laboratorio terrestre; la savia y la flor, el insecto y el fruto: todo lo que debe adornar y fecundar.

Aquella montaña, que parece eternamente inmóvil, no descansa. Las moléculas infinitas que la componen realizan un enorme trabajo. Algunas tienden a agregarse; otras, a separarse. Y esa lenta transformación al principio causa asombro, y luego la admiración del investigador que en todo encuentra instintos diversos y misterios para explorar. Y si la Tierra de agita de ese modo en sus entrañas, es porque ese gran crisol elabora y prepara el aire que respiráis, el gas que debe sustentar la naturaleza entera. Es porque imita los millones de planetas que percibís en el espacio, y cuyos movimientos diarios y trabajos continuos obedecen a la Voluntad soberana. Su evolución es matemática, y si contienen otros elementos además de los que os hacen actuar, creedme que es porque esos elementos trabajan para su depuración, para su perfección.

Así es, para su perfección; porque esa es la palabra eterna. La perfección es el objetivo; y para alcanzarla, átomos, moléculas, savia, minerales, árboles, animales, hombres, planetas y Espíritus, se preparan para ese movimiento general, que es admirable por su diversidad, porque es la armonía. Todas las tendencias confluyen en el mismo objetivo, y ese objetivo es Dios, el centro de toda atracción.

Después de mi partida de la Tierra, mi misión no se ha cumplido. Investigo y trabajo todos los días. Mi pensamiento ampliado abraza mejor la Potencia dirigente. Me siento mejor haciendo el bien. Al igual que yo, las legiones innumerables de Espíritus preparan el futuro. ¡No creáis en el descanso eterno! Los que pronuncian esas palabras no entienden la vida. Vosotros, los que me escucháis, ¿acaso podéis aniquilar el pensamiento, forzarlo al descanso? ¡Oh! No. La vagabunda busca y busca siempre. Mal que les pese a los amables y útiles charlatanes que niegan el Espíritu y su poder, el Espíritu existe, y nosotros lo demostramos, y lo demostraremos mejor en el momento oportuno. Nosotros les enseñaremos, a esos apóstoles de la incredulidad, que el hombre no es la nada; no es un conjunto de átomos que el azar agrega y luego destruye. Les mostraremos un hombre radiante con su voluntad y su libre albedrío, señor de su destino, elaborando en la gehena terrestre la fuerza de acción necesaria para otras vidas, para otras pruebas.

SONNEZ

NOTICIAS BIBLIOGRÁFICAS

En prensa, para aparecer en los próximos días:

EL EVANGELIO SEGÚN EL ESPIRITISMO

por ALLAN KARDEC

3ª edición

REVISADA, CORREGIDA y MODIFICADA

En esta edición la obra ha sido objeto de una reorganización completa. Además de algunos agregados, las principales modificaciones consisten en una clasificación más metódica, clara y cómoda de las materias. Esto permite que la obra sea de más fácil lectura, y también facilita las consultas.

* * *

LA GAZETTE DU MIDI ANTE EL ESPIRITISMO

ACERCA DE LOS HERMANOS DAVENPORT

Estudio filosófico
por Ernest ALTONY

Opúsculo in-8º. Precio: 1 franco; por correo: 1 franco,
20 centavos.-

Marsella, en la librería Mengelle, 32 bis,
rue Longue-des-Capucins.

Se vende a beneficio de los familiares de las víctimas del cólera. Para recibir este opúsculo basta con enviar 1 franco y 20 centavos en sellos postales al señor Altony, en la librería del señor Mengelle, en Marsella.

ALLAN KARDEC

AVISO

El señor LEDOYEN, librero de París (Palais-Royal), se ha retirado del negocio. Como no tiene sucesores, todos los pedidos de suscripción u otros que se le remitan quedarán sin efecto.

ALLAN KARDEC



REVISTA ESPÍRITA

PERIÓDICO DE ESTUDIOS PSICOLÓGICOS

Año VIII

Número 12

Diciembre de 1865

¡Abridme!

Llamado de Cárita.

Nos escriben desde Lyon:

“(...) El espiritismo, ese gran lazo que une a todos los hijos de Dios, nos abrió un horizonte tan amplio, que podemos observar de un punto a otro todos esos corazones dispersos, a los que las circunstancias colocaron al Oriente y al Occidente, así como verlos estremecerse ante el llamado de Cárita. Todavía recuerdo la profunda emoción que sentí el año pasado, cuando la *Revista Espírita* nos informaba acerca del impacto que en todas partes de Europa había producido una comunicación de ese extraordinario Espíritu. Sin duda podrá decirse cualquier cosa en contra del espiritismo, lo cual es una demostración de que crece, pues generalmente no se ataca a las pequeñas causas, sino a los grandes efectos. Por otra parte, ¿qué son esos ataques, sino como la ira de un niño que arroja piedras al océano para que haga silencio? Los detractores del espiritismo casi no se dan cuenta de que, al denigrar a la doc-

trina, cubren los gastos de una publicidad que despierta en todos sus lectores el deseo de conocer a ese temible enemigo cuya consigna es *Fuera de la caridad no hay salvación...*”

Esta carta llegó acompañada por la siguiente comunicación, dictada por el Espíritu de *Cárta*, la elocuente y amorosa limosnera, que los corazones generosos conocen tan bien.

(Lyón, 8 de noviembre de 1865.)

“Hace frío y llueve; el viento sopla muy fuerte. ¡Abridme!

”Hice un largo viaje por el país de la miseria, y he vuelto con el corazón herido, cargando el fardo de todos los dolores. Abridme rápido, amigos míos, vosotros los que sabéis que, cuando la caridad llama a vuestra puerta, es porque ha encontrado muchos desdichados en el camino. Abrid vuestro corazón para recibir mis confidencias. Abrid vuestro monedero para enjugar las lágrimas de mis protegidos, y escuchadme con esa emoción que el dolor hace subir desde el alma hasta los labios. ¡Oh! Vosotros, los que sabéis lo que Dios reserva, y que a menudo lloráis esas lágrimas de amor que Cristo denominaba el rocío de la vida celestial, ¡abridme...! ¡Gracias! Ya entré.

”Esta mañana, partí. Me llamaban de todas partes, y el sufrimiento tiene una voz tan vibrante, que un solo llamado basta. Mi primera visita fue para dos pobres ancianos: marido y mujer. Vivieron juntos esos largos días en los que el pan escasea y el sol se oculta, en los que falta el trabajo en los brazos valientes que lo solicitan. Sepultaron su miseria en el hogar de la dignidad, y nadie pudo adivinar que muchas veces el día se retiraba sin dejarles el pan cotidiano. Después llegó la vejez; los brazos y las piernas se endurecieron; los ojos se velaron, y el patrón que ofrecía trabajo les dijo: ‘No puedo hacer nada’.

Pero la muerte no llegaba, y el hambre y el frío se convirtieron en los visitantes habituales de esa pobre morada. ¿Cómo responder a esa miseria? ¿Proclamándola? ¡Oh! No. Hay heridas que no se curan quitando las vendas que las cubren. Lo que calma el corazón es una palabra de consuelo dicha por una voz amiga que adivinó, con su alma, lo que se hallaba oculto a sus ojos. Por esos pobres os ruego: ¡abridme!

”Más tarde, he visto una madre que repartía un pedazo de pan entre tres pequeños niños, y como el mendrugo era exiguo, no guardó nada para ella. He visto el hogar apagado, y un jergón miserable. He visto los cuerpos tiritando de frío, envueltos en harapos. He visto al esposo llegar sin haber conseguido trabajo. He visto, también, que el hijo menor moría sin asistencia, porque su madre y su padre son espíritas y tuvieron que padecer las humillaciones de las obras de beneficencia.

”He visto la espantosa llaga de la miseria. He visto los corazones atrofiados y la dignidad extinta ante la necesidad de vivir. He visto criaturas de Dios renegando de su origen inmortal, porque no comprendían sus pruebas. He visto, finalmente, que con la miseria crecía el materialismo, y en vano exclamé: ‘¡Abridme! Soy la caridad. Acudo a vosotros con el corazón lleno de ternura. No lloréis más, pues vengo a consolaros’. Pero el corazón de esos desdichados no me escuchó, ¡pues sus entrañas sufrían demasiada hambre!

”Entonces me acerqué a vosotros, queridos amigos; a vosotros, que me habéis escuchado y sabéis que Cárta es la mendicante para los pobres. Y os he dicho: ¡Abridme!

”Vine a contaros lo que he visto en mi extensa jornada, y os ruego que brindéis a mis pobres un pensamiento, una palabra, un tierno recuerdo, para que esta noche, a la hora de la

plegaria, ellos no se duerman sin dar gracias a Dios, porque les habéis sonreído de lejos. Sabéis que los pobres son la piedra de toque que Dios envía a la Tierra para probar vuestro corazón. ¡No los rechazéis, a fin de que un día, cuando hayáis traspuesto el umbral que conduce al espacio, Dios os reconozca por la pureza de vuestros corazones y os admita en la morada de los elegidos!

CÁRITA

Con satisfacción nos hacemos eco de la bondadosa Cárita, y confiamos en que ella no haya dicho en vano: “¡Abridme!”. Si llama a la puerta con tanta insistencia, es porque el invierno hace lo mismo.

Suscripción

a beneficio de los pobres de Lyon y
de las víctimas del cólera

(abierta en el despacho de la *Revista Espírita*)

Este año, un motivo de sufrimiento se ha sumado a los rigores del invierno, que avanza a pasos agigantados. Por cierto, la solicitud de las autoridades para con los afectados nunca se mostró tan inteligente y previsora como durante la invasión de este último flagelo. Con prontitud y eficaz distribución de medicamentos, entre otras cosas, se logró que no faltara nada. Todos se complacen en haber hecho lo correcto. Asimismo, gracias a estas medidas, los estragos se circunscribieron rápidamente. No obstante, su paso por las familias pobres dejó marcas crueles, y los que más sufren no son los que sucumben. Para ellos, sobre todo, resulta necesaria la caridad privada.

El estado de las sumas recibidas y su distribución se hallan sujetos al control de la Sociedad espírita de París.

Las novelas espíritas

Espírita, de Théophile GAUTIER

La doble vista, de Élie BERTHET

Quien dice *novela*, dice *obra de la imaginación*. La esencia misma de la novela consiste en representar un tema ficticio respecto de los hechos y los personajes. No obstante, incluso en ese género de producciones, existen reglas de las que el sentido común no nos permite apartarnos, y que, sumadas a las cualidades del estilo, constituyen su mérito. Si bien los detalles no son auténticos de por sí, al menos tienen que ser verosímiles y hallarse en un todo de acuerdo con el medio en que transcurre la acción.

En las novelas históricas, por ejemplo, la estricta conservación del color local es de rigor, de modo que los anacronismos no serían tolerables. Es necesario que el lector pueda transportarse con el pensamiento a la época y a los lugares de que se habla, así como formarse una idea precisa de estos. En eso radicaba el gran talento de Walter Scott: al leerlo, uno se encuentra en plena Edad Media. Si hubiera atribuido la vida y la obra de Francisco I a Luis XI, e incluso si hubiera hecho hablar a este último y a los personajes de su corte como si estuvieran en el Renacimiento, ni siquiera el más bello estilo habría podido redimir tales errores.

Ocurre lo mismo con las novelas costumbristas: su mérito radica en la verdad de las pinturas, pero sería ridículo atribuir a un sujeto español las costumbres y el carácter de los ingleses.

A primera vista, la novela parece ser el género más fácil. Nosotros lo consideramos más difícil que la historia, aunque menos serio. El camino del historiador se halla determinado por los hechos, de los que no puede apartarse en lo más mínimo. En cambio, el novelista debe crearlo todo. Muchos suponen que basta con un poco de imaginación y de estilo para escribir una buena novela, lo cual es un grave error, pues se requiere mucha instrucción. Para escribir *Notre-Dame de París*, Victor Hugo debió conocer el viejo París arqueológico tan bien como el París moderno.

Se pueden escribir novelas sobre espiritismo tanto como sobre cualquier otra cuestión. Incluso decimos que, cuando este sea conocido y comprendido en su esencia, brindará a los escritores y a los artistas una fuente inagotable de encantadora poesía. Sin embargo, no hay duda de que eso no ocurrirá en el caso de los que solo encuentran el espiritismo en las mesas que giran, en las sogas de los hermanos Davenport, o en los malabarismos de los charlatanes. Al igual que en las novelas históricas o costumbristas, es indispensable conocer a fondo la tela que se pretende bordar, a fin de no caer en contrasentidos que serían otras tantas pruebas de ignorancia, como en el caso de un músico que realizara variaciones de un tema que siempre debe reconocerse a través de las adiciones de la fantasía. Así pues, quien no haya estudiado a fondo el espiritismo, su esencia, sus tendencias y sus máximas, así como sus formas materiales, a la hora de escribir una novela espírita de algún valor, será tan incompetente como lo habría sido Lesage al

escribir *Gil Blas*, si no hubiera conocido la historia y las costumbres de España.

Para alcanzar ese objetivo, ¿hace falta ser espírita creyente y entusiasta? No, de ningún modo. Basta con ser verídico, y no es posible serlo sin conocimiento. Para escribir una novela árabe, sin duda no hace falta ser musulmán, pero es indispensable conocer suficientemente la religión musulmana, su carácter, sus dogmas y sus prácticas, así como las costumbres que resultan de ella, para no hacer que los africanos hablen y se comporten como caballeros franceses. Con todo, algunos creen que, para expresar el carácter de esa cultura, basta con prodigar aquí y allá los *¡Alá!*, los nombres *Fátima* y *Zulema*, porque eso es casi todo lo que saben sobre islamismo. En una palabra, si bien no se requiere ser musulmán, es necesario impregnarse del espíritu musulmán, así como para escribir una obra espírita, aunque sea fantástica, es necesario impregnarse del espíritu del espiritismo. En definitiva, cuando los espíritas lean una novela espírita, hace falta que estos se reconozcan en ella, así como los árabes tendrían que reconocerse en una novela árabe, y poder decir: “Así es”. Con todo, ni estos ni aquellos se reconocerán si el autor los ha desfigurado, elaborando una obra informe, a la manera de un pintor que retratará damas francesas con vestimenta china.

Estas reflexiones son oportunas para considerar la novela en folletín que el señor Théophile Gautier publica actualmente en *Le Grand Moniteur*, con el título *Espírita*. No tenemos el honor de conocer personalmente al autor, ni sabemos cuáles son sus convicciones o sus conocimientos respecto del espiritismo. Tampoco podemos saber cuál será la conclusión de esa novela, que va por las primeras entregas. Apenas diremos que, si llegara a abordar el tema desde un solo punto de vista:

el de las manifestaciones, y descuidara el aspecto filosófico y moral de la doctrina, no se corresponderá con la idea general y compleja que abarca su título, pese a que el nombre *Espírita* sea el de uno de sus personajes. Si los hechos que el autor imagina como necesarios para la acción no se mantuvieran dentro de los límites trazados por la experiencia, y si los presentara sujetos a condiciones inadmisibles, su obra faltaría a la verdad y permitiría suponer que los espíritas creen en las maravillas de los cuentos de *Las mil y una noches*. Si atribuyera a los espíritas prácticas y creencias que estos *desaprueban*, no sería imparcial y, desde ese punto de vista, su novela no sería una obra literaria seria.

La doctrina espírita no es secreta como la de la masonería. No guarda misterios para nadie, y se muestra a la luz de la publicidad. No es mística, ni abstracta, ni ambigua, sino clara, y se encuentra al alcance de todo el mundo. Dado que no contiene ninguna alegoría, no puede dar lugar a equívocos ni a falsas interpretaciones. Dice francamente lo que admite y lo que rechaza. Los fenómenos cuya posibilidad reconoce no son sobrenaturales ni maravillosos, sino que se basan en las leyes de la naturaleza, de modo que no hace milagros ni prodigios. Por lo tanto, si alguien no la conoce o se equivoca respecto de sus tendencias, es porque no quiere tomarse el trabajo de conocerla. Esa claridad, así como esa divulgación de los principios espíritas, que cuentan con adherentes en todos los países y en todos los ámbitos de la sociedad, constituyen la refutación más perentoria de las diatribas de sus adversarios, porque no existe una sola de sus alegaciones erróneas que no encuentre una respuesta categórica. Así pues, el espiritismo no puede más que ganar con el hecho de que se lo conozca, y para eso trabajan, aunque sin proponérselo, los que supo-

nen que lo destruyen con ataques desprovistos de argumentos serios. Las groserías producen un efecto absolutamente contrario al que se proponen: el público las aprecia, pero eso no favorece a quienes las utilizan. Cuanto más violenta es la agresión, más personas se interesan en conocer la verdad, incluso en las filas de la literatura hostil. La calma de los espíritas ante esos ataques; la sangre fría y la dignidad que han mantenido en sus respuestas, producen respecto de la mordacidad de sus antagonistas un contraste que impresiona incluso a los indiferentes, y han sembrado la incertidumbre en las filas opuestas, que ahora sufren más de una deserción.

La novela espírita puede considerarse una transición pasajera entre la negación y la afirmación. Se requiere auténtico valor para afrontar y desafiar el ridículo que se asocia a las ideas nuevas, pero ese valor resulta de la convicción. Estamos convencidos de que, más adelante, de las filas de nuestros adversarios de la prensa saldrán campeones serios de la doctrina.

Cuando las tendencias de la obra del señor Théophile Gautier se encuentren mejor definidas, brindaremos nuestra apreciación desde el punto de vista de la verdad espírita.⁵⁰

Estas reflexiones se aplican naturalmente a las obras del mismo género escritas acerca del magnetismo y el sonambulismo. La *doble vista* proporcionó recientemente, al señor Élie Berthet, el tema de la novela homónima, muy interesante, publicada en *Le Siècle*, y que al talento del escritor suma el mérito de la exactitud. No cabe duda de que el autor realizó un estudio serio de esa facultad. Para describirla como lo

50. Acerca de esta obra de Théophile Gautier, véase la reseña escrita por Allan Kardec (*Revista Espírita*, marzo de 1866), y la versión castellana: *Espírita*, Madrid: Librería de Alfonso Durán, 1866. (N. del T.)

hace, tuvo que observarla muy bien. No obstante, se le podría reprochar un poco de exageración en la extensión que le dedica en algunos casos. Consideramos que comete otro error al presentarla como una enfermedad. Ahora bien, una facultad natural, sea cual fuere, puede coincidir con un estado patológico, pero no es de por sí una enfermedad, y la prueba de eso radica en que una infinidad de personas dotadas de doble vista en su más alto grado se encuentran perfectamente sanas. La heroína es aquí una joven tuberculosa y cataléptica, y en esto consiste su verdadera enfermedad. La facultad de que goza generó desgracias debido a los malentendidos a que dio lugar, y por eso ella desprecia el don *funesto* que ha recibido. No obstante, ese don es funesto tan solo por la ignorancia, la inexperiencia y la imprudencia de los que se valen de él torpemente. Desde ese punto de vista, no existe una sola de nuestras facultades que no pueda convertirse en un presente funesto, a causa del mal uso o de las falsas aplicaciones que se haga de ellas.

Más allá de estas reservas, diremos que el fenómeno es descrito a la perfección. Se trata de la vista del alma desprendida del cuerpo; vista que no tiene límites y que penetra la materia del mismo modo que un rayo de luz penetra los cuerpos transparentes; vista que constituye la prueba patente y visible de la existencia y la independencia del principio espiritual. También es el marco de la extraña transfiguración que se produce en el éxtasis, de esa prodigiosa lucidez que en algunos casos confunde por su precisión, y que a veces fracasa por las ilusiones que genera. En los actores de este drama, la doble vista es la más auténtica pintura de los sentimientos que agitan a los creyentes, a los incrédulos, a los inseguros y a los asombrados. Hay un médico que fluctúa entre el es-

cepticismo y la convicción, pero que, como hombre racional, no cree hasta que la ciencia haya dicho su última palabra, de modo que observa, estudia y constata los hechos. Su conducta, durante las crisis de la joven, son el reflejo de tal prudencia. También aparece la corrupción de los explotadores, que son debidamente fustigados.

El autor habría escrito una obra incompleta si hubiera descuidado el aspecto moral de la cuestión. Su objetivo no es despertar la curiosidad con hechos extraordinarios, sino deducir de ellos consecuencias útiles y prácticas. Un episodio en particular demuestra que comprendió perfectamente esa parte de su programa.

La joven vidente descubre unos papeles enterrados en un castillo, que deben poner término a un grave pleito familiar. Describe al detalle el lugar y las circunstancias en que se los escondió. La excavación realizada según esas indicaciones demuestra que sus visiones eran correctas. Con esos papeles, el pleito queda en la nada. Notemos de paso que la joven realiza ese descubrimiento espontáneamente, a partir de su interés por la familia, y no porque alguien se lo solicitara. El principal documento consistía en una carta escrita en estilo antiguo, de la que ella hace una lectura *textual y completa* con tanta facilidad como si la viera con los ojos del cuerpo. En esto, sobre todo, nos parece que su facultad resulta un tanto exagerada.

Más adelante, ve un inmenso tesoro, también enterrado, y cuyo origen explica. Para llegar al lugar, hace falta atravesar una sepultura llena de restos humanos, de numerosas víctimas de la época feudal. Hasta aquí, no hay nada que no sea posible, salvo el hecho de que las almas de esas víctimas permanecen encerradas ahí desde hace siglos, y se yerguen amenazantes ante los que perturban su descanso para ir en busca del te-

soro. Esto es lo fantástico. Si se tratara de los verdugos, no sería sorprendente, pues sabemos, por numerosos ejemplos, que ese suele ser el castigo *temporario* de los culpables, condenados a permanecer en el lugar donde cometieron sus crímenes, así como a presenciarlos, hasta que el arrepentimiento los impulse a elevar el pensamiento a Dios para implorarle misericordia. En este caso, en cambio, se castiga a las víctimas inocentes, lo cual no es racional.

El propietario del castillo, un viejo avaro, tentado por el descubrimiento de los papeles, pretende continuar la excavación en busca del tesoro. Esa excavación es difícil y peligrosa para los obreros, pero nada lo detiene. En vano la vidente le suplica que renuncie. Le predice que, si persiste, ocurrirá una desgracia. “—Por otra parte —agrega la joven—, no tendréis éxito.” “—Entonces, ¿ese tesoro no existe? —pregunta el avaro.—” “—Existe tal como lo describí, os lo puedo asegurar, pero insisto en que no lo obtendréis.” “—¿Quién me lo impedirá?” “—Las almas que están en la sepultura que es necesario atravesar.”

El viejo avaro, escéptico empedernido, admitía la vista extracorporal de la joven —aunque sin comprenderla demasiado—, porque acababa de obtener la prueba a expensas de sus propios intereses, ya que los papeles descubiertos habían desestimado sus pretensiones en el pleito. Con todo, creía más en el dinero que en los poderes invisibles. De tal modo, insistía: “—¿Con qué derecho se opondrán? Ese tesoro me pertenece, pues está en mi propiedad.” “—No; algún día lo descubrirá fácilmente la persona que debe disfrutarlo, pues no es para vos. Por eso os repito que no tendréis éxito y que os ocurrirá una desgracia.”

Este es el aspecto esencialmente moral, instructivo y auténtico del relato. La siguiente frase parece extraída de *El li-*

bro de los médiums, en el artículo acerca del auxilio de los Espíritus para el descubrimiento de tesoros: “Si la Providencia destina tesoros ocultos a alguien, esa persona los encontrará *naturalmente*, y no de otro modo.” (Capítulo XXVI, § 295.) En efecto, no se conocen ejemplos de Espíritus o de sonámbulos que hayan facilitado tales descubrimientos, como tampoco el cobro de herencias, y todos los que hicieron el intento, inducidos por esa esperanza, perdieron tiempo y dinero. Lamentables y a menudo crueles decepciones aguardan a los que fundan en tales medios su esperanza de enriquecerse. La misión de los Espíritus no consiste en favorecer nuestra codicia y proveernos de riqueza sin que trabajemos, pues eso no sería justo ni moral. No cabe duda de que el sonámbulo lúcido ve, pero solo aquello que se le permite ver; y los Espíritus pueden, según las circunstancias y por orden superior, anular la lucidez del sonámbulo, u obstaculizar la realización de los hechos que solo dependen de los designios de la Providencia. En el caso que nos ocupa, se permitió encontrar los documentos que debían poner término a las disensiones familiares, y se impidió encontrar un tesoro que apenas serviría para satisfacer la codicia. Por eso, el viejo avaro murió víctima de su obstinación.

Las terribles peripecias del drama imaginado por el señor Élie Berthet no son tan fantásticas como podría suponerse. Nos recuerdan otras que fueron reales, experimentadas por el señor Borreau, de Niotr, en investigaciones de la misma naturaleza, y cuyo conmovedor relato se encuentra en su opúsculo titulado: *Cómo y por qué llegué a ser espírita*. (Véase nuestra reseña en la *Revista Espírita*, de diciembre de 1864.)

Otra instrucción, no menos importante, resulta del libro del señor Élie Berthet. La joven ve cosas ciertas, pero en otra

circunstancia, grave, se equivoca y le atribuye un crimen a una persona inocente. A partir de eso, ¿qué consecuencia extrae el autor? ¿Acaso será la negación de la facultad? No, pues por otro lado la confirma, y concluye, justificado por la experiencia, que hasta la más comprobada lucidez no es infalible, y que no se debe confiar en ella de una manera absoluta y sin control. La vista, a través del alma, de cosas que no se pueden ver con el cuerpo, demuestra la existencia misma del alma, y esto constituye de por sí un resultado muy importante. Con todo, esa facultad no existe para satisfacer pasiones humanas.

Así pues, ¿por qué el alma, en estado de emancipación, no ve siempre de manera precisa? Porque el hombre todavía es imperfecto, de modo que su alma no puede gozar de las prerrogativas de la perfección. Pese a su aislamiento, el alma participa de las influencias materiales hasta su completa purificación. Ya que esto ocurre en el caso de las almas desencarnadas o Espíritus, con más razón ocurrirá en las que están ligadas a la vida corporal. Vemos aquí, pues, lo que el espiritismo permite conocer a quienes se toman el trabajo de estudiarlo.

Modo de protesta de un espírita contra los ataques de algunos periódicos

Uno de nuestros corresponsales nos escribe lo siguiente:

“Esto es lo que escribí hace dos años al señor Nefftzer, director del periódico *Le Temps*:

”Me hallaba abonado a vuestro periódico porque sus tendencias y opiniones me resultaban afines. Ahora, con pesar, no daré continuidad a mi suscripción. Permitidme que os refiera los motivos. En vuestro número del 3 de junio, os esforzasteis en ridiculizar al espiritismo y a los espíritas contando una historia relativamente auténtica, sin citar nombres, ni fechas, ni lugares, lo cual resulta muy cómodo. Procurasteis establecer que el espiritismo conduce a la locura: un tema obligado de los materialistas, a quienes esa doctrina incomoda enormemente. Es cierto que algunas almas débiles, que de por sí tienden a sufrir una perturbación de sus facultades cerebrales, pudieron perder la cabeza totalmente al ocuparse del espiritismo, tal como pudo ocurrirles aunque no se ocuparan de él, y como les ocurre a los que se dedican a la química, la física o la astronomía, e incluso a los escritores que no creen en los Espíritus. Tampoco niego que existan charlatanes que explotan al espiritismo, porque ¿cuál es la ciencia que puede escapar del charlatanismo? ¿Acaso no tenemos charlatanes literarios, industriales, agrícolas, militares, políticos, y sobre todo entre estos últimos? No obstante, concluir de ahí algo en contra del espiritismo es poco lógico y sensato. Antes de arrojar una acusación de esa naturaleza, al menos habría que conocer el asunto del que se habla; pero la mayoría de las veces esa es la menor de las preocupaciones de quien escribe, pues resulta más fácil opinar a tontas y locas que profundizar y aprender.

”Señor, si alguna vez sufristeis grandes males, intensos dolores, creedme: estudiad el espiritismo. Solo en esa doctrina hallareis el consuelo y las verdades que os permitirán soportar vuestras penas, vuestros desengaños o vuestra desesperación, lo cual será mejor que el suicidio. ¿Podríais darnos algo que fuera mejor que esa bella y consoladora filosofía cristiana?

¿Acaso sería mejor el culto a los intereses materiales, al becerro de oro? Tal vez eso sea lo que conviene al temperamento de la generalidad de los dichosos de hoy, pero hace falta otra cosa para los que ya no quieren el fanatismo, la superstición, las prácticas ridículas y groseras de la Edad Media, como tampoco el ateísmo, el panteísmo y la incredulidad sistemática de los siglos dieciocho y diecinueve.

”Permitidme, señor, que os comprometa a ser más prudente respecto de vuestras diatribas contra el espiritismo, porque actualmente tales diatribas recaen, tan solo en Francia, sobre unas trescientas o cuatrocientas mil personas.”

BLANC DE LALÉSIE

Propietario en Genouilly
cerca de Jony (Saône-et-Loire)

“Los periódicos nos han informado, hace algunos días, acerca de la muerte del hijo único del señor Nefftzer. No sé si esa desgracia le habrá hecho recordar mi carta.

”Acabo de remitir al señor Émile Aucante, administrador del periódico *L’Univers Illustré*, la siguiente carta:

”Estoy suscripto a *L’Univers Illustré* desde hace dieciocho meses, y a partir de entonces casi no hubo un solo número en el que uno de vuestros cronistas, con el pseudónimo de *Gérôme*, no haya considerado útil, para ocupar su pluma, burlarse con todos los matices del espiritismo y de los espíritas. Hasta ahora, ese entretenimiento, un tanto fastidioso por su frecuencia, resultó muy inocente, y el espiritismo no se vio demasiado afectado. Pero el señor *Gérôme*, al notar que sus burlas causaban poca inquietud, optó por cambiar su lenguaje, de modo que en el número del 7 de octubre trató de idio-

tas a la totalidad de los espíritas, masivamente. De las bromas, pasó a la injuria, y no temió insultar a miles de personas tan instruidas, esclarecidas e inteligentes como él, tan solo porque estas creen que tienen un alma inmortal y que en otra vida esa alma será recompensada o castigada conforme a sus méritos o sus deméritos. El señor *Gérôme* no tiene semejantes prejuicios. ¡Faltaba más! Sin duda, él cree que come, bebe y se reproduce ni más ni menos que como lo hacen mi perro o mi caballo. Lo felicito.

”Si el señor *Gérôme* se dignara recibir un consejo, me permitiría invitarlo a que hable solamente de las cosas que conoce, y a que se calle respecto de las que no conoce o, al menos, a que las estudie, pues eso le resultaría fácil con su elevada e indiscutible inteligencia. En tal caso, aprendería cosas que ni siquiera se imagina, pues el espiritismo no es más que el cristianismo desarrollado, y las manifestaciones de los Espíritus, que siempre ocurrieron, no afectan a esa doctrina, que existe con o sin manifestaciones.

”Pero ¡qué voy a hablar de Espíritus a un hombre que no cree ni en el suyo, y que tal vez ignora si tiene un alma! En resumen, poco importa que el señor *Gérôme* milite debajo de la bandera del materialismo, del panteísmo o del paganismo, aunque esto último sería lo mejor, porque al menos creería en la existencia del alma y en la vida futura. No obstante, le pido que respete —respetándose a sí mismo— las creencias de sus lectores. Es evidente que me resultaría imposible continuar entregando mi dinero para que me insulten. Si esas injurias continúan, dejaré de ser vuestro suscriptor...”

El señor Lalésie es modesto al calcular la cantidad de espíritas de Francia en trescientos o cuatrocientos mil. Habría podido duplicar esa cifra sin exageración, y aun así estaría

muy por debajo de los cálculos de un autor que en su opúsculo pretendía pulverizarnos y la elevaba a veinte millones. Por otra parte, un censo exacto de los espíritas es imposible, porque estos no están regimentados, no forman una corporación, ni una afiliación, ni una congregación, cuyos miembros se encuentren registrados y se puedan contar.

El espiritismo es una creencia. Todo el que crea en la existencia y en la supervivencia de las almas, así como en la posibilidad de las relaciones entre los hombres y el mundo espiritual, es espírita. Muchos lo son intuitivamente, y nunca escucharon hablar de espiritismo ni de médiums. Se es espírita por convicción, como otros son incrédulos. Con ese fin, no hay ninguna necesidad de formar parte de una sociedad, y la prueba de esto radica en que ni la milésima parte de los adeptos frecuenta las reuniones. Para hacer el recuento de los espíritas no existen registros o matrículas a las que se pueda consultar. Habría que llevar a cabo una investigación, interrogando a los individuos para saber lo que piensan. A diario, durante las conversaciones, se descubren personas que simpatizan con la idea, y que solo por eso son espíritas, sin necesidad de contar con un diploma o de realizar un acto público. La cantidad de espíritas crece día a día, y ese hecho es constatado por nuestros propios adversarios, quienes con pavor reconocen que esta creencia invade todos los niveles de la sociedad, de un extremo a otro de la escala. Así pues, se trata de una opinión que es necesario tomar en cuenta actualmente, y cuya particularidad radica en que no se halla circunscripta a una clase, como tampoco a una casta, una secta, una nación o un partido político. Esa opinión tiene representantes en todas partes: en las letras, las artes, las ciencias, la medicina, la magistratura, el colegio de abogados, el ejército, el comercio, etc.

La cantidad de espíritas, en Francia, sin duda supera en mucho a la de los abonados a todos los periódicos de París, y es evidente que una parte notable de esos mismos abonados son espíritas. Por consiguiente, los señores periodistas injurian a quienes les pagan. Ahora bien —como dice con razón el señor de Lalésie—, no es agradable entregar dinero para ser insultado o injuriado. Por eso, canceló su suscripción a los periódicos que maltrataban su creencia, y nadie podrá decir que ese proceder no es lógico.

¿Acaso esto significa que, para complacer a los espíritas, los periódicos deben adoptar las ideas de aquellos? De ninguna manera. Los escritores discuten a diario opiniones que no comparten, pero no injurian a quienes las profesan. No son judíos, y sin embargo no imponen el anatema ni desprecian a los judíos en general, como tampoco ridiculizan sus creencias. ¿Por qué? Porque —según ellos mismos afirman— es necesario respetar la libertad de conciencia. ¿Por qué, entonces, esa libertad no habría de existir para los espíritas? ¿Acaso estos no son ciudadanos como todo el mundo? ¿Acaso reclaman excepciones y privilegios? Tan solo piden una cosa: el derecho a pensar como les parezca. ¿Será, pues, que los que inscriben en su bandera *libertad, igualdad y fraternidad*, pretenden crear en Francia una clase de parias?

De qué modo el espiritismo llega sin que lo busquen

Una joven campesina: médium inconsciente.

La experiencia demuestra que los Espíritus actúan también sobre las personas que son completamente ajenas a las ideas espíritas, y sin que ellas lo sepan. Al respecto, hemos citado numerosos ejemplos en esta *Revista*. No conocemos un solo género de mediumnidad que no se haya revelado espontáneamente, incluso el de la escritura. ¿De qué modo, pues, los que atribuyen esas manifestaciones al efecto de la imaginación o al malabarismo, explicarán el siguiente hecho?

La aldea de E..., en el departamento de Aube, últimamente había sido bastante favorecida, en esta época de epidemia moral, para ser preservada del *flagelo* del espiritismo. Ni siquiera el nombre de esa obra *satánica* había llegado al oído de aquellos apacibles habitantes, sin duda gracias al cura del lugar, quien no había considerado oportuno predicar en contra de ella. Se dice que “quien hace la cuenta sin su huésped, la hace dos veces”. Pero no se puede hacer la cuenta sin los Espíritus, pues estos no necesitan pedir permiso. Veamos lo que ocurrió, hace unos cuatro meses.

En esa aldea vive una joven de diecisiete años, casi analfabeta, hija de un pobre y honesto campesino; y ella misma trabaja todos los días en el campo. Cierta día, al volver a su cabaña, se sintió completamente perturbada y, a continuación, a pesar de que no escribía desde que dejó la escuela, tuvo la idea de escribir. ¿Escribir qué? No lo sabía, pero quería escribir. Tuvo otra idea, no menos extraña: buscar un lápiz,

aunque sabía que no había ninguno en la cabaña, como tampoco una sola hoja de papel.

Mientras intentaba registrar la incoherencia de sus ideas, a la vez que se esforzaba por alejarlas, vio en el hogar un trozo de carbón. Entonces, se sintió irresistiblemente impulsada a tomarlo y, guiada por una fuerza invisible, se dirigió hacia una de las paredes blanqueadas con cal. De inmediato, su brazo se levantó automáticamente y trazó en la pared, con caracteres muy legibles, esta frase: “Busca papel y lápices, y servirás para mantener correspondencia con los Espíritus”.

Lo extraño es que, aunque nunca había escuchado hablar de la manifestación de los Espíritus, no se sorprendió ante lo que acababa de ocurrirle. Previno de todo eso a su padre, quien a su vez habló con uno de sus amigos, un humilde campesino como él, pero dotado de una gran perspicacia. Este acudió prudentemente a constatar el hecho. Luego, como si se tratara de un espírita experimentado, pese a que en tales materias era tan ignorante como la joven, comenzó a hacer preguntas al Espíritu que se manifestaba, y cuyo nombre era el de un general ruso. El Espíritu los invitó a contactarse con los espíritas de Troyes, a fin de obtener instrucciones más completas, a lo cual accedieron. Desde entonces, la joven es médium escritora, y también obtiene efectos físicos muy notables. En la aldea se formó un grupo espírita, y así es como el espiritismo llega, quiérase o no, sin que lo llamen.

La Sociedad de París recibió al respecto la siguiente comunicación:

(Sociedad de París, 27 de noviembre de 1865.

Médium: señor Morin.)

El poder de Dios es infinito, y Él se vale de todos los medios para lograr el triunfo de una doctrina que se encuentra en todo. En este caso ocurrió un doble fenómeno, que intentaré explicaros.

La joven campesina fue envuelta súbitamente en un poderoso fluido que la obligó a abandonar momentáneamente sus ocupaciones diarias. Antes de que ese fenómeno se manifestara, hubo una preparación de la sujeto, que fue magnetizada y conducida, por la voluntad del Espíritu, a buscar un instrumento que reemplazara al lápiz que, conforme ella sabía, no existía en la casa. Cuando se inclinó sobre el hogar para tomar el carbón, no hizo más que realizar el movimiento que el Espíritu le imprimía. No fueron el instinto ni la inteligencia de la joven los que actuaron, sino el Espíritu, que se valía de ella como de un instrumento adecuado para su fluido. En ese momento, ella no era médium, estrictamente hablando, sino que llegó a serlo realmente a partir de la primera advertencia que escribió, poseída por el Espíritu que la hizo obrar a la fuerza. Desde entonces, su mediumnidad se tornó semimecánica, es decir que ella sabía y comprendía lo que escribía, aunque no habría podido explicarlo verbalmente. Poco después, los efectos físicos se presentaron con tanta fuerza, que toda idea de superchería quedó descartada. Antes de los primeros fenómenos, no hubo nada que demostrara esa aptitud de la joven para los efectos físicos, pues si tales efectos hubieran sido los primeros en revelar la mediumnidad, habrían podido ser desnaturalizados por la superstición. El otro campesino, que como un espírita consumado formulaba preguntas al Espíritu, también era conducido por una fuerza de la misma naturaleza que la de aquella otra que impulsaba a la médium a escribir. Esa fuerza, cuyo origen el campesino no comprendía,

duplicaba su poder evocativo, pues al deseo de saber se unía el recuerdo de baladas supersticiosas que hacían que las almas de los muertos hablaran y se aparecieran. Tan solo un estudio serio de los principios de la doctrina espírita puede lograr que esos nuevos adeptos comprendan el lado real, positivo y natural del fenómeno, para que lo separen de todo lo que podrían considerar sobrenatural y maravilloso.

Estos son, pues, los dos principales actores de esos hechos, quienes desempeñaron su papel sin saberlo. En lo que ocurrió, sirvieron de instrumentos tanto más poderosos por el hecho de que eran ignorantes y no tenían ideas preconcebidas.

Ya veis, amigos míos, que todo concurre para hacer que resplandezca la luz, y que hasta los más analfabetos pueden impartir lecciones a los más sabios.

(El Guía del médium.)

Un campesino filósofo

Decididamente, el espiritismo invade las campiñas. Los Espíritus quieren demostrar su existencia tomando instrumentos en todas partes, incluso fuera del ámbito de los adeptos, lo cual destruye cualquier sospecha de connivencia. Acabamos de ver que la doctrina se implantó en una aldea de Aube, entre simples agricultores, a través de una manifestación espontánea. Ahora consideremos un hecho aún más notable, desde otro punto de vista. Nuestro colega, el señor Delanne, nos escribe lo que sigue:

“... Durante las pocas horas que pasé en la localidad donde se educa mi pequeño hijo, un vinicultor me entregó dos opúsculos, que había publicado juntos y con este título: *Ideas filosóficas naturales y espontáneas acerca de la existencia en general, a partir del principio absoluto hasta el fin de los fines, de la causa primera hasta lo infinito*, por Chevelle padre, de Joinville (Haute-Marne). El primero tiene por objeto: *Dios, los ángeles, el alma del hombre, el alma animal o instintiva*. El segundo: *Las fuerzas físicas, los elementos, la organización, el movimiento*.⁵¹

”A partir de ese título pomposo, así como de los temas serios que abarca, podríais considerar que el autor es un hombre que pasó toda su vida inclinado sobre los libros. Pero no os engaéis, pues ese filósofo metafísico es un humilde artesano, un auténtico filósofo en zapatillas, que recorre los pueblos vendiendo legumbres y otros productos agrícolas”.

Estos son algunos párrafos de su prefacio:

“Emprendí esta obra porque pensé que sería de alguna utilidad para el público. El hombre se debe a sus semejantes; su condición no es vivir aislado, y la sociedad tiene derecho a reclamarle a cada individuo la comunicación de sus conocimientos, pues el egoísmo es un vicio intolerable.

”La obra es enteramente mía. Nadie me ayudó ni me secundó. Tampoco la copié de nadie. Es el fruto de las meditaciones de toda mi vida... Numerosas dificultades se opusieron a la ejecución de mi empresa, y no las he disimulado. La peor

51. Dos opúsculos grandes in-12. Precio: 1 franco cada uno. En el domicilio del autor, en Joinville (Haut-Marne); y en Bar-le-Duc, en el domicilio de Numa Rolin. El autor anuncia que completará su trabajo con otros cinco opúsculos que se publicarán en un solo volumen. (N. de Allan Kardec.)

de ellas, para mí, ha sido la miseria: me quitaba el tiempo y me impedía actuar. Pero la he soportado sin quejarme, pues aprendí el secreto para vivir feliz sin fortuna. Ese secreto ha sido siempre mi mejor recurso.”

“... He volcado mis propias ideas, porque las escribí a medida que me llegaban, natural y espontáneamente, a medida que me llegaban a través de la reflexión y la meditación.”

“... En filosofía, las existencias no se demuestran con cálculos matemáticos; las mentes no se miden con un metro, ni se las observa con un microscopio.”

“... No hay que esperar de mi libro un estilo refinado, en extremo brillante. No he realizado cursos; solo fui a la escuela de mi aldea. Cuando uno había aprendido bien sus plegarias en latín, y recitaba bien su catecismo, era suficientemente sabio.”

“... En esa época, uno era extremadamente sabio cuando sabía hacer las cuatro operaciones. Lo buscaban a uno para medir los campos. A los diez años, yo era el primero de la escuela, y mi anciano padre se enorgullecía viendo que me buscaban para encontrar el lugar donde había que poner un mojón, o para escribir un pagaré o un recibo.

”Por lo tanto, tengo derecho a pedir disculpas a mis lectores por la trivialidad de mi lenguaje. No estudié las reglas de la retórica, y creo que el título de mi obra es conveniente: *Ideas naturales*.

”Íbamos a la escuela desde el Día de Todos los Santos hasta la Pascua, y estábamos de vacaciones desde la Pascua hasta el Día de Todos los Santos. Pero como mi padre, por más pobre que fuera, no temía gastar algún dinero para comprarme libros, yo aprendía en los seis meses de vacaciones mucho más que en los seis meses de clases”.

Ahora veamos algunos fragmentos del capítulo sobre Dios:

“Dios es el único que puede decir: ‘Yo soy el que es’. Él es uno y es todo. Todo existe a partir de Él, en Él y por Él, y nada puede existir sin Él ni fuera de Él. Es uno, y sin embargo produjo lo múltiple y lo divisible, uno y otro hasta lo infinito... Si yo pudiera definir a Dios, sería Dios; pero no puede haber dos dioses.

”Dios es un todo infinito, indivisible, eterno e inmutable. No tiene límites, ni en lo pequeño ni en lo grande... Un minuto y cien mil años, o cien mil siglos, son lo mismo para Dios. La eternidad no puede ser compartida. Para Él, no hay pasado ni futuro, pues *es un eterno presente. Para Dios, el pasado sigue siendo, y el futuro es ahora*. Él ve todos los tiempos a la vez; *no tiene ayer ni mañana*, y ha dicho, hablando de su Hijo: ‘Yo os engendré hoy’.

”La eternidad no se mide, como tampoco se mide lo infinito del espacio. Esos son dos abismos a los que solo podemos llegar con la abstracción, y nos perderíamos en ellos si quisiéramos penetrarlos. Son bosques vírgenes sin senderos. Al llegar ahí, somos obligados a detenernos.

”Dios no puede dejar de crear. Si no creara, sería un Dios sin acción, y su gloria no sería más que para sí mismo. Monotonía imposible. Dios crea eternamente, y el comienzo de la creación, que viene desde lo infinito, debe continuar hasta lo infinito.

”... Tenía que crear inteligencias libres; de lo contrario, ¿cómo sería la existencia de los seres que piensan, si no se les hubiera permitido pensar libremente? ¿Dónde estaría la gloria de Dios, si sus criaturas no fueran libres de juzgar por sí mismas? Hubiera sido mejor que se quedara solo. La adoración

que ellas le hubieran rendido habría sido una quimera, una comedia dirigida por Él y para Él, como único espectador y único actor.

”Así pues, para la gloria de Dios, era absolutamente necesario que las inteligencias fueran creadas absolutamente libres, con derecho a juzgar a su Autor y a conducirse, bien o mal, como ellas quisieran. Hacía falta permitir el mal para que existiera el bien. Es imposible que uno sea conocido sin que se vea el otro.

”No obstante, a la vez que Dios otorga el libre albedrío a las inteligencias, también les da ese fuero interior, ese sentimiento intelectual de su libertad de pensar, ese acto del espíritu libre que denominamos conciencia: tribunal individual que advierte a cada existencia libre acerca del valor de su acción. Nadie hace el mal sin saberlo; solo la voluntad produce el pecado.

”También nos cabe suponer que los Espíritus o ángeles intervienen de algún modo en el gobierno universal, pues se ha recibido como un dogma de fe que los hombres son guardados por los ángeles, y que cada uno de nosotros tiene su ángel de la guarda.

”Las inteligencias, o Espíritus desprendidos de la materia, a veces pueden ejercer una influencia sobre el Espíritu del hombre. ¡Cuántas personas obtuvieron revelaciones que se hicieron realidad, como Juana de Arco y tantas otras, referidas en los libros de historia que yo he leído y que se pueden encontrar! Pero no tengo suficiente memoria para citar los pasajes, y solo necesito buscar dentro de mí mismo.

”Hasta el momento en que mi hermana mayor murió de cólera, en Midrevay (Vosges), yo no había oído hablar del

cólera en ninguna parte. No tenía idea de que mi hermana estuviera enferma. La había visto mejor que nunca, de modo que no tenía motivo alguno para preocuparme por ella. En sueños, la vi llegar a mi casa, en Joinville, para decirme: 'Joseph, vengo a decirte que estoy muerta. Sabes que siempre te he amado, y quise darte yo misma la noticia de mi regreso al otro mundo'. Al día siguiente, el cartero me entregó una carta con el anuncio de la muerte de mi hermana.

"Cuando vi que el lacre de la carta era negro, dije a mi mujer: '¿Recuerdas el sueño que tuve anoche? Tal vez fue real'. No me equivocaba.

"Muchas veces he tenido, no en sueños, sino muy despierto, durante el trabajo, visiones a las que solo prestaba atención cuando se hacían realidad, incluso mucho tiempo después. Eso me ocurrió unas tres o cuatro veces en el transcurso de mi vida. Solo las recuerdo vagamente, pero estoy seguro. No soy el único que tuvo revelaciones mentales, y otros demostrarán que tengo razón, o tal vez ya haya sido demostrado.

"El alma animal solo puede ser individual y, por consiguiente, no se descompone. Así pues, el alma animal no muere. Ya pensaron en eso antes que yo, lo cual dio lugar a la doctrina de la metempsicosis. Si la metempsicosis existe, solo podría ocurrir entre individuos de la misma especie: el alma vital o animal de un mamífero no puede pasar a un árbol.

"Respecto de la inteligencia humana, es imposible que esta pase al cuerpo de un animal, pues no podría obrar en ese cuerpo. La constitución física del animal no puede servir de habitación para la inteligencia humana, pese a que se haya asegurado que algunos demonios se unieron a animales o los poseyeron. No puedo creer que, en tales organizaciones, logren hacer nada razonable. Ya no podrían hablar; no podrían

aniquilar el instinto, que siempre actuaría, quiérase o no. Esa es una de las leyes establecidas por el Creador, y esas leyes serían indignas de Él si se las pudiera derogar, si fuera posible cambiarlas. Las redes nerviosas o, como hemos dicho más arriba, los despachos telegráficos de esta especie, no pueden ser dirigidos por la inteligencia.

”En este último tiempo se ha hablado mucho del espiritismo. Algunas personas me dicen que este capítulo se relaciona mucho con él. En ese caso, fue pura casualidad, pues nunca he leído esa obra, como tampoco escuché decir una sola frase acerca de ella”.

Ahora veamos las reflexiones del autor sobre la Creación:

“Todos los geólogos y naturalistas coinciden en que los días de Dios no eran como los nuestros, que son regidos por el sol. En efecto, los días de Dios en la Creación no podían ser regidos por el sol, dado que, según el texto de la sagrada Escritura, el sol todavía no había sido creado, o bien no había aparecido. Por lo tanto, la palabra que, en la sagrada Escritura, en el lenguaje en que ella está escrita, significa *días*, también significa *épocas*. El error, pues, pudo haber sido de los traductores, que habrían podido decir *en seis épocas*, en vez de decir *en seis días*. Además, ¿por qué razón queríamos hacer que los días de Dios fueran tan cortos como los nuestros, toda vez que Él es eterno?

”No es que yo quiera decir que Dios no haya podido crear el mundo en seis días de veinticuatro horas cada uno, y que cada uno de esos días valiera cientos de miles de nuestros años. Si pensara así, me contradeciría a mí mismo, pues en mi primer volumen dije que un minuto o cien mil años o cien mil siglos son lo mismo para Dios.

”Aun cuando Dios hubiera dispuesto de un solo día para cada creación indicada en el *Génesis*, entre cada uno de esos días tal vez hubo millones de años o, incluso, de siglos.

”Cuando examinamos las capas de la Tierra y de qué modo se formaron, a esas diferentes revoluciones las denominamos *épocas*. Las pruebas físicas están ahí, pues esos depósitos no ocurrieron en veinticuatro horas.

”Vemos que se toma demasiado literalmente la sagrada Escritura, que es verdadera, pero hay que saber comprenderla. No se trata de hacer como esos israelitas que se dejaron degollar, sin osar defenderse, porque ese día era sábado. Si quisieran matarme un domingo, no esperaría al lunes para defenderme. Solo para nosotros cada semana tiene siete días. Para Dios solo hay un día, y ese día no tiene comienzo ni fin. Él quiere, para nuestro bien, que descansemos un día por semana, pero Él nunca descansa, nunca duerme, y su acción es incesante.

”Nuestros días son apenas la aparición y la desaparición del sol que nos alumbra. Cuando este se acuesta para nosotros, se levanta para otros pueblos. Todas las horas del día o de la noche, el sol se eleva y brilla en su cénit, o se acuesta. Y mientras las nieves, los hielos y las heladas, hacen que nosotros nos quedemos junto al fuego, otros pueblos recogen flores y frutos. No obstante, hay un solo mundo, un solo sol. Todas las estrellas que vemos son soles que iluminan mundos como el nuestro, *y tal vez más perfectos que el nuestro*. Dios es el autor de todos esos mundos y de muchos otros que no vemos. Por lo tanto, los seis días de la Creación son seis épocas que duraron mucho tiempo, y que se denominaron *días* a fin de ponerlas al alcance de nuestra manera de ver”.

Hemos leído con atención los dos opúsculos del señor Chevelle, y sin duda tendríamos que contradecirlo en muchos puntos. No obstante, las citas que acabamos de transcribir expresan ideas de gran alcance filosófico, ideas que no se hallan desprovistas de cierta originalidad. Su obra es una pequeña enciclopedia, porque trata de todo un poco, hasta de cosas usuales. Anuncia para más adelante un MANUAL DEL MÉDICO HERBORISTA o *Tratamiento de las enfermedades mediante el uso de las plantas medicinales indígenas*.

¿Dónde obtuvo todas esas ideas? Sin duda, ha leído. Eso es evidente. No obstante, su situación no le permitía leer demasiado y, por otra parte, necesitaba una aptitud especial para aprovechar esas lecturas y tratar acerca de temas tan abstractos. Hemos visto que de la clase obrera surgieron poetas naturales, pero es muy raro que surjan metafísicos sin estudios previos, y mucho menos de la clase de los agricultores. El señor Chevelle presenta, en su género, un fenómeno análogo al de esos pastores calculistas, que confundieron a la ciencia. ¿Acaso no estamos ante un serio tema de estudio? Se trata de hechos. Ahora bien, dado que todo efecto tiene una causa, ¿será que los científicos buscaron esa causa? No; porque habrían tenido que sondear las profundidades del alma. ¿Y en el caso de los filósofos espiritualistas? Les faltaba la clave —la única clave— que podía darles la solución.

Respecto de esta cuestión, el escepticismo responde: “Peculiaridad de la naturaleza; resultado de la organización cerebral”. Por su parte, el espiritismo dice: “Inteligencias largamente desarrolladas en existencias anteriores, y que, como no perdieron nada de lo que han adquirido, se reflejan en la existencia actual, a la vez que esas adquisiciones sirven de base para otras nuevas. No obstante, ¿a qué se debe que esas

inteligencias, que deberían haber brillado en una esfera social elevada, actualmente se encuentran relegadas a las clases más bajas? Ese es otro problema no menos insoluble sin la clave que el espiritismo proporciona: pruebas o expiaciones voluntarias, elegidas por esas mismas inteligencias, que, en vista de su adelanto moral, quisieron renacer en un medio ínfimo, ya sea por humildad o bien para adquirir en él conocimientos prácticos que les resultarán provechosos en otra existencia. La Providencia permite que eso ocurra para su propia instrucción y para la de todos los hombres, al poner a estos en el camino del origen de las facultades a través de la pluralidad de las existencias.

En la Sociedad Espírita de París, tras hacer referencia a estos hechos, se recibió la siguiente comunicación:

(Sociedad de París, 10 de noviembre de 1865.

Médium: señora Breul.)

Queridos amigos: en la lectura que vuestro Presidente ha realizado acerca de los diversos hechos referidos por vuestro hermano Delanne, habéis visto que un notable trabajo filosófico fue dado a luz por un simple campesino de Vosges. ¿Acaso no es este el lugar indicado para verificar cuántos prodigios ocurren en este momento para conmover a los incrédulos y a los sabios según el mundo, así como para confundir a esos hombres que creen poseer el monopolio de la ciencia y no quieren admitir nada que esté por fuera de sus concepciones estrechas y limitadas por la materia?

Así es, en esta época de preparación para la renovación de la humanidad, que los Espíritus del Señor deben realizar, se puede reconocer cada vez más la verdad de estas palabras

de Cristo, que los hombres han comprendido tan poco: “Te alabo, Padre, porque has ocultado estas cosas a los sabios y a los poderosos, y las has revelado a los humildes y a los pobres de espíritu”.

Cuando digo sabios, no me refiero a esos hombres modestos que, infatigables pioneros de la ciencia, hacen que la humanidad avance al mostrarle las maravillas que revelan la bondad y el poder del Creador. Me refiero a los hombres que, infatuados de su saber, creen de buen grado que todo lo que ellos no han descubierto, clasificado y publicado, no puede existir. Estos serán castigados en su orgullo, y Dios ya permite que sean confundidos por la superioridad de los trabajos intelectuales que salen de la pluma de hombres que están lejos de llevar el birrete de doctor.

Como en los tiempos de Cristo, que quiso honrar y destacar al trabajador, eligiendo nacer entre artesanos, los ángeles del Señor reclutan ahora sus auxiliares entre los corazones simples y honestos, entre los hombres de buena voluntad que ejercen las profesiones más humildes.

Así pues, amigos, comprended que el orgullo es el mayor enemigo de vuestro adelanto, y que la humildad y la caridad son las únicas virtudes que agradan a Dios y atraen hacia el hombre esos divinos efluvios que lo ayudan a progresar y a acercarse a Él.

LUIS DE FRANCIA

De los Espíritus de dos sabios incrédulos a sus ex amigos de la Tierra

Quando los incrédulos más obstinados han cruzado el umbral de la vida corpórea, se ven forzados a reconocer que siguen viviendo; que son Espíritus, dado que ya no son carnales; y que, por lo tanto, los Espíritus existen. También reconocen que los Espíritus pueden comunicarse con los hombres, porque ellos mismos lo hacen. No obstante, su consideración del mundo espiritual varía conforme a su desarrollo moral, a su saber o su ignorancia, a la elevación o la abyección de sus almas. Los dos Espíritus de los que hablaremos pertenecían en vida a la clase de los hombres de ciencia y de inteligencia superior. Ambos eran intrínsecamente incrédulos. Sin embargo, como se trataba de hombres esclarecidos, su incredulidad se hallaba compensada por eminentes cualidades morales. De tal modo, una vez en el mundo de los Espíritus, prontamente consideraron las cosas desde su verdadero punto de vista, y reconocieron su error. No cabe duda de que en todo esto no hay nada extraordinario, nada que no se vea diariamente. Con todo, si ahora publicamos las primeras impresiones de estos Espíritus, es porque resultan sumamente instructivas. Ambos murieron hace poco tiempo. El primero, el señor M. L., era cirujano del hospital B..., y cuñado del señor A. Véron, miembro de la Sociedad Espírita de París; el segundo, el señor Gui..., era un sabio economista, muy allegado al señor Colliez, otro miembro de la Sociedad.

El señor Véron había hecho el intento de acercar a su cuñado a las ideas espiritualistas, pero inútilmente. Cuando este murió, se tornó más accesible a sus instrucciones. Esta es una de las primeras comunicaciones que le transmitió:

(París, 5 de octubre de 1865.

Médium: señor Desliens.)

Mi querido cuñado, ya que nos encontramos, por decirlo de algún modo, en la intimidad, y que no temo ocupar el lugar de alguien que podría resultaros más útil que yo, acudo con placer a vuestro encuentro, pues me habéis llamado.

No esperéis que yo vaya a desplegar desde ahora todas mis facultades espirituales. Por cierto, podría intentarlo, y tal vez con más éxito que en vida, pero mi presunción orgullosa está muy lejos de mí, y si bien en la Tierra me consideraba una *eminencia*, aquí soy muy pequeño. ¡Cuántas personas, a las que yo despreciaba, ahora me conceden la dicha de protegerme e instruirme! Los ignorantes de la Tierra a menudo son los sabios de lo Alto. ¡Cuán ilusoria y limitada es nuestra ciencia, que cree saberlo todo y que no admite nada más allá de sus propias decisiones!

¡Oh! ¡Orgullo humano! ¿Cuánto tiempo más permanecerás en esta Tierra, donde, después de tantos siglos y por fuerza de la costumbre, el espíritu rutinario obstaculiza la marcha incesante del progreso? “No conozco ese hecho; está fuera de mis conocimientos. Por lo tanto, no existe”. Este es nuestro razonamiento en la Tierra. Ocurre que, si admitiéramos o al menos estudiáramos tal hecho, que resulta de leyes desconocidas, deberíamos renunciar a esos sistemas erróneos, que se apoyan en grandes nombres a los que hemos convertido en nuestra gloria; y peor aún: deberíamos confesar que nos hemos equivocado.

¡No! Nosotros, los negadores, nos encontramos con un Galileo universal que nos dice: “Soy un Espíritu y estoy vivo. He sido hombre; y vosotros, también hombres, habéis sido

Espíritus; y seréis como yo, hasta que, mediante una sucesión de encarnaciones, lleguéis a ser bastante puros para elevaros a otros niveles de la escala infinita de los mundos...” ¡Pero nosotros negamos!

No obstante, así como Galileo dijo, después de haberse retractado: “Y sin embargo se mueve”, el espiritismo nos dice: “Y sin embargo los Espíritus existen, se manifiestan, y ninguna negación podría derribar un hecho”. El hecho bruto existe, y no se puede hacer nada en contra de él.

Sed de los que se instruyen. Yo he sido segado en la edad madura de mi orgullo, y sufrí la pena de mis negaciones. Evitad caer como yo, y que mis faltas sean aprovechadas por los que imitan mi razonamiento pasado, para que no caigan en el abismo de tinieblas del que vuestra solicitud me ha rescatado.

Ya veis que todavía hay turbación en mi lenguaje. Más adelante, podré hablaros con más lógica. Sed indulgentes para con mi juventud espiritual.

M... L...

En la Sociedad de París, tras la lectura de esta comunicación, el Espíritu se comunicó espontáneamente, para dictar lo que sigue:

(Sociedad de París, 20 de octubre de 1865.

Médium: señor Desliens.)

Estimado señor Allan Kardec: permitidle a este Espíritu, al que vuestros estudios llevaron a considerar desde su verdadero punto de vista la existencia, el ser y Dios, que os brinde el tes-

timonio de su gratitud. En la Tierra, ignoré vuestro nombre y vuestro trabajo. Tal vez, si alguien me hubiera hablado de uno y otro, yo habría descargado sobre ellos mi locuacidad burlona, como hacía con todo lo que tendía a demostrar la existencia de un espíritu distinto respecto del cuerpo. En esa época, estaba ciego. ¡Perdonadme! Ahora, gracias a vos y a las enseñanzas que los Espíritus han esparcido y divulgado mediante vuestra mano, soy otro ser; tengo conciencia de mí mismo y vislumbro mi destino. ¡Cuánto debo agradecerlos, a vos y al espiritismo! Si los que me han conocido leyeran ahora la expresión de mi pensamiento, exclamarían: “¡No puede ser el mismo que conocimos: ese materialista radical que no admitía nada más allá de los fenómenos brutos de la naturaleza!”. Así es, sin duda. No obstante, soy yo.

Mi querido cuñado, al que debo mi sincera gratitud, dice que recuperaré los buenos sentimientos en poco tiempo. Le agradezco su amenidad para conmigo, pero sin duda él ignora cuán largas son las horas de sufrimiento que resultaron de la inconciencia de mi ser... Yo creía en la nada, y fui castigado por una nada ficticia. Sentir que se es, pero no poder manifestar el ser. *Considerarme diseminado entre los restos esparcidos de la materia que formaba mi cuerpo*: esa fue mi situación durante más de dos meses, ¡que fueron como dos siglos...! ¡Ah! Las horas de sufrimiento son largas. ¿Dónde estaría yo ahora, si no se hubieran ocupado de sacarme de esa pésima atmósfera de nihilismo, si no me hubieran obligado a presentarme en estas reuniones de paz y de amor, en las que yo no comprendía ni veía ni escuchaba nada, pero en las que los fluidos agradables actuaban sobre mí y poco a poco me despertaban de mi pesado letargo espiritual? ¡Dios mío...! ¡Dios! ¡Cuán dulce me resulta pronunciar ese nombre, después de haberme obs-

tinado durante tanto tiempo en negar a ese Padre tan grande y bueno! ¡Ah! ¡Amigos míos, moderadme, porque hoy solo temo una cosa: convertirme en fanático de esas creencias a las que habría considerado un infame vaniloquio en caso de que hubiesen llegado a mi conocimiento...!

Hoy no diré nada acerca de los trabajos a los que os dedicáis. Todavía soy muy nuevo y demasiado ignorante para atreverme a intervenir en vuestras sabias disertaciones. ¡Ya siento, pero todavía no sé! Solo os diré esto, porque lo sé: así es, los fluidos ejercen una influencia enorme como acción curativa, no sé si corporal, pero sin duda espiritual, porque experimenté su acción. Os he dicho, y os repito con alegría y gratitud, que una fuerza invencible –sin duda la de mi guía– me obligó a presentarme en vuestras reuniones espíritas. No veía ni escuchaba nada, pero una acción fluídica que yo no podía comprender me curó espiritualmente.

Agradezco gustoso a los que obtuvieron eternos derechos a mi reconocimiento por haberme rescatado del caos en el que había caído, y os ruego, amigos míos, que tengáis a bien permitirme acudir en silencio a vuestras sabias asambleas, para que más adelante ponga a vuestra disposición mis pobres luces científicas.

M... L...

Pregunta. ¿Podrías decirnos, con la asistencia de vuestro guía, cómo habéis podido reconocer tan rápidamente vuestros errores terrestres, toda vez que una gran cantidad de Espíritus, a los que tampoco les falta asistencia espiritual, permanecen mucho tiempo sin comprender los consejos que se les brindan?

Respuesta. Os agradezco, estimado señor, la pregunta que habéis tenido a bien formularme, y que considero poder responderos sin la asistencia de mi guía.

No hay duda de que podéis notar una anomalía en mi transformación, puesto que –como decís– hay seres que, a pesar de los sentimientos que obran en su favor, pasan muchísimo tiempo sin dejar que les abran los ojos. Como no quiero abusar de vuestra benevolencia, os diré, en pocas palabras:

El Espíritu que resiste la acción de los que actúan sobre él, es *nuevo respecto de las nociones morales*. Puede tratarse de un individuo instruido, pero completamente ignorante respecto de la caridad y la fraternidad; en una palabra, desprovisto de espiritualidad. *Necesita conocer la vida del alma, que, incluso en estado de Espíritu, ha sido rudimentaria para él.* En mi caso, fue completamente distinto. Soy viejo para vuestra vida, aunque joven para la eternidad. Tuve nociones de moral; creí en la espiritualidad, que se mantuvo latente en mí, porque uno de mis pecados capitales, el orgullo, necesitaba ese castigo.

Yo, que tenía conocimiento de la vida del alma en una existencia anterior, fui condenado a dejarme dominar por el orgullo y a olvidarme de Dios y del principio eterno que reside en mí... ¡Ah! Creedme. Solo existe una sola especie de cretinismo, y el idiota que, conservando su alma, no puede manifestar su inteligencia, es tal vez menos digno de lástima que aquel otro que, poseyendo toda su inteligencia, científicamente hablando, ha perdido su alma por un tiempo. Ese es un idiotismo truncado, pero muy penoso.

M... L...

El otro Espíritu, el del señor Gui..., se manifestó espontáneamente, en la Sociedad, el día de la sesión especial conmemorativa de los muertos. El señor Colliez, que —como hemos dicho— lo había conocido especialmente, se había limitado a incluir su nombre en la lista de Espíritus recomendados para la plegaria. A pesar de que las opiniones de ese Espíritu eran muy diferentes de las que mantuvo en vida, el señor Colliez lo reconoció por la forma del lenguaje, de modo que, antes de que se leyera el nombre con que firmó, este dijo que debía tratarse del señor Gui...:

(Sociedad de París, 1.º de noviembre de 1865.
Médium: señor Leymarie.)

Señores... Permitidme emplear esta expresión usual, aunque poco fraterna. Soy un recién llegado, un recluta inesperado, y sin duda mi nombre nunca llegó a los oídos de los espíritas fervientes. De todos modos, nunca es demasiado tarde, y cada vez que una familia llora un ausente amado, acudo a vosotros para expresaros mi sincero arrepentimiento.

Rodeado de volterianos, yo vivía y pensaba como ellos, brindando mi óbolo y mi trabajo, conforme a la necesidad, para la divulgación de las ideas liberales y progresistas. Pensé que hacía lo correcto; porque todos hablan, pero no todos hacen. Así pues, yo hice. Os ruego que no olvidéis a los hombres de acción. En su ámbito, sacudieron ese letargo de tantos siglos, que de algún modo había velado el futuro. Al recorrer ese velo, nosotros también expulsamos la noche, lo cual es mucho cuando el enemigo intolerante está en la puerta e intenta opacar cada rayo de luz. Cuántas veces hemos buscado en nosotros mismos la solución de este problema: “¡Ah! ¡Si los

muertos pudieran hablar!” Reflexión profunda, absorbente, que nos mataba en la edad de las desilusiones, cuando todo hombre marcado por un azar aparente se convertía en una luz en medio de la multitud.

¡Ahí está la familia...! Jóvenes y cándidas frentes, que ruegan nuestros besos de esperanza, pero a las que no podemos darles nada; porque hemos sellado esa esperanza con la inmensa y fría piedra que denominamos *incredulidad*. Ahora, en cambio, yo creo y acudo a vosotros lleno de esperanza y de fe, para deciros: “Espero el porvenir, creo en Dios, y los Espíritus de Béranger, de Royer-Collard, de Casimir Perrier... no me desmentirán”.

A vosotros, que deseáis el progreso y queréis la luz, os diré: “Los muertos hablan, y lo hacen todos los días”. No obstante, si bien estáis ciegos —¡como nosotros los estuvimos!— presentáis la verdad sin afirmarla abiertamente. Como Galileo, cada noche exclamáis: “¡Sin embargo, se mueve!”, pero bajáis la mirada ante el ridículo, ante el respeto de la cosa juzgada.

Vosotros, los que me habéis sido fieles y me concedisteis una tarde a la semana, ved en lo que me convertí.

Científicos, que escrutáis los secretos de la naturaleza, ¿habéis consultado a la hoja muerta, a la brizna de hierba, al insecto, a la materia, en qué se convierten en el gran concierto de los muertos terrenales? ¿Los consultasteis acerca de sus funciones como muertos? ¿Pudisteis anotar en vuestros registros esa gran ley de la naturaleza que parece destruirse anualmente para revivir espléndida y soberbia, presentando el desafío de la inmortalidad a vuestros pensamientos pasajeros y mortales?

Sabio doctor, que a diario os inclináis con preocupación sobre las enfermedades misteriosas que destruyen los cuerpos

humanos de múltiples maneras, ¿a qué se deben tantos sudores por el futuro, tanto amor a la familia, tanta previsión por asegurar la honorabilidad de un nombre, por la fortuna y la moralidad de vuestros hijos, tanto respeto a la virtud de vuestros colegas?

Hombres de progreso, que trabajáis constantemente para transformar las ideas y tornarlas más bellas, ¿a qué se deben tantos cuidados, tantas vigias y decepciones, si no fuera porque esa ley eterna del progreso absorbe vuestras facultades y las decuplica para rendir homenaje al movimiento general de la armonía y del amor, ante el cual os inclináis?

¡Ah! Amigos míos, más allá de lo que seáis en la Tierra: ingenieros, legisladores profundos, políticos, artistas, o vosotros, los que inscribís la expresión *Economía política* en vuestro estandarte, creedme: vuestros trabajos desafían a la muerte. Vuestras aspiraciones la rechazan como una negación, y cuando a través de vuestros descubrimientos y de vuestra inteligencia dejáis una marca, un recuerdo, una honorabilidad intachable, ¡desafiáis a la muerte, al igual que todo lo que os rodea! Ofrecéis un sacrificio al poder creador, y así como la naturaleza, la materia, como todo lo que vive y quiere vivir, vencéis a la muerte. ¡Al igual que yo, antaño, y al igual que tantos otros, vosotros os renováis con ese aniquilamiento del cuerpo que es la vida, vais hacia lo Eterno para vencer la eternidad...!

Pero no la vencéis, porque es vuestra amiga. El Espíritu es la eternidad, es lo eterno, y os repito que todo lo que muere habla de vida y de luz. La muerte le habla al que está vivo; los muertos acuden para hablar. Solamente ellos tienen la clave de todo, y por ellos os prometo otras explicaciones.

GUI...

(Sociedad Espírita de París, 17 de noviembre de 1865.
Médium: señor Leymarie.)

Huyeron de la epidemia y, en medio de ese pánico singular, ¡cuántas faltas morales y defecciones vergonzosas cometieron! Ocurre que la muerte se transforma en la más terrible expiación para todos los que violan las leyes de la más estricta equidad. La muerte es lo desconocido para la fe vacilante. Las diversas religiones, con el paraíso y el infierno, no pudieron afirmar, en los potentados, la abnegación enseñada en vano respecto de los bienes terrestres. Ningún punto de referencia; ninguna base segura. Difusión en la enseñanza divina: eso no es certeza. Así, salvo algunas excepciones, ¡cuánto miedo, cuánta falta de caridad, cuánto egoísmo en ese sálvese quien pueda generalizado de los satisfechos! Creer en Dios, estudiar su voluntad en las afirmaciones inteligentes, estar seguros de que las leyes de la existencia se hallan subordinadas a leyes superiores divinas, que todo lo miden con justicia, y que dispensan a todos, en diversas existencias, la pena, el gozo, el trabajo, la miseria y la fortuna, considero que eso es lo que reclaman todas las sabias investigaciones, todas las interrogaciones de la humanidad. Tener esa certeza, ¿no es la verdadera fuerza en todo? Si el cuerpo agotado deja en libertad al espíritu, para que este viva según las aptitudes fluídicas que constituyen su esencia; si —como he dicho— esa verdad se torna palpable, evidente como un rayo de sol; si las leyes que concatenan matemáticamente las diversas etapas de la existencia terrenal y extraterrenal o de la erraticidad, resultan para nosotros tan claramente demostradas como un problema algebraico, ¿acaso no tenéis en vuestras manos el secreto tan buscado, el porqué de todas vuestras objeciones, la explicación racional

de la debilidad de vuestros profundos estudios en economía política, debilidad aterradora para la teoría, porque la práctica derrumba en un día el trabajo de toda una vida humana?

Por eso, amigos, acudo a suplicaros que leáis *El libro de los Espíritus*. No os detengáis en la letra, sino asimilad su espíritu. Investigadores inteligentes, encontrareis nuevos elementos para modificar vuestro punto de vista y el de los hombres que os estudian. Seguros respecto de la pluralidad de las existencias, enfrentaréis mejor la vida. Al definirla mejor, seréis más fuertes. Hombres de letras, pléyade pobre y bendita, entregareis a la humanidad una semilla tanto más seria cuanto que será verdadera. Y cuando los fuertes, los científicos, crean en las máximas fuertes y consoladoras, y las enseñen, se amarán mejor, y ya no huirán de los supuestos males invisible. La voluntad de todos, homogeneidad poderosa, destruirá todas esas fermentaciones gaseosas envenenadas, que son la única fuente de las epidemias.

El estudio de los fluidos, realizado desde otro punto de vista, transformará la ciencia. Nuevas observaciones iluminarán la ruta fecunda de nuestros jóvenes estudiantes, que ya no irán, como los orgullosos, a mostrar al extranjero su lenguaje intolerante y su ignorancia. Ya no serán el hazmerreír de Europa, porque los muertos amados les habrán otorgado la fe y esta religión del Espíritu, que primero moraliza para luego elevar la encarnación a las regiones serenas del saber y de la caridad.

GUI...

DISERTACIONES ESPÍRITAS

Situación social de la mujer

(Sociedad de París, 20 de octubre de 1865.

Médium: señor Leymarie.)

En la época en que yo vivía entre vosotros, amigos míos, a menudo realizaba serias reflexiones en torno a la suerte de la mujer. Mis abundantes y laboriosos estudios siempre propiciaban un momento para esos temas preferidos. Cada noche, antes de dormir, oraba en favor de esas pobres hermanas tan infelices y demasiado ignoradas, implorando a Dios mejores días para ellas, a la vez que solicitaba a las ideas algún medio para hacer que las desclasadas lograran progresar. A veces, en sueños, las veía libres, amadas, estimadas, con una existencia legal y moral en la sociedad, en la familia, rodeadas de respeto y consideración. Las veía transfiguradas, y ese espectáculo era tan consolador que me despertaba llorando. Sin embargo, lamentablemente, la triste realidad se me presentaba entonces con su lúgubre verdad, y a veces perdía la esperanza de que llegaran días mejores.

Esos días llegaron, amigos míos. Pocos hay entre vosotros que no sientan intuitivamente el derecho de la mujer. Muchos lo niegan en los hechos, pero lo reconocen mentalmente. Con todo, no es menos cierto que para ella hay esperanza y alegría en medio de miserias profundas y desilusiones espantosas.

Hace algunos días, escuchaba un grupo de mujeres distinguidas por su categoría, su belleza y su fortuna, y pensaba: “Estas mujeres son todo perfume; las aman y las valoran. ¡Cuánto amarán! Seguramente son buenas madres, encantadoras esposas, respetuosas hijas. Son muy sabias, aman y dan

mucho”. ¡Qué extraño error...! Esos rostros frescos mentían detrás de sonrisas estereotipadas. Balbuceaban, hablaban de vestidos, de compras, de moda. Con una gracia encantadora, criticaban a las ausentes, ¡pero no se ocupaban de sus hijos, de sus esposos, de temas literarios, de nuestros genios, de su país, de la libertad! ¡Ah! Bellas cabezas, pero sin cerebro... Aves encantadoras, cuidáis vuestra silueta, vuestra elegancia: la etiqueta. Pretendéis agradar, hablar de todo y no saber de nada. El viento se lleva vuestro parloteo, y no dejáis ninguna huella. No sois hijas, ni esposas ni madres. Ignoráis vuestro país, su pasado, sus padecimientos, su grandeza. ¡Confíasteis vuestro hijo a una mercenaria! La dicha del hogar es una ficción. Sois encantadoras mariposas, de bellas alas... pero después...

También escuché un grupo de jóvenes y vivaces obreras. ¿Qué sabían ellas? Nada... como las otras... ¡Nada de la vida, del deber, de la realidad! Solamente envidiaban... Eso es todo. ¿Acaso les otorgaron el derecho de conocerse, de estimarse y respetarse? ¿Les permitieron comprender a Dios, su grandeza y su voluntad? ¡No; mil veces no...! La Iglesia les enseña el lujo. Ellas trabajan para el lujo, y encima este llama a la puerta de sus buhardillas y les dice: “¡Abridme, soy la seda, el encaje, los manjares, los vinos finos! ¡Abridme, y seréis bellas y tendréis todas las fantasías y todos los deslumbramientos...!”. Por esa razón, muchas de ellas son la vergüenza de su familia.

Amables cerebros, que os enfrentáis al espiritismo, ¿podrías decirme cuál es la panacea que habéis inventado para purificar a la familia y darle vida? Sé que en materia de moral sois indulgentes. Muchas frases y lamentos acerca de los pueblos que caen, y respecto de la falta de educación de las masas. No obstante, para levantar moralmente a la mujer, ¿qué habéis hecho? Nada... Grandes señores de la literatura, ¿cuántas

veces habéis pisoteado las leyes sagradas del respeto a la mujer, que tanto promovéis? ¡Lamentablemente, desconocéis a Dios y despreciáis profundamente a la mujer, es decir, a la familia y al porvenir de la nación!

Con todo, en ella y a través de ella deberán resolverse los graves problemas sociales del porvenir. Sabéis que el espiritismo hará lo que vosotros sois incapaces de hacer, y otorgará a la mujer esa fe robusta que mueve las montañas, fe que le muestra su poder y su valor: todo lo que Dios promete mediante su ternura, su inteligencia y su poderosa voluntad. Al comprender las magníficas leyes desarrolladas en *El libro de los Espíritus*, ninguna de ellas querrá entregar su cuerpo ni su alma. Hija de Dios, la mujer amará en sus hijos la visita del Espíritu creador. Ella querrá saber, para enseñar a los suyos. Ella amará su país y conocerá su historia, para iniciar a sus hijos en las grandes ideas progresistas. Las mujeres serán madres y médicas, consejeras y mentoras; en una palabra, serán mujeres según el espiritismo, es decir, el futuro, el progreso y la grandeza de la patria en su máxima expresión.

BALUZE

(Continuación. 27 de octubre de 1865.)

En mi última comunicación, amigos míos, os había mostrado a las mujeres bajo dos aspectos, y había agregado que la instrucción en unas y la ignorancia en otras habían producido resultados negativos. De todos modos, existen serias excepciones que al parecer desafían la regla. Hay jóvenes mujeres que saben estudiar y sacar provecho de lo que enseñan los maestros. No son vanas ni frívolas, y su constante distracción no

radica en un adorno o un encaje. Alimentadas con lecciones fuertes y serias, buscan lo que engrandece al espíritu, lo que les brinda la calma interior, esa calma de los fuertes y de las naturalezas generosas.

En el matrimonio, las mujeres planifican la familia. Desean al hijo amado, al bienvenido, no para abandonarlo y entregarlo a cuidados interesados, sino para sacrificar por él la vida entera. El recién nacido es el centro de todo. El primer pensamiento es para él; para él son las caricias y las plegarias ardientes, así como las noches sin dormir y los días demasiado cortos, en que se preparan los mil detalles que constituirán el bienestar del nuevo encarnado. El niño es el estudio, es el amor en sus mil formas. El esposo se torna amable; olvida la ruda labor de la jornada o las distracciones mundanas para acompañar los primeros pasos del niño y dar forma a sus primeras sílabas. Así pues, yo respeto esas excepciones ejemplares que saben desafiar la tentación y huir de los placeres, para dedicarse y vivir como madres divinamente inteligentes.

Humildes y pobres obreras; corazones ulcerados que amáis vuestra única esperanza: ¡vuestro hijo! ¡Habría mucho para decir acerca de vuestra abnegación y de vuestro profundo sentido del deber, de vuestra mansedumbre ante los problemas de cada día!

Que nada os desanime para consolar a ese pequeño ángel. Para vosotras, él es la fuerza y el trabajo, y ese sublime egoísmo que os hace sacrificar día y noche.

No obstante, si la religión, o más bien los diversos cultos, unidos a la instrucción, no han podido eliminar ni en el rico ni en el pobre esa tendencia general a vivir mal e ignorar el objetivo de la vida, es porque hasta ahora ni los cultos ni la instrucción han sabido impresionar vivamente a la infancia.

Se le habla constantemente de intereses enemigos. Los padres que luchan contra las necesidades de la vida se expresan ante esos jóvenes corazones con una crudeza cínica. Tan pronto como perciben las primeras palabras, los hijos ya saben que se puede ser colérico, violento, y que el interés personal es el pivote en torno al cual gira cada individuo. Esas primeras impresiones los explotan profusamente... ¡A partir de ahora, religión e instrucción serán vanas palabras, en caso de que no contribuyan al menos al incremento del bienestar y la fortuna!

Y cuando llevamos a todas partes la idea espírita: idea que despierta las pasiones generosas y brinda la misma certeza que un problema matemático, ¡se nos ríen en la cara! Supuestos liberales se suben en zancos para considerarnos ridículos e ignorantes: “No sabemos escribir... No tenemos estilo... Somos modelos de ineptitud... Somos locos... dignos del asilo de Charenton”. ¡De modo que los apóstoles del librepensamiento ejercerían gustosos la autoridad para perseguir, con la ayuda del Código penal, a esos iluminados que rebajan la sensatez pública!

Afortunadamente, la opinión de las masas no pertenece a un periódico ni a un escritor. Nadie tiene derecho a poseer más inteligencia y sentido común que los demás; y en esta época, en la que simples folletinistas pretenden enfrentar a los teólogos, a los filósofos, al genio en todas sus formas, al sentido común en su máxima expresión, resulta que cada persona intenta saber por sus propios medios. Siempre se va detrás de los hombres y de las cosas respecto de los cuales peor se habla. Y después de haber leído y escuchado, se descartan todos los panfletos insolentes, todas las insinuaciones maliciosas, para rendir homenaje a la verdad que impresiona los ánimos.

Esa es la razón por la cual el espiritismo crece a pesar de vuestros golpes. Las familias nos aceptan y nos bendicen. Un padre laborioso, si tiene un hijo verdaderamente espírita, no verá —como en el pasado— que ese hijo se va del hogar para vivir como un insurrecto. No arruinará su familia, no venderá su conciencia ni renegará de las leyes sagradas del respeto a la mujer y al niño. Sabe que Dios existe. Conoce las leyes fluidicas del Espíritu y la existencia del alma con todas sus admirables consecuencias. Es un hombre serio, probo, fraternal, caritativo, y no un fante bien educado, traidor de la vida, de Dios, de sus amigos y parientes, y hasta de sí mismo.

Las madres serán realmente madres. Imbuidas del espíritu espírita, serán la salvaguarda de sus amadas hijas. Al enseñarles el rol magnífico para cuyo cumplimiento han sido llamadas, les brindarán la conciencia de su valor. Tienen derecho al mismo destino que el hombre, y para cumplir con su deber es preciso que se instruyan, a fin de preparar dignamente al hijo que Dios les envía. Saber ya no será el corolario de los deseos desenfrenados y de los impulsos vergonzosos, sino, por el contrario, el complemento de la dignidad y el respeto de su persona. Contra esas mujeres, ¿qué podrán las tentaciones y las pasiones desequilibradas?

Por égida, tendrán a Dios y su propio derecho, y además ese acervo superior que recibimos de las cosas superiores.

Ahora bien, ¿qué es la mujer, sino la familia? ¿Y qué es la familia, sino la nación? De tales mujeres, tal pueblo. Así pues, nos proponemos crear lo que habéis destruido con los extremos. La Edad Media había sometido a la mujer con la superstición. ¡Vosotros, los librepensadores, lo habéis hecho con el escepticismo...! ¡Ni una ni otro son buenos! Por nuestra parte, en primer lugar, moralizamos, liberamos a la mujer,

y luego la instruimos. ¡Vosotros, en cambio, pretendéis instruir la sin moralizarla!

Por ese motivo, la generación actual huye de vosotros, y muy pronto las madres de familia ya no serán una excepción.

BALUZE

* * *

ALLAN KARDEC



REVISTA ESPÍRITA

PERIÓDICO DE ESTUDIOS PSICOLÓGICOS

VOLUMEN 8 - AÑO 1865

Índice general

ENERO

A los suscriptores de la <i>Revista Espírita</i>	7
Mirada sobre el espiritismo en 1864	8
Nueva curación de una joven obsesa de Marmande	13
Evocación de un sordomudo encarnado	36
Variedades	
El periespíritu descrito en 1805	40
Un nuevo huevo de Saumur	43
Noticias bibliográficas	
<i>La pluralidad de las existencias del alma</i>	45
<i>El médium evangélico</i>	49
<i>Alfabeto espírita</i>	51
Instrucciones de los Espíritus	51

FEBRERO

El miedo a la muerte	57
Acerca de la perpetuidad del espiritismo	65
Los Espíritus instructores de la niñez	70
Preguntas y problemas	
Obras maestras por vía mediúmnica	76
El Ramanenjana	85
Poesía espírita	
Inspiración de un ex incrédulo a propósito de <i>El libro de los Espíritus</i>	94
Discurso de Victor Hugo junto a la tumba de una jovencita	97
Noticias bibliográficas	
<i>La Luz</i> , periódico del espiritismo en Bolonia	103
<i>El mundo musical</i> , periódico de literatura y bellas artes	105

MARZO

¿Dónde está el Cielo?	107
Necrología	
La viuda de Foulon	122
Doctor Demeure	134
El proceso Hillaire	140
Noticias bibliográficas	
<i>Un ángel del Cielo en la Tierra</i>	153

ABRIL

Destrucción mutua de los seres vivos	159
--	-----

Un sermón sobre el progreso	163
Mirada acerca del espiritismo y sus consecuencias	167
Correspondencia del Más Allá	
Estudio mediúmnico	174
El poder curativo del magnetismo espiritual	183
Conversaciones familiares de Ultratumba	
Pierre Legay, alias “Grand-Pierrot”	189
Manifestaciones espontáneas de Marsella	195
Poesías espíritas	
<i>El espiritismo</i>	199
<i>A los poetas</i>	201
Entierro espírita	202
Noticias bibliográficas	
<i>El desconcierto del imperio de Satán</i>	206
<i>El eco de Ultratumba</i>	207
<i>Acuerdo de la fe y la razón</i>	207

MAYO

Preguntas y problemas	
Manifestación del espíritu de los animales	209
Consideraciones acerca de los fenómenos de Poitiers	217
Conversaciones de Ultratumba	
El doctor Vignal	222
Correspondencia	
Cartas del señor Salgues, de Angers	227
Manifestaciones diversas; curaciones;	
lluvia de confites	231
Variedades	
El tabaco y la locura	237
Disertaciones espíritas	
Dios no se venga	243

La verdad	245
Estudio acerca de la mediumnidad	248
Progreso intelectual	251
Acerca de la seriedad en las reuniones	253
Inmigración a la Tierra por parte de los Espíritus superiores	256
Acerca de las creaciones fluídicas	257

JUNIO

Informe sobre la caja del espiritismo	259
El espiritismo arriba y abajo de la escala	271
Los Espíritus en España	276
Los dos espías	287
Nueva táctica de los adversarios del espiritismo	299
Variedades	
Carta del Dante al señor Thiers	307

JULIO

El aria del rey Enrique III	311
Gontran: ganador en las carreras de Chantilly	325
Teoría de los sueños	332
Preguntas y problemas	
La cura moral de los encarnados	337
Acerca de la muerte de los espíritas	341
Estudios morales	
La comuna de Kœningsfeld: el mundo futuro en miniatura	343
Variedades	
Diversas manifestaciones espontáneas	347

Disertaciones espíritas	
El cardenal Wiseman	350
Noticias bibliográficas	
¿ <i>Qué es el espiritismo?</i>	356
<i>El Cielo y el Infierno, o la justicia divina</i> <i>según el espiritismo</i>	357
<i>Vida de Germana Cousin</i>	357
<i>La Unión Espírita Bordelesa</i>	357
<i>Aria</i> (letra y música)	358

AGOSTO

Lo que el espiritismo enseña	359
El padre Dégenettes, médium	369
Manifestaciones en Fives, cerca de Lille (Nord)	377
Problema psicológico	382
Variedades	
Epitafio de Benjamín Franklin	387
Noticias bibliográficas	
<i>El manual de Xéfolius</i>	388
Disertaciones espíritas	
<i>La llave del Cielo</i>	398
<i>La fe</i>	404
Aviso	406

SEPTIEMBRE

La mediumnidad curativa	407
Curación de una fractura por medio de la magnetización espiritual	417

Alucinación en los animales, entre los síntomas	
de la rabia	426
Una explicación acerca de la revelación	
del señor Bach	435
Un egoísta. Estudio espírita moral	443
Noticias bibliográficas	
<i>El Cielo y el Infierno o la justicia divina</i>	
<i>según el espiritismo</i>	447
<i>Conversaciones familiares acerca del espiritismo</i>	453

OCTUBRE

Nuevos estudios acerca de los espejos mágicos	
o psíquicos	455
Partida de un adversario del espiritismo	
hacia el mundo de los Espíritus	467
Los hermanos Davenport	488
Exequias de un espírita	504
Variedades	
Vuestros hijos y vuestras hijas profetizarán	507

NOVIEMBRE

La Sociedad Espírita de París a los espíritas	
de Francia y del extranjero	511
Alocución en la reanudación de las sesiones de	
la Sociedad de París, el 6 de octubre de 1865	513
Acerca de la crítica a propósito	
de los hermanos Davenport	519
Poesía espírita	
<i>Un fenómeno</i> (fábula)	523

El espiritismo en el Brasil. Extraído del <i>Diário da Bahia</i>	525
El espiritismo y el cólera	527
Un nuevo Nabucodonosor	537
El patriarca José y el vidente de Zimmerwald	550
Disertaciones espíritas	
El descanso eterno	554
Noticias bibliográficas	
<i>El Evangelio según el espiritismo</i> (tercera edición)	556
<i>La gazette du midi devant le spiritisme</i>	557
Aviso	558

DICIEMBRE

<i>¡Abridme!</i> Llamado de Cárita	559
Las novelas espíritas	563
Modo de protesta de un espírita contra los ataques de algunos periódicos	572
De qué modo el espiritismo llega sin que lo busquen	578
Un campesino filósofo	581
De los Espíritus de dos sabios incrédulos a sus ex amigos de la Tierra	592
Disertaciones espíritas	
Situación social de la mujer	603

